



ANTOLOGIA

DE POETAS

ESPANO-AMERICANO

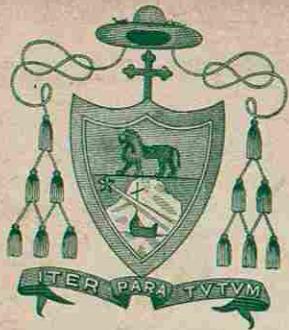


PQ7084

A5

v. 1





1080019122

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



ANTOLOGÍA

DE

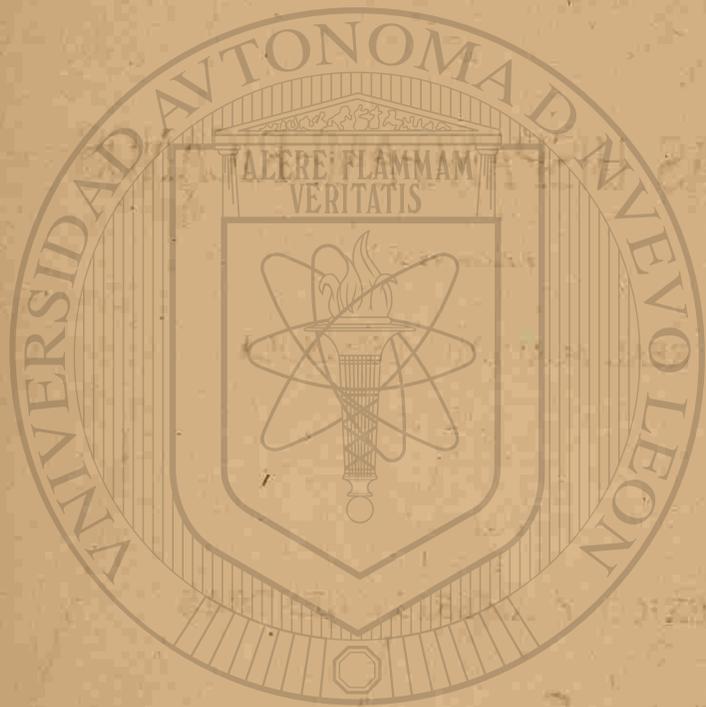
POETAS HISPANO-AMERICANOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ANTOLOGÍA

DE

POETAS HISPANO-AMERICANOS

PUBLICADA POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO I.

MÉXICO Y AMÉRICA CENTRAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESOES DE RIVADENEYRA»
Impresores de la Real Casa
PASEO DE SAN VICENTE, NÚMERO 20

1893

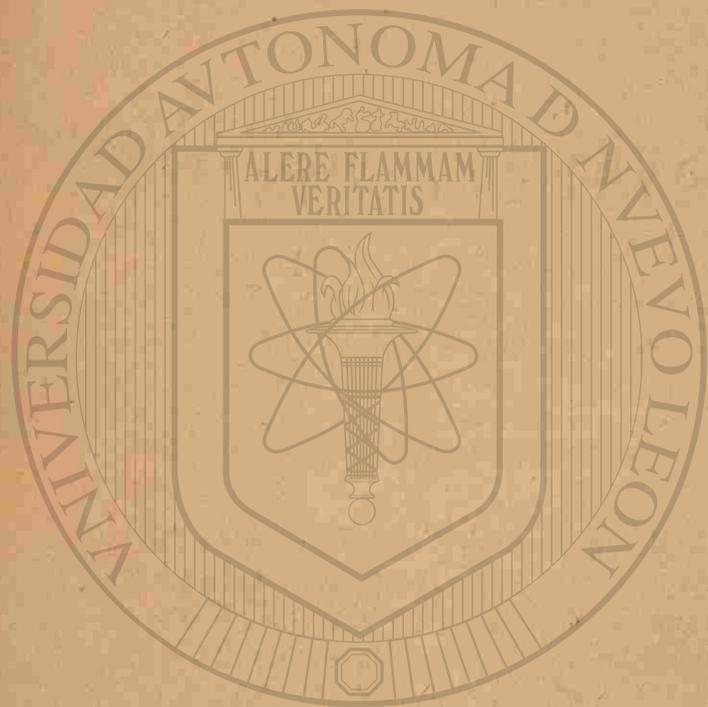


40378

PQ 7084

A5

V.L



FONDO EMERITARIO
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCIÓN.

I.

ADVERTENCIAS GENERALES.

Fué privilegio de las lenguas que llamamos clásicas el extender su imperio por regiones muy distantes de aquellas donde tuvieron su cuna, y el sobrevivir en cierto modo á sí mismas, persistiendo á través de los siglos en los labios de gentes y de razas traídas á la civilización por el pueblo que primeramente articuló aquellas palabras y dió á la lengua su nombre. Así la historia del helenismo abarca, en el orden geográfico, mucho más amplio espacio que el de la Grecia continental é insular, y en el orden de los tiempos también se dilata siglos y siglos después que la existencia política de Grecia ha terminado. Donde quiera que las colonias griegas llegaron, llegó su lengua, y la ciudad jónica ó doria, al transplantarse, conservó su cultura, como conservaba sus dioses tutelares y los ritos de su religión doméstica. Las conquistas de Alejandro difunden el helenismo por el Asia; la conquista romana se le asimila; el Cristianismo

003059

adopta su lengua como primer instrumento de su propagación entre los gentiles, y depura y transforma los elementos de su filosofía; un nuevo imperio fundado entre Oriente y Occidente prolonga su agonía por diez siglos hasta los umbrales de la Edad Moderna, y ni siquiera las oleadas de la barbarie musulmana bastaron á romper el lazo de solidaridad que une la Grecia clásica con la Grecia que trabajosamente va renaciendo en nuestro siglo. Una es sustancialmente la lengua, aunque en los modernos degenerada y empobrecida; lengua por la cual, sin solución de continuidad, se asciende desde los cronistas bizantinos hasta los Padres de la Iglesia y los filósofos alejandrinos; y desde éstos hasta los moralistas, historiadores y polígrafos de la época romana, los Plutarcos, Lucianos y Dionisios; y desde ellos hasta Aristóteles y Teofrasto, de donde ya es fácil el tránsito al período clásico por excelencia, al período ático, que recoge á su vez la hermosa herencia de los poetas, de los historiadores y de los filósofos de la Grecia asiática y de Sicilia. En rigor, el helenismo nunca ha muerto, no ya sólo en su espíritu, que es de esencia inmortal é indestructible, sino en las mismas palabras voladoras que le sirvieron de instrumento, y á las cuales parece haberse comunicado algo de su juventud perenne.

Del mismo modo, la lengua latina, expresión altísima del derecho y de la vida civil, adecuada á la majestad de tanto imperio, y llamada por Dios providencialmente á preparar la unidad espiritual del linaje humano, más que por las artes de la conquista, por la comunidad de la ley, no sólo extingue y borra hasta los vestigios de las lenguas indígenas de la mayor parte de los pueblos sometidos á su dominio, exceptuados los de casta ó ci-

vilización helénica, sino que vive vida inmortal, ya como segunda lengua adoptada por la Iglesia, ya transformada, pero siempre fácil de reconocer, en las lenguas y dialectos que hablan los herederos de la civilización romana. Aun en tiempos relativamente clásicos, en la era inmediatamente posterior á la muerte de Augusto, el elemento itálico puro es ya secundario, y el latinismo, al hacerse universal y abrir las puertas de la ciudad á todas las gentes, cae en manos de españoles, de africanos, de galos, que le imponen hondamente su sello peculiar, tan diverso en los Sénecas, Lucanos y Prudencios, en los Apuleyos, Tertulianos y Agustines, en los Ausonios, Paulinos y Sidonios.

Dos lenguas hay, entre las que modernamente se hablan en el mundo, que pueden aspirar en cierto grado á esta misma singular excelencia de las lenguas clásicas. Entre las dos se reparten el número mayor de las gentes civilizadas, y con ambas puede darse la vuelta al planeta con seguridad de ser entendido en todas partes. Son las lenguas de los dos pueblos colonizadores que nos presenta la historia del mundo moderno: representantes el uno de la civilización de la Europa septentrional, del espíritu germánico más ó menos modificado, del individualismo protestante; el otro del genio de la Europa meridional, del organismo latino y católico: pueblo que en los días de su grandeza parece que sentía resonar en sus oídos, más enérgicamente que ninguno de sus hermanos de raza, el *Tu regere imperio populos, Romane, memento*. América es ó inglesa ó española: en el extremo Oriente y en los archipiélagos de Oceanía también coexisten, aunque en muy diversa proporción, entrambas lenguas. La literatura británica enri-

quece su caudal propio, no sólo con el caudal de la literatura norte americana, sino con el de la que ya empieza á cobrar bríos en Australia. Nosotros también debemos contar como timbre de grandeza propia y como algo cuyos esplendores reflejan sobre nuestra propia casa, y en parte nos consuelan de nuestro abatimiento político y del secundario puesto que hoy ocupamos en la dirección de los negocios del mundo, la consideración de los cincuenta millones de hombres que en uno y otro hemisferio hablan nuestra lengua, y cuya historia y cuya literatura no podemos menos de considerar como parte de la nuestra.

Ocasión bien adecuada para estrechar estos lazos de origen y de común idioma, nos ofrece hoy la solemne conmemoración de aquel maravilloso y sobrehumano acontecimiento, merced al cual nuestra lengua llegó á resonar prepotente desde las orillas del Bravo hasta la región del Fuego. La Academia Española, que inició antes que otra corporación alguna (lícito es decirlo sin vanagloria) la aproximación intelectual de España y de las repúblicas de la América española, cuando mal apagados todavía los mutuos rencores, herencia triste de larga y encarnizada guerra, parecía para muchos sospechosa aun esta inofensiva comunicación de las artes del espíritu, no puede hoy menos de regocijarse con el resultado de la obra que modestamente comenzaron en su recinto algunos americanos y españoles de buena voluntad, ligados por el respeto común á la integridad de la lengua patria, y por el culto de unas mismas tradiciones literarias, que para todos deben ser familiares y gloriosas. Hoy que la fraternidad está reanudada y no lleva camino de romperse, sea cualquiera el destino

que la Providencia reserve á cada uno de los miembros separados del común tronco de nuestra raza, ha parecido oportuno consagrar en algún modo el recuerdo de esta alianza, recogiendo en un libro las más selectas inspiraciones de la poesía castellana del otro lado de los mares, dándoles (digámoslo así) entrada oficial en el tesoro de la literatura española, al cual hace mucho tiempo que debieran estar incorporadas. La poesía hispano-americana es en verdad riquísima, pero la Academia ha creído conveniente encerrar la colección en límites muy estrechos, dando entrada únicamente á lo más selecto, sin guiarse en esta selección por ningún criterio de escuela ó secta literaria, sino por aquellos principios de buen gusto universalmente adoptados en la crítica moderna, por aquella especie de estética perenne que (salvo extravíos pasajeros) canoniza en todo tiempo lo bueno y execra lo malo, y por aquella doctrina técnica que, menos sujeta á error que las disquisiciones puramente metafísicas sobre el arte, conduce á resultados seguros aunque modestos en lo que toca á la forma exterior de las composiciones, dentro de cada tiempo, de cada género, y de cada lengua. La Academia ni en esto ni en nada pretende imponer su fallo ni aspira á ningún género de autoridad no fundada en razón, pero se atreve á esperar que los conocedores de la literatura americana han de rechazar muy pocos de sus juicios, y han de poner pocos reparos á la elección de las composiciones, porque muchas de ellas son ya realmente famosas y de mérito por nadie controvertido, y las que no llegan á tanto, ó se recomiendan por bellezas particulares, ó presentan algún aspecto de originalidad americana, ó, finalmente, son muestras las menos

endebles que han podido encontrarse del desarrollo poético en algunos países que han sido menos favorecidos en esta parte, pero que no parecía bien que enteramente quedasen excluidos de este pequeño monumento levantado á la gloria de nuestra lengua común. Hemos procurado fortalecer é ilustrar nuestro juicio con el de los varones doctos de las diversas regiones americanas, ya por comunicación directa, ya en sus libros y estudios de crítica, y si alguna vez erramos será de buena fe, por deficiencia de noticias ó de gusto, nunca por perversión ó malignidad de la voluntad, ni por celo patriótico indiscreto y mal encaminado. Si alguna vez encontramos en nuestro camino reliquias de la lucha de otros tiempos, procuraremos que no se empañe en nosotros la serenidad del criterio histórico, sin olvidar nunca el carácter de lucha casi civil que tienen siempre las guerras de segregación entre individuos por cuyas venas corre una misma sangre: guerras terribles y asoladoras á veces en sus efectos inmediatos, pero que nunca dejan tras de sí los odios inexpiables que son nefando cortejo de la guerra extranjera.

Oportuno hubiera sido, y al principio así se pensó, que á esta antología de poetas hispano-americanos acompañase otra de prosistas. Pero de tal idea hubo que desistir, así por la imposibilidad material de reunir y ordenar en breve plazo los documentos necesarios, cuanto por ser mucho más fácil presentar composiciones íntegras en verso que en prosa, si no había de darse á la colección el carácter de una biblioteca dividida en varios volúmenes. De las grandes obras de historia ó de ciencia, lo mismo que de las fábulas novelescas, no se forma cabal idea por capítulos aislados: sólo de la oratoria, de

la crítica literaria, del cuadro de costumbres, hubieran podido presentarse muestras cabales y de moderada extensión; pero estos géneros no han sido hasta ahora los más florecientes en América, y el darles lugar preferente hubiera sido invertir el orden natural de las cosas.

El título mismo de nuestra obra muestra bien cuáles son sus naturales límites. Trátase sólo de la poesía *castellana* en América, quedando excluida con ello otra poesía no castellana de lengua, aunque pueda ser calificada de española en el sentido más tradicional y etnológico de la frase, es á saber: la opulenta poesía brasileña, que es quizá la más americana de toda América sin que por eso deje de ser esencialmente portuguesa. Hoy parece algo decaída de su antiguo esplendor, pero le basta para su gloria con lo que de ella conoció y reveló á Europa Fernando Wolf en 1863 (1). No nos ha parecido bien ni retocar su trabajo, ni menos mezclar lenguas distintas en una misma obra.

Con mayor motivo aún, hemos debido prescindir de la poesía indígena en lenguas americanas, anterior ó posterior á la conquista. Extraños nosotros de todo punto al estudio del Nahuatl, del Otomí, del Tarasco, del Mixteco, del Maya, del Otlateco, del Quichúa, del Aymara, del Guarani y de tantas otras lenguas todavía más incógnitas y revesadas, nada hubiéramos podido hacer sino repetir superficialmente lo que han consignado en tratados especiales los que pasan por entendidos en estas arduas materias. Sea cual fuere la antigüedad y el valor

(1) *Le Brésil Littéraire. Histoire de la Littérature Brésilienne.....* Berlin, A. Asher, 1863. (Acompañado de una antología de poetas brasileños.)

de los pocos y oscuros fragmentos literarios que de esas lenguas primitivas quedan (no sin sospecha muchas veces de interpolación y aun de inocente falsificación literaria debida á los ocios de cualquier misionero ó de algún neófito de noble estirpe indiana) su influencia en la poesía española de América ha sido tan escasa, ó más bien tan nula (fuera de pasajeros caprichos de algún poeta), que la historia de esa poesía puede hacerse en su integridad prescindiendo de tales supuestos orígenes y relegándolos al estudio y crítica del filólogo. Así lo han hecho los críticos americanos, aun los más conocedores de las lenguas indígenas, y así lo haremos nosotros, prescindiendo de la erudición de segunda mano que hubiéramos podido granjear con pequenísimos esfuerzos. La poesía americana de que vamos á tratar no es la de las elegías del rey de Tezcuco, Netzahualcoyotl, ni la del *Ollantay*, drama quichúa, sino la que llevaron á América los colonos españoles y conservan sus descendientes. Si algo del americanismo primitivo llegó á infiltrarse en esta poesía (lo cual es muy dudoso), sólo en este sentido podrán tener cabida tales elementos bárbaros y exóticos en un cuadro de la literatura hispano-americana, la cual, por lo demás, ha seguido en todo las vicisitudes de la general literatura española, participando del clasicismo italiano del siglo xvi, del culteranismo del xvii, de la reacción neoclásica del xviii, del romanticismo del presente y de las influencias de la novísima literatura extranjera, especialmente de la francesa y de la inglesa. Esto no excluye gran originalidad en los pormenores; pero el fundamento de esta originalidad, más bien que en opacas, incoherentes y misteriosas tradiciones de gentes bárbaras y degeneradas que para los mis-

mos americanos de hoy resultan mucho más extrañas, menos familiares y menos interesantes que las de los asirios, los persas ó los egipcios; ha de buscarse en la contemplación de las maravillas de un mundo nuevo, en los elementos propios del paisaje, en la modificación de la raza por el medio ambiente, y en la enérgica vida que engendraron, primero el esfuerzo de la colonización y de la conquista, luego la guerra de separación, y finalmente las discordias civiles. Por eso lo más original de la poesía americana es, en primer lugar, la poesía descriptiva, y en segundo lugar, la poesía política. Todos los demás géneros cultivados en Europa están representados allí por ensayos más ó menos felices, y aun por obras de mucho precio, que son bastante más que tentativas; pero hay en todo esto mucha labor de imitación ingeniosa y hábil, muchos versos que lo mismo podrían ser firmados en Madrid ó en París que en Buenos Aires, en México ó en Caracas. Hay gran número de autores americanos, aun de los más dignos de estimación, en quienes el americanismo no existe ó está latente; así como en muchos otros, que á cada paso le afectan, es cosa falsa y postiza. Tal cualidad, ó es innata ó no se adquiere con estudio: Bello y Heredia la encontraron dentro de una escuela académica, y todavía no es seguro que hayan llegado á ser tan americanos los muchos poetas que de propósito deliberado han querido pasar por aztecas, guaraníes y araucanos.

Fijados así los límites de nuestra *Antología* por razón de la lengua, ha habido que fijarlos también por razón del tiempo. Figuran en esta colección los poetas del tiempo de la colonia, lo mismo que los posteriores á la separación; pero una razón evidentísima de decoro lite-

rario obliga á prescindir de los autores vivos. Dolorosa ha sido para la Academia esta exclusión, puesto que precisamente algunos de ellos son de los que más honran actualmente la lengua castellana y de los que con más encomio mencionará la futura historia literaria; pero el sacrificio ha sido necesario, considerando que la censura de autores vivos, sujeta siempre en mayor ó menor grado al influjo de las pasiones contemporáneas, parece tarea más propia del juicio individual, rectificable siempre, que de una especie de fallo oficial y solemne, que debe estar exento aun de la más leve sospecha de parcialidad favorable ó desfavorable. Cada cual escribiendo en nombre propio puede abundar en su sentir, del cual él solo es responsable; pero cuando una Academia habla, ha de hacerlo del modo más impersonal posible, aunque uno solo de sus individuos lleve materialmente la pluma por bondadosa delegación de sus compañeros. Sobre toda época literaria ya fenecida queda una resultante general en que convienen la mayor parte de los hombres de gusto; pero la literatura contemporánea es cosa ondulante y movable, en que á cada paso cambian las posiciones del artista y también las del crítico. No se cansó Sainte-Beuve de rectificar hasta la hora de la muerte casi todos los fallos que había dado sobre sus contemporáneos, y por el contrario, ¡cuán pocos tuvo que enmendar de los relativos á la literatura más antigua! Á los antiguos se les juzga con el mero criterio estético y por puras impresiones de gusto; respecto de los modernos, algo extraño al arte se interpone siempre que los favorece ó los daña, que puede darnos la clave de algún rasgo de su talento, pero que con frecuencia perjudica para la apreciación serena y total. Por otro lado,

es evidente que mientras un escritor vive y produce no puede ser juzgado más que de un modo incompleto. ¿Quién sabe hasta dónde pueden llegar las nuevas manifestaciones de su talento? ¿Quién sabe si el escritor aclamado hoy por magistral y clásico lleva en su espíritu algún germen vicioso que mañana le convertirá en corruptor del gusto y fautor de triste decadencia?

La más vulgar discreción aconseja, pues, en el caso presente, limitar el estudio á los muertos. Así será más breve, y podrá ser también más fructuoso. Sólo tememos que la distancia y lo difícil de las comunicaciones, privándonos de noticias exactas sobre algunos poetas, nos haga excluir, por suponerle en vida, á algún notable lírico que desgraciadamente haya pagado ya su tributo á la muerte. Para este caso solicitamos indulgencia, que fácilmente esperamos se nos conceda por ser tan involuntaria la falta.

Otra prevención debemos hacer sobre la materia de la presente Antología. Abarca sólo la poesía lírica, tomada esta palabra en su acepción más amplia y corriente, esto es, comprendiendo todos los poemas menores, así la oda, la elegía y el himno, como la sátira y la epístola, la fábula y la égloga, y aun los poemas descriptivos, narrativos y didascálicos cuando no son de mucha extensión. Sólo excluimos la poesía dramática y la épica, si bien de la segunda alguna vez presentaremos fragmentos, no haciéndolo con las obras teatrales por ser imposible que escenas aisladas den idea de ellas. Además, el teatro, fuera de los dos ilustres mejicanos Alarcón y Gorostiza, cuya actividad dramática se ejercitó principalmente en la Península, apenas tiene historia en América, como fruto que ha de ser de un estado complejo de relaciones

afectivas y de condiciones técnicas, las cuales es imposible producir artificialmente en pueblos nacientes y en sociedades nuevas. Á lo sumo podrá llegarse á ensayos de imitación como los de Pardo y Milanés, y á la farsa ó representación superficial y abultada de costumbres populares, como vemos en el peruano Segura.

Son en gran número las colecciones de poesías americanas publicadas hasta ahora, pero su mérito no está en razón directa de su abundancia. De cada región hay una por lo menos, y además varias generales, entre las cuales merece y obtiene el primer lugar en la estimación de los aficionados la célebre y ya rara *América Poética*, que publicó en Valparaíso en 1846 el argentino D. Juan María Gutiérrez, persona de buen gusto y de mucha lectura, aunque obscureciese sus buenas prendas un antiespañolismo furioso, que fué exacerbándose con los años. De esta disposición de su ánimo nació también una especie de entusiasmo fanático por todas las cosas de América, que le llevaba á multiplicar con exceso el número de los genios, y á encontrar fácil disculpa para lo mediano y aun para lo malo. Era, con todo, verdadero literato, y su colección contrasta del modo más ventajoso con la infelicísima de Cortés y con otras posteriores. Tiene, sin embargo, el inconveniente de su fecha ya atrasada, después de la cual han aparecido muchos poetas de mérito y han acabado de desarrollarse otros que allí sólo están representados por débiles muestras. Y además, el autor no estuvo informado por igual ni disfrutó de los mismos recursos bibliográficos para todos los países de América, y hay algunos, tan importantes como México, de que parece haber logrado pocas noticias.

Las antologías buenas ó malas que tenemos nos han servido sólo para el estudio de aquellos poetas que no han llegado á coleccionar sus obras, ó de aquellos otros cuyas colecciones no hemos podido conseguir en tiempo oportuno. Pero en lo tocante á los que no están en este caso y cuyas obras más ó menos completas tenemos á mano, hemos seguido nuestro propio juicio en la elección, habiendo tenido mil ocasiones de observar cuán vario, caprichoso y á veces irracional es el criterio con que suelen proceder los editores de tales florestas. Habrá en nuestro trabajo errores y omisiones, y no faltará de seguro quien por ellas nos zahiera y maltrate; pero no todas se nos deben poner en cuenta. Cualquiera puede ser erudito profundo en las cosas de su propia casa. Los libros americanos escasean notablemente en Europa, y muchos, quizá de los más importantes, faltan no sólo en nuestra biblioteca particular, sino en la de la Academia Española, en la Nacional de Madrid y en otros depósitos públicos. La guerra trajo un período de incomunicación literaria que no ha cesado hasta nuestros días, y de aquí que por lo tocante á libros americanos, los más conocidos en España sean ó los muy antiguos ó los muy modernos.

Una sola advertencia para terminar estos enfadosos preliminares. Como nueva prenda del espíritu de fraternidad hispano-americana con que esta obra ha sido concebida, figuran en ella no sólo los poetas americanos que han escrito en América, sino también los que han pasado en España la mayor parte de su vida, y á quienes generalmente se incluye en la literatura peninsular, puesto que los más de ellos hasta políticamente fueron españoles, así Ventura de la Vega, Baralt, Ger-

trudis Gómez de Avellaneda, Heriberto García de Quedo y el general Ros de Olano.

Y sin más prevenciones, entremos desde luego en materia, comenzando por el que se llamó Virreinato de Nueva España, y es hoy (aunque con territorio notablemente mermado) la República federal de los Estados Mexicanos, principal representante en el Norte de América del genio de nuestra raza.



Tuvo el Virreinato de Nueva España (como la parte predilecta y más cuidada de nuestro imperio colonial, y aquella donde la cultura española echó más hondas raíces) las más antiguas instituciones de enseñanza del Nuevo Mundo, y también la primera imprenta. Á los nombres venerables del primer arzobispo Fr. Juan de Zumárraga y del primer virrey D. Antonio de Mendoza, va unida la introducción de estos dos capitales elementos de cultura: la Universidad y la Tipografía. Ya existían el colegio de Tlatelolco para indios, y los de San Juan de Letrán y la Concepción para mestizos, cuando el cabildo de la ciudad solicitó, y concedió el Virrey, licencia para que se fundase «una Universidad de todas ciencias, donde los naturales y los hijos de los españoles fuesen industriados en las cosas de nuestra santa fe católica y en las demás facultades». Contribuyó Mendoza con rentas propias para los primeros gastos de

la fundación, y aun llegó á designar maestros; pero la gloria de llevar al cabo el establecimiento de las escuelas corresponde á su sucesor, D. Luis de Velasco, que fué el encargado de poner en ejecución la Real cédula del emperador Carlos V, fecha en Toro á 22 de Septiembre de 1551, por virtud de la cual la Universidad de México, dotada con mil pesos de oro de minas al año, comenzó á gozar los mismos privilegios y franquicias que la de Salamanca. Otra cédula de Felipe II, fecha en Madrid á 17 de Octubre de 1562, confirmó, y aun amplió estos privilegios, después que la Sede Apostólica, en 1555, había dado á la Universidad el título de *Pontificia*, concediendo el patronato de ella á los Reyes de España.

No cayó la semilla en terreno estéril, ni pasó mucho tiempo sin que la naciente Universidad, cuyos estudios se inauguraron en 3 de Junio de 1553, con inmenso concurso de gentes y asistencia del Virrey y de la Audiencia á las primeras cátedras, comenzase á dar muestras de actividad científica, dignas de los hombres nada vulgares que hicieron sonar en ellas su voz desde el primer día. El agustino Fr. Alonso de Veracruz, á quien tanto honra su adhesión á las doctrinas y á la persona de fray Luis de León, llevó al Nuevo Mundo la filosofía peripatética, imprimiendo en 1554 el primer tratado de Dialéctica, y en 1557 el primer tratado de Física, obras que le dan buen lugar entre los neoescolásticos del siglo XVI, modificados en método y estilo por la influencia del Renacimiento. El Dr. Bartolomé Frías de Albornoz, hábil y enérgico adversario de Fr. Bartolomé de las Casas, y uno de los más antiguos impugnadores de la trata de negros, «hombre doctísimo y en todas lenguas perfecti-

trudis Gómez de Avellaneda, Heriberto García de Quedo y el general Ros de Olano.

Y sin más prevenciones, entremos desde luego en materia, comenzando por el que se llamó Virreinato de Nueva España, y es hoy (aunque con territorio notablemente mermado) la República federal de los Estados Mexicanos, principal representante en el Norte de América del genio de nuestra raza.



Tuvo el Virreinato de Nueva España (como la parte predilecta y más cuidada de nuestro imperio colonial, y aquella donde la cultura española echó más hondas raíces) las más antiguas instituciones de enseñanza del Nuevo Mundo, y también la primera imprenta. Á los nombres venerables del primer arzobispo Fr. Juan de Zumárraga y del primer virrey D. Antonio de Mendoza, va unida la introducción de estos dos capitales elementos de cultura: la Universidad y la Tipografía. Ya existían el colegio de Tlatelolco para indios, y los de San Juan de Letrán y la Concepción para mestizos, cuando el cabildo de la ciudad solicitó, y concedió el Virrey, licencia para que se fundase «una Universidad de todas ciencias, donde los naturales y los hijos de los españoles fuesen industriados en las cosas de nuestra santa fe católica y en las demás facultades». Contribuyó Mendoza con rentas propias para los primeros gastos de

la fundación, y aun llegó á designar maestros; pero la gloria de llevar al cabo el establecimiento de las escuelas corresponde á su sucesor, D. Luis de Velasco, que fué el encargado de poner en ejecución la Real cédula del emperador Carlos V, fecha en Toro á 22 de Septiembre de 1551, por virtud de la cual la Universidad de México, dotada con mil pesos de oro de minas al año, comenzó á gozar los mismos privilegios y franquicias que la de Salamanca. Otra cédula de Felipe II, fecha en Madrid á 17 de Octubre de 1562, confirmó, y aun amplió estos privilegios, después que la Sede Apostólica, en 1555, había dado á la Universidad el título de *Pontificia*, concediendo el patronato de ella á los Reyes de España.

No cayó la semilla en terreno estéril, ni pasó mucho tiempo sin que la naciente Universidad, cuyos estudios se inauguraron en 3 de Junio de 1553, con inmenso concurso de gentes y asistencia del Virrey y de la Audiencia á las primeras cátedras, comenzase á dar muestras de actividad científica, dignas de los hombres nada vulgares que hicieron sonar en ellas su voz desde el primer día. El agustino Fr. Alonso de Veracruz, á quien tanto honra su adhesión á las doctrinas y á la persona de fray Luis de León, llevó al Nuevo Mundo la filosofía peripatética, imprimiendo en 1554 el primer tratado de Dialéctica, y en 1557 el primer tratado de Física, obras que le dan buen lugar entre los neoescolásticos del siglo XVI, modificados en método y estilo por la influencia del Renacimiento. El Dr. Bartolomé Frías de Albornoz, hábil y enérgico adversario de Fr. Bartolomé de las Casas, y uno de los más antiguos impugnadores de la trata de negros, «hombre doctísimo y en todas lenguas perfecti-

simo» al decir del Brocense, representaba allí la cultura jurídica, como catedrático de *Instituta*. Y finalmente, los estudios literarios, los llamados entonces de Gramática y Retórica, tenían su patriarca en un benemérito humanista toledano, Francisco Cervantes de Salazar, que ya en España, y bajo los auspicios de Hernán Cortés, se había mostrado ingenioso moralista y florido cultivador de la lengua propia, continuando el *Diálogo de la dignidad del hombre*, del maestro Hernán Pérez de Oliva, hasta añadirle triple materia; glosando y declarando la curiosa novela alegórica del protonotario Luis Mexía, intitulada *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*; y traduciendo y adicionando algún opúsculo de Luis Vives, cuya dirección crítica parece haber seguido en sus estudios, y cuyos procedimientos dialogísticos para la enseñanza de la lengua latina venía á aclimatar en la Universidad americana, reimprimiendo, comentados, en 1554, los coloquios ó manual de conversación de aquel grande humanista, y adicionándolos con siete más de propia cosecha, tres de los cuales vienen á constituir una interesante y animada descripción de la ciudad de México, tal como estaba en los primeros tiempos de la colonia, y de la vida y ocupaciones de los moradores de ella, con raras noticias topográficas y de costumbres, que han servido de base á uno de los trabajos más interesantes y amenos del sabio y profundo historiógrafo mexicano D. Joaquín García Icazbalceta (1).

(1) México en 1554. Los Diálogos latinos que Francisco Cervantes Salazar escribió é imprimió en México en dicho año. Los reimprime, con traducción castellana y notas, Joaquín García Icazbalceta; en 4.º México, Andrade y Morales, 1875.

Á favorecer el desarrollo de los estudios y la comunicación de los estudiosos había venido, aun antes que la Universidad, la imprenta, que es gloria de nuestra raza haber introducido y propagado en el Nuevo Mundo, siendo México la primera ciudad que pudo ufanarse en poseerla. Zumárraga y Mendoza fueron sus benéficos promotores, y el primer oficial de ella un Juan Pablos, dependiente del impresor de Sevilla Crombérger, á nombre del cual están dados los privilegios de las primeras ediciones, porque él ponía el costo de la empresa. De 1539 parece ser el primer libro, esto es, la *Breve y Compendiosa Doctrina Christiana en lengua mexicana y castellana*, del apostólico Zumárraga (1). De 1540 es, seguramente, el *Manual de Adultos*, del cual sólo restan dos hojas, en una de las cuales se leen unos dísticos latinos del burgalés Cristóbal de Cabrera, primer vagido de la poesía clásica en el Nuevo Mundo. No menos que 116 libros salidos de aquellas prensas en el siglo XVI han llegado á catalogar los más diligentes bibliófilos, y sin duda hubo muchos más, que se consumieron y destruyeron por el uso continuo y la mala calidad del papel, como fácilmente puede observarse en los rarísimos ejemplares hoy existentes, incompletos casi todos, maltratados y sucios, consumidos por la humedad y la polilla, y á pesar de eso, buscados con afán y pagados en las ventas públicas á precios altísimos, que apenas alcanza ningún otro género de libros. Predominan, entre ellos, como es natural, los libros catequísticos y los de educación, las

(1) Véase la magistral biografía que de este gran Prelado ha escrito el señor Icazbalceta: *Fr. Juan de Zumárraga, primer Obispo y Arzobispo de México. Estudio biográfico y bibliográfico*; en 4.º México, Andrade y Morales, 1881.

doctrinas y cartillas en lenguas indígenas, las gramáticas y vocabularios de estas mismas lenguas, mexicana, tarasca, zapoteca, mixteca y maya, preciosísimo fondo de la filología americana; pero no faltan obras de carácter más general: las de Filosofía del P. Veracruz; las de Teología de Fr. Bartolomé de Ledesma; las de Medicina de Bravo, Farfán y López de Hinojosa; las de Náutica y Arte militar del santanderino Diego García de Palacio, y algunas compilaciones legales como las *Ordenanzas* de Mendoza y el *Cedulario* de Puga.

Pero cuando atentamente se recorren las inestimables páginas de la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* (1), de García Icazbalceta, obra en su línea de las más perfectas y excelentes que posee nación alguna, llama la atención la ausencia de libros de amena literatura. Los diálogos de Francisco Cervantes de Salazar son quizá la única excepción importante que puede presentarse, y aun para eso, más que libro recreativo son un libro de ejercicios prácticos para estudiantes de Gramática. No sorprende, en verdad, la falta de libros de caballerías y otras invenciones novelescas, puesto que sobre ellos pesaba en las colonias dura proscripción, y apenas podían entrar sino de contrabando los que se imprimían en la Península, según se deduce del contexto de una cédula de 4 de Abril de 1531, confirmada por otras posteriores, prohibiendo pasar á Indias «libros de romances de historias vanas ó de profanidad, como son

(1) *Bibliografía mexicana del siglo XVI. Primera parte. Catálogo razonado de los libros impresos en México de 1539 á 1600. Con biografías de autores y otras ilustraciones. Precedido de una noticia acerca de la Imprenta en México, por Joaquín García Icazbalceta; en 4.º grande. México, Imprenta de Francisco Díaz de León.*

de *Amadis* é otros desta calidad, porque éste es mal ejercicio para los indios, é cosa en que no es bien que se ocupen ni lean». Pero sobre la poesía propiamente dicha no recaía tal anatema, antes comenzaba á ser estimada y honrada por todo el mundo, y la Universidad, no sólo la acogía en sus aulas, sino que la daba entrada en sus festividades, así en lengua vulgar como en lengua latina. Pero es cierto que los mismos libros de los poetas clásicos usados comúnmente en las escuelas, iban de España, sin que apenas haya otra excepción que un Ovidio (*Tristes y Ponto*) de 1577 (1); y por lo que toca á la poesía vulgar, no hay en rigor ni un solo libro, puesto que nadie ha visto, y todo induce á tener por fabuloso el *Cancionero Spiritual*, de un P. Las Casas, *indigno religioso de esta Nueva España*, que se dice impreso en México por Juan Pablos, en 1546. La portada, única cosa que del libro sabemos, y en la cual se declara que contiene «obras muy provechosas y edificantes, en particular unas coplas muy devotas en loor de Nuestro

(1) Por aquel tiempo se suscitó en México una cuestión análoga á la que en Francia, y en nuestros días, se ha llamado cuestión de los clásicos. El jesuita italiano Vicente Lanuchi, primer profesor de letras humanas en el colegio de la Compañía, en México, se oponía á la lección de los poetas gentiles; pero su parecer fué desaprobado por los superiores de su Orden, mandando el general, en carta de 8 de Abril de 1577, que «no se dejasen de leer los libros profanos, siendo de buenos autores, como se leen en todas las otras partes de la Compañía, y los inconvenientes que V. R. significa, los maestros los podrán quitar del todo, con el cuidado que tendrán en las ocasiones que se ofrecieren.»

Á consecuencia, sin duda, de tal determinación, imprimieron los jesuitas de México aquel mismo año su *Ovidio*; pero para satisfacer á los aficionados á los poetas cristianos, añadieron, al fin, algunos versos de Sedulio y otros de San Gregorio Nacianceno, traducidos del griego. El mismo año, y también para uso de las escuelas de la Compañía, se hizo una edición de los *Emblemas*, de Alciato.

Señor Jesu Christo y de la Sacratissima Virgen María, Su Madre, con una farsa intitulada el Juicio final», tiene todas las trazas de ser una broma de algún bibliófilo maleante, para chasquear á sus compañeros con la estu-penda noticia de un cancionero mexicano de 186 folios. Icazbalceta ha puesto de realce todas las inverosimilitudes, ó más bien imposibilidades, que se oponen á la existencia de tal obra, y por nuestra parte, sólo nos mueve á mencionarla el correr divulgada su noticia en libro tan autorizado y tan seguro en sus indicaciones bibliográficas como la traducción española de Ticknor.

Nos vemos reducidos, pues, á seguir los primeros pasos de la musa mexicana en los versos panegiricos y en las relaciones de fiestas: literatura, por lo general, de más curiosidad histórica que poética. Son los más antiguos los que se contienen en el rarísimo opúsculo que Francisco Cervantes de Salazar publicó en 1560 con el título de *Túmulo imperial de la gran ciudad de México á las obsequias del invictísimo César Carlos V.* García Icazbalceta le ha reproducido íntegro en su *Bibliografía*, no sólo á título de ejemplar único, sino por considerarlo como monumento de la grandeza á que había llegado México en tan pocos años. Hizo la traza del túmulo Claudio de Arcinięga, «arquitecto excelente, maestro mayor de las obras de México», y fué «obra extraña y de gran variedad para todos los que la vieron», porque iba llena de historias y figuras, «pintadas muy bien al natural, de lo que representaban», según «se comprendía y daba á entender» en muchas letras é inscripciones, unas en verso y las más en prosa. No dice el maestro Cervantes de Salazar los nombres de sus autores; pero como no las elogia al transcribirlas, pode-

mos creer que todas ó la mayor parte fueran suyas. Si así fué, valía como poeta mucho menos que como prosista, aunque por versos de circunstancias no puede juzgarse á nadie. Los latinos son algo mejores que los castellanos, sin duda porque Cervantes de Salazar, como otros muchos humanistas, tenía más hábito de versificar en la lengua sabia que en la propia, si bien un crítico reciente califica de *ruda* su dicción latina (1). Lo único que importa advertir es que los pocos versos castellanos del *Túmulo* son todos de la escuela italiana: sonetos y octavas reales con algunos versos agudos, como solían practicarlos Boscán y D. Diego de Mendoza. Se ve que los humanistas del Nuevo Mundo no andaban rezagados, y que recibieron pronto las novedades literarias que por vía de Italia se habían comunicado á nuestros ingenios.

¿Y cómo no, si al parecer las llevó allí el mismo Gutierre de Cetina, uno de los patriarcas del gusto italo-clásico? Convienen todos los biógrafos de este terso y delicado poeta sevillano, en que su varia y contrastada fortuna le condujo ya en su vejez á México, donde tenía cargo de gobierno un hermano suyo; pero de tal viaje no ha quedado huella en sus poesías. Quizá Cetina ya no las hacía en aquel tiempo. Él había sido comensal de Hernán Cortés, y para la Academia que éste tenía en su casa de Sevilla compuso la famosa *Paradoja en alabanza de los cuernos*.

Otros dos ilustres poetas castellanos del siglo xvi, hicieron larga residencia en Nueva España, contribu-

(1) Masseur, *Les colloques scolaires du seizième siècle et leurs auteurs*, París, 1878, pág. 199.

yendo sin duda de un modo eficaz al desarrollo de las buenas prácticas literarias, difundidas por las escuelas de Salamanca y de Sevilla. Fué el primero el madrileño Eugenio Salazar de Alarcón, que después de haber sido gobernador en Canarias, oidor en Santo Domingo y fiscal en Guatemala, pasó á la Audiencia de México, donde residió nueve años, de 1581 á 1599. El incomparable donaire y agudeza satírica de sus cartas en prosa, sacadas á luz en estos últimos años para universal regocijo por la Sociedad de Bibliófilos Españoles, ha dejado en secundario lugar sus méritos como poeta, aunque lo fué fecundísimo, y de un género muy personal y casi doméstico, raro siempre en nuestra literatura y más en la del siglo xvi. Su propia facilidad para versificar y la abundancia de su producción le perjudican: hay sin duda en la enorme cantidad de versos que encierra su *Silva de varia poesía* (1) (todavía inédita en su mayor parte), muchas cosas medianas é insignificantes, en que la soltura degenera en desaliño, y la ternura conyugal en trosaismo casero; pero hay en la parte erótica, es decir, en los innumerables versos hechos «á contemplación de doña Catalina Carrillo, su amada mujer», un afecto limpio, honrado y sincero, muy humano y cien leguas distante de la monotonía petrarquista; y en la parte descriptiva mucho lujo y gala de dicción, y ciertos conatos de dar á sus paisajes color local y americano, sin rehuir los nombres indígenas, aunque sean tan ásperos como los de *Tepecingo y Tecapulco*, ó tan poco divulgados como *Milpa é Iczotl*:

(1) MS. de más de 500 hojas, existente en la Academia de la Historia.

Y con lustroso *iczotl* de tierra ajena
Dió al cuerpo un lustre de belleza tanta,
Que le dejó tan terso y tan polido,
Como si fuera de marfil bruñado.

Y añade por nota marginal: «*Iczotl* es un pimpollo que hay en la Nueva España á manera de palmito, que tiene las cabezas de las pencas blanquísimas y lustrosísimas.» Hizo á su manera la *Grandeza Mexicana* antes que Bernardo de Valbuena, describiendo en octavas reales la laguna de Tenxtilán, poniendo en sus márgenes escenas bucólicas como las de *El Siglo de Oro*, y cantando las pompas de la ciudad y el floreciente estado de sus escuelas, en los tercetos de la epístola que dirigió al divino Herrera, y que éste no pudo contestar por haber muerto antes que llegase la carta á Sevilla. No compararemos la llaneza, muchas veces desmayada, de los metros de Salazar, con el bizarro alarde y espléndido atavio de los de Valbuena, que en lo meramente descriptivo no cede la palma á ningún poeta nuestro, pero siempre será curioso para la historia de la colonia cotejar las descripciones que en poco más de medio siglo hicieron en prosa y en verso estos dos poetas, cada cual por su estilo. La nota dominante en Salazar es una especie de realismo prosaico, que se complace en el detalle menudo y en llamar á las cosas por su nombre sin perifrasis ni eufemismos retóricos. En este punto es casi un precursor del *Observatorio Rústico*, de Salas. Véase como muestra esta octava:

Allí bermejo *chile* colorea,
Y el naranjado *aji* no muy maduro;
Allí el frío *tomate* verdeguea,
Y flores de color claro y obscuro,
Y el agua dulce entre ellas que blanquea

Haciendo un enrejado claro y puro,
De blanca plata y variado esmalte,
Porque ninguna cosa bella falte.

Á pesar de sus tendencias un tanto prosaicas, y á pesar de que aun en lo más selecto y acendrado de sus versos siguió principalmente la manera blanda y apacible de Garcilaso (como hacían todos los poetas madrileños, toledanos, complutenses, y en general todos los nacidos en ambas Castillas), tenía en gran predicamento y veneración el nombre del cultísimo Hernando de Herrera, cabeza de una escuela lírica, diferente, si no opuesta, y caracterizada principalmente por el especial carácter que imprimió al dialecto poético, con cierta rigidez majestuosa y enfática. Los escritos de aquel varón, tan gran teórico y preceptista como noble y robusto poeta, tenían en Nueva España muchos admiradores, y aun secuaces, siendo como era íntima y constante la comunicación entre México y Sevilla. De todo ello, así como de su propia estimación, da testimonio Eugenio de Salazar en la carta citada, hablando con el mismo Herrera:

Por eso con deseo acá se espera
De tu sabia Minerva el caudal rico,
Que de erudición llene aquesta esfera....
La erudición de tus *Anotaciones*
Que tienen admirado el Nuevo Mundo
Con su elegancia y sus resoluciones:
Con su comento de saber profundo
De todas Facultades muestra clara.

.....
Bien mereció por cierto aquella rara
Musa de nuestro ilustre Garcilaso
Que tu fértil ingenio la ilustrara;
Que de sus cultos versos cualquier paso
Tú nos lo interpretases y expusieses,
Pues pasan tanto á los del culto Tasso;

Que con tu fino esmalte lustre dieses
Al oro de la rica poesía,
Y con tu clara luz la descubrieses:
Como en la honda mina donde el día
No entra, ni del sol alguna lumbre
Que muestre el metal rico donde guía;
Metida la candela que lo alumbre
Descubre luego la preciosa veta
Que hinca al centro desde la alta cumbre.
.....
Y cual la linda Aurora que demuestra
La venida del día, y asegura
La luz que alumbra la carrera nuestra,
Así las obras tuyas que ventura
Hizo asomar al horizonte nuestro,
Prometen otras llenas de hermosura.

.....
De tu caudal que ciencias mil abarca,
Nos traiga ya el Océano otra vuelta,
Antes del corte de la mortal Parca.
La presa ya del dulce néctar suelta
Que inunde y fertilice las arenas
Del Nuevo Mundo, con verdad resuelta.
Abre de tu saber las ricas venas,
Y de tu entendimiento y elocuencia
Salga el rico licor de que están llenas.

Á pesar de lo que pudiera inferirse de este curioso documento literario, no fué la de Herrera la influencia predominante en México, al paso que la de Salazar pareció robustecerse con la venida de otro poeta, fácil y despilfarrado como él, aunque de vena mucho más varia y opulenta, que alcanzó, si bien con desigual éxito, á la épica, á la dramática, á la didáctica y á todos los géneros de lírica, desde el romance tradicional hasta la canción italiana. Era Juan de la Cueva, aunque nacido en Sevilla, una especie de disidente ó tráfuga de la escuela poética de aquella ciudad, no sólo por la mayor libertad y ensanche de su doctrina literaria, análoga en

muchos puntos al romanticismo, sino también por su alejamiento habitual del artificioso lenguaje poético, reacción que exageraba hasta caer muchas veces en desmadejada trivialidad. No podemos fijar con exactitud la fecha de su viaje á Nueva España, á donde fué en compañía de su hermano Claudio, inquisidor y Arcediano de Guadalajara, pero por varias conjeturas nos inclinamos á colocarla entre 1588 (fecha de la impresión de sus *Comedias y Tragedias*) y 1603 (fecha de su *Conquista de la Bética*), libros uno y otro cuyas dedicatorias arguyen la presencia del autor en Sevilla, así como la suscripción final del *Ejemplar Poético* nos muestra que en 1606 residía en Cuenca, seguramente muy entrado en años. Hay en la voluminosa colección de sus versos manuscritos, existentes en la Biblioteca del Cabildo de Sevilla, y de la cual Gallardo ofrece amplios extractos (1), más de una composición destinada á archivar sus recuerdos de Indias. La más curiosa es, sin duda, una epístola al licenciado Laurencio Sánchez de Obregón, donde con gracia desenfadada y amenos colores, que fácilmente hacen perdonar la dureza y desaliño de algunos versos, nos pone delante de los ojos el espectáculo que á los suyos ofreció la ciudad de las lagunas. El pasaje es tan curioso, que aunque largo, merece transcribirse:

Á toda esta ciudad sois muy propicio,
Y la ciudad á mí, porque yo en ella
Á mi placer me huelgo y me revicio.
.....

(1) *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*. Tomo II, (vid. especialmente, pág. 647). En el tomo III está el artículo de Eugenio de Salazar, con extractos muy copiosos de la *Silva*.

¿Consideráis que está en una laguna
México, cual Venecia, edificada
Sobre la mar, sin diferencia alguna?
¿Consideráis que en torno está cercada
De dos mares, que envían frescos vientos?

.....
Los edificios altos y opulentos,
De piedra y blanco mármol fabricados,
Que suspenden la vista y pensamientos;
Las acequias, y aquestos regulados
Atanores que el agua traen á peso,
De Santa Fe una legua desviados.

.....
Mirad aquellas frutas naturales,
El *plátano*, *mamey*, *guayaba*, *anona*,
Si en gusto las de España son iguales.

Pues un chico *zapote* á la persona
Del Rey le puede ser empresentado
Por el fruto mejor que cría Pomona.

El *aguacate* á Venus consagrado
Por el efecto y trenas de colores,
El *capuli* y *zapote colorado*:

La variedad de hierbas y de flores,
De que hacen figuras estampadas
En lienzo, con matices y labores;
Sin otras cien mil cosas regaladas,
De que los indios y españoles usan,
Que de los indios fueron inventadas.

Las comidas que no entendiendo acusan
Los *cachopines* y aun los *vaguianos*,
Y de comellas huyen y se excusan,
Son para mí los que los hacen vanos;
Que un *pipián* es célebre comida,
Que al sabor dél os comeréis las manos.

La gente natural, si, es desabrida
(Digo los indios) y de no buen trato,
Y la lengua de mí poco entendida.

Con todo eso, sin tener recato,
Voy á ver sus *mitotes* y sus danzas,
Sus justas de más costa que aparato.

En ellas no veréis petos ni lanzas,
Sino vasos de vino de Castilla,
Con que entonan del baile las mudanzas.

Dos mil indios (¡oh extraña maravilla!)
 Bailan por un compás á un tamborino,
 Sin mudar voz, aunque es cansancio oilla.
 En sus cantos endechan el destino
 De Moctezuma, la prisión y muerte,
 Maldiciendo á Malinche y su camino.
 Al gran Marqués del Valle llaman fuerte
 Que los venció; llorando desto, cuentan
 Toda la guerra y su contraria suerte.
 Otras veces se quejan y lamentan
 De Amor; que aun entre bárbaros el fiero
 Quiere que su rigor y fuego sientan.
 De su hemisferio ven la luz primero
 Ausente, que se ausentan del *mitote*
 En que han consumido el día entero.
 De aquí van donde pagan el escote
 Á Baco, y donde aguardan la mañana
 Tales que llaman al *mamey camote*.

De tales humanistas y poetas recibió México la iniciación literaria, así como del admirable prosista, autor del *Guzmán de Alfarache*, Mateo Alemán, que en 1609 imprimió allí su *Ortografía Castellana*. La cosecha fué en breve tiempo tan abundante, que ya en 1610 podía escribir el dramaturgo Fernán González de Eslava: «hay más poetas que estiércol». Á un solo certamen de 1585, solemnisimo á la verdad, puesto que lo autorizaron con su presencia siete Obispos juntos para el concilio provincial mexicano, concurrieron nada menos que *trescientos* poetas, según refiere Bernardo de Valbuena, que fué uno de los laureados, y que no se harta de encarecer «los delicados ingenios de aquella florida juventud, ocupados en tanta diversidad de loables estudios, donde sobre todo la divina alteza de la poesía más que en otra parte resplandece» (1). México empezaba

(1) *Siglo de Oro*, edición de la Academia Española, pág. 133.

á cobrar el nombre de Atenas del Nuevo Mundo. Y por mucho que demos á la hipérbole poética, alguna razón tendría el valiente cantor de su *Grandeza* para exclamar como exclama:

Aquí hallarás más hombres eminentes
 En toda ciencia y todas facultades
 Que arenas lleva el Gange en sus corrientes:
 Monstruos en perfección de habilidades,
 Y en las letras humanas y divinas
 Eternos rastreadores de verdades.
 Préciense las escuelas salmantinas,
 Las de Alcalá, Lovaina y las de Atenas
 De sus letras y ciencias peregrinas;
 Préciense de tener las aulas llenas
 De más borlas, que bien será posible,
 Mas no en letras mejores ni tan buenas;
 Que cuanto llega á ser inteligible,
 Cuanto un entendimiento humano encierra,
 Y con su luz se puede hacer visible,
 Los gallardos ingenios desta tierra
 Lo alcanzan, sutilizan y perciben
 En dulce paz ó en amigable guerra.

El cuadro de la prosperidad material é intelectual de la México española trazado por la brillantísima pluma de nuestro llorado compañero D. Luis Fernández-Guerra, en su biografía de D. Juan Ruiz de Alarcón, nos prohíbe insistir en este punto, so pena de quedar muy deslucidos en la comparación. Búsquelo el curioso en el libro mismo, y sentirá, todo junto, sorpresa, admiración y patriótico deleite (1).

Sabemos de cierto que muchos de esos ingenios no eran ya trasplantados de España, sino nacidos y creci-

(1) *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, por D. Luis Fernández-Guerra y Orbe. Obra premiada en público certamen de la Real Academia Española, y publicada á sus expensas. Madrid, 1871.*

dos en México. Cuál sea el más antiguo poeta mexicano de nombre conocido, no parece cosa fácil de averiguar; pero todas las probabilidades están á favor de Francisco de Terrazas, elogiado ya por Cervantes en el *Canto de Caliope*, que se imprimió con la *Galatea* en 1584.

De la región antártica podría
Eternizar ingenios soberanos,
Que si riquezas hoy sustenta y cría,
También entendimientos sobrehumanos.
Mostrarlo puedo en muchos este día,
Y en dos os quiero dar llenas las manos:
Uno de Nueva España y nuevo Apolo,
Del Perú el otro, un sol único y solo.
Francisco el uno de Terrazas tiene
El nombre acá y allá tan conocido,
Cuya vena caudal nueva Hipocréne
Ha dado al patrio venturoso nido.....

Era Terrazas hijo de uno de los conquistadores, mayordomo de Hernán Cortés, alcalde ordinario de México y «persona preeminente», al decir de Bernal Díaz del Castillo. Del hijo poco sabemos, salvo que fué «excelentísimo poeta toscano, latino y castellano». Escasas, pero no despreciables, son las reliquias de sus versos. En el *Ensayo* de Gallardo (1) se han publicado tres sonetos suyos, tomados de un precioso cancionero manuscrito de la Biblioteca Nacional coleccionado en México en 1577, y al parecer por Gutierre de Cetina. El mejor de estos sonetos no puede transcribirse aquí por ser un tanto deshonesto: el dirigido á una dama que despabiló una vela con los dedos, adolece del giro conceptuoso propio del argumento. Nos limitamos, pues, á presentar, como muestra del númen de Terra-

(1) Tomo I, columnas 1.003-1.007.

zas, el primero de estos sonetos que, con algún rasgo del estilo de Herrera, tiene, sin embargo, más analogía con la manera de Cetina, de quien Terrazas parece haber sido amigo y quizá discípulo:

Dejad las hebras de oro ensortijado
Que el ánima me tienen enlazada,
Y volved á la nieve no pisada
Lo blanco de esas rosas matizado.
Dejad las perlas y el coral preciado
De que esa boca está tan adornada;
Y al cielo, de quien sois tan envidiada,
Volved los soles que le habéis robado.
La gracia y discreción que muestra ha sido
Del gran saber del celestial maestro,
Voivédsele á la angélica natura;
Y todo aquesto así restituído,
Veréis que lo que os queda es propio vuestro:
Ser áspera, cruel, ingrata y dura.

El Sr. García Icazbalceta, gran maestro de toda erudición mexicana, ha descubierto recientemente fragmentos de una obra poética de Terrazas, mucho más importante y extensa (1). Este poema, que el autor no acabó impedido por la muerte, se titulaba: *Nuevo Mundo y Conquista*, y eran su asunto las hazañas de Hernán Cortés.

Aunque manuscrito, debió de correr con estimación entre sus contemporáneos, puesto que el autor de su epitafio, con la hipérbole propia de tales elogios fúnebres, se atrevió á compararlo nada menos que con el mismo Hernán Cortés, manifestando sus dudas de que

(1) Véase el estudio titulado: *Literatura Mexicana. Francisco de Terrazas y otros poetas del siglo XVI*. En las *Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española*. (Tomo II, páginas 357-425.)

el conquistador hubiera valido más con sus heroicos hechos que Terrazas con escribirlos:

Tan extremados los dos
En su suerte y su prudencia,
Que se queda la sentencia
Reservada para Dios
Que sabe la diferencia.

Las octavas que nos restan del celebrado poema, se han conservado sin orden en una especie de centón en prosa que formó otro descendiente de conquistadores, Baltasar Dorantes de Carranza. Aparecen además confundidas y revueltas con otras al mismo asunto que parecen ser de un tal Arrázola ó Arrazola, y de un Salvador de Cuenca, poetas ignotos uno y otro. No es posible, por tanto, formarse idea clara del poema, ni siquiera determinar lo que propiamente pertenece á Terrazas, si bien por la semejanza de estilo se infiere que la mayor parte de los fragmentos deben de ser suyos. Entre los innumerables poemas de asunto americano que suscitó el ejemplo de Ercilla, no parece haber sido éste de Terrazas uno de los más infelices. La lengua es sana, pero no de mucho jugo; la narración corre limpia; los versos son fáciles, aunque de poco nervio. Hay episodios agradables de amores y escenas campesinas, que templan la monotonía de la trompa bélica. El ingenio de Terrazas parece más apto para la suavidad y ternura del idilio, que para lo épico y grandilocuente. Es muy linda, por ejemplo, la historia del valeroso mancebo Huitzel, hijo del Rey de Campeche, y de su amada Quetzal, hija del Rey de Tabasco, y de sus andanzas y fuga por los desiertos hasta llegar al pueblo de Naucol, donde hacen vida de pescadores y donde los sorprende

la invasión de los españoles. Algunas octavas de este episodio (inspirado evidentemente por las Tegualdas y las Glauras de la *Araucana*, abuelas más ó menos remotas de *Atala*) mostrarán que Terrazas no era poeta vulgar, aunque abusase en demasía de símiles y recursos de estilo ya muy manoseados por otros poetas:

No como yo con tal presteza parte
Ciervo que sin sentido el curso aprieta,
Cuando en segura y sosegada parte
Herido siente la mortal saeta:
Ni nunca por el cielo de tal arte
Correr se ha visto la veloz cometa,
Que á ver de mi desdicha el caso cierto
Con miedo y con amor volaba muerto.

Y á una legua ó poco más andada
Hallé los robadores y robados;
Vide una gente blanca muy barbada,
Soberbios y de limpio hierro armados;
Vi la cautiva presa en medio atada,
De sus alhajas miserables cargados,
Al uso y voluntad de aquellos malos
Que aguijando los van á duros palos.

.....
Cual tórtola tal vez dejó medrosa
El chico pollo que cebando estaba,
Por ver subir al árbol la escamosa
Culebra que á su nido se acercaba,
Y vuelta vió la fiera ponzoñosa
Comerle el hijo encarnizada y brava;
Bate las alas, chilla y vuela en vano,
Cercando el árbol de una y otra mano.

Así yo, sin remedio, congojado
De ver mi bien en cautiverio puesto,
Llegaba al escuadrón desatinado
Clamando en vano y revolviendo presto:

.....
Mas como ni salvalla peleando
Pudiese, ni morir en su presencia,
Tal vez al enemigo amenazando,
Tal vez pidiendo humilde su clemencia,

Sin otro efecto los seguí luchando
 Con el dolor rabioso y la paciencia,
 Hasta llegar al río do se entraban
 En casas de madera que nadaban.

.....
 Volviendo á mí, y en llanto derretida,
 «Huitzel (me dijo), pues mi dura suerte
 Y sin que pueda ser de ti válida,
 Me lleva do jamás espero verte;
 Recibe en la penada despedida
 El resto de las prendas de quererte,
 Y aquesta fe postrera que te envió
 Con cuanta fuerza tiene el amor mío.

Que quien por ti la patria y el sosiego,
 El padre, el reino y el honor pospuso
 Y puesta en amoroso y dulce fuego
 Seguirte peregrina se dispuso;
 Ni en muerte ni en prisión el mundo ciego
 Que amor al corazón cuitado puso,
 Podrá quitar jamás, sin ser quitada
 El alma presa á la mortal morada.

Si voy para vivir puesta en servicio
 Tenerme ha tu memoria compañía,
 Y en un continuo y solitario oficio
 Llorando pasaré la noche y día;
 Mas si muriendo en triste sacrificio,
 Fortuna abrevia la desdicha mía,
 Adonde estés vendré (no tengas duda)
 Espíritu desnudo y sombra muda.

No siempre se sostienen á la misma altura los fragmentos del poema, y aun suelen degenerar en crónica rimada, pero así y todo fué desdicha grande que Terrazas no llegara á perfeccionar é imprimir su obra, la cual, sin pasar de una honrada medianía, como exactamente nota Icazbalceta, lleva, no obstante, todo género de ventajas á otro poema mexicano del mismo tiempo, compuesto igualmente en loor de Hernán Cortés, y que logró la fortuna, bien poco merecida, de fatigar las prensas.

Nos referimos á *El Peregrino Indiano*, de D. Anto-

nio de Saavedra Guzmán, publicado en Madrid en 1599, obra sólo digna de estimación por su extremada rareza y por ser el primer libro impreso de poeta nacido en Nueva-España (1). Pocas lecturas conozco más áridas é indigestas que la de esta crónica rimada en veinte cantos mortales, que el autor *escribió y acabó* (según dice) *en setenta días de navegación con balances de nao*. Hízola con el propósito poco disimulado de que le sirviese como de memorial en las pretensiones que á España traía, al igual de otros descendientes de conquistadores reducidos por entonces á suma pobreza, en nombre y representación de los cuales exhala amargas quejas al principio del canto xv. Pretender en versos tan malos, no parece que había de adelantar mucho la fortuna del poeta, y si se había mostrado tan inepto corregidor en Zacatecas como rimador pobrísimo, no es extraño que se levantase contra él aquella tormenta de que habla y que le costó su empleo. No sé cómo pudo Ticknor encontrar *poesía y verdad* en tal obra, y la razón que da no me convence. El haber nacido el autor en México y estar familiarizado con las escenas que describe y conocer los hábitos de la raza infeliz cuyo fin relata, condiciones eran que no podían infundirle el talento poético de que carecía, aunque puedan dar alguna curiosidad histórica á su obra. Por eso el P. Clavijero la pone en

(1) *El Peregrino Indiano*, por D. Antonio de Saavedra Guzmán, viznieto del Conde del Castellar, nacido en México. En Madrid, en casa de Pedro Madrugal, 1599, 8.º Entre los versos laudatorios los hay de Vicente Espinel y de Lope de Vega.

Este poema ha sido reimpresso en el folletín de un periódico de México, *El Sistema Postal* (1880), con prólogo de G. Icazbalceta.

el catálogo de las historias americanas, añadiendo que no tiene de poesía sino el metro. El autor ofreció «un manjar de verdad» y no otra cosa; y añade, en versos detestables, si es que el nombre de versos se merece:

No lleva el ornamento de invenciones
De ninfas cabalinas ni Parnaso,
.....
Porque me han dicho cierto que es lo fino
Decir pan por pan, vino por vino.
.....
Anímame, Señor, á echar el resto
No con poco temor y sentimiento,
El ver que soy en México nacido,
Donde ningún historiador ha habido.

De su veracidad en cuanto á la historia, responde en las aprobaciones del libro, no menor autoridad que la del cronista de Indias, Antonio de Herrera. Parece que poseía Saavedra alguna de las lenguas indígenas; pero tal conocimiento no le sirvió para dar color local á la narración, sino para rellenarla de nombres estrafalarios, que acrecientan la dureza é insonoridad de sus octavas. Sólo se aparta del estricto rigor histórico, para introducir un poco de *máquina*, ya alegórica, ya de encantamientos y hechicerías como el *peyote* confeccionado por la hechicera de Tlaxcala, Tlanelup, sin que falte la indispensable tempestad promovida por el demonio para hundir las naves de Hernán Cortés.

Como no hay libro malo de que no pueda sacarse alguna utilidad, parece que la lectura del poema de Saavedra, en que abundan detalles genealógicos y personales sobre los conquistadores, no fué del todo inútil á D. Nicolás Fernández de Moratín, para su célebre canto de *Las naves de Cortés destruidas*. Así, por ejemplo, aque-

lla curiosa pero no muy segura coincidencia histórica recordada en estos versos:

Mas ¡ay! que ese adalid el mismo día
Que nacer vimos al sajón Lutero,
Nació también para la afrenta mía....

parece tomada de estos dos rastreros renglones de *El Peregrino Indiano*:

Cuando nació Lutero en Alemania
Nació Cortés el mismo día en España.

No hay duda que Hernán Cortés ha sido en general poco afortunado con sus cantores. Cualquiera narración en prosa, no ya sólo la afiligranada y cultísima de Solís, ó la que trazó Prescott con tanta viveza de fantasía romántica, sino la rápida, elegante y maligna de Gómara, la ruda y selvática de Bernal Díaz del Castillo, la del mismo inmortal conquistador en sus *Cartas y Relaciones* escritas con la nerviosa sencillez propia de los grandes capitanes, resultan infinitamente más poéticas que todos los poemas compuestos sobre la conquista de México. La principal razón de esto es, sin duda, que la realidad histórica excede aquí á toda ficción, y que por tratarse de un hecho de tiempos tan cercanos, y conocido hasta en sus mínimos detalles, no deja campo abierto á la fantasía para exornarle, transfigurarle ni enaltecerle. Pero otra razón de no pequeño peso está en la inferioridad de fuerzas poéticas de que adolecían casi todos los autores que se atrevieron á cargar sus débiles hombros con tal argumento. Un solo episodio, como el de las naves dadas al través, pudo inspirar á Vaca de Guzmán algunas octavas robustas, patrióticas

y valientes, y á Moratín el padre una sarta de descripciones brillantísimas que en tono y estilo y pompa de color salen mucho del pobre marco de la poesía del siglo XVIII, y más bien parecen del tiempo de Lope ó de Valbuena. Pero fuera de esto y del poema no acabado de García Gutiérrez, que más que realidad fué una promesa, los demás disputan entre si la palma de la infelicidad, y quizá no es Saavedra de Guzmán, sino D. Juan de Escóiquiz, el que la merece de todo derecho por su intolerable *México Conquistada*. Más que los dos juntos vale Gabriel Lobo y Lasso de la Vega (1), que siquiera tenía condiciones de versificador, las cuales más bien sobraban que faltaban al ingenioso y gongorino poeta mexicano D. Francisco Ruiz de León, autor de la *Hernandía*. De todos modos, ninguno de ellos nos compensa la pérdida del poema de Terrazas, que vivió en mejor época literaria, y sintió mejor la poesía del argumento.

Había por aquellos días en México innumerable turba de versificadores; pero la mayor parte de ellos debían

(1) *Primera parte de Cortés Valeroso, y Mexicana de Gabriel Lasso de la Vega, criado del Rey nuestro señor, natural de Madrid*.... Madrid, en casa de Pedro Madrigal, 1588.—*Mexicana de Gabriel Lasso de la Vega, enmendada y añadida por su mismo autor*.... Lleva esta segunda impresión trece cantos más que la primera. En Madrid, por Luis Sánchez. Año 1594.

A todos los poemas de asunto americano vence en lo rastrero y prosaico el titulado *Historia de la Nueva México*, del capitán Gaspar de Villagra (Alcalá, 1610, por Luis Martínez Grande), libro, por otra parte, de los más buscados entre los de su clase, así por el interés histórico como por la rareza bibliográfica. Está en treinta y cuatro mortales cantos en verso suelto, pero de aquel género de versos sueltos que Hermosilla comparaba con una escoba desatada, y el autor interrumpe á veces el hilo de la narración para intercalar provisiones, reales cédulas y otros documentos justificativos, sin que se conozca notablemente la transición de los versos á la prosa cancelleresca.

de ser aficionados y poetas de certamen, y sus obras hubieron de perderse. Muestra curiosa de la poesía satírica con que entretenían los largos ocios de la colonia y exhalaban sus quejas los malhumorados y empobrecidos descendientes de los conquistadores contra los nuevos aventureros que venían de España y que por más hábiles ó más activos se iban alzando con todos los provechos, son ciertos sonetos de bastante donaire hallados por el Sr. Icazbalceta en el mismo manuscrito que contiene las octavas de Terrazas (1).

(1) Dicen así estos tres sonetos, que parecen de un mismo autor.

1.

Minas sin plata, sin verdad mineros,
Mercaderes por ella codiciosos,
Caballeros de serlo deseosos,
Con mucha presunción bodegoneros;
Mujeres que se venden por dineros,
Dejando á los mejores más quejosos;
Calles, casas, caballos muy hermosos,
Muchos amigos, pocos verdaderos.
Negros que no obedecen sus señores,
Señores que no mandan en su casa,
Jugando sus mujeres noche y día:
Colgados del Virrey mil pretendores,
Tianguex (*), almoneda, behetria,
Aquesto, en suma, en esta ciudad pasa.

2.

Niños soldados, mozos capitanes,
Sargentos que en su vida han visto guerra,
Generales en cosas de la tierra,
Almirantes con damas muy galanes:
Alféreces de bravos ademanes,
Nueva milicia que la antigua encierra,
Hablar extraño, parecer que atierra,
Turcos rapados, crespos alemanes.
El favor manda y el privado crece,
Muere el soldado desangrado en Flandes
Y el pobre humilde en confusión se halla.
Seco el hidalgo, el labrador florece,
Y en este tiempo de trabajos grandes,
Se oye, se mira, se contempla y calla.

(*) Según el Sr. Pimentel (*Revista Nacional de Letras y Ciencias*, 1889), la palabra *tianguex* es azteca, y quiere decir mercado.

Única, pero curiosísima muestra del primitivo teatro mexicano es el libro inestimable y rarísimo de los *Coloquios espirituales y Poesías sagradas* del presbítero Fernán González de Eslava, impreso en 1610, años después de la muerte de su autor, por el padre agustino Vello de Bustamante. Del mismo contexto de las piezas se infiere que todas ellas pertenecen al siglo XVI, y que hubieron de ser compuestas entre 1567 y 1600. Del autor apenas hay más noticias que las pocas que pueden rastrearse por su libro: Icazbalceta se inclina, con plausibles conjeturas, á tenerle por andaluz, y quizá por sevillano. Suyos deben de ser algunos versos que con nombre de un *Hernán González* se leen en la compilación manuscrita de 1577 atribuída á Gutierre de Cetina. Honró también con poesías laudatorias algunas ediciones mexicanas de su tiempo, entre ellas la *Doctrina cristiana* del Dr. D. Sancho Sánchez de Muñón (1579), que para nosotros es la mismísima persona que el ingenioso y desenfadado autor de la *Tragicomedia de Lisandro y Roselia*, quizá la mejor entre las imita-

3.

Viene de España por el mar salobre
 Á nuestro mexicano domicilio
 Un hombre tosco, sin algún auxilio,
 De salud falto y de dinero pobre.
 Y luego que caudal y ánimo cobre,
 Le aplican en su bárbaro concilio
 Otros como él, de César y Virgilio
 Las dos coronas de laurel y robre.
 Y el otro, que agujetas y alfileres
 Vendía por las calles, ya es un Conde
 En calidad, y en cantidad un Fúcar:
 Y abomina después el lugar donde
 Adquirió estimación, gusto y haberes,
 Y tiraba la jábega en Sanlúcar.

El Sr. Icazbalceta ve en estos sonetos, y no sin razón, los primeros indicios de la funesta enemistad entre criollos y peninsulares.

ciones de la *Celestina* (1). Fué Eslava ingenio de grandísima facilidad y rica vena; pródigo, aunque no selecto en los donaires; rico de malicia y de agudeza en las alusiones á sucesos contemporáneos; excelente versificador, sobre todo en quintillas; bien fundado y macizo en la doctrina teológica que probablemente había cursado y que en sus *coloquios* inculca y expone en forma popular y amena, procurando acomodarse á la inteligencia, no ya sólo de los españoles, sino de los indios neófitos que supiesen nuestra lengua. Por el candor y la ingenuidad del diálogo, por la sencilla estructura y poco artificio de la composición, y aun por el uso inmoderado del elemento cómico y grotesco, pertenece al teatro anterior á Lope de Vega, y sus autos se parecen mucho á los del gran código de nuestra Biblioteca Nacional y aun á otros más antiguos y rudos como los de la *Recopilación* de Diego Sánchez de Badajoz. Para el estudio

(1) Don Juan Eugenio Hartzenbusch descifró el enigma contenido en los versos que acompañan á la *Tragicomedia de Lisandro*, y leyó en ella el nombre del autor, *Sancho Munino, natural de Salamanca*. Los señores Fuentesa del Valle y Sancho Rayón leyeron después *Sancho de Muñón ó Muñón*, y, en efecto, lograron noticia de un maestro *Sancho de Muñón, teólogo*, que por los años de 1549 residía en las escuelas de Salamanca, y asistió á varios claustros plenos, sentándose nada menos que al lado de Melchor Cano, y tomando parte en la reforma de los estatutos de la Universidad. (Véanse los preliminares del tomo V de la *Colección de libros españoles raros y curiosos*.) El Sr. García Icazbalceta, al darnos razón en su *Bibliografía* del libro de la *Doctrina Cristiana*, nos dice que el Dr. D. Sancho Sánchez de Muñón fué á México en 1560, y tomó posesión de la plaza de Maestrescuelas de aquella catedral en 26 de Abril, ejerciendo en tal concepto el cargo de Cancelario de la Universidad, donde recibió (ó incorporó) el grado de Doctor en Teología el 28 de Julio de dicho año. En 1570 hizo un viaje á España como solicitador general de las Iglesias de Nueva España. Consta que volvió á México, donde murió en 1601. La identidad del personaje parece segura, aunque no haya sido notada hasta ahora.

de la lengua no tienen precio: como gran parte del diálogo es de tono vulgar y aun chocarrero, abunda en idiotismos y maneras de decir familiares, propias del habla de los criollos, y que en vano se buscarían en los monumentos de la poesía culta. Allí pueden sorprenderse los gérmenes del provincialismo mexicano, en el cual el elemento andaluz parece haber sido el predominante como en casi toda América, acaudalándose en México más que en otras partes con despojos de las lenguas indígenas. No menos curiosidad ofrecen estos *coloquios* para la historia: muchos de ellos pertenecen al género de los llamados *de circunstancias*, y nos hacen penetrar mucho en las intimidades de la vida colonial, aplicadas con inocente irreverencia á la representación simbólica del misterio eucarístico y de otros dogmas cristianos. Así uno de estos autos nos recuerda la vuelta de los que fueron con Miguel López de Legaspi á la jornada de la China; otro, el más largo de todos, escrito en prosa y verso, y dividido en siete jornadas, fué compuesto para la consagración del arzobispo Moya de Contreras en 1574; en otro, los siete Sacramentos aparecen simbolizados por los siete fuertes ó presidios que el virrey D. Martín Enriquez levantó en el camino de las minas de Zacatecas, y, finalmente, dan materia á diversas alegorías la entrada del virrey Conde de Coruña en 1580, la espantosa epidemia que cayó sobre los indios en 1576, el recibimiento del paternal virrey don Luis de Velasco en 1590. Tales piezas, aunque sean las más interesantes para el anticuario, no suelen ser las más poéticas; hay rasgos superiores en aquellas donde Eslava no necesitó dar tormento á su ingenio buscando fútiles y profanas alegorías, sino que trató directa é his-

tóricamente el asunto ó encontró ya la alegoría en los sagrados libros. Bajo este aspecto son signos de recomendación los sencillos y fervientes monólogos del profeta Jonás en el *coloquio séptimo* (que es, por lo demás, muy desigual y lleno de extravagantes anacronismos), el ingenioso debate de la Riqueza y la Pobreza en el coloquio décimotercio, y la parábola de la viña, desarrollada en el undécimo («del arrendamiento que hizo el Padre de las Compañías á los Labradores de la Viña»), cuyo argumento es idéntico al del hermosísimo auto de Lope de Vega, *El Heredero del Cielo*, aunque, naturalmente, pierde mucho Eslava en tan terrible comparación. Pero aun en los asuntos de pura fantasía es innegable y no vulgar el talento poético del primer dramaturgo mexicano, como lo prueba su brillante concepción alegórica de *El Bosque Divino*. Acompañan á los coloquios algunas poesías líricas, todas de asunto sagrado, porque el editor P. Bustamante reservaba las profanas para un segundo tomo que, ó no llegó á imprimirse, ó se ha ocultado hasta ahora á la exquisita diligencia del Sr. Icazbalceta, que ha sido el desenterrador de Eslava, como de casi toda la primitiva literatura de Nueva España. Los versos de Eslava, *á lo divino*, son enteramente versos de cancionero, y pueden y deben añadirse á la vasta colección de este género que formó D. Justo de Sancha. Están, pues, en aquella tradición literaria que va desde Fr. Ambrosio Montesino hasta JuanLópez de Úbeda, Damián de Vegas y el maestro Valdivielso. Con lo mejor de estos autores pueden compararse algunas de las canciones, chanzonetas y villancicos de Eslava, así como otros participan en gran manera del gusto monjil y apocado y del conceptismo rastrero que

en manos de Ledesma, Bonilla y sus secuaces, acabó por enervar y pervertir miserablemente este género, con tanto daño de la poesía como de los afectos devotos. No siendo Eslava poeta mexicano de nacimiento, no pueden tener sus versos entrada en la presente Antología; pero para muestra de su estilo copiamos en nota un villancico suyo que da muestra completa de la ingeniosidad de estilo de este simpático poeta (1). El

(1)

¡Oh, qué buen labrador, bueno!
 ¡Qué buen labrador!
 ¡Ah! Labrador excelente,
 Decláranos sabiamente
 Tu valor y tu simiente
 ¡Qué significa, señor?
 ¡Qué buen labrador!
 Todos los hombres nacidos
 Aperciban los sentidos:
 Oiga quien tuviere oídos,
 Oirá divino primor.
 ¡Qué buen labrador!
 Salí con mi ser divino
 Del Padre do estoy contino,
 Y al mundo, manso y benino,
 Vine á hacer mi labor.
 ¡Qué buen labrador!
 Vine á quitar la neguilla
 Y á dar divina semilla,
 Y en la Virgen sin mancilla
 La sembró divino amor.
 ¡Qué buen labrador!
 Sembré en el Angel primero,
 Y ésta cayó en el sendero
 Porque dijo: Por mi quiero
 Igualarme al Criador.
 ¡Qué buen labrador!
 Y en Adán la sembré yo,
 Y ésta entre espinas cayó,
 Cuando del mando excedió
 De su Dios y su Criador.
 ¡Qué buen labrador!
 En los de ley de Escritura
 Sembré el grano de la altura,
 Y cayó en la piedra dura
 Porque le faltó el humor.
 ¡Qué buen labrador!
 Viendo cuán mal acudía
 Esta labor que hacía,
 Acordé por mejor vía
 De sembrar la ley de amor.
 ¡Qué buen labrador!

que quiera conocerle más de cerca, intérnese en las páginas de su libro y no dará por perdido su trabajo. El autor mismo parece convidarle con la suave y misteriosa vaguedad lírica de estos versos:

Sin tardar,
 Démonos priesa á embarcar.
 ¡Oh qué viento y mar en calma,
 Gran consuelo es para el alma
 Con tal tiempo navegar!
 Las ondas de la mar
 ¡Cuán menudicas van!

Pero la modesta luz poética de Hernán González de Eslava, parece como que se eclipsa ante la brillante y

Tomé la cruz por arado
 Do mi cuerpo fué clavado,
 Y allí fué el perdón sembrado
 Del que á Dios fuese ofensor.
 ¡Qué buen labrador!

Los clavos que me enclavaron
 Son coyundas que me ataron,
 Con las cuales te sacaron
 De la cárcel del dolor.
 ¡Qué buen labrador!
 La lanza fué el aguijada
 Que en mi cuerpo atravesada
 Abrió la puerta cerrada
 De la gloria al pecador.
 ¡Qué buen labrador!
 El yugo suave y leve
 Que al que hace lo que debe
 Yo le ayudo á que lo lleve
 Y soy premio á su sudor.
 ¡Qué buen labrador!

De pies y manos atado
 Me tienes, hombre culpado;
 No temas, que ya he trocado
 En clemencia mi rigor.
 ¡Qué buen labrador!
 Mi propia vida sembré
 Cuando en el sepulcro entré
 Y de allí resucité
 En mi virtud y vigor.
 ¡Qué buen labrador!
 Y en aqueste sacramento,
 Sembré divino sustento,
 Para dar por uno ciento

deslumbradora de Bernardo de Valbuena, que si pertenece á la Mancha por su nacimiento, pertenece á Méjico por su educación, á las Antillas por su episcopado, y que hasta por las cualidades más características de su estilo, es en rigor el primer poeta genuinamente ameri-

Al contrito pecador,
¡Qué buen labrador!
Mira, hombre, si te quiero,
Pues mi cuerpo verdadero
Queda en divino granero
Porque te hartes mejor.
¡Qué buen labrador!
Conmigo mismo te heredo
Y al Padre voy, y aquí quedo:
Pues yo hago lo que puedo,
Haz tú algo por mi amor.
¡Qué buen labrador!
Sembrarás por tu consuelo
Buenas obras en el suelo,
Y cogerás en el cielo
Fruto de sumo dulzor.
¡Qué buen labrador!

(Pág. 240.)

«*Coloquios Espirituales y Sacramentales y Poesías Sagradas del Presbítero Fernán González de Eslava (escritor del siglo XVI). Segunda edición conforme á la primera hecha en Méjico en 1610. La publica, con una Introducción, Joaquín García Icazbalceta, Secretario de la Academia Mexicana, etc., etc. Méjico: Imprenta de F. Díaz de León, 1877, 4.º* De la primitiva edición sólo se conocen dos ejemplares, uno de ellos el que posee el Sr. Icazbalceta.

Aunque Eslava sea el más antiguo dramaturgo de los que escribieron en Méjico en el sentido de ser el primero ó más bien el único que nos ha dejado un cuerpo ó colección de sus obras, las representaciones sagradas eran mucho más antiguas y se habían introducido desde los primeros tiempos de la conquista, no sólo en lengua castellana, sino en las lenguas de los indios, que quizá tenían ya algún bárbaro rudimento de drama en sus danzas y *mitotes*. Los misioneros franciscanos se valieron alguna vez del teatro sagrado como de medio catequístico, y hay sobre esto muy curiosas noticias en la *Historia de los Indios de Nueva España*, de Fr. Toribio de Benavente ó Motolinia, que dirigió y organizó algunas de estas fiestas del Corpus y de la Epifanía en Tlaxcala, desde 1538 por lo menos. Hubo entre ellas una de carácter histórico «por las paces hechas entre el Emperador y el Rey de Francia». Por cierto que el buen fraile, mal avenido sin duda con los conquistadores, dió á Hernán Cortés y á Pedro de Alvarado el mando de las dos cuadrillas de moros ó infieles que figuraron en aquella especie de mojiganga

cano, el primero en quien se siente la exuberante y desatada fecundidad genial de aquella prodigiosa naturaleza. «Su poesía (dice Quintana), semejante al Nuevo Mundo, donde el autor vivía, es un país inmenso y dilatado, tan feraz como inculto, donde las espinas se hallan confun-

ó simulacro de la futura conquista de Jerusalén. Los actores eran exclusivamente indios, y las piezas se componían en su lengua con algún que otro villancico en castellano.

En la capital había representaciones para los unos y para los otros, siendo las principales, como en todas partes, las del Corpus, cuya procesión se celebraba con gran suntuosidad, pero con accesorios tan profanos y escandalosos que excitaron la indignación del venerable arzobispo Zumárraga, el cual para condenar tales abusos hizo imprimir por dos veces un tratadito del cartujano Dionisio Rickel, adicionándole con una exhortación propia, en que se leen estas vehementes palabras: «Cosa de gran desacato y desvergüenza parece que ante el Santísimo Sacramento vayan los hombres con máscaras y en hábitos de mujeres, danzando y saltando con meneos deshonestos y lascivos, haciendo estruendo, estorbando los cantos de la Iglesia, representando profanos triunfos como el del dios del amor, tan deshonesto, y aun á las personas no honestas tan vergonzoso de mirar..... Los que lo hacen, y los que lo mandan, y aun los que los consienten..... á otro que Fr. Juan Zumárraga busquen que los excuse..... y por sólo esto, aunque en otras tierras y gentes se pudiese tolerar esta vana y profana y gentilica costumbre, en ninguna manera se debe sufrir ni consentir entre los naturales de esta nueva Iglesia. Porque como de su natural inclinación sean dados á semejantes regocijos vanos, y no descuidados en mirar lo que hacen los españoles, antes los imitarán en estas vanidades profanas que en las costumbres cristianas. Y demás desto hay otro mayor inconveniente por la costumbre que estos naturales han tenido de su antigüedad, de solemnizar las fiestas de sus ídolos con danzas, sones y regocijos, y pensarían, y lo tomarían por doctrina y ley, que en estas tales boberías consiste la santificación de las fiestas.»

Tan graves y piadosas razones no impidieron que, muerto el primer Arzobispo, volviessen las cosas á su antiguo estado, si bien con el tiempo y con la reforma de las costumbres fueron desapareciendo ó aminorándose muchos de los inconvenientes. La legislación definitiva sobre este punto fué la del Concilio tercero Mexicano de 1585, que prohibiendo en los días de Navidad y del Corpus ó en otra cualquier fiesta «las danzas, bailes, representaciones y cantos profanos», permitió las «de historia sagrada, ú otras cosas santas y útiles al alma», con tal que se presentasen un mes antes á la censura del diocesano.

didadas con las flores, los tesoros con la escasez, los páramos y pantanos con los montes y selvas más sublimes y frondosas.» No puede darse expresión más exacta, ni ocurre añadir ó rectificar cosa importante en el juicio, para nosotros definitivo, que aquel gran poeta y elegante

Además de Eslava, queda el nombre y una obra por lo menos de otro poeta sacramental, el presbítero Juan Pérez Ramírez, que cobraba cada año cincuenta pesos de minas por el cargo de escribir los autos. En un códice de la Biblioteca de nuestra Academia de la Historia (que contiene muchas piezas dramáticas, la mayor parte de jesuitas) está su *Desposorio espiritual de la Iglesia Mexicana y el Pastor Pedro: égloga representada el día de la consagración del obispo de México, D. Pedro de Moya Contreras, que fué el 5 de Diciembre de 1574*. Ya hemos visto que Eslava trató como en competencia el mismo asunto.

Los jesuitas tenían también en sus colegios representaciones de mayor artificio. Como muestra de ellas puede citarse la tragedia en cinco actos intitulada *Triunfo de los Santos, en que se representa la persecución de Diocleciano, y la prosperidad que se siguió con el imperio de Constantino*, inserta al fin de la *Carta ó Relación* que el P. Pedro de Morales envió al general de la Compañía P. Everardo Mercuriano, describiendo las festividades con que fueron recibidas en México las reliquias que envió Gregorio XIII en 1579. Hay extractos de ella en la *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, del Sr. Icazbalceta. Parece ser obra muy larga y desigualmente versificada; quizá de varios ingenios. Es de esperar que el docto editor de los *Coloquios* de Eslava complete el buen servicio que con ellos nos ha hecho, reimprimiendo en otro volumen esta pieza, la de Pérez Ramírez, y cualquiera otra reliquia que parezca de los orígenes de la escena en México.

En qué tiempo empezó el teatro puramente secular, no lo sabemos á punto fijo; pero cuando Valbuena, en 1603, nos dice que habla

Fiesta y comedias nuevas cada día,
De varios entremeses y primores,
Gusto, entretenimiento y alegría,

no hemos de creer que se trataba de los simplicísimos autos antiguos, sino de verdaderas comedias, como las de Lope y sus discípulos. De uno de ellos, y no ciertamente de los menos notables, del autor de *El Diablo Predicador*, Luis de Belmonte Bermúdez, cuya vida es una prodigiosa novela, consta que dos veces estuvo en México, «donde, no pudiendo olvidar el manjar sabroso de las Musas, escribió muchas comedias, que algunas hay im-

crítico formó de Valbuena, ya en el prólogo y notas de su *Colección de poesías selectas castellanas*, ya en el magnífico discurso preliminar de la *Musa Épica*. Quintana no regateó nunca su admiración á aquella poesía del Obispo de Puerto Rico, tan nueva en castellano cuando él escribía, tan opulenta de color, tan profusa de ornamentos, tan amena y fácil, tan blanda y regalada al oído cuando el autor quiere, tan osada y robusta á las veces, y acompañada siempre de un no sé qué de original y de exótico, que con su singularidad le presta realce, y que en las imitaciones mismas que hace de los antiguos se discierne. Aun su clasicismo es de una especie muy particular y propia suya, que casi pudiéramos decir clasicismo romántico, semejante en algo al de los poetas

presas, y la Vida del Patriarca Ignacio de Loyola, en versos castellanos». (Prólogo del Ldo. Juan Bermúdez y Alfaro al poema inédito de Bermúdez, *La Hispánica*.)

De los dramaturgos en lenguas indígenas no tenemos que tratar aquí. Suenan entre ellos los nombres de Fr. Juan Bautista, franciscano, que compuso *dramas espirituales de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo*, en nahuatl; Fr. Martín de Acevedo, dominico, autor de *dramas alegóricos*, en lengua chocha, y de *autos sacramentales*, en lengua misteca; Fr. Andrés de Olmos, franciscano, que hizo representar delante del virrey Mendoza y del arzobispo Zumárraga su célebre auto de *El Juicio Final*, «causando gran edificación á todos, indios y españoles». Anterior á todos ellos había sido Fr. Luis de Fuensalida, uno de los doce primeros misioneros de su Orden, que compuso, en lengua mexicana *Diálogos ó coloquios entre la Virgen María y el Arcángel San Gabriel*.

Finalmente, no omitiremos la curiosísima noticia de que D. Bartolomé de Alba, descendiente de los Reyes de Tezcuco, tradujo al *nahuatl*, por los años de 1641 tres comedias de Lope de Vega. Beristain las vió en el colegio de San Gregorio de México, y da sus títulos: 1.^ª *El Gran Teatro del Mundo*. 2.^ª *El Animal profeta y dichoso parricida* (San Julián). 3.^ª *La Madre de la Mejor* (Santa Ana). No conocemos comedia de Lope de Vega con el primero de estos títulos: será quizá el auto de Calderón, que se titula del mismo modo.

de la decadencia latina, sobre todo en la intemperancia descriptiva unida á cierto refinamiento que le hace buscar nuevos aspectos en el paisaje y apurar menudamente los detalles con un artificio de dicción primoroso y nuevo. Otro rasgo de su estilo consiste en la mezcla frecuente de los pormenores realistas, triviales y aun grotescos, con lo más elevado y puro de la emoción poética, no tanto por desaliño ó cansancio, cuanto por buscar un nuevo elemento de interés en el contraste. Cuando quiere ser clásico puro, llega sin esfuerzo al clasicismo alejandrino por lo menos, y pedazos de sus églogas hay que recuerdan mucho más la manera de Teócrito que la de Virgilio. En ocasiones la docta industria con que aspira á remedar los ecos de la flauta de Sicilia, parece que preludia una de las maneras de Andrés Chénier. De todos los imitadores de Teócrito, anteriores á este gran maestro del neoclasicismo, Valbuena es el que más exactamente llegó á reproducir algunas cualidades del modelo, no sólo en la artificiosa, pero no amanerada simplicidad del estilo, sino en la composición general y en el diálogo, en lo que pudiéramos decir parte dramática de la égloga, que casi siempre falta en los bucólicos virgilianos.

Pero la manera habitual y predilecta de Valbuena es otra muy diversa y muy alta de color, muy aventurera é impetuosa, formada con tan varios elementos como la viciosa lozania de Ovidio, el número sonante y la enfática altivez de Lucano, de Estacio y de Claudiano, y la risueña fantasía del Ariosto con cuyo filtro mágico diríase que se adormece la naturaleza en un perpetuo sueño de amor. Valbuena es un segundo Ariosto, inferior sin duda al primero, no sólo por haber llegado más

tarde, sin poder participar de aquella suprema embriaguez de luz en que vivió el poeta de Ferrara, en medio de los resplandores del Renacimiento; no sólo por carecer del alto sentido poético y de la blanda ironía con que el autor del *Orlando* corona de flores el ideal caballeresco en el momento mismo de inmolarle, sino porque aun en lo más externo, en las condiciones más técnicas, resulta notoriamente inferior en gusto y arte, ya por falta de donaire en la parte cómica, ya por resabios frecuentes de hinchazón y ampulosidad culterana, ya por monstruosa desproporción en los episodios; sin contar la poca novedad y consistencia de las figuras que en el poema intervienen: paladines, encantadores, gigantes ó princesas encantadas, derivados todos ó de su predecesor italiano ó del fondo común de los libros de caballerías. Pero con todos estos graves y sustanciales defectos, todavía creemos, como creyó Quintana, que las facultades descriptivas del Abad de la Jamaica eran casi iguales á las del Ariosto, y por de contado superiores á las de cualquier poeta nuestro. No se ha de negar que le perjudicó en gran manera el exceso mismo de esta cualidad, no templada en él convenientemente por ninguna otra, aunque ciertos episodios, como el ternísimo de Dúlcia muestran que no le faltaban condiciones de sentimiento, y que encontraba alguna vez, como por instinto, aquella suave languidez de expresión que penetra el alma en algunos pasos de Eurípides y de Virgilio. Pero como la poesía naturalista y pintoresca no era la que más abundaba en España y en el siglo XVI, algo ha de concederse á quien tanto ensanchó sus límites y tanto despilfarró los tesoros de la lengua, convirtiendo la pluma en pincel con ímpetu y furia desorde-

nada, sólo comparable á la de los retóricos coloristas de la moderna escuela romántica, que se jactaban de saber «los nombres de todas las cosas». No es sólo en el *Bernardo* (obra capital suya) donde se leen, como ponderó Quintana, «descripciones admirables de países, de fenómenos naturales, de edificios y de riquezas, anti- güedades de pueblos, de familias y de blasones, siste- mas teológicos y filosóficos». Hay una obra de su juven- tud que nos da ya la medida de su asombrosa fertilidad descriptiva, por la cual D. Nicolás Antonio, interrumpiendo con un rasgo de entusiasmo su habitual seque- dad bibliográfica, le había declarado superior á todos nuestros poetas *descriptionum elegantia, geographiæ astronomicæque rei locorum pulcherrima tractatione, mira que exprimendi fereque oculis subjiciendi quod tam longe à conspectu est, virtute*. Tal es el poemita de la *Grandeza Mexicana*, impreso en la capital del vi- rreinato en 1604 (1). Si de algún libro hubiéramos de hacer datar el nacimiento de la poesía americana pro-

(1) *La Grandeza Mexicana del bachiller Bernardo de Balbuena*.... En México, por Melchior Ocharte, 1604, 8.º

De esta edición rarísima hay dos clases de ejemplares con algunas dife- rencias que ha notado el Sr. Icazbalceta. (*Memorias de la Academia Mexi- cana*, 1886, págs. 95-116.)

La *Grandeza Mexicana* ha tenido tres reimpresiones matritenses en nuestro siglo, la de 1821, publicada por la Real Academia Española al fin de *El Siglo de Oro*, la de 1829 y 1837, por D. Miguel de Burgos, 12.º Estas dos últimas son en realidad una sola, con distinta portada y preliminares. Hay también una edición de Nueva York (1828) y otra de México (1860). Es lástima que en todas las reimpresiones se hayan suprimido la mayor parte de las piezas en prosa y verso que acompañan al poema y que son muy curiosas para la biografía de su autor y hasta para el conocimiento de sus ideas literarias. La más importante es un *Compendio Apologético en alabanza de la Poesía*.

piamente dicha, en éste nos fijáramos más bien que en el *Arauco Domado* de Pedro de Oña, aunque éste fuera chileno y Valbuena español. Nada hay americano en el poema de Oña más que la patria del autor, mucho hay en Balbuena, cuyo libro es una especie de topografía poética. ¡Lástima que en la parte de botánica no llegue el autor á emanciparse de la tiranía de los recuerdos clásicos é italianos, y nos describa más bien las plantas de Virgilio ó de Plinio que las que fueron reveladas al Viejo Mundo por Oviedo y Francisco Hernández! Pero aunque el paisaje, en medio de su floridez y abundancia, no tenga más que un valor convencional y aproximado, y esté, por decirlo así, traducido ó traspuesto á un molde literario, todavía en el raudal de las descripciones de Valbuena se siente algo del prolífico vigor de la prima- vera mexicana. Tiene no obstante más interés, más ver- dad y más animación para nosotros la descripción que hace de las grandezas de la ciudad que la del campo. Enamorado de ella hasta el delirio, apura los epítetos en su loor, y todos le parecen pocos para expresar su sincero entusiasmo por la que llama

Del placer madre, piélagos de gente,

De joyas cofre, erario del Tesoro,

Flor de ciudades, gloria de Poniente;

De amor el centro, de las musas coro,

De honor el reino, de virtud la esfera,

De honrados patria, de avarientos oro,

.....

Templo de la beldad, alma del gusto,

Indias del Mundo, cielo de la tierra.

El rumbo, el tropel y el boato, la bizarría de trajes é invenciones, el brío y ferocidad de los caballos mexica- nos y la gala bizarra de sus jinetes, envueltos en sedas

y «varia plumería», los ricos jaces y libreas costosas de aljófara, perlas, oro y pedrería, ejercen sobre la ardiente imaginación de Valbuena una especie de prestigio mágico. Muy aficionado debió de ser á caballos, á juzgar por el alarde de precisión con que los describe, distinguiendo sus castas y cualidades:

Donde en rico jaez de oro campea
El castaño colérico, que al aire
Vence si el acicate le espolea;
Y el tostado alazán, que sin desgairé
Hecho de fuego en la color y el brío
El freno le compasa y da donaire;
El remendado overo húmedo y frío,
El valiente y galán rucio rodado,
El rosillo cubierto de rocío;
El blanco en negras moscas salpicado,
El zaino ferocísimo y adusto,
El galán ceniciento gateado;
El negro endrino, de ánimo robusto,
El cebruno fantástico, el picazo
Engañoso, y el bayo al freno justo,
Y otros innumerables que al regazo
De sus cristales y á su juncia verde
Esquilman y la comen gran pedazo.

Nunca se encontró mayor concordancia entre el autor y el asunto. Nadie dirá que al estilo de Valbuena no se le hubiese comunicado ampliamente la generosa imprevisión indiana, la opulencia aparatosa y despilfarrada «sin cortedad ni sombra de escaseza»,

Aquel pródigamente darlo todo,
Sin reparar en gastos excesivos,
Las perlas, oro, plata y seda á rodo.

El buen gusto encuentra mucho que reparar en esas interminables enumeraciones, y murmura por lo bajo que en poesía la acumulación no es sinónimo de positiva

riqueza; pero el oído queda halagado y los ojos se deslumbran; que al fin españoles somos, y á tal profusión de luz y á tal estrépito de palabras sonoras no hay entre nosotros quien resista:

Es la ciudad más rica y opulenta,
De más contratación y más tesoro,
Que el Norte enfria, ni que el sol calienta.
La plata del Perú, de Chile el oro,
Viene á parar aquí: de Terrenate
Clavo fino y canela de Tidoro.
De Cambray telas, de Quinsay rescate,
De Sicilia coral, de Siria nardo,
De Arabia inciensos y de Ormuz granate.

.....
La fina loza del Sangley medroso,
Las ricas mantas de los Scitios Caspes,
Del Troglodita el cinamo oloroso:
Ámbar del Malabar, perlas de Hidaspes,
Drogas de Egipto, de Pancaya olores,
De Persia alfombras y de Etolia jaspes.
De la gran China sedas de colores (1),
Piedra Bezar de los incultos Andes,
De Roma estampas, de Milán primores.

Pero no siempre corre tan desatada y viciosa la musa de Valbuena. Tales recursos había en su ingenio, que le hacen evitar la monotonía de la enumeración y dar suave reposo al espíritu, cuando pudiera sentirse fatigado de pompa y brillantez tan continuas. Entonces el raudal de su vena, contenido y restañado por el buen gusto, se convierte en dulce remanso donde los ojos se recrean apaciblemente contemplando lo limpio del

(1) Para que no se tengan por excesivamente hiperbólicas estas descripciones, téngase en cuenta que después del descubrimiento de las Islas Filipinas México llegó á ser uno de los principales depósitos del comercio del extremo Oriente por la vía del Océano Pacífico.

fondo y lo transparente de las aguas. ¡Qué delicioso principio, por ejemplo, el del capítulo iv!

¿Qué oficio tan sutil ha ejercitado,
Flamenco rubio, de primores lleno,
En templadas estufas retirado,
A quien los hielos del nevado Reno,
En la imaginación dan con su frío
Un cierto modo á obrar dispuesto y bueno.....

Y en todo lo restante de este canto, dedicado en gran parte á la industria, ¿no se ve apuntar aquel mismo género de primor y artificio sabio de dicción que constituye la principal gloria de Andrés Bello?

El oro hilado que con las voltarias
Hebras que el aire alumbran entretienen
Mil bellas manos y horas solitarias
.....
Y entre este resonante aire móvil (1)
No falta sutil lima que reduce
El duro acero á término invisible,
Y en finas puntas aceradas luce
De sutiles agujas que el desnudo
Aljófar hacen que por ellas cruce.

Digno remate y coronación de tan gallardo poema es el epilogo en que contemplando á España en la cumbre de su prosperidad y de su grandeza antes que se notasen las primeras señales de decadencia, exclama el autor con acentos verdaderamente épicos y dignos de tal materia:

¡Oh España valerosa, coronada
Por monarca del Viejo y Nuevo Mundo,
De aquél temida, déste tributada.
.....

(1) El de la fragua.

Pues desde que amanece el rubio Apolo
En su carro de fuego, á cuya llama
Huye el frío dragón, revuelto al polo,
Al mismo paso que su luz derrama,
Halla un mundo sembrado de blasones,
Bordados todos de española fama.

Mira en los orientales escuadrones
De la India, el Malabar, Japón y China
Tremolar victoriosos tus pendones,
Y que el agua espumosa y cristalina
Del Indo y Ganges tus caballos beben,
Y el monte Imavo á tu altivez se inclina.

.....
Y á tu espalda, en las selvas de Tidoro,
De flores de canela coronada,
Arrodillado ante tu cruz el moro.....

.....
Tus católicos hijos belicosos
En sus atrevimientos descubrieron
Que era bastante á sujetar su espada
Más mundo que otros entender supieron.

.....
¡Oh España altiva y fiel, siglos dorados
Los que á tu Monarquía han dado presa,
Y á tu triunfo mil reyes destronados!

Traes al Albis rendido, á Francia presa,
Humilde al Póo, pacífico al Toscano,
Túnez en freno, y África en empresa:

Aquí te huye un príncipe otomano,
Allí rinde su armada á la vislumbre
De la desnuda espada de tu mano.

Ya das ley á Milán, ya á Flandes lumbre,
Ya el imperio defiendes y eternizas,
Ó la Iglesia sustentas en su cumbre.

El mundo que gobiernas y autorizas
Te alabe, patria dulce, y á tus playas
Mi humilde cuerpo vuelva ó sus cenizas.

De este modo, la glorificación de México y la apoteosis de España se confunden en los cantos del poeta, como el amor á sus dos patrias era uno solo en su alma. Por eso es á un tiempo el verdadero patriarca de la poe-

sia americana, y, á despecho de los necios pedantes de otros tiempos, uno de los más grandes poetas castellanos. La Academia Española, que ya procuró levantarle modesto monumento con la edición de algunas de sus obras en 1821, se complace hoy en renovar su memoria, igualmente grata y gloriosa en ambos mundos.

El nombre de D. Juan Ruiz de Alarcón viene aquí naturalmente á los puntos de la pluma, no por semejanza poética con Valbuena, puesto que no hay dos ingenios más diversos así en el género que cultivaron como en el temple de su estilo y calidad de su gusto, sino por cierto contraste en su fortuna literaria y en la respectiva significación que alcanzan dentro del cuadro de la literatura española. Fueron contemporáneos, y quizá se conocieron en las aulas ó en los saraos literarios de México; pero su vida siguió rumbos tan opuestos, que al paso que Valbuena puede ser calificado de español-americano ó americanizado, de cuyo nombre é influencia es imposible prescindir en cualquiera historia de la poesía del Nuevo Continente, Ruiz de Alarcón ha de ser tenido por un americano españolizado, que sólo por su nacimiento y su grado de licenciado puede figurar en los anales de México. Toda su actividad literaria se desarrolló en la Península: son rarísimas en él las alusiones ó reminiscencias á su país natal: de una sola comedia suya, *El semejante á sí mismo*, se puede creer ó inferir con verosimilitud que fuese compuesta en América. La poesía dramática, campo único de sus triunfos y de sus inmerecidos reveses, era planta cortesana que no podía prosperar en una remota colonia. Buscó, pues, Alarcón el centro en que la multitud dispensaba los favores de la escena, y fué tan ingenio de esta corte como los madri-

leños Lope, Tirso, Calderón y Moreto ó el toledano Rojas. Fenecido el grupo de Valencia, que casi pertenece al período de los orígenes, no queda en España más que un teatro nacional, y á él se amoldan hasta los vates que proceden de escuelas líricas tan enérgicamente caracterizadas como las de Andalucía, y los que ni siquiera tenían por lengua materna la castellana, como los portugueses.

Varias razones nos inducen á prescindir de Alarcón en este estudio. Es la primera la total ausencia de color americano que se advierte en sus producciones, de tal modo, que si no supiéramos su patria, nos sería imposible adivinarla por medio de ellas. Es la segunda su propia grandeza y perfección como dramático, la cual le hace salirse del marco de la poesía colonial, que resulta exiguo y desproporcionado para tal figura. Añádase á esto que no cultivó nunca la poesía lírica sino en pocos é infelicísimos versos de circunstancias, ó arrancados por la amistad para preliminares de libros. Y es la última razón, y no la menos valedera, el que Alarcón está ya definitiva y magistralmente juzgado por Hartzenbusch y por D. Luis Fernández-Guerra (1). Gracias á ellos, nadie le niega ni le disputa la palma de la comedia moral entre nosotros, sin que por eso ceda el paso á otro alguno ni en la novela dramática de *El Tejedor de Segovia*, ni en la alta inspiración religiosa de *El Anti-*

(1) Hartzenbusch. *Caracteres distintivos de las obras dramáticas de D. Juan Ruiz de Alarcón* (discurso preliminar á su edición de las *Comedias de Alarcón*, tomo xx de la *Biblioteca de AA. Españoles*). Fernández-Guerra. *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*. Madrid, 1871. Véanse también los estudios de D. Isaac Núñez Arenas que acompañan á la edición selecta del *Teatro de Alarcón* hecha por nuestra Academia en 1867.

cristo, ni en la noble y felicísima expresión de los afectos caballerescos, donde pone siempre algo más humano, más íntimo y menos convencional que otros grandes poetas de su tiempo. Pero su gloria principal será siempre la de haber sido el clásico de un teatro romántico sin quebrantar la fórmula de aquel teatro ni amenguar los derechos de la imaginación en aras de una preceptiva estrecha ó de un dogmatismo ético; la de haber encontrado por instinto ó por estudio aquel punto cuasi imperceptible en que la emoción moral llega á ser fuente de emoción estética, y sin aparato pedagógico, á la vez que conmueve el alma y enciende la fantasía, adoctrina el entendimiento como en escuela de virtud, generosidad y cortesía. Fué, pues, Alarcón poeta moralista, con moral de caballeros, única que el auditorio de su tiempo hubiera sufrido en el teatro, y así abrió en el arte su propio surco, no muy ancho, pero sí muy hondo. Su estatua queda colocada para siempre donde la puso Hartzenbusch, «en el templo de Menandro y Terencio, precediendo á Corneille y anunciando á Molière».

Trabajo cuesta descender de tales alturas para contemplar el estado nada lisonjero de la poesía mexicana durante la mayor parte del siglo xvii. Pero no nacen todos los días Alarcones y Valbuenas, y por otra parte, las dos epidemias literarias del culteranismo y del conceptismo comenzaban á esparcir su letal influjo en las colonias como en la metrópoli, con la circunstancia además de no ser en México Góngoras ni Quevedos, ni siquiera Villamedianas y Melos, los representantes de la decadencia, sino ingenios sobremanera adocenados y de corto vuelo, con una sola pero gloriosísima excep-

ción, la de una gran mujer que en ocasiones demostró tener alma de gran poeta, á despecho de las sombras y desigualdades de su gusto, que era el gusto de su época.

No era posible, sin embargo, que en un día desapareciesen las buenas tradiciones literarias que, por sucesión apenas interrumpida, venían transmitiéndose desde Cetina, Salazar, Juan de la Cueva y Mateo Alemán, hasta Luis de Belmonte, que en México escribió su poema de *San Ignacio*, y Diego Mexía, que en largo y penoso viaje de tres meses por el interior de Nueva España, tradujo las *Heroidas de Ovidio*, en un ejemplar que, «para matalotaje del espíritu», había comprado á un estudiante de Sonsonate (1). Todavía proseguía siendo México la metrópoli literaria del mundo americano, afamada entre todas sus ciudades por la doctrina de sus escuelas, por la cultura de sus moradores y por la gala y primor con que se hablaba nuestra lengua, conforme declaró Bernardo de Valbuena:

Es ciudad de notable policía,
Y donde se habla el español lenguaje
Más puro y con mayor cortesanía.
Vestido de un bellissimo ropaje
Que le da propiedad, gracia, agudeza,
En corto, limpio, liso y grave traje (2).

Los certámenes menudeaban y había plaga de poetas, ó, mejor dicho, de versificadores, latinos y castellanos. Más de ciento, pertenecientes á esta época, se encuentran citados en el vasto trabajo bibliográfico de Beris-

(1) Volveremos á hablar de Diego Mexía y de su *Parnaso Antártico* al tratar de los primeros poetas del Perú.

(2) *Grandeza Mexicana*, epílogo.

tain (1), y debió de haber muchos más si se considera que sólo á los certámenes de la Inmaculada, publicados por Sigüenza y Góngora con el título de *Triunfo Parthénico*, concurren más de cincuenta aspirantes. Á los eruditos del país corresponde la tarea de entresacar de todo ese farrago lo que pueda tener algún valor relativo, ya como poesía, ya como documento histórico. Para nuestro objeto, la poesía mexicana del siglo xvii

(1) *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional, ó Catálogo y noticias de los literatos que, ó nacidos ó educados ó florecientes en la América Septentrional Española, han dado á luz algún escrito, ó lo han dejado preparado para la prensa. La escribía el Dr. D. José Mariano Beristain de Souza.... Deán de la Metropolitana de México. Año de 1816.* El tercer tomo se publicó en 1821. Comprende, como se ve, todo el periodo colonial, y bajo el nombre de *América Septentrional* incluye también algunos escritores de las Antillas y de la América Central: en todo, más de cuatro mil artículos. Beristain escribía mal, no tenía buen gusto, y describe muy imperfectamente los libros, sin ninguno de los perfiles que ahora se exigen; pero su obra es un estimable tesoro de noticias, porque alcanzó en su integridad los archivos y las bibliotecas de México, y da noticia de infinidad de obras que después se han perdido. La suya es una de las más raras que hay en bibliografía. Por eso ha hecho señaladísimo servicio en reimprimirla el bachiller Fortino Hipólito de Vera, en Amecameca, 1883, siendo sólo de lamentar que la misera calidad del papel y de los tipos no corresponda al mérito de la obra.

Mucho antes que Beristain, había acometido la misma empresa D. Juan José de Eguiara y Eguren, pero no llegó á publicar más que el primer tomo, comprensivo de las tres primeras letras. Este libro, todavía más raro que el de Beristain, se titula *Bibliotheca Mexicana, sive eruditorum historia virorum qui in America Boreali nati vel alibi geniti, in ipsam domicilio aut studiis adsciti, quavis lingua scripto aliquid tradiderunt.... Mexici: nova Typographia in aedibus Authoris editioni ejusdem Bibliothecæ destinata. Anno Domini, 1755.*

Sobre lo mucho que falta y sobra en estas Bibliotecas, véase un discurso de García Icazbalceta en el tomo 1 de las *Memorias de la Academia Mexicana* (páginas 351-370).

Eguiara tiene todos los defectos de Beristain, con más el gravísimo de haber traducido al latín los títulos de los libros castellanos, y esto de un modo tan revesado, que á veces cuesta mucho identificarlos. Los *Anteloquios* de su Biblioteca vienen á ser una historia panegírica de la cultura mexicana, y contienen datos curiosos.

se reduce á un solo nombre, que vale por muchos: el de sor Juana Inés de la Cruz. Es cierto que en una historia detallada no podría prescindirse de algunos versificadores gongorinos que demostraron cierto ingenio, como el jesuita Matías Bocanegra, autor de una *Canción alegórica al desengaño*, que se hizo muy popular y fué glosada por muchos poetas, obra ciertamente no despreciable, así por la fluidez de los versos como por la delicadeza del sentido místico. Vale mucho menos como poeta, y es de los más lóbregos y entenebrecidos de la escuela, un varón de los más ilustres que ha producido México, y cuyo nombre es imposible omitir aquí, no por su *Triunfo Parthénico*, ni por su poema sacro-histórico de la Virgen de Guadalupe, que tituló *Primavera Indiana*, sino por sus escritos en prosa, los cuales bastan y sobran para comprender á qué grado de alta cultura científica habían llegado algunos escritores hispano-americanos de fines del siglo xvii, es decir, de la época más desdeñada y peor reputada, no sólo en la historia de la literatura colonial, sino en la general historia de España. Sigüenza y Góngora, que tiene alguna semejanza con su contemporáneo el peruano Peralta Barnuevo, abarcó en el círculo de sus estudios casi todos los conocimientos humanos, dedicándose con particular asiduidad á las matemáticas, á la filosofía y á la historia. Formó un gran museo de antigüedades mexicanas, hizo especiales estudios sobre el calendario azteca para encontrar una base segura en la cronología de aquellos pueblos, dirigió una expedición hidrográfica en el Seno Mexicano, impugnó las supersticiones astrológicas en su *Manifiesto filosófico contra los cometas* (1681) y en la *Libra astronómica y filosófica*, y, finalmente, en

un libro al cual dió, con la falta de gusto propia de su tiempo, el extravagante título de *El Belerofonte matemático contra la Quimera astrológica*, vulgarizó los más sólidos principios astronómicos, exponiendo la materia de paralajes y refracciones, y la teoría de los movimientos de los cometas, ya según la doctrina de Copérnico, ya según la hipótesis de los vórtices cartesianos. La aparición de tal hombre en los días de Carlos II, basta para honrar á una Universidad y á un país, y prueba que no eran tan espesas las tinieblas de ignorancia en que teníamos envueltas nuestras colonias, ni tan despótico el predominio de la teología en las escuelas que por allá fundamos.

Lo que había realmente era muy mal gusto literario y mucha afición á ridículos esfuerzos de gimnasia intelectual. Un religioso mercenario, Fr. Juan de Valencia, de quien cuentan que se había aprendido de memoria el *Calepino*, escribió una *Teresiada* ó poema latino acerca de Santa Teresa en 350 dísticos *retrógrados*, es decir, que se pueden leer al revés. Otros se dedicaban á hacer centones de las obras de Góngora, sacando los versos de su lugar para componer con ellos nuevos poemas; así lo hizo el licenciado Francisco Ayerra y Santa María, á quien llama D. Carlos de Sigüenza «erudita enciclopedia de las floridas letras». Góngora había pasado á la categoría de clásico, y los poemas de su última y depravada manera se leían y comentaban en las escuelas al igual de los de Homero y Virgilio. Cuenta D. Juan de Vera Tassis, en la biografía de su amigo el ingenioso y malogrado poeta D. Agustín de Salazar y Torres (natural de Almazán, pero educado en México desde los cinco años), que en unos exámenes

públicos, celebrados en el Colegio de la Compañía de Jesús, recitó de memoria las *Soledades* y el *Polifemo*, «comentando los más oscuros lugares, desatando las más intrincadas dudas, y respondiendo á los más sutiles argumentos que le proponían los que muchos años se habían ejercitado en su inteligencia y lectura». Nutrido con tal leche literaria, todavía es de admirar que el buen instinto de Salazar y Torres le salvase alguna que otra vez, como en su linda comedia *El Encanto es la hermosura*, que mereció ser atribuída á Tirso, y en sus versos de donaire, especialmente en el poemita de *Las Estaciones del día*.

Los títulos mismos de los poemas que entonces se escribían arredran desde luego al que se atreve á penetrar en aquellas tinieblas. *Exaltación magnífica de la Betlemítica rosa de la mejor americana Fericó..... Ecos de las cóncavas grutas del Monte Carmelo y resonantes balidos tristes de las Raqueles ovejas del aprisco de Elias Carmelitano*, son títulos de libros del bachiller Pedro Muñoz de Castro. Un portero de la Audiencia de México, Felipe Santoyo, compuso un poema de Santa Isabel, á quien llama en la portada «mística Cibeles de la Iglesia». Hizose célebre un soneto de D. Luis de Sandoval y Zapata á la Virgen de Guadalupe, en metáfora del fénix mitológico, el cual soneto comenzaba:

El astro de los Pájaros espira,
Aqueella alada eternidad del viento;
Y entre la exhalación del movimiento
Victima arde olorosa de la Pyra.....

Este autor había escrito *Panegyrico de la Paciencia*, como previendo la mucha que se necesitaba para leer sus versos. *La Elocuencia del Silencio*, título de un

poema gongorino de principios del siglo XVIII en loor de San Juan Nepomuceno, es la que hubiera convenido á la mayor parte de estos ingenios, comenzando por el propio autor del libro, el abogado de la Real Audiencia de México, D. Miguel de Reina Ceballos.

En tal atmósfera de pedantería y de aberración literaria vivió sor Juana Inés de la Cruz, y por eso tiene su aparición algo de sobrenatural y milagroso. No porque esté libre de mal gusto, que tal prodigio fuera de todo punto increíble, sino porque su vivo ingenio, su aguda fantasía, su varia y caudalosa, aunque no muy selecta, doctrina, y sobre todo el ímpetu y ardor del sentimiento, así en lo profano como en lo místico, no sólo mostraron lo que hubiera podido ser con otra educación y en tiempos mejores, sino que dieron á algunas de sus composiciones valor poético duradero y absoluto. Pocas son, á la verdad, las que un gusto severo y escrupuloso puede entresacar de los tres tomos de sus *obras*, y aun éstas mismas no se encuentran exentas de rasgos enfáticos, alambicados ó conceptuosos; pero así y todo, muy interesante volumen podría formarse con dos docenas de poesías líricas, algún auto sacramental como *El Divino Narciso*, la linda comedia de *Los Empeños de una casa*, y la carta al Obispo de Puebla, que sería admirable si se la aligerase de algunos textos y erudiciones extemporáneas. Con esto quedaría en su punto el crédito de la *Décima Musa Mexicana*, y prevalecería el alto juicio que de ella formó el P. Feijóo contra la rigurosa sentencia con que, llevado de su rigorismo clásico, declaró D. Juan Nicasio Gallego (1), que «sus

(1) En el prólogo á las Poesías de la Avellaneda.

obras atestadas de extravagancias yacían en el polvo de las Bibliotecas desde la Restauración del Gusto.

No parece gran elogio para sor Juana declararla superior á todos los poetas del reinado de Carlos II, época ciertamente infelicísima para las letras amenas, aunque no lo fuera tanto, ni con mucho, para otros ramos de nuestra cultura. Pero valga por lo que valga, nadie puede negarle esa palma en lo lírico, así como á Bances Candamo hay que otorgársela entre los dramáticos, y á Solís entre los prosistas. No se juzgue á sor Juana por sus símbolos y jeroglíficos, por su *Neptuno alegórico*, por sus ensaladas y villancicos, por sus versos latinos rimados, por los innumerables rasgos de poesía trivial y casera de que están llenos los romances y décimas con que amenizaba los saraos de los virreyes Marqués de Mancera y Conde de Paredes. Todo esto no es más que un curioso documento para la historia de las costumbres coloniales, y un claro testimonio de como la tiranía del medio ambiente puede llegar á pervertir las naturalezas más privilegiadas.

Porque la de sor Juana lo fué indudablemente, y lo que más interesa en sus obras es el rarísimo fenómeno psicológico que ofrece la persona de su autora. Abundan en nuestra literatura los ejemplos de monjas escritoras, y no sólo en asuntos místicos, sino en otros seculares y profanos: casi contemporánea de sor Juana fué la portuguesa *sor Violante do Ceo*, que en el talento poético la iguala y quizá la aventaja. Pero el ejemplo de curiosidad científica, universal y avasalladora que desde sus primeros años dominó á sor Juana, y la hizo atropellar y vencer hasta el fin de sus días cuantos obstáculos le puso delante la preocupación ó la costumbre,

sin que fuesen parte á entibiarla, ni ajenas reprensiones, ni escrúpulos propios, ni fervores ascéticos, ni disciplinas y cilicios después que entró en religión, ni el tumulto y pompa de la vida mundana que llevó en su juventud, ni la nube de esperanzas y deseos que arrastraba detrás de si en la corte virreinal de México, ni el amor humano que tan hondamente parece haber sentido, porque hay acentos en sus versos que no pueden venir de imitación literaria, ni el amor divino, único que finalmente bastó á llenar la inmensa capacidad de su alma; es algo tan nuevo, tan anormal y único, que á no tener sus propias confesiones escritas con tal candor y sencillez, parecería hipérbole desmedida de sus panegiristas. Ella es la que nos cuenta que aprendió á leer á los tres años: que á los seis ó siete, cuando oyó decir que había Universidades y Escuelas en que se aprendían las ciencias, importunaba con ruegos á su madre para que la enviase al Estudio de México en hábito de varón: que aprendió el latín casi por sí propia, sin más base que veinte lecciones que recibió del bachiller Martín de Olivas. «Y era tan intenso mi cuidado (añade), que siendo así que en las mujeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro ó seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, é imponiéndome ley de que si cuando volviese á crecer hasta allí, no sabía tal ó cual cosa que me había propuesto deprender en tanto que crecía, me lo había de volver á cortar en pena de la rudeza....., que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que eran más apetecible adorno.»

En el palacio de la Virreina, donde fué «desgraciada

por discreta y perseguida por hermosa», sufrió á los diez y siete años examen público de todas facultades ante cuarenta profesores de la Universidad, teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, humanistas, y á todos llenó de asombro. Su celda, en el convento de San Jerónimo, fué una especie de Academia, llena de libros y de instrumentos músicos y matemáticos. Pero tan continua dedicación al estudio no á todos pareció compatible con el recogimiento de la vida claustral, y hubo una prelada «muy santa y muy cándida (son palabras de sor Juana), que creyó que el estudio era cosa de Inquisición, y me mandó que no estudiase: yo la obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar) en cuanto á no tomar libro: en cuanto á no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer; porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras, y de libro toda esta máquina universal.»

Fué mujer hermosísima, al decir de sus contemporáneos, y todavía puede colegirse por los retratos que acompañan á algunas de las primeras ediciones de sus obras, aunque tan ruda y toscamente grabados. Fué además mujer vehemente y apasionadísima en sus afectos, y sin necesidad de dar asenso á ridículas invenciones románticas ni forjar novela alguna ofensiva á su decoro, difícil era que con tales condiciones dejase de amar y de ser amada mientras vivió en el siglo. Es cierto que no hay más indicio que sus propios versos, pero éstos hablan con tal elocuencia y con voces tales de pasión sincera y mal correspondida ó torpemente burlada, tanto más penetrantes cuanto más se destacan del fondo de una poesía amanerada y viciosa, que sólo quien no esté

acostumbrado á distinguir el legítimo acento de la emoción lírica, podrá creer que se escribieron por pasatiempo de sociedad ó para expresar afectos ajenos. Aquellos celos son verdaderos celos; verdaderas recriminaciones aquellas recriminaciones. Nunca, y menos en una escuela de gusto tan crespó y enmarañado, han podido simularse los afectos que tan limpia y sencillamente se expresan en las siguientes estrofas:

Mas, ¿cuándo, ¡ay, gloria mía!
 Mereceré gozar tu luz serena?
 ¿Cuándo llegará el día
 Que pongas dulce fin á tanta pena?
 ¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto?
 Y de los míos secarás el llanto?
 ¿Cuándo tu voz sonora
 Herirá mis oídos delicada,
 Y el alma que te adora,
 De inundación de gozos anegada,
 Á recibirte con amante prisa
 Saldrá á los ojos desatada en risa?
 ¿Cuándo tu luz hermosa
 Revestirá de gloria mis sentidos?
 ¿Y cuándo yo dichosa
 Mis suspiros daré por bien perdidos,
 Teniendo en poco el precio de mi llanto?
 ¡Qué tanto ha de pesar quien goza tanto!

.....
 Ven, pues, mi prenda amada,
 Que ya fallece mi cansada vida
 De esta ausencia pesada;
 Ven, pues, que mientras tarda tu venida,
 Aunque me cueste su verdor enojos,
 Regaré mi esperanza con mis ojos.

.....
 Si ves el cielo claro,
 Tal es la sencillez del alma mía,
 Y si de azul avaro,
 De tinieblas se emboza el claro día,
 Es con su obscuridad y su inclemencia
 Imagen de mi vida en esta ausencia.

No era, no, vano ensueño de la mente, ni menos alegoría ó sombra de otro amor más alto, que sólo más tarde invadió el alma de la poetisa, aquella *sombra de su bien esquivo*, á la cual quería detener con tan tiernas quejas:

Si al imán de tus gracias atractivo
 Sirve mi pecho de obediente acero,
 ¿Para qué me enamoras lisonjero
 Si has de burlarme luego fugitivo?
 Mas blasonar no puedes satisfecho
 De que triunfa de mi tu tiranía;
 Que aunque dejas burlado el lazo estrecho
 Que tu forma fantástica ceñía,
 Poco importa burlar brazos y pecho
 Si te labra prisión mi fantasía.

Los versos de amor profano de sor Juana son de los más suaves y delicados que han salido de pluma de mujer. En los de arte mayor pueden encontrarse resabios de afectación; pero en el admirable romance de la *Ausencia*, que más bien pudiera llamarse de la *Despedida*, y en las redondillas en que describe *los efectos del amor*, todo ó casi todo es espontáneo y salido del alma. Por eso acierta tantas veces sor Juana con la expresión feliz, con la expresión única, que es la verdadera piedra de toque de la sinceridad de la poesía afectiva.

No es menor ésta en sus versos místicos, expresión de un estado muy diverso de su ánimo, nacidos sin duda de aquella reacción enérgica que dos años antes de su muerte llegó á su punto más agudo, moviéndola á vender para los pobres su librería de más de cuatro mil volúmenes, sus instrumentos de música y de ciencia, sus joyas y cuanto tenía en su celda, sin reservarse más que «tres libricos de devoción y muchos cilicios y disciplinas», tras de lo cual hizo confesión general que duró

muchos días, escribió y rubricó con su sangre dos Protestas de fe y una *petición causídica* al Tribunal Divino, y comenzó á atormentar sus carnes tan dura y rigurosamente, que sus superiores tuvieron que irle á la mano en el exceso de sus penitencias, porque «Juana Inés (dice el P. Núñez, confesor suyo) no corría en la virtud, sino volaba.» Su muerte fué corona de su vida: murió en una epidemia, asistiendo á sus hermanas.

Lo más bello de sus poesías espirituales se encuentra, á nuestro juicio, en las canciones que intercala en el auto de *El divino Narciso*, llenas de oportunas imitaciones del *Cantar de los cantares* y de otros lugares de la poesía bíblica. Tan bellas son, y tan limpias, por lo general, de afectación y culteranismo, que mucho más parecen del siglo XVI que del XVII, y más de algún discípulo de San Juan de la Cruz y de Fr. Luis de León que de una monja ultramarina cuyos versos se imprimían con el rótulo de *Inundación Castálida*. Tales prodigios obraban en esta humilde religiosa, así como en otras monjas casi contemporáneas suyas (sor Gregoria de Santa Teresa, sor María de Ceo, etc.), la pureza y elevación del sentido espiritual, y un cierto género de tradición literaria sana y de buen gusto, conservada por la lectura de los libros de devoción del siglo anterior. Pero en sor Juana es doblemente de alabar esto, porque á diferencia de otras esposas del Señor, en cuyos oídos rara vez habían resonado los acentos de la poesía profana, y á cuyo sosegado retiro muy difícilmente podía llegar el contagio del mal gusto, ella, por el contrario, vivió siempre en medio de la vida literaria, en comunicación epistolar con doctores y poetas de la Península, de

los más enfáticos y pedantes, y en trato diario con los de México, que todavía exageraban las aberraciones de sus modelos. De fijo que todos ellos admiraban mucho más á sor Juana cuando en su fantasía del *Sueño* se ponía á imitar las *Soledades* de Góngora, resultando más inaccesible que su modelo, ó cuando en el *Neptuno alegórico*, *Océano de colores*, *Simulacro político* apuraba el magín discurriendo emblemas disparatados para los arcos de triunfo con que había de ser festejada la entrada del virrey Conde de Paredes, que cuando en un humilde romance exclamaba con tan luminosa intuición de lo divino:

Para ver los corazones
No has menester asistirlos,
Que para ti son patentes
Las entrañas del abismo.

Así de estos versos sagrados, como de los profanos, ofrecemos en este libro una pequeña selección, abriendo con ellos el Parnaso mexicano, que nada pierde con estar bajo el amparo de tan simpática patrona. Si nuestra colección se extendiera á la poesía dramática, habría que dar entrada también á alguna loa, á algún auto sacramental como el de San Hermenegildo, y sobre todo á una interesante y bizarra imitación que hizo de las comedias de capa y espada de Calderón, con el título de *Los Empeños de una casa*. Aun en otra comedia suya, *Amor es más laberinto*, que es notoriamente inferior á ésta, por defecto del argumento mitológico, por vicio de culteranismo, por mala contextura dramática, y sobre todo por estar afeada con un infelicísimo acto segundo, que no es de la monja sino de su colaborador D. Juan de Guevara, hay algo que elogiar, muy

robusto y calderoniano, así en el relato de Teseo como en el discurso del Embajador de Atenas (1).

Con sor Juana termina, hasta cronológicamente, la poesía del siglo xvii. La del xviii se divide naturalmente en dos periodos, así para España como para sus

(1) Nació sor Juana Inés de la Cruz, de padre vascongado y madre mexicana, en 12 de Noviembre de 1651, y murió en 17 de Abril de 1691. Su nombre en el siglo era D.^a Juana Inés de Asbaje y Ramirez de Cantillana; su nombre poético *Julia*. Sobre el lugar de su nacimiento hay alguna diversidad entre los autores; los más, siguiendo al P. Diego de Calleja (que escribió la primera biografía de sor Juana en la aprobación del tomo tercero de sus *obras*), la suponen nacida en la alquería de San Miguel de Nepantla, á doce leguas de México; otros la dicen hija del pueblo de Amecameca, fundados en un soneto de la misma poetisa, que acababa diciendo:

Porque eres zancarrón y yo de Meca.

Lo seguro es que en Amecameca fué bautizada, y esto es lo que puede concordar los distintos pareceres.

Sus versos, que habían corrido profusamente en copias manuscritas, imprimiéndose sólo algunos villancicos (que quizá ella misma había puesto en música, porque fué excelente en este arte, y hasta escribió un tratado didáctico), comenzaron á ser coleccionados en 1689, publicándolos en Madrid don Juan de Camacho Gayna, bajo los auspicios de la Condesa de Paredes, que había sido virreyna de México, y gran protectora de sor Juana. Este primer tomo lleva el retumbante título de *Inundación castálida de la única poetisa, musa décima, sor Juana Inés de la Cruz, religiosa profesora en el monasterio de San Jerónimo de la imperial ciudad de México; que en varios metros, idiomas y estilos fertiliza varios assumptos, con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos, útiles versos para enseñanza, recreo y admiración. En Madrid, por Juan García Infanzón. Año de 1689, 4.^o*

Esta primera edición es rara; repitióse al año siguiente con el título más modesto y adecuado de *Poemas*.

El segundo tomo de las obras de sor Juana se publicó en Sevilla, 1691. No hemos visto esta edición, pero tenemos la de Barcelona, 1693, por Joseph Llopis, que conserva la aprobación de la primitiva, y probablemente estará copiada á plana y renglón.

Con ella hace juego el primer tomo reimpresso por el mismo Llopis en 1691.

El tomo tercero no se imprimió hasta 1700, con el título de *Fama y obras póstumas del fénix de México, décima musa, poetisa americana, sor Juana Inés*

colonias y aun puede decirse que estos periodos corresponden con bastante exactitud á las dos mitades del siglo. En la primera continúa dominando, aunque cada vez más degenerado y corrompido, el gusto del siglo anterior; en el segundo triunfa la reacción clásica ó pseudoclásica que, exagerándose como todas las reacciones, va á caer en el más trivial y desmayado prosaísmo, del cual lentamente va levantándose nuestra poesía por el esfuerzo de algunos buenos ingenios que intentan, y en parte consiguen, armonizar lo severo de la nueva preceptiva con el culto de la dicción poética, noble y majestuosa, bebida en los modelos de nuestro siglo xvi en aquello que tuvo de más clásico, latino ó italiano. Como

de la Cruz. En Madrid, en la imprenta de Manuel Ruiz de Murga. Año de 1700.

Publicó este libro D. Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, capellán de honor de S. M. y Prebendado que había sido de la Metropolitana de México.

Los tres tomos juntos se reimprimieron muchas veces en el siglo pasado en Madrid, Barcelona, Zaragoza, Valencia y otras partes. Todas estas ediciones son vulgarísimas en España, y á cual más infelices en papel y tipos. No he visto ediciones americanas, pero las habrá seguramente, totales ó parciales, porque el nombre de sor Juana sigue siendo popular en México.

La última edición peninsular que he visto, es de 1725, y es probable que no se hicieran más, porque ya había comenzado el cambio de gusto.

Son muchos los biógrafos de sor Juana, pero casi todos se limitan á glosar lo que la poetisa dijo de sí misma en la *Carta athenagórica*, respondiendo á la que le había dirigido el Obispo de Puebla, D. Manuel Fernández de Santa Cruz, con el pseudónimo de *Philotea de la Cruz*, y lo que escribió el P. Diego de Calleja en la aprobación del tercer tomo de sus *obras*. Algunos datos se sacan también de los innumerables versos panegiricos que se compusieron en su honor, y figuran en la *Fama póstuma*, del Dr. Castorena y Ursúa.

La única composición hoy popular de sor Juana en España (no sabemos si en México también), son sus ingeniosas redondillas en defensa de las mujeres contra las detracciones de los hombres. Nos parecen muy agudas y bien versificadas, pero encontramos más alma poética en otras cosas suyas. Nuestros lectores juzgarán.

últimas manifestaciones del gongorismo mexicano, pueden citarse dos poemas, que ya por distintos motivos hemos tenido que nombrar antes de ahora. Es el primero *La Elocuencia del silencio..... Vida y martirio del gran protomártir del sacramental sigilo..... San Juan Nepomuceno* (Madrid, 1738); su autor, el abogado don Miguel de Reyna Zeballos, Promotor fiscal del obispado de Mechoacán, de quien poco bueno puede decirse, salvo que versificaba con robustez, dote común en los poetas de su escuela, y que propendía más á lo conceptuoso que á lo culterano. Es el segundo la *Hernandía, Triumphos de la Fe y gloria de las armas españolas*, que en 1755 publicó D. Francisco Ruiz de León, natural de Tehuacán de las Granadas. La comparación con otros poemas de los dedicados á la historia de Hernán Cortés, es lo único que hace relativamente estimable la *Hernandía*, que ciertamente vale poco, pero que no es una rapsodia tan detestable como *El Peregrino indiano* ó la *México conquistada*. Siquiera hay número y valentía en la versificación; las octavas están bien construídas, porque todavía el arte de hacerlas no se había olvidado; hay de vez en cuando sentencias, si no profundas, ingeniosas, y en todo el poema cierta lozanía de imaginación, que da derecho para contar á su autor entre los poetas malogrados. Júzguese de su manera por las dos primeras octavas del poema:

No canto endechas, que en la Arcadia umbrosa,
Al basto son de la zampoña ruda,
Lamenta á la zagala desdeñosa
Tierno pastor para que á verla acuda:
Delirios vanos de pasión odiosa,
Que á la alma ciega, y á la lengua muda
Dejan, cuando explicados ó sentidos

Roban el corazón por los oídos.

No los ocios de rústica montaña,
Donde de albogues al compás grosero
Guarda su sencillez y su cabaña
De asechanzas y lobos el cabrero;
No de la vid ó mies, pámpano y caña;
No de la abeja, laborioso esmero,
Dan aliento á mi voz, pues hoy con arte
Estragos canto del sangriento Marte.

Por lo demás, el autor se limita á poner en verso, y en su estilo afectado y pomposo, *La Conquista de México*, de Solís, resultando mucho menos poeta en verso que el historiador en prosa, sin que por otra parte se trasluzca que hubiera pisado siquiera la tierra que describe: tales son de arbitrarias y confusas sus descripciones (1).

Más feliz que en la *Hernandía* parece haber estado Ruiz de León en un rarísimo poemita en 333 décimas, muy devotas y muy conceptuosas, que lleva el título de *Mirra dulce para aliento de pecadores*, y es uno de los primeros libros poéticos impresos en Santafé de Bogotá (2), á donde por extraña casualidad vino á parar el

(1) *La elocuencia del silencio. Poema heroyco, vida y martyrio del Gran Proto-Mártir del sacramental sigilo, fidelissimo custodio de la Fama, y protector de la Sagrada Compañía de Jesús, San Juan Nepomuceno. Por Don Miguel de Reyna Zeballos, Abogado de los Reales Consejos, de la Real Audiencia de México, de Reos del Santo Oficio, y Promotor fiscal del Obispado de Mechoacán. Dedicada al Ilmo. y Rmo. Sr. P. Guillermo Clarke, Confessor de la Cathólica Mag. de nuestro Rey y Señor D. Phelippe V (que Dios guarde). En Madrid: En la oficina de Diego Miguel de Peralta. Año de MDCCXXXVIII. 4.º*

Hernandía. Triumphos de la Fe y gloria de las armas españolas, Poema Heroyco, Conquista de México, Cabeza del Imperio Septentrional de la Nueva España, Proezas de Hernán Cortés, Cathólicos Blasones Militares y Grandezas del Nuevo Mundo. Lo cantaba Don Francisco Ruiz de León, Hijo de la Nueva España..... Con Privilegio. En Madrid: en la Imprenta de la Viuda de Manuel Fernández. Año de 1755. 4.º

(2) *Mirra dulce para aliento de pecadores, recogida en los amargos lirios del Calvario. Consideraciones piadosas de los acerbos dolores de Maria Santísima*

original cuando ya el autor probablemente había desaparecido de entre los vivos. De todos modos, pertenecía á una época literaria completamente agotada y fenecida; puede ser considerado como el último poeta de su escuela.

Habíase iniciado en los estudios la reacción clásica antes de mediado el siglo, y representantes de ella fueron en México dos insignes jesuitas, de los que la pragmática de Carlos III arrojó á Italia en 1767: el Padre Diego José Abad y el P. Francisco Javier Alegre cultivadores uno y otro de la poesía latina más bien que de la vulgar, y señalados además en diferentes estudios: el P. Abad en las Matemáticas y en la Geografía, el Padre Alegre en la Teología Dogmática y en la Historia, no menos que en el cultivo docto y esmerado de la prosa latina y castellana. Pero aquí sólo nos interesan sus obras poéticas, y aun de éstas debemos decir poco, porque en realidad salen fuera de nuestro cuadro. No conocemos la traducción que de algunas églogas de Virgilio hizo en verso castellano el P. Abad (1), y sólo podemos

Señora Nuestra al pie de la Cruz, para agradecerle sus beneficios, acompañarla en sus penas é impetrar su intercesión para una buena muerte. Recopiladas en tiernos afectos métricos para mayor facilidad á la memoria, por D. Francisco Ruiz de León á instancias de un devoto. Primera Edición. Con superior permiso: en Santafé de Bogotá, por D. Antonio Espinosa de los Monteros, 1791. 8.º

El ilustre colombiano D. Miguel Antonio Cano dió noticia de esta edición á Icazbalceta. Véase el tomo 1 de *Memorias de la Academia Mexicana*, páginas 371 á 378.

(1) Nació en una hacienda inmediata al pueblo de Xiquilpan en 1727. Era rector del Colegio de Querétaro al tiempo de la expulsión. Murió en Bolognia en 30 de Septiembre de 1779. Los 29 primeros cantos de su poema se imprimieron por primera vez en Cádiz, en 1769, con el título de *Musa americana*, sin noticia del autor, que luego corrigió y adicionó su obra, y la publicó en 1773, en Venecia, dividida en 33 cantos, disfrazándose con el pseu-

judgarle por su poema latino *De Deo*, que en su primera parte viene á ser una Suma Teológica puesta en exámetros, y en la segunda una Cristiada ó vida de Cristo. Muy lejos estamos hoy de aquel entusiasmo con que los sabios compañeros de emigración del P. Abad, los Andrés, Lampillas, Hervás y Serranos acogieron esta obra declarándola «egregia, inmortal y digna del siglo de Augusto», calificativos que se han aplicado á casi todos los poemas latinos modernos, sin lograr con eso salvarlos del olvido en que comunmente yacen, no tanto por el abandono de la lengua en que están escritos, cuanto por pertenecer á un género de literatura de colegio, que tiene siempre algo de artificial y falsa. Pero aun en este artificio cabe mucho primor de detalle, y hasta es compatible con cierto grado de calor poético, y en una y otra cosa se adelanta manifiestamente el P. Abad á la turba de versificadores latinos que en su tiempo pululaban. Nadie dude que puede tenerse y mostrarse verdadero talento en una lengua muerta, ya se la escriba

dónimo de *Labbeo Selenopolitano*. Con aumento de otros cinco cantos, los reimprimió en Ferrara en 1775, pero la edición definitiva es la de Cesena, 1780, *apud Gregorium Blasinium*, que apareció pocos meses después de la muerte del autor. Á ella va ajustada la de 1793, que tenemos á la vista, á la cual acompaña el retrato del autor:

Didaci Josephi Abadii Mexicani inter Academicos Roboretanos Agiologi De Deo, Deoque homine Heroica. Editio sexta, caeteris castigatior. Casenae MDCCXCIII, 4.º

Con una prefación del P. Manuel Fabri y una vida del autor.

Hay una traducción muy poco apreciada del poema del P. Abad por el franciscano Fr. Diego de Bringas Manzaneda. Su título, según Beristain: «*Musa Americana, ó Cantos de los Atributos de Dios, traducidos en verso castellano de los que en latin escribió el jesuita Abad*» (México, 1783). También don Anastasio de Ochoa tradujo algunos fragmentos del mismo poema, que están en sus *Poesias de un mexicano* (Nueva York, 1828).

en prosa, ya en verso, cuando esta lengua por educación y por hábito ha llegado á convertirse en lengua propia. No es Abad el primer latinista mexicano, porque este lauro corresponde al traductor de la *Iliada*; pero si la lengua que usa no es enteramente pura: ya por la necesidad de emplear términos del tecnicismo teológico, inusitados de los antiguos clásicos: ya porque su primera educación se resintió más que la del P. Alegre de los resabios del estilo del siglo anterior, como lo prueba el hecho de que en sus mocedades gustaba sobre todo de Góngora y de Juan Barclayo el autor de la novela *Argenis* (que es una especie de Góngora de la latinidad moderna); lo primero es condición del asunto ó tema elegido y no culpa del autor, y de lo segundo llegó á triunfar casi por completo en su edad madura, merced al trato con mejores modelos, hasta merecer de los italianos mismos, tan ásperos jueces de toda latinidad que no sea la suya, el dictado de escritor terso y elegantísimo. Pero todavía vence en él, á la limpieza de la dicción y armonía del metro en que otros le aventajan, la copia grande de pensamientos y de doctrina; el arte con que llegó á encerrar en tan limitado espacio toda la economía del cristianismo; la facilidad de consumado teólogo con que da forma poética á la exposición de los divinos atributos; el uso hábil y oportuno de los textos de la Sagrada Escritura, que va sometiendo á las leyes del metro; la efusión lírica de los frecuentes apóstrofes con que interrumpe la severidad de la materia didáctica; el vuelo constante del espíritu hacia las regiones más altas de la contemplación; la suavidad y gracia de algunas descripciones, y como dote característica de su estilo, una cierta concisión sentenciosa y grave. Por esto su

libro figura con modesta, pero sólida y decorosa fama, en el largo y brillante catálogo de los poemas latinos cristianos, presentando reunidos los caracteres de la poesía didáctico-teológica que inició nuestro Prudencio en la *Hamartigenia* y en la *Apotheosis*, y de la poesía narrativa que inició nuestro Juvenco en la *Historia Evangélica*.

Versificador latino muy superior al P. Abad, fué el veracruzano Francisco Javier Alegre (1), ornamento grande de la emigración jesuítica, y uno de los varones más insignes que ha producido Nueva España, ya se le considere como historiador de la Compañía, ya como autor de un curso teológico acomodado á las necesidades de los tiempos nuevos, obra en que la pureza clásica de la dicción, digna de Melchor Cano ó de algún otro rarísimo teólogo del Renacimiento, corre parejas con la solidez de la doctrina y con el largo estudio de la Escritura, de los Padres y de los volúmenes inmortales de Santo Tomás, de Suárez y de Petavio, cuya enseñanza se presenta allí libre, en lo que cabe, de las arideces y espinas escolásticas. Pero con tan graves estudios interpoló siempre el de las letras humanas, al cual debe principalmente la amenidad de su prosa. Ya desde joven había ensayado sus fuerzas en un poemita épico sobre la conquista de Tiro por Alejandro Magno (*Alexandriados sive de expugnatione Tyri ab Alexandro Macedone*), que muy corregido y dilatado hasta cinco libros, publicó en Forli en 1775. Este trabajo que sólo

(1) Nació en Veracruz en 12 de Septiembre de 1729, y murió en Bolonia en 16 de Agosto de 1788. La mejor biografía suya es la que escribió el padre Manuel Fabri, y antecede á las *Instituciones Teológicas* de Alegre (Venecia, 1789, siete volúmenes). La ha traducido al castellano el Sr. Icazbalceta.

puede considerarse como un ejercicio de estilo, lo mismo que algunas poesías sueltas, entre las cuales se distingue la égloga *Nysus* (que ha ganado mucho al ser puesta en felicísimos versos castellanos por el Sr. Pagaza, pero que ya en su original era una imitación elegante de la égloga segunda de Virgilio, hasta sin cambio de sexo en el protagonista), le abrieron el camino para empresa más ardua, como lo fué su traducción latina de la *Iliada*, impresa en Bolonia en 1776, y luego con grandes correcciones en Roma en 1788.

Si sólo se atiende á los méritos de versificación y lengua, la *Iliada* del P. Alegre es sin duda uno de los monumentos de la poesía latina de colegio. Pero si de considerarla aisladamente pasamos á ponerla en relación con su original, pocos traslados de Homero se encontrarán menos homéricos y más infieles al espíritu de la primitiva poesía heroica, que pocos espíritus sabían discernir en el siglo XVIII, época de elegancia académica en que los más cultos helenistas apenas veían el clasicismo griego sino á través del clasicismo latino. Esta distinción, hoy tan obvia y casi vulgar, era entonces patrimonio de muy pocos, y aun los que técnicamente comenzaban á sentirla y entenderla, no lo mostraban luego en sus versiones: tal era la tiranía de la educación y de la costumbre. La *Iliada* del P. Alegre no tiene más que un defecto, pero éste es capitalísimo y salta á la vista en cuanto se lee el primer canto: no es la *Iliada* de Homero; es una *Iliada virgiliana*. En vano protesta airadamente contra éste juicio mío, como si se tratase de gravísima ofensa al ilustre jesuíta ó á su patria, un laborioso crítico mexicano, muy docto, á lo que dicen, en el conocimiento de las lenguas indige-

nas de América, pero no sé yo si igualmente versado en las letras clásicas, que quizá ha desdeñado por más fáciles y corrientes. Ese juicio que él tiene por extravagancia ó sutileza mía es vulgarísimo en Europa, y jamás he oído expresar otro á los humanistas que han visto la traducción del P. Alegre. Valga por muchos el parecer de Hugo Fóscolo, que, además de gran poeta, y de insigne traductor de Homero, era jonio de nacimiento y tenía el griego por lengua materna. Pues lo que Fóscolo dice de Alegre es textualmente lo que sigue: «Ingiere en su traducción todos los versos traducidos ó imitados por Virgilio; á los que Virgilio dejó intactos, les aplica modos virgilianos: salta á pies juntillas todo aquello que desespera de embellecer; *tiene algunos versos bellísimos, pero no tiene ningún color homérico* (1).» No podía ser fiel traductor de Homero, por mucho griego que supiese, quien tenía de los caracteres del estilo épico la opinión que muestra en una de las

(1) *Innesta tutti i versi tradotti o imitati da Virgilio: a'passi intatti da Virgilio innesta i modi virgiliani: salta a piè pari ciò ch'ei dispera d'abbellire: ha parecchi bellissimi versi, ma nessuna sembianza omerica* (Poesie, Firenze, Le Monnier, 1856, pág. 359).

El mismo Alegre en su prefacio da bien á entender el carácter de su trabajo: «*Postarum, igitur, Principis mentem, non verba, latinis versibus exprimere conati, Virgilium Maronem, Homeri, inquam, optimum et pulcherrimum interpretem duces sequimur in quo plura ex Homero fere ad verbum expressa, plurima levi quadam inmutatione detorta, innumera, immo totus quotus Maro est, ad Homeri imitationem compositus. Ubi ergo Virgilius, pene ad litteram Homerum expressit, nos eadem Virgilio carmina omnino aut fere nihil inmutata lectori dabimus, nec enim ab ullo mortalium elegantius offerri potuisse quisquam crediderit, aut vitio plagiove nobis verti poterit, si ubicumque inventam homericam suppellectilem, ipso jure clamante, vero domino restituamus. Ubi autem Virgilius, Virgilius, inquam ipse, nonnullas Graeci Vatis loquutiones et loca latine «desperans tractata nitescere posse, reliquit», nos item relinquemus. Habet enim unaquaque lingua lepores suos....*

notas de su *Poética castellana*: «¿Quién puede negar en Homero algunas repeticiones, ya de embajadas, ya de transiciones, ya de epítetos enfadosísimos? ¿Quién puede dejar de conocer la impropiedad en algunas larguísimas arengas y diálogos de los héroes, en medio del calor de las batallas?» Siguió, pues, el gusto de su tiempo y el suyo propio, haciendo en gran parte de su *Iliada* una especie de centón de todos aquellos pasajes en que Virgilio imita á Homero, sin advertir que lo hace Virgilio no con fidelidad de intérprete sino con libertad de poeta, y que le imita en su propio estilo, que es el de la culta y refinadísima era de Augusto, poco menos diverso del de la epopeya homérica que puede serlo el de Ariosto ó el del Tasso del de una canción de gesta de la Edad Media.

Escribió el P. Alegre muy pocos versos castellanos: lo mejor que tenemos suyo en nuestra lengua es la traducción libre y parafrástica de los tres cantos primeros del *Arte poética* de Boileau, rimada en silva con mucho garbo, facilidad y viveza, y adornada con notas curiosísimas que no sólo revelan la peregrina erudición de su autor (pues son evidentemente de memoria casi todas las citas que hace, de poetas muchas veces oscuros) sino la relativa libertad é independencia de sus doctrinas literarias, que le hacen atenuar el rigor de ciertos preceptos de Boileau, y vindicar el gusto de nuestro siglo xvii, aun en aquello en que más se aparta del gusto clásico. Tradujo también, con menos fortuna, algunas *Sátiras* de Horacio (1).

(1) Apuntaremos las principales indicaciones bibliográficas relativas á las obras poéticas del P. Alegre:

Escritas y publicadas en Italia la mayor parte de las obras de estos esclarecidos hijos de la Compañía de Jesús, no pudo ser muy eficaz su influjo en el desarrollo de la cultura mexicana. Mayor y más directo era el que ejercían los libros que continuamente llegaban de Es-

Alexandriados sive de expugnatione Tyri ab Alexandro Macedone, libri v. Foliovi, 1775.

Francisci Xaverii Alegrii Americani Veracruzensis Homeri Ilias latino carmine expressa, cui accedit ejusdem Alexandrias, sive de expugnatione Tyri..... Bononie, Typis Ferdinandi Pisauri, 1776.

Francisci Xaverii Alegre Mexicani Veracruzensis Homeri Ilias Latino Carmine expressa. Editio romana venustior et emendatior, 1788. Apud Salvionem Typographum Vaticanum.

Falta en muchos ejemplares la portada grabada, que en uno de los medallones lleva el busto del P. Alegre.

Opúsculos Inéditos Latinos y Castellanos del P. Francisco Javier Alegre (veracruzano) de la Compañía de Jesús. México. Imprenta de Francisco Diaz de León, 1889.

Este precioso tomito, publicado por Icazbalceta con la pulcritud y esmero que él pone en todas sus obras, contiene, además de algunos versos latinos y una prolija traducción sobre la Sintaxis, una traducción, latina también, de la *Batracomiomaquia*, y en castellano algunas sátiras y epístolas de Horacio, y el *Arte poética* de Boileau, conforme al original autógrafa que de estas versiones posee nuestro docto compañero y venerado maestro D. Aureliano Fernández-Guerra. Dió de ellas la primera noticia el Sr. Marqués de Valmar en su inestimable bosquejo (ó más bien *Historia crítica*) de la *poesía castellana en el siglo xviii* que antecede á la colección de poetas de dicho periodo en la *Biblioteca de Autores Españoles*.

La égloga *Nysus* del P. Alegre, publicada por el Sr. Icazbalceta, se lee traducida por D. Joaquín Arcadio Pagaza en el tomo iii de las *Memorias de la Academia Mexicana*, págs. 422-425.

En el brillante contingente que á la emigración jesuitica dió México, y en el cual figuraban entre otros los historiadores Clavijero y Cavo, había otro poeta, el P. Agustín de Castro, cuyas obras que al parecer quedaron manuscritas en su mayor parte, no hemos llegado á ver. Por testimonio de Beristain y de los bibliógrafos de la Compañía, sabemos que escribió *La Cortesada*, poema épico sobre Hernán Cortés, la descripción de Antequera de Oaxaca en verso castellano, y la de las ruinas de Mitla en verso latino, y que tradujo las *Fábulas* de Pedro, las *Troyanas* de Séneca, y varias poesías de Anacreonte, Safo, Horacio, Juvenal, Milton, Young, Gessner y el falso Ossian. Dejó también un Tratado de Prosodia.

paña, trayendo nuevas de la llamada restauración del *buen gusto*, en las páginas de Luzán, D. Nicolás Moratín, Cadalso, Iriarte y Samaniego, y muy pronto en las de Fr. Diego González, Iglesias y Meléndez. Todos ellos comenzaron á ser imitados, así en sus buenas cualidades como en sus defectos. La manera prosaica de Iriarte, por ejemplo, tuvo discípulo fervoroso en el latinista don Rafael Larrañaga, autor de una menos que mediana traducción de Virgilio, que hace buena la que de los cuatro primeros libros de la *Eneida* había publicado el fabulista de Canarias. Fábulas escribieron varios, entre ellos D. José Joaquín Fernández Lizardi (*el Pensador mexicano*), que tan célebre llegó á hacerse en los últimos tiempos del gobierno virreinal y primeros de la Independencia como periodista revolucionario y autor de la curiosísima novela picaresca *Periquillo Sarmiento* (1). Como último y chistoso extremo de prosaísmo, superior á nuestro D. Francisco Gregorio de Salas y á cuanto en esta línea puede imaginarse, hay que citar el nombre de un clérigo y famoso predicador, D. José Manuel Sartorio, que alcanzó como Lizardi la emancipación de la

(1) Sobre este ingenioso aunque chavacano escritor, cuya importancia es más bien histórica y social que propiamente literaria, véanse los *Apuntes biográficos y bibliográficos* publicados en 1888 por D. Luis González Obregón. Lizardi tenía muy mal gusto: baste decir que añadió una segunda parte á *El Negro sensible*, de Comella. Sus *Fábulas* lograron mucho crédito, y han seguido reimprimiéndose casi hasta nuestros días para uso de las escuelas. No hemos tenido ocasión de leer el *Periquillo*, que unos ensalzan como una especie de *Gil Blas* mexicano, mientras que otros le tachan de obra groserísima en fondo y forma, lo mismo que otras novelas de su autor, *La Quijotita y su prima*, *D.ª Catrin de la Fachenda*, etc. Fué hombre de ideas radicales y aun heterodoxas cuando todavía eran rarísimas en México, y extraordinariamente tenaz en divulgarlas. La Autoridad eclesiástica hubo de condenarle en 1822 por cierta *Defensa* que publicó de los *Francmasones*.

colonia, distinguiéndose por su fervor patriótico, que solía expresar en versos tales como los del siguiente soneto:

¡Cuánto tiempo, ¡oh América! anduviste
En pos de tu deseada independencia,
Y á pesar de tu grande diligencia
(¡Pobre de ti!) hallarla no supiste.
Lágrimas tiernas derramabas triste
Bajo el yugo de dura dependencia,
Suspirando con ansia y con vehemencia,
Por la deseada que abrazar quisiste.
Mas cese el llanto ya: cese el lamento,
Pues la por quien estabas suspirando
Ya pareció. ¡Qué gozo! ¡qué contentol
Buscóla, hallóla heroicamente obrando
El inclito Iturbide: mira atento,
Suelo feliz: aquí la está abrazando.

En el mismo estilo, digno de Rabadán á juzgar por las muestras que conocemos (1) están escritos los *siete* tomos de versos sagrados y profanos que dejó Sartorio, que hasta en la fecundidad parece un trasunto de nuestro cura de Fruime. Sólo en algunas paráfrasis de himnos y otras poesías sagradas, que á lo menos prueban la sinceridad de su devoción, sale algo de la categoría de los más adocenados copleros, entre los cuales hay que afiliarle más bien que entre los seguidores de tan pulcro, ingenioso y bien cultivado espíritu como fué el del autor de las *Fábulas Literarias*, á quien pudieron faltarle todas las dotes de alta inspiración y poesía eleva-

(1) Véase la *Historia Crítica de la Literatura y de las Ciencias en México*, del Sr. Pimentel (México, 1876), que le dedica 14 páginas de análisis, esforzándose, como él dice, en «sacar algunas perlas de aquel estiércol».

Consideraciones de indole enteramente personal me vedan exponer aquí un juicio, que pudiera parecer apasionado, sobre el valor crítico de la obra del laborioso y erudito Sr. Pimentel. Baste decir que en la parte de noticias está bastante completa, y puede consultarse con fruto.

da, pero no le faltó ninguna de las que nacen de discreción, estudio y buen gusto.

Contra este prosaismo gárrulo, ramplón y casero, fué saludable antídoto la fundación de la *Arcadia mexicana*, de la cual fué *mayoral*, según el estilo pastoril de entonces, el franciscano Fr. Manuel de Navarrete, cuyos versos comenzaron á aparecer en el *Diario de México* en 1805, siendo luego reunidos en dos volúmenes póstumos con el título de *Entretencimientos poéticos* (1). Los que hicieron esta colección hubieran mirado mejor por la gloria de este dulce y simpático poeta suprimiendo la mayor parte de los versos del tomo primero. Por ellos se ha juzgado generalmente al P. Navarrete, y se le ha juzgado mal, así en el concepto ético como en el literario. Por mucho que se conceda al convencionalismo arcádico y bucólico propio de aquella época y de aquel sistema literario, todavía parecen impropias de un religioso de tan severa observancia como la de San Francisco tantas colecciones de odas eróticas: *Las Flores de Clorila*, *La Música de Celia*, *La Pollita de Clori*, *Á Clori en el lecho*..... Sabemos que el P. Navarrete era un religioso irrepreensible; pero, por lo mismo, tales versos, escritos sin el más leve asomo de inspiración sensual, sino por pura imitación y artificio de escuela, son insípidos, triviales y empalagosos. Imitó á Meléndez en lo que Meléndez tiene menos digno de

(1) Nació en Zamora de Michoacán, en 16 de Junio de 1768, y murió en 19 de Julio de 1809, siendo Guardián del convento de Tlalpujahua. Era hombre de muy afable trato y de gallarda presencia. De sus *Poesías* hay, por lo menos, dos ediciones, una de México, 1823, y otra de Paris, 1835. Es la que tenemos á la vista. Está impresa con mucha elegancia, pero afeada por notables incorrecciones, propias de tipógrafos extraños á la lengua castellana.

imitación, y aun en esto quedó á larga distancia de la morbidez algo lasciva de su modelo. Lo que más demuestra la pureza de alma del P. Navarrete y la natural tendencia de su espíritu, es que sus anacreónticas sólo resultan agradables cuando, en vez de cantar el deleite, celebra los prestigios de la música ó los encantos de la inocencia.

Pero aun en sus versos amorosos hay una dote muy señalada, que es claro indicio de organización esencialmente poética: el sentido del número y de la armonía, no sólo de cada verso, sino del período entero. El P. Navarrete no es un versificador intachable, y entre otras cosas abusa de la sinéresis, quizá por defecto de pronunciación americana; pero antes de Pesado y de Carpio, que tampoco están exentos de este género de descuidos, nadie versificó en México con tan continua fluidez y tanto respeto al oído. Añádase una lengua naturalmente sana y bastante copiosa, sin alarde ni esfuerzo alguno, lo cual demuestra que el autor, semejante en esto como en otras muchas cosas á Fr. Diego González, ó no sabía francés, ó había formado su gusto y su estilo exclusivamente con la lectura de los poetas latinos y de los antiguos castellanos. Aun en poesías que por otro lado no valen mucho, como sus églogas, es visible el aprovechado estudio de Garcilaso, y quizá más el de Lope de Vega.

Donde el P. Navarrete raya á mayor altura es en sus poesías morales y sagradas, aunque ciertamente no carecen de defectos, siéndolo, y no pequeño, su misma extensión, unida á cierta languidez soñolienta que en el total de la composición se nota. La inspiración del padre Navarrete tiene siempre algo de intermitente y des-

igual; discurre con mucha elevación, siente con cierto fervor melancólico, que es como tibia aurora del sentimiento romántico (véanse especialmente sus *Ratos tristes*), pero las alas no le sostienen bastante: le falta impetu lírico, y es mucho mejor para citado por trozos sueltos que para leído en su integridad. De estas poesías tuyas hemos elegido el *Poema eucarístico de la divina Providencia*, que nos parece su obra mejor y más cuidada, y presenta muy bellos rasgos descriptivos. En otro poemita, *El Alma privada de la gloria*, la ejecución, algo vulgar, nos parece muy inferior á la grandeza de la idea y al mérito del plan. La elegía á la muerte de su madre está muy sentida; pero muchos versos negligentes y prosaicos, y la intervención de nombres tales como *Blas* y *Alejo*, estropean bastante el efecto. ¡Ojalá Navarrete hubiese escrito siempre con aquella indefinible mezcla de sencillez y elegancia que hay en algunos versos de sus *Ratos tristes*, los cuales hacen pensar ya en el próximo advenimiento de la dulce melancolía lamartiniana!; y no es pequeña loa para poeta del siglo XVIII.

¡Dulces momentos, aunque ya pasados,
 Á mi vida volved, como á esta selva
 Han de volver las cantadoras aves,
 Las vivas fuentes y las flores suaves,
 Cuando el verano delicioso vuelva!

 ¡Áridas tierras, más que yo dichosas,
 No así vosotras, que os manda el cielo
 Anuales primaveras deleitosas
 Á coronar con mirtos y con rosas
 La nueva juventud de vuestro suelo!

De este género de poesía íntima y de moderno lirismo sólo Cienfuegos y el P. Navarrete parecen haber adivinado ó presentido confusamente algo, y en este sentido

crece la figura del humilde franciscano, y es justo decir de él lo que dijo en México el más popular de los poetas españoles de nuestro siglo: «Los defectos de sus obras son los de su tiempo, y sus bellezas y excelencias le son propias y personales.» Pereció el cantor de Cloris y de Celia; pero sobrenadan algunos versos del poeta místico, que, anhelando por la vida del cielo, exclamaba:

En los campos eternos
 Florecerán mis gustos inmortales,
 Seguro de los rígidos inviernos.

El exaltado americanismo de D. Juan María Gutiérrez perjudicó mucho al buen nombre del P. Navarrete con la desafortada hipérbole de decir que «rivaliza con el autor de la *Noche serena* en elevación y candor». No profanemos los nombres de los grandes poetas en obsequio de las medianías estimables. El puesto de Navarrete todavía es muy honroso, aunque se le ponga donde debe estar, es decir, en su escuela y en su tiempo, al lado de Fr. Diego González y de Meléndez, pero con una nota personal suya, que tampoco es la de Meléndez en la poesía elevada; por más que Meléndez, contra la común opinión, transmitida sin examen desde su tiempo, valga infinitamente más como cantor de la gloria de las artes, ó del fanatismo, ó de la presencia de Dios, ó de la prosperidad aparente de los malos, que como *el dulce Batilo*, autor de tantos idilios, cantilenas y anacreónticas, para nuestro gusto tan amaneradas y tan marchitas.

El buen ejemplo del P. Navarrete fué seguido por otros poetas clásicos, de mediano estro, pero de buenos estudios, á quienes vino á dar nueva materia lírica la pasión política, excitada por la guerra de la Independencia. Ha de notarse, sin embargo, que por las raras

circunstancias que concurrieron en la separación de México, nunca tuvo allí esta poesía del patriotismo americano ni la unanimidad en el sentir, ni la grandeza, la valentía y el arranque que tiene en el cantor de Junín y en otros poetas de la América del Sur. La revolución de México no tuvo su Olmedo, porque tampoco tuvo su Bolívar. Faltó allí la unidad épica que tuvo la guerra en el Sur. Itúrbide y los que con él hicieron el plan de Iguala, no eran los que habían acaudillado el movimiento popular de Dolores: nada tenían que ver con las turbas fanáticas que habían seguido á sus curas rurales, á los Hidalgos y Morelos. Eran, al contrario, los realistas de la vispera, los que, en nombre de Fernando VII, habían vencido y fusilado á los primeros insurgentes; los que ahora, en odio á la Constitución de Cádiz, deshacían su propia obra, y ponían bajo el pabellón de las Tres Garantías la custodia del régimen antiguo. Este dualismo, que sólo en los primeros momentos pudo paliarse, este pacto entre enemigos irreconciliables, llevaba consigo el germen de innumerables calamidades intestinas, que muy pronto comenzaron á desarrollarse, quitando á la Revolución desde el primer momento todo carácter de unanimidad y de concordia, lo cual, unido á la manera feroz y sanguinaria con que generalmente se había hecho la guerra por ambas partes (1) hizo que las Musas huyesen amedrentadas del campo de batalla ó exhalasen sólo acentos débiles y roncós.

Hubo excepciones, sin embargo. Quintana Roo, Sánchez de Tagle, Ortega, Castillo y Lanzas, encontraron

(1) Lo cual no excluyó actos individuales de generosidad heroica como el del general D. Nicolás Bravo perdonando la vida á gran número de prisioneros españoles después del suplicio de su padre.

acentos varoniles en algunos momentos de la lucha. Las odas de nuestro Quintana eran el modelo predilecto de todos ellos.

Renueva ¡oh, musa! el victorioso aliento
Con que fiel de la patria al amor santo
El fin glorioso de su acerbo llanto
Audaz predije en inspirado acento.....

Así comenzaba su oda *Al 16 de Septiembre de 1821*, pocos días antes de la entrada triunfal de Itúrbide en México, el abogado yucateco, D. Andrés Quintana Roo (1), personaje de los de más cuenta en la primera insurrección, presidente que había sido del Congreso de Chilpalcingo congregado por Morelos en 1813, y autor de la primera declaración de independencia; varón respetado siempre entre sus conciudadanos por su probidad y entereza. Tenía Quintana Roo más de magistrado y de hombre político que de poeta, pero si no ardían en él muy vivos los resplandores del numen, era elevado su pensamiento, noble y correcta su versificación, severo el tono, como cuadraba á la índole grave de su talento. Hizo mucho estudio de nuestra prosodia, acudiendo á veces en consulta á D. Alberto Lista, de quien fué amigo. Dejó un tratado sobre el sáfico adónico español, y algunas observaciones sobre la *Ortología* del abate Sicilia, obra que introducida por estos tiempos en México, y muy recomendada por Quintana Roo y por otros, vino muy oportunamente á atajar la licencia desenfrenada de muchos versificadores y á restablecer los sanos principios prosódicos, algo vulnerados por la pronunciación local. Quintana Roo (2), fué de los primeros

(1) Véase esta oda en la *América poética*, de Gutiérrez.

(2) Nació D. Andrés de Quintana Roo en Mérida de Yucatán en 1787, y murió en México en 1851.

que dieron el ejemplo, junto con la doctrina, y no eran por cierto frecuentes en México, en 1821, versos de tan firme y sostenida entonación como algunos de los suyos, verbigracia:

Cual al romper las pléyadas lluviosas
El seno de las nubes encendidas,
Del mar las olas antes adormidas,
Súbito el austro altera tempestosas.....

El mismo Sánchez de Tagle, poeta más fecundo y variado que Quintana Roo, dista mucho de haber puesto

Noticias de su vida, y de las de los demás poetas que iremos citando, se encuentran en el *Manual de Biografía Mexicana*, de Arróniz, y en las *Biografías de Mexicanos distinguidos*, de D. Francisco Sosa (México, 1884). Es lástima que á estas obras no acompañe la parte bibliográfica, que supliría la falta de una continuación del Beristain.

No sabemos que hayan sido coleccionadas las poesías de Quintana Roo. En las pocas que hemos visto se trasluce la buena educación clásica del autor. En la oda del *Diez y seis de Septiembre* hemos notado dos reminiscencias horacianas.

La sangre difundida
De los héroes, su número recrece,
Como tal vez herida
De la segur, la encina reverdece,
Y más vigor recibe,
Y con más pompa y más verdor revive.....

Duris ut ilex tonsa bipennibus
Nigrae feraci frondis in Alcido,
Per damna, per caedes, ab ipso
Ducit opes animunque ferro.

(Lib. IV, od. IV.)

Sus nombres antes fueron
Cubiertos de luz pura, esplendorosa,
Mas nuestros ojos vieron
Brillar el tuyo (*) como en noche hermosa
Entre estrellas sin cuento
A la luna en el alto firmamento.

Micat inter omnes
Iulium sidus, velut inter ignes
Luna minores.

(Lib. I, od. XII.)

Hay otro poeta yucateco de este tiempo, imitador de Quintana, D. Wen-

(*) El de Iturbide.

igual esmero en la construcción de sus versos. Sus composiciones eróticas y anacreónticas valen todavía menos que las del P. Navarrete, de quien puede ser considerado como discípulo, no sólo en este género insulso y trivial, sino en otros de más alta poesía. *El Entusiasmo en una noche serena*, la oda *A la Luna en tiempo de discordias civiles*, *La Melancolía*, *Al Ser Supremo en el día de mis bodas*, indican las tendencias del poeta á la meditación filosófica, siguiendo las huellas del cantor *De la Divina Providencia* y de los *Ratos tristes*, pero son tandesiguales, y en general tan lánguidas, que no nos hemos decidido á insertar ninguna en esta colección. La sincera piedad del autor, su ternura doméstica, su austeridad moral, le hacen simpático y recomendable, pero de sus poesías sólo pueden entresacarse fragmentos, y no de primer orden. La misma oda *A la Luna*, que tiene una entrada grave y solemne, muy directamente imitada de la elegía de Meléndez *A las miserias humanas*, hasta el punto de ser idéntico el primer verso:

¡Con qué silencio y majestad caminas,
Por miles de luceros festejada,
Súbditos que dominas,
Ornato augusto de la noche helada.....

está afeada por versos tales como éstos, que son purísima prosa:

ceslao Alpuche. No conocemos sus poesías, publicadas en 1842, y que, según parece, fueron acremente censuradas por el Conde de la Cortina. Á juzgar por sus títulos, casi todas deben de ser políticas: *Hidalgo*, *Grito de Dolores*, *La Independencia*, *El Suplicio de Morelos*. Don Francisco Sosa publicó en 1873 un *Ensayo biográfico y crítico* sobre este poeta.

Suponemos que figurarán sus versos en la colección de *Poetas Yucatecos y Tabasqueños*, publicada en Mérida de Yucatán, 1861, por D. Manuel Sánchez Mármol y D. Alonso de Regil y Peón.

Y la sombra huye sin saber á donde....
 Y pensaba engullir el caos menguado....
 Ahora ¡oh dolor! en hórridas reuniones
 Preparan combustiones....
 Y el fervoroso anhelo
 Del patriota veraz será frustrado....

Entre los versos políticos de Sánchez Tagle, sobresale la oda que en presencia de Itúrbide leyó *Á la entrada del ejército trigarante en México*, y el romance heroico en que celebró la salida de Morelos del sitio de Cuautla, en 1812 (1). Años antes, en 1804, habia dedicado á Carlos IV una oda encomiástica, y en 1808 otra *Á la gloria inmortal de los valientes españoles y á la coronación de Fernando VII*. Cosa ligera y alada es el carácter de los poetas.

Más brío, más alma de poeta, y más corrección también hay en las obras de D. Francisco Ortega (2), ardiente partidario de las ideas republicanas, en nombre de las cuales dirigió á Itúrbide, no cánticos de gloria, sino severa invectiva en el día de su coronación. Va en nues-

(1) Nació D. Francisco Sánchez de Tagle en Morelia (antes Valladolid de Michoacán), el 11 de Enero de 1782, y murió en México en 7 de Diciembre de 1847. Gozaba fama de excelente teólogo y canonista. Redactó el acta de independencia de 1821, y fué diversas veces senador por el Estado de Michoacán. En 1833 destruyó gran parte de sus poesías. Las que se salvaron fueron publicadas después de su muerte en 1852, con un prólogo de D. José Joaquín Pesado, que dice de Tagle: «dejó como hombre privado memorias gratisimas de sus amables prendas y de sus virtudes.»

(2) Nació Ortega en México el 13 de Abril de 1793, y murió en 11 de Mayo de 1849. Fué prefecto de Tulancingo, diputado en varias legislaturas y subdirector del Establecimiento de ciencias ideológicas y humanidades. Se le atribuye la redacción de las *Bases Orgánicas* de 1841. Sus *Poesías* líricas se publicaron en 1839: hay en ellas una especie de loa titulada *México libre*. Dejó manuscritas una tragedia y una comedia originales, y una traducción de la *Rosmunda*, de Alfieri. Publicó en diversos tiempos varios opúsculos políticos.

tra Antología este valiente rasgo de elocuencia poética que tenemos por superior á su poemita religioso *La Venida del Espiritu Santo*, muy ensalzado por los críticos mexicanos. Hay ciertamente en este poema felices imitaciones de Milton en la descripción de los espíritus infernales, mucho vigor y precisión teológica de frase, pero el conjunto resulta pesado y palabrero, sobre todo por un larguísimo razonamiento del demonio. La manera de Ortega en la poesía sagrada es muy semejante á la de los poetas de la escuela sevillana de fines del siglo XVIII: Lista, Reinoso, Roldán; pero quizá más jugosa y menos rígida. Transcribiremos algunos versos del final del poema, como muestra de la versificación acendrada y noble estilo que generalmente emplea su autor:

Ya la tierra anchurosa
 Es toda del Señor Omnipotente;
 Su diestra poderosa
 De fuego precedida refulgente,
 Á su espíritu envió; ningún viviente
 De su calor se esconde inextinguible;
 Con él quemó el escudo
 Y quebró el arco de Satán sañudo,
 Y sus armas también; vióse terrible
 Sobre todos los dioses.

.....
 No hay lengua que no entienda y aperciba
 Su voz que el orbe llena,
 Su voz que siempre asciende en llama viva.
 Por los desiertos de la Libia ardiente,
 Por los pueblos flecheros,
 Del Septentrion al Sur, de Ocaso á Oriente,
 De Jehová mensajeros
 Corren, vuelan, enseñan, iluminan;
 El sacerdote, el mago, el ignorante,
 El filósofo, el príncipe arrogante
 Oyen, aprenden, arden, vaticinan.

Todo esto está correcta y decorosamente dicho, pero

léase la *Pentecostés*, de Manzoni, y se verá lo que es tratar poéticamente el inefable tema de la venida del Espíritu Santo.

Con ser Ortega ingenio de mediano vuelo, todavía valió en él más el poeta político que el poeta religioso. Su oda *Aniversario de Tampico*, nos parece superior al tan ponderado canto de Joaquín del Castillo y Lanzas (1), *A la victoria de Tamaulipas*, poesía kilométrica,

(1) Don Joaquín María del Castillo y Lanzas nació en Jalapa el 11 de Noviembre de 1781, y falleció en 16 de Julio de 1878. Fué diplomático, hombre político y periodista. Representó á su país en Inglaterra y en los Estados Unidos. Sus poesías, con el título de *Ocios juveniles*, se imprimieron en Filadelfia en 1835. Hay entre ellas algunas tradiciones de poetas ingleses (Byron, Mrs. Hemans.....). Gutiérrez reprodujo en la *América poética* algunas poesías de Castillo, entre ellas el *Canto de Tamaulipas*.

El pasaje más notable del Canto de Tamaulipas, siquiera como descripción animada y progresiva, me parece el siguiente, ya muy próximo al final:

Reina la noche, y el silencio reina,
Y osténtase serena
La faz del cielo, mas doquier cargada
De míseros despojos la ribera,
En que se estrella fiera
Con ronco son la mar.

La voz es dada.
Y marchan, y se acercan, y al asalto
Se arrojan denodados: la estacada
Del erguido fortín atrincherado,
Y de tonantes bocas coronado,
Salvan con gran valor: el foso pasan
Con ímpetu veloce, presentando
Cual fuerte muro el pecho generoso.
Regido por la mano del encono
Abre el cañón ibero, retumbando,
Larga calle en las filas que se cierran,
Y de nuevo otras se abre, que cual antes
Se cierran sin tardar, y no se aterran
Los libres al horror, si más pujantes
Avanzan, con intrépida firmeza,
Y ya con los contrarios brazo á brazo
La lid, el campo, el suelo en cruel porfía,
Disputan á la vez; y de humo envuelto
En densa niebla sube el grito insano
De lúgubre agonía.
Vuela activa la muerte. Un hondo lago

que tiene mucho de Gaceta en verso, y que en sus mejores pasajes no pasa de imitación harto servil del *Canto á la victoria de Junín*, resultando Castillo tan inferior á Olmedo, como inferiores eran los generales Santa Ana y Terán, que disiparon la descabellada intentona de Barradas, á aquel rayo de la guerra que se llamó Simón Bolívar, fundador de cinco naciones desde las bocas del Orinoco hasta el Potosí argentífero.

El presbítero D. Anastasio de Ochoa y Acuña, es, aunque del mismo tiempo y escuela, poeta de muy diversa índole que los anteriores. Había pertenecido á la *Arcadia Mexicana*, y ya en 1806 se insertaban versos suyos en el *Diario de México* al lado de los del P. Navarrete. Era por su educación poeta del siglo XVIII y no del XIX, ni aun en aquello poquísimo que los cantores de la guerra de la Independencia podían tener de innovadores, innovación que en último resultado consistía en sustituir la imitación de Meléndez por la de Quintana ó Gallego. La poesía festiva parece haber sido el género predilecto de Ochoa, y sus modelos Iglesias en las letrillas y en los epigramas, Tomé de Burguillos, ó séase Lope de Vega, en los sonetos jocosos. Pondérase mucho el gracejo de los versos de Ochoa, pero debe de tener algo de local y transitorio, porque no

Forma en raudal la sangre; y foso, y río,
Y mar en ella tintos
De aquel choque postrero muestran cuánta
Es la tremenda furia: allí hacinado
Un cuerpo sobre el otro cuerpo frío
De los que sucumbieron, se levanta
Sangriento valladar que es derribado,
Y flotan sus reliquias lamentables,
Sobre las aguas, lentas se moviendo.

Hay aquí talento de narración histórica, pero no sé si de narración poética. Compárese Olmedo.

hemos acertado á percibirle, ni comprendemos la razón de las estrepitosas carcajadas que su lectura arranca á algunos críticos mexicanos, que llegan á compararle con Góngora y Quevedo. Para nosotros, Ochoa vale principalmente como humanista, y su mejor lauro será siempre su bella traducción de *Las Heroídas de Ovidio* en romance endecasílabo, muy exacta, y á veces muy poética, con cierto suave abandono de estilo que remeda bien la manera blanda y muelle del original, y resulta agradable cuando la fluidez no degenera en desaliño (1).

Mientras estos poetas y otros más oscuros y medianos conservaban en la lírica las tradiciones del siglo XVIII, habíase dado á conocer en los teatros de Madrid un poeta de verdadero talento cómico, y que sólo ó casi sólo llena en la historia de nuestra escena el período in-

(1) Al Sr. D. Francisco Sosa, diligente biógrafo de los mexicanos ilustres, debemos un ejemplar de esta versión, que en México mismo es rara y poco conocida aunque tan estimable. (*Las Heroídas de Ovidio, traducidas por un mexicano*. México, imprenta de Galván, 1828, 2 tomos en 8.º) Hizo Ochoa otras muchas traducciones, algunas de las cuales no llegaron á imprimirse, como la de algunos cantos del *Telémaco* en octavas reales, la del *Bayaceto*, de Racine, la de la *Virginia de Alfieri*, la de la *Penélope*, tragedia latina del P. Andrés Fritz, jesuita. Arregló la *Eugenia*, comedia de Beaumarchais, y escribió dos comedias originales, que tampoco sabemos que se hayan impreso ni representado, aunque sí una tragedia titulada *Don Alfonso*. Citase también como suya una versión de *El Facistol ó Lutrin*, de Boileau; y otras de las elegías latinas del P. Remond, de algunos fragmentos del poema del P. Abad, están en la colección general de sus versos, que con el título de *Poesías de un mexicano* se publicaron en Nueva York, en 1828 (2 tomos en 8.º).

Nació D. Anastasio de Ochoa en Huichapán, el 27 de Abril de 1783, y murió en Querétaro, de donde era párroco, en 4 de Agosto de 1833. Su nombre arcádico fué *Antinio*, como el de Navarrete había sido *Anfriso*. Sus versos de burlas los firmó á veces con el anagrama de *Anastasio de Achoro*, y otras con el pseudónimo de *El Tuerto*.

termedio entre Moratin y Bretón, siendo en parte continuador del uno y en parte precursor del otro, sin dejar de tener fisonomía propia, aunque más débil y apagada que ellos. Don Manuel Eduardo de Gorostiza pertenece á México, no sólo por su nacimiento (1), sino también por su vida pública posterior á 1824, en que entró al servicio de su patria constituida ya en nación independiente, pero apenas pertenece por su literatura, puesto que con una sola excepción todas sus comedias fueron estrenadas en Madrid y escritas para un auditorio español, sin que en parte alguna se trasluzca la oriundez americana del poeta. Su patria le debió eminentes servicios, ya como diplomático, ya como reformador de la instrucción pública, ya como fundador de benéficos asilos, ya como militar que á los sesenta años resistió noble aun-

(1) Nació D. Manuel Eduardo de Gorostiza en Veracruz el 13 de Octubre de 1789, murió en Tacubaya el 23 de Octubre de 1851. El mejor estudio y la mejor biografía que conozco de él son los *Datos y apuntamientos*, de don José Maria Roa Bárcena, insertos en el tomo 1 de las *Memorias de la Academia Mexicana* (páginas 89 á 202). En México se publicó también, el año de la muerte de Gorostiza, una *Corona poética* en su honor con versos de varios poetas mexicanos y de los montañeses D. Anselmo de la Portilla y D. Emilio Rey. Las comedias de Gorostiza, representadas en España se imprimieron sueltas en Madrid por este orden: *Indulgencia para todos* (1818), *Las costumbres de antaño* (1819, refundida luego por el autor en México, 1833, para quitar los elogios á Fernando VII), *Tal para cual ó las mujeres y los hombres* (1820), *Don Dieguito* (1820), *El Jugador «imitada de la que escribió Regnard con el mismo título en francés»* (1820), *Contigo pan y cebolla* (1833). Hay dos colecciones: *Teatro original de M. Eduardo de Gorostiza* (París, Rosa, 1822: con dedicatoria del autor á Moratin), *Teatro escogido de.....* (Bruselas, Tarlier, 1825; se añade una comedia no conocida en España, *El Amigo íntimo*, imitación libre y muy chistosa de un *vaudeville* francés). Con el título de *Apéndice al Teatro Escogido de.....* se publicaron en París, 1826 (Rosa y Compañía), dos tomitos que contienen las refundiciones hechas por Gorostiza, de *Bien vengas mal si vienes solo*, de Calderón, y de *Lo que son mujeres*, de Rojas, con un prólogo interesante sobre el antiguo teatro español.

que desgraciadamente la invasión *yankee* en 1847; pero el Gorostiza plenipotenciario de la República en Londres, ministro de Hacienda y de Relaciones Exteriores, defensor de Churubusco, era ya persona muy distinta del Gorostiza orador de *La Fontana de Oro* y de los clubs patrióticos de Madrid en el periodo constitucional del 20 al 23, y aplaudidísimo autor dramático desde que en 1818 dió á las tablas su mejor comedia *Indulgencia para todos*. Su carrera dramática se había cerrado definitivamente en 1833 con otra linda comedia que desde Bruselas envió á Madrid, *Contigo pan y cebolla*. En México no sabemos que hiciera representar otra cosa que un arreglo ó imitación de la *Emilia Galotti*, de Lessing, que no llegó á imprimirse y que sería curioso cotejar con *Un duelo á muerte*, admirable drama en que García Gutiérrez hizo española la concepción del autor de la *Dramaturgia*.

No conocemos versos líricos de Gorostiza, salvo un lindo romance morisco que va en esta colección, y algún soneto político. Pero debió de hacer muchos en sus mocedades, porque la versificación de sus comedias, aunque diste mucho de ser intachable, indica la mano de un artífice ejercitado que gusta de luchar con las dificultades de la rima y que se complace en hacer alarde de su destreza técnica. Quizá la mayor novedad de su teatro, la que más le separa de Moratin, es no sólo el uso de la rima perfecta alternando con el romance octosilabo, sino el empleo de diversas combinaciones métricas que el clasicismo severo excluía de la comedia por incompatibles con el exacto remedo del lenguaje de la conversación. Las dos últimas comedias de Gorostiza están en prosa como *El café* y *El sí de las niñas*,

y son en el diálogo las más endebles de todas, porque la prosa no puede pasar en el teatro castellano sino á condición de ser perfecta, y Gorostiza distaba mucho de ser un clásico ni un hablista de primer orden. Su ingenio festivo y ameno, pero algo superficial, se luce más en el diálogo en verso, donde no sólo emplea redondillas, quintillas y décimas, sino en cierta ocasión un soneto, y en otra unas estancias de arte mayor en castellano antiguo. Hay cierta timidez en estos ensayos de rima perfecta, pero así ellos como otros que poco antes y poco después aventuraron en sus olvidadas comedias Enciso Castrillón, Burgos y algún otro, eran un paso, aunque incierto y débil, para el restablecimiento de la antigua libertad de las formas poéticas en el teatro, y prepararon el triunfo completo que en 1831 logró Bretón con su *Marcela*.

Por lo que toca á lo más sustancial del arte dramático, Gorostiza es poeta de segundo orden, aun dentro de su género y escuela, y está, respecto de Moratin, á la misma distancia próximamente á que está Regnard respecto de Molière. Pero todavía este lugar es muy honroso y supone condiciones positivas, aunque parezcan modestas. El principal mérito de Gorostiza, el que hace que sus comedias, en medio de la sencillez casi infantil de su estructura, agraden tanto leídas, y haría seguramente que agradasen bien representadas, está en la viveza y movimiento del diálogo, en la abundancia de sales cómicas, en una continua alegría inocente, bondadosa y comunicativa que por todas las venas de la composición circula, ahuyentando el mal humor y el tedio. No es Gorostiza ningún modelo de buen gusto, ni de buen tono, como ya advirtió Larra: fácilmente se resbala á

vulgarismos y chocarrerías, que son copia fiel del estilo usado en las tertulias madrileñas de la clase media de su tiempo: carece, por otro lado, de aquel inagotable tesoro de dicción castiza, familiar y picaresca con que Bretón realza los asuntos más triviales y da valor poético á las circunstancias más prosaicas y baladíes. Pero sin llegar á tanto, Gorostiza tiene una condición indispensable en el poeta cómico, la de *divertir*, que es precisamente lo que faltó á Burgos y á Martínez de la Rosa, y á Gil y Zárate y á los poquísimos que en el reinado de Fernando VII escribieron comedias, y que generalmente eran más literatos que Gorostiza. Pero compárese cualquiera obra de éste con *La Niña en casa y la madre en la máscara*, ó con *Los Celos infundados*, ó con *Los Tres iguales*, y se verá palpablemente la ventaja que les lleva el dramaturgo mexicano en algo que es esencial al arte cómico, aunque no sea lo más elevado y lo más difícil de él. Tuvo Martínez de la Rosa, como poeta cómico de la escuela de Moratín, cuantas condiciones pueden dar la reflexión y el estudio, pero le faltó la gracia, que por el contrario brota, sin esfuerzo, bajo la pluma de Gorostiza, así en sus comedias propiamente dichas, como en sus farsas y juguetes, *Las Costumbres de antaño*, *Tal para cual*.

Á esta condición une otra superior todavía: la observación exacta, aunque somera, de las costumbres; la experiencia propia y sazónada de la vida. Un período de nuestra historia social de principios de este siglo está en las comedias de Gorostiza, y sólo podemos lamentar que sean tan pocas. Es cierto que el autor no ahonda mucho, pero reproduce con fidelidad el aspecto exterior de las cosas, y algunas veces, como en su última comedia, pe-

netra más, y nos conserva, aunque en caricatura, un modo de sentir propio de la generación romántica, cuando el idealismo pareció invadir hasta el trato doméstico.

Flaquea, no obstante, Gorostiza en otros puntos todavía más capitales de su arte. Ó por ligereza de espíritu, ó por haber escrito de joven sus comedias, le faltó aquel superior concepto de la vida, que en los grandes maestros del género, en Terencio, en Ruiz de Alarcón, en Molière, en Moratín, da á la comedia una elevación moral y poética, una trascendencia humana, que de ningún modo ha de confundirse con la intención pedagógica ni con la moral casera. En Gorostiza son triviales las moralidades, figurones sin consistencia los caracteres, y la acción tan pobre, que en un repertorio tan reducido, no más que de cinco piezas originales, ha encontrado el autor modo de repetir cuatro veces el mismo recurso dramático, que es por cierto de los más artificiales y contrarios á la verosimilitud, el de introducir una comedia dentro de otra, haciendo que varios personajes se pongan de acuerdo para dar una broma ó una saludable lección al protagonista. Todo esto quiere decir que en el teatro de Gorostiza lo cómico no brota directamente de la realidad, observada con paciencia y con amor, y transformada en materia poética, conforme á las peculiares leyes de la lógica artística; sino que el autor lo crea y produce de un modo arbitrario y exterior, para arrancar la risa de un momento. De aquí la exageración caricaturesca en unos personajes, como la romántica de *Contigo pan y cebolla*, que es más bien una loca de atar, ó la ruin familia en que ha caído *Don Dieguito*, la cual familia, no sólo es ruin y bellaca, sino que comete la necedad de hacer alarde de ello ante quien

menos debiera por su particular interés; y la falta de estudio y solidez en otros que podían ser germen de verdaderos caracteres cómicos, como el D. Severo de *Indulgencia para todos*, cuya severidad é intolerancia nos consta porque los demás lo dicen, pero no porque el autor se tome el trabajo de razonarla ni explicarla más que con el vago motivo de lo mucho que admiraba las virtudes estoicas de griegos y romanos. La única comedia de Gorostiza en que hay un carácter bien estudiado y una intriga cómica natural y bien desenvuelta, es *El Fugador*, pero lo mejor que tiene esta comedia no es de Gorostiza sino de Regnard, como el imitador lealmente confiesa en la portada de la edición madrileña, y sólo puede concedérsele el mérito muy secundario de haber simplificado la comedia francesa y haberla adaptado á nuestras costumbres nacionales.

La comedia clásica ó moratiniana, cultivada por Gorostiza, no tuvo en México ningún imitador de cuenta. Túvolos, en cambio, el drama caballeresco y romántico, cuando ya definitivamente había triunfado en la Península por el esfuerzo de tan grandes ingenios como el Duque de Rivas, García Gutiérrez y Hartzenbusch. Con esta influencia se combinó la del romanticismo lírico, y de uno y otro fueron intérpretes dos ingenios de no vulgares dotes, aunque hoy un poco decaídos de la estimación que en su tiempo lograron: Fernando Calderón é Ignacio Rodríguez Galván. La razón del fracaso de la tentativa de estos ingenios, no tanto consistió en su endeblez ó falta de numen, puesto que los dos, y especialmente Galván, eran notables poetas, cuanto en la errada dirección que siguieron, asimilándose del programa romántico, no la parte eterna é indiscutible, que es

la emancipación de las formas artísticas, sino las condiciones técnicas más exteriores, y precisamente aquellas que menos cuadraban á la índole de la poesía americana. Entre los varios y complejos impulsos que coadyuvaron á la gran evolución literaria que llamamos *romanticismo*, fueron los dos predominantes, el subjetivismo ó individualismo lírico, y el sentimiento arqueológico é histórico, dirigido con preferencia á las costumbres, recuerdos y monumentos de la Edad Media. El primero podía ser trasplantado sin dificultad á América, y lo fué en efecto, si bien los románticos americanos, con la excepción muy brillante de algún colombiano y de algún argentino, cayeron en una imitación todavía más servil y más estéril que lo había sido la de los llamados *clásicos*. Habían cambiado los modelos: no eran ya Horacio ni Quintana, pero eran Byron, Víctor Hugo, Espronceda, Zorrilla, y aun Tassara y Bermúdez de Castro, con la desventaja en los imitadores románticos de ser mucho menos cuidadosos de la pureza de dicción y del buen orden y concierto en las ideas que los *clásicos*, cómo gente que tomaba por inspiración el desorden, por bizarria la incorrección gramatical, por muy profundas las cosas á medio decir, y por rasgos de *genio* desbordado las más incoherentes extravagancias. Esto se entiende por lo tocante á muchos poetas de Cuba y de la América del Sur, pues en los dos principales representantes del romanticismo mexicano hay templanza relativa, buen gusto en la dicción, respeto habitual á la gramática, y si Fernando Calderón peca es más bien por debilidad y penuria de inspiración que por el exceso real ó simulado de ella, ni por la exuberancia y viciosa lozanía de la forma.

El otro elemento romántico, el de la poesía histórica, el arte novelesco y legendario de Walter Scott, de Victor Hugo en *Nuestra Señora*, del Duque de Rivas y de Zorrilla, era enteramente inadecuado á la poesía americana, y fué gran temeridad y error querer introducirle en pueblos niños, cuyos más antiguos recuerdos históricos no pasaban de trescientos años; porque claro está que las tradiciones y los símbolos de los aztecas y de los incas tan exóticos son para la mayor parte de los americanos como para nosotros, y las vicisitudes de sus antiguas monarquías sólo pueden interesarles en aquel pequeño grado de curiosidad que interesan á los franceses las hazañas de los antiguos galos, ó á nosotros los españoles, las de los celtas é iberos, que en remotísimas edades poblaron nuestro suelo. La literatura americana es literatura colonial, literatura de criollos; no es obra de indios ni de descendientes de indios; si alguno ha habido, y si alguno hay á la hora presente, entre sus cultivadores, que tenga ese origen más ó menos puro, la educación y la lengua le han españolizado y le han hecho entrar en el orden espiritual de las sociedades europeas. Nadie piensa ni puede pensar como indio entre los que manejan la pluma y han recibido una educación liberal, cuyos principios esenciales son los mismos en todas las naciones que forman la gran confederación moral llamada *Cristiandad*, separada por inmensos abismos de cualquier género de barbarie asiática, africana ó americana prehistórica. La misma simpatía con que hoy se mira á las razas indígenas y se execra la atrocidad de los que las destruyeron, los mismos principios morales que, más ó menos exagerados y desquiciados, suelen guiar á los cantores de Moctezuma y de Guatimo-

zín, son principios de caridad cristiana y de humanidad filosófica, de todo punto incompatibles con *civilizaciones* que tenían por una de sus bases los sacrificios humanos. Sin negar, por lo tanto, que la circunstancia de ocupar los mismos territorios, de convivir en algunas partes con los restos de la población indígena, y aun de haberse mezclado más ó menos con ella, pueden hacer más interesantes estos asuntos para los americanos que para los europeos, todavía han de reconocer que cuando los tratan lo hacen con entusiasmo menos sincero que el que sintió Ercilla delante de los Araucanos, y con el propósito puramente literario y pintoresco de un Chateaubriand, por ejemplo, en *Atala* y en *Los Natchez*.

Los recuerdos del descubrimiento y de la conquista, tan interesantes y poéticos en sí, tan aptos para causar maravilla y extrañeza, tampoco podían servir de base á una poesía arqueológico-romántica, por demasiado históricos y demasiado cercanos. La realidad conocida aquí hasta en sus menores detalles y consignada prolijamente en tantas crónicas y relaciones originales, parece que corta el vuelo á las invenciones de la fantasía, que tiene más bien por natural dominio las edades misteriosas y crepusculares, cuyo sentido se alcanza más por intuición poética que por prueba documental. Ni el drama, ni la epopeya, ni la novela, parecen formas adecuadas para trasladar lo que con mucha más intensidad de vida habla á la imaginación en las páginas de Gonzalo Fernández de Oviedo, de Bernal Díaz del Castillo ó del inca Garcilaso. La poesía de la conquista española y de la resistencia bárbara, ni aun en manos de un gran poeta que tenía además la ventaja de haber ejecutado con la espada lo mismo que contaba con la pluma, pudo

producir otra cosa que una admirable crónica rimada.

Iguales y aun mayores inconvenientes presentaban los asuntos tomados de la pacífica vida colonial, apenas turbada por rápidas incursiones de piratas ingleses y holandeses, por competencias entre los diversos tribunales y jurisdicciones, por altercados de visitas y residencias, ó por leves conflictos domésticos, materia más bien de la comedia de capa y espada que del drama terrorífico y espeluznante que cultivaban con predilección los románticos.

Quedaba el inmenso tesoro de las tradiciones poéticas de España y de Europa, pero éstas llegaban ya muy de reflejo, y no era fácil que sintiese la poesía de las catedrales góticas y de los castillos feudales quien no había nacido á su sombra, y sólo había visto tales cosas en las páginas de Walter-Scott y de Zorrilla. Ni la severa y desornada arquitectura greco-latina del siglo XVI, á la cual pertenecen los primeros templos cristianos del Nuevo Mundo, era grande escuela para llegar á entender la poesía de las piedras, unida con el hechizo de la contemplación mística; ni en tierras vírgenes y exuberantes, donde la naturaleza parece que anonada al hombre y sus obras, podía existir aquella misteriosa penetración del paisaje y de la historia, que es uno de los mayores encantos de la poesía tradicional en Europa, poesía cuya clave sólo por refinado y erudito *dilettantismo* llega á obtener quien no ha nacido en sociedades agobiadas por el peso de larga historia.

Tales razones explican, á nuestro ver, el escaso y desmedrado fruto que cosechó el romanticismo en América, á lo menos en su primera y nativa forma, y por qué su acción fué más bien negativa y disolvente que posi-

tiva y fecunda como lo había sido en Europa. Ocasión habrá de ver confirmado todo esto cuando lleguemos al estudio de los poetas de Cuba y de la América del Sur, donde el romanticismo hizo más prosélitos y de más cuenta que en México, país de arraigadas tradiciones clásicas, á las cuales por uno ú otro camino vuelve siempre.

Hemos dicho que D. Fernando Calderón y D. Ignacio Rodríguez Galván fueron los principales románticos mexicanos, así en la lírica como en el teatro. Comparando sus producciones, nos parece descubrir en Calderón más talento dramático que lírico, en Rodríguez Galván más talento lírico que dramático.

Son pocas en número y de corto mérito (si hemos de decir lealmente lo que sentimos) las poesías líricas de Calderón. En las más antiguas, como *La Rosa marchita*, escrita en 1828, percíbese la influencia de Cienfuegos, precursor nebuloso y melancólico del romanticismo español. En las posteriores domina el estudio de Lamartine, de quien tradujo dos *Meditaciones*, y el de Espronceda, cuya canción del *Pirata* imitó, como tantos otros, en una que tituló *El Soldado de la libertad*, quedándose, naturalmente, á larga distancia:

Vuela, vuela, corcel mío,
Denodado;
No abatan tu noble brío
Enemigos escuadrones,
Que el fuego de los cañones
Siempre altivo has despreciado:
Y mil veces
Has oído
Su estallido
Aterrador,
Como un canto

De victoria,
De tu gloria
Precursor.

Entre hierros con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

Vuela, bruto generoso,
Que ha llegado

El momento venturoso
De mostrar tu noble brío
Y hollar del tirano impío
El pendón abominado:

En su alcázar
Relumbrante,
Arrogante
Pisarás,
Y en su pecho
Con bravura
La herradura
Estamparás.....

Esta composición y *El Sueño del tirano*, pasan por las dos mejores de su autor. El tal *sueño* es una especie de pesadilla en que el consabido tirano ideal, «cansado de firmar proscripciones y decretar suplicios», que es su diaria tarea, se siente acosado por visiones de sangre y horror:

Y á un desierto se mira llevado
Donde el rayo del sol nunca brilla;
Una luz sepulcral, amarilla,
Allí esparce su triste fulgor.

Tapizado de huesos el suelo,
Va sobre ellos poniendo la planta,
Y al fijarla los huesos quebranta,
Con un sordo siniestro crujir:

Á su diestra y siniestra divisa
Esqueletos sin fin hacinados,
Y los cráneos, del viento agitados,
Le parece que escucha gemir.

Lago inmenso de sangre descubre
Á sus plantas furioso bramando,
Y cabezas hirvientes nadando,
Que se asoman y vuelven á hundir:
Y se avanzan, se juntan, se apiñan,
Y sus cóncavos ojos abriendo,
Brilla en ellos relámpago horrendo,
De infernal, espantoso lucir.....

Por esta muestra puede juzgarse de lo restante del paño. No faltan, por supuesto, ni los dientes rechinando, ni los cárdenos labios, ni el gigantesco fantasma circundado de fuego, que muestra al tirano con dedo descarnado una espantosa sima llena de llamas, por entre las cuales los demonios asoman la cabeza y prorrumpen en horrendas carcajadas para saludar al réprobo. Cuántos disparates se encuentran esparcidos en nuestros periódicos románticos de 1834 y 35, otros tantos se hallarán reunidos en esta composición.

Muy diferente cosa son sus obras dramáticas, en que hay interés, buen gusto, acentos de pasión, sentimientos nobles y caballerosos que F. Calderón realmente poseía, y que sin esfuerzo traslada á sus personajes. Es cierto que no pasan de ensayos, porque un teatro nacional no se improvisa, y menos con elementos tan exóticos como los que entraron en la composición de *El Torneo*, de *Ana Bolena* y de *Hernán ó la vuelta del cruzado*; pero son ensayos muy literarios de un hombre, que si no conocía mucho las tablas, había leído con provecho las de García Gutiérrez, que parece haber sido su principal modelo. De los tres dramas, quizá el de asunto histórico es el mejor. Dejó también una agradable comedia, *Á ninguna de las tres*, no en el género de Go-

rostiza, sino en el de Bretón de los Herreros, cuya popularidad inmensa en todos los países de lengua castellana había eclipsado enteramente la de su predecesor aun en México mismo, donde Gorostiza vivía bastante olvidado de sus antiguos triunfos dramáticos (1).

Rodríguez Galván nos parece muy superior á F. Calderón, no ciertamente por sus tremebundos melodramas *Muñoz visitador de México*, *El Privado del Virrey*, *La Capilla*, sino por sus poesías líricas, no exentas de defectos é incorrecciones, pero sinceras, vehementes y apasionadas, así en la expresión del amor como en la del odio. Su vida fué una cadena de desdichas: tuvo que educarse á sí mismo entre mil fatigas y privaciones: luchó con la miseria sin llegar á vencerla: fué infelicitísimo en sus amores, y todo ello comunicó á sus versos una amargura y un pesimismo que nada tienen de convencionales, y que se acrecentaron grandemente con el espectáculo de anarquía y desenfreno político en que vivía su patria, haciéndole prorrumper en invectivas atro-

(1) Nació D. Fernando Calderón en Guadalajara de Jalisco en Julio de 1809, y falleció en 11 de Enero de 1845 en la villa de Ojocaliente. Fué licenciado en leyes, y ejerció altos cargos políticos y militares en el Estado de Zacatecas, figurando siempre en el partido avanzado, por el cual combatió en 1835 contra el Gobierno del Presidente Santa-Anna, siendo gravemente herido en la batalla de Guadalupe. En México formó parte de la Academia Poética de San Juan de Letrán, y se hizo amigo de Heredia. Sus poesías se publicaron después de su muerte, primero en 1844, y luego en 1849, esta segunda vez con un prólogo de Pesado. La última edición que tenemos á la vista es la de Paris, 1883, por A. Donnamente, que forma parte de la *Biblioteca de Autores Mexicanos*.

No figuran en la colección de las obras de Calderón sus dramas juveniles *Reinaldo y Elisa*, *Zadig*, *Zeila*, *Armandina*, *Ramiro Conde de Lucena*, *Ifigenia*, *Hersilia*, *Virginia*, *Los políticos del día*, etc., que por los años 1826 y 27 fueron representados con aplauso en Guadalajara y Zacatecas.

ces y formidables maldiciones, como éstas que copiamos de una escena de *El Privado del Virrey*:

Se hundirá esta colonia, de aventureros presa
Donde más el dinero que las virtudes pesa,
Donde por un empleo trueca un hombre su honor;
Donde su voto vende un torpe magistrado,
Y la honra de una virgen se compra en un estrado
Y es casa de comercio el templo del Señor.....

.....
Se hundirá esta colonia, de crímenes al peso,
Cual ebrio á quien derriba de vinos el exceso,
Y á los padres los hijos furiosos lanzarán;
Y tras la tiranía vendrá el libertinaje:
El déspota es el mismo, si con diverso traje:
Donde un señor había, diez mil se encontrarán.
Hijos de tales padres, por las sendas impuras
De avaricia y torpeza caminarán á obscuras,
Y en fiestas crapulosas los hallará la luz,
Y habrá tras vino sangre en lucha de exterminio:
Torpes en sus placeres, torpes en su dominio,
Enlazarán profanos la espada con la cruz.
Á robo y muerte expuestos los buenos ciudadanos,
¡Devorándose ansiosos, padres, hijos, hermanos!
Cada año un gobernante, cada mes un motín.
Ingratos, y traidores, y vanos y salvajes,
Á la virtud humilde agobiarán á ultrajes,
Hasta que Dios colérico los anonade al fin.

Muy rara vez suenan en la lira de Galván más apacibles acentos: su fuerza mayor está en la invectiva frenética y desbordada, pero abusa de ella y la desquicia á veces, produciendo un efecto risible. Su canción de *El Buitre* es de lo más selecto y chistoso que produjo el romanticismo truculento y antropofágico. El autor dice entre otras cosas á cual más estupendas:

¡Cómo envidia del buitre la garra,
Cuyo oficio es herir y matar!
Cuando él halla la presa que busca
Se encarniza con ella rabioso:

Si yo buitre naciera espantoso,
 Mi venganza me hiciera inmortal.
 Me engañó con fingidos halagos
 La mujer que adoré con ternura:
 No mirara, cual hoy, su hermosura,
 Estrechada de aleve rival:
 Pues sobre ellos veloz me lanzara,
 Esgrimiendo mis uñas gozoso

 Su alma negra impaciente arrancara,
 En su cuerpo cebándome ansioso

 Cuando encima de toda la tierra
 Mar inmenso de sangre mirara,
 Satisfecho en sus ondas nadara
 Deste mundo infeliz dueño ya.
 Y en la sangre mis alas tendiendo,
 Entre sangre tuviera reposo:
 Si yo buitre naciera espantoso,
 Mi venganza me hiciera inmortal.

En la exaltación de su fantasía potente, pero desequilibrada, Rodríguez Galván llegó á creerse una especie de vidente de la Ley Antigua, con el mandato sobrenatural de intimar á los tiranos el anatema. Daba un baile el Presidente de la República en 1841, é inmediatamente Galván, firmándose *Feconias*, venía á escribir su *Mane, Thecel, Phares*, en versos vigorosísimos, y que realmente tuvieron algo de profético:

Bailad, mientras que llora
 El pueblo dolorido,
 Bailad hasta la aurora
 Al compás del gemido
 Que á vuestra puerta el huérfano
 Hambriento lanzará.
 Bailad, bailad.

 Soldados sin decoro
 Y sin saber nos celan:
 Adonde dan más oro

Allí rápidos vuelan:
 En la batalla tórtolas,
 Buitres en la ciudad.

.....
 Ya por Tejas avanza
 El invasor astuto:
 Su grito de venganza
 Anuncia triste luto
 Á la infeliz república
 Que al abismo arrastráis.

.....
 El bárbaro ya en masa
 Por nuestros campos entra,
 Á fuego y sangre arrasa
 Cuanto á su paso encuentra,
 Deshonra á nuestras virgenes,
 Nos asesina audaz.

.....
 Europa se aprovecha
 De nuestra inculta vida,
 Cual tigre nos acecha
 Con la garra tendida,
 Y nuestra ruina próxima
 Ya celebrando está.

En la *Profecía de Guatimoc*, que insertamos íntegra en esta *Antología* á pesar de su extensión, porque es sin disputa la obra maestra del romanticismo mexicano, está Rodríguez Galván de cuerpo entero y en el momento más feliz de su inspiración. Si hubiera escrito siempre así, le faltaría poco para ser gran poeta. La parte descriptiva de esta composición es admirable y recuerda sin desventaja los mejores trozos de Heredia en *El Teocalli de Cholula*. La parte política es de inflamada elocuencia. No sirve aquí la apoteosis de Guatimozin, como en otros poetas mexicanos, de pretexto para declamaciones contra la antigua España. El autor sabe muy bien que de otra parte viene el peligro, y en

presencia de las insolentes amenazas de Francia y de Inglaterra y de las depredaciones de los *yankees*, echa de menos á los conquistadores, «varones invencibles, si crueles», y si evoca la sombra del heroico defensor de Tenuxtitlán, es para hacerle clamar una y otra vez con voz de angustia:

¿Dónde Cortés está, dónde Alvarado?

El poeta sólo confía en el cumplimiento de la justicia eterna, y lo dice con imágenes de grandeza bíblica, y aun traídas de la Biblia literalmente:

El que del infeliz el llanto vierte,
Amargo llanto verterá angustiado;
El que huella al endeble será hollado;
El que la muerte da, recibe muerte;
Y el que amasa su espléndida fortuna
Con sangre de la víctima llorosa,
Su sangre beberá si sed lo seca,
Sus miembros comerá si hambre lo acosa.

Basta esta composición para dar alto puesto á Rodríguez Galván entre los poetas mexicanos, pues aunque sea de los más desiguales, es también de los más inspirados. Relámpagos de alta poesía hay también en otras composiciones suyas, especialmente en *El Tenebrario* y en los bellos tercetos *Eva ante el cadáver de Adán* (1).

La estancia en México de Heredia, mayor poeta que

(1) Nació D. Ignacio Rodríguez Galván en el pueblo de Fizayuca en 22 de Marzo de 1816, y murió del vómito negro el 25 de Junio de 1842 en la Habana. Sus obras líricas y dramáticas fueron publicadas en dos volúmenes por su hermano D. Antonio en 1851. La edición que tenemos á la vista, también en dos volúmenes, es la de París, Donnamette, 1883, que forma parte de la *Biblioteca de Autores Mexicanos*. Hizo Rodríguez Galván varias traducciones é imitaciones de mérito (salmos 89 y 135, himno de la *Pasión* y coro del *Carmagnola*, de Manzoni; fragmentos del *Aristodemo*, de Monti, y del *Luis XI*, de Delavigne; *El Angel y el niño*, de Réboul; *Un rayo de luna*, de La-

ninguno de los citados, pero poeta clásico en medio de sus libertades é incorrecciones, al modo que la palabra clásico se entendía en España á fines del siglo pasado, en el tiempo y en la escuela de Cienfuegos y de Quintana, contribuyó á retrasar, ó más bien á impedir el triunfo de la invasión romántica. En tales circunstancias, la aparición de los primeros versos de D. José Joaquín de Pesado y de D. Manuel Carpio, tuvo, además del valor intrínseco de ambos poetas, notables entre los

martine, etc.). Dejó incompleto un cuento ó leyenda titulada *Nuño Almazán*, que tiene bellas octavas.

Creemos inútil entrar en el estudio de otros románticos inferiores, tales como Félix M. Escalante, que á lo menos mostró condiciones de versificador numeroso; José María Lafragua, autor de unos famosos versos á *Iturbide*, que el mismo Altamirano, tan apasionado de toda cosa mexicana y tan poco amigo del nombre español, no duda en calificar de *prosaicos y detestables*, á pesar del interés patriótico del asunto (*); Francisco Granados Maldonado, más conocido que por sus versos originales, por su traducción de Milton; Marcos Arroniz, á quien considera Pimentel como representante del ultrarromanticismo pesimista; Juan Díaz Covarrubias, que tuvo la extraña franqueza de calificar su propia poesía de «exagerada y viciosa», añadiendo que «no podía menos de sembrar malos gérmenes en el corazón de la juventud»; murió fusilado en Tacubaya, en 1859, con otros médicos que cumplían su misión humanitaria; sus versos fueron coleccionados aquel mismo año con el título de *Páginas del corazón*. Se le llama *el poeta mártir*.

Como autor de leyendas y romances se elogia, principalmente, al poeta de Jalapa, D. José Jesús Díaz, padre del Díaz Covarrubias antes mencionado (1809-1846). Cítanse como las mejores, *La Cruz de madera*, *El Puente del Diablo*, *La Toma de Oaxaca*, *El Cura Morelos*. Hombre de tan buen gusto como D. José María Roa Bárcena, ha llegado á decir de Díaz: «Es autor de romances de nuestra guerra de Independencia, que no tienen igual en México y que no se habría avergonzado de firmar el Duque de Rivas.» Ha dejado también gran fama como poeta descriptor de la rica y exuberante vegetación de Jalapa. Sus poesías líricas no han sido coleccionadas, y lo poco que conocemos de ellas no basta para caracterizarle.

Como poetas dramáticos de este tiempo, citase, aunque sin particular elogio, á Carlos Hipólito Serán, Ignacio Anievas, Pantaleón Tovar.

(*) Prólogo á *El Romancero Nacional*, de Guillermo Prieto.

mejores que ha producido América, un valor histórico y relativo todavía mayor. «Al ejemplo de ambos (escribe D. José Bernardo Couto, biógrafo de Carpio), deben las letras el renacimiento de la poesía en México; la sociedad y la religión les deben el que sus hermosos versos hayan servido de vehículo para que se propaguen pensamientos elevados y afectos nobles.» En efecto, la influencia de ambos poetas fué social y religiosa, al mismo tiempo que literaria. Profundamente cristianos uno y otro, dedicaron la mejor parte de sus tareas al enaltecimiento de la fe que profesaban, y á hacerla llegar viva y ardiente al ánimo de sus lectores. De aquí su preferencia por los asuntos bíblicos; de aquí también la saña é intransigencia con que el fanatismo anticatólico, que parece haberse enseñoreado de México en estos últimos años, procura amenguar y obscurecer la fama de ambos poetas, especialmente la de Pesado, en quien concurrió además la circunstancia de haber sido liberal exaltado en sus primeros años y ardiente controversista ultramontano en su edad madura; conversión que nunca le perdonaron sus antiguos correligionarios, porque en México los odios políticos y religiosos, especialmente en la época llamada de las leyes de *Reforma*, llegaron á un grado de fiereza de que sólo podemos formar alguna idea retrocediendo á los tiempos más crudos de nuestra primera guerra civil. En la memoria del poeta Pesado se persigue, sobre todo, la memoria del valeroso director de *La Cruz*, del que lidió al lado del Obispo de Mechoacán, Munguía, las más formidables batallas en pro de la inmunidad eclesiástica, de la unidad religiosa y del espíritu cristiano en las leyes. Porque no se ha de perder de vista que Pesado, además de poeta, fué exce-

lente periodista político-religioso, con tendencias análogas á las de Balmes y Quadrado entre nosotros.

Á este motivo no literario se añade, sin duda, el cambio de gusto que en México se ha verificado en estos últimos años, la reacción que en la mayor parte de los literatos jóvenes se advierte contra la poesía que motejan de culta y académica, y la tendencia cada vez más sistemática, no á crear una literatura nacional, que por ninguna parte acaba de aparecer, sino á huir de los antiguos modelos latinos, italianos y españoles, para entregarse con supersticiosa veneración al culto de la novísima literatura francesa. Pesado, por su importancia de jefe de escuela, por los aventajados aunque escasos discípulos que todavía siguen su manera, por el gusto enteramente español de sus versos, por su respeto á todo género de tradiciones, ha tenido que ser la primera víctima de aquellos sectarios fanáticos, que alardeando de mucha independencia literaria, son los primeros en no respetar la legitimidad de todas las formas, que en el proceso histórico del arte se han sucedido distinguiendo en ellas lo bello y permanente de lo accidental y transitorio.

Una de las acusaciones que con más frecuencia y no sin algún viso de fundamento se repiten contra Pesado, es la de falta de originalidad, no ya en los asuntos sino en las imágenes y en los versos. Como no se le pueden negar sus evidentes cualidades de versificador terso y puro, ni aquella «vvida claridad de su mente y blanda ternura de su corazón» que en él reconocía nuestro Pacheco (1), fácilmente se sale del paso con llamarle pla-

(1) Vid. su estudio acerca de Pesado, inserto en *La Concordia* (1864).

giario y dar por ajenos los mayores aciertos de su pluma. Hay que hacer aquí varias distinciones. Es, en efecto, Pesado, uno de los poetas que más han imitado y traducido, pero el traducir bien, y confesando cuáles son los originales, no es desdoro para nadie. Leopardi tiene un tomo de traducciones mayor que el pequeño volumen de sus cantos. De las tres secciones en que las poesías de Fr. Luis de León se dividen, sólo la primera es de versos propios. Y ni Leopardi ni Fr. Luis de León dejan, por eso, de ser dos de los mayores líricos del mundo, y quizá no hubiesen llegado á la plenitud y perfección de su forma, si no se hubiesen sometido antes á este duro y largo aprendizaje de luchar cuerpo á cuerpo con los modelos. Lo que hay es que ellos tenían una centella de genio lírico que le faltó á Pesado, el cual por eso no pasa de ser un estimable poeta de segundo orden; pero aquí no se trata sino del hecho de traducir, que es en sí completamente inofensivo, y muy laudable cuando se traduce con la perfección que mostró Pesado en algunos salmos, en el *Cantar de los Cantares*, en alguna oda de Horacio y en los fragmentos de la *Ferusalén*, del Tasso, porque otras versiones que hizo, así de Teócrito y Sinesio, como de Lamartine y Manzoni, resultaron muy inferiores, unas porque no dominaba la lengua de los originales, y otras por falta de parentesco y semejanza entre su gusto y estilo poético y el de los autores que traducía.

Pero además de las versiones declaradas, y propiamente tales, hay en Pesado, como en todos los poetas clásicos, gran número de imitaciones y reminiscencias de detalle. Los que tanto le censuran por ellas deberían recordar que, aplicando tal criterio á Virgilio, á

Garci-Lasso, á Andrés Chénier, quedarían poco menos que implumes. Nada menos que tres tomos escribió Eichhoff para comparar verso por verso las *Églogas*, las *Geórgicas* y la *Eneida* con sus modelos griegos, y eso que se han perdido muchos de ellos, citados por Macrobio y otros antiguos. Para Garci-Lasso véanse los comentarios del Brocense y de Herrera; para Andrés Chénier el eruditísimo comentario de Becq de Feuquières. El hombre de gusto meticuloso admirará en todo esto una sabia y elegante labor de taracea; el hombre de gusto más amplio y verdaderamente capaz de sentir los misterios de la forma poética, verá un caso de transusión de la poesía antigua en las venas de la poesía nueva; el ignorante no verá más que un centón y una cadena de plagios, y se admirará de que hayan llegado á merecer el respeto y la admiración de la posteridad hombres que apenas tienen un verso original, cuando es tan fácil disparatar originalmente, hablando del sol y de las estrellas, ó del amor y de la muerte, ó de la libertad y de la tiranía.

El crimen, pues, que se imputa á Pesado, no es otro que el de aquellos *hurtos honestos*, de que tanta gala hacían un Horacio y un Virgilio. Y aun en cuanto á la indicación de estos hurtos, suelen tener tal mano sus censores, que uno de ellos, en dos distintos trabajos, cita como uno de los plagios más escandalosos estos cuatro versos de un romance:

¿Qué importa pasar los montes,
Visitar tierras ignotas
Si á la grupa los cuidados
Con el jinete galopan?

Y añade con mucha formalidad: «éstos versos son to-

mados de Lucrecio», sin decir de dónde. Y la verdad es que son de Horacio, y conocidísimos, de la oda xvi del libro II *A Grosfo*

..... quid terras alio calentes
Sole mutamus? patriae quis exul
Se quoque fugit?
Scandit aeratas vitiosa naves
Cura, nec turmas equitum relinquit,
Ociur cervis et agente nimbos
Ociur Euro.

Pero hay en Pesado, aparte de estas reminiscencias enteramente lícitas, otras más difíciles de explicar, y de las cuales se han aprovechado largamente la pedantería y la maledicencia. Él que confesó haber traducido de Lamartine las *Memorias de los muertos*, *Los Recuerdos*, *El Aislamiento*, *La Entrada de la noche*, etc., dejó de indicar que *La Inmortalidad* tenía el mismo origen. Distracción ú olvido hubo de ser, puesto que bien podía presumir que quien abriese el libro del poeta francés para cotejar las otras piezas había de tropezar con la *Meditación 5.^a*, que tampoco está traducida sino imitada y sumamente abreviada y puesta además en versos sueltos de estructura clásica, tan lejanos del molde de la poesía francesa. En Heredia hay mucho de esto, pero como Heredia era revolucionario y furibundo enemigo de España, se le concede en América toda la indulgencia que se niega á Pesado.

Para mi el pecado más grave de éste, por lo mismo que no se trata de un poeta que anda en manos de todo el mundo como Lamartine, sino de un ingenio modesto y olvidado, cuyas obras han visto pocos, es el haber ocultado que debía una parte de las bellezas de su poema de *Ferusalén* al carmelita italiano Evasio Leone.

Se ha dicho que la paráfrasis del *Cantar de los Cantares* tiene el mismo origen, pero no llevan razón los que tal dicen. Traslado casi literal de la paráfrasis de Evasio Leone es la del jesuita santanderino Fernández Palazuelos, que lealmente lo confiesa: «Evasio Leone ha sido mi luminoso dechado»; la de Pesado no lo es. Imitó á Evasio Leone en la elección de algunas combinaciones métricas adaptables al canto, en la disposición de las escenas y en poco más que esto. El estilo es una fusión hábil de la manera de Fr. Luis de León con la de los traductores italianos; y como en estas cosas sólo la comparación material convence, comparemos algún trozo de la traducción de Evasio Leone con otro de la de Pesado, y esto no sólo para que se vea cuán distintas son, sino principalmente para que se saboreen algunas bellezas de la del poeta mexicano, ya que por su extensión no puede figurar íntegra en esta *Antología* (1).

Per te si strugge, il sai, prence adorato,
Quest' anima fedele. Un bacio solo
Del tuo purpureo labbro
Deh non mi niega! Oh quanto
E'dolce l'amor tuo! Non così dolce
Per la vene serpeggia il piú soave
Generoso licor. Dovunque il passo
Movi, mio ben, di preziosi unguenti
Spira l'aura odorata. Ah! non a caso
Le piú belle e ritrose
Donzelle vezzose,
Avvampano per te, se il tuo sol nome
Se il tuo bel nome sol ne' loro cuori
Desta, e mantiene i fortunati ardori.
Ah non lasciarmi no
Tu che mi struggi il cor

(1) *Il cantico dei Cantici tradotto ed illustrato dal Padre Evasio Leone Carmelitano, Roma, 1825.*

Col raggio feritor
Di que' bei lumi.
A così cara guida
Io sempre unida, e fida
Dietro l'odor vedrò
De' tuoi profumi.

Che miro! Oh me felice! Ed è pur vero?
Dunque i miei voti a te non porsi in vano?
Tu stendi a me la mano e tu non sdegni
Teco guidarmi ove più splende adorno
D'ostro e di gemme il tuo real soggiorno.

Nel felice agosto tetto,
Che ricetta a noi darà,
A te accanto, o mio diletto,
Qual piacer m' inonderà!
Il più amabile liquore
Non si dolce al cor non è:
Ah non chiude in seno un core
Chi non struggesi per te.....

Digase de buena fe si esta cantata ridicula, que de tal modo profana con recitados y arias metastasianas el *Osculetur me osculo oris sui*, tiene algo que ver con la noble y gentilísima poesia con que Pesado interpreta el mismo pasaje:

ESPOSA.

Un ósculo sagrado
Reciba de tu labio cariñoso,
¡Esposo idolatrado!
Tu pecho enamorado
Es mas dulce que vino generoso.
No en balde las doncellas
Llevadas del aroma de tu fama,
Van pisando tus huellas,
Heridas todas ellas
Del fuego celestial que las inflama.
Es tu nombre divino
Perfume derramado y oloroso,
Que llama de contino
A un felice destino
El coro de las Virgenes dichoso.

.....

Aunque me veis morena,
Doncellas de Solima, soy hermosa,
Toda de beldad llena:
Mi esposo se enajena
Contemplando mi faz fina y graciosa.
Morena cual las pieles
Soy, que al Alarbe sirven de cortinas:
Bella cual los doseles
Que en sus frescos verjeles
Tiene el Rey, de brocado y telas finas.
Guardé el viñedo ajeno,
Sin cuidar, simplecilla, mi hermosura:
El sol me hirió de lleno,
Y el viento y el sereno
Quemaron de mi rostro la blancura.

.....
ESPOSO.

A mis oídos vino
La seductora voz de tus amores
Y tu canto divino:
Sal, esposa, al camino
Y sigue mis rebaños y pastores.
Y con ellos agrega
Tus ovejas y tiernos recentales,
Y a mi cabaña llega
Asentada en la vega
Donde brotan los puros manantiales.

.....
De blanda tortolilla,
Tímida y querrellosa, es tu semblante:
¡Cómo en tu cuello brilla
Preciosa gargantilla
De plata y oro y piedras relumbrante!

ESPOSA.

Recostado en su asiento
Estuvo el Rey con pláticas sabrosas;
Llena yo de contento,
Derramé por el viento
Mis perfumes de nardos y de rosas.
Cual racimo florido
De las viñas de Engadi, es mi adorado,

Hacécito escogido
De perfume subido
Que mantengo en mi pecho reclinado.....

Véase, para evitar prolijidad y no hacer interminable este cotejo, cómo traduce Evasio Leone estos últimos versículos:

Mentre da me lontano
T'aggirasti mio re, questa di nardo
Spica feconda, che m'adorna il seno
Col grato odor mi ricreó. Te solo
Or che vicin mi sei,
Qual profumier di mirra,
Qual ciprio racemo
Dell' Engaddi Odorato
Ne' giardini educato ora desio
Accogliere, e serbar nel seno mio.....

Así son la mayor parte de los plagios que se imputan á Pesado. Él no necesitaba á Evasio Leone para entender ni para traducir el *Cántico de los Cánticos*, porque era más poeta que el carmelita toscano, y porque los libros sagrados eran el principal y continuo estudio suyo, y porque había aprendido en Fr. Luis de León, en Arias Montano, en San Juan de la Cruz, cómo se traen al castellano las palabras de Salomón y de David. Entre los salmos que tradujo son los mejores aquellos en que más se apartó de la poesía *cantabile* de Saverio Mattei. El salmo 67, que íntegro ponemos en esta colección, nos parece poesía mucho más bíblica y más inspirada que el salmo 136, tan celebrado y popular otro tiempo en México:

«En un sauce, ludibrio del viento,
Para siempre mi lira colgué.»

Es evidente que estos versos son de Mattei:

Ad un salcio, ludibrio del vento
La mia cetra qui pender farò,

y lo son íntegras las dos primeras estrofas de la versión:

Del Eufrates sentado en la orilla
De Judá me acordé con tristeza.....
Dell' Eufrates sul barbaro lido
Rimembrando l'amata Sione.....

Pero el resto del salmo es completamente distinto, por la sencilla razón de que Mattei cambia inmediatamente de metro, y Pesado le prosigue hasta el fin, repitiendo el *ludibrio del viento* á modo de ritornelo. ¿Qué relación puede haber entre estos versos de Pesado:

Babilonia insensata, ya el cielo
Te apareja tremendo castigo:
El acero del crudo enemigo
Templará con tu sangre su sed;
Y verás como ardiente, insaciable,
Se apacienta en tus hijos sangriento.....

con los correspondientes de Mattei?

Come feroci e perfidi
Come crudeli a noi,
Cosi farà con voi
Barbaro il vincitor.
E l'innocente figlio
Farà svenar sul ciglio
Della dolente madre,
Il mesto genitor.....

Ni siquiera parecen traducidos del mismo original. Creo, pues, sin absolver á Pesado de toda culpa en este punto, que se ha exagerado de un modo ridículo este cargo, en sí mismo bien poco importante (1).

(1) Véanse las observaciones que en defensa de la originalidad del que fué su maestro hace el señor Obispo de Potosí, D. Ignacio Montes de Oca, en el prólogo de la 3.^a edición de las obras de Pesado.

La colección de las poesías de Pesado es bastante voluminosa: para su gloria convendría que lo fuese algo menos. De las obras de su segunda época, de todo lo que escribió después de 1840, es muy poco ó nada lo que puede rechazarse, pero de los juveniles, de los coleccionados en 1839, que precisamente son los más conocidos por haberse dado á luz en tiempos en que el gusto del poeta iba de acuerdo con el de su público y no contra la corriente como después sucedió, hay bastantes composiciones endebles, ya por penuria de pensamiento, ya por defectos prosódicos de que luego fué curándose: uso inmoderado de asonancias revueltas con versos sueltos ó consonantados, y profusión de sinéresis, vicio característico de los poetas mexicanos de la primera mitad de nuestro siglo y que evidentemente responde á una diferencia fonética entre el castellano de México y el de España.

Las poesías amorosas me parecen en general lánguidas y difusas, inferiores con mucho á las sagradas y á las descriptivas. Hay demasiado petrarquismo y demasiado herrerismo metafísico en unas, y en otras una efusión de ternura doméstica algo empalagosa. El autor amaba ardientemente á su mujer, lo cual es muy simpático y laudable, pero no se cansa de repetirlo en todos los tonos, olvidando que no todo lo que es natural y honrado es siempre materia poética.

Ha de exceptuarse, sin embargo, la bella composición *Á mi amada en la misa del alba*, escrita en variedad de metros á la manera romántica, y popular en otros tiempos más que ninguna de las de Pesado sin duda por la mezcla candorosa de fervor juvenil y sincera piedad, que la presta singular hechizo, man-

teniendo flotante el espíritu entre lo humano y lo divino. Y no hablo de la hermosa elegía *Al Angel de la Guarda de Elisa*, digna de cualquier poeta español del siglo de oro, porque pertenece á otros tiempos y á la mejor manera poética de Pesado.

Tampoco tenemos por lo mejor suyo ciertos discursos filosóficos ó morales, como *El Hombre*, *El Sepulcro*, que son meditaciones largas con exceso, de giro abstracto, razonador y discursivo hasta rayar en monótonas y verdaderamente *pesadas*. No es esto decir que carezcan enteramente de color poético; le tienen merced al estilo y á la habitual gallardía con que está manejado el verso suelto, aunque no limpio de asonantes y lejano todavía de la perfección que luego había de mostrar el autor en algunos fragmentos de su poema de *Moisés*. Pero aun en estos primeros ensayos hay trozos enteros que no hubiera desdeñado el mismo D. Leandro Moratin. Pesado nada hizo malo en absoluto, y siempre le salvan la alteza de su pensar, su excelente educación literaria y la nobleza habitual de su estilo.

Cercenada una parte de estos primeros versos, queda el tomo de Pesado el más igual en conjunto de cuantos yo he visto de poetas americanos, excluyendo naturalmente los vivos, como en todo este estudio pienso hacerlo. Pero entiéndase bien lo que quiero decir. Hay en América varios poetas que aventajan grandemente á Pesado en una ó dos composiciones inmortales y características. Pesado nunca tuvo la fortuna de hacer ni la *Silva á la Agricultura en la zona tórrida*, ni el *Canto de Junín*, ni el *Niágara*, ni el *Teocali de Cholula*; por eso Bello, Olmedo y Heredia son indisputablemente mayores poetas que él, son los príncipes de la poesía

del Nuevo Mundo. Pero quitense mentalmente á Heredia el *Niágara* y el *Teocalí*, y se verá á qué poco queda reducido el gran montón de sus versos, y cuántas cosas tiene que rechazar un gusto escrupuloso. Quitese á Olmedo el canto *A Bolívar*, y á buen seguro que las tres únicas odas que le restan, aun incluyendo la dirigida al vencedor de Miñarica, no darán idea, sino muy remota é imperfecta, de su poderoso aliento lírico. Quitense al correctísimo Bello la *Zona tórrida* y la *Invocación á la Poesía*, y apenas le quedan más que traducciones, admirables y perfectísimas, pero traducciones al cabo. Los grandes líricos colombianos y argentinos, J. Eusebio Caro, Arboleda, Ortiz, Echeverría, Mármol, Andrade, son, cada cual por su estilo, poetas más inspirados, más varoniles, más grandilocuentes que Pesado, pero también más desiguales, más escabrosos, más enfáticos, más propensos á la declamación los unos, al falso sentimentalismo los otros. Tienen versos admirables por donde quiera, torrentes de lava poética á veces, pero muchos desfallecimientos, muchas vacilaciones de gusto. Pesado, que no llega nunca á donde ellos llegan en sus grandes momentos, está menos expuesto á caer, porque generalmente pone los pies en firme. Su inspiración es más tibia, pero menos sujeta á intermitencias. Se le puede leer seguido; prueba durísima á que pocos poetas resisten. No despierta casi nunca grande admiración, pero sí respetuoso afecto. Es cierto que vive mucho de la poesía ajena, pero con el buen tino de acudir siempre á los más puros y saludables manantiales: la Biblia, Dante, Fr. Luis de León, el Tasso. Léanse sus traducciones bíblicas, los magníficos tercetos dantescos de la visión del Profeta con que termina el bello poema de

Jerusalén, el delicado episodio de Aglaya en el poema de *La Revelación*, que no llegó á terminar y que contiene sus mejores octavas, y se verá hasta qué punto había llegado á asimilarse la tradición italiana y española de los mejores tiempos, con un artificio sabio é industrioso algo parecido al de Monti.

Lo más original, lo más mexicano, y á la vez lo más perfecto de Pesado, son sus sonetos y romances descriptivos, en que con fácil y risueño pincel traslada paisajes de Orizaba y Córdoba ó escenas del campo y de la aldea; procesiones, lidias de toros, riñas de gallos, carreras de caballos, volatines y fuegos. Al lado de esta colección bien puede ponerse otra titulada *Las Aztecas*, en que su autor intentó la creación de una poesía indígena, traduciendo y glosando (al decir suyo) cantares de más ó menos sospechosa autenticidad, entre los cuales están las famosas poesías del rey Netzahualcoyotl, y otras anónimas. Semejante trabajo no puede ni debe estimarse como traducción; es cosa probada que Pesado no conocía las lenguas indígenas, y que se valió únicamente de algunos fragmentos traducidos en prosa en las antiguas crónicas, y de otros que le interpretó un indio, amigo suyo, llamado D. Faustino Chimalpopoca y Galicia, el cual solía decir después que los versos de Pesado nada tenían que ver con el texto que él le había dado literalmente traducido (1). Trátase, pues,

(1) Á Pesado se le considera generalmente como introductor del género indígena en la poesía mexicana. Lo singular es que uno de los primeros que siguieron esta dirección fuese un español, D. Emilio Rey, que en 1868 publicó un tomo de poesías medianas y ya olvidadas, pero en el que lo más digno de aprecio es la sección titulada *Cantos históricos mexicanos*.

de una inocente broma literaria, de una poesía popular mexicana casi tan auténtica como la poesía lírica de la *Guzla*, de Mérimée. La reputación poética de Pesado nada pierde con ello; al contrario, «éstas que él apellida traducciones, son en realidad de lo más original que salió de su pluma» (1), y, sobre todo, son «magnífica poesía» (2), no sabemos si muy azteca, pero seguramente muy emparentada por una rama con Horacio, y por otra con los libros sapienciales. Quien lea la exhortación del Rey de Tezcucó á gozar los placeres de la vida feliz, no tiene que dudar del primer origen, y quien lea los *Consejos del Padre á la Hija* ó la *Enhorabuena en la coronación de un Príncipe*, no podrá menos de reconocer que el espíritu de la primitiva poesía didáctica y gnómica no le había encontrado Pesado en los jeroglíficos del Anahuac, sino en el libro de la *Sabiduría* y en el *Eclesiastes*.

Realmente, él era poeta bíblico y poeta clásico, y no otra cosa. Se le ha llamado ecléctico, pero el eclecticismo, que tiene un sentido bien determinado en filosofía y en ciencias sociales, no parece que puede aplicarse del mismo modo á los poetas, cuya labor no es de selección científica de ideas sino de creación de formas vivas. Á los poetas se les juzga por su cualidad predominante y por su tendencia habitual. El hecho de haber imitado y traducido algunos versos de Lamartine nada prueba, porque ni estos versos son los más característicos de Pesado, ni Lamartine es muy romántico en la técnica, aunque lo sea muchísimo en el sentimiento.

(1) Montes de Oca.

(2) Pimentel.

Fuera de éste, no sé yo qué poetas románticos pudieron influir en Pesado, ni es tampoco signo infalible de romanticismo el cambio de metros en una misma composición, puesto que lo hacían á cada paso esos poetas italianos del siglo XVIII que Pesado leía tanto, Evasio Leone y Mattei, y lo habían hecho también alguna vez poetas españoles de principios de nuestro siglo como Arriaza y Cabanyes. Pesado es, pues, poeta bíblico de segunda mano, porque no sabía hebreo, y poeta clásico de segunda mano, porque no sabía griego; lo que da muestras de saber muy bien es latín, italiano y castellano. Su clasicismo tampoco es el de nuestro siglo XVIII, ni tiene aquel género de grandeza oratoria que admiramos en Quintana, en Gallego ó en Olmedo, pero está evidentemente derivado del clasicismo italo-español del siglo XVI; su idealismo amoroso es el de los petrarquistas y no el de Lamartine, y si algún eclecticismo de forma hay, nacerá de la indecisión del poeta entre las formas amplias y rozagantes de la escuela de Herrera, y la casta y severa sencillez de la musa de Fr. Luis de León (1).

(1) Para datos de la vida de Pesado nos remitimos á la extensa y excelente *Biografía* que publicó en 1878 D. José M. Roa Bárcena. Baste consignar aquí que nació en San Agustín del Palmar, provincia de Puebla, el 9 de Febrero de 1801, y murió en México en 1861. Generalmente se le considera como hijo de Orizaba, porque allí tenía sus bienes, allí se educó, y allí contrajo su primer matrimonio. En su juventud tomó parte activa en la política, siendo Ministro del Interior en 1838, y de Relaciones Exteriores en 1846. Modificadas luego sus ideas en sentido cada vez más católico y conservador, dedicó á la defensa de la Iglesia sus últimos trabajos, y no aceptó más puesto oficial que el de catedrático de Literatura en la Universidad de México, reorganizada en 1854. Fué, según creo, el primer escritor mexicano que obtuvo el título de correspondiente de la Academia Española. Hay tres ediciones mexicanas de sus *Poesías originales y traducidas*, la 1.^a de 1839,

Por tales méritos y circunstancias, quizá la poesía de Pesado y de sus discípulos esté destinada á ser en lo futuro más bien tenida y estimada por una parte de nuestro caudal clásico que del particular de la literatura mexicana, y en España se recogerá lo que en México se denigra, viniendo á cumplirse así aquel triste vaticinio que estampó el mismo poeta en el prólogo á las obras de su amigo D. Manuel Carpio. «Si está escrito que México, tal como es hoy, deje de existir, y que en él se pierda hasta la hermosa lengua castellana, no por eso se desanimen los mexicanos dotados con el sagrado fuego de la poesía: las obras suyas que merezcan el honor de la inmortalidad, serán trasladadas á la antigua España, y conservadas allí con la ternura y el cuidado que merecen á una madre los últimos despojos de un hijo desgraciado.»

El poeta á quien se referían tales palabras era un médico muy distinguido, á quien unía con Pesado estrecho vínculo de creencias y afectos. Asiduo lector de las Sagradas Escrituras, familiarizado con la topografía de Palestina por las descripciones de los viajeros, no extraño á las primeras investigaciones arqueológicas sobre Egipto, Nínive y Babilonia, que procuró seguir aunque de tan lejos, comenzó á cultivar muy tardíamente la poesía, pasados los cuarenta años, lo cual explica quizá el desmayo y falta de nervio que hay á veces en su estilo, no menos que las muy recomendables cualidades de gra-

la 2.^a de 1840 (ambas por el impresor Cumplido), la 3.^a de 1886 (imp. de L. Escalante). Esta última, publicada por sus hijas, es la única completa, y la única que contiene sus mejores versos, que antes se habían impreso en periódicos y opúsculos muy difíciles de reunir.

vedad religiosa y madurez de pensamiento, claridad y orden lógico en la composición, y ausencia de todo género de extravagancias. El autor sabe siempre lo que quiere decir, y se esfuerza por hacerlo perceptible y llano, hasta caer en giros prosaicos y explicaciones inútiles, enervando su estilo con la fastidiosa interpolación de partículas y modos adverbiales, propios del discurso ó de la conversación, no menos que con adjetivos parásitos que secan y consumen el jugo del sujeto de la oración. Pena da ver encabezada tan bella pieza como *La Cena de Baltasar* con este verso, á toda luz ridículo:

Era la noche, y la *redonda* luna.....

De todos los malos epítetos que pueden darse á la luna, quizá no haya otro más infeliz que este de *redonda*. Y sin embargo, tan en gracia le había caído á Carpio, que todavía le sirvió para aplicárselo á la tierra en el primer verso de su oda *El Diluvio*:

Allá en un tiempo la *redonda* tierra.....

En la misma oda leemos estos versos, que son purísima prosa, nacida del afán que tenía el poeta de dar directamente la razón de todo:

*Y es que el Ángel del piélago salado
La llevaba en sus manos como un arca,
No fuera á ser que acaso naufragara
Entre tanto vaivén del mar inmenso.....*

Estos frecuentes prosaísmos de dicción, y una como lasitud ó flojedad senil en el estilo, son más de reparar en Carpio, porque van mezclados con el más pródigo despilfarro de la vena descriptiva. Es de los poetas más exteriores que pueden hallarse. Hasta la religión tiene en él más de pomposa y magnífica que de íntima.

Por temperamento y por sistema excluía del arte toda idea que no se presentase vestida de formas concretas y sensibles, y le hacía consistir únicamente en el prestigio de una sucesión de imágenes que halagan y deslumbran los ojos; descripciones continuas y sin tasa de armas, de jaeces, de vestiduras ostentosas, de festines, cacerías y combates; el valle del mar Muerto, el palacio y trono de Faraón, la desolación de Babilonia y Jerusalén. Tanta luz y tanta pompa derramadas por igual en todas las partes de la composición y en todas las composiciones; tanta insistencia en detalles pintorescos, que no tienen todos el mismo valor poético, acaban por producir singular monotonía, pobreza verdadera, en medio de la acumulación de tantos tesoros. Sé que no á todos agrada este juicio mío, pero no puedo menos de repetirle, porque no está en mi mano sentir y estimar la poesía con el gusto ajeno, sino con el propio, ni la diferencia de criterio en cosas tales debe ser motivo para tachar de ignorancia á nadie. El conocimiento de la literatura mexicana no es ninguna ciencia incógnita y reservada para algunos privilegiados. Yo, ni á Pesado ni á Carpio, he conocido nunca más que por sus versos, los cuales creo entender lo mismo que todos los demás versos compuestos en mi nativa lengua castellana, y juzgando por la impresión que su lectura me ha producido, no puedo menos de declarar que Pesado vale á mis ojos más que Carpio, así en elegancia y armonía como en variedad de rimos; que su cultura clásica me parece más selecta y su gusto mucho más firme, y que si la reputación de Carpio ha sido menos combatida, lo debe á no haber dejado detrás de sí la suma de odios y rencores políticos que todavía se ceban en la memoria de Pe-

sado. Ni tampoco puede decirse que haya más originalidad en Carpio, que puso en verso páginas enteras del *Itinerario de París á Ferusalén*, de Chateaubriand; lo que hay es más amaneramiento, de donde resulta la ilusión de que tiene más estilo propio.

Nada de esto se entienda en menoscabo del justo aprecio que debe hacerse de las obras de este piadoso, docto y simpático escritor. Sus cualidades poéticas son evidentes, aunque no sean de primer orden. Sin ser romántico, participa algo de la brillantez de color y del lujo asiático de imágenes que introdujo aquella escuela. Cualquiera puede notar, y ya queda dicho, que un reflejo de la prosa de Chateaubriand pasó á sus versos. No es pequeño mérito, por otra parte, haber sentido con tanta intensidad la poesía de los Sagrados Libros, y haber trasladado alguna parte de sus bellezas con cierta grandiosidad épica y con mucho estudio del arte de la palabra. Merece, pues, el noble homenaje que le consagró nuestro D. Casimiro del Collado en estos versos de la elegía que compuso á su muerte, y que recuerdan en concisa y elegante frase los asuntos de sus principales producciones:

Del sacro numen que tu acento anima
 Cuando, de edades bíblicas vestigio,
 Del Gólgota recuerda el gran prodigio
 Ó el terrible escarmiento de Solíma;
 La fatídica frase que del muro
 En el festín de Babilonia emerge,
 Ó el mar que se abre, y en su centro obscuro
 Ira y poder de Paraón sumerge;
 Del himno hermoso, en que á tu patria bella
 Proclamas reina de la indiana zona
 Ó el ingente volcán pintas, que de ella
 La indescriptible majestad corona;
 De cuantos versos en raudal sonoro

Tu rica inspiración al viento esparce,
México guardará como un tesoro,
La dulce remembranza, y con tristura
Contemplará, en tu humilde sepultura,
Mudas las cuerdas de tu lira de oro (1).

La mayor parte de los poetas académicos y conservadores que han seguido, así en literatura como en religión y en política, rumbos análogos á los de Pesado y Carpio, viven aún, y esto nos obliga á omitir sus nombres. Entre los muertos es imposible dejar de recordar al íntimo amigo y biógrafo de Carpio, D. José Bernardo Couto, aunque los pocos versos suyos que conocemos, insertos en la *América poética*, de Gutiérrez, y tomados probablemente de la *Colección de poesías mexicanas*, impresa en París en 1836, son demasiado juveniles para que por ellas pueda formarse idea del talento de prosista que luego mostró su autor, ya en el profundo *Discurso sobre la constitución de la Iglesia*, que basta para la reputación del más encumbrado canonista, ya en su ameno y erudito *Diálogo sobre la historia de la pintura en México* (2).

(1) Nació D. Manuel Carpio en Cosamaloapán (estado de Veracruz) el 1.º de Marzo de 1791, y murió en México en 1860. Tradujo los *Aforismos y pronósticos*, de Hipócrates, y algunos otros opúsculos de su profesión, y tomó parte en varias publicaciones de índole religiosa. Se sentó algunas veces en las Cámaras federales, pero nunca tomó parte muy activa en la política, de la cual le retraían su carácter manso y benévolo y sus hábitos de piedad y retiro. La primera edición de sus poesías es de 1849, con un prólogo de Pesado. Después se han hecho otras muchas; la que tengo á la vista es la de México, 1876, con una breve pero primorosa biografía escrita por don Bernardo Couto. Véase también en el tomo III de las *Memorias de la Academia Mexicana* (1891), una conferencia de D. José María Roa Bárcena dada en Orizaba con ocasión del primer centenario del nacimiento del poeta.

(2) Debo á la fineza literaria de D. Francisco Sosa un ejemplar de este *Diálogo*, que en tirada muy escasa se imprimió en México (por I. Escalante), 1872.

Hay que hacer memoria también de D. Alejandro Arango y Escandón (1), que falleció pocos años há, siendo Director de la Academia Mexicana. El señor Arango, autor del mejor libro que tenemos sobre fray Luis de León, se le había propuesto por principal modelo, así en los estudios bíblicos, á que fué muy inclinado, como en el estilo y en la dicción poética. Son modelos intachables de noble reposo, de suave efusión y de acrisolado gusto sus dos odas *En la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora*, la que tituló *Invocación á la bondad divina*, y otra en que glosa este texto: *Domine ut scuto bonae voluntatis coronasti me*. El tomito de sus poesías contiene, además, unos valientes tercetos felicitando á Couto por su defensa de la Iglesia, dos magistrales traducciones de las leyendas italianas de Luis Carrer, *El Caballo de Extremadura* y *La Venganza*, y una pequeña serie de sonetos, entre los cuales, el dirigido *Á Germánico* es una joya digna de la colección de Arguijo.

(1) Nació en Puebla de los Ángeles el 18 de Julio de 1821, en 1831 vino á Europa é hizo en Madrid los estudios de Humanidades. En México se graduó de licenciado en Derecho en 1844. Formó parte de la *Academia poética de San Juan de Letrán*, como casi todos los literatos de su tiempo. Figuró en primera línea en la política conservadora, siendo Secretario de la Asamblea de Notables que ofreció la corona al emperador Maximiliano, y miembro del Consejo de Estado de aquel infelicísimo monarca. Murió en 28 de Febrero de 1883. Su *Ensayo histórico sobre Fr. Luis de León* se publicó primero en *La Cruz*, revista que dirigía Pesado (1855-56), y luego en tomo aparte (1866). El autor preparaba otra edición muy aumentada, pero no sabemos que llegara á salir á luz. La segunda edición del tomito de sus Versos se imprimió en 1879, y no comprende las poesías de su juventud, de que puede verse alguna muestra en la *América Poética*, de Gutiérrez. Tradujo Arango *El Cid*, de Corneille, y *La conjuración de los Pazzi*, de Alfieri. Véase el libro de D. Victoriano Agüeros, *Escritores mexicanos contemporáneos* (México, 1880).

Pocos meses después de Arango descendió al sepulcro otro distinguido humanista, de sus mismas ideas y gusto, el licenciado D. Francisco de Paula Guzmán. En la *Reseña de Actas de la Academia Mexicana* se hace en estos términos su elogio: «Muy versado, tanto en la literatura griega, como en la latina, dió en los últimos años de su vida muestras de su vena poética, que corrió siempre á impulsos del amor divino. Lo encendido de los afectos, la unción con que sabía expresarlos y la sobriedad de su frase, que, correcta y gallarda, era expresión genuina de hondo amor á Dios, lo colocan, á no dudar, entre los poetas místicos más encumbrados y que mejor han hablado la lengua castellana.» El consumado latinista D. José María Vigil, traductor de las sátiras de Persio, ha escrito una necrología de Guzmán, en la cual se dice que en las poesías religiosas de éste «se encuentra unido el apasionado misticismo de Santa Teresa y San Juan de la Cruz con la corrección y clásica elegancia de Fr. Luis de León, el Horacio español.» Alguna hipérbole habrá quizá en estos elogios póstumos, y no conocemos bastantes poesías de Guzmán para confirmarlos ó rectificarlos; pero las tres que hemos leído, es á saber, una oda *Al Sagrado Corazón de Jesús*, una paráfrasis del *Hortulus* atribuido á Virgilio, y otra de un poema cristiano de Próspero Tirón, vate del siglo v, prueban que Guzmán era, no sólo versificador puro y elegante, sino dulce y delicado poeta (1).

(1) Nació en 1844 y falleció en 1884.

Era profesor de latín en la Escuela Preparatoria de México. Meditaba en sus últimos años hacer una versión poética de las Obras de Prudencio.

Como poeta místico y no poco inspirado, debe citarse también al prebendado de la catedral de Puebla, Dr. D. Miguel Jerónimo Martínez, que fa-

Por la serie de hechos expuestos hasta aquí, se habrá inferido que en México la condición de literato clásico va generalmente unida á la de conservador en política, y á la de neocatólico, ultramontano, ó como quiera decirse en todo aquello que toca á las relaciones y con-

lació en 1870, y cuyas poesías fueron publicadas en colección al año siguiente. El siguiente bellissimo soneto que tomamos de una publicación del Sr. Roa Bárcena (*Acopio de sonetos castellanos.... 1877*), prueba que este poeta merece más fama de la que alcanza:

Podando estoy mi solitario huerto
Hora que, del invierno á los rigores,
Marchitos aun los árboles mayores
Tornóse el campo un árido desierto.
Cuando de galas y esplendor cubierto,
El Abril pasa derramando flores,
Del sol, á los vivíficos ardores
Mis árboles darán su fruto cierto.
Si otra poda interior hacer pudiera
Allá en mi corazón y el alma mía,
¡Con qué dulce placer, con cuánto anhelo
En el místico huerto recogiera
Flores de amor filial para María,
Frutos de vida eterna para el cielo!

Con los autores últimamente citados, tuvo evidente parentesco en sus estudios clásicos y piadosas tareas un compañero nuestro, á quien la Academia se complace en dar lugar aquí, puesto que fué americano de nacimiento, aunque residió en España desde su primera niñez, sin que por eso perdiese nunca el amor y el recuerdo de la primera tierra que vieron sus ojos. Tal fué D. Fermín de la Puente y Apezchea, nacido en México en 9 de Noviembre de 1821 y muerto en Omoño (Santander), en 20 de Agosto de 1875. Educado en la disciplina clásica de principios del siglo, y celoso partidario del estilo de la Escuela de Sevilla, donde hizo su educación, dióse á conocer en 1834 con unas lozanísimas octavas insertas en *El Artista*, que llevan por título *La Corona de Flora*, y demuestran cuán empapado estaba en la lectura de las *Silvas* de Rioja. En 1845 publicó, con el título de *Dido*, una versión del libro iv de la *Encida*, en que hay octavas tan valientes y bien construidas como ésta, que por casualidad recuerdo:

No de otra suerte Orestes delirante
Del triste Agamenón prole maldita,
Del crimen siente el agujón punzante
Y espantosa visión le precipita.
Huye á su madre, mas la ve delante,
Que ardiente tea y víboras agita,
Y al cual las infernales vengadoras
Posan sobre el umbral á todas horas.

fictos entre la Iglesia y el Estado, así como los escritores que militan en los partidos liberales, propenden más bien á la libertad romántica. Esta regla no es tan general, sin embargo, que no tenga algunas excepciones, y baste por todas la del famoso jurisconsulto D. Ignacio Ramírez, más conocido por su pseudónimo de *El Nigromante*, sectario del ateísmo y del positivismo más crudos, corifeo de la política más radicalmente revolucionaria, principal inspirador y ejecutor de las llamadas leyes de *Reforma* que sancionaron el despojo y venta de los bienes del clero. Este personaje, cuya audacia demolidora, fría é imperturbable, aterraba á sus propios correligionarios, que le acusaron de comprometer el resultado de su obra por excesiva gala de cinismo: éste fanático de la incredulidad, que llegó á rodearse de cierta aureola mefistofélica: éste terrible y acerado polemista cuya ironía ha llegado á ser comparada con la de Voltaire (aunque suponemos que de la comparación habrá que rebajar bastante, si cambiamos la moneda mexicana en francesa), era, en literatura, clásico como Voltaire: así nos lo persuaden los pocos versos suyos que conocemos, muy esmerados y correctos aunque algo secos; y no lo desmienten sus propias *Lecciones de Literatura* (1),

Muchos años después, cuando el fuego de su inspiración estaba muy apagado, quiso continuar su tarea, y tradujo hasta ocho libros más, si bien sólo dos, el primero y el sexto, llegaron á imprimirse, en 1874. La versificación de estos libros es generalmente muy desmayada, y por todo extremo inferior á la del libro iv. Algo semejante puede decirse de los *Libros sapienciales*, publicación póstuma de 1878. Hombre de ardiente fe y cristiana vida, dedicó á la religión sus mejores inspiraciones, y dejó algunos sonetos místicos de gran precio: el de *La Magdalena* me parece el mejor.

Como individuo de nuestra Academia, contribuyó mucho á la fundación de las Academias Americanas.

(1) Se imprimieron póstumas en México, 1884, por Francisco Diaz de

que son, como él dice, «más bien gramaticales que hisritócas y críticas», y presentan la estética reducida á una fisiología del lenguaje: sentido bastante análogo al del empirismo del siglo pasado. Aunque teóricamente partidario de la independencia literaria y de la creación de una cultura americana, hay en los versos de este indígena de raza pura más timidez académica que genio. El siguiente madrigal puede dar alguna idea de su estilo:

Anciano Anacreón, dedicó un día
Un himno breve á Venus orgullosa;
Solitaria bañábase la diosa
En ondas que la hiedra protegía:
Las palomas jugaban sobre el carro
Y una sonrisa remedó la fuente:
Y la fama contó que ha visto preso
Al viejo vate por abrazo ardiente,
Y las aves murmuran de algún beso.

Al lado de este *epigrama*, que parece traducido de alguno de los más lindos de la Antología griega, pueden ponerse los dos sonetos que en el texto de nuestra colección figuran, y en que se desarrolla con mucho primor de expresión el mismo tema del amor senil, tema

León. Es un libro muy curioso, y he de hablar de él más extensamente en otra parte.

Nació Ramírez en el pueblo de San Miguel el Grande (estado de Guanajuato), en 23 de Junio de 1818, y falleció en 15 de Julio de 1879. Su azarosa vida va intimamente mezclada con la historia de las agitaciones de su país. Usando de una frase vulgar y de mal gusto, puede decirse que «fué el verbo de la revolución», distinguiéndose siempre por su odio á toda idea religiosa, especialmente al catolicismo, y á todo recuerdo de España. Fué ministro de Justicia y Fomento, y magistrado del Supremo Tribunal. No sabemos si ha llegado á publicarse la colección de sus *Obras* que se anunció tiempo há. Escribió en innumerables periódicos, cultivó la sátira del modo más acerbo, y fué más admirado por su vasta cultura y enérgico estilo que estimado por su carácter mordaz é intransigente.

predilecto de este poeta. Todos sus versos manifiestan sus buenos estudios y la pureza de su gusto. ¿Quién al leer los bellos tercetos *Por los muertos* y *Por los desgraciados*, no descubre al asiduo lector de la *Epístola moral*, aunque el perfume de estoicismo cristiano que embalsama aquella obra maestra se haya disipado en los áridos conceptos materialistas de su imitador:

¿Qué es nuestra vida sino tosco vaso
Cuyo precio es el precio del deseo
Que en él guardan natura y el Acaso?
Cuando agobiado por la edad le veo,
Solo en las manos de la sabia tierra,
Recibirá otra forma y otro empleo.
.....
Madre Naturaleza, ya no hay flores
Por do mi paso vacilante avanza:
Nací sin esperanzas ni temores,
Vuelvo á ti sin temores ni esperanzas.

Más apacible fisonomía moral y literaria ofrece José Rosas Moreno, que fué también liberal y tampoco fué romántico. Su reputación se funda principalmente en sus *Fábulas*, que han sido altamente elogiadas por críticos de tanto nombre como Altamirano y Pimentel, y que han desterrado de las escuelas de aquella República las insulsas y mal versificadas de Lizardi. Rosas ha dado en las suyas razonable entrada al elemento descriptivo, en *pequeños cuadros brillantes de ligereza, de gracia y de colorido poético* (1), salvando así el escollo de lo prosaico en que fácilmente naufraga el apólogo por su tendencia doctrinal. Pero además de sus fábulas, Rosas cultivó la poesía lírica, propiamente dicha, si no con grande estro ni mucha originalidad, con extremada suavidad y ter-

(1) Son palabras de Altamirano en el prólogo de estas *Fábulas*.

nura, con delicada pureza de sentimiento, á la cual responde lo puro y nítido de la forma. Su espíritu honrado y sereno complácese, sobre todo en los recuerdos del valle de la infancia y de la materna aldea, y aunque no sea muy original, ni en su manera de sentir, ni en la de expresar lo sentido, y deje por esto huella poco honda en el espíritu, agrada siempre por lo apacible y cadencioso de la versificación y por cierta melancolía resignada. Aunque tiene su manera propia, no parece extraño á la lectura de los modernos poetas españoles, y Selgas y Becquer fueron quizá los que más influyeron en él, como más análogos á su índole, especialmente el primero, puesto que al segundo, si le imitó en el sentimiento (1) no quiso remedarle en la incorrección, ni tampoco en la forma heinianas de rimas breves (2).

La dura ley que nos hemos impuesto de prescindir de las obras de los vivos, nos obliga á omitir aquí á poetas de tan alta significación y tanta influencia como Gui-

(1) Estas imitaciones son á veces demasiado directas, verbigracia:

Volvieron al verjel brisas y flores,
Volvieron otra vez los ruisenores ...
Mi amor no volverá.

(2) Nació Rosas en la ciudad de Lagos (estado de Jalisco), el 14 de Agosto de 1838, y murió en 13 de Julio de 1883. Fué diputado varias veces y sufrió persecución por sus avanzadas ideas políticas. Aun después del triunfo de ellas vivió en bastante obscuridad y pobreza, dedicado principalmente á la práctica de las virtudes domésticas y á escribir libros de educación para la infancia. Casi todas sus obras pertenecen á este género. Además de sus *Fábulas*, coleccionó sus poesías con el título de *Hojas de rosa*. Dió al teatro bastantes comedias (una de ellas con el título de *Sor Juana Inés de la Cruz*), pero aunque apreciables y apreciadas no lo han sido tanto como sus obras líricas. Algunas de ellas se registran en la colección publicada en Madrid, 1879, por D. Juan de Dios Peza, con el título de *La Lira mexicana*.

predilecto de este poeta. Todos sus versos manifiestan sus buenos estudios y la pureza de su gusto. ¿Quién al leer los bellos tercetos *Por los muertos* y *Por los desgraciados*, no descubre al asiduo lector de la *Epístola moral*, aunque el perfume de estoicismo cristiano que embalsama aquella obra maestra se haya disipado en los áridos conceptos materialistas de su imitador:

¿Qué es nuestra vida sino tosco vaso
Cuyo precio es el precio del deseo
Que en él guardan natura y el Acaso?
Cuando agobiado por la edad le veo,
Solo en las manos de la sabia tierra,
Recibirá otra forma y otro empleo.
.....
Madre Naturaleza, ya no hay flores
Por do mi paso vacilante avanza:
Nací sin esperanzas ni temores,
Vuelvo á ti sin temores ni esperanzas.

Más apacible fisonomía moral y literaria ofrece José Rosas Moreno, que fué también liberal y tampoco fué romántico. Su reputación se funda principalmente en sus *Fábulas*, que han sido altamente elogiadas por críticos de tanto nombre como Altamirano y Pimentel, y que han desterrado de las escuelas de aquella República las insulsas y mal versificadas de Lizardi. Rosas ha dado en las suyas razonable entrada al elemento descriptivo, en *pequeños cuadros brillantes de ligereza, de gracia y de colorido poético* (1), salvando así el escollo de lo prosaico en que fácilmente naufraga el apólogo por su tendencia doctrinal. Pero además de sus fábulas, Rosas cultivó la poesía lírica, propiamente dicha, si no con grande estro ni mucha originalidad, con extremada suavidad y ter-

(1) Son palabras de Altamirano en el prólogo de estas *Fábulas*.

nura, con delicada pureza de sentimiento, á la cual responde lo puro y nítido de la forma. Su espíritu honrado y sereno complácese, sobre todo en los recuerdos del valle de la infancia y de la materna aldea, y aunque no sea muy original, ni en su manera de sentir, ni en la de expresar lo sentido, y deje por esto huella poco honda en el espíritu, agrada siempre por lo apacible y cadencioso de la versificación y por cierta melancolía resignada. Aunque tiene su manera propia, no parece extraño á la lectura de los modernos poetas españoles, y Selgas y Becquer fueron quizá los que más influyeron en él, como más análogos á su índole, especialmente el primero, puesto que al segundo, si le imitó en el sentimiento (1) no quiso remedarle en la incorrección, ni tampoco en la forma heinianas de rimas breves (2).

La dura ley que nos hemos impuesto de prescindir de las obras de los vivos, nos obliga á omitir aquí á poetas de tan alta significación y tanta influencia como Gui-

(1) Estas imitaciones son á veces demasiado directas, verbigracia:

Volvieron al verjel brisas y flores,
Volvieron otra vez los ruisenores ...
Mi amor no volverá.

(2) Nació Rosas en la ciudad de Lagos (estado de Jalisco), el 14 de Agosto de 1838, y murió en 13 de Julio de 1883. Fué diputado varias veces y sufrió persecución por sus avanzadas ideas políticas. Aun después del triunfo de ellas vivió en bastante obscuridad y pobreza, dedicado principalmente á la práctica de las virtudes domésticas y á escribir libros de educación para la infancia. Casi todas sus obras pertenecen á este género. Además de sus *Fábulas*, coleccionó sus poesías con el título de *Hojas de rosa*. Dió al teatro bastantes comedias (una de ellas con el título de *Sor Juana Inés de la Cruz*), pero aunque apreciables y apreciadas no lo han sido tanto como sus obras líricas. Algunas de ellas se registran en la colección publicada en Madrid, 1879, por D. Juan de Dios Peza, con el título de *La Lira mexicana*.

llermo Prieto é Ignacio Altamirano, sin cuyas obras es imposible darse cabal cuenta del nuevo rumbo que ha tomado la musa mexicana en los tiempos posteriores á la intervenci3n y al Imperio. Los 3rdenes literarios de Prieto se remontan mucho m3s all3: alcanzan 3 la *Academia de San Juan de Letr3n*, donde altern3 con Carpio y Pesado y hasta con Quintana Roo, pero como Prieto, decano de las letras mexicanas, prosigue enriqueci3ndolas con nuevas producciones sobre las variad3simas que en su azarosa vida ha dado 3 luz, no hay m3s remedio que omitirle, 3 despecho de la cronolog3a literaria, y hablar de poetas mucho m3s j3venes, pero que pagaron ya 3 la muerte el com3n tributo.

Estos ingenios malogrados son principalmente dos muy conocidos y populares ya en Espa3a, donde sus obras comenzaron 3 penetrar, har3 unos doce a3os, con grande aplauso de la juventud literaria: Manuel Acuña y Manuel Mar3a Flores, cantor el primero de las evoluciones de la materia conforme al nov3simo sentido de las escuelas naturalistas, y cantor el segundo de la pasi3n carnal sin reticencias ni velos. Uno y otro eran poetas de verdad, y prescindiendo de los temas habituales de sus cantos, no hay duda que su temprana muerte ha sido para la literatura mexicana una calamidad casi irreparable.

Hay de Acuña un tomo entero, del cual s3lo pueden sacarse en rigor dos 3 tres composiciones dignas de los honores de una *Antolog3a*, pero 3stas son tales, que patentizan una genialidad l3rica m3s potente que casi todo lo que hasta ahora hemos visto en la poes3a mexicana. Esta potencia no lleg3 3 traducirse en acto sino de un modo muy incompleto, pero estaba en el poeta, y s3lo

le falt3 tiempo para acabar de manifestarla. 3l era un estudiante de Medicina, saturado del materialismo de las salas de disecci3n, agresivo y feroz en su pomposo ateismo de colegio (1), y al mismo tiempo un alma candorosa 3 infantil, llena de ternuras y arrobamientos; id3latra de su madre, y enamorad3simo de su novia. Todo su escepticismo y su materialismo no bastaron 3 defenderle de una funesta pasi3n amorosa, en la cual parece que se atravesaron misteriosas contrariedades que, no encontrando resistencia en la absoluta falta de fe del poeta, le condujeron al suicidio 3 la temprana edad de veinticuatro a3os. En aquel ni3o tan infelizmente extraviado hab3a el germen de un gran poeta. No importa que la mayor parte de sus versos sean un

(1) Como muestra de estas declamaciones, puede citarse la oda 3 la *Sociedad Filoy3trica en su instituci3n*, 3 la que compuso para celebrar la apoteosis de un c3mico, y empieza con estos versos:

¡Mentira el m3s all3! ¡Mentira el alma
Que el retroceso impuro
Hace nacer llenando lo futuro,
Del triste cementerio con la calma!
¡Enga3o esa creaci3n que el fanatismo
Hace brotar del 3ltimo lamento
Que nos lleva al abismo!
¡Mentira ese *ad terrorem* que el convento
Lanza 3 la humanidad mezquina y necia
Que, oyendo 3 la raz3n y al pensamiento
No abarca esa mentira y la desprecia!.....

De su antiespa3olismo rabioso, que le hac3a exclamar como grave cargo contra M3xico:

Aun hay algo de Espa3a en tu conciencia.....

es in3til hablar, pues bien sabido es que los espa3oles, 3 pesar de lo vetusto y ya inofensivo de nuestra *tiran3a*, continuamos en quieta y pac3fica posesi3n de servir de cabeza de turco 3 los patriotas mexicanos, tan rendidos admiradores 3 imitadores, por el contrario, de los franceses que les hicieron la odiosa guerra de intervenci3n, y de los *yankees* que les despojaron de la tercera parte de su territorio.

fárrago de vulgaridades enfáticamente dichas: antítesis de alumno de retórica, v. gr.

Yo canto á Atenas enseñando á Roma,
No canto á Roma conquistando á Atenas,
.....

Sustituir el hogar al relicario,
Sustituir la violeta al incensario.....

sin que falten, por supuesto,

La cicuta del Sócrates profundo
Y la sangre del Cristo del Calvario.....
.....

El sangriento puñal de los tiranos,
Y la máscara vil del fanatismo.....

el «sublime martirologio de la idea»; la «pupila augusta de la historia», revuelto todo con imágenes tan desca- belladas como decir del hombre

Polluelo de ese cóndor de lo obscuro
Que se llama el misterio.....

Ni tuvo tiempo para educar su gusto, ni sus estudios, exclusivamente dirigidos á las ciencias experimentales, le permitieron adquirir el pleno dominio de la lengua poética. La suya está afeada, no sólo por incorrecciones continuas y extraños cuanto inútiles neologismos (*esplendor auroral*, verbigracia), sino por composiciones de palabras que el genio de nuestro idioma rechaza, como el *mártir-libertad*, el *espectro-conciencia*, la *luz-inmortalidad*, el *Dios-dulzura*, el *espacio-inteligencia*, de donde resulta un estilo sobremanera bárbaro, al cual da los últimos toques la rechinante fraseología perio- dística:

Y que hallemos en ti á la mujer fuerte
Que del *obscurantismo* se redime.....
.....

Murió: su *apostolado*
Hizo temblar en su poder al fraile.....
.....

El pueblo suyo, por el monje opreso,
Escuchó la palabra del *progreso*.....

Es, pues, un modelo peligrosísimo, y por eso insistimos en sus defectos, que fueron los de toda la juventud de su tiempo en México y en España, y que pueden ser contagiosos para quien tome el desaliño y la incorrección por marca de genio. Ráfagas de genio tuvo Acuña, pero á mi entender sólo dos veces en su corta vida, y las dos en el último año de ella. Son dos poesías en que puso toda la sustancia de su alma enferma y atormentada: una de amor, *Nocturno*; otra de materialismo dogmático, *Ante un cadáver*. Esta última es una de las más vigorosas inspiraciones con que puede honrarse la poesía castellana de nuestros tiempos. Acuña era tan poeta que hasta la doctrina más áspera y desolada podía convertirse para él en raudal de inmortales armonías. Sentía aquel mismo género de embriaguez naturalista que es el alma de la inspiración de Lucrecio y de la de Diderot en el *Sueño de D'Alembert*. La materia no concebida mecánicamente, sino de un modo dinámico, y abarcándola en toda la plenitud y complejidad de sus desarrollos y evoluciones, no es sujeto refractario á la poesía, y puede existir y existe sin duda un género de *monismo* poético, que tiene de poesía lo que tiene de metafísica, menos distante que pudiera creerse, ya de la concepción de Leibnitz, ya de la de Hegel, puesto que realmente esa materia parece viva y llena de almas, y y cesante ebullición como que se somete y disciplina á un proceso dialéctico. Á ese *monismo*, más que al materialismo tradicional de las escuelas médicas,

corresponden los extraños versos de Manuel Acuña, cuya naturaleza afectiva ha impreso además en ellos muy imborrable huella:

Tú sin aliento ya, dentro de poco,
Volverás á la tierra y á su seno,
Que es de la vida universal el foco.
Y allí á la vida en apariencia ajeno,
El poder de la lluvia y del verano
Fecundará de gérmenes tu cieno.
Y al ascender de la raíz al grano,
Irás del vegetal á ser testigo
En el laboratorio soberano.
Tal vez para volver cambiado en trigo
Al triste hogar donde la triste esposa
Sin encontrar un pan sueña contigo.
En tanto que las grietas de tu fosa
Verán alzarse de su fondo abierto
La larva convertida en mariposa,
Que en los ensayos de su vuelo incierto,
Irá al lecho infeliz de tus amores
Á llevarle tus ósculos de muerto.....

Los versos á *Rosario*, que llevan el título de *Nocturno*, y son probablemente los últimos que compuso el desventurado Acuña, esconden en cifra la historia de sus tristísimos amores, y aunque muy incorrectos, tienen toda la vehemencia y toda la angustia del momento supremo: es poesía que no puede leerse sin cierto terror y tras de la cual se adivina el próximo naufragio de la conciencia moral del poeta. Ante estas dos soberbias inspiraciones se oscurecen todas las restantes suyas, pero hay bellos rasgos de sentimiento en algunas otras, como *Entonces y hoy*, *Lágrimas*, *Adiós.....*, y tampoco carecen de mérito los versos humorísticos, aunque tengan más de fáciles que de chistosos. En todo lo demás, como sucede siempre en las colecciones de poetas muy jóvenes, son visibles las reminiscencias de sus lecturas,

que eran las habituales entre los jóvenes de su edad y de su generación: Espronceda, Campoamor, Becquer, quizá Ruiz Aguilera. Del primero tomó versos enteros como los «rizados copos de nevada espuma»; á imitación del segundo hizo *doloras* y *pequeños poemas*: sus *Hojas secas* forman una especie de *Intermezzo* como las *Rimas* de Becquer, y, por último, nos parece percibir en *La Vida del campo* un remedo de la inofensiva parodia bucólica que Aguilera tituló *La Arcadia Moderna*. Sólo á Zorrilla no quiso imitar jamás Acuña, antes le trata con irritante desdén y notoria irreverencia (1).

Muy diverso poeta es Manuel M. Flores. No era incrédulo como Acuña, pero dió culto ferviente á la poesía erótica en sus manifestaciones más cálidas y menos ideales. El amor de Acuña, castísimo en la expresión y vehementemente apasionado, el amor trágico y más poderoso que la muerte, es sin duda más poético que la voluptuosa languidez, la enervadora molicie que respiran los versos de Flores, y que para todo espíritu viril llega á ser empalagosa, como lo es en nuestro Arolas, uno de los pocos poetas francamente carnales que tenemos en nuestro Parnaso, que es honrosa excepción en esta parte entre todos los modernos. Digase lo que se quiera de la influencia del clima y del temperamento, la poesía española, aun en los países tropicales á donde ha

(1) Nació Manuel Acuña en la ciudad del Saltillo, capital del Estado de Coahuila, el 27 de Agosto de 1849. En 1865 fué á México, y se matriculó en la Escuela de Medicina. Fundó la sociedad literaria *Netzahualcoyotl*, y dió á las tablas un drama con el título de *El Pasado*. Se suicidó en 6 de Diciembre de 1873. Hay varias ediciones del tomo de sus poesías. La que tengo á la vista es la de Paris, 1885 (Garnier).

sido transplantada, conserva su castidad nativa, y rara vez se abate á tan vil tarea como la expresión del deleite sensual por el deleite mismo: expresión que las más veces no es signo de vigoroso temperamento, sino de precoz impotencia, lujuria de la cabeza más que de los sentidos. Y todavía si algún poeta americano ha pecado en esto, no son los de lengua castellana, sino los de lengua portuguesa. Sólo en la literatura brasileña se encuentran versos de erotismo desenfrenado como los de Alvares de Azevedo, Casimiro de Abren, Junqueira Freire, Fagundes Varela, de los cuales dice Teófilo Braga, que «el ardor explosivo de la pasión amorosa, la lubricidad de las imágenes, la seducción voluptuosa del pensamiento, revelan la sangre del mestizo devorado por las llamas del deseo».

En el estudio de las obras de tales poetas, á los cuales cuadraría bien por divisa la palabra *uror*, que un insigne vate mexicano puso por epígrafe de sus preciosas *Amapolas*, parece haberse formado el autor de las *Pasionarias*, que tal es el título que á sus versos de amor dió Flores. Ninguna otra influencia se trasluce en sus versos sino ésta, y no por semejanza de forma, sino por identidad de sentimientos, ó más bien de sensaciones predictas. Á Alfredo de Musset le leyó mucho y aun le tradujo algo, y es sin duda el poeta erótico del viejo mundo que más se le parece, pero lo que Alfredo de Musset tiene de gran poeta no es la calentura sensual, sino la grandeza de la pasión, que le hace entrever los más hondos misterios del dolor humano, y levantarse á una esfera trascendental y casi religiosa desde el estercolero de la orgía en que nos muestra sus llagas. Flores no tiene nada de esto, ó tiene muy poco, y por eso es un

poeta de segundo orden, un mero poeta erótico en la acepción menos noble del vocablo, no porque en sus versos haya torpezas ni obscenidades (que esto ya no pertenecería á la poesía en modo alguno, ni habría que hablar de ello), sino porque en sus elegías no se respira otra cosa que la atmósfera tibia y perfumada del deleite, y esto hasta en las imprecaciones y en las quejas: hasta la tristeza es aquí lasciva.

Deshojaste la flor de mil amores
 Por ceñir á tus sienes
 La corona nupcial.... Entre las flores
 Castas del azahar, tu linda frente
 Has escondido, todavía caliente
 Del beso voluptuoso
 De tu amante de ayer.... ¿Qué importa eso?
 Esta noche, en el tálamo, el esposo
 Su huella borrará con otro beso.

Trátase, pues, de una poesía afeminada como la de Ovidio, criada entre besos y caricias, y cuya blanda morbidez de expresión no disimula en nada la lascivia del fondo. Pasan páginas y páginas, y el lector menos severo y morigerado acaba por aburrirse y ofenderse de tanto chasquido de besos:

Un solo beso el corazón invoca,
 Que la dicha de dos.... me mataría.
 ¡Un beso nada más!.... Ya su perfume
 En mi alma derramándose, la embriaga,
 Y mi alma por tu beso se consume
 Y por mis labios impaciente vaga.
 ¡Júntese con la tuya!.... Ya no puedo
 Lejos tenerla de tus labios rojos....
 ¡Pronto!.... ¡dame tus labios!.... ¡Tengo miedo
 De ver tan cerca tus divinos ojos!
 Hay un cielo, mujer, en tus abrazos;
 Siento de dicha el corazón opreso....

¡Oh! sostenme en la vida de tus brazos
Para que no me mates con tu beso....

.....
Que por sentir en mi dichosa frente
Tu dulce labio con pasión impreso,
Te diera yo, con mi vivir presente,
Toda mi eternidad..... por sólo un beso.

Sólo quien haya tenido paciencia para aguantar seguida la lectura de los diez y nueve *Basia* del holandés Juan Segundo, podrá complacerse en un género que por su esencia está condenado á ser la monotonía misma. Lo único que en Flores le anima y realza es el paisaje, la selva americana, descrita con pródiga y opulenta fantasía, que en algún modo recuerda la de Zorrilla en sus descripciones de los cármenes granadinos.

Allá en la soledad, entre las flores,
Nos amamos sin fin á cielo abierto,
Y tienen nuestros férvidos amores
La inmensidad soberbia del desierto.

.....
Y tiene el bosque voluptuosa sombra,
Profundos y selvosos laberintos,
Y grutas perfumadas, con alfombra
De eneldos y tapices de jacintos.

Y palmas de soberbios abanicos
Mecidas por los vientos sonorosos,
Aves salvajes de carnosos picos
Y lejanos torrentes caudalosos.
Los naranjos en flor que nos guarecen
Perfuman el ambiente, y en su alfombra
Un tálamo los musgos nos ofrecen
De las gallardas palmas á la sombra.

Por pabellón tenemos la techumbre
Del azul de los cielos soberano,
Y por antorcha de himeneo la lumbre
Del espléndido sol americano.

Y se oyen bramadores los torrentes
Y las aves salvajes en concierto,
En tanto celebramos indolentes

Nuestros libres amores del desierto.

Los labios de los dos con fuego impresos,
Se dicen el secreto de las almas;
Después..... desmayan lánguidos los besos.....
Y á la sombra quedamos de las palmas.

No diré que sean intachables estos versos, que tomo de la composición titulada *Bajo las palmas*, pero así en ella como en la que se denomina *Eva*, está lo mejor y más característico de Flores, que sin ser gran poeta, es un poeta brillantísimo, y muy superior á Acuña en corrección y en gusto. Puede decirse que la imagen de su Musa ha quedado trazada por el mismo poeta en estos versos suyos, tan celebrados y tan dignos de serlo:

Morena por el sol del Mediodía
Que en llama de oro fúlgido la baña,
Es la agreste beldad del alma mía,
La rosa tropical de la montaña.

Dióle la selva su belleza ardiente,
Dióle la palma su gallardo talle:
En su pasión hay algo del torrente
Que se despeña desbordado al valle.

Sus miradas son luz, noche sus ojos,
La pasión en su rostro centellea,
Y late el beso entre sus labios rojos
Cuando desmaya su pupila hebrea (1).

Aunque estos dos poetas sean de ayer, comienzan ya á pertenecer á la historia. Las cosas van tan de prisa en América, que la alentada y briosa generación literaria que vino á la escena después de la caída del Imperio, y que se había formado principalmente con las obras de Víctor Hugo y demás corifeos del romanticismo fran-

(1) Nació Flores en el valle de San Andrés, á la falda occidental del Orizaba en 1840, y murió ciego en estos últimos años. Véase el *Discurso* que, en elogio suyo leyó D. F. Soca en el *Liceo Mexicano* el 1.º de Junio de 1885. Hay varias ediciones de sus *Pasionarias*, con un prólogo de D. Ignacio María Altamirano: la última es de París, por Garnier, en este mismo año de 1892.

cés, comienza ya á ser sustituida por un brillante grupo de poetas jóvenes, que traen ideales artísticos muy diversos, y en los cuales, por lo poco que á mí ha llegado de sus obras, parece que predomina el gusto de los *parnasianos* franceses y de algunos modernos poetas italianos. ¡Ojalá que tal tendencia, favorable siempre á la pulcritud y al esmero en la técnica, no degenerare, como en Francia ha degenerado, en pueril *dilettantismo*, y que al seguirla, los novísimos poetas americanos acierten á conciliarla con lo que de ellos exige la tradición poética española, y con el respeto á las grandes y primitivas fuentes de toda poesía! (1).

(1) Era mi objeto dar en esta nota una lista de los poetas mexicanos que omito por considerarlos vivos, pero luego he reflexionado que este trabajo estaba muy expuesto á sensibles omisiones, y he desistido de él. Únicamente debo advertir, que no he incluido en esta colección á la excelente poetisa Isabel Prieto de Landázuri, que falleció en Hamburgo en 1876, pues aunque mexicana por adopción, había nacido en España, en Alcázar de San Juan. De otra poetisa, llamada Dolores Guerrero, que falleció en 1858, conozco algunos versos apasionados, incorrectos y demasiado íntimos que, á la verdad, no me han parecido dignos de figurar en una colección donde van los de sor Juana Inés de la Cruz. En Bogotá se ha publicado un tomo entero de *Poetisas mexicanas* (Imprenta de J. J. Pérez, 1889), donde podrá satisfacer su curiosidad el aficionado á la literatura femenina.

México ha sido visitada en este siglo por bastantes poetas españoles, que han escrito y publicado allí algunas de sus obras. Además de Zorrilla, hay que recordar á García Gutiérrez, que residió algún tiempo en Mérida de Yucatán, é hizo representar é imprimió allí tres dramas en 1844 y 1845, *La Mujer valerosa*, *Los Alcades de Valladolid* y *El Secreto del Ahorcado*, y escribió también *El Duende de Valladolid*, tradición yucateca.

Y aunque no fuese la poesía su vocación principal, sería grande injusticia omitir el nombre del escritor montañés D. Anselmo de la Portilla, que contribuyó más que nadie á la reconciliación moral y literaria de españoles y mexicanos, y que ha dejado en aquella República un nombre de los más venerados.

III.

AMÉRICA CENTRAL.

Bajo este nombre se incluyen, como es sabido, las cinco Repúblicas de Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y El Salvador, cuyo territorio corresponde al de la antigua Audiencia y Capitanía General de Guatemala, separado de la Madre Patria, sin excisión ni lucha, en 1821: vasta región, de inmensa importancia geográfica, que «se extiende como un puente gigantesco levantado entre los Océanos Atlántico y Pacífico para unir los grandes continentes del Norte y del Sur del Nuevo Mundo» (1). La historia literaria de estos países ha sido mucho menos estudiada hasta el presente que su historia política: los más antiguos escritores guatemaltecos andan revueltos con los mexicanos en la *Biblioteca* de Beristain, y por mexicano pasa en el concepto de muchos el más importante de todos ellos, contribuyendo á tal confusión el título mismo de su obra (2).

(1) M. M. Peralta, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI*, pág. 7.

(2) Para comodidad de quien en lo futuro emprenda un trabajo especial sobre este punto, notaré los nombres de los centroamericanos comprendidos en Beristain, cuya obra, como es sabido, carece de índices.

Acuña (D. Esteban), Aguirre (D. Luis Pedro), Alarcón (Fr. Francisco), Alonso (Fr. Juan), Álvarez Toledo (Fr. Juan Bautista), Angulo (Fr. Luis), Anleo (Fr. Bartolomé), Arévalo (Fr. Bernardino), Arias (P. Antonio), Arochena (Fr. Antonio) que dejó manuscrito un *Catálogo y noticia de los escritores del orden de San Francisco de la provincia de Guatemala con tres índices: uno de los que escribieron en latín, otro de los que escribieron en castellano, y el*

cés, comienza ya á ser sustituida por un brillante grupo de poetas jóvenes, que traen ideales artísticos muy diversos, y en los cuales, por lo poco que á mí ha llegado de sus obras, parece que predomina el gusto de los *parnasianos* franceses y de algunos modernos poetas italianos. ¡Ojalá que tal tendencia, favorable siempre á la pulcritud y al esmero en la técnica, no degenerare, como en Francia ha degenerado, en pueril *dilettantismo*, y que al seguirla, los novísimos poetas americanos acierten á conciliarla con lo que de ellos exige la tradición poética española, y con el respeto á las grandes y primitivas fuentes de toda poesía! (1).

(1) Era mi objeto dar en esta nota una lista de los poetas mexicanos que omito por considerarlos vivos, pero luego he reflexionado que este trabajo estaba muy expuesto á sensibles omisiones, y he desistido de él. Únicamente debo advertir, que no he incluido en esta colección á la excelente poetisa Isabel Prieto de Landázuri, que falleció en Hamburgo en 1876, pues aunque mexicana por adopción, había nacido en España, en Alcázar de San Juan. De otra poetisa, llamada Dolores Guerrero, que falleció en 1858, conozco algunos versos apasionados, incorrectos y demasiado íntimos que, á la verdad, no me han parecido dignos de figurar en una colección donde van los de sor Juana Inés de la Cruz. En Bogotá se ha publicado un tomo entero de *Poetisas mexicanas* (Imprenta de J. J. Pérez, 1889), donde podrá satisfacer su curiosidad el aficionado á la literatura femenina.

México ha sido visitada en este siglo por bastantes poetas españoles, que han escrito y publicado allí algunas de sus obras. Además de Zorrilla, hay que recordar á García Gutiérrez, que residió algún tiempo en Mérida de Yucatán, é hizo representar é imprimió allí tres dramas en 1844 y 1845, *La Mujer valerosa*, *Los Alcades de Valladolid* y *El Secreto del Ahorcado*, y escribió también *El Duende de Valladolid*, tradición yucateca.

Y aunque no fuese la poesía su vocación principal, sería grande injusticia omitir el nombre del escritor montañés D. Anselmo de la Portilla, que contribuyó más que nadie á la reconciliación moral y literaria de españoles y mexicanos, y que ha dejado en aquella República un nombre de los más venerados.

III.

AMÉRICA CENTRAL.

Bajo este nombre se incluyen, como es sabido, las cinco Repúblicas de Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y El Salvador, cuyo territorio corresponde al de la antigua Audiencia y Capitanía General de Guatemala, separado de la Madre Patria, sin excisión ni lucha, en 1821: vasta región, de inmensa importancia geográfica, que «se extiende como un puente gigantesco levantado entre los Océanos Atlántico y Pacífico para unir los grandes continentes del Norte y del Sur del Nuevo Mundo» (1). La historia literaria de estos países ha sido mucho menos estudiada hasta el presente que su historia política: los más antiguos escritores guatemaltecos andan revueltos con los mexicanos en la *Biblioteca* de Beristain, y por mexicano pasa en el concepto de muchos el más importante de todos ellos, contribuyendo á tal confusión el título mismo de su obra (2).

(1) M. M. Peralta, *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI*, pág. 7.

(2) Para comodidad de quien en lo futuro emprenda un trabajo especial sobre este punto, notaré los nombres de los centroamericanos comprendidos en Beristain, cuya obra, como es sabido, carece de índices.

Acuña (D. Esteban), Aguirre (D. Luis Pedro), Alarcón (Fr. Francisco), Alonso (Fr. Juan), Álvarez Toledo (Fr. Juan Bautista), Angulo (Fr. Luis), Anleo (Fr. Bartolomé), Arévalo (Fr. Bernardino), Arias (P. Antonio), Arochena (Fr. Antonio) que dejó manuscrito un *Catálogo y noticia de los escritores del orden de San Francisco de la provincia de Guatemala con tres índices: uno de los que escribieron en latín, otro de los que escribieron en castellano, y el*

El conquistador Pedro de Alvarado; el Obispo de Chiapa, Fr. Bartolomé de las Casas; el Muntaner de la conquista americana, Bernal Díaz del Castillo, el apostólico varón Fr. Pedro de Betanzos, y el incomparable prelado D. Francisco Marroquín, dan honrosísimo y ca-

último de los que escribieron en lengua de los indios. Arrece (D. Pedro), Arrivillaga (P. Alonso), Avilés (Fr. Esteban), Azpeitia (P. Ignacio), Barca (Fray Joaquín de la), Batres (Ilmo. Sr. D. Juan), Becerra (Fr. Francisco), Berrio y Valle (D. Juan), Betancur (Fr. Alonso), Betancur (Fr. Rodrigo de Jesús), Caballero (Fr. Ignacio), Cáceres (P. Antonio), Cadena (Fr. Carlos), Cadena (Fr. Felipe), Cagiga y Rada (D. Agustín), Campas (D. Antonio Rodríguez), Campo Ribas (D. Manuel), Cañas (P. Bartolomé), Cárdenas (Fr. Juan), Cárdenas (Fr. Pedro), Carracedo (D. Juan), Carrasco del Saz (D. Francisco), Castro (Fr. Pedro), Cid (Fr. Juan de Dios), San Cipriano (Fr. Salvador de), Cordero (Fr. Juan), Córdoba (Fray Matías), Corral (D. Felipe Ruiz), Coto (Fr. Tomás), Dávalos (Fr. Luis), Dávila (Fr. Antonio), Dighero (Fr. Miguel), Santo Domingo (Fr. García de), Echeverys (D. Francisco), Enriquez (D. Alonso), Espino (Fr. Fernando), Figueroa (Fr. Antonio), Figueroa (Fr. Francisco), Flores (Fr. Alonso), Flores (D. José), Fuente (Fr. Diego José), Fuentes Guzmán (D. Francisco Antonio), Guevara (don Baltasar Ladrón de), Iriondo (Fr. José), Itúrbide (D. Miguel María), Itúrbide (Fr. Pedro), San José (Fr. Baltasar de), Juarros (D. Domingo), Landívar (P. Rafael), Larrainaga (D. Miguel), Letona (D. Manuel), Llana (Fr. Ignacio), Lobo (Fr. Martín), Luque Butrón (D. Juan), Madre de Dios (Fr. Ambrosio de la), Maldonado (Fr. Francisco), Márquez y Zamora (D. Francisco), Melgarejo (D. Ambrosio), Melián (Fr. Pedro), Melón (D. Sebastián), Mesicos y Coronado (D. Carlos), Mendoza (Fr. Antonio), Mendoza (Fr. Juan), Molina (Fr. Antonio), Moneva de la Cueva (D. Basilio), Monroy (Fr. José), Montalvo (D. Francisco Antonio), Morales (Fr. Blas), Morcillo (Fr. Francisco), Morera (Fr. José), Núñez Fesuño (D. Francisco), Núñez (Fr. Roque), Oreña (D. Baltasar), Orozco (D. Diego López), Padilla (D. Juan José), Paniagua (Fr. Nicolás), Paz (Fr. Álvaro), Paz Salgado (D. Antonio), Paz Quiñones (Fr. Francisco), Paz (D. Nicolás), Pineda y Polanco (don Blas), Portillo (P. Atanasio), Prado (Fr. José), Quiñones Escobedo (Fray Francisco), Quirós (Fr. Juan), Ramírez Utrilla (Fr. Antonio), Ramírez de Arellano (D. Juan), Reinoso (Fr. Diego), Rendón (D. Francisco), Retes (D. José Victoria), Riba Agüero (D. Fernando), Rivas Gastelu (Fr. Diego), Río (Fr. Francisco), Rodas (Fr. Andrés), Ruiz (Fr. Domingo), Salazar (Fr. Juan José), Salcedo (Fr. Francisco), Sánchez (Fr. Jacinto), Saz (Fray Antonio del), Sicilia y Montoya (D. Isidoro), Sotomayor (Fr. Pedro), Sump-

lificado principio a la cultura literaria de Guatemala con sus obras catequísticas é historiales. Pero de los orígenes de la poesía y de la amena literatura tenemos muy escasas noticias. El más antiguo poeta, cuyo nombre hallamos, es D. Pedro de Liébana, deán de la catedral de Guatemala, de quien se leen dos sonetos en el manuscrito de la *Silva de poesía*, de Eugenio de Salazar, que antes de ir de Oidor a la Audiencia de México, había sido Fiscal de la de Guatemala, por los años de 1580, y que fecha desde allí algunas de sus composiciones. Una de ellas es cierto soneto encomiástico «al libro de las obras llenas de doctrina, erudición y gala del ilustre poeta D. Pedro de Liébana», de quien sentimos no poder dar más individual noticia, si su mérito correspondía a los extraordinarios encarecimientos de sus panegiristas:

Jardín de mil lindezas adornado,
 Floresta llena de preciosas flores,
 Pintura de vivisimos colores,
 Joyel de esmaltes ricos esmaltado:
 Palacio donde se han aposentado
 Las Musas con sus dotes y primores;
 Torre donde Minerva sus valores
 Y sus tesoros ha depositado.

De otro ingenio, al parecer andaluz, que residió en Guatemala a fines del siglo XVI, nos ha dejado memoria Miguel de Cervantes en el *Canto de Caliope*, y en el

sin (P. Clemente), Taracena (D. Manuel), Tobilla (Fr. Pedro), Tosta (don Bonifacio), Ugarte (P. Juan), Umpierres (Fr. José), Valtierra (P. Antonio), Valtierra (P. Fernando), Valtierra (P. Manuel), Varona y Loiza (D. Jerónimo), Vázquez (Fr. Francisco), Vázquez Molina (Fr. Juan), Velasco (Fray José), Velázquez (P. Andrés), Ximénez (Fr. José), Zapiain (Fr. Pedro), Zepeda (P. José), Zeballos (Fr. Agustín), Zeballos Villa Gutiérrez (D. Ignacio), Zúñiga (Fr. Domingo).

Viaje del Parnaso. Llamóse Juan de Mestanza; de él se lee en el primero de estos poemas laudatorios:

¡Oh tú, que al patrio Betis has tenido
Lleno de envidia, y con razón quejoso
De que otro cielo y otra tierra han sido
Testigos de tu canto numeroso!
Alégrate, que el nombre esclarecido
Tuyo, Juan de Mestanza generoso,
Sin segundo será por todo el suelo
Mientras diere su luz el grato cielo.

El otro cielo y la otra tierra á que se alude, eran el cielo y tierra de Guatemala, según se declara en el *Viaje del Parnaso* (1614).

Llegó Juan de Mestanza, cifra y suma
De tanta erudición, donaire y gala,
Que no hay muerte ni edad que la consuma.
Apolo le arrancó de Guatemala,
Y le trujo en su ayuda, para ofensa
De la canalla en todo extremo mala.

De los 131 escritores centro-americanos (en su mayor parte guatemaltecos, y muchos de ellos franciscanos) que, salvo error, hemos contado en la Biblioteca de Beristain, sólo hay unos quince poetas; escaso número para tres siglos; mucho más si se considera que la mayor parte no son más que versificadores de circunstancias.

Pertenecientes casi todos á los peores días de los siglos XVII y XVIII, fácil es imaginar cuál será el gusto predominante en sus composiciones. El jesuita Alonso de Arrivillaga escribió *Certamen poético latino y castellano en honor del recién nacido Niño Jesús, bajo la alegoría de Esculapio*; otro jesuita, el P. Ignacio de Azpeitia, *Certamen poético..... en honor del recién nacido infante Jesús, representado bajo la figura del*

Aguila; el P. Antonio Cáceres trató el mismo asunto bajo la alegoría de Cípris; el P. Fernando Valtierra bajo el emblema de Fénix; el estudioso cronista descendiente de Bernal Diaz del Castillo, D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, que había titulado á su historia de Guatemala *Recordación florida*, compuso además la *Limosna política, El Milagro de la América*, ó descripción en verso de la catedral de la misma ciudad, una *Vida de Santa Teresa* en coplas castellanas, y una descripción, también en verso, de las fiestas con que se celebró el cumpleaños de Carlos II en 1675 (1). El gusto crespó y enmarañado duraba todavía en el segundo tercio del siglo pasado, como es de ver en las *Lágrimas de Aganipe*, que el abogado D. Manuel de Taracena publicó en 1766, deplorando la muerte del jesuita Villafañe, asesinado en la cárcel de Guatemala por un negro á quien ayudaba á bien morir. Como imitador de D. Diego de Torres logró cierta fama otro abogado guatemalteco, D. Antonio Paz Salgado, de quien Beristain cita varios opúsculos. *Verdades de grande importancia para todo género de personas* (1751), *El mosqueador ó abanico con visos de espejo para ahuyentar y representar todo género de tontos y majaderos* (1742). Pudieran añadirse otros nombres oscuros, como el del dominico Fr. Felipe Cadena, que imprimió

(1) La ha reproducido el Sr. D. Justo Zaragoza al fin del primer tomo de la *Recordación florida* (páginas 435 y 431), publicada por la *Biblioteca de Americanistas* en 1882. El título de la rarísima edición original impresa en Guatemala, por Joseph de Pineda Ibarra, en 1675, es *Fiestas Reales, sus geniales días y festivas pompas celebradas á felicisimos trece años, que se le contaron á la Majestad de nuestro Rey y Señor D. Carlos II.....* La relación está en quintillas con una dedicatoria en redondillas.

en 1779 un *Acto de contrición* en verso castellano, el del franciscano Fr. Juan de Dios Cid, el del jesuíta P. Atanasio Portilla, autor de elegías y odas latinas; sin contar con los que poetizaron en lenguas indígenas, y aun hicieron en ellas algún ensayo dramático. Pero hablando con todo rigor, la poesía en Guatemala no comienza sino con el P. Rafael Landívar y con fray Matías de Córdoba.

Si es cierto, como lo es sin duda, que en materias literarias importa la calidad de los productos mucho más que el número, con Landívar y con José Batres tiene bastante Guatemala para levantar muy alta la frente entre las regiones americanas. El P. Landívar, autor de la *Rusticatio mexicana*, es uno de los más excelentes poetas que en la latinidad moderna pueden encontrarse. Si desechando preocupaciones vulgares, damos su debido aprecio á un arte, no ciertamente espontáneo ni popular, pero que puede en ocasiones nacer de una inspiración realmente poética; si admitimos, como no puede menos de admitir quien haya leído á Poliziano, á Fracastorio y á Pontano, que cabe muy fresca y juvenil poesía en palabras de una lengua muerta: si tenemos además en cuenta el mérito insigne aunque secundario de la dificultad vencida, y los sabios primores de una técnica ingeniosa, no tendremos reparo alguno en reconocer asombrosas condiciones de poeta descriptivo al P. Landívar, á quien, en mi concepto, sólo faltó haber escrito en lengua vulgar, para arrebatarse la palma en este género á todos los poetas americanos, sin excluir acaso al cantor de *La Agricultura en la zona tórrida*. De los versos latinos modernos hablan mal sin distinción todos los que no los entienden ni pueden leerlos, como tam-

poco entienden ni leen los antiguos que, sin embargo, toman por punto de comparación para declarar tarea absurda y pueril todo empeño de imitarlos. Pero el hombre de gusto y de cultura clásica, distingue muy fácilmente entre los poemas de centón y de taracea, llamados *versos de colegio*, que no pueden tener más valor que el de una gimnasia más ó menos útil, y cuyo abuso puede ser pernicioso, y los versos latinos verdaderamente poéticos compuestos por insignes vates que eran al mismo tiempo sabios humanistas, y que acostumbrados á pensar, á sentir, á leer en lengua extraña, que no era para ellos lengua muerta, sino viva y actual, puesto que ni para aprender, ni para enseñar, ni para comunicarse con los doctos usaban otra, encontraron más natural, más fácil y adecuado molde para su inspiración en la lengua de Virgilio, que en la lengua propia, sin que para eso les fuera menester zurcir retales de la púrpura ajena, puesto que poseían absoluto dominio del vocabulario y de la métrica, y el espíritu de la antigüedad se había confundido en ellos con el estro propio, hasta hacerlos más ciudadanos de Roma que de su patria. Angelo Poliziano, por ejemplo, es mucho más poeta en latín que en italiano. Y quien diga que el poema *De la Sífilis*, de Fracastor, ó la *Cristiada* y la *Poética*, de Vida, ó *los Besos*, de Juan Segundo, son poesía arcaica, fría y de escuela, dirá una necedad solemnisima, y probará que no tiene gusto ni entendimiento de poesía.

Al género de la poesía neolatina de verdad pertenece la *Rusticatio*, del P. Landívar, que es entre los innumerables versificadores elegantes que la Compañía de Jesús ha producido, uno de los rarísimos á quienes en buena ley no puede negarse el lauro de poeta. No

porque en lo esencial dejen de pertenecer sus versos á la escuela descriptivo-didáctica que por excelencia llamamos *jesuitica*, y á la cual se deben tantos ingeniosos caprichos métricos sobre el té y el café, sobre la pólvora, sobre el imán, sobre los terremotos, sobre los relojes, sobre el arte de la conversación, sobre las bodas de las plantas, sobre el gusano de seda, sobre la caza y la pesca, sobre los cometas y el arco iris, sobre la aurora boreal, sobre el barómetro, sobre el juego de ajedrez, y hasta sobre el agua de brea, sino porque en pocos, en muy pocos de los hábiles artífices que trabajaron tales poemas, ni siquiera en Rapín y en Vanière, descubrimos inspiración tan genial y tan nueva, riqueza tan grande de fantasía descriptiva, y una tal variedad de formas y recursos poéticos como la que encontramos en el amenísimo poema del P. Landívar. Desde que casi en nuestra infancia leímos algunos versos de este poema en una de las notas que pone Maury á su espléndido canto de *La Agresión británica*, entramos en gran curiosidad de adquirir y leer la *Rusticatio*, deseo que sólo se nos cumplió bastantes años después, por ser libro difícil de hallar aun en Italia, donde se imprimió dos veces durante el destierro de su autor con los demás hijos de la Compañía. Hoy nos complacemos en tributarle aquí el elogio que estimamos justo, lamentando sólo que la lengua en que está escrito nos impida presentar en el texto de la *Antología* ninguna muestra de esta poesía tan genuinamente americana. Pero ya que no en su texto original, que aquí no tiene cabida, algo verán de la *Rusticatio* nuestros lectores en la magistral versión parafrástica que del primer canto relativo á los *Lagos* ha hecho el elegantísimo poeta mexicano D. Joaquin Arcadio Pa-

gaza, con lo cual podremos también, aunque indirectamente, dar entrada en esta colección al autor de los *Murmurios de la Selva*, que es sin contradicción uno de los más acrisolados versificadores clásicos que hoy honran las letras españolas.

La Musa del P. Landívar es la de las *Geórgicas*, remozada y transferida á la naturaleza americana. Pero aunque Virgilio sea su modelo, y una gran parte del libro merezca el nombre de *Geórgicas* americanas, no se ha de creer que la *Rusticatio* sea un poema de materia puramente agrícola, como los cuatro divinos libros de Virgilio. La *Rusticatio*, que está dividida en quince libros con un apéndice, abarca mucho más, y es una total pintura de la naturaleza y de la vida del campo en la América Septentrional: vasto y riquísimo conjunto de rarezas físicas y de costumbres insólitas en Europa. La novedad de la materia, por una parte, contrastando con lo clásico de la forma y obligando al autor á mil ingeniosos rodeos y artificios de dicción para declarar cosas tan extraordinarias, y por otra el sincero y ferviente amor con que el poeta vuelve los ojos á la patria ausente y se consuela con reproducir minuciosamente todos los detalles de aquella Arcadia para él perdida, empeñan poderosamente la atención de quien comienza á leer la *Rusticatio*, desde la sentida dedicatoria á la ciudad de Guatemala, y luego creciendo el interés y la originalidad de canto en canto, van apareciendo á nuestros ojos, como en vistoso y mágico panorama, los lagos de México, el volcán de Xorullo, las cataratas de Guatemala; los alegres campos de Oaxaca; la labor y el beneficio de la grana, de la púrpura y del añil; las costumbres y habitaciones de los castores; las minas de oro y de

plata, y los procedimientos de la Metalurgia; el cultivo de la caña de azúcar, la cría de los ganados y el aprovechamiento de las lanas; los ejercicios ecuestres, gimnásticos y venatorios; las fuentes termales y salutíferas; las aves y las fieras; los juegos populares y las corridas de toros: todo lo que el autor compendia en los versos de su proposición, que traduce así Pagaza:

A mi me agrada sólo del nativo
 Suelo ferace recorrer los prados
 Al impulso de vivo
 Patrio amor, y los lagos azulados
 De México; y de Flora á los serenos
 Huertecillos flotantes
 De amapolas y lirio y rosas llenos
 Ir en canoas leves y sonantes.
 Ya la cumbre negruzca del Jorullo
 En donde impera el sículo Vulcano,
 Ya los arroyos que con blando arrullo
 Del monte bajan á regar el llano,
 He de cantar, y la preciosa grana,
 Y el añil que reviste el campo ameno;
 Del castor los palacios, y las minas
 Que esconde Anáhuac en su virgen seno;
 Y las candidas mieles
 Que del azúcar la jugosa caña
 De México produce en los verjeles,
 Y que ávido el colono
 Se apresta diestro á condensar con maña
 De rojo barro en quebradizo cono.
 Y he de cantar los tímidos rebaños
 Que en este suelo pastan esparcidos;
 Y los murmurios de la clara fuente
 Siguiendo su corriente;
 Las costumbres de tiempos fenecidos;
 Y las variadas aves,
 Los sacrificios y los juegos graves....

Tal es la materia de este peregrino poema, cuyo autor escribiendo en la lengua de los sabios, atinó de lleno con el color local americano que tantos otros han bus-

cado sin fortuna; y ciertamente, quien estudie los orígenes de la poesía descriptiva en el Nuevo Mundo, y las pocas pero selectas muestras que ha producido, pondrá la *Rusticatio* en el punto intermedio entre la *Grandeza mexicana* y las *Silvas*, de Bello. Heredia admiraba mucho este poema, y tradujo de él en verso castellano el episodio de la pelea de gallos (1).

Por el mismo tiempo florecía en Guatemala un sabio dominico, lector de Teología en su provincia de San Vicente, y ornamento grande de la Universidad de San Carlos. Sus Memorias sobre el «modo de leer con utilidad los autores antiguos de elocuencia» y sobre los medios más conducentes á la pronta civilización de los indios, prueban la rectitud de su juicio y la variedad de sus estudios. De su talento poético sólo tenemos una muestra, pero á la verdad notable, el poemita que él modestamente llamó *Fábula moral*, y que lleva por título *La Tentativa del león y el éxito de su empresa*. No diremos que este largo apólogo esté totalmente libre de resabios prosaicos, común escollo de este género y de la literatura de aquel tiempo, pero está en general tan bien escrito y versificado, es tan hábil el enlace de las

(1) Sabemos por Beristain y por los PP. Backer, bibliógrafos de la Compañía de Jesús, que el P. Rafael Landívar nació en Guatemala el 29 de Octubre de 1731, y que después de haber seguido sus estudios en la Universidad de San Carlos, donde se graduó de maestro de Artes, tomó la sotana jesuítica en el noviciado de Tepetzotlan (México), en 1750. Enseñó en el Colegio de Guatemala Retórica y Filosofía, hasta que envuelto en la suerte común de la Compañía pasó á Italia en 1767. Falleció en Bolonia el 27 de Septiembre de 1793. De la *Rusticatio* hay dos ediciones, pero sólo conocemos la segunda, de Bolonia, 1782, que se titula *auctor et emendator*. Publicó además *Funeris Declamatio pro justis a Societate Jesu exolvendis in funere Ill. Dom. Francisci Figueredo et Victoria, Popayanensis primum Episcopi, deinde Guatimalensis Archipraesulis*. (Puebla de los Ángeles, 1766.)

diversas partes de la narración y tan feliz é inesperada la conclusión moral, hay tan candorosa gracia en algunos rasgos, y la elegante sencillez del estilo pasa tan sin esfuerzo de lo grave de los razonamientos á lo vivo y lozano de las descripciones, que el conjunto deja muy agradable impresión é indica en su autor dotes poéticas muy superiores á su argumento. Cierta severidad y elevación clásica que reina en el poema, cierta lentitud épica en el relato, contrasta con la manera habitual de los fabulistas, no menos que la moral de generosidad y perdón que el P. Córdoba inculca, contrasta con la maligna, picaresca y utilitaria filosofía que generalmente se desprende de los apólogos de Lafontaine y Samaniego (1).

Así en la *América poética*, de Gutiérrez, como en la *Galería centro americana*, de Uriarte, figura como guatemalteco otro apreciable fabulista, el Dr. D. Rafael García Goyena, pero hoy es cosa averiguada que nació en Guayaquil, y por tanto debe contársele entre los poetas del Ecuador y no entre los de la América Central.

El catálogo, pues, de los poetas que florecieron después de la emancipación de la colonia, se abre con el salvadoreño D. Miguel Alvarez de Castro y el nicaragüense D. Francisco Quiñones Sunzín. Pocas poesías

(1) Ni Beristain, ni D. Ramón Uriarte, editor de la *Galería Poética Centro-Americana* (Guatemala, 1888), que comienza, como es justo, con el poema del P. Córdoba, indican el año de su nacimiento ni el de su muerte. Dicen sólo que era natural de Chiapa y que floreció á mediados del siglo pasado. *El Modo de leer con utilidad los autores antiguos de elocuencia*, se imprimió en Guatemala en 1801, y en 1798 lo había sido allí mismo una Memoria del P. Córdoba, premiada por la Real Sociedad Patriótica, con el título de *Utilidades que resultan de que los indios se vistan y calcen á la española, y medios de conseguirlo sin violencia, corrección, ni mandato*.

hemos visto de uno y de otro, pero bastan para filiarlos en la escuela literaria del siglo pasado y para conjeturar que no se levantaron de la medianía dentro de ella. Uno y otro parecen haber imitado la poesía dulce y melódica de Arriaza, cuya influencia fué grande en América durante cierto período, y dejó huella hasta en la poesía de Andrés Bello, como ha probado D. Miguel Antonio Caro. De Alvarez de Castro es una imitación de la famosa *Despedida á Silvia*:

No hay medio: ya es imposible
Evitar, dueño amoroso,
Mi dolor, pues imperioso
Me manda el hado partir;
Óyese al ave sensible
Anunciar alegremente
Que ya por el rubio Oriente
Comienza el día á lucir....

Algunas estrofas están bien hechas, y parecen de maestro:

Por el bosque solitario
La viuda tórtola vuela,
Y en vano ¡ay Dios! se desvela
De su bien amado en pos;
Con eco agradable y vario
Apasionada le llama,
Vagando de rama en rama
Sin que responda á su voz.

.....
¡Quién sabe si en ese instante
En que tu ausencia me mata,
Romperás, Amira ingrata,
Los lazos que amor formó!
¡Quién sabe si ya distante,
Rodeada de adoradores,
Merecerá tus favores
Otro más feliz que yo!.....

De Quiñones Sunzín, cuyas poesías se imprimieron en

1826, y de quien también se cita vagamente algún ensayo dramático, recordamos la canción *del pescador* y algunas letrillas en el mismo estilo:

Tres veces Primavera
Reverdeció los prados,
Y en montes y collados
La nieve relumbró,
Mientras de Mirta hermosa
El celestial semblante,
Huyó mi vista amante,
Y ¡ay Dios! me abandonó.

A pesar de la notoria medianía de estos poetas, creemos justo mencionarlos por ser respectivamente los más antiguos que hemos hallado de las repúblicas del Salvador y de Nicaragua (1). Por el mismo tiempo escribían versos en Guatemala la poetisa española D.^a María Josefa G. Granados, natural del Puerto de Santa María, y el abogado D. Francisco Rivera Maestre, que trasladado luego á Madrid adquirió nacionalidad española, llegando á altos puestos en nuestra magistratura. Los versos suyos que se insertan en la *Galería Poética Centro-Americana*, son algo caseros y triviales, pero no carecen de chiste ni de color local, y prueban que el poeta no perdió nunca el cariño á su patria primera.

Don José de Batres y Montúfar es la verdadera gloria poética de Guatemala. Su nombre, apenas conocido fuera de los lindes de su república natal hasta estos últimos años, comienza ya á ser colocado por unánime parecer de los hombres de buen gusto en el número reducidísimo de los poetas de primer orden que produjo

(1) El médico D. Joaquín Díaz, que actualmente vive, es el más antiguo poeta de Honduras, exceptuando, si acaso, á un P. Reyes, de quien no hemos llegado á saber más que el nombre.

la naciente literatura hispano-americana. Ni á Heredia, ni á Bello, ni á Olmedo, se les hace injuria con poner cerca de sus nombres el de este contemporáneo suyo, cultivador de una poesía tan diversa, pero no menos exquisita en su género, con ser éste uno de los géneros menos elevados y aun menos recomendables del arte literario. Batres debe la gloria, no á sus escasos versos líricos que, sin ser despreciables, nada tienen de particular (exceptuando, si acaso, por su carácter íntimo, el famoso *Yo pienso en ti*, que quizá ha sido elogiado en demasía) sino á tres cuentos alegres y livianos, que llamó, sin duda por broma, *Tradiciones de Guatemala*, y que en realidad son casos de crónica escandalosa que pueden ser de cualquier país y tiempo. No es necesario mucho rigor moral para condenar el género en sí mismo, no ya en nombre de los preceptos de la Ética, sino en nombre del ideal poético que en tales obras se escarnece y vilipendia; pero si hay casos en que pueda ser lícita, ó á lo menos disculpable, la tolerancia en materia tan resbaladiza, uno de estos rarísimos casos es, sin duda, el de Batres, con cuyos cuentos es imposible que deje de reirse á carcajadas el moralista más intransigente. Y el chiste no depende aquí de la vil lascivia, que nunca puede ser fuente de placer intelectual y desinteresado, sino de la virtud purificadora del donaire, y del prestigio elegantísimo de la forma, la cual tiene por sí misma tal valor, que anula y destruye el prosaico y vulgar contenido, y deja campea libre y sola la graciosa fantasía del poeta, á quien no se puede menos de admirar, lamentando al propio tiempo que malgastase tan opulenta vena cómica en tan vil materia. Pero justo es decir que aunque Batres sea poeta un tanto licencioso

y provocante á la risa, dista mucho de ser poeta obsceno ni provocante á lascivia, en cuyo caso no merecería el nombre de poeta ni que de él se tratase aquí. Aun comparado con sus modelos, con Lafontaine y con el abate Casti, resulta casi honesto, y ni se ve el afán de insistir en pormenores torpes; ni la franca alegría y el regocijado humorismo del poeta dejan de corregir ó atenuar lo que pueda haber de liviano en la concepción.

Todos estos tres cuentos, *Las Falsas apariencias*, *Don Pablo*, *El Reloj*, están compuestos en octavas reales, al modo de las novelas de Casti, á quien Batres comenzó por imitar, confesándolo francamente (1). Pero ni

(1) «No tuve otro objeto al componer el cuento de *Don Pablo* que traducir al castellano unas pocas de las muchas sales que se encuentran en los cuentos de Casti, para darlas á conocer á algunos amigos. No creyéndome capaz de hacer la traducción por entero, ni queriendo tampoco, en atención á lo muy libre de su estilo, hacerme cargo de una parte de la tacha de licencioso que tiene aquel poeta, me limité á copiar algunas de sus gracias en un cuento que no debía salir del círculo de mis propios amigos, pues el estar impreso en un periódico de Guatemala es lo mismo que hallarse en un archivo privado.»

Estas imitaciones son á veces bastante directas. Por ejemplo, estos versos de *El Reloj*:

Era chico de cuerpo, de ojo vivo,
De carácter tal cual: algo liviano,
Un poco tonto, un poco vengativo,
Un poco sinvergüenza, un poco vano,
Un poco falso, adulator completo,
Por lo demás, bellísimo sujeto.

son casi traducción de éstos otros del canto tercero de *Gli animali parlanti*:

Er'egli per esempio un po'mordace,
Un po'burbero, un po'provocativo,
Un po'avidio, un po'falso, un po'vorace,
Un po'arrogante, un po'vendicativo,
Ma questi difettuzzi io non li conto
De suoi massimi meriti in confronto.

Pero tampoco Casti era original en esto. Dos siglos antes de venir él al mundo había dicho Clemente Marot:

Batres podía contenerse en los límites de tal imitación, ni la baja sensualidad y la manera prosaica y abandonada con que el famoso abate envilece y afea su indisputable gracejo satírico resbalando á cada paso en lo chocarrero y bufonesco, podían satisfacer al depurado gusto de nuestro poeta guatemalteco que ha dejado en sus obras, como jugando, testimonio de su rara cultura y de la originalidad de sus pensamientos. Había leído mucho á Byron, y enamorado de las chistosas digresiones de *Don Juan*, tiró á imitarlas con felicidad suma, en el más extenso de sus cuentos, en *El Reloj*. Pero en la narración joco-seria no imitó ni tenía para qué imitar á nadie, puesto que desde el primer día fué maestro. Para formar idea aproximada de su estilo, recuérdese por una parte la factura métrica de las octavas de *La Desvergüenza*, de Bretón, y por otra la parte cómica de *El Diablo Mundo*. Batres no iguala, como no iguala ningún otro poeta castellano, el asombroso conocimiento de la lengua que Bretón tuvo, y la inagotable chispa y desenfado con que la maneja y juega con ella, pero tampoco abusa de sus ventajas hasta el punto de burlarse del asunto, contentándose con un género de chiste exterior

J'avois un jour un valet de Gascogne,
Gourmand, ivrogne et assurementeur,
Pipeur, larron, jureur, blasphemateur,
Sentant la hart de cent pas à la rondé;
Au demeurant le meilleur fils du monde.

Y dos siglos antes de Clemente Marot, nuestro Archipreste de Hita nos describía á su criado D. Furón en estos términos:

Huron había por nombre, apostado doncel,
Si non por quatorce cosas nunca vi mejor que él.
Era mintroso, bebdo, ladron é mestorero,
Tafur, peleador, goloso, refertero,
Reñidor et adevino, susio et agorero,
Nescio, perezoso, tal es mi escudero.

y superficial, independiente de las cosas mismas que va diciendo. Hay extraordinarias rarezas métricas en los cuentos de Batres, verbigracia la de siete octavas que pueden leerse como si fueran una carta en prosa, pero estos alardes de pueril gimnasia, que en asunto jocoso pueden ser tolerables, no impiden que el cuento interese y siga su curso. Por lo que toca á Espronceda, cuyo mérito en esta parte no ha sido bastante reconocido, la vena petulante y desatada que corre en el canto tercero de su poema es más impetuosa que la de Batres, porque nace de una índole poética más genial y vigorosa, pero es también más desigual y más turbia. Otro modelo pudo tener, y nos inclinamos á creer que tuvo Batres presente, es á saber, las deliciosas *Leyendas españolas*, de don José Joaquín de Mora, mucho más conocidas en América que en España, y en honra sea dicho del buen gusto de los americanos. Pero el elemento cómico en las *Leyendas* de Mora, no es constante ni siquiera habitual, aunque sea el mayor encanto de *Don Opas* y la única materia de *Don Policarpo*. Grandísima injusticia ha sido el olvidar estos primores de versificación y de gracia, pero por otra parte, no hay duda que la mayor parte de las *Leyendas* de Mora son serias y románticas, y que en este género parece tener prioridad cronológica sobre cuantos en España las escribieron, exceptuando sólo el autor de *El Moro expósito*, cuya obra debe colocarse en categoría épica más alta.

Pero esta investigación de sus orígenes nada perjudica á la originalidad de la poesía de Batres, que tiene su tono peculiar y sustantivo valor, dependiente en gran parte de condiciones técnicas, cuyo valor acrecienta en género tan inferior como el cultivado por él. La mayor

parte de los cuentos del estilo y asunto de los de Batres, no suelen tener más poesía cómica que lo cómico de situación, que no es difícil de lograr, y que muchas veces brilla más en la anécdota hablada que en la escrita. Pero las *Tradiciones de Guatemala* valen lo que valen por presentar reunidas otras muy diversas fuentes de la risa, la cual ya nace de lo cómico de carácter, ya de los accesorios descriptivos y pintorescos, ya del contraste entre la entonación épica y la llaneza prosaica, ya de la filosofía risueña y socarrona, ya de la afectada y maliciosa ingenuidad, ya de la suspensión oportuna, ya de la alusión picaresca, ya de la selección de consonantes raros, ya del tránsito del endecasílabo común al endecasílabo anapéstico, vulgarmente llamado *de gaita gallega*. La literatura americana, no muy rica todavía en narraciones poéticas, tiene en los cuentos de Batres el más acabado modelo de la narración joco-seria, que sólo á larga distancia pudo imitar el chileno Sanfuentes en su poema de *El Campanario* (1).

Si el conocimiento profundo de la lengua, la experiencia larga del mundo y de los hombres, la familiaridad con los mejores modelos, la valentía incontrastable para decir la verdad, y el nativo desenfado de un genio cáustico, pero puesto casi siempre al servicio de las mejores causas y al lado de la justicia, bastaran para enaltecer á un poeta satírico, nadie negaría alto puesto entre los que tal género han cultivado al célebre guatemalteco D. Antonio José de Irisarri, uno de los hom-

(1) Nació Batres en Guatemala el 18 de Marzo de 1809, y murió en 9 de Julio de 1844, á los treinta y cinco años de edad. Sus poesías se imprimieron aquel mismo año en un cuadernito bastante raro, que ha sido reimpresso dos ó tres veces, la última en París.

bres de más entendimiento, de más vasta cultura, de más energía política y de más fuego en la polémica que América ha producido. Pero como poeta le faltó el *quid divinum*, así en el concepto como en la expresión, y sus sátiras, sus epístolas, sus fábulas, letrillas y epigramas, son más bien excelente prosa, incisiva y mordaz, salpimentada de malicias y agudezas que levantan roncha, que verdadera poesía, aunque valgan más que muchos versos de poetas. Irisarri tenía talento clarísimo, y era además consumado hombre de mundo: sus *Poesías satíricas y burlescas* rebosan de ideas y de chistes; el nervio y la audacia del prosista no se desmienten en el versificador, pero no siente ni fantasea ni compone poéticamente. En sus fábulas, sobre todo, que más bien debieran llamarse sátiras, es visible la falta de imaginación pintoresca. De él, y en grado todavía mucho mayor, pudiera repetirse lo que de Forner escribió D. Alberto Lista. «Tenía el entendimiento más apto para comprender la verdad que la belleza.» En la versificación es desigual, y muchas veces duro, insonoro y descuidado: hacia los versos sueltos cada uno de por sí, sin dar casi nunca una armonía general al período rítmico, por lo cual los suyos casi se confunden con el discurso prosaico. La lengua es muy sana, como queda dicho, y como podía esperarse del autor de las *Cuestiones filológicas*. El gusto dominante es el de los satíricos españoles del siglo XVIII: Jorge Pitillas, Iriarte, Forner, Jovellanos, Moratín el hijo. Las dos sátiras tituladas *El Bochinche* y *El Siglo de oro*, las fábulas de *El Hacedado*, *El Albañil y el río*, *La Abeja y la hormiga*, *El Perro y el gato con la liebre asada*, *El Lobo y el zorro*, *La Voz del pueblo* y el apólogo, un poco más ex-

tenso de *El Tiempo, la memoria y el olvido*, me parecen sus más ingeniosas composiciones (1).

De los dos hermanos Juan y Manuel Diéguez, que al parecer no hicieron colección de sus obras, se insertan algunas muestras en la *Galería Poética Centro-Americana*, no sabemos si escogidas con buen gusto; prevención que hay que hacer siempre tratándose de estas antologías. Juan Diéguez parece un poeta de transición: su primera educación debió de ser clásica, y hay composiciones suyas que pertenecen á esta escuela, por ejemplo el canto alegórico á la muerte de Andrés Chénier con el título de *El Cisne*. Más adelante se inclinó á la imitación de Víctor Hugo y de los románticos españoles, mostrándose fácil y abundoso en las descripciones y melancólico en el sentimiento. Sus dos cantos de *La Garza*, aunque no limpios de defectos métricos (por ejemplo estos dos versos infelicísimos:

(1) Nació D. Antonio José de Irisarri en Guatemala, el 7 de Febrero de 1786, é hizo allí sus primeros estudios. Dueño de una cuantiosa herencia, emprendió desde 1836 largos y continuos viajes por América y Europa, tomando parte muy activa en los negocios políticos de diversas repúblicas, ya como periodista, ya como militar, ya como diplomático, ya como gobernante. En Chile se vió, aunque por breves días, al frente de la República. En 1818 pasó á Inglaterra y negoció un empréstito en nombre de aquella República. En 1825 regresó á Guatemala y tomó partido por los conservadores contra los federales, mandando un destacamento con título de Coronel. Vencido y prisionero, y luego condenado á destierro, volvió á la América del Sur, hasta que cambiando la faz de los acontecimientos de su país fué nombrado Ministro de Guatemala en los Estados Unidos, cargo que desempeñó hasta su muerte, acaecida en 10 de Junio de 1868. Además de sus importantes *Cuestiones filológicas* (Nueva York, 1861) y de sus *Poesías satíricas y burlescas* (Nueva York, 1867), publicó gran número de folletos políticos (*Defensa de los tratados de Paz de Pancaparta*, *Historia del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*), é innumerables periódicos, *El Cristiano errante*, *El Guatemalteco*, *El Revisor*, *La Verdad desnuda*....

Yo de cantarte he, misero vate....
 Qué haces allí, oh nítida azucena....).

tienen estrofas muy lindas y recuerdan algo la suave y lánguida manera de Enrique Gil. Esta poesía y la titulada *A mi gallo*, prueban que Juan Diéguez sentía de un modo original y poético. Su hermano tradujo *La Lámpara*, de Chénier, pero en sus pobres versos originales para nada se conoce la influencia de tan clásico modelo (1).

Otros poetas ya fallecidos figuran, aunque en escaso número, en la colección centro-americana de Uriarte, pero no tales que importe hacer especial estudio de ellos. Algún recuerdo merece, si no como poeta original, como intérprete bastante hábil de concepciones ajenas, D. Ignacio Gómez (entre los árcades, *Clitauro Itacense*), que tradujo *La Despedida*, de Metastasio, *La Elegía*, de Gray, *en el cementerio de una aldea*, la canción de *Medora*, de *El Corsario*, y algunos otros versos de Byron. El tomo de las *Brisas tropicales*, de Eduardo Hall, comerciante de origen inglés, pero nacido en Guatemala y domiciliado en Honduras, contiene también apreciables traducciones de Byron, de Tomás Moore, de Gray y de otros poetas ingleses. Don José Milla (conocido con el pseudónimo de *Salomé Gii*), fué uno de los escritores más fecundos y notables de las Repúblicas del Centro, pero tiene y merece más

(1) Nació D. Juan Diéguez en 23 de Noviembre de 1813, en Guatemala. Su profesión fué la de abogado, sus ideas liberales. Tomó parte en las revoluciones de su país y se vió perseguido y proscrito, hasta que triunfando su partido fué nombrado juez de primera instancia y catedrático de Derecho en la Universidad de Guatemala. Murió en 28 de Junio de 1865. Su hermano D. Manuel nació en 20 de Mayo de 1821 y murió en 20 de Mayo de 1861.

estimación como historiador, novelista y autor de cuadros de costumbres que como poeta. Juan José Micheo, joven poeta malogrado á los ventidós años, en 1889, había recibido educación clásica en un colegio de jesuitas, y dejó como primicias de sus estudios traducciones de algunas odas de Horacio y un canto sáfico á la Virgen de Guadalupe. Por ser el único poeta de Honduras (excepción hecha de los que viven), puede citarse al médico D. Manuel Molina Vigil, que se suicidó á los veintisiete años.

Pero conviene poner término á esta enumeración. Una nueva generación literaria se ha levantado en la América Central, y uno por lo menos de sus poetas ha mostrado serlo de verdad. Es cierto que la producción comienza á ser excesiva, y que la cizaña ahoga, como en todas partes de América, el trigo. Los versos son allí una especie de epidemia: no sólo hay Parnaso Guatemalteco, sino Parnaso Costarricense y Nicaragüense, y una *Guirnalda Salvadoreña* que consta de tres volúmenes: muchos poetas son para tan pequeña república. Pero esta abundancia desordenada ya se irá encauzando con el buen gusto y la disciplina, y por de pronto es indicio de la fertilidad de los ingenios americanos (1).

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

Santander, 2 de Septiembre de 1892.

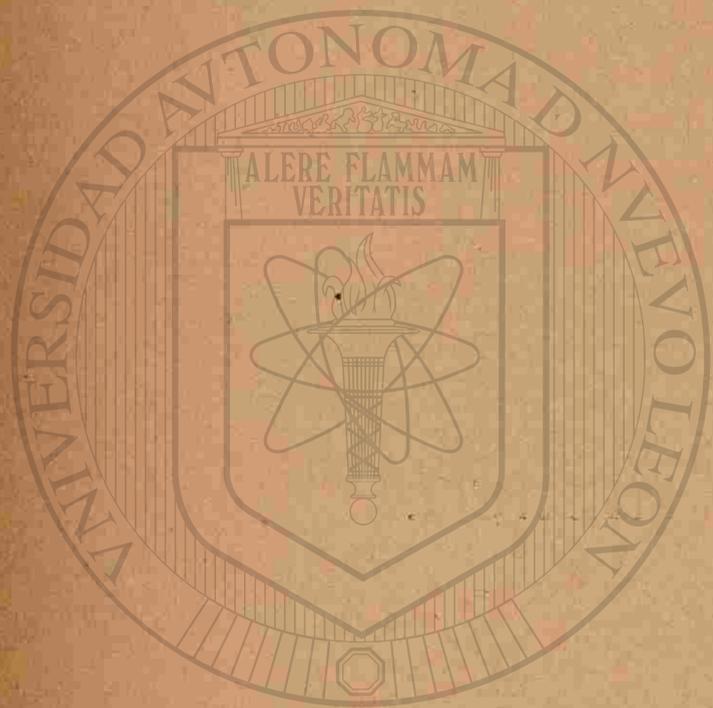
(1) La transición brusca entre la antigua y la moderna poesía de la América Central, entre la escuela clásica de los Batres y de los Irisarris, y la romántica que ha prevalecido después, no puede comprenderse bien sin tener en cuenta el portentoso influjo que ejerció allí como en otras regiones de América, especialmente en el Perú, un singular personaje literario tan desconocido en su patria España, y aun en su provincia natal, como célebre

en el Nuevo Mundo. Tal fué el montañés D. Fernando Velarde, natural de Hinojedo, autor de las *Melodias románticas* y de los *Cánticos de Nuevo Mundo*, poeta de extraordinarias dotes naturales afeadas por un mal gusto increíble. En pompa, brillantez y magnificencia le igualaron pocos, pero son raras las páginas en que su grandilocuencia no se trueca en hinchazón, su sonoridad en redundancia, su aspereza viril en énfasis hueco. Tenía las condiciones más adecuadas para ser un corruptor del gusto, un nuevo Lucano ó un nuevo Góngora, porque aun en sus mismas aberraciones dió muestras de ser ingenio nada vulgar. Su *Canto estrepitoso y deslumbrante á la cordillera de los Andes*, tiene en lo bueno y en lo malo cosas no indignas de Víctor Hugo. Velarde aspiraba constantemente á lo titánico; pero daba muchas veces en el escollo de la falsa grandeza, porque ni sus alas, con poder mucho, podían lo que él pensaba, ni su gusto cerril é indómito, que nunca llegó á educarse á pesar de haber sido él hombre de grandísima variedad de conocimientos, acertaba á mostrarle aquel punto imperceptible en que lo sublime confina con lo grotesco. Por sus grandes cualidades, lo mismo que por sus grandes defectos, Fernando Velarde fué el ídolo de la juventud literaria de América durante un período bastante largo, y no es hipérbole decir que compartió con Zorrilla el privilegio de ser imitado por todos los principiantes. Esta influencia fué mayor que en ninguna parte, en Guatemala.

MÉXICO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



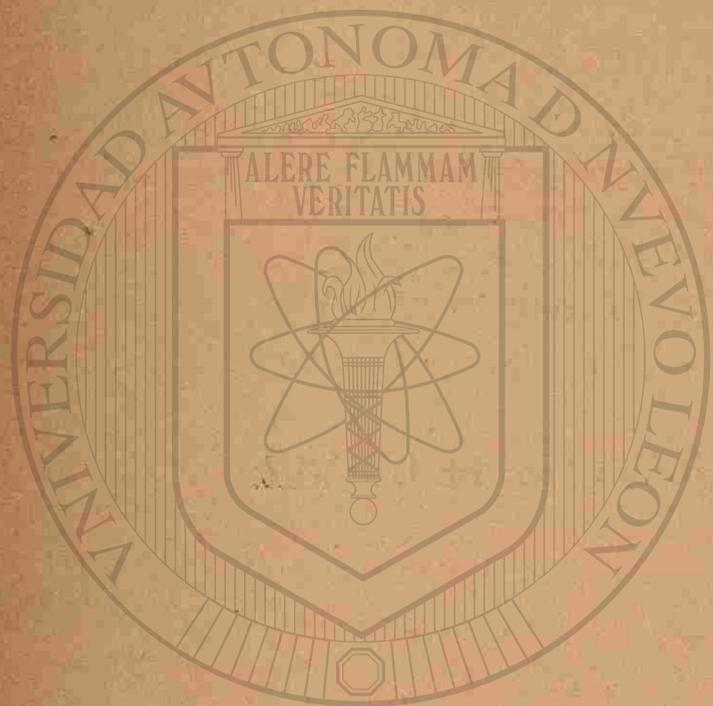
SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

SONETO.

Á SU RETRATO.

Este, que ves, engaño colorido,
Que del arte ostentando los primores,
Con falsos silogismos de colores
Es cauteloso engaño del sentido:
Este en quien la lisonja ha pretendido
Excusar de los años los horrores,
Y, venciendo del tiempo los rigores,
Triunfar de la vejez y del olvido:

Es un vano artificio del cuidado;
Es una flor al viento delicada;
Es un resguardo inútil para el Hado;
Es una necia diligencia errada;
Es un afán caduco; y bien mirado,
Es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

SONETO.

Al que ingrato me deja, busco amante;
Al que amante me sigue, dejo ingrata;
Constante adoro á quien mi amor maltrata;
Maltrato á quien mi amor busca constante:

Al que trato de amor, hallo diamante;
Y soy diamante, al que de amor me trata;
Triunfante quiero ver al que me mata;
Y mato á quien me quiere ver triunfante.
Si á éste pago, padece mi deseo:
Si ruego á aquél, mi pundonor enojo:
De entrambos modos infeliz me veo;
Pero yo, por mejor partido escojo,
De quien no quiero, ser violento empleo;
Que de quien no me quiere vil despojo.

SONETO.

ENSEÑA CÓMO UN SOLO EMPLEO EN AMAR, ES RAZÓN
Y CONVENIENCIA.

Fabio, en el ser de todos adoradas,
Son todas las beldades ambiciosas;
Porque tienen las Aras por ociosas,
Si no las ven de víctimas colmadas:
Y así, si de uno sólo son amadas,
Viven de la Fortuna querellosas;
Porque piensan, que más que ser hermosas,
Constituye Deidad el ser rogadas.
Mas yo soy en aquesto tan medida,
Que en viendo á muchos mi atención zozobra;
Y sólo quiero ser correspondida
De aquel, que de mi amor réditos cobra;
Porque es la sal del gusto el ser querida;
Que daña lo que falta y lo que sobra.

SONETO.

MUESTRA SE DEBE ESCOGER ANTES EL MORIR QUE EXPONERSE
Á LOS ULTRAJES DE LA VEJEZ.

Miró Celia una rosa, que en el prado
Ostentaba feliz la pompa vana,
Y con afeites de carmín y grana
Bañaba alegre el rostro delicado;

Y dijo; goza sin temor del Hado
El curso breve de tu edad lozana;
Pues no podrá la muerte de mañana
Quitarte lo que hubieres hoy gozado.
Y aunque llega la muerte presurosa,
Y tu fragante vida se te aleja;
No sientas el morir tan bella y moza:
Mira que la experiencia te aconseja,
Que es fortuna morirte siendo hermosa,
Y no ver el ultraje de ser vieja.

SONETO.

ENGRANDECE EL HECHO DE LUCRECIA.

¡Oh famosa Lucrecia, gentil dama,
De cuyo ensangrentado noble pecho,
Salió la sangre que extinguió, á despecho
Del Rey injusto, la lasciva llama!
¡Oh, con cuánta razón el mundo aclama
Tu virtud; pues por premio de tal hecho,
Aun es para tus sienes cerco estrecho
La amplísima corona de tu fama!
Pero si el modo de tu fin violento
Puedes borrar del tiempo y sus anales,
Quita la punta del puñal sangriento
Con que pusiste fin á tantos males;
Que es mengua de tu honrado sentimiento
Decir que te ayudaste de puñales.

SONETO.

Á JULIA.

La heroica esposa de Pompeyo altiva,
Al ver su vestidura en sangre roja,
Con generosa cólera se enoja
De sospecharlo muerto y estar viva:

Rinde la vida, en que el sosiego estriba
De esposo y padre; y con mortal congoja,
La concebida sucesión arroja;
Y de la paz con ella á Roma priva.

Si el infeliz concepto que tenía
En las entrañas Julia, no abortara,
La muerte de Pompeyo excusaría:

¡Oh tirana fortuna! Quién pensara,
Que con el mismo amor que la temía,
Con ese mismo amor se la causara!

SONETO.

Á PORCIA.

¿Qué pasión, Porcia, qué dolor tan ciego
Te obliga á ser de ti fiera homicida?
¿O en qué te ofende tu inocente vida
Que así le das batalla á sangre y fuego?

Si la fortuna airada al justo ruego
De tu esposo se muestra endurecida;
Bástale el mal de ver su acción perdida:
No acabes con tu vida su sosiego.

Deja las brasas, Porcia, que mortales
Impaciente tu amor elegir quiere;
No al fuego de tu amor el fuego iguales;
Porque si bien de tu pasión se infiere,
Mal morirá á las brasas materiales
Quien á las llamas del amor no muere.

SONETO.

PYRAMO Y TYSBE.

De un funesto moral la negra sombra,
De horrores mil, y confusiones llena,
En cuyo hueco tronco, aun hoy, resuena
El eco, que doliente á Tysbe nombra;

Cubrió la verde matizada alfombra,
En que Pyramo amante abrió la vena
Del corazón, y Tysbe de su pena
Dió la señal, que aun hoy, el mundo asombra.

Mas viendo del amor tanto despecho
La muerte, entonces de ellos lastimada,
Sus dos pechos juntó con lazo estrecho:

Más ¡ay! de la infeliz y desdichada,
Que á su Pyramo dar no puede el pecho,
Ni aun por los duros filos de una espada!

SONETO.

EFECTOS MUY PENOSOS DE AMOR, Y QUE NO POR GRANDES IGUALAN
CON LAS PRENDAS DE QUIEN LE CAUSA.

¿Vesme, Alcino, que atada á la cadena
De Amor, paso, en sus hierros aherrojada
Mísera esclavitud, desesperada,
De libertad y de consuelo ajena?

¿Ves de dolor y angustia el alma llena,
De tan fieros tormentos lastimada,
Y entre las vivas llamas abrasada,
Juzgarse por indigna de su pena?

¿Vesme seguir sin alma un desatino,
Que yo misma condeno por extraño?

¿Vesme derramar sangre en el camino,
Siguiendo los vestigios de un engaño?
Muy admirado estás. ¿Pues, ves, Alcino?
Más merece la causa de mi daño.

DÉCIMAS.

¿Ves de tu candor, que apura
Al alba, el primer albor?
Pues tanto el riesgo es mayor,
Cuanto es mayor la hermosura:

No vivas de ello segura,
Que si consentes errada
Que te corte mano osada
Por gozar beldad y olor,
En perdiéndose el color,
También serás desdichada.

¿Ves á aquel que más indicia
De seguro en su fineza?
Pues no estima la belleza
Más de en cuanto la codicia.
Huye la astuta caricia,
Que si necia y confiada
Te aseguras en lo amada,
Te hallarás después corrida;
Que en llegando á poseída,
También serás desdichada.

Á ninguno tu beldad
Entregues, que es sin razón
Que sirva tu perfección
De triunfo á su vanidad.
Goza la celebridad
Común, sin verte empleada
En quien, después de lograda,
No te acierte á venerar;
Que, en siendo particular,
También serás desdichada.

ROMANCE.

NO HABIENDO LOGRADO UNA TARDE VER AL SEÑOR VIRREY, MARQUÉS
DE LAGUNA, QUE ASISTIÓ EN LAS VÍSPERAS DEL CONVENTO, LE ESCRIBIÓ

ESTE ROMANCE.

Si daros los buenos años,
Señor, que logréis felices,
En las Vísperas no pude,
Recibidlos en Maitines.

Nocturna, mas no funesta,
De noche mi pluma escribe,
Pues para dar alabanzas
Hora de Laudes elige.

Valiente amor contra el suyo
Hace con dulces ardides,
Que para daros un día
Á mí una noche me quite.

No parecerá muy poca
Fineza á quien bien la mire,
El que vele en los romances,
Quien se duerme en los latines.

Lo que tuviere de malo
Perdonad; que no es posible
Suplir las purpúreas horas,
Las luces de los candiles.

Y más del mío, que está
Ya tan *in agone* el triste,
Que me moteja de loca,
Aunque me acredita virgen.

Mas ya de prólogo basta,
Porque es cosa incompatible
En el prólogo alargarse
Y en el asunto ceñirse.

Gocéis los años más largos
Que esperanza de infelice,
Y más gustosos que el mismo
La ajena dicha concibe.

Pasen por vos las Edades
Con pasos tan insensibles,
Que el aspecto los desmienta
Y el juicio los multiplique.

Vuestras acciones heroicas
Tanto á la fama fatiguen,
Que de puro celebraros
Se enronquezan los clarines.

Y sus vocingleros ecos
Tan duradero os publiquen,
Que Matusalem os ceda

Y que Néstor os envidie.
Vivid, y vivid discreto,
Que es sólo vivir felice;
Que dura y no vive quien
No sabe apreciar que vive.

Si no sabe lo que tiene
Ni goza lo que recibe,
En vano blasona el jaspe
El dón de lo incorruptible.
No en lo diuturno del tiempo
La larga vida consiste;
Tal vez las canas del seso
Honran años juveniles.

El agricultor discreto
No espera á que fructifique
El tiempo, porque la industria
Hace otoños los abrils.

No sólo al viento la nave
Es bien que su curso fie,
Si el ingenio de los remos
Animadas velas finge.

En progresos literarios
Pocos laureles consigue
Quien para estudiar espera
Á que el sol su luz envíe.

Las canas se han de buscar
Antes que el tiempo las pinte,
Que al que las pretende, alegran,
Y al que las espera, afligen.

Quien para ser viejo espera
Que los años se deslicen,
No conserva lo que tiene
Ni lo que espera consigue.

Con lo cual casi á no ser
Viene el necio á reducirse,
Pues ni la vejez le llega
Ni la juventud le asiste.

Quien vive por vivir sólo,
Sin buscar más altos fines,

De lo viviente se precia,
De lo racional se exime.

Y aun de la vida no goza,
Pues si bien llega á advertirse,
*El que vive lo que sabe,
Sólo sabe lo que vive.*

Quien llega necio á pisar
De la vejez los confines,
Vergüenza peina, y no canas,
No años, afrentas repite.

En breve, el prudente joven
Eterno padrón erige
Á su vida, y con su fama
Las eternidades mide.

Ningún espacio de tiempo
Es corto al que no permite
Que los instantes más breves
El ocio los desperdicie.

Al que todo el tiempo logra
No pasa la edad fluxible,
Pues viviendo la presente,
De la pasada se sirve.

Tres tiempos vive el que, atento
Cuando lo presente rige,
Lo pretérito contempla
Y lo futuro predice.

¡Oh, vos, que estos documentos
Tan bien practicar supisteis
Desde niño, que ignorasteis
Las ignorancias pueriles!

Tanto, que hasta ahora están
Quejosos de vos los dijes,
(Que á invasiones fascinantes
Fueron muros invencibles),

De que nunca los tratasteis,
Y el mismo clamor repiten
Trompos, bolos y paletas,
Máscaras y tamboriles;

Pues en la niñez mostrasteis

Discursos tan varoniles,
Que pudo en vuestras niñeces
Tomar lecciones Ulises.

Recibid este romance
Que mi obligación os rinde,
Con todo lo que no digo,
Lo que digo y lo que *dije*.

LIRAS.

EXPRESA EL SENTIMIENTO QUE PADECE UNA MUJER
AMANTE DE SU MARIDO MUERTO.

Á estos peñascos duros,
Mudos testigos del dolor que siento,
Que sólo siendo mudos,
Pudiera yo fiarles mi tormento,
Si acaso de mis penas lo terrible
No infunde lengua y voz en lo insensible:

Quiero contar mis males,
Si es que yo sé los males de que muero;
Pues son mis penas tales,
Que si contarlas, por alivio, quiero,
Le son una con otra atropellada,
Dogal á la garganta, al pecho espada.

No envidio dicha ajena,
Que el mal eterno, que mi pecho lidia,
Hace incapaz mi pena,
De que pueda tener tan alta envidia:
Es tan mísero estado en el que peno,
Que como dicha envidio el mal ajeno.

No pienso yo si hay glorias,
Porque estoy de pensarlo tan distante,
Que aun las dulces memorias
De mi pasado bien, tan ignorante
Las mira de mi mal el desengaño,
Que ignoro si fué bien, y sé que es daño.

Estense allá en su esfera
Los dichosos, que es cosa en mi sentido
Tan remota, tan fuera
De mi imaginación, que sólo mido,
Entre lo que padecen los mortales,
Lo que distan sus males de mis males.

¡Quién tan dichosa fuera,
Que de un agravio indigno se quejara!
¡Quién un desdén llorara!
¡Quién un alto imposible pretendiera!
¡Quién llegara, de ausencia ó de mudanza,
Casi á perder de vista la esperanza!

¡Quién, en ajenos brazos,
Viera á su dueño, y con dolor rabioso
Se arrancara á pedazos
Del pecho ardiente el corazón celoso!
Pues fuera menor mal que mis desvelos,
El infierno insufrible de los celos.

Pues todos estos males
Tienen consuelo, ó tienen esperanza;
Y los más son iguales,
Solicitan ó animan la venganza,
Y sólo de mi fiero mal se aleja,
La esperanza, venganza, alivio y queja.

Porque ¿á quién sino al cielo,
Que me robó mi dulce prenda amada,
Podrá mi desconsuelo

Dar sacrílega queja destemplada?
Y él con sordas rectísimas orejas,
Á cuenta de blasfemias pondrá quejas.

Ni Fabio fué grosero,
Ni ingrato, ni traidor, antes amante,
Con pecho verdadero:
Nadie fué más leal ni más constante;
Nadie más fino supo, en sus acciones,
Finezas añadir á obligaciones.

Sólo el cielo envidioso
Mi esposo me quitó: la Parca dura,
Con ceño riguroso,

Fué sólo autor de tanta desventura :
¡Oh cielo riguroso! ¡Oh triste suerte!
Que tantas muertes das con una muerte!
¡Ay dulce esposo amado!
¿Para qué te vi yo? ¿Por qué te quise;
Y por qué tu cuidado
Me hizo con las venturas infelice?
¡Oh dicha fementida y lisonjera,
Quién tus amargos fines conociera!
¿Qué vida es esta mía,
Que rebelde resiste á dolor tanto?
¿Por qué necia porfía?
¿Y en las amargas fuentes de mi llanto,
Atenuada, no acaba de extinguirse
Si no puede en mi fuego consumirse?

ROMANCE.

Finjamos que soy feliz,
Triste pensamiento, un rato;
Quizá podréis persuadirme,
Aunque yo sé lo contrario.
Que pues sólo en la aprehensión,
Dicen que estriban los daños;
Si os imagináis dichoso,
No seréis tan desdichado.
Sírname el entendimiento
Alguna vez de descanso,
Y no siempre esté el ingenio
Con el provecho encontrado.
Todo el mundo es opiniones,
De pareceres tan varios,
Que lo que el uno, que es negro,
El otro prueba que es blanco.
Á unos sirve de atractivo
Lo que otro concibe enfado,

Y lo que éste por alivio,
Aquél tiene por trabajo.
El que está triste censura
Al alegre de liviano,
Y el que está alegre se burla
De ver al triste penando.

Los dos filósofos griegos
Bien esta verdad probaron;
Pues lo que en el uno risa,
Causaba en el otro llanto.

Célebre su oposición
Ha sido por siglos tantos,
Sin que cuál acertó, esté
Hasta ahora averiguado.

Antes, en sus dos banderas,
El mundo todo alistado,
Conforme el humor le dicta,
Sigue cada cual el bando.

Uno dice que de risa
Sólo es digno el mundo vario,
Y otro, que sus infortunios
Son sólo para llorados.

Para todos se halla prueba,
Y razón en que fundarlo,
Y no hay razón para nada,
De haber razón para tanto.

Todos son iguales jueces,
Y siendo iguales y varios,
No hay quien pueda decidir
Cuál es lo más acertado.

Pues si no hay quien lo sentencie;
¿Por qué pensáis, vos, errado,
Que os cometió Dios á vos
La decisión de los casos?

¿Ó por qué, contra vos mismo,
Severamente inhumano,
Entre lo amargo y lo dulce,
Queréis elegir lo amargo?

Si es mío mi entendimiento

¿Por qué siempre he de encontrarlo
Tan torpe para el alivio,
Tan agudo para el daño?

El discurso es un acero
Que sirve por ambos cabos,
De dar muerte por la punta,
Por el pomo de resguardo.

Si vos, sabiendo el peligro,
Queréis por la punta usarlo,
¿Qué culpa tiene el acero
Del mal uso de la mano?

No es saber, saber hacer
Discursos sutiles vanos;
Que el saber consiste sólo
En elegir lo más sano.

Especular las desdichas
Y examinar los presagios,
Sólo sirve de que el mal
Crezca con anticiparlo.

En los trabajos futuros,
La atención utilizando,
Más formidable que el riesgo
Suele fingir el amago.

¿Qué feliz es la ignorancia,
Del que, indoctamente sabio,
Halla, de lo que padece,
En lo que ignora, sagrado!

No siempre suben seguros
Vuelos del ingenio osados,
Que buscan trono en el fuego,
Y hallan sepulcro en el llanto.

También es vicio el saber,
Que si no se va atajando,
Cuanto menos se conoce
Es más nocivo el estrago.

Y si el vuelo no le abaten,
En sutilezas cebado,
Por cuidar de lo curioso
Olvida lo necesario.

Si culta mano no impide
Crecer al árbol copado,
Quitán la substancia al fruto
La locura de los ramos.

Si andar á nave ligera
No estorba lastre pesado,
Sirve el vuelo de que sea
El precipicio más alto.

En amenidad inútil,
¿Qué importa al florido campo,
Si no halla fruto el otoño,
Que ostente flores el mayo?

¿De qué le sirve al ingenio
El producir muchos partos,
Si á la multitud se sigue
El malogro de abortarlos?

Y á esta desdicha, por fuerza
Ha de seguirse el fracaso
De quedar el que produce,
Si no muerto, lastimado.

El ingenio es como el fuego,
Que con la materia ingrato,
Tanto la consume más,
Cuanto él se ostenta más claro.

Es de su propio señor
Tan rebelado vasallo,
Que convierte en sus ofensas
Las armas de su resguardo,

Este pésimo ejercicio,
Este duro afán pesado,
Á los hijos de los hombres
Dió Dios para ejercitarlos.

¿Qué loca ambición nos lleva
De nosotros olvidados;
Si es para vivir tan poco,
¿De qué sirve saber tanto?

¡Oh, si como hay de saber
Hubiera algún seminario,
O escuela, donde á ignorar,

Se enseñaran los trabajos!
¡Qué felizmente viviera,
El que flojamente cauto
Burlara las amenazas
Del influjo de los astros!
Aprendamos á ignorar
Pensamiento, pues hallamos,
Que cuanto añado al discurso
Tanto le usurpo á los años.

REDONDILLAS.

ARGUYE DE INCONSECUENTE EL GUSTO Y LA CENSURA
DE LOS HOMBRES, QUE EN LAS MUJERES ACUSAN LO QUE CAUSAN.

Hombres necios, que acusáis
Á la mujer sin razón,
Sin ver que sois la ocasión
De lo mismo que culpáis;
Si con ansia sin igual
Solicitáis su desdén,
¿Por qué queréis que obren bien
Si las incitáis al mal?
Combatís su resistencia,
Y luego con gravedad,
Decís que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.
Parecer quiere el denuedo
De vuestro parecer loco,
Al niño que pone el coco,
Y luego le tiene miedo.
Queréis con presunción necia,
Hallar á la que buscáis,
Para pretendida, Thais,
Y en la posesión, Lucrecia.
¿Qué humor puede ser más raro,
Que el que falto de consejo,

Él mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?
Con el favor y el desdén
Tenéis condición igual,
Quejándoos, si os tratan mal,
Burlándoos, si os quieren bien.
Opinión ninguna gana,
Pues la que más se recata,
Si no os admite, es ingrata,
Y si os admite, es liviana.
Siempre tan necios andáis,
Que con desigual nivel,
A una culpáis por cruel,
Y á otra por fácil culpáis.
¿Pues cómo ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofende
Y la que es fácil enfada?
Mas entre el enfado y pena
Que vuestro gusto refiere,
Bien haya la que no os quiere
Y quejaos enhorabuena.
Dan vuestras amantes penas
Á sus libertades alas,
Y después de hacerlas malas
Las queréis hallar muy buenas.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
En una pasión errada,
La que cae de rogada,
Ó el que ruega de caído?
¿Ó cuál es más de culpar,
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga
Ó el que paga por pecar?
¿Pues para qué os espantáis
De la culpa que tenéis?
Querredlas cual las hacéis
Ó hacedlas cual las buscáis.
Dejad de solicitar,

Y después, con más razón,
 Acusaréis la afición
 De la que os fuere á rogar.
 Bien con muchas armas fundo
 Que lidia vuestra arrogancia;
 Pues en promesa é instancia,
 Juntáis diablo, carne y mundo.

ENDECHAS.

PROSIGUE EN RESPECTO AMOROSO, DANDO ENHORABUENAS
 DE CUMPLIR AÑOS LA SEÑORA VIRREINA.

Discreta y hermosa,
 Soberana Lisi,
 En quien la belleza
 É ingenio compiten.
 Bella una vez sola;
 ¡Oh qué poco dije!
 Discreta mil veces,
 Bella otros mil miles.
 No es esto alabarte;
 Que para aplaudirte,
 Son aún de la fama
 Roncos los clarines.

Ni hacerte lisonjas
 A nadie es posible,
 Pues ninguna hay que
 Tú no verifiques.
 Porque, ¿qué alabanza
 Puedo yo decirte,
 Que no halle verdad
 El que la averigüe?
 Que si es lisonjero,
 El que en lo que dice,
 Ó más encarece,
 Ó lo que no hay finge:

¿Qué cosa de ti
 Puede discurrirse,
 Que mayor no sea
 De lo que se explique?
 El que copia al sol,
 Aunque solicite
 Copiarle más bello,
 Nunca lo consigue.
 Pues por más que intenso
 El estudio aplique,
 Quedará más bello
 De lo que le pinten.

Así, si tus partes
 Quieren aplaudirse,
 Sólo en no copiarlas
 Pudieran mentirte.
 Porque es tu hermosura
 Tan inaccesible,
 Que quien más la alaba,
 Menos la define.
 Tu ingenio y tus gracias
 Tan imperceptibles,
 Que no les da alcance
 La pluma más lince.

Y así mi intención
 No es de referirte
 Lo que nadie entiende
 Y todos repiten:
 Porque todos cantan
 Tus prendas sublimes,
 Y cuán grandes sean
 Nadie lo concibe:
 Sino de tus años
 Al día felice,
 Dar de mis afectos
 El tributo humilde.
 Vive, y á tu edad
 El sol que la asiste,
 Nunca la mensure,
 Sólo la ilumine.
 Á tus primaveras
 El tiempo flexible
 Sirva solamente,
 No las examine.
 Tantos como prendas
 Años multipliques;
 Y ellos solamente
 Cuenten tus abriles.
 Pues serás eterna
 Con cuenta infalible,

Si por perfecciones
 Tus años se miden.
 Vive en el dichoso
 Consorcio apacible
 De tu dulce esposo,
 De tu amante firme,
 Del excelso Cerda:
 Que á su real estirpe
 Une sus gloriosos
 Personales timbres.
 Y de José bello
 Vínculo, que ciñe
 De vuestros dos cuellos
 Las amantes vides.
 En cuyos progresos
 Pido á Dios que mires
 La piedad de Numa,
 Y el valor de Aquiles;
 Para que de tantos
 Héroes invencibles,
 Las claras memorias
 En él resuciten.
 Vive, porque yo,
 De tus rayos Clicie,
 Sólo vivo aquello
 Que pienso que vives.

DÉCIMAS.

Copia divina, en quien veo
 Desvanecido al pincel,
 De ver que ha llegado él
 Dónde no pudo el deseo;
 Alto, soberano empleo,
 De más que humano talento,
 Exenta de atrevimiento,
 Pues tu beldad increíble,

Como excede á lo posible,
No la alcanza el pensamiento.

¿Qué pincel tan soberano
Fué á copiarte suficiente?
¿Qué numen movió la mente?
¿Qué virtud rigió la mano?
No se alabe el arte vano
Que te formó peregrino;
Pues en tu beldad convino,
Para formar un portento,
Fuese humano el instrumento;
Pero el impulso, divino.

Tan espíritu te admiro,
Que cuando deidad te creo,
Hallo el alma, que no veo,
Y dudo el cuerpo, que miro;
Todo el discurso retiro,
Admirada en tu beldad;
Que muestra con realidad,
Dejando el sentido en calma,
Que puede copiarse el alma,
Que es visible la deidad.

Mirando perfección tal,
Cual la que en ti llego á ver,
Apenas puedo creer
Que puedes tener igual;
Y á no haber original,
De cuya perfección rara
La que hay en ti se copiara;
Perdida por tu afición,
Segundo Pigmaleón,
La animación te impetrara.

Toco, por ver si escondido
Lo viviente en ti parece:
¿Posible es que de él carece

Quien roba todo el sentido?
¿Posible es que no ha sentido
Esta mano que le toca?
¿Y á que atiendas te provoca
Á mis rendidos despojos?
¿Qué, no hay luz en esos ojos?
¿Qué, no hay voz en esa boca?

Bien puedo formar querella
Cuando me dejas en calma,
De que me robas el alma,
Y no te animas con ella;
Y cuando altivo atropella
Tu rigor, mi rendimiento,
Apurando el sufrimiento,
Tanto tu piedad se aleja,
Que se me pierde la queja,
Y se me logra el tormento.

Tal vez pienso que piadoso
Respondes á mi afición,
Y otras teme el corazón,
Que te esquivas desdeñoso:
Ya alienta el pecho dichoso,
Ya infeliz al rigor muere;
Pero, como quiera, adquiere
La dicha de poseer,
Porque al fin, en mi poder
Serás lo que yo quisiere.

Y aunque ostentes el rigor
De tu original fiel,
Á mí me ha dado el pincel,
Lo que no puede el amor:
Dichosa vivo al favor
Que me ofrece un bronce frío;
Pues aunque muestres desvío,
Podrás, cuando más terrible,
Decir que eres impasible
Pero no que no eres mío.

VILLANCICO.

Aquella zagala Del mirar sereno, Hechizo del soto, Y envidia del cielo: La que al mayoral De la cumbre excelso, Hirió con un ojo, Prendió en un cabello: A quien su querido Le fué mirra un tiempo, Dándole morada Sus cándidos pechos: La que rico adorno Tiene por aseó, Cedrina la casa Y florido el lecho: La que se alababa, Que el color moreno Se lo iluminaron Los rayos Febeos: La por quien su esposo Con galán desvelo Pasaba los valles, Saltaba los cerros:	La del hablar dulce, Cuyos labios bellos Destilan panales, Leche y miel vertiendo: La que preguntaba Con amante anhelo Dónde de su esposo Pacen los corderos: A quien su querido Liberal y tierno, Del Líbano llama Con dulces requiebros: Por gozar los brazos De su amante dueño, Trueca el valle humilde Por el monte excelso. Los pastores sacros Del Olimpo eterno, La gala le cantan Con dulces acentos. Pero los del valle, Su fuga siguiendo, Dicen presurosos En confusos ecos:
---	---

ESTRIBILLO.

Al monte, al monte, á la cumbre;
Corred, volad, zagales,
Que se nos va María por los aires:
Corred, corred, volad á prisa, á prisa,
Que nos lleva robadas las almas y las vidas,
Y llevando en sí misma nuestra riqueza,
Nos deja sin tesoros el aldea.

FRAGMENTOS

DEL

AUTO SACRAMENTAL DEL DIVINO NARCISO.

NATURALEZA.

De buscar á Narciso fatigada,
Sin permitir sosiego á mi pie errante
Ni á mi planta cansada,
¡Qué tantos ha ya días, que vagante
Examino las breñas
Sin poder encontrar más que las señas!
A este bosque he llegado, donde espero
Tener noticias de mi bien perdido;
Que si señas confiero,
Diciendo está del prado lo florido,
Que producir amenidades tantas
Es por haber besado ya sus plantas.
¡Oh! cuántos días ha que he examinado
La selva flor á flor, y planta á planta,
Gastando congojado
Mi triste corazón en pena tanta,
Y mi pie fatigando vagabundo
Tiempo, que siglos son, selva, que es mundo!
Díganlo las edades que han pasado,
Díganlo las regiones que he corrido,
Los suspiros que he dado,
De lágrimas los ríos que he vertido,
Los trabajos, los yerros, las prisiones
Que he padecido en tantas ocasiones.
Una vez, por buscarle, me toparon
De la ciudad las guardas, y atrevidas
No sólo me quitaron
El manto, mas me dieron mil heridas
Los centinelas de los altos muros,
Teniéndose de mí por mal seguros.

¡Oh, ninfas que habitáis este florido
Y ameno prado! ansiosamente os ruego,
Que si acaso al querido
De mi alma encontrareis, de mi fuego
Le noticiéis diciendo mi agonía
Con que de amor enferma el alma mía.
Si queréis que os dé señas de mi amado,
Rubicundo esplendor le colorea
Sobre jazmín nevado,
Por su cuello rizado ofir pasea;
Los ojos de paloma, que enamora
Y en los raudales transparentes mora.
Mirra olorosa de su aliento exhala;
Las manos son al torno, y están llenas
De jacintos por gala,
Ó por indicios de sus graves penas;
Que si el jacinto es *ay* entre sus brillos,
Ostenta tantos *aves* como anillos.
Dos columnas de mármol sobre basas
De oro, sustentan su edificio bello,
Y en delicias no escasas,
Suavísimo es y ebúrneo el blanco cuello
Y todo apetecido y deseado:
Tal es, oh ninfas, mi divino amado.
Entre millares mil es escogido,
Y cual granada luce sazónada
En el prado florido,
Entre rústicos árboles plantada:
Así sin que ningún zagal le iguale,
Entre todos los otros sobresale.
Decidme dónde está el que mi alma adora,
Ó en qué parte apacienta sus corderos,
Ó hacia dónde á la hora
Meridiana descansan sus luceros,
Para que yo empiece á andar vagando
Por los rediles que le voy buscando.
Mas por mi dicha ya cumplidas veo
De Daniel sus semanas misteriosas,
Y logra mi deseo

Las áegres promesas amorosas
Que me ofrece Isaías
En todas sus sagradas profecías.
Pues ya nació aquel niño hermoso y bello;
Y ya nació aquel hijo delicado
Que será gloria al vello,
Llevando sobre el hombro el principado,
Admirable Dios, fuerte y consejero,
Rey y padre del siglo venidero.
Ya brotó aquella vara misteriosa
De Jesé la flor bella, en que descansa
Sobre su copa hermosa
Espíritu divino, en que afianza
Sabiduría, consejo, inteligencia,
Fortaleza, piedad, temor y ciencia.
Ya el fruto de David tiene la silla
De su padre; ya el lobo y el cordero
Se junta y agavilla
Y el cabritillo con el pardo fiero,
Junto al oso el becerro quieto yace,
Y como buey el león las pajas paca.
Recién nacido infante, quieto juega
En el cóncavo de áspid ponzoñoso,
Y á la caverna llega
Del Régulo nocivo, niño hermoso,
Y la manilla en ella entra seguro,
Sin poderlo dañar su aliento impuro.
Ya la señal, que Acáz pedir no quiso
Y Dios le concedió sin él pedirla,
Se ve, pues ya Dios hizo
La nueva, la estupenda maravilla,
Que á la naturaleza tanto excede,
De que una virgen para, y virgen quede.
Ya á Abraham se ha cumplido la promesa
Que Dios reiteró á Isaac, de que serían
En su estirpe y nobleza
Bendecidas las gentes que nacían
En todas las naciones
Para participar sus bendiciones.

El cetro de Judá, que ya ha saltado,
 Según fué de Jacob la profecía,
 Da á entender que ha llegado
 Del mundo la esperanza y la alegría,
 La salud del Señor que él esperaba
 Y en profético espíritu miraba.

Sólo me falta ya ver consumado
 El mayor sacrificio. ¡Oh, si llegaras
 Y de mi dulce amado
 Mereciera mi amor mirar la cara!
 Seguiréle por más que me fatigue,
 Pues dice que ha de hallarle quien le sigue.

¡Oh divino amado, quién gozara
 Acercarse á tu aliento generoso
 De fragancia más rara
 Que el vino y el unguento más precioso!
 Tu nombre es como el óleo derramado,
 Y por esto las ninfas te han amado.

Tras tus olores presto voy corriendo:
 ¡Oh con cuánta razón todas te adoran!
 Mas no estás atendiendo
 Si del sol los ardores me acaloran;
 Mira que aunque soy negra soy hermosa,
 Pues parezco á tu imagen milagrosa.

Mas allí una pastora hermosa veo:
 ¿Quién podrá ser beldad tan peregrina?
 Mas, ó miente el deseo,
 Ó ya he visto otra vez su luz divina:
 Á ella quiero acercarme,
 Por ver si puedo bien certificarme.

(Llegan la Naturaleza y la Gracia á la fuente, pónese la Naturaleza entre las ramas, y con ella la Gracia, de manera que parezca que se mira; y sale por otra parte Narciso con una honda como pastor, y canta el último verso y lo demás representa.)

NATURALEZA.

Ovejuela perdida,
 De tu dueño olvidada
 ¿Adónde vas errada?
 Mira que dividida
 (Canta.) De mí, también te apartas de tu vida.

Por las cisternas viejas
 Bebiendo turbias aguas,
 Tu necia sed enjuagas
 Y con sordas orejas,
 (Canta.) De las aguas vivificas te alejas.

En mis finezas piensa:
 Verás que siempre amante
 Te guardo vigilante,
 Te libro de la ofensa,
 (Canta.) Y que pongo la vida en tu defensa.

De la escarcha y la nieve
 Cubierto voy siguiendo
 Tus necios pasos, viendo
 Que ingrata no te mueve
 (Canta.) Ver que dejo por ti noventa y nueve.

Mira que mi hermosura
 De todas es amada,
 De todas es buscada,
 Sin reservar criatura,
 (Canta.) Y sola á ti te elige tu ventura.

Por sendas horrorosas
 Tus pasos voy siguiendo,
 Y mis plantas hiriendo
 De espinas dolorosas,
 (Canta.) Que estas selvas producen escabrosas.

Yo tengo de buscarte,
 Y aunque tema perdida,
 Por buscarte, la vida,
 No tengo de dejarte,
 (Canta.) Que antes quiero perderla, por hallarte.

¿Así me correspondes,
 Necia, de juicio errado?
 ¿No soy quien te ha criado?
 ¿Cómo no me respondes?
 (Canta.) ¿Y cómo (si pudieras) te me escondes?

Pregunta á tus mayores
 Los beneficios míos,
 Los abundantes ríos,
 Los pastos, y verdores

(Canta.) En que te apacentaron mis amores.

En un campo de abrojos,
En tierra no habitada

Te hallé sola, arriesgada
Del lobo á ser despojos,

(Canta.) Y te guardé cual niña de mis ojos.

Trájeteme á la verdura

Del más ameno prado,
Donde te ha apacentado

De la miel la dulzura,

(Canta.) Y aceite, que manó de peña dura.

Del trigo generoso

La medula escogida

Te sustentó la vida,

Hecho manjar sabroso

(Canta.) Y el licor de las uvas oloroso.

Engordaste, y lozana,

Soberbia y engreída

De verte tan lucida,

Altiamente vana

(Canta.) Mi belleza olvidaste soberana.

Buscaste otros pastores,

Á quien no conocieron

Tus padres, ni los vieron,

Ni honraron tus mayores;

(Canta.) Y con esto incitastes mis furores.

Y prorrumpí enojado:

Yo esconderé mi cara

(Á cuyas luces para

Su cara el sol dorado)

(Canta.) De este ingrato, perverso, infiel ganado.

Yo haré que mis furores

Los campos los abrasen,

Y las hierbas que pacen,

Y talen mis ardores

(Canta.) Aun los montes que son más superiores.

Mis saetas ligeras

Les tiraré, y el hambre

Corte el vital estambre,

Y de aves carniceras

(Canta.) Serán mordidos y de bestias fieras.

Probarán los furores

De arrastradas serpientes,

Y en muertes diferentes

Obrarán mis rigores

(Canta.) Fuera el cuchillo y dentro los temores.

Mira que soberano

Soy, que no le hay más fuerte,

Que yo doy vida, y muerte,

Que yo hiero; yo sano;

(Canta.) Y que nadie se escapa de mi mano.

Pero la sed ardiente

Me aflige y me fatiga;

Bien es que el curso siga

De aquella clara fuente,

(Canta.) Y que en ella templar mi amor intente.

Que pues por ti he pasado

El hambre de gozarte,

No es mucho que mostrarte

Procure mi cuidado;

(Canta.) Que de la sed por ti estoy abrasado.

(Todo esto ha de haber dicho llegando hacia la fuente, y en llegando la mira y dice.)

NARCISO.

Llego: mas ¡qué es lo que miro!

¡Qué soberana hermosura!

Afrenta con su luz pura

Todo el celestial zafiro:

Del sol el luciente giro,

Con todo el curso luciente,

Que da desde Ocaso á Oriente,

No esparce en signos y estrellas

Tanta luz, tantas centellas,

Como da sola esta fuente.

Cielo y tierra se ha cifrado

Á componer su arrebol;

El cielo con su esplendor,

Y con sus flores el prado:
La esfera se ha trasladado
Toda á quererla adornar;
Pero no, que tan sin par
Belleza, todo el desvelo
De la tierra, ni del cielo,
No lo pudieran formar.

Recién abierta granada
Sus mejillas sonrosea,
Sus dos labios hermosea
Partida cinta dorada,
Por quien la voz delicada,
Haciendo al coral agravio,
Despide el aliento sabio,
Que así á sus claveles toca;
Leche y miel vierte la boca,
Panales destila el labio.

Las perlas, que en concha breve
Guarda, se han asimilado
Al rebaño, que apiñado
Desciende en copos de nieve:
El cuerpo, que gentil mueve,
El aire á la palma toma;
Los ojos, por quien asoma
El alma en su resplandor,
Muestra, con luces de sol,
Benignidad de paloma.

Terso el bulto delicado,
De lo que á la vista ofrece,
Parva de trigo parece,
Con azucenas vallado:
De marfil es torneado
El cuello, gentil columna;
No puede igualar ninguna
Hermosura á su arrebol,
Escogida como el sol,
Y hermosa como la luna.

Con un ojo solo bello
El corazón me ha abrasado,

El pecho me ha traspasado,
Con el rizo de un cabello:
Abre el cristalino sello
De ese centro claro y frío,
Para que entre el amor mío;
Mira que traigo escarchada
La crencha de oro, rizada
Con las perlas del rocío.

Ven esposa, á tu querido,
Rompe esta cortina clara,
Muéstrame tu hermosa cara,
Suene tu voz á mi oído;
Ven del Líbano escogido,
Acaba ya de venir,
Y coronaré el Ofir
De tu madeja preciosa
Con la corona olorosa
De Amaná, Hermón y Sanir.

SONETO.

EN QUE DA MORAL CENSURA Á UNA ROSA
Y EN ELLA Á SUS SEMEJANTES.

Rosa divina, que en gentil cultura,
Eres con tu fragante sutileza
Magisterio purpúreo en la belleza,
Enseñanza nevada á la hermosura;
Amago de la humana arquitectura,
Ejemplo de la vana gentileza,
En cuyo ser unió naturaleza
La cuna alegre y triste sepultura:
¡Cuán altiva en tu pompa, presumida,
Soberbia, el riesgo de morir desdeñas,
Y luego, desmayada y encogida,
De tu caduco ser das mustias señas
Con que con docta muerte y necia vida
Viviendo engañas, y muriendo enseñas!

SONETO.

EN QUE SATISFACE UN RECELO CON LA RETÓRICA DEL LLANTO.

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
Como en tu rostro y tus acciones vía
Que con palabras no te persuadía,
Que el corazón me vieses deseaba:
Y Amor, que mis intentos ayudaba,
Venció lo que imposible parecía;
Pues entre el llanto que el dolor vertía,
El corazón deshecho destilaba.
Baste ya de rigores, mi bien: baste;
No te atormenten más celos tiranos,
Ni el vil recelo tu quietud contraste
Con sombras necias, con indicios vanos;
Pues ya en líquido humor viste y tocaste
Mi corazón deshecho entre tus manos.

SONETO.

Detente, sombra de mi bien esquivo,
Imagen del hechizo que más quiero,
Bella ilusión, por quien alegre muero,
Dulce ficción, por quien penoso vivo:
Si al imán de tus gracias atractivo
Sirve mi pecho de obediente acero,
¿Para qué me enamoras lisonjero,
Si has de burlarme luego fugitivo?
Mas blasonar no puedes satisfecho
De que triunfa de mí tu tiranía;
Que aunque dejas burlado el lazo estrecho
Que tu forma fantástica ceñía,
Poco importa burlar brazos y pecho,
Si te labra prisión mi fantasía.

LIRAS

QUE EXPRESAN SENTIMIENTOS DE AUSENTE.

Amado dueño mío:
Escucha un rato mis cansadas quejas,
Pues del viento las fio
Que breve las conduzca á tus orejas,
Si no se desvanece el triste acento
Como mis esperanzas en el viento.
Óyeme con los ojos,
Ya que están tan distantes los oídos,
Y de ausentes enojos
En ecos de mi pluma mis gemidos;
Y ya que á ti no llega mi voz ruda,
Óyeme sordo, pues me quejo muda.
Si del campo te agradas,
Goza de sus frescuras venturosas,
Sin que aquestas cansadas
Lágrimas te detengan enfadosas;
Que en él verás si atento te entretienes,
Ejemplo de mis males y mis bienes.
Si al arroyo parlero
Ves galán de las flores en el prado,
Que amante y lisonjero
Á cuantas mira íntima su cuidado,
En su corriente mi dolor te avisa
Que á costa de mi llanto tienes risa.
Si ves que triste llora
Su esperanza marchita en ramo verde
Tórtola gemidora,
En él, y en ella mi dolor te acuerde,
Que imitan con verdor, y con lamento,
El mi esperanza, y ella mi tormento.
Si la flor delicada,
Si la peña, que altiva no consiente
Del tiempo ser hollada,
Ambas me imitan, aunque variamente,

Ya con fragilidad, ya con dureza,
Mi dicha aquélla, y ésta mi firmeza.
Si ves el ciervo herido
Que baja por el monte acelerado,
Buscando, dolorido,
Alivio al mal en un arroyo helado,
Y sediento, al cristal se precipita,
No en el alivio, en el dolor me imita.
Si la liebre encogida
Huye medrosa de los galgos fieros,
Y por salvar la vida
No deja estampa de los pies ligeros,
Tal mi esperanza en dudas y recelos
Se ve acusada de villanos celos.
Si ves el cielo claro,
Tal es la sencillez del alma mía;
Y si, de luz avaro,
De tinieblas se emboza el claro día,
Es con su obscuridad y su inclemencia
Imagen de mi vida en esta ausencia.
Así que (Fabio amado)
Saber puedes mis males sin costarte
La noticia cuidado;
Pues puedes de los campos informarte,
Y pues yo á todo mi dolor ajusto,
Saber mi pena sin dejar tu gusto.
Mas ¿cuándo (¡ay gloria mía!)
Mereceré gozar tu luz serena?
¿Cuándo llegará el día
Que pongas dulce fin á tanta pena?
¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto,
Y de los míos quitarás el llanto?
¿Cuándo tu voz sonora
Herirá mis oídos, delicada,
Y el alma, que te adora,
De inundación de gozos anegada
Á recibirte con amante prisa
Saldrá á los ojos desatada en risa?
¿Cuándo tu luz hermosa

Revestirá de gloria mis sentidos?
Y ¿cuándo yo dichosa
Mis suspiros daré por bien perdidos,
Teniendo en poco el precio de mi llanto,
Que tanto ha de penar, quien goza tanto?
¿Cuándo de tu apacible
Rostro alegre veré el semblante afable
Y aquel bien indecible,
Á toda humana pluma inexplicable?
Que mal se ceñirá á lo definido
Lo que no cabe en todo lo sentido.
Ven, pues, mi prenda amada;
Que ya fallece mi cansada vida
De esta ausencia pesada;
Ven, pues, que mientras tarda tu venida,
Aunque me cueste su verdor enojos,
Regaré mi esperanza con mis ojos.

LIRAS

QUE DAN ENCARECIDA SATISFACCIÓN Á UNOS CELOS.

Pues estoy condenada,
Fabio, á la muerte por decreto tuyo,
Y la sentencia airada
Ni la apelo, resisto, ni la huyo:
Óyeme, que no hay reo tan culpado,
Á quien el confesar le sea negado.
Porque te han informado
Dices, de que mi pecho te ha ofendido,
Me has fiero condenado;
Y pueden en tu pecho endurecido
Más la noticia incierta, que no es ciencia,
Que de tantas verdades la experiencia.
Si á otros crédito has dado,
Fabio, ¿por qué á tus ojos se lo niegas?
Y el sentido trocado,
De la ley al cordel mi cuello entregas:

Pues liberal me amplías los rigores,
Y avaro me restringes los favores.
Si á otros ojos he visto,
Mátenme, Fabio, tus airados ojos:
Si á otro cariño asisto,
Asístanme implacables tus enojos:
Y si otro amor del tuyo me divierte,
Tú, que has sido mi vida, me des muerte.
Si á otro, alegre, he mirado,
Nunca alegre me mires, ni te vea:
Si le hablé con agrado,
Eterno desagrado en ti posea:
Y si otro amor inquieta mi sentido,
Sáquesme el alma tú, que mi alma has sido.
Mas supuesto que muero
Sin resistir á mi infelice suerte,
Que me des sólo quiero
Licencia de que escoja yo mi muerte:
Deja la muerte á mi elección medida;
Pues en la tuya pongo yo la vida.
No muero de rigores,
Fabio, cuando morir de amores puedo;
Pues con morir de amores,
Tú acreditado, y yo bien puesta quedo;
Que morir por amor, no de culpada,
No es menos muerte, pero es más honrada.
Perdón en fin te pido
De las muchas ofensas que te he hecho
En haberte querido;
Que ofensas son, pues son á tu despecho,
Y con razón te ofendes de mi trato;
Pues que yo con quererte te hago ingrato.

REDONDILLAS.

EN QUE DESCRIBE RACIONALMENTE LOS EFECTOS IRRACIONALES
DEL AMOR.

Este amoroso tormento,
Que en mi corazón se ve,

Sé, que lo siento, y no sé
La causa por que lo siento.
Siento una grave agonía
Por lograr un desvaneó,
Que empieza como deseo,
Y para en melancolía.
Y cuando con más terneza
Mi infeliz estado lloro,
Sé que estoy triste, é ignoro
La causa de mi tristeza.
Siento un anhelo tirano,
Por la ocasión á que aspiro,
Y cuando cerca la miro,
Yo misma aparto la mano.
Porque si acaso se ofrece,
Después de tanto desvelo,
La desazona el recelo,
Ó el susto la desvanece.
Y si alguna vez sin susto
Consigo tal posesión,
Que cualquier leve ocasión
Me malogra todo el gusto.
Siento mal del mismo bien
Con receloso temor,
Y me obliga el mismo amor
Tal vez á mostrar desdén.
Cualquier leve ocasión labra
En mi pecho de manera
Que el que imposible venciera
Se irrita de una palabra.
Con poca causa ofendida
Suelo, en mitad de mi amor,
Negar un leve favor
Á quien le diera la vida.
Ya sufrida, ya irritada
Con contrarias penas lucho,
Que por él sufriré mucho,
Y con él, sufriré nada.
No sé en qué lógica cabe,

El que tal cuestión se pruebe,
Que por él, lo grave es leve,
Y con él, lo leve es grave.

Sin bastantes fundamentos
Forman mis tristes cuidados,
De conceptos engañados,
Un monte de sentimientos.

Y en aquel fiero conjunto
Hallo, cuando se derriba,
Que aquella máquina altiva
Sólo estribaba en un punto.

Tal vez el dolor me engaña,
Y presumo sin razón,
Que no habrá satisfacción,
Que pueda templar mi saña.

Y cuando á averiguar llego
El agravio por que riño,
Es como espanto de niño,
Que para en burlas y juego.

Y aunque el desengaño toco,
Con la misma pena lucho,
De ver que padezco mucho,
Padeciendo por tan poco.

Á vengarse se abalanza
Tal vez el alma ofendida,
Y después arrepentida
Tomo de mí otra venganza.

Y si al desdén satisfago,
Es con tan ambiguo error,
Que yo pienso que es rigor,
Y se remata en halago.

Hasta el labio desatento
Suele equivoco tal vez,
Por usar de la altivez
Encontrar el rendimiento.

Cuando por soñada culpa
Con más enojo me incito,
Yo le acrimino el delito,
Y le busco la disculpa.

No huyo el mal ni busco el bien;
Porque en mi confuso error,
Ni me asegura el amor,
Ni me despecha el desdén.

En mi ciego devaneo,
Bien hallada con mi engaño,
Solicito el desengaño,
Y no encontrarlo deseo.

Si alguno mis quejas oye
Más á decirlas me obliga,
Porque me las contradiga,
Que no porque las apoye.

Porque si con la pasión
Algo contra mi amor digo,
Es mi mayor enemigo,
Quien me concede razón.

Y si acaso en mi provecho
Hallo la razón propicia,
Me embaraza la justicia,
Y ando cediendo el derecho.

Nunca hallo gusto cumplido;
Porque entre alivio y dolor,
Hallo culpa en el amor,
Y disculpa en el olvido.

Esto de mi pena dura
Es algo del dolor fiero,
Y mucho más no refiero,
Porque pasa de locura.

Si acaso me contradigo
En este confuso error,
Aquel que tuviere amor
Entenderá lo que digo.

REDONDILLAS.

Pedirte, señora, quiero
De mi silencio perdón,
Si lo que ha sido atención,
Le hace parecer grosero.

Y no me podrás culpar,
Si hasta aquí mi proceder,
Por ocuparse en querer,
Se ha olvidado de explicar.

Que en mi amorosa pasión,
No fué descuido ni mengua,
Quitar el uso á la lengua,
Por dárselo al corazón.

Ni de explicarme dejaba;
Que como la pasión mía
Acá en el alma te vía,
Acá en el alma te hablaba.

Y en esta idea notable
Dichosamente vivía;
Porque en mi mano tenía
El fingirte favorable.

Con traza tan peregrina
Vivió mi esperanza vana;
Pues te pudo hacer humana
Concibiéndote divina.

¡Oh! ¡Cuán loca llegué á verme
En tus dichosos amores;
Que aun fingidos tus favores
Pudieron enloquecerme!

¡Oh! ¡Cómo en tu sol hermoso
Mi ardiente afecto encendido,
Por cebarse en lo lucido,
Olvidó lo peligroso!

Perdona, si atrevimiento
Fué atreverme á tu ardor puro;
Que no hay sagrado seguro
De culpas de pensamiento.

De esta manera engañaba
La loca esperanza mía,
Y dentro de mí tenía
Todo el bien que deseaba.

Mas ya tu precepto grave
Rompe mi silencio mudo;
Que él solamente ser pudo

De mi respeto la llave.

Y aunque el amar tu belleza
Es delito sin disculpa,
Castigueseme la culpa
Primero que la tibieza.

No quieras, pues, rigurosa,
Que estando ya declarada,
Sea de veras desdichada,
Quien fué de burlas dichosa.

Si culpas mi desacato,
Culpa también tu licencia;
Que si es mala mi obediencia,
No fué justo tu mandato.

Y si es culpable mi intento,
Será mi afecto precito;
Porque es amarte un delito
De que nunca me arrepiento.

Esto en mis afectos hallo,
Y más que explicar no sé;
Mas tú, de lo que callé,
Inferirás lo que callo.

ROMANCE.

Supuesto, discurso mío,
Que gozáis en todo el orbe,
Entre aplausos de entendido,
De agudo veneraciones;

Mostradlo en el duro empeño
En que mis ansias os ponen,
Dando salida á mis dudas,
Dando aliento á mis temores.

Empeño vuestro es el mío;
Mirad que será desorden
Ser en causa ajena agudo,
Y en la vuestra propia torpe.

Ved, que es querer, que las causas,

Con efectos desconformes,
Nieves el fuego congele,
Que la nieve llamas brote.

Manda la razón de Estado
Que, atendiendo á obligaciones,
Las partes de Fabio olvide,
Las prendas de Silvio adore.

Ó que al menos, si no puedo
Vencer tan fuertes pasiones,
Cenizas de disimulo
Cubran amantes ardores.

¡Qué vano disfraz la juzgo!
Pues harán, cuando más obren,
Que no se mire la llama,
No que el ardor no se note.

¿Cómo podré yo mostrarme,
Entre estas contradicciones,
Á quien no quiero, de cera,
Á quien adoro, de bronce?

¿Cómo el corazón podrá,
Cómo sabrá el labio torpe
Fingir halago, olvidando,
Mentir, amando, rigores?

¿Cómo sufrir abatido,
Entré tan bajas ficciones,
Que lo desmienta la boca
Podrá un corazón tan noble?

¿Y cómo podrá la boca
Cuando el corazón se enoje,
Fingir cariños, faltando
Quien le ministre razones?

¿Podrá mi noble altivez
Consentir que mis acciones
De nieve y de fuego sirvan
De ser fábula del orbe?

Y yo doy, que tanta dicha
Tenga, que todos lo ignoren:
Para pasar la vergüenza
¿No basta que á mi me conste?

Que aquesto es razón me dicen
Los que la razón conocen:
Pues ¿cómo la razón puede
Forjarse de sinrazones?

¿Qué te costaba, hado impío,
Dar al repartir tus dones,
Ó los méritos á Fabio,
Ó á Silvio las perfecciones?

Dicha y desdicha de entrambos
La suerte les descompone,
Con que el uno su desdicha,
Y el otro su dicha ignore.

¿Quién ha visto que tan varia
La fortuna se equivoque,
Y que el dichoso padezca
Porque el infelice goce?

No me convence el ejemplo
Que en el Mongibelo ponen,
Que en él es natural gala,
Y en mí violencia disforme.

Y resistir el combate
De tan encontrados golpes,
No cabe en lo sensitivo,
Y puede sufrirlo un monte.

¡Oh vil arte! cuyas reglas
Tanto á la razón se oponen,
Que para que se ejecuten,
Es menester que se ignoren.

¿Qué hace en adorarme Silvio?
¿Cuando más fino blasone
Querirme, es más que seguir
De su inclinación el Norte?

Gustoso vive en su empleo
Sin que disgustos le estorben:
¿Pues qué vence, si no vence
Por mí sus inclinaciones?

¿Qué víctimas sacrifica,
Qué incienso en mis aras pone,
Si cambia sus rendimientos

Al precio de mis favores?
Más hago yo; pues no hay duda
Que hace finezas mayores
Que el que voluntario ruega,
Quien violenta corresponde.
Porque aquél sigue obediente
De su estrella el curso dócil,
Y ésta contra la corriente
De su destino se opone.
Él es libre para amarme,
Aunque otra su amor provoque,
¿Y no tendré yo la misma
Libertad en mis acciones?
Si él restituir no puede,
Su incendio mi incendio abone:
¿Violencia que á él le sujeta,
Qué mucho que á mí me postre?
¿No es rigor, no es tiranía,
Siendo iguales las pasiones,
No poder él reportarse,
Y querer que me reporte?
Quererle porque él me quiere
No es justo que amor se nombre;
Que no ama quien para amar
El ser amado supone.
No es amor correspondencia:
Causas tiene superiores,
Que las concilian los astros
Ó la engendran perfecciones.
Quien ama porque es querida,
Sin otro impulso más noble,
Desprecia el amante, y ama
Sus propias adoraciones.
Del humo del sacrificio
Quiere los vanos honores,
Sin mirar sí al oferente
Hay méritos que le adornen.
Ser potencia y ser objeto,
Á toda razón se opone;

Porque era ejercer en sí
Sus propias operaciones.
A parte rei se distinguen,
El objeto, que conoce;
Y lo amable, no lo amante,
Es blanco de sus arpones.
Amor no busca la paga
De voluntades conformes;
Que tan bajo interés fuera
Indigna usura en los dioses.
No hay cualidad que en él pueda
Imprimir alteraciones,
Del velo de los desdenes,
Del fuego de los favores.
Su ser es inaccesible
Al discurso de los hombres;
Que aunque el efecto se sienta,
La esencia no se conoce.
Y en fin, cuando en mi favor
No hubiera tantas razones,
Mi voluntad es de Fabio:
Silvio y el mundo perdonen.

ROMANCE.

Ya que para despedirme,
Dulce, idolatrado dueño,
Ni me da licencia el llanto,
Ni me da lugar el tiempo:
Háblente los tristes rasgos,
Entre lastimeros ecos,
De mi triste pluma, nunca
Con más justa causa negros.
Y aun ésta te hablará torpe
Con las lágrimas que vierto;
Porque va borrando el agua
Lo que va dictando el fuego.
Hablar me impiden mis ojos,
Y es, que se anticipan ellos,

Viendo lo que he de decirte,
A decírtelo primero.

Oye la elocuencia muda
Que hay en mi dolor, sirviendo
Los suspiros, de palabras,
Las lágrimas, de conceptos.

Mira la fiera borrasca
Que pasa en el mar del pecho,
Donde zozobran turbados
Mis confusos pensamientos.

Mira, cómo ya el vivir
Me sirve de afán grosero,
Que se avergüenza la vida
De durarme tanto tiempo.

Mira la muerte, que esquiva
Huye, porque la deseo;
Que aun la muerte, si es buscada,
Se quiere subir de precio.

Mira cómo el cuerpo amante,
Rendido á tanto tormento,
Siendo en lo demás cadáver,
Sólo en el sentir es cuerpo.

Mira cómo el alma misma
Aun teme, en su ser exento,
Que quiera el dolor violar
La inmunidad de lo eterno.

En lágrimas y suspiros,
Alma y corazón á un tiempo,
Aquél se convierte en agua,
Y ésta se resuelve en viento.

Ya no me sirve de vida
Esta vida que poseo,
Sino de condición sola
Necesaria al sentimiento.

¿Mas por qué gasto razones
En contar mi pena, y dejo
De decir lo que es preciso,
Por decir lo que estás viendo?

En fin, te vas: ¡Ay de mí!

Dudosamente lo pienso;
Pues si es verdad, no estoy viva,
Y si viva, no lo creo.

¿Posible es que ha de haber día
Tan infausto, tan funesto,
En que sin ver yo las tuyas
Esparza sus luces Febo?

¿Posible es que ha de llegar
El rigor á tan severo,
Que no ha de darle tu vista
Á mis pesares aliento?

¿Qué no he de ver tu semblante?
¿Qué no he de escuchar tus ecos?
¿Qué no he de gozar tus brazos?
¿Ni me ha de animar tu aliento?

¡Ay mi bien! ¡Ay prenda mía!
¡Dulce fin de mis deseos!
¿Por qué me llevas el alma,
Dejándome el sentimiento?

Mira que es contradicción
Que no cabe en un sujeto,
Tanta muerte en una vida,
Tanto dolor en un muerto.

Mas ya que es preciso (¡ay triste!)
En mi infelice suceso,
Ni vivir con la esperanza,
Ni morir con el tormento:

Dame algún consuelo tú
En el dolor que padezco,
Y quien en el suyo muere,
Viva, siquiera, en tu pecho.

No te olvides que te adoro,
Y sírvate de recuerdo
Las finezas que me debes,
Si no las prendas que tengo.

Acuérdate que mi amor
Haciendo gala del riesgo,
Sólo por atropellarlo,
Se alegraba de tenerlo.

Y si mi amor no es bastante,
El tuyo mismo te acuerdo,
Que no es poco empeño haber
Empezado ya en empeño.

Acuérdate, señor mío,
De tus nobles juramentos,
Y lo que juró tu boca,
No lo desmientan tus hechos.

Y perdona, si en temer
Mi agravio, mi bien, te ofendo;
Que no es dolor, el dolor
Que se contiene en lo atento.

Y adiós, que con el ahogo
Que me embarga los alientos,
Ni sé ya lo que te digo,
Ni lo que te escribo leo.

ENDECHAS

QUE PRORRUMPEN EN LAS VOCES DEL DOLOR AL DESPEDIRSE
PARA UNA AUSENCIA.

Si acaso, Fabio mío,
Después de penas tantas,
Quedan para las quejas
Alientos en el alma;

Si acaso en las cenizas
De mi muerta esperanza,
Se libró por pequeña
Alguna débil rama,

Adonde entretenerse,
Con fuerza limitada,
El rato que me escuchas,
Pueda la vital aura;

Si acaso á la tijera
Mortal, que me amenaza,
Concede breves treguas
La inexorable Parca,

Oye en tristes endechas

Las tiernas consonancias,
Que al moribundo cisne
Sirven de exequias blandas.

Y antes que noche eterna,

Con letal llave opaca,
De mis trémulos ojos
Cierre las lumbres vagas,

Dame el postrer abrazo,
Cuyas tiernas lazadas,
Siendo unión de los cuerpos,
Identifican almas.

Oiga tus dulces ecos,
Y en cadencias turbadas,
No permite el ahogo
Enteras las palabras.

De tu rostro en el mío
Haz amoroso estampa
Y las mejillas frías
De ardiente llanto baña.

Tus lágrimas, y mías,
Digan equivocadas
Que, aunque en distintos pechos,
Las engendró una causa.

Unidas de las manos,
Las bien tejidas palmas,
Con movimientos digan
Lo que los labios callan.

Dame por prendas firmes
De tu fe no violada,
En tu pecho, escrituras,
Seguros en tu cara;

Para que cuando baje
Á las estigias aguas,

Tuyo el óbolo sea
Para fletar la barca.

Recibe de mis labios
El que, en mortales ansias,
El exánime pecho
Último aliento exhala.

Y el espíritu ardiente,
Que vivifica llama
De acto sirvió primero
Á tierra organizada,

Recibe, y de tu pecho
En la dulce morada,
Padrón eterno sea
De mi fineza rara.

Y adiós, Fabio querido;
Que ya el aliento falta,
Y de vivir se aleja
La que de tí se aparta.

ENDECHAS

QUE DISCURREN FANTASÍAS TRISTES DE UN AUSENTE.

Prolija memoria,
Permite, siquiera,
Que por un instante
Sosiegue mis penas.

Afloja el cordel,
Que (según aprietas)
Temo que reviente,
Si das otra vuelta.

Mira, que si acabas
Con mi vida, cesa
De tus tiranías
La triste materia.

No piedad te pido
En aquestas treguas,

Sino que otra especie
De tormento sea.

Ni de mí presumas
Que soy tan grosera
Que la vida sólo
Para vivir quiera.

Bien sabes tú, como
Quien está tan cerca,
Que sólo la estimo
Por sentir con ella.

Y porque perdida,
Perder era fuerza
Un amor que pide
Duración eterna:

Por esto te pido
 Que tengas clemencia,
 No, porque yo viva,
 Sí, porque él no muera.
 ¿No basta cuán vivas
 Se me representan
 De mi ausente cielo
 Las divinas prendas?
 ¿No basta acordarme
 Sus caricias tiernas,
 Sus dulces palabras,
 Sus nobles finezas?
 ¿Y no basta que
 Industriosa crezcas,
 Con pasadas glorias,
 Mis presentes penas?
 Sino que ¡ay de mí!
 Mi bien, quién pudiera
 No hacerte este agravio
 De temer mi ofensa!
 Sino que, villano,
 Persuadirme intentas,
 Que mi agravio es
 Posible que sea.
 Y para formarlo,
 Con necia agudeza,
 Con cuerdas palabras,
 Acciones contestas:
 Sus proposiciones
 Me las interpretas,
 Y lo que en paz dijo
 Me sirve de guerra.
 ¿Para qué examinas,
 Si habrá quién merezca
 De tus bellos ojos
 Atenciones tiernas?
 ¿Si de otra hermosura
 Acaso le llevan

Méritos más altos,
 Más dulces ternezas?
 ¿Si de obligaciones
 La carga molesta
 Le obliga en mi agravio,
 Á pagar la deuda?
 ¿Para qué ventilas
 La cuestión superflua,
 De si es la mudanza
 Hija de la ausencia?
 Ya yo sé que es frágil
 La naturaleza,
 Y que su constancia
 Sola es no tenerla.
 Sé que la mudanza
 Por puntos, en ella
 Es, de su ser propio,
 Caduca dolencia.
 Pero también sé
 Que ha habido firmeza,
 Que ha habido excepciones
 De la común regla:
 ¿Pues por qué la suya
 Quieres tú que sea,
 Siendo ambas posibles,
 De aquélla, y no de ésta?
 Mas ¡ay! que ya escucho,
 Que das por respuesta,
 Que son más seguras
 Las cosas adversas.
 Con estos temores,
 En confusa guerra,
 Entre muerte y vida
 Me tienes suspenso.
 Ven á algún partido
 De una vez, y acepta
 Permitir que viva,
 Ó dejar que muera.

ROMANCE

EN QUE EXPRESA LOS EFECTOS DEL AMOR DIVINO, Y PROPONE
 MORIR AMANTE Á PESAR DE TODO RIESGO.

Traigo conmigo un cuidado
 Y tan esquivo que creo
 Que aunque sé sentirlo tanto,
 Aun yo misma no lo siento.
 Es amor, pero es amor,
 Que faltándole lo ciego,
 Los ojos que tiene son
 Para darle más tormento.
 El término no es *à quo*,
 Que causa el pesar que veo,
 Que siendo el término el bien,
 Todo el dolor es el medio.
 Si es lícito, y aun debido
 Este cariño que tengo,
 ¿Por qué me han de dar castigo?
 ¿Por qué pago lo que debo?
 ¡Oh, cuánta fineza! ¡Oh, cuántos
 Cariños he visto tiernos!
 Que amor que se tiene en Dios
 Es calidad sin opuestos.
 De lo lícito no puede
 Hacer contrarios conceptos,
 Con que es amor, que al olvido
 No puede vivir expuesto.
 Yo me acuerdo ¡oh nunca fuera!
 Que he querido en otro tiempo
 Lo que pasó de locura,
 Y lo que excedió de extremo.
 Mas como era amor bastardo,
 Y de contrarios compuesto,
 Fué fácil desvanecerse,
 De achaque de su ser mesmo.
 Mas ahora ¡ay de mí! está

Tan en su natural centro,
Que la virtud y razón
Son quien aviva su incendio.

Quien tal oyere dirá
Que si es así, ¿por qué peno?
Mas mi corazón ansioso
Dirá que por eso mismo.

¡Oh humana flaqueza nuestra,
¿dónde el más puro afecto
Aun no sabe desnudarle
Del natural sentimiento!

Tan precisa es la apetencia
Que á ser amados tenemos,
Que aun sabiendo que no sirve
Nunca dejarla sabemos.

Que corresponda á mi amor
Nada añade; mas no puedo
(Por más que lo solicito)
Dejar yo de apetecerlo.

Si es lícito, ya lo digo;
Si es culpa, ya la confieso;
Mas no puedo arrepentirme
Por más que hacerlo pretendo.

Bien ha visto quien penetra
Lo interior de mis secretos,
Que yo misma estoy formando
Los dolores que padezco.

Bien sabe que soy yo misma
Verdugo de mis deseos,
Pues muertos entre mis ansias,
Tienen sepulcro en mi pecho.

Muero (¿quién lo creará?) á manos
De la cosa que más quiero,
Y el motivo de matarme
Es el amor que le tengo.

Así alimentando triste
La vida con el veneno,
La misma muerte que vivo
Es la vida con que muero.

Pero valor, corazón,
Porque en tal dulce tormento,
En medio de cualquier suerte
No dejar de amar protesto.

ROMANCE AL MISMO INTENTO.

Mientras la gracia me excita
Por elevarme á la esfera,
Más me abate hasta el profundo
El peso de mis miserias.

La virtud y la costumbre
En el corazón pelean;
Y el corazón agoniza,
En tanto que lidian ellas.

Y aunque es la virtud tan fuerte
Temo que tal vez la venzan;
Que es muy grande la costumbre,
Y está la virtud muy tierna.

Obscurécese el discurso
Entre confusas tenieblas;
Pues ¿quién podrá darme luz,
Si está la razón á ciegas?

De mí misma soy verdugo,
Y soy cárcel de mí mesma,
¿Quién vió que pena y penante
Una propia cosa sean?

Hago disgusto á lo mismo
Que más agradar quisiera;
Y del disgusto que doy,
En mí resulta la pena.

Amo á Dios, y siento en Dios;
Y hace mi voluntad mesma
De lo que es alivio, cruz,
Del mismo puerto, tormenta.

Padezca, pues Dios lo manda;
Mas de tal manera sea,
Que si son penas las culpas,
Que no sean culpas las penas.

ROMANCE

A CRISTO SACRAMENTADO DÍA DE COMUNIÓN.

Amante dulce del alma,
Bien soberano á que aspíro,
Tú, que sabes las ofensas
Castigar á beneficios,
Divino imán en que adoro;
Hoy, que tan propicio os miro,
Que me animáis la osadía
De poder llamaros mío:

Hoy, que en unión amorosa
Pareció á vuestro cariño,
Que si no estabais en mí,
Era poco estar conmigo:
Hoy, que para examinar
El afecto con que os sirvo,
Al corazón en persona
Habéis entrado vos mismo.

Pregunto, ¿es amor ó celos
Tan cuidadoso escrutinio?
Que quien lo registra todo,
Da de sospechar indicios.

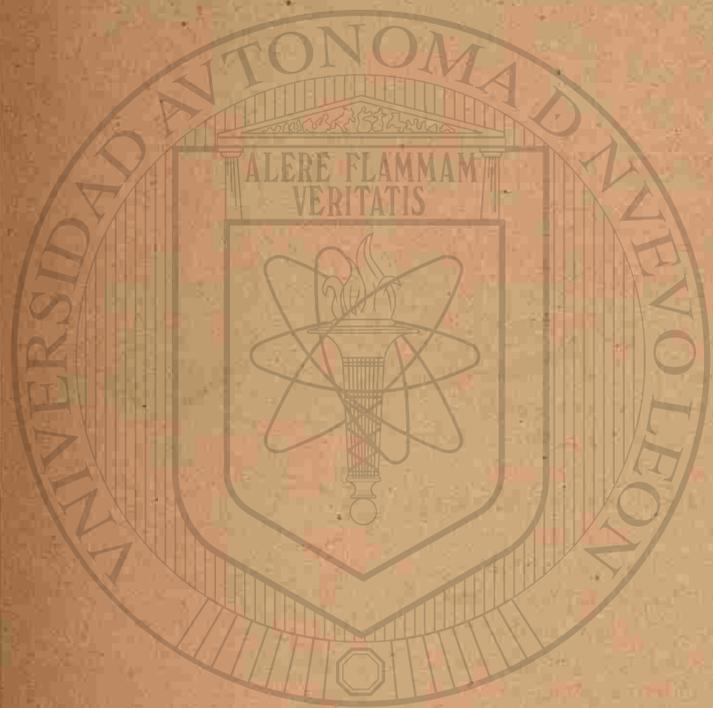
Mas ¡ay, bárbara, ignorante,
Y qué de errores he dicho,
Como si el estorbo humano
Obstara al lince divino!

Para ver los corazones,
No es menester asistirlos,
Que para vos son patentes
Las entrañas del abismo.

Con una intuición presente
Tenéis en vuestro registro
El infinito pasado
Hasta el presente finito.

Luego no necesitabais
Para ver el pecho mío,
Si lo estáis mirando sabio,
Entrar á mirarlo fino.

Luego es amor, no celos,
Lo que en vos miro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FR. MANUEL DE NAVARRETE.

SONETO.

DE LA HERMOSURA.

Mira esa rosa, Lisi, en la mañana
Con las perlas del alba enriquecida,
Y en trono de esmeraldas, tan erguida,
Que parece del campo soberana.
No tarda, aunque la miras tan ufana,
En verse por los vientos sacudida,
Y advertirás entonces convertida
En mustia palidez su hermosa grana.
No de otra suerte, Lisi, tu belleza,
Cual si de eterna fuese su esperanza,
Te adorna de gallarda gentileza;
Pero vendrá la muerte sin tardanza,
Y marchito el verdor de su entereza,
Del trono la hará caer de la privanza.

LA DIVINA PROVIDENCIA.

Poema eucarístico, dividido en tres cantos (1).

INTRODUCCIÓN.

Lejos, lejos de mí, versos profanos,
Y con sagrada lira

(1) Sólo reproducimos los dos primeros. El tercero es más débil y prosaico.

Cantemos al Señor que nos inspira
Asuntos soberanos:
Lejos de mí los versos que son vanos.
Como aquel que despierta alborozado
Después de haber soñado
Mil quimeras preciosas,
Pero que como sombra su alegría
Desparece, mirando que estas cosas
Fueron engaños de su fantasía:
Así pienso el que estoy: un gran vacío
Halló en el pecho mío,
Después de que canté tantos amores
De inocentes zagalas y pastores.
Mas ya que la verdad con presto vuelo
De la mansión lumbrosa
Baja, y disipa como luz del cielo
La apariencia engañosa
Que tuvieron por fútiles mis versos,
Otros caminos seguiré diversos,
Y elevaré mis tonos entretanto
Que alabo la Divina Providencia
Del numen sacrosanto.
¡Oh, si pudiese hacer una pintura
De su amor y clemencia!
Entonces la poesía
Empleara como debe su hermosura,
Y dando en estos cantos
Gracias debidas por favores tantos,
Sus sienes ceñiría
Con un laurel eterno
Que no lo marchitara el crudo invierno.
¡Oh, abrázame, mi Dios! dame tu aliento;
Que no tiene la pobre musa mía
Para tanto argumento,
Ni discurso, ni gracia, ni ornamento.
¡Oh, si todo lo hubiese de tu mano!
Dame, Señor, tu aliento soberano,
Y mi agradecimiento, y mis amores,
Saliendo del letargo más profundo,

Cantarán tus favores,
Y extenderán tu nombre en todo el mundo.

CANTO PRIMERO.

Cuando con alas de inmortal deseo
Vuelo hacia todos lados,
Subo y bajo los cielos elevados,
Y tantos seres veo
En su orden respectivo colocados:
Cuando la luz me guía
De la alma religión, nunca pudiera
Preguntarles dudosa el alma mía:
¿Cuál es el numen misericordioso
Que desde su alta esfera
Cuida de tantos seres amoroso?
Alza, mortal, los ojos, ve y admira
Los cuidados de Dios siempre velando
Sobre toda la gran naturaleza:
Mira los bienes, los regalos mira
Que está siempre manando
La fuente perenal de sus ternezas:
Todo anuncia cariños y finezas
Del padre universal, del Dios de amores,
Que al mirar nuestra débil existencia
Nos colma de favores:
Todo anuncia su amable providencia.
Ríe el alba en los cielos avisando
Que viene el claro día,
Y luego asoma el sol resplandeciente
Á cuyo fuego blando
Restaura su alegría
Y su vital calor todo viviente.
Sólo Dios pudo ser tan providente:
Su infatigable empeño
Aun en lo más pequeño
Se muestra cuidadoso:
Porque ¿quién sino el Todopoderoso

Dice á las aves, al dejar sus nidos,
Que vuelen en bandadas
Á los anchos y fértiles ejidos,
Para volver cargadas
Á socorrer sus míseros hijuelos,
Que al padre de los cielos
En flébiles piadas
Le piden el sustento?
Sólo Dios pudo hacer este portentoso.
Pero aun á más se extiende su cuidado,
Viendo por lo que está más retirado:
Porque, ¿quién sino él mismo pule y viste
En el valle más hondo y apartado,
De tan bello color, al lirio triste?
Sólo Dios, el señor de cuanto existe:
Y si su mano ahora
Hace que salga por el alto cielo
La rutilante aurora
Para alegrar la habitación del suelo;
Después hará á la noche que descienda
Sobre nuestra morada,
Y del sueño tranquilo acompañada,
Hará benigno que sus alas tienda.
Entonces cuando el cielo
Parece recogerse, y que ha bajado
La tierra, y que se cubre con el velo
Que la noche de estrellas ha corrido.....
Pero el Señor no duerme..... cuando el mundo,
De lóbregas tinieblas rodeado,
Descansa en un silencio tan profundo
Cual si lo hubiese Dios dado al olvido,
¿Quién sino Dios entonces, al rugido
Del formidable león que en la espesura
Estremece los montes levantados;
Quién sino Dios sus manos extendiera
Para saciar el hambre de una fiera
Que sale entonces de su cueva obscura?
Tales son del Eterno los cuidados:
Al fin es su criatura:

Ella, cual todas, su favor espera,
Pues sólo Dios pudiera
Mantener providente cuantas cosas
Salieron de sus manos poderosas.
Sí, Señor, sólo tú, desde el brillante
Alcázar de diamante
Que elevaste en el alto firmamento,
Sobre todos los seres vigilante,
Y poniendo en seguro movimiento
Los orbes celestiales;
Sí, Señor, desde allá, según el modo
Que apenas se trasluce á los mortales,
Todo lo miras y lo arreglas todo.
¡Todo!..... sí, pues no fuera consiguiente
Que siendo tú el autor de lo criado,
Otro fuera encargado
De ser en cosa alguna providente.
Todo lo riges acertadamente;
Sin que lleve Eölo
El carro de los vientos, ni Neptuno
El cerúleo tridente:
Porque tu cetro, sólo
Tu cetro de esplendor, y no otro alguno,
Sobre el vasto universo representa
El gobierno del Dios que lo sustenta.
Mas ¿qué genio divino,
Como á recios impulsos, me ha obligado
Á subir sobre el cielo cristalino?
Deja, mi musa, deja el estrellado
Lugar, y en manso vuelo
Baja, y me muestra en el humilde suelo
Las grandes profusiones
De Dios en las anuales estaciones:
Baja y canta al Señor, que va guiando
Al año por las tierras circulando.
CANTO SEGUNDO.
Al modo que los hábiles pintores,
En ingeniosos cuadros aplicando

Oportunos colores,
Nos van representando
Los aspectos que el año va mudando;
Y como en cuatro imágenes procura,
De admirable y feliz correspondencia
Con la madre natura,
Instruirnos la pintura,
Hasta hacernos tocar con evidencia
Los favores de la alta providencia,
Así también ufano yo quería
Que en sus versos lo hiciera
La alegre musa mía.
¡Oh tú, sabio *Barquera!*
Dirígela entretanto,
Dirígela, te ruego, mientras canto
La dulce primavera.
¡Cuán bella se nos muestra por el llano,
Y cuál es su decoro
De esa la amable ninfa del verano,
Cuando el sol entra ufano
En la alta casa del carnero de oro!
¡Cuán risueña se mira en la espaciosa
Y afortunada selva, coronando
Al joven año de clavel y rosa!
Y al verla tan hermosa,
Los apacibles céfiros volando,
Los arroyos corriendo,
Los melodiosos pájaros cantando
Y las flores riendo.....
Naturaleza toda á su presencia
Alaba á la Divina Providencia.
Sigue el año su curso presuroso,
Y en tanto que los cielos van rodando
Sobre sus firmes ejes, va tornando
El sol por su camino luminoso.
Asoma luego el caluroso estío,
Y las espigas de los campos dora
Que hizo brotar la mano agricultora
Entre la escarcha del invierno frío.

Arden los valles; pero el ancho río,
Los bosques y las auras matinales,
Restauran el vigor de los mortales;
Cuando, por otra parte, los despojos
De la alegre y fecunda sementera
Ofrecen mil contentos á los ojos;
La rubia mies preséntase en manojos
Sobre los altos carros; la galera
En su anchuroso seno la atesora;
Prepárase la era,
Y la hambre asoladora,
Que hace á las gentes formidable guerra,
Como asustada sale de la tierra.
Resuena en las cabañas la alegría
De la gente del campo bienhadada,
Y la sombra de Ceres disipada,
El canto sube á la región del día.
Pero el Señor le escucha, y con violencia
Convoca á su presencia
Mil espesos nublados
Que de agua y refrigerio van cargados.
Su seña aguardan y en el mismo instante,
Que responde á su voz el firmamento,
La máquina del mundo, vacilante,
Se pone en movimiento:
Sopla agitado el viento;
El polo cruje; el éter se ilumina;
La catarata se abre repentina,
Y baja por el aire estrepitosa
En torrentes la lluvia cristalina.
Cruza la tempestad, y la frescura
Que deja por la tierra calurosa,
Fomenta el seno de la gran natura.
¡Tiempo dichoso en que la huerta amena
Su abundancia nos brinda, ya madura
De frutas tantas con que Dios la llena!
Este es el tiempo en que el cantor famoso
De la otoñal riqueza nos mostraba
Las matutinas horas, y ardoroso

Con su cítara dulce las cantaba
En la cuna del alba amaneciendo,
Al punto que asomaba
Vertumno con sus ninfas, ofreciendo
Á los hombres sus huertos en bonanza.
Sí, *Canazul* felice, hijo de Apolo;
Tú las cantaste con tu dulce afluencia;
Tuya fué para Dios esta alabanza.

.....
Vuelve á templar tu cítara sonora,
Y que repita ufana
Del rico otoño la oriental mañana.
Repítela, mirando la franqueza
Del año dadivoso,
Y allá, como en encanto primoroso
De su genial destreza,
Recorra el velo al cuadro milagroso
De la alegre y feraz naturaleza.

Mas ¡ay! que á nuestros ojos
Otra escena se va representando,
Y la dura inclemencia y los enojos
Del cielo me parece estar mirando,
Cómo el orbe de aspecto va mudando.

Como un sueño ligero,
Desparecen los gustos
Y regalos del tiempo lisonjero.

Ya tornan los disgustos,
Y con ellos al alma su tormento.

Los recios golpes siento
Del robusto aquilón que se desata,
Y la abundancia y todo el ornamento
De la estación fructífera arrebatada.

¿Qué nuevo, qué terrible poderío
Triunfa del año y su verdor maltrata?

Este es el tiempo del invierno frío.

Pero sin él, ¿qué fuera
Del orbe terrenal? ¿La primavera,
Para hacerlo dichoso, bastaría
Que de vistosas flores lo cubriera?

¿El ardor estival feliz lo haría,
Cuando tan solamente sazonara
La mies que le prepara
El labrador robusto?

¿Y qué si no pasara
El mayor lumínar á más altura?
¿El otoño á sus mesas presentara

Los dones de más gusto
Que pródigo ha sacado
De las entrañas de la tierra dura?
¿Y á qué el invierno, pues, llega cargado
De la escarcha y el hielo?

¿Qué beneficios trajo á nuestro suelo
Su brazo fuerte de rigor armado?

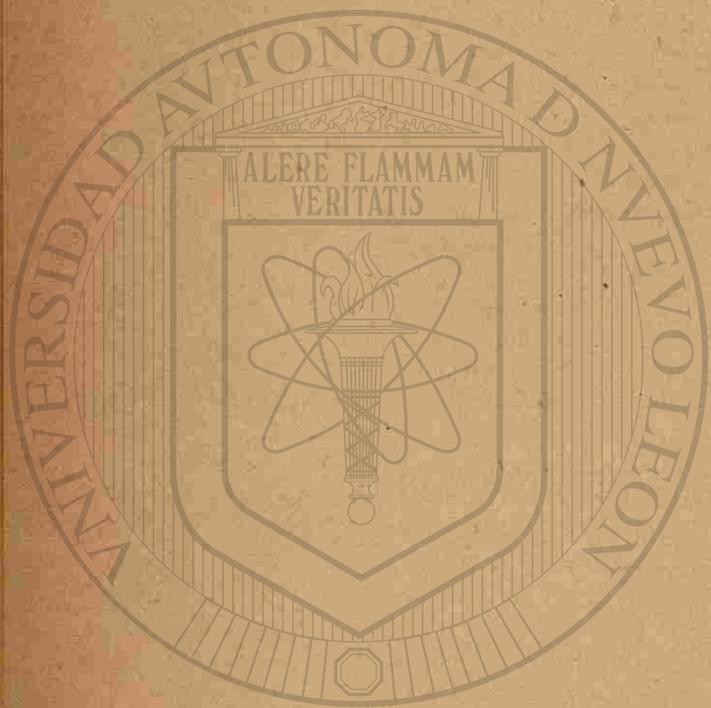
Cual obra en el enfermo y extenuado,
Tornándolo á su vida y fortaleza,
La virtud de Esculapio milagroso,
Así obra en la común naturaleza
La fuerza del invierno riguroso,
Mientras que el delirante
Filósofo atribuye á desconcierto
Del mundo maquinal, lo que es concierto
De la ley del Señor siempre constante,
Aunque aparente elemental desorden.

¿Y á quién tanta armonía,
Tanto primor, tanto orden,
Y tanta divinal sabiduría?

Todas son de la suma Providencia.
Altas disposiciones,

Que, á fin de conservar nuestra existencia,
Arregló las anuales estaciones.

Nuestra existencia ha sido su cuidado:
¡Oh! dilo, musa, en plectro concertado.



D. ANDRÉS QUINTANA ROO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«¿Qué sirvió en los *Dolores* vil cortijo,
Que el aleve pastor el grito diera
De libertad, que dócil repitiera
La insana chusma con afán prolijo?
Su valor inexperto,
De sacrilega audacia estimulado,
A nuestra vista yerto
En el campo quedó y escarmentado,
Su criminal caudillo,
Rindió ya el cuello al vengador cuchillo.»

«Cual al romper las pléyadas lluviosas
El seno de las nubes encendidas,
Del mar las olas antes adormidas
Súbito el austro altera tempestosas;
De la caterva osada
Así los restos nuestra voz espanta,
Que resuena indignada
Y recuerda, si altiva se levanta,
El respeto profundo
Que inspiró de Vespuccio al rico mundo.»

«¡Ay del que hoy más los sediciosos labios,
De libertad al nombre lisonjero
Abriese, pretextando novelero
Mentidos males, fútiles agravios!
Del cadalso oprobioso
Veloz descenderá á la tumba fría,
Y ejemplar provechoso
Al rebelde será, que en su porfia
Desconociere el yugo
Que al invicto español echarle plugo.»

Así los hijos de Vandalia ruda
Fieros clamaron cuando el héroe augusto
Cedió de la fortuna el golpe injusto;
Y el brazo fuerte que la empresa escuda
Faltando á sus campeones,
Del terror y la muerte precedidos,
Ferozes escuadrones
Talan impunes campos florecidos,
Y al desierto sombrío

Consagran de la paz el nombre pío.

No será empero que el benigno cielo,
Cómplice fácil de opresión sangrienta,
Niegue á la patria en tan cruel tormenta
Una tierna mirada de consuelo.

Ante el trono clemente,
Sin cesar sube el encendido ruego,
El quejido doliente
De aquel prelado, que inflamado en fuego
De caridad divina

La América indefensa patrocina.

«Padre amoroso, dice, que á tu hechura,
Como el don más sublime concediste,
La noble libertad con que quisiste
De tu gloria ensalzarla hasta la altura,
¿No ves á un orbe entero
Gemir, privado de excelencia tanta,
Bajo el dominio fiero
Del execrable pueblo que decanta
Asesinando al hombre,
Dar honor á tu excelso y dulce nombre?»

«¡Cuánto ¡ay! en su maldad ya se gozara
Cuando por permisión inescrutable,
De tan justo decreto y adorable
De sangre en la conquista se bañara,
Sacrilego arbolando
La enseña de tu Cruz en burla impía,
Cuando más profanando
Su religión con negra hipocresía,
Para gloria del cielo
Cubrió de excesos el indiano suelo!»

«De entonces su poder, ¡cómo ha pasado
Sobre el inerme pueblo! ¡Qué de horrores,
Creciendo siempre en crímenes mayores,
El primero á tu vista han aumentado!
La astucia seductora
En auxilio han unido á su violencia:
Moral corrompedora
Predican con su bárbara insolencia,

Y por divinas leyes
Proclaman los caprichos de sus reyes.»

«Allí se ve con asombroso espanto
Cual traición castigado el patriotismo,
En delito erigido el heroísmo
Que al hombre eleva y engrandece tanto.
¿Qué más? En duda horrenda
Se consulta el oráculo sagrado
Por saber si la prenda
De la razón al indio se ha otorgado,
Y mientras Roma calla,
Entre las bestias confundido se halla.»

«¿Y qué, cuando llegado se creía
De redención el suspirado instante,
Permites, justo Dios, que ufana cante
Nuevos triunfos la odiosa tiranía?
El adalid primero,
El generoso Hidalgo ha perecido:
El término postrero
Ver no le fué de la obra concedido;
Mas otros campeones
Suscita que rediman las naciones.»

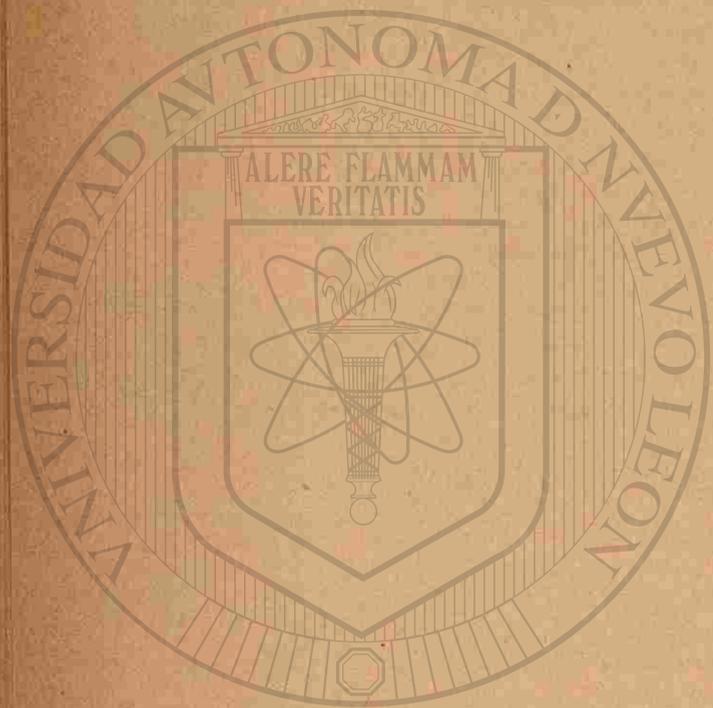
Dijo, y Morelos siente enardecido
El noble pecho en belicoso aliento;
La victoria en su enseña toma asiento
Y su ejemplo de mil se ve seguido.
La sangre difundida

De los héroes su número recrece,
Como tal vez herida
De la segur, la encina reverdece,
Y más vigor recibe
Y con más pompa y más verdor revive.

Mas ¿quién de la alabanza el premio digno
Con títulos supremos arrebató,
Y el laurel más glorioso á su sien ata,
Guerrero invicto, vencedor benigno?
El que en Iguala dijo:
¡Libre la patria sea! y fúelo luego
Que el estrago prolijo

Atajó, y de la guerra el voraz fuego,
Y con dulce clemencia
En el trono asentó la Independencia,
¡Himnos sin fin á su indeleble gloria!
Honor eterno á los varones claros
Que el camino supieron prepararos,
¡Oh Itúrbide inmortal! á la victoria.
Sus nombres antes fueron
Cubiertos de luz pura, esplendorosa;
Mas nuestros ojos vieron
Brillar el tuyo como en noche hermosa,
Entre estrellas sin cuento
Á la luna en el alto firmamento.

¡Sombras ilustres, que con cruento riego
De libertad la planta fecundasteis,
Y sus frutos dulcísimos legasteis
Al suelo patrio, ardiente en sacro fuego!
Recibid hoy benignas,
De su fiel gratitud prendas sinceras
En alabanzas dignas
Más que el mármol y el bronce duraderas,
Con que vuestra memoria
Coloca en el alcázar de la gloria.



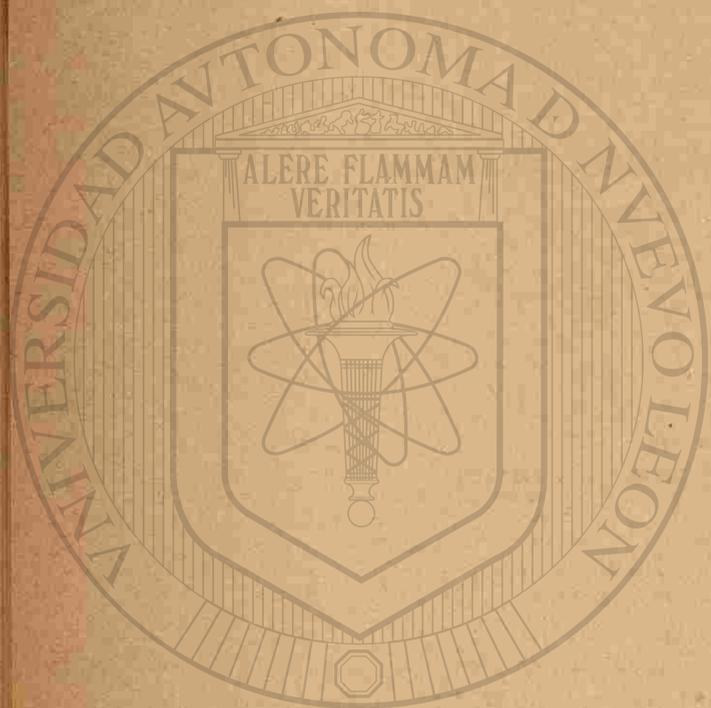
D. FRANCISCO ORTEGA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

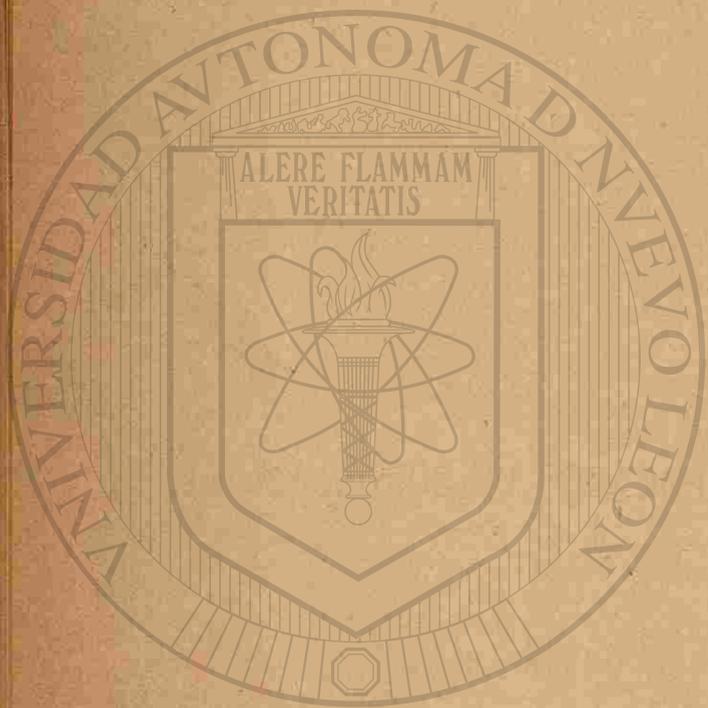
D. FRANCISCO ORTEGA.

Á ITÚRBIDE, EN SU CORONACIÓN.

¡Y pudiste prestar fácil oído
Á falaz ambición, y el lauro eterno
Que tu frente ciñera,
Por la venda trocar que vil te ofrece
La lisonja rastrera
Que pérfida y astuta te adormece!
Sús, despierta y escucha los clamores
Que en tu pro y del azteca infortunado
Te dirige la Gloria:
Oye el hondo gemir del patriotismo,
Oye á la fiel Historia,
Y retrocede ¡ay! del hondo abismo.
En el pecho magnánimo recoge
Aquel aliento y generoso brío
Que te lanzó atrevido
De Iguala á la inmortal heroica hazaña,
Y un cetro aborrecido
Arroja presto, que tu gloria empaña.
Desprecia la aura leve, engañadora,
De la ciega voluble muchedumbre,
Que en su delirio insana,
Tan pronto ciega abate como eleva,
Y al justo á quien «hosanna»
Ayer cantaba, su furor hoy lleva.
Con los almos patricios victoriosos,

Amigos tuyos y en el pueblo electos,
En lazo fiel te anuda:
Atiende á sus consejos, que no dañan:
Sólo ellos la desnuda
Verdad te dicen; los demás te engañan.
Esos loores con que al cielo te alzan,
Los vítores confusos que de Anáhuac
Señor hoy te proclaman,
Del rango de los héroes, inhumanos,
Te arrancan, y encaraman
Al rango ¡oh Dios! fatal de los tiranos.
¿No miras, ¡oh caudillo deslumbrado!
Ayer delicia del azteca libre,
Cuánto su confianza,
Su amor y gratitud has ya perdido,
Rota ¡ay! la alianza
Con que debieras siempre estarle unido?
De puro y tierno amor no cual solía
Allegarse, veráslo ya á tu lado,
Y el paternal consejo
De tus labios oír: mas zozobran
Temblar al sobrecejo
De tu faz imperiosa y arrogante.
La cándida verdad, que te mostraba
El sendero del bien, rauda se aleja
Del brillo fastuoso
Que rodea ese solio tan ansiado;
Ese solio ostentoso
Por nuestro mal y el tuyo levantado.
Y en vez de sus acentos celestiales,
Rastrera turba, pérfida, insolente,
De astutos lisonjeros,
Hará resonar sólo en tus oídos
Loores placenteros:
¡Ah, placenteros..... pero cuán mentidos!
No así fueron los himnos que entonara
Tenoxtitlan cuando te abrió sus puertas;
Y saludó risueña
Al verte triunfador y enarbolando

La trigarante enseña,
Seguido del leal patricio bando.
¡Con qué placer tu triunfo se ensalzaba!
La ingenua gratitud, ¡con qué entusiasmo
Lo grababa en los bronce!
¡Tu nombre amado con acento vario
Cuál resonaba entonces
En las calles, las plazas y el santuario!
Ni esperes ya el clamor del inocente,
Ni de la ley la majestad hollada,
Ni el sagrado derecho
De la patria vengar: que el cortesano,
De ti en continuo acecho,
Atará para el bien tu fuerte mano.
¿De la envidia las serpientes venenosas
Del trono en derredor no ves alzarse,
Y con enhiestos cuellos
Abalanzarse á ti? ¿Los divinales
Lazos de amistad bellos
Rasgar, y conjurarte mil rivales?
La patria, en tanto, de dolor acerbo
Y de males sin número oprimida,
En tus manos ansiosa
Busca el almo pendón con que juraste
La libertad preciosa,
Que por un cetro aciago ya trocaste.
Y no lo halla, y en mortal desmayo
Su seno maternal desgarrar siente
Por impías facciones;
Y de desolación y angustia llena,
Los nuevos eslabones
Mira forjar de bárbara cadena.
¡Oh, cuánto de pesares y desgracias;
Cuánto tiene de sustos é inquietudes,
De dolor y de llanto.....
Cuánto tiene de mengua y de mancilla,
De horror y luto cuánto
Esa diadema que á tus ojos brilla!



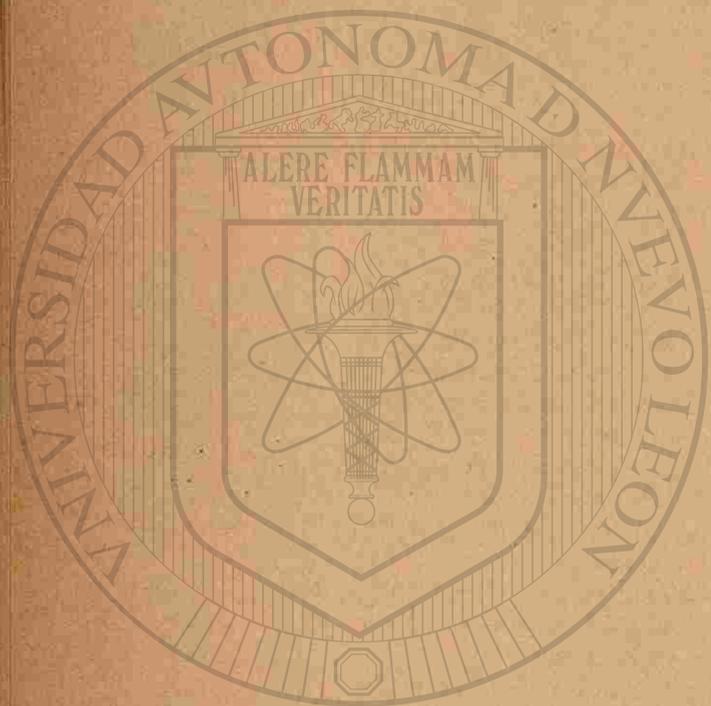
D. MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

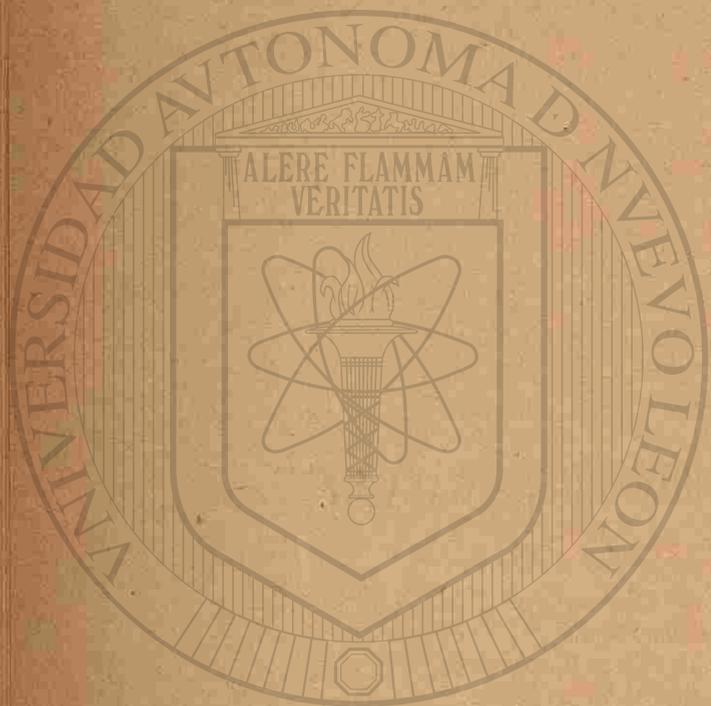
D. MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.

ROMANCE MORISCO.

No pienses, Zaida enemiga,
Que se ignoran tus traiciones,
Y lo mal que á tus palabras
Con tus hechos correspondes.
Ya sé que Tarfe te adora,
Sin extrañar que te adore;
Que el sol para todos luce,
Y de ninguno se esconde;
Mas sé también que en mi daño
Escuchaste sus razones,
Y sus finezas pagaste
Con permitidos favores.
Sé que tu calle pasea,
Y que te asomas entonces,
Y que sus ojos te hablan
Y que los tuyos responden.
Sé que en los juegos te sirve,
Ya vistiendo tus colores,
Ya ornando el novel escudo
Con la cifra de tu nombre.
Sé, por fin, que compra el necio
Interesadas acciones
De esclavos, que como tales
Su vil precio reconocen;
Y que sepa mis agravios
Tampoco, Zaida, te asombre,

Que nunca falta quien cuente
Desaires y sinsabores.
No te pido por lo tanto
Pensadas satisfacciones,
Pues el que las solicita
Luego es fuerza las abone.
Sólo si decirte quiero
Que en hora buena te goces
En los plácidos recreos
De tus recientes amores;
Que me olvides..... mas no, Zaida,
No logrará tal renombre
El infame que me ofende
Con sus locas pretensiones.
Daréle muerte mil veces
Antes que su intento logre,
Y escribiré con su sangre
La fecha de sus traiciones.
Pero no quiero matarle
Sólo porque no le llores
Y tus lágrimas le vuelvan
Lo que mi acero le cobre.
Segunda vez lo repito:
En hora buena le goces,
Y en tiernos lazos, tirana,
Su constancia galardones;
Que á mí para consolarme
No es maravilla me sobre
Ocasión en la memoria
De tu trato falso y doble.
Dijo Zulema á su Zaida
En mal concertadas voces
Estas quejas que sus celos
Califican de razones;
Ella quiso responderle,
Mas no pudo, que á galope
Apenas las articula,
Para Antequera volviöse.

D. IGNACIO RODRÍGUEZ GALVÁN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. IGNACIO RODRÍGUEZ GALVÁN.

PROFECÍA DE GUATIMOC.

No fué más que un sueño de la noche que
se disipó con la aurora.

S. J. CRISÓSTOMO.

I.

Tras largos nubarrones asomaba
Pálido rayo de luciente luna,
Tenuemente blanqueando los peñascos
Que de Chapultepec la falda visten.
Cenicientos á trechos, amarillos,
Ó cubiertos de musgo verdinegro
Á trechos se miraban; y la vista
De los lugares de profundas sombras
Con terror y respeto se apartaba.
Los corpulentos árboles ancianos,
En cuya frente siglos mil reposan,
Sus canas venerables conmovían
De viento leve al delicado soplo,
Ó al aleteo de nocturno cuervo,
Que tal vez descendiendo en vuelo rápido
Rizaba con sus alas sacudidas
Las cristalinas aguas de la Alberca,
En donde se mecía blandamente

La imagen de las nubes, retratadas
En su luciente espejo. Las llanuras
Y las lejanas lomas repetían
El aullido siniestro de los lobos,
Ó el balar lastimoso del cordero,
Ó del toro el bramido prolongado.
¡Oh soledad, mi bien, yo te saludo!

¡Cómo se eleva el corazón del triste
Cuando en tu seno bienhechor su llanto
Consigue derramar! Huyendo el mundo
Me acojo á ti. Recíbeme, y piadosa
Divierte mi dolor, templa mi pena,
Alza mi corazón á lo infinito,
El velo rasga de futuros tiempos,
Templa mi lira, y de los sacros vates
Dame la inspiración. Nada en el mundo,
Nada encontré que el tedio y el disgusto
De vivir arrancara de mi pecho.
Mi pobre madre descendió á la tumba,
Y á mi padre infeliz dejé, buscando
Un lecho y pan en la piedad ajena:
El sudor de mi faz y el llanto ardiente
Mi sed templaron.—Amistad sincera
Busqué en los hombres, y no hallé..... Mentira,
Perfidia y falsedad hallé tan sólo.
Busqué el amor; y una mujer, un ángel
Á mi turbada vista se presenta
Con su rostro ofuscando á los malvados
Que en torno la cercaban, y entre risas
De estúpida malicia se gozaban
Que en sus manos sacrilegas pesando
La flor de su virtud marchitarían
Y de su faz las rosas..... ¡Miserables!
¿Cuándo la nube tempestuosa y negra
Pudo apagar del sol la lumbré pura,
Aunque un instante la ofuscó? ¿Ni cuándo
Su irresistible voz el pardo buho
Soportar pudo?..... Yo temblé de gozo,

Sonrió mi labio y se aclaró mi frente,
Y brillaron mis ojos, y mis brazos
Vacilantes buscaban el objeto
Que tanto me asombró..... ¡Vana esperanza!
En vez de un alma ardiente cual la mía,
En vez de un corazón á amar creado,
Aridez y frialdad encontré solos;
Aridez y frialdad, ¡indiferencia!.....
Y mis ensueños de placer volaron,
Y la fantasma de mi dicha huyóse,
Y sin lumbré quedé perdido y ciego.

Sin amistad y sin amor..... (La ingrata
De mí aparta la vista desdeñosa,
Y ni la luz de sus serenos ojos
Concede á su amador..... En otro tiempo,
En otro tiempo sonrió conmigo.)
Sin amistad, y sin amor, y huérfano,
Es ya polvo mi padre, y ni abrazarlo
Pude al morir. Y abandonado y solo
En la tierra quedé. Mi pecho entonces
Se oprimió más y más, y la poesía
Fué mi gozo y placer, mi único amigo;
Y misteriosa soledad de entonces
Mi amada fué.

¡Qué dulce, qué sublime
Es el silencio que me cerca en torno!
¡Oh, cómo es grato á mi dolor el rayo
De moribunda luna, que halagando
Está mi yerta faz!—Quizá me escuchen
Las sombras veneradas de los reyes
Que dominaron el Anáhuac, presa
Hoy de las aves de rapiña y lobos
Que ya su seno y corazón desgarran.
—¡Oh varón inmortal! ¡Oh rey potente!
Guatimoc valeroso y desgraciado,
Si quebrantar las puertas del sepulcro
Te es dado acaso, ¡ven! oye mi acento:

Contemplar quiero tu guerrera frente,
Quiero escuchar tu voz.....»

II.

Siento la tierra

Girar bajo mis pies; nieblas extrañas
Mi vista ofuscan, y hasta el cielo suben.
Silencio reina por doquier; los campos,
Los árboles, las aves, la natura,
La natura parece agonizante.
Mis miembros tiemblan, las rodillas doblo,
Y no me atrevo á levantar la vista.
¡Oh mortal miserable! Tu ardimiento,
Tu exaltado valor es vano polvo.
Caí por tierra sin aliento y mudo,
Y profundo estertor del hondo pecho
Oprimido salía.

De repente

Parece que una mano de cadáver
Me aferra el brazo, y me levanta..... ¡Cielos!
¿Qué estoy mirando?.....

—«Venerable sombra,

Huye de mí: la sepultura cóncava
Tu mansión es..... ¡Aparta, aparta!.....»

En vano

Suplico y ruego; más el alma mía
Vuelve á su ser y el corazón ya late.

De oro y telas cubierto y ricas piedras
Un guerrero se ve; cetro y penacho
De ondeantes plumas se descubre; tiene
Potente maza á su siniestra, y arco
Y rica aljaba de sus hombros penden.....
¡Qué horror!..... Entre las nieblas se descubren
Llenas de sangre sus tostadas plantas

En carbón convertidas; aun se mira
Bajo sus pies brillar la viva lumbre;
Grillos, esposas, y cadenas duras
Visten su cuerpo, y acerado anillo
Oprime su cintura, y para colmo
De dolor, un dogal su cuello aprieta.
«Reconozco, exclamé, sí, reconozco
La mano de Cortés, bárbaro y crudo.
¡Conquistador! ¡Aventurero impio!
¿Así trata un guerrero á otro guerrero?
¿Así un valiente á otro valiente?..... Dije
Y agarrar quise del monarca el manto:
Pero él se deslizaba, y aire sólo
Con los dedos toqué.

III.

—«Rey del Anáhuac,

Noble varón, Guatimocztin valiente,
Indigno soy de que tu voz me halague,
Indigno soy de contemplar tu frente.
Huye de mí.»—«No tal», él me responde;
Y su voz parecía
Que del sepulcro lóbrego salía.

—«Háblame, continuó, pero en la lengua
Del gran Nezahualcóyotl.»

Bajé la frente y respondí: «La ignoro.»
El rey gimió en su corazón.—«¡Oh mengua!
¡Oh vergüenza!» gritó. Rugó las cejas,
Y en sus ojos brilló súbito lloro.

—«Pero siempre te amé, rey infelice;
Maldigo á tu asesino y á la Europa,
La injusta Europa que tu nombre olvida.
Vuelve, vuelve á la vida,
Empuña luego la robusta lanza;
De polo á polo sonará tu nombre,
Temblarán á tu voz caducos reyes,

El cuello rendirán á tu pujanza,
Serán para ellos tus mandatos, leyes;
Y en Méjico, en París, centro de orgullo,
Resonará la trompa de venganza.
¿Qué destes tiempos los guerreros valen
Cabe Cortés sañudo y Alvarado
(Varones invencibles, si crueles),
Y los venciste tú, sí, los venciste
En nobleza y valor, rey desdichado! »
—«Ya mi siglo pasó: mi pueblo todo
Jamás elevará la obscura frente,
Hundida ahora en asqueroso lodo.
Ya mi siglo pasó: del mar de Oriente
Nueva familia de distinto idioma,
De distintas costumbres y semblantes,
En hora de dolor al puerto asoma;
Y asolando mi reino, nuevo reino
Sobre sus ruinas miserables levanta;
Y cayó para siempre el méjicano,
Y ahora imprime en mi ciudad la planta
El hijo del soberbio castellano.
Ya mi siglo pasó.»

Su voz augusta
Sofocada quedó con los sollozos;
Hondos gemidos arrojó del seno,
Retemblaron sus miembros vigorosos,
El dolor ofuscó su faz adusta,
Y la inclinó de abatimiento lleno.
—«¿Pues las pasiones que al mortal oprimen,
Acosan á los muertos en la tumba?
¿Hasta ella el grito del rencor retumba?
¿También las almas en el cielo gimen?»
Así habló y respondió.—«Joven audace,
El atrevido pensamiento enfrena.
Piensa en ti, en tu nación; más lo infinito
No será manifiesto
Á los ojos del hombre:—así está escrito.

Si el destino funesto
El denso velo destrozar pudiera
Que la profunda eternidad te esconde,
Más, joven infeliz, más te valiera
Ver á tu amante en brazos de tu amigo,
Y ambos á dos el solapado acero
Clavar en tus entrañas,
Y reír á tu grito lastimero
Y, sin poder morir, sediento y flaco,
Agonizar un siglo, ¡un siglo entero!»

Sentí desvanecerse mi cabeza,
Tembló mi corazón y mis cabellos
Erizados se alzaron en mi frente.
Miróme con terneza,
Del rey la sombra y desplegando el labio
Desta manera prosiguió doliente:—

«¡Oh joven infeliz! ¡Cuál tu destino,
Cuál es tu estrella impía!
Buscará la verdad tu desatino
Sin encontrar la vía.»

«Deseo ardiente de renombre y gloria
Abrasará tu pecho;
Y contigo tal vez la tu memoria
Expirará en tu lecho.»

«Amigo buscarás y amante pura;
Mas á la suerte plugo,
Que halles en ella bárbara tortura,
Y en él feroz verdugo.»

—«Y ansia devoradora
De mecerte en las olas de Océano
Aumentará tu tedio, y será en vano,
Aunque en dolor y rabia te despeña;
Que el destino tirano
Para siempre en tu suelo te asegura

Cual fijo tronco á soterrada peña.»
«Y entretanto á tus ojos
¡Qué terrífico lienzo se despliega!
Llanos, montes de abrojos;
El justo que navega
Y de descanso al puerto nunca llega.»

.....
«Y en palacios fastosos
El infame traidor, el bandolero,
Holgando poderosos,
Vendiendo á un usurero
Las lágrimas de un pueblo á vil dinero.»
«La virtud á sus puertas,
Gimiendo de fatiga y desaliento,
Tiende las manos yertas
Pidiendo el alimento,
Y halla tan sólo duro tratamiento.»
«El asesino insano
Los derechos proclama
Debidos al honrado ciudadano.
Y más allá rastrero cortesano
Que ha vendido su honor, honor reclama.
Hombre procaz que la torpeza inflama,
Castidad y virtud audaz predica;
Y el hipócrita ateo
Á Dios ensalza y su poder publica.»

Una no firme silla
Mira sobre cadáveres alzada.....

.....
«Ya diviso en el puerto
Hinchadas lonas como niebla densa;
Ya en la playa diviso
En el aire vibrando aguda lanza,
De gente extraña la legión inmensa.
Al son del grito de feroz venganza
Las armas crujen y el bridón relincha;
Oprimida rechina la cureña,
Bombas ardientes zumban,

Vaga el sordo rumor de peña en peña,
Y hasta los montes trémulos retumban.»

«¡Mirad! ¡Mirad por los calientes aires
Mares de viva lumbre
Que se agitan y chocan rebramando;
Mirad de aquella torre la alta cumbre
Cómo tiembla, y vacila, y cruje, y cae
Los soberbios palacios derrumbando!
¡Escuchad! ¡Escuchad!..... Hondos gemidos
Arrojan los vencidos!
¡Mirad los infelices por el suelo
Moribundos sus cuerpos arrastrando,
Y su sed ardorosa
En sus propias heridas aplacando!
¡Oidlos en su duelo
Maldecir su nación, su vida, el cielo!.....
Sangrienta está la tierra,
Sangrienta la alta sierra,
Sangriento el ancho mar, el hondo espacio,
Y del inmoble rey del claro día
La faz envuelve ensangrentado velo.»

«Nada perdona el bárbaro europeo:
Todo lo rompe, y tala, y aniquila
Con brazo furibundo.
Ved la doncella en torpe desaliño
Abrazar á su padre moribundo;
Mirad sobre el cadáver asqueroso
Del asesino aleve
Caer sin vida el inocente niño.»

«¡Oh vano suplicar! Es dura roca
El hijo del Oriente;
Brotan sangre sus ojos, y su boca
Lleva sangre caliente!»

«Es su placer en fúnebres desiertos
Las ciudades trocar (¡hazaña honrosa!);

Ve el sueño con desdén, si no reposa
Sobre insepultos muertos.»

«¡Ay pueblo desdichado!
Entre tantos caudillos que te cercan,
¿Quién á triunfar conducirá tu acero?
Todos huyen cobardes, y al soldado
En las garras del pérfido extranjero
Dejan abandonado,
Clamando con acento lastimero:
¿Dónde Cortés está? ¿dónde Alvarado?
Ya eres esclavo de nación extraña,
Tus hijos son esclavos,
A tu esposa arrebatan de tu seno.....
¡Ay si provocas la extranjera saña!.....»

«¿Lloras pueblo infeliz y miserable?
¿Á qué sirve tu llanto?
¿Qué vale tu lamento?
Es tu agudo quebranto
Para el hijo de Europa inaplacable
Su más grato alimento.»

«Y ni enjugar las lágrimas de un padre
Concederá á tu duelo;
Que de la venerable cabellera,
Entre signos de gozo,
Le verás arrastrado
Al negro calabozo,

Do por piedad demanda muerte fiera.
¡Ay pueblo desdichado!
¿Dónde Cortés está? ¿dónde Alvarado?»

«¿Mas qué faja de luz pura y brillante
En el cielo se agita?
¿Qué flamígero carro de diamante
Por los aires veloz se precipita?
¿Cuál extendido pabellón ondea?
¿Cuál sonante clarín á la pelea
El generoso corazón excita?
Temblad, estremeceos

¡Oh reyes europeos!
Basta de tanto escandaloso crimen.
Ya los cetros en ascuas se convierten,
Los tronos en hogueras,
Y las coronas en serpientes fieras
Que rencorosas vuestro cuello oprimen.»

«¿Qué es de París y Londres?
¿Qué es de tanta soberbia y poderío?
¿Qué de sus naves de riqueza llenas?
¿Qué de su rabia y su furor impío?
Así preguntará triste viajero;
Fúnebre voz responderá tan sólo:
¿Qué es de Roma y Atenas?»

«¿Ves en desiertos de África espantosos
Al soplar de los vientos abrasados,
Qué multitud de arenas
Se elevan por los aires agitados,
Y ya truécanse en hórridos colosos,
Ya en bramadores mares procelosos?
¡Ay de vosotros, ay guerreros viles,
Que de la inglesa América y de Europa,
Con el vapor ó con el viento en popa,
Á Méjico llegáis miles á miles;
Y convertís el amistoso techo
En palacio de sangre y de furores,
Y el inocente hospitalario lecho
En morada de escándalo y horrores!
¡Ay de vosotros! Si pisáis altivos
Las humildes arenas deste suelo,
No por siempre será; que la venganza
Su soplo asolador furiosa lanza,
Y veloz las eleva por los aires.
Y ya las cambia en tétricos colosos
Que en sus fornidos brazos os oprimen,
Ya en abrasados mares
Que arrasan vuestros pueblos poderosos.»

«Que aun del caos la tierra no salía,
Cuando á los pies del Hacedor radiante
Escrita estaba en sólido diamante
Esta ley que borrar nadie podría:
*El que del infeliz el llanto vierte,
Amargo llanto verterá angustiado;
El que huella al endéble, será hollado;
El que la muerte da, recibe muerte;
El que amasa su espléndida fortuna
Con sangre de la víctima llorosa,
Su sangre beberá, si sed lo seca,
Sus miembros comerá, si hambre lo acosa.»*

IV.

Brilló en el cielo matutino rayo,
De súbito cruzó rápida llama,
El aire convirtióse en humo denso
Salpicado de brasas encendidas
Cual rojos globos en obscuro cielo;
La tierra retembló, giró tres veces
En encontradas direcciones; hondo
Cráter abrióse ante mi planta infirme,
Y despenóse en él bramando un río
De sangre espesa, que espumoso lago
Formó en el fondo, y cuyas olas negras,
Agitadas subiendo, mis rodillas
Bañaban sin cesar. Fantasma horrible,
De formas colosales y abultadas,
Envolvió su cabeza en luengo manto,
Y en el profundo lago sumergióse.
Yo no vi más.....

¿Do estoy? ¿Qué lazo oprime
Mi garganta?..... ¡Piedad!..... Solo me encuentro.....
Mi cuerpo tembloroso húmeda hierba
Tiene por lecho; el corazón mis manos
Con fuerza aprietan, y mi rostro y cuerpo

Tibio sudor empapa. El sol brillante,
Tras la sierra asomando la cabeza,
Mira á Chapultepec; cual padre tierno
Contempla, al despertar, á su hijo amado.
Los rayos de su luz las peñas doran;
Los árboles sus frentes venerables
Inclinan blandamente saludando
Al astro régio que les da la vida.
Azul está el espacio, y á los montes
Baña color azul, claro y obscuro,
Todo respira juventud risueña,
Y cantando los pájaros se mecen
En las ligeras y volubles auras.

Todo á gozar convida; pero á mi alma
Manto de muerte envuelve, y gota á gota
Sangre destila el corazón herido.
Mi mente es negra cavidad sin fondo,
Y vaga incierto el pensamiento en ella
Cual perdida paloma en honda gruta.

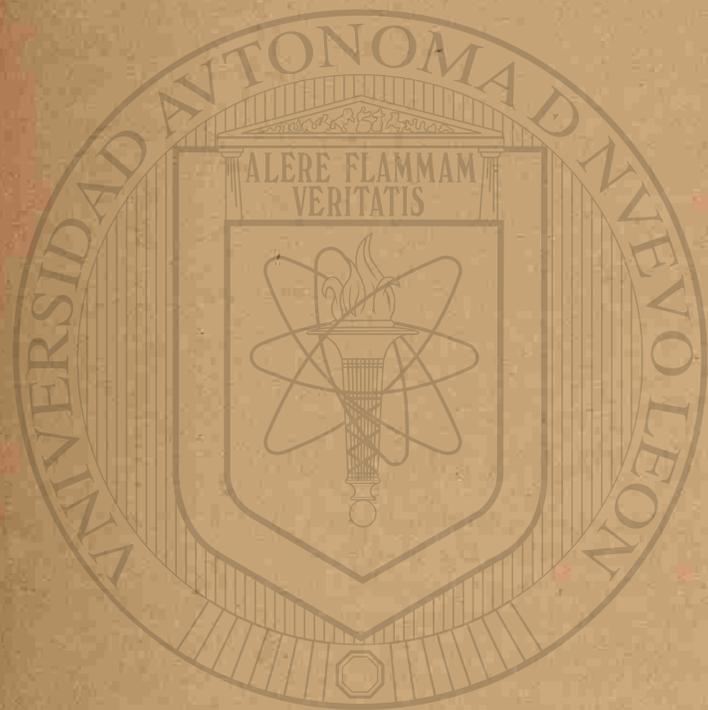
¿Fué sueño ó realidad?..... Pregunta vana.....
Sueño sería; que profundo sueño
Es la voraz pasión que me consume;
Sueño ha sido, y no más, el leve gozo
Que acarició mi faz; sueño el sonido
De aquella voz que adormeció mis penas;
Sueño aquella sonrisa, aquel halago,
Aquel blando mirar..... Desperté súbito;
Y el bello Edén desapareció mis ojos
Como oleada que la mar envía
Y se lleva después; sólo me resta
Atroz recuerdo que me aprieta el alma
Y sin cesar el corazón me roe.
Así el fugaz placer sirve tan sólo
Para abismar el corazón sensible;
Así la juventud y la hermosura
Sirven tan sólo de romper el seno
Á la cansada senectud. El hombre
Tiene dos cosas solamente eternas;
Su Dios y la virtud, de Él emanada.....

Yo me sentí mecido de mi padre,
En los amantes cariñosos brazos,
Y fué sueño también.....—Mujer que adoro,
Ven otra vez á adormecer mi alma,
Y márame después, mas no te alejes....
La amistad y el amor son mi existencia,
Y el amor y amistad vuelven el rostro
Y huyen de mí cual de cadáver frío.
¡Venid, sueños, venid! y ornad mi frente
De beleño mortal: soñar deseo.
Levantad á los muertos de sus tumbas:
Quiero verlos, sentir, estremecerme....
Las sensaciones mi alimento fueron,
Sensaciones de horror y de tristeza.
Sueño sea mi paso por el mundo,
Hasta que nuevo sueño dulce y grato
Me presente de Dios la faz sublime.

D. JOSÉ JOAQUÍN DE PESADO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JOSÉ JOAQUÍN DE PESADO.

MI AMADA EN LA MISA DE ALBA,

Et vera incensu patuit Dea.

VIRGILIO.

I.

Puras estrellas del cielo,
Que en la noche tenebrosa
Vais derramando en el suelo,
Con vuestra luz misteriosa,
La claridad y el consuelo,

¡Qué de veces habéis dado
Motivos al pecho mío
Para revelar osado

El objeto de un cuidado
Que al mudo silencio fío!

Sublime objeto de amor,
Que la borrasca en bonanza
Convierte con su esplendor,
Y levanta mi esperanza
Á otro mundo superior.

Objeto que en sí contiene
El fuego con que me inflama,
Y en mis entrañas mantiene,
Con su vivífica llama,
El culto puro que tiene.

Cuando apagada la edad
Toque con débil barquilla
El mar de la eternidad,
Yo saludaré en la orilla
El rayo de su beldad.

Tras una nube ligera
Muestra la noche sus galas:
¡Oh, cielos, y quién me diera
Ceñir de fuego unas alas
Para volar á su esfera!

Yo sé que sobre esa altura
Es el amor más perfecto,
Es sin ficción la ternura,
Más inocente el afecto,
Y eterna la paz y holgura.

Unido á la amada mía,
Visitara esas regiones
Donde siempre mora el día,
Bañados los corazones
De purísima alegría.

¡Oh estrellas! Si acaso es cierto
Que la mano que os produjo
En el espacio desierto
Os dió soberano influjo
Sobre este planeta yerto,

Haced que el benigno sino
Que me tocó en nacimiento
Me una á este objeto divino,
Y tenga en mí cumplimiento
El decreto del destino.

II.

¡Oh, tú, que de los cielos producida
Destierras de mi seno la amargura,
Y el desabrido cáliz de mi vida
Conviertes en dulzura!

Astro glorioso, que á mi mente envía
La inspiración de un puro sentimiento:
Imagen cara á la memoria mía,
Alma del pensamiento.

Modesta virgen, cuyas formas bellas
El cielo admira, el universo adora;
En cuyos ojos brillan las estrellas,
Y en tu frente la aurora.

Bajo el abrigo de la noche umbría
Presente estoy (disculpa mis arrojos)
Para gozar del alba antes del día,
En tus risueños ojos.

Gratas son las esferas estrelladas,
Grato en la noche el soplo de la brisa,
Pero más tus dulcísimas miradas
Y tu hechicera risa.

No dejes á tu amante que suspire
Separado del bien que sólo quiere:
Permite, ídolo mío, que te mire,
Y humilde te venera.

Del lecho donde duermes te levanta,
Y á tu ventana sal, linda doncella:
Á darte la alborada se adelanta
Mi tímida querella.

III.

El lucero matutino
Coronaba el horizonte,
Y de la aurora vecina
Despuntaban los albores.

Las ponderosas campanas
En las elevadas torres,
Anuncian que viene el día
Con repetidos clamores.

Á misa salió mi amada
De sus umbrales entonces,

Como la mañana bella
Y fresca como las flores.
La modestia y el recato
La van siguiendo conformes,
Dos iris lleva en sus cejas,
Y en sus mejillas dos soles.
Doquier que vuelve la vista
Hace que encendidos broten
De sus miradas deseos,
Y de sus labios, olores.
Un viento ligero y suave
Atrevido descompone
De sus profusos cabellos
Los rizos puestos en orden.
Con las manos los sujeta,
Dando á sus miradas nobles
Tal expresión de dulzura,
Que conmoviera los bronce.
Toma el camino del templo,
Diversas calles traspone,
Pisa las gradas ligera,
Y bajo el pórtico entróse.
Como exhalación ardiente
Que las densas nieblas rompe,
Y alumbra por un momento
El aire, el mar y los montes;
Así se mostró en su curso
Esta aparición veloce:
Á sus luces repentinas
Desapareció la noche.
Camino tras sus pisadas
Y llego á la iglesia, donde
Arrodillada la miro
En el pavimento, inmóvil.
Los ojos levanta al cielo,
Luego en el suelo los pone,
Y en su semblante reflejan
Las llamas de los blandones.

IV.

Quando en el templo postrada
Estás ante el Ser inmenso
Entre una nube de incienso,
Símbolo de la oración,
Me parece que eres ángel
Que al trono de Dios asiste,
Y que por el hombre triste
Intercedes con fervor.

La cándida vestidura
Ciñes tú de la inocencia,
Y brilla la inteligencia
En tu frente virginal.
En tu corazón se ocultan
De amor los puros afectos,
Y en tu mente los conceptos
De la ciencia celestial.
¡Oh cuánto respeto imprimes!
¡Eres bella, ingenua, pura,
Y reinas en una altura
Harto superior á mí!
Moradora del empero
(No sé yo cómo te nombre),
¿Quién es el hijo del hombre
Digno de llegar á ti?

Con esas formas divinas,
Que acá en la tierra demuestras,
Das al que te mira muestras
De la hermosura eternal:
Ya sé lo que vale el alma
Que mis sentidos anima,
Pues que conoce y estima
El precio de tu beldad.
Si gentil hubieras sido,
Altars te levantara,
La rodilla te doblara,

Y fueras mi diosa tú:
Incienso y flores rendido
Tributara á tu belleza,
Emblemas de tu pureza,
Y tu fragante virtud.
Hoy eres á estos mis ojos
Imagen por excelencia
De la suma inteligencia,
Pues que cristiano nací:
Espíritu que me guía
En los caminos del mundo,
Y en el piélago profundo
Norte fijo para mí.
¿Qué fuera del globo triste,
De espanto y de sombras lleno,
Si no brillara en su seno
Tu rayo consolador?
Tú disipas los temores,
Todo el universo alegras
Y haces sus moradas negras
Pensil donde reina amor.

V.

¿Cuándo verán mis ojos aquel día
En que, dueño feliz de tu hermosura,
Ni el rigor tema de la suerte impía,
Ni que vuele cual sombra mi ventura!
De inmarcesibles rosas coronado,
Bajo las alas del amor propicio,
Disfrutaré en tu seno reclinado
De todos los tesoros que codicio.

ESCENAS DEL CAMPO Y DE LA ALDEA EN MEJICO.

LA SALIDA AL CAMPO.

¿Cómo ocultarte pudieras
De mi vista enamorada,

Si lo que encubren tus ropas
Tu belleza lo declara?
¿Pudiera no conocerte?
¿Cuándo un amante se engaña?
En mí con rasgos de fuego
Vives, Elisa, grabada.
Dejaste el traje de seda
Ornado de punto y gasas,
Y tomaste otro vestido
Sin la pompa cortesana.
Sabe que en oficios rudos
También el Amor se agrada,
Y bajo paños humildes
Sus tiernas formas disfraza.
¿Qué gallarda te presentas,
Hermosísima aldeana!
¿Qué bien cogido el cabello
Trenzado en torno con gracial
Las florecillas silvestres
Que en él entretejes y atas,
Se muestran envanecidas
De verse allí colocadas;
Y el rebozo que á tus hombros
Luce con labores varias,
Contrasta con el vestido
Simple y desnudo de galas.
Vencen en precio y estima
Á las margaritas raras,
Los abalorios que llevas
Á la cándida garganta.
Y la cadena que el pecho
Con dobles vueltas te enlaza,
Es muestra de la que liga
Á tu voluntad las almas.
Nunca en sus amenas sombras
Miraron las selvas altas
Prodigio que así pudiese
Ser de adoraciones causa.
Ni aun al paganismo ciego,

La cazadora Diana
Se representó tan bella
Por los bosques y montañas.
La pobre choza que habitas
Es ya gloriosa morada,
Donde la hermosura reina
Con nuevos triunfos y palmas.
Mudos y en silencio miran
Tu belleza soberana
Los labradores con gozo,
Con turbación las serranas.
Tú de la ciudad trajiste
El Amor á las cabañas.
¡Cuántos afectos se ocultan
Bajo sus techos de paja!
¡Cuántos tímidos suspiros!
¡Cuántas amorosas ansias
En estos sitios perturban
La antigua paz que gozaban!
Las quejas de los amores
Y la voz de la alabanza,
Entre los bosques resuenan
Y en las cimas escarpadas.
Vamos á la fuente, Elisa,
Oye en las floridas ramas
Las aves, que en sus gorjeos
Deidad del campo te llaman.
Oye cómo tierna arrulla
La tórtola solitaria,
Que del ausente consorte
Lamenta ya la tardanza.
Aman las floridas hiedras,
Y á los árboles se abrazan,
Aman las parleras fuentes,
Y hasta los peñascos aman.
¡Qué mucho si cuanto miras
En vivas llamas abrasas!
¡Hechizo de estas riberas!
¡Incendio de estas comarcas!

Disfruta de los placeres
Con que brinda la campaña,
Y mientras dure la siesta
Goza las templadas auras.
El césped te ofrece asiento,
Sombra la verde enramada,
Fragante aroma las flores,
Y su frescura las aguas.

LA LID DE GALLOS.

Del pueblo en la opuesta parte
Tosco palenque aparece,
Cercado en torno con arte,
Que lid de gallos ofrece
Al vulgo, que á verle parte.
Y al punto que con presura
La circunferencia llena,
Saltan, llenos de bravura,
Iguales en apostura
Dos gallos sobre la arena.
Los cuellos tornasolados
Con erizado plumero,
Los penachos inflamados,
Los ojos de fuego hinchados,
Los pies armados de acero.
En torno primero giran
Bizarros, luego delante
El uno al otro, se miran;
Y con ojo centellante
Se acercan ó se retiran.
Hasta que en un punto, luego,
Arrebatados de ciego
Enojo, parten furiosos,
Como centellas de fuego
En nublados tempestuosos.
Se acometen denodados,
Se atacan enfurecidos,

Cada vez más alentados,
Los pechos todos heridos,
Los flancos despedazados.

Quando en el choque se allegan
Violentos, con iras sumas,
Quando á la muerte se entregan,
El suelo de sangre riegan,
El aire llenan de plumas.
Vence á su rival odiado
El que fortuna prefiere;
En el polvo derribado
Queda aquél; éste á su lado
Canta la victoria y muere.

El concurso, á la armonía
De la música sonora,
Rompe en vivas de alegría,
Renovando hora por hora
Los combates de aquel día.

De estas sangrientas escenas
La vista á Elisa no agrada,
Que son de su gusto ajenas,
Y por las huertas amenas
Sola y divertida vaga.

EL MERCADO.

La lumbre del sol hermosa
Deja el imperio del cielo
Á la sombra temerosa,
Pero la noche amorosa
Tiende su estrellado velo.

Muestra apenas su camino
La nueva luna en la esfera:
El lucero vespertino,
Sobre el alta cordillera,
Lanza su rayo divino.

Dibujan las llamas puras
De encendidas luminarias,

Entre las sombras oscuras,
En bien marcadas figuras
Del pueblo las calles varias.

Las que desde el monte vistas
Por sorprendido viajero,
Forman á sus ojos listas
De trémulo reverbero
Y de fantásticas vistas.

Mientras el templo sagrado
Lleno de piadosa gente,
Brilla, de luz inundado,
Con las antorchas fulgente,
Con incienso perfumado;
Mientras el acorde coro
Hace que su voz concuerde
Con el órgano sonoro,
Y ora su acento se pierde,
Ora domina, canoro.

La multitud se derrama
Y á opuestos puntos camina,
Donde el placer la reclama,
Ó la novedad la llama
En cada calle y esquina.

En puestos y aparadores,
Y de la plaza en las fuentes,
Brillan vasos de colores
Y botellas transparentes
Con embriagantes licores.

Junto al barnizado tarro
Que guarda dulce conserva,
Brilla un búcaro bizarro:
Agua helada, que reserva
El grato olor de su barro.

Vense en formas desiguales,
De azúcar cándida y leve,
Los esponjosos panales,
Y en porcelana y cristales
Los blancos grumos de nieve.
Acá en hileras tendidas

Están en limpias esteras
Naranjas de oro encendidas,
Limas cual cera, y teñidas
De vivo carmín las peras.
Allá, como la esmeralda,
Los limones aparecen,
Las manzanas como gualda,
Las fresas, que tiernas crecen,
Del monte en la húmeda falda.
También la encarnada guinda,
La nuez de dura cubierta,
La fruta del moral linda,
Y la granada que, abierta,
Todos sus tesoros brinda.
En fin, á los ojos lucen
Cuanto de aquellos confines,
Los huertos frutos producen,
Y las flores, que relucen
En sus cerrados jardines.
Donde rosas y azahares
De aromas forman corrientes,
Y disipan los pesares
Las aves con sus cantares,
Con su murmullo las fuentes.

LA SERENATA.

Sobre los mares de Oriente
Los dos gemelos hermosos
Alzan la estrellada frente,
Y por los bosques frondosos
Vaga templado el ambiente.
Junto al redondo vallado
De césped compuesto y piedras,
De altos cedros coronado,
Donde forman enrejado
Los laureles y las hiedras;
En cuyo fértil asiento

La fuente que lo acompaña
Tiene alegre nacimiento,
Y la sencilla cabaña
Halló fácil fundamento;
En cuyo verde recinto
Las corrientes y las flores
Hacen grato laberinto,
Derramando sus olores
La mosqueta y el jacinto;
Allí la ilustre belleza
De Elisa reside y mora,
Y allí la naturaleza
De las gracias que atesora
Hace muestra con largueza.
En silencio y alto olvido
El orbe todo descansa,
Y mi dulce bien, dormido
Al soplo del aura mansa,
Reposa en lecho florido.
En su corazón, el sueño
De envidia exento y de agravios,
Infunde dulce beleño,
Y con el dedo en los labios
La vela el Amor risueño.
Un pecho que la adoraba
Rompió el silencio á deshora,
Y así esta letra cantaba,
Que su pasión declaraba
Al son de un arpa sonora:

¡Oh, tú, que duermes en casto lecho,
De sinsabores ajeno el pecho,
Y á los encantos de la hermosura,
Unes las gracias del corazón,
Deja el descanso, doncella pura,
Y oye los ecos de mi canción!
¿Quién en la tierra la dicha alcanza?
Iba mi vida sin esperanza,
Cual nave errante sin ver su estrella,

Cuando me inundas en claridad;
Y desde entonces, gentil doncella,
Me revelaste felicidad.

¡Oh, si las ansias decir pudiera
Que siente el alma, desde que viera
Ese semblante que amor inspira
Y los hechizos de tu candor!

Mas, rudo el labio, torpe la lira,
Decir no puede lo que es amor.

Del Iris puede pintarse el velo;
Del sol los rayos, la luz del cielo;
La negra noche, la blanca aurora;
Mas no tus gracias ni tu poder,
Ni menos puede de quien te adora
Decirse el llanto y el padecer.

Amor encuentra doquier que vuelva
La vista en torno; la verde selva,
Florido el prado y el bosque umbrío,
La tierna hierba, la hermosa flor,
Y la cascada, y el claro río
Todos me dicen: amor, amor.

Cuando te ausentas, el campo triste
De luto y sombras luego se viste;
Mas si regresas, la primavera
Hace sus galas todas lucir:
¡Oh, nunca, nunca de esta ribera,
Doncella hermosa, quieras partir!

Ya los primeros albores

Del nuevo día, en Oriente
Se mostraban superiores,
Y de rayos brilladores

La aurora ornaba su frente.

Gotas de claro rocío
Calmaban sobre las hojas
Los ardores del estío,
Y las amapolas rojas
Besaba el céfiro frío.

La luz el Oriente dora,

Y á los acentos suaves
De la canción que enamora,
Siguió la voz de las aves
Cantando á la nueva aurora.

SITIOS Y ESCENAS DE ORIZABA Y CÓRDOBA.

LA FUENTE DE OJOZARCO.

Sonora, limpia, transparente, ondosa,
Naces de antiguo bosque, ¡oh sacra Fuente!
En tus orillas canta dulcemente
El ave enamorada y querellosa.

Ora en el lirio azul, ora en la rosa
Que ciñen el raudal de tu corriente,
Se asientan y se mecen blandamente
La abeja y la galana mariposa.

Bien te conoce Amor por tus señales,
Gloria de las pintadas praderías,
Hechizo de pastoras y zagales.

¿Mas qué son para mí tus alegrías?
¿Qué tus claros y tersos manantiales,
Si sólo has de llevar lágrimas mías?

EL MOLINO Y LLANO DE ESCAMELA.

Tibia en invierno, en el verano fría
Brotaba y corre la fuente; en su camino
El puente pasa, toca la arquería,
Y mueve con sus ondas el molino:
Espumosa desciende, y se desvía
Después, en curso claro y cristalino,
Copiando á trechos la enramada umbria
Y el cedro añoso y el gallardo pino.

Mírase aquí selvosa la montaña:
Allí el ganado ledo, que sestea
Parte en la cuesta, y parte en la campaña.
Y en la tarde, al morir la luz febea,
Convida á descansar en la cabaña
La campana sonora de la aldea.

LA CASCADA DE BARRIO NUEVO.

Crecida, hinchada, turbia la corriente
Troncos y peñas con furor arrumba,
Y bate los cimientos y trastumba
La falda, al monte de enriscada frente.
Á mayores abismos impaciente
El raudal espumoso se derrumba;
La tierra gime; el eco que retumba
Se extiende por los campos lentamente.
Apoyado en un pino el viejo río,
Alzando entrambas sienes, coronadas
De ruda encina y de arrayán bravío;
Entre el iris y nieblas levantadas,
Ansioso por llegar al mar umbrío,
A las ondas increpa amotinadas.

EL VIENTO SUR.

Sobre el coro de estrellas que fulgura
Do el Centauro del Sur gira despacio,
Sale el Austro feroz de su palacio,
Numen terrible de venganza dura.
Blondo el cabello, armada la cintura,
Sus ojos como llamas de topacio,
Volando, deja ver en el espacio
Los pliegues de su roja vestidura.
Abre á un punto las puertas á los vientos:
Arrebata las plantas y las flores:
Amenaza turbar los elementos;

Y doblando sus iras y furores,
Esparce en remolinos turbulentos
Aridez, sequedad, polvo y ardores.

EL VIENTO NORTE.

El retirado Bóreas que en los Triones
Impera, anciano, con dominio pleno,
Hace llamar á sí con voz de trueno
Las nubes en espesos escuadrones.

Á mantener sus triunfos y blasones
Terrible se adelanta, aunque sereno,
Y á su adversario de despecho lleno,
Arroja á las antárticas regiones.

Tendido pabellón de gruesa niebla
Vela su cana frente veneranda,
Y larga barba que su rostro puebla:
Y de su trono, entre las nieves, manda
Que dé á la tierra su frescor la niebla,
Y riego el cielo con su lluvia blanda.

LAS AZTECAS.

Respuesta de un príncipe azteca á un embajador.

Discreto embajador, seas bienvenido,
Para esplendor y luz de esta morada:
Ella con tu presencia queda honrada,
Y en su recinto tu discurso ha sido
Cual música acordada.

Fragantes son los ecos de tus labios.
Como las olorosas clavellinas:
Tesoros viertes cual las ricas minas,
Y son preciosos tus consejos sabios
Como las piedras finas.

Rompe la fuente su canal estrecho,
Dulce el panal destila de la roca:

Así descienden, con verdad no poca,
Sentencias graves de tu noble pecho,
Dulzuras de tu boca.

Eres para el monarca que te envía
Intérprete feliz del pensamiento:
Su noble y elevado sentimiento
Añade glorias á la gloria mía,
Contento á mi contento.

No sé si aqueste infante, hora nacido
(Ofrenda preparada á la fortuna),
Como sol reine sin mudanza alguna,
Ó bien imite con vagar perdido
Los pasos de la luna.

No sé si en horas de pesar amargas
Lo implique el infortunio en sus rodeos,
Ó si lleno de glorias y trofeos
Feliz exceda, por edades largas,
Su vida á mis deseos.

Que el numen de la muerte pavoroso
¡Ay! no respeta condición ni estado;
Á un tiempo mismo con su soplo helado
Postra al anciano, al luchador famoso,
Y al niño delicado.

Tu acento alegra el corazón de un padre,
Como al campo las gotas de rocío
En la alborada de abrasado estío;
Ufana dejas á la nueva madre;
Honrado al hijo mío.

Páguete el cielo voluntad tan buena:
Con ella nuestros pechos aprisionas;
El claro rey, cuya grandeza abonas,
Próspero extienda en su vejez serena
Imperios y coronas.

CONSEJOS DE UN PADRE Á SU HIJA.

Hija, preciosa como grano de oro,
De amor rico tesoro;

Bella, como la luna en noche fría,
Ó como estrella que precede al día;
Graciosa, como cándida paloma,
Cuando serena por el cielo asoma:
No suena en la espesura
La ave con tal dulzura,
Hija, retrato de tu hermosa madre,
Como tu voz al corazón de un padre.

Encanto de mi amor y de mi vida,
Al corazón unida
Como á su tallo la azucena hermosa,
Ó á su verde botón purpúrea rosa,
Cuando presente estás, mi alma florece,
Y en tus gracias se goza y enriquece;
Pero sin ti marchita,
Se postra y debilita:
Eres causa feliz de mi sosiego
Y objeto de mi amor y casto fuego.

Descansa aquí conmigo juntamente,
Al margen de esa fuente
Que, corriendo al estanque cristalino,
Dilata entre las flores su camino;
Cúbrese el valladar de hiedras varias,
Y las tórtolas gimen solitarias:
Nos dan sombra y asilo
El álamo y el tilo;
En esta soledad, del mundo lejos,
Presta dócil oído á mis consejos.

Al Supremo Hacedor, que formó el mundo,
Y en el cielo profundo
Enciende entre las nubes las centellas,
Ó hace brillar las nítidas estrellas,
Debes la vida y ser, la luz que miras
Y el aura que dulcísima respiras.
En la tierra te puso:
De la razón el uso
Te dió, para que humilde le veneres,
Y por su ley tu corazón moderes.
En la vida del hombre no hay descanso:

Ora arroyuelo manso,
Ora sin diques montaráz torrente,
Camina sin cesar al mar rugiente.
Cubre tu lecho de olorosas flores,
Y encontrarás espinas y dolores.
¡Dichosa si mantienes
Los males y los bienes,
Gozos y penas en igual balanza;
Y sólo en Dios colocas tu esperanza!
Mezcló el Criador contentos con enojos,
Colores dió á los ojos,
Deleite al paladar, al labio risa,
Y tras penoso afán quietud precisa;
Pero quiso también que fiebre ardiente,
Insomnio triste, malestar doliente,
Turbasen en la vida
La dicha apetecida.
Palacios alza el hombre, y no se cura
Que su mansión será la sepultura.
Has vivido hasta aquí como en un sueño:
Despierta, y con empeño
Lo que cumple á tu ser atiende y mira,
Y aparta la verdad de la mentira.
Próspera vivas dilatados años,
Pero inocente siempre y sin engaños.
Guarda para tu esposo
Tu pecho virtuoso:
Serásle fiel y en amorosos lazos
Dilata á su vivir tranquilos plazos.
Nacida fuiste, cándida y hermosa,
De sangre generosa:
En el trono imperial padres y abuelos
Dejaron de virtud claros modelos:
Mira que torpe acción nunca deslustre
Tu heredado valor y sangre ilustre.
Deja el jugar de niña:
Apréstate, y aliña
Tu casto pecho á la virtud constante,
Y á la dulce modestia tu semblante.

Despierta diligente con la aurora:
Á Dios humilde adora:
Los númenes respeta tutelares
Con fe sencilla, en los paternos lares,
Rindiendo á sus imágenes honores
Con aguas puras y olorosas flores:
Ó bien en bosque denso
Quema en su altar incienso:
Cubra tu frente religioso velo,
Y comienza tus obras por el cielo.
En haciendas domésticas te emplea,
Y prudente tarea
Á tus criadas reparte y distribuye:
Del ocio torpe los halagos huye.
Suene la lanzadera resonante
En tu telar, cuando la esclava cante
En la noche serena,
Por aliviar su pena.
Si sus labores diligente velas
Tu esposo vestirá preciosas telas.
Suspenda ya su voz el labio mío:
Á tu prudencia fío
Que en el silencio del paterno techo
Grabes estas palabras en tu pecho.
Mira que la prudencia te ilumina
Por medio de la luz de mi doctrina.
Dichosa si sus dones
En tu memoria pones,
Y cual rico caudal de plata y oro
Forman ellos tu hacienda y tu tesoro.

CONSEJOS DE UNA MADRE A SU HIJA [®]

AL TIEMPO DE CASARLA.

¡Unida á un nuevo amor, de esta morada
Tu esposo te desvía,
Traslado de tu padre, idolatrada,
Prenda del alma mía!

¡Dulcísimo embeleso á mi memoria!

¡Imagen lisonjera!

¡Tú fuiste mi contento, tú mi gloria

En tu niñez primera!

Ya no tu madre al escuchar tu llanto

Sobresaltada vela,

Ni te arrulla en la noche con su canto

¡Paloma pequeñuela!

Ni cuando en la alba, al declinar la luna,

El genio malo acecha

Al tierno infante en solitaria cuna,

Al corazón te estrecha.

Ya no tu huella entre las nuevas flores

Por vez primera guía,

Ni te cubre en el campo á los ardores

Del sol del mediodía.

Ni escucha de tus labios balbucientes

Dulce voz que la llama,

Ni mira en tus ojuelos refulgentes

Brillar celeste llama.

Pero te mira, joven floreciente,

En retirada estancia,

Como ignorada rosa, que el ambiente

Inunda de fragancia.

Modesta y pura, sin hacer alarde

De tus hechizos, bella,

Eres como en las sombras de la tarde

La retirada estrella.

Hora que, herida de dolor, me toca

Llorar tu ausencia fiera,

Escucha los consejos que mi boca

Te da la voz postrera.

Del númen poderoso de los cielos

Guarda las leyes santas;

Las sendas de virtud de tus abuelos

Pisen siempre tus plantas.

Nunca amor extraviado y delincuente

Tu corazón mancille:

En tus humildes ojos y tu frente

Siempre el recato brille.

Cuando á la calle salgas, no revuelvas

La vista, erguida y vana,

Ni el manto que te adorna desenvuelvas

Con actitud liviana.

Nunca el afeite tu semblante altere

Con sus colores vivos:

Ni lúbrica canción, que el alma hiere,

Penetre en tus oídos.

Ama á tu esposo con amor sincero,

Al desvalido auxilia,

Enseña la virtud, dando primero

Ejemplo á tu familia.

Lleva á tus ojos por la firme senda

Que al bien nos encamina,

Y á tus postreros nietos encomienda

Esta misma doctrina.

Es nuestra vida tránsito doblado

Entre abismo y abismo;

El hombre que lo pasa descuidado

Perece por sí mismo.

¡Ay, no te arrastre su letal encanto!

¡Cuánto mi amor recela!

Váste y me dejas anegada en llanto

¡Paloma pequeñuela!

INVOCACIÓN AL DIOS DE LA GUERRA.

¡Invisible poder de cielo y tierra,

Señor omnipotente dé la guerra,

Invicto lidiador:

Tu pueblo ante tus aras se presenta,

Y al rudo asalto y á la lid sangrienta

Se apresta con valor!

La muerte, á tu mandato se levanta:

Tiembla el suelo oprimido de tu planta:

Huye el numen de paz:
Y abre y dilata sus profundos senos,
De eterna noche y de silencio llenos,
El sepulcro voraz.

¡Cuánta sangre vertida por la espada
Descenderá al abismo, consagrada
Al infernal furor!

¡Cuántos cuerpos truncados, insepultos,
En montes asperísimos, incultos,
Serán ofrenda al sol!

Sus víctimas señala airado el cielo,
Y lágrimas sin término y sin duelo
Á la tierra infeliz:
Ignora de su amor la dulce esposa,
Y del hijo la madre cariñosa
¡Ay! el próximo fin.

Hermosa imagen de su padre, el hijo
Derrama en su morada el regocijo
Con infantil candor!
Crece, robusto joven, y en un punto,
Cayendo inmóvil en la lid, difunto,
Causa inmenso dolor.

Breves son los instantes del contento,
Larguísimas las horas del tormento,
Prolijó el padecer:
Tal es la suerte que á los hombres cupo:
Así con sabio porvenir lo supo
El cielo disponer.

Que si nos dió, con término y medida,
Beber las dulces auras de la vida
Y ver su clara luz;
Hace también, sin que crueldad implique,
Que la guerra nos postre y sacrifique
Con fúnebre segur.

Del sepulcro voraz somos tributo:
Somos al reino de pavor y luto
Ofrenda funeral:
Inevitables víctimas nacemos;
Y en sacrificio al cielo nos debemos

Con término fatal.

Al que muera en la lucha sanguinosa
Traslada ¡oh Dios! con mano poderosa
Á la etérea mansión:
Ciñe su frente con diadema de oro,
Y vístelo de pompa y de decoro
Con vívido esplendor.

Abre la helada mano de la muerte
Gloriosas puertas al guerrero fuerte
Que expira en dura lid;
Aposéntalo el sol en sus palacios,
De cristal fabricados, y topacios
En campos de zafir.

Allí, en jardines llenos de verdura,
Do florecen con plácida frescura
El cedro y el laurel;
Cabe tanques y fuentes bulliciosas,
Gusta del lirio y encendidas rosas
La perfumada miel.

Concede ¡oh Dios! un ánimo valiente,
Invicto brazo y corazón ardiente,
Al bravo lidiador:
Haz su espada triunfar en las batallas,
Postra á sus pies ciudades y murallas,
Míralo con favor.

PLEGARIA AL DIOS DEL AGUA.

Potente Dios del agua,
Que allá en región oculta
Resides en jardines
De célica hermosura;
Á quien halagan siempre
Las auras que susurran,
Las ramas que se mecen,
Las fuentes que murmuran:

A quien puros inciensos
Rodean y perfuman;
Á quien canoras aves
Dulcísimas adulan.
Los genios, á quien mandas
Que tus decretos cumplan,
Nos privan de los dones
Que en tu morada abundan.
Los frescos manantiales
Cerraron en sus urnas,
Y niegan á los campos
Tus bienhechoras lluvias.
Lleváronse á su hermana,
Á la deidad augusta
Que nos daba las mieses
Solicita y fecunda;
Las mieses, más preciosas
Que las riquezas sumas
Y que las perlas raras
Que da la mar cerúlea.
Resquíebrase abrasada
La triste tierra inculta,
Trocando en polvo estéril
Sus galas y verdura.
Sobre el pesado fango
De la muerta laguna,
Ni el cisne se pasea,
Ni la barquilla cruza.
Pide en su pena al cielo
El labrador ayuda,
Y el sol, con rayo ardiente,
Tuesta su faz adusta.
Cuando la triste aurora
En el Oriente alumbra
No el coro de las aves
Festivo la saluda.
Cuando de noche reina
La soñolienta luna,
Nubes no la coronan

Que la mudanza anuncian.
El hijo pequeñuelo
El seco pecho estruja
De la madre, que al seno
Lo estrecha con angustia.
Á tus altares corre
La desolada turba
Con pálidos semblantes
Y desceñidas túnicas.
Mira al pequeño infante
Que en desvalida cuna
Por el sustento clama
Y refrigerio busca.
¡Ay! atiende á sus ruegos,
Sus clamores escucha,
Y á nuestros campos vuelve
La pompa y hermosura.
Abre las fuentes claras,
Nuestros valles inunda,
Restituye á sus diques
La plácida laguna.
Mas no de lo alto lances
El rayo que relumbra:
No sufren nuestros ojos
La luz que los ofusca:
El espantoso trueno
Que horrisono retumba,
Postra al anciano débil
Y al tierno niño asusta.
Alguna vez del orbe
Vendrá á noche profunda,
Herida de tus rayos,
La excelsa arquitectura.
Ahora nos liberta
De presenciar la lucha
Con que la tierra y cielo
En el abismo se hundan.

ENHORABUENA

EN LA CORONACIÓN DE UN PRÍNCIPE.

Amado pueblo mío,
No más llanto doliente,
Y suspende el planir de la amargura:
Recobra esfuerzo y brío:
Ciñan flores tu frente
Y vístete de gala y hermosura.
Benevolencia pura
Te muestra el alto cielo
Dándote por consuelo
Un príncipe preciado,
Guerrero en los combates esforzado,
Solaz al afligido,
Padre del miserable y desvalido.

Partió de aqueste mundo
El rey que te regía,
Bajando de la muerte á la morada:
Siguió gemir profundo
Al canto de alegría,
Y endechas á tu música acordada.
Tu luz quedó apagada,
Tu hermosa flor marchita,
Rota tu margarita,
Sin brillo tus pendones,
Pasados de dolor los corazones,
Tus confines con susto,
Y de sombras cercado el solio augusto.

Intrépido guerrero,
Fué de tu pueblo escudo,
Grande en el mando, y en obrar ardiente;
Con pecho y brazo entero
Al contrario sañudo
Hizo en el polvo sepultar la frente.

Hirió su luz fulgente
Imperios espaciosos:
Nunca mantuvo ociosos
So el manto soberano
Su planta firme y su esforzada mano;
Reprimió la malicia,
Y colocó en el trono la justicia.

¡Oh, cuán irreparable
Su pérdida nos fuera,
Si no encontrara en ti sucesor dino!
Por manera admirable
Tu exaltación sincera
El hado dichosísimo previno:
El próspero destino
Trazó con firme dedo
Rumbo á tus plantas nuevo:
Al porvenir obscuro
Sucedió clara luz con rayo puro:
Tu nombre quedó inscrito
Entre el número de astros infinito.

El rey del claro día
Que tierra y mar profundo
Rige, de los alcázares del cielo,
Determinado había
Que fueras en el mundo
Hijo de rey, de reyes el modelo.
Como en fecundo suelo
De su semilla, hermoso
Crece el árbol frondoso,
De pompa coronado,
Sobre los bosques y el florido prado;
Así con fuerzas nuevas
Tu estirpe gloriosísima renuevas.

Desde tu trono atiende
Á fáciles consejos
Que al labio dicta el corazón sencillo;

Á la verdad defiende,
Desterrando á lo lejos
De torpe adulación el falso brillo.
El valor, tu caudillo;
Tu norma, la prudencia;
Tu madre, la experiencia
Serán, y porque aciertes,
Mantén la dulce paz con leyes fuertes;
Uniendo en blando lazo
Al pacífico pueblo en tu regazo.

Cuida con tierno empeño
Y en su seno alimenta
Al hijuelo, la madre cariñosa;
Vela su dulce sueño:
Sólo para él alienta:
No descansa en un punto, no reposa.
No menos oficiosa
Tu mano excelsa y firme
Á tu pueblo confirme;
En perdurable vela
Sirvele de defensa y centinela;
Y tenlo á ti estrechado
De contento y de bienes abastado.

Escucha ¡oh rey! mi aviso;
Jamás flaco y cobarde
Te entregues con molicie al abandono;
El Dios supremo quiso
Que el fuego que en él arde
Incólume mantengas en el trono.
Vive libre de encono;
Sé firme en justa guerra:
Los placeres destierra:
Tus consejos preside:
Con trabajo y labor el hambre impide;
Y sufre con paciencia,
En unión de tu grey, la pestilencia.

Que suele el cielo justo
Sobre soberbio imperio
Centellas fulminar con brazo airado,
Trueca con ceño adusto
Su mando en cautiverio,
Y en oprobio su nombre celebrado.
Ejército esforzado
Cubre, de gentes fieras,
Sus montes y riberas:
La vengadora llama
Por templos y ciudades se derrama:
En sus campos incultos
Yacen ¡ay! sus guerreros insepultos.

Ó bien de los nublados
Lanza lluvia copiosa
Al brillar de relámpagos ardientes;
Arrastran los sembrados
Con furia procelosa
Hinchados y sonoros los torrentes:
Otras veces dolientes
Los campos, á porfía
Luchan con la sequía;
Ó bien el austral viento,
Empañando los astros con su aliento,
Hierne con sopro fiero,
Ministro de la muerte, á un pueblo entero.

Por eso resignado
Á Dios, y ante él rendido,
Escucha sus palabras sacrosantas.
No pongas descuidado
Sus leyes en olvido;
Y pues por él al solio te levantas,
Humíllate á sus plantas.
Será entonces con gloria
Tu hermana la victoria:
Serán tus pueblos fieles:

Coronarás tus sienes de laureles;
Y al fin, dejando el suelo,
Vivirás con los astros en el cielo.

CANTOS DE NETZAHUALCOYOTL.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

VANIDAD DE LA GLORIA HUMANA.

Son del mundo las glorias y la fama
Como los verdes sauces de los ríos,
Á quienes quema repentina llama,
Ó los despojan los inviernos fríos:
La hacha del leñador los precipita
O la vejez caduca los marchita.

Del monarca la púrpura preciosa
Las injurias del tiempo no resiste;
Es en su duración como la rosa
Alegre al alba y á la noche triste:
Ambas tienen en horas diferentes
Las mismas propiedades y accidentes.

Pero, ¿qué digo yo? Graciosas flores
Hay, que la aurora baña de rocío,
Muertas con los primeros resplandores
Que el sol derrama por el aire umbrío:
Pasa en un punto su belleza vana,
Y así pasa también la pompa humana.

¡Cuán breve y fugitivo es el reinado
Que las flores ejercen cuando imperan!
¡No es menos el honor alto y preciado
Que en sí los hombres perpetuar esperan!
Cada blasón que adquieren se convierte
En sus manos en símbolo de muerte.

No llegar á su fin, nadie lo espere;
La más alegre y dilatada vida
En yerto polvo convertida muere.
¿Ves la tierra tan ancha y extendida?
Pues no es más que sepulcro dilatado
Que oculta cuanto fué, cuanto ha pasado.

Pasan los claros ríos, pasan las fuentes,
Y pasan los arroyos bullidores:
Nunca á su origen vuelven las corrientes,
Do entre guijas nacieron y entre flores;
Con incesante afán y con presura
Buscan allá en el mar su sepultura.

La hora que ya pasó rauda se aleja
Para nunca volver, cual sombra vana;
Y la que hora gozamos nada deja
De su impalpable ser para mañana.
Llena los cementerios polvo inmundo
De reyes que mandaron en el mundo.

Y su centro de horror también encierra
Sabios en el consejo, ya olvidados
Héroes famosos, hijos de la guerra,
Grandes conquistadores esforzados,
Que dictando su ley á las naciones
Se hicieron tributar adoraciones.

Mas su poder quedó desvanecido,
Como el humo que espira la garganta
De este volcán de México encendido,
Cuando al cielo sus llamas adelanta.
No queda más recuerdo á tanta gloria
Que una confusa página en la historia.

¿Dónde está el poderoso, dónde el fuerte?
¿Do la doncella púdica y gallarda?
El césped que los cubre nos advierte
La condición que á todos nos aguarda.

Murieron nuestros padres; moriremos:
La muerte á nuestros hijos legaremos.

Volvamos ya la vista á esos panteones,
Morada de pavor, lugar sombrío:
¿Dónde están los clarísimos varones
Que extendieron su inmenso señorío
Por la vasta extensión de este hemisferio,
Con leyes justas y sagrado imperio?

¿Dónde yace el guerrero poderoso
Que los tultecas gobernó el primero?
¿Dónde Necax, adorador piadoso
De las deidades, con amor sincero?
¿Dónde la reina Xiul, bella y amada?
¿Do el postrer rey de Tula desdichada?

Nada bajo los cielos hay estable.
¿En qué sitio los restos se reservan
De Xolotl, tronco nuestro venerable?
¿Do los de tantos reyes se conservan?
De mi padre la vívida ceniza
¿Qué lugar la distingue y eterniza?

En vano busco yo, caros amigos,
Los restos de mis claros ascendientes;
De mi inútil afán me sois testigos:
Á mis preguntas tristes y dolientes
Sólo me respondéis: nada sabemos,
Mas que en polvo también nos tornaremos.

¿Quién es el que esto advierte y no suspira
Por gozar de otra vida allá en la altura,
Donde sin corrupción libre respira
Y en eterna quietud el alma dura?
Desprendida del cuerpo, tiende el vuelo
Y vive con los astros en el cielo.

Es el sepulcro helado nueva cuna

Para nacer del sol á los fulgores,
Y su tiniebla, lóbrega, importuna,
Brillo para los astros superiores.
En polvo la criatura convertida,
Goza con las estrellas nueva vida.

No hay poder que trastorne de esa esfera
Los muros y los quicios diamantinos;
Allí el Criador su imagen reverbera:
En ellos imprimió nuestros destinos;
Y en ellos el mortal mira seguro
Con ojos penetrantes lo futuro.

AL ÁNGEL DE LA GUARDA DE ELISA.

ELEGÍA.

Si ya la luz que causa mi alegría,
Su resplandor aparta de mis ojos,
¿Para qué quiero ver la luz del día?
HERRERA.

Espíritu divino que en el cielo
Gozas de Dios la vista cara á cara,
No apartada de ti con mortal velo:
Tú que antes que la tierra se fundara
Y en el éter ardiesen las estrellas,
Y el sol sus esplendores derramara;
Entre la multitud de escuadras bellas
De las más encumbradas jerarquías
Siendo en esfuerzo tú primero entre ellas,
Con blandas inspiradas melodías
Al resonante cántico de *hosanna*
Al Hacedor Supremo bendecías:
¿Por qué en la tierra, entre la especie humana,
Abandonando la morada eterna,
Ocultabas tu esencia soberana?

Aquella inteligencia que gobierna
Desde el cielo hasta el bátrro profundo,
Con ley sabia y medida sempiterna,
Hízote el cerco abandonar, rotundo,
Do con alas de fuego arrebatabas
El sol, y descender al bajo mundo;
Y á esa diestra con que antes contrastabas
La rebelión del cielo, y la alta frente
Del serafín soberbio quebrantabas,
Encomendó el cuidado, diligente,
De aquella ingenua, singular criatura,
Que reina en mi memoria eternamente.
No alegra el cielo apetecida y pura
Con tantos brillos la modesta aurora,
Coronada de gloria y hermosura,
Como Elisa con voz consoladora
Á la tierra infeliz, cuando vestida
De inocencia y de gracia seductora,
Rompió la antigua noche ennegrecida,
Siendo á mis ojos luminar brillante
En las obscuras sendas de la vida.
No muestra tanto gozo el navegante
Cuando en el polo ve segura estrella,
Como yo si mirara su semblante.
Jamás desfalleció su lumbre bella,
Ni de sus años en el curso claro
Se le atrevió la sombra, indigna de ella.
¡Oh, con cuánto placer su nombre caro
Repito, y en mi pecho su figura
Guardo, sin que la borre el tiempo avaro!
Juntando en uno gracia y apostura,
Á la elegancia de la forma erguida
Enlazaba recato y compostura.
Era su boca de coral, partida,
Rica la cabellera de oro ondosa,
En tembladores rizos desprendida:
Animaba su faz risa amorosa,
Era suave su mirar sereno,
Dulce el acento de su voz graciosa.

No más galana en el verjel ameno
Su pompa ostenta rosa purpurina,
Ó blanco lirio de fragancia lleno.
Brillaba en ella la razón divina,
Como en oro purísimo engastada
Joya resplandeciente y peregrina.
De humildad y pudor acompañada,
Revelaba su claro entendimiento
En su angélica voz y en su mirada.
Dar pudiera á las flores con su aliento
Aroma, al campo con sus ojos vida,
Calma á la mar, serenidad al viento;
Y al alma, en hondas sombras abatida,
Levantar, entre rayos de esperanza,
Á la patria en que fuera producida.
Ella tan sólo á comprender no alcanza
De su encumbrado mérito la alteza,
Digna de eterna fama y alabanza;
Menos la deslumbrara su belleza,
Que absorta en pensamientos inmortales
Preciaba otro valor, otra grandeza.
Era en el suelo alivio de los males,
Espíritu de paz y de alegría,
Robado á las esferas celestiales.
No era ésta la mansión que merecía,
Y si alguno la amó cuanto pudiera,
Ninguno la estimó cuanto debía.
El cielo en ella presentar quisiera
Un ejemplar, al mundo degradado,
De la inocencia cándida primera,
Cuando el hombre tranquilo y bienhadado,
Del polvo de la tierra producido,
Por el soplo de Dios vivificado,
Salió de gracia y de candor vestido,
Partiendo con su dulce compañera
El imperio del mundo bendecido;
Cuando en no interrumpida primavera,
Las siempre nuevas flores salpicaba
Entre guijas el agua placentera;

Y en la espesura el ruiseñor cantaba,
Y al impulso del viento, que suspira,
El bosque dulcemente resonaba.

Ahora, Elisa sublimada mira
Campos nuevos de amor, sitios mejores
Donde el aura inmortal su labio aspira:

Do brilla con más dotes y fulgores
Que del Edén en los jardines Eva
Brillara al despertar entre las flores.

En no turbada vida se renueva,
Y desnudando su belleza antigua,
Viste con nueva luz belleza nueva:

En su cándida sien no se amortigua
El vencedor laurel, que la corona,
Y sus triunfos y glorias atestigua.

Deja á sus plantas la abrasada zona,
Las alas tiende y al empíreo vuela,
Donde sus hechos la virtud pregona.

Á sus ojos atónitos revela
El Ángel que la guarda, los espacios
Que el delito primero al hombre vela;

Y pone ante sus ojos los palacios
En que á sus obras el Criador preside
En trono de zafiros y topacios.

Con vuelo infatigable pasa y mide
De la alba luna el círculo brillante,
Y el centro donde el sol siempre reside.

Vuelve de allí la vista penetrante
Al hondo abismo, y en su horror descubre
Las rojas llamas del cometa errante.

Á un lado observa que Saturno cubre
Su disco en medio de su anillo de oro,
Y á Urano, que su luz al suelo encubre.

De aquí, pasando al estrellado coro
Que llena la extensión del firmamento
Y derrama de luz rico tesoro,

Toca de Sirio al inflamado asiento,
Á Arturo ve, que traza breve vía
En círculo menor, con paso lento;

Á Cinosura, entre la sombra fría
Del Norte helado, y en el polo opuesto
La Cruz, del Austro en la región vacía.

Y llegando ante Dios con vuelo presto,
La frente inclina, y de su mar.o toma
Alto premio, á sus méritos dispuesto.

No más segura, cuando el sol asoma,
En muro protector forma su nido,
Bañada en resplandores, la paloma;

Que ella en el monte pingüe y florecido
Monte santo de Dios, mora y recibe
Fulgor, que no es al mundo conocido.

Vida inmortal en las alturas vive,
Y su ínclita memoria y sus blasones
La eternidad sobre diamante escribe.

¡Oh tú, custodio fiel! que sus acciones
Encaminaste á Dios, y así la hiciste
Objeto de sus dulces bendiciones;

Si la dicha inmortal la mereciste,
Permite que conserve en su memoria
Viva la imagen de su amante triste.

Y, pues, partió su suerte transitoria
En la tierra con él, haz que en la altura
Parta también su perdurable gloria.

Yo sé que de su amor y su ternura
La llama, sobre el cielo levantada,
Allí se avivará con luz más pura.

Y alguna vez del llanto lastimada,
Que á él arranca su ausencia dolorosa,
Abreviara su vida fatigada,
Que alguna vez la muerte fué piadosa.

JERUSALÉN.

(FRAGMENTOS.)

Con lágrimas amargas contemplaba
Aquel funesto estrago y el suspiro
Mi lastimado pecho trabajaba:

Cuando vuelto de un éxtasis me miro,
Al resplandor de un fósforo distante,
Colocado en un árido retiro.

El Espíritu Eterno en un instante
Allí me trasladó; su diestra fuerte
Me elevó cual relámpago brillante.

¡Espantoso lugar, do se convierte
En polvo la creación y se dilata
El pavoroso reino de la muerte!

Una serie de rocas ciñe y ata
De una parte sus lindes; el Mar Muerto
Baña por otra aquella tierra ingrata.

Al extender la vista en el destierro,
De secos esqueletos descarnados
El infecundo suelo vi cubierto,

Y de cráneos y huesos separados,
De sus primeros troncos divididos,
En confuso desorden hacinados.

Nunca experimentaron mis sentidos
Sensación más intensa de amargura,
Ni á compasión mayor fueron movidos.

Entonces se apagó la llama pura
Que brillaba serena y esplendente,
Y sus alas tendió la noche oscura.

Poseído de horror bajé la frente
Y al suelo la incliné con triste lloro:

Después, volviendo el rostro hacia el Oriente,

Mientras á Dios en mi aflicción imploro,
Miro escrito entre luces en el cielo

El nombre de *Jehováh* con letras de oro.

«¡Oh tú, fuente de vida y de consuelo!

Dije con voz rendida y fervorosa,

¿Por qué destruyes tu obra en este suelo?

»¿Al seno de la nada tenebrosa

Entregarás ¡oh Padre! tus hechuras,

Trasuntos de tu ciencia portentosa?

»Muévante á compasión las penas duras

A que nacen tus hijos condenados:

No les niegues del todo tus dulzuras.»

En esto se agolparon mil nublados,
Y cercaron mis ojos de repente,
Dejándolos en sombras sepultados.

En nueva turbación cayó mi mente,
Y en hondos pensamientos sumergida,
Vagaba en lo pasado y lo presente.

Una lumbré de lo alto procedida
Por la tercera vez brilló á mis ojos,
Y una seña de paz esclarecida

Disipó de mi pecho los enojos:
Un arcángel en medio despedía
Resplandores clarísimos y rojos.

El firmamento eterno comprimía
Al asentar sus plantas, y eclipsaba
Con su luz la diadema que ceñía.

Con paso varonil se adelantaba,
Y el profundo cristal del mar undoso
Sus luces y sus fuegos reflejaba.

Un viejo venerable y respetuoso,
Vestido de una túnica de lino
Y en la mano un bastón de oro precioso,

Reverente á encontrar al ángel vino,
Y arrodillado en tierra alzó el semblante,
Todo arrobado en éxtasis divino.

Mudo permanecía en tal instante:
La barba sobre el pecho le bajaba,
Cruzados ambos brazos por delante.

El cielo de esplendores le bañaba,
Y en posición inmóvil su figura
Su sombra sobre el suelo proyectaba.

El ángel, descendiendo de la altura,
Con una ascua vivísima de fuego
Á sus labios tocó con mano pura.

El semblante inclinó radioso luego,
Y en su seno inspiró con sacro aliento
Un alto y divinal desasosiego.

Sobre las alas rápidas del viento
Alzó otra vez el vuelo presuroso,
Y allá en las nubes colocó su asiento.

El anciano salió de su reposo,
Y de santo fervor su seno henchido
Y lleno de entusiasmo glorioso,
Puesto en pie gravemente, revestido
De excelsa majestad, la voz alzando,
Y el cetro de oro al cielo dirigido:
Del poder recibido firme usando;
«Volved de nuevo ¡oh, muertos! á la vida:
En nombre del Eterno yo lo mando.»
Dijo, y al punto, una aura, que impelida
Bajaba de los montes al desierto,
Por un poder incógnito movida;
El suelo resquebrado, seco, yerto,
De florecillas frescas y olorosas
Con su soplo vital dejó cubierto.
Y viéranse en el punto presurosas
Las reliquias humanas reunirse,
Renovando su enlace, artificiosas:
Con nervios y cartilagos unirse,
De carnes, miembros y vigor llenarse,
De fresca piel en torno revestirse:
Un pueblo entero poderoso alzarse,
Y entre cantos de Hosanna, con presteza
En tribus diferentes congregarse.
Colocado el profeta á su cabeza,
Con poderoso esfuerzo lo regia,
Lleno de majestad y de grandeza.
El ángel desde lo alto dirigía
Su marcha, y le indicaba su destino:
La tierra se aplanaba y abatía:
Los montes no estorbaban el camino:
Saltaban de contento los collados:
Brillaba en lo alto el cielo cristalino:
Claros fuentes y lagos sosegados,
Verjeles, huertos, frescas alamedas
Hallaba á su descanso preparados,
Y frutos en las verdes arboledas:
La mano del Eterno le cubría,
Dando sombra á sus sendas y veredas.

Jerusalén, Jerusalén, decía
La turba innumerable, y sus acentos
La bóveda del cielo repetía.
Entonces resonaron en los vientos
Mil himnos de alabanza y de victoria,
Á que unieron alegres sus concentos
Los espíritus puros de la gloria.

SALMO L.

EL PECADOR ARREPENTIDO.

Apíadate, Dios mío,
De esta ánima mezquina,
Conforme á la grandeza
De tus misericordias infinitas.
Y según la abundancia
De tu piedad antigua,
Borra, Señor, piadoso
De mi crimen la sombra denegrada.
La mancha vergonzosa
De mis delitos, limpia,
Y la asquerosa llaga
De mis iniquidades purifica.
Conozco mi pecado,
Miro la culpa altiva,
Quealzada ante mis ojos
Mis maldades inmensas atestigua.
Pequé contra ti solo,
Hice el mal á tu vista:
Si acaso me condenas
Ninguno dudará de tu justicia.
Pues mira que engendrado
Fuí de una raza inicua,
Y fué mi carne fácil
En error y pecado concebida.
Pues la verdad ingenua
Pones en alta estima,

Tus íntimos arcanos
Manifiesta á mi mente obscurecida.
Lávame con hisopo
Y mi alma será limpia ;
Báñame y al momento
Quedaré blanco cual la nieve misma.
Si escuchar me dejares
Tus palabras divinas,
Mis huesos humillados
Se llenarán de gozo y alegría.
La serie de mis culpas
Aparta de tu vista,
Y borra por tu mano
El proceso espantoso de mi vida.
Un corazón ingenuo
Dentro mi pecho cría:
Infunde en mis entrañas
Soplo de rectitud, que vivifica.
No apartes de tu rostro
Mi súplica sumisa,
Ni me quites airado
Las luces de tu espíritu divinas.
El gozo de tu gracia
Hoy á mi pecho inspira:
Con superior aliento
Mis nacientes propósitos confirma.
Enseñaré tus sendas
Á las almas perdidas:
Los ímpios humillados
Tu ley aceptarán con fe sencilla.
Líbrame de esa sangre
Que por venganza grita,
Y tus altas piedades
Ensalzará mi lengua agradecida.
Abre, Señor, mis labios,
Haz que la boca mía
Prorrumpa en alabanzas,
Y en acciones de gracias sin medida.
Si ofrendas exigieras

Yo las ofrecería;
Mas sé que no te place
La sangre en tus altares esparcida.
El sacrificio quieres
Del ánimo contrita,
Del corazón mudado,
Y de una voluntad simple y sumisa.
Desciendan tus palabras
Hoy sobre Sión propicias,
Y se alzarán al punto
Los derrocados muros de Solima.
Aceptarás entonces
Ofrendas de justicia,
Oblación, holocaustos,
Y en tus aras la sangre de la víctima.

SALMO LXVII.

TRANSLACIÓN SOLEMNE DEL ARCA Y TRIUNFOS DEL PUEBLO DE ISRAEL.

Fulminando amenazas y castigos
Se levantó el Señor: sus enemigos
Confusos, asombrados,
Como cera en el fuego consumida,
Como arena á los vientos esparcida,
Huyeron derrotados.

¡Justos, que presenciasteis la victoria,
Entonad vuestros himnos en memoria
De tan plausible día!
¡Alabad al Señor, santas criaturas,
Levantando su nombre á las alturas
Con voces de alegría!
En tempestuosa nube va y camina,
Y cielo y tierra y mares ilumina
El que Jehováh se nombra:

Á los justos alegra su presencia,
Mientras con su terrible omnipotencia
Á los ímpios asombra.

Fijó en este santuario su morada,
Do al huérfano y la viuda desolada
Entre sus brazos cierra:
Salva de la cadena al prisionero,
Propaga las familias, y severo
Al rebelde destierra.

¿Quién cantará, Señor, cuando salías
Al frente de tu pueblo, y lo regías
Por medio del desierto?
Las nubes á tu voz se liquidaron,
Los encumbrados montes retemblaron,
El Sinaí quedó yerto.

Salvaste en las llanuras abrasadas
Con lluvias bienhechoras y templadas
Tu heredad afligida:
En medio del ardor y la sequía,
Tu grey, que con la sed desfallecía,
Tornó de nuevo á vida.

Venciste al enemigo, y las doncellas
Referían, animosas cuanto bellas,
Lo que vieron sus ojos:
Atónitos los Reyes se escondieron,
Y las mujeres débiles vinieron
Á partir los despojos.

Aquel que en los bagajes escondido
El combate evitara, ya salido,
También su parte toma,
Haciendo alarde de vistosas galas,
Semejantes al cuello y á las alas
De la hermosa paloma.

Cuando venció á los bárbaros caudillos,
Manifestó el Señor con tales brillos
Su faz resplandeciente,
Que se ofuscó el Selmón; su cumbre helada
Mostró con menos rayos coronada
La nieve de su frente.

Esta santa montaña es la que quiere
Dios para su morada, y la prefiere
Á otros montes vistosos:
En vano envidiaréis tanta ventura,
Montes, engalanados de verdura
Y de bosques frondosos.

Rodeado de huestes, en su carro
Sube á este monte el vencedor bizarro:
Los contrarios altivos,
Postrados ya, lo adoran soberano,
Y sus dones reparte por su mano
Á libres y cautivos.

Bendito seas, Señor, que poderoso
Rompes nuestras prisiones: bondadoso,
Nos libras de la muerte;
Tus bienes con largueza nos prodigas,
Y las duras cervices enemigas
Quiebras con brazo fuerte.

*Del enemigo de Bazán astuto
Triunfarás; los abismos á pie enjuto
Vadearás sin recelo;
Romperás del contrario la coyunda,
Tus perros lamerán su sangre inmunda,
Dijo el Señor del cielo.*

Dijo, y su triunfo y su solemne entrada
Los enemigos en su Real morada
Atónitos miraban:
Salieron los cantores los primeros,

Las vírgenes tocando sus panderos
Seguían, y así cantaban:

«Gloria al Dominador, siempre triunfante,
Que esas turbas con rayo devorante
Dejó ya traspasadas.
Celebrad su poder, tribus dichosas,
Que fuisteis por sus manos poderosas
Del polvo levantadas.»

La pompa prosiguió: ledos y ufanos
Del pueblo de Judá los más ancianos
Caminaban delante;
Los de Néptali y Zabulón seguían,
Y los de Benjamín después venían
Con rostro jubilante.

Haz, Señor, de tus obras larga muestra,
Confirma las hazañas de tu diestra,
Establece tus leyes;
Poseídos de horror, llenos de espanto,
Llevarán dones á tu templo santo
Los príncipes y reyes.

De aquel pueblo falaz, que desde el Nilo
Nos acecha cual fiero cocodrilo,
Reprime los clamores;
Y de éstos, que nos buscan coligados,
Furiosos como toros encelados,
Enfrena los furios.

Enfrénalos, Señor, y verás luego
Pedir la paz interponiendo el ruego
Al Egipto insolente:
El orbe callará bajo tu espada,
Y hasta la Etiópia bárbara y tostada
Se postrará obediente.

Alabad al Señor pueblos y gentes,

Benedicid en idiomas diferentes
Su nombre sin segundo:
Ved que sobre los astros se levanta
Lleno de luces, y sus glorias canta
La redondez del mundo.

¿Oís cual retumbó su voz sonora?
Bendigamos su mano protectora,
Su poder y su alteza:
Él es roca y presidio de afligidos,
Pidámosle, y dará á sus escogidos
Virtud y fortaleza.

LA REVELACIÓN.

CANTO CUARTO.

Episodio de Aglaya.

XLV.

Atada á un tronco la ligera barca,
Descanso un prado nos brindó y asilo,
Que extenso valladar ciñe y abarca
De obscura madreSelva y verde tilo:
Ante una ermita que su centro marca,
De mujeres hallé coro tranquilo,
Mostrando entre sus velos ojos bellos
Y negras trenzas por los albos cuellos.

XLVI.

De odoríferas flores componían
Un altar á sus ritos consagrado;
Mas cuando al resplandor del sol veían
Mi cuerpo, de la sombra proyectado,
Y por esta señal reconocían

Que del peso mortal iba cargado;
Suspenden su labor, tiemblan, se espantan,
Y en un punto asombradas se levantan.

XLVII.

Y huyen de aquel lugar con alarido
Al valladar vecino, al soto ameno,
Cual palomas al súbito estampido
De horrisono arcabuz ó ronco trueno;
Mas una á quien la fimbria del vestido
Un zarzal enredó, de espinas lleno,
Por mí se vió alcanzada y detenida,
Para decir la causa de su huída.

XLVIII.

Mis palabras su fuga suspendieron,
Y algún tanto del susto recobrada,
Declaróme el espanto con que vieron
Todas á un vivo entrar por su morada.
Al fin mis blandos ruegos consiguieron
Dejar su timidez tranquilizada,
Y pregunté de nuevo me dijera:
¿Qué lugar era aquél, y ella quién era?

XLIX.

Díjome:—«Este lugar se ha prevenido
Para aquellos que purgan con dolores
Los restos de la culpa, que han tenido
Por error cometido en sus amores.
Oye la historia de mi bien perdido,
Para ejemplo de tristes amadores:
Nací de Grecia en la aromosa playa;
Mi patria Atenas fué, mi nombre Aglaya.

L.

»Mi madre, bella flor, muerta temprano,
Dándome á luz, bajó á la sepultura,
Y yo quedéme á ser de un padre anciano
Objeto de carísima ternura:
Debí blandas caricias á su mano,
Á su boca palabras de dulzura;
Eran mi vista y cariñoso acento
Luz á sus ojos, y á su labio aliento.

LI.

»Figurábase ver en mis facciones
De mi madre la imagen lisonjera,
Y joven mis soñadas perfecciones
Divulgaba la fama vocinglera.
Cercada de amorosas pretensiones,
Mostré la voluntad rebelde y fiera,
No queriendo turbar las alegrías
Del autor adorado de mis días.

LII.

»Vivía así feliz y respetada,
Inexorable del amor al ruego,
En una bella quinta retirada,
Que bañaba el Cefiso con sosiego.
Una tarde, en que sola y divagada
De sus ondas miraba el blando juego,
Me encontré de repente entre sus flores
Circundada de aceros brilladores.

LIII.

»Eran de unos piratas, que de Egina
El golfo con sus robos infestaban,
Y á Estambul y la costa convecina

Esclavos y riquezas trasladaban:
Profundo abatimiento me domina
Cuando vi que á sus naves me arrastraban
Sordos á mis lamentos y mi lloro,
Desnudos de piedad, sedientos de oro.

LIV.

»Á mi padre infeliz rabiosos matan,
Y llenos de furor roban la quinta:
En sangre de los criados que maltratan
Queda la arena de sus calles tinta:
El botín presurosos arrebatan;
Y á la luz del crepúsculo indistinta,
Recogen sus dispersas centinelas,
Y al turbulento mar tienden las velas.

LV.

»¿Cómo podrá mi labio referiros
Del pecho atormentado los dolores,
Sin que fuesen capaces mis suspiros
De ablandar á mis duros opresores?
Las ondas de la mar en anchos giros
Levantaban los vientos bramadores:
Yo á su impulso, indefensa, caminaba
De un odioso señor á ser esclava.

LVI.

»La aurora aparecía en el Oriente
Coronada la sien de blancos lirios,
Y de mi amargo llanto la corriente
No calmaba el dolor de mis martirios:
Subía el sol al cenit resplandeciente,
Y obscuridad miraba en mis delirios:
De la noche las negras horas largas
Aumentaban mis lágrimas amargas.

LVII.

»Pasados de este modo algunos días.
Una mañana vi, ¡nunca la viera!
De Estambul y sus ricas cercanías
La odiosa para mí, mortal ribera,
Do entre celos brutales y entre espías
La mujer desfallece en cárcel fiera,
Amenazada siempre de suplicios,
No incentivo al amor sino á los vicios.

LVIII.

»No en público mercado fui vendida
Con el común de esclavas desdichadas,
Sino al serrallo infame conducida,
Cerrándose tras mí puertas ferradas.
Á gemir condenada de por vida
En sus hondas estancias dilatadas,
En todos tiempos y ocasiones era
La tristeza mortal mi compañera.

LIX.

»Bajaba alguna vez á los jardines,
Por divertir allí mis penas graves,
Mirando con envidia, en los confines
Del ancho y libre mar correr las naves:
Una tarde que, oculta entre jazmines,
Escuchaba los trinos de las aves,
Un mozo audaz, ajeno de temores,
Lleno de amor me requirió de amores.

LX.

»Oye, cristiana bella, me decía,
Las quejas de un amante que te quiere,
Que en tus ojos miró la luz del día,

Y morirá feliz si por ti muere:
¡Inocente paloma! ¡Gloria mía!
¿Qué profundo pesar tu pecho hiere?
Dime, mi dulce bien, ¿qué mano fiera
Te puso en estos muros prisionera?

LXI.

»Mira, yo soy un joven que, nacido
En el remoto suelo mexicano,
Por casos de fortuna aquí he venido
Á ser esclavo del sultán tirano.
Es mi nombre Costanzo: á tí rendido
Y abrasado en tu fuego soberano,
Si vinieres conmigo, te prometo
Guardar á tu beldad todo respeto.

LXII.

»Te llevaré á mi patria venturosa,
Do hallarás limpia fe, cortés llaneza,
Y venerando título de esposa,
El esclavo seré de tu belleza:
Libre, feliz, encantadora, hermosa,
Disfrutarás de módica riqueza,
Pasando en mi heredad tranquilos días,
Ajenos de zozobras y porfías.

LXIII.

»Verás allí, en eterna primavera,
Los campos de mil flores esmaltados,
Asombrada de bosques la ribera,
Y los montes de nieve coronados:
Verás á la ciudad, que reverbera
En el centro de lagos dilatados,
Y en sus contornos, al placer abiertos,
Flotando los jardines y los huertos.

LXIV.

»Si admites que este siervo, que te adora,
De tu cuello desate las cadenas,
Y de un alma te dignas ser señora,
Á quien de gloria y entusiasmo llenas,
Aguárdame mañana en aquesta hora,
En que la incierta luz se mira apenas:
Aquí estaré presente, y yo te juro
Que salva te pondré en lugar seguro.

LXV.

»Y en nave con recato prevenida
Á Grecia volverás por rumbo cierto,
Y desde allí á mi patria transferida,
En ella pisarás seguro puerto.....
No siguió, que una seña convenida
(Impidiendo que fuese descubierto)
Le obligó á retirar, dejando en tanto
Al pecho dudas, y á los ojos llanto.

LXVI.

»El sitio, la ocasión, el lance extraño
Produjeron en mi alma, que delira,
Ya sombrío temor de nuevo daño,
Ya esperanza del bien porque suspira.
¿Tan ardiente pasión será un engaño?
¿Tan encendido amor será mentira?
Así mi pensamiento vacilaba,
Y amor mi voluntad avasallaba.

LXVII.

»¡Oh, cómo triunfa un alma generosa
De un pecho tiernamente agradecido!
¿Podrás, yo me decía, ser rigurosa

Con un amante, ante tus pies rendido,
Que te enajena de prisión odiosa,
Y que, á todos los riesgos prevenido,
La cara libertad estima en nada
Si á tu dicha y amor no va enlazada?

LXVIII.

»¿Negarás á tu amante hacer pedazos
La negra puerta á la mansión del duelo,
Las cadenas trocando en blandos lazos
Y las tinieblas en la luz del cielo?
¿Te esquivarás á ver entre sus brazos
Por la postrera vez tu patrio suelo,
Y de tus padres el sepulcro santo
Piadosa humedecer con dulce llanto?

LXIX.

»¡Cuánta serenidad allí te espera!
Desde el cielo sus almas venerables
Te aclamarán la dicha verdadera,
Amor y bendiciones perdurables.
¡Patria, donde miré la luz primera,
Adiós, por siempre adiós! Si á las instables
Ondas vuelvo otra vez, tú estás de asiento
Siempre en mi corazón y pensamiento.

LXX.

»Viva en la dicha ó viva en desventura,
Jamás te olvidaré, ¡patria adorada!
Y allá en el Nuevo Mundo con ternura
Repetiré tu nombre enamorada:
Cuando Amor me colmare de ventura,
De rosas y de mirtos coronada,
En medio de mi encanto y de mi gloria,
Tú siempre vivirás en mi memoria.

LXXI.

»En tales pensamientos se ocupaba
Llena de nueva vida el alma mía,
Y la que antes en dudas se abismaba,
Ya intrépida á los riesgos se exponía:
Al fin cuando en su ocaso se ocultaba
El postrer rayo del siguiente día
Y brillaba en las sombras el lucero,
Á mi libertador con ansia espero.

LXXII.

»Y ved, que de repente sorprendida,
Y en sus brazos robustos levantada,
Por oculto lugar soy conducida
Á una puerta remota y excusada;
Cuya guarda, del oro seducida,
Á mis pasos la deja franqueada:
La ciudad prontamente atravesamos,
Y en una pobre casa nos entramos.

LXXIII.

»En ella un sacerdote anciano, griego,
En ignorada soledad vivía,
Y, prevenido con secreto ruego,
Oculta habitación nos disponía;
De sacras ropas revestido luego
Nuestra unión confirmaba y bendecía,
Trocando los de amor blandos abrazos
De santa unión en perdurables lazos.

LXXIV.

»Si amaste alguna vez, y has conocido
El valor sin igual de un bien seguro,
Y lleno de esperanzas has unido

Á la dicha presente el bien futuro;
Si por favor del cielo has conseguido
Enlazar la virtud al amor puro,
Y ofreció una pasión correspondida
Encanto al corazón, al alma vida:

LXXV.

»Ya podrás comprender la dicha mía.
El amor dilataba sus contentos,
Mientras llegaba el suspirado día
De entregarme á las ondas y á los vientos:
Aguardábalo llena de alegría,
Cuando de hombres feroces y violentos
Acometido vi con furia insana
Nuestro indefenso albergue una mañana.

LXXVI.

»Reos de lesa majestad, nos vimos
Á inexorables jueces entregados,
En cuyo tribunal bárbaro fuimos
Al suplicio de fuego condenados:
En recurso postrer comparecimos
Del Sultán poderoso en los estrados,
El cual con ademán y faz severa
Á Costanzo increpó desta manera:

LXXVII.

—»Dime, mancebo infiel, ¿cómo pudiste
Robar á mi jardín su flor más bella,
Á mi trono la luz de que se viste,
Á mi cielo de amor su clara estrella?
Puede el cuervo mendaz en hora triste
Al ave seducir que se querella;
Pero su dueño si venganza toma,
Al cuervo matará y á la paloma.

LXXVIII.

»Por derecho y por ley yo soy tu dueño:
Por ley y obligación eres mi esclavo:
¿Cómo quisiste, pues, con torpe empeño,
Causar á mi grandeza menoscabo?
De cruel y sanguinario me desdeño,
Pero de justiciero, sí, me alabo;
É inflexible descargo en la malicia
El hierro vibrador de la justicia.—

LXXIX.

»Con modesto ademán y acento firme
Le responde Constanzo de esta suerte:
—En tu poder estoy, puedes herirme,
Y puedes, gran señor, darme la muerte:
Mas, de la cara prenda á dividirme
Á que el cielo me unió con lazo fuerte,
No basta tu poder, ni yo pudiera
Si tamaño imposible pretendiera.

LXXX.

»En la remota México felice
Nací, donde los cándidos amores
El cielo dichosísimo bendice,
Con cadenas ligándolos de flores:
Donde no la mujer gime infelice
Oprimida de celos y temores:
Del hombre compañera cariñosa,
Vive con él enamorada esposa.

LXXXI.

»En mi primera edad me vi lanzado
Del patrio suelo, con el padre mío,
El que, siendo español, fué condenado

Á tanta pena por decreto impío:
Así destruye la razón de Estado
El ingénito amor de un pueblo pío.
Triste y errante, al expirar mi infancia,
Me recibió cortés la culta Francia.

LXXXII.

»Joven después, en años floreciente,
Dado al comercio, me entregué á los mares,
Asistiendo en los puertos del Oriente
Á los ricos mercados y bazares:
Ya proyectaba el ánimo impaciente
Volver la prora á los antiguos lares,
Por haber levantado en sus regiones
La hermosa Paz sus blancos pabellones:

LXXXIII.

»Cuando caza me da nave pirata
En las instables ondas del mar fiero,
Y cargado de hierros me arrebató
Á tus altos palacios prisionero.
Ahora bien, gran señor, ¿qué suerte ingrata,
Qué poder, qué razón, qué ley, qué fuero,
Condena al que nació inocente y libre
Á que en su cuello tu cuchilla vibre?

LXXXIV.

»Si no te habían mis ojos conocido,
Ni mis manos pudieran ofenderte,
¿Por qué á la esclavitud me has reducido?
¿Y por qué me amenazas con la muerte?
Si á Aglaya por esposa he pretendido
Y conmigo se unió, señor, advierte
Que la oprimiste con poder tirano,
Siendo libre y señora de su mano.—

LXXXV.

»Si por tu dicha no tomase en cuenta,
(El monarca repuso), tu ignorancia,
Pronto tu pena borraría mi afrenta,
Castigando cual debo tu arrogancia:
Mas quiero que obre la justicia lenta,
Precediendo la blanda tolerancia:
Llámaste libre, mis acciones culpas,
Y fundas en mi oprobio tus disculpas.

LXXXVI.

»Y es que, sin duda, como infiel, ignoras
Mi alto poder, mi autoridad completa,
Y que el mundo á mis armas vencedoras
Sujetó con sus leyes el Profeta.
Si á la única deidad por dicha adoras,
Sabe que soy la luz que la interpreta:
Sometidas á mí todas las gentes,
Soy padre universal de los creyentes.

LXXXVII.

»Mas, porque entiendas que á mi excelso trono
Asiste la piedad y soy clemente,
Tu crimen execrable yo perdono
Y esa joven te doy perpetuamente,
Con tal que humilde implorés en tu abono
Del Profeta la ley, como creyente;
Y colmaré tu diestra con largueza
De poder, de placeres y riqueza.—

LXXXVIII.

»Esta proposición pudiera, indigna,
Haber puesto en peligro mi constancia,
Ante el suplicio cruel que le designa

Del tirano la bárbara arrogancia,
Si de Constanzo la firmeza, digna
De quien guarda la fe con vigilancia,
No triunfara, diciendo en aquella hora
Con ademán sereno y voz sonora.—

LXXXIX.

»Agradezco, señor, que hayas prestado
Á esta mi débil voz atento oído,
Y al cielo gracias doy, que se ha dignado
Hacerme de la luz hijo querido,
Para que nunca ciego y extraviado
Abandone la fe con que he vivido:
Antes que de Jesús el nombre niegue,
Muerta mi lengua al paladar se pegue.

XC.

»¿Quieres que el crimen y el error pregone,
É insensible de Dios á la doctrina,
Sus preceptos olvide, y abandone
La senda que á la vida me encamina?
¿Qué importa que tu mano me corone
De gloria mundanal, si me destina,
Por medio del placer y falso encanto,
Á la mansión de sempiterno llanto?

XCI.

»Y tú, querida esposa, en quien adoro
De un depurado amor las gracias bellas,
Los temores olvida, deja el lloro,
Y levanta la vista á las estrellas.
Allí, enlazados al celeste coro,
Ajenos de inquietudes y querellas,
Nuestra dichosa unión afirmaremos,
Y en piélagos de luz nos perderemos.—

XCII.

»Entonces el Tirano enfurecido
Ejecuta en Constanzo la sentencia,
Haciendo que las llamas consumido
Lo manifiesten ¡ay! á mi presencia.
Nunca el hombre de gracias prevenido
Mostrara más heróica resistencia:
Allí recojo su último suspiro,
Y su postrer mirada á lo alto miro.

XCIII.

»Yo vi, yo oí su espíritu glorioso
Serenamente al cielo santo,
Dejándole á mi pecho congojoso
Aguda pena, inextinguible llanto.
Aterrada del caso doloroso,
Y oprimida de angustia y de quebranto,
Al ardor de violenta calentura
Camino á la funesta sepultura.

XCIV.

»Una noche terrible, en que la vida
Con equívocas señas se mostraba,
Y á mi lecho, de sombras revestida,
La muerte pavorosa se acercaba;
Se me ofrece la imagen tan querida
De Constanzo, que luces derramaba,
Y me dice con labio placentero:
Es el cielo tu patria, en él te espero.

XCV.

»El alma, de los miembros desligada,
Ante su juez divino comparece
Y, hasta quedar cual oro acrisolada,

En aqueste lugar gime y padece.
Vivir del fin eterno separada
Y sufrir el dolor, bien lo merece
Quien pudo vacilar por un instante,
Entre el amor de Dios y el de su amante.

XCVI.

»De su bondad sin límites espero
Acorte á mi penar los largos plazos,
Y me eleve á su gozo duradero,
Exenta ya de peligrosos lazos;
Donde le ofreceré mi amor sincero,
Y de Constanzo entre los dulces brazos,
Disfrutaré purísimas caricias,
Eternidad de gloria y de delicias.»

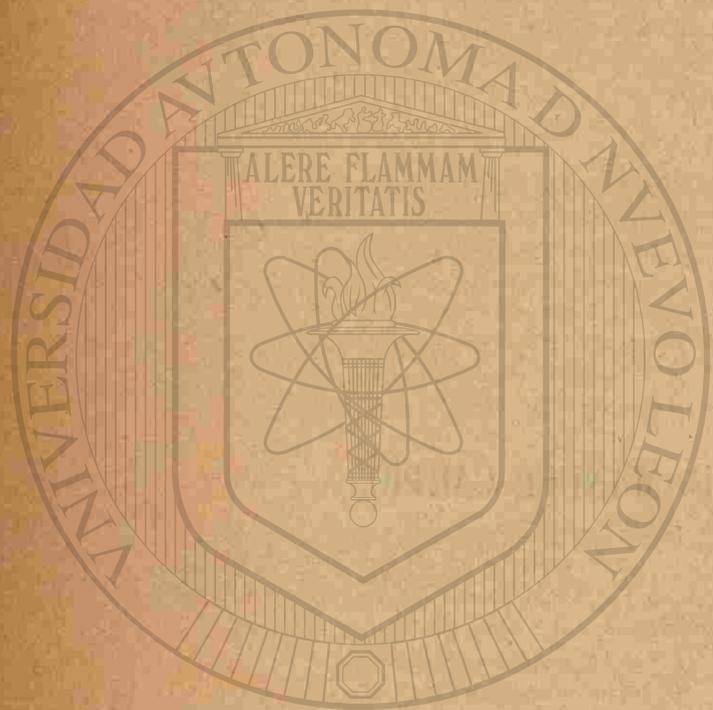
XCVII.

Dijo y en largo llanto se desata,
Semejante á las gotas de rocío,
Que de su trono de cristal y plata
Vierte la luna sobre el bosque umbrío
Cuando la noche plácida dilata
Por el orbe su extenso señorío;
Y ofrecen al mortal para consuelo
Quietud la tierra y esperanza el cielo.

D. MANUEL CARPIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. MANUEL CARPIO.

CASTIGO DE FARAÓN.

Sentado el monarca glorioso de Egipto
En trono de nácar y de oro luciente,
Augusta diadema le ciñe la frente,
Y adórnale el pecho radiante joyel.
Y lleva una zona bordada de estrellas,
Su túnica es blanca de seda sonante,
Y el manto soberbio de grana brillante,
En ondas le baja cubriéndole el pie.

El trono rodean soldados adustos,
De barba poblada, de rostro salvaje,
De yelmo terrible, con negro plumaje,
Coturnos vellosos de piel de león.
Su cota de acero bruñido relumbra;
La espada en la cinta, la pica en la mano,
Esperan la seña del duro tirano,
Y reina el silencio por todo el salón.

Moisés el profeta, varón venerable,
De serio semblante, de undoso cabello,
Terribles los ojos, indómito el cuello,
La túnica parda, de trueno la voz,
Preséntase, y pide que al pueblo judío

Se deje el camino seguro y abierto,
Y hacer sacrificios allá en el desierto
En rústicas aras al grande Criador.

«Seis plagas has visto que toda la gente
Sufrió por tu culpa, le dijo el anciano ;
Al Dios de mis padres resistes en vano ;
Él quiere librarnos y es fuerza partir.
Humíllate débil al fuerte Adonai :
Él hizo los montes, los campos y mares :
Y allá en esos cielos, él puso á millares
Las altas estrellas que miras lucir.»

El Rey entretanto, cambiando colores,
Se inunda su pecho de cólera amarga :
Ya coge la espada, ya coge la adarga,
Ya baja del solio, ya vuelve á subir.
Temblaban los guardias al ver el enojo
Que agita al monarca cual tigre en la reja ;
Revuelve los ojos, enarca la ceja,
Y en tono tremendo comienza á decir :

«¿Cómo es que un hebreo, cómo es que un esclavo
Armado tan sólo de mágica vara
Me pida insolente, y así, cara á cara,
Librar á sus tribus? Así no será.
Primero los mares, abriendo su seno,
Á mí y á mis tropas y carros cubrieran,
Que gentes tan viles de Egipto salieran ;
Serán aquí siervos, aquí morirán.»

Oyendo el profeta palabras tan duras,
«Mañana, le dijo, verás tempestades,
Habrá granizadas, habrá mortandades,
Verás maravillas que Egipto no vió.»
Y dando la vuelta salió del palacio ;
Y cuando cercano mostrábase el día,
Al cielo terrible la mano tendía,
Y negro nublado los aires cubrió.

De Oriente al Ocaso, del Sur al mar Grande,
Errantes las sombras cubrieron el cielo,
Relámpagos rojos cruzaban el suelo,
Los truenos hacían la tierra temblar.
El Nilo bramaba, bramaban los mares,
Bramaban sus costas, silbaban los vientos :
De Tebas y Tanis los hondos cimientos
Del rayo temblaban al duro estallar.

Rasgadas las nubes, la lluvia ruidosa
Inunda los campos, rebosan las fuentes,
Y bajan las aguas en turbios torrentes
Y arrastran las olas ganado y pastor.
Mezclados andaban granizos y rayos,
La hierba del campo y el árbol hirieron ;
El toro robusto y el hombre murieron,
Y el reino cubrióse de luto y horror.

El bárbaro río sus márgenes cubre,
Arranca los cedros de Menfis altiva,
Y en gran remolino sus palmas derriba
Y arroja los troncos al férvido mar.
En tanto el ganado del pueblo judío
En campos floridos pastaba contento,
Y allí no sintieron granizo ni viento,
Y sólo de lejos oyeron tronar.

Pasada la negra ruidosa borrasca,
Que salgan las tribus el Rey no consiente ;
Mas alza el caudillo la vara potente,
Y hambrientas langostas obliga á venir.
Y luego tinieblas espesas derrama,
Y á Egipto sus luces el cielo le niega ;
Tan sólo el hebreo contento se entrega
A juegos campestres y alegre festín.

Las sombras cubrían la tierra otra noche,
El pueblo en su sueño posaba tranquilo,
Y manso corría magnífico el Nilo ;

Callaba la tierra, callaba la mar.
Pacíficas duermen las cándidas garzas
Allá entre las cañas, orillas del río,
Las bestias feroces en campo sombrío
Y en húmedas cuevas dormidas están.

Los áulicos altos, los nobles magnates
Descansan en lechos de púrpura rica:
Mas ¡ay! sobre sedas el Rey se abanica,
É inquieto en su cama no puede dormir.
Reposa en la mente las plagas horribles,
Que al reino trajeron inmensa amargura,
Le eriza el cabello su suerte futura;
Sudando y convulso se siente morir.

Un ángel en tanto voló como un rayo,
De Siene hasta el Delta temblando de enojo;
Con la ala derecha tocaba el Mar Rojo,
La izquierda tocaba el Libio arenal.
Volaba cubierto de espesa tiniebla,
Llevaba en la mano su acero sangriento,
Sus negros cabellos vagaban al viento,
Sus ojos brillaban con luz funeral.

Cual suele en los campos un gran torbellino
Quebrar las cañuelas de verdes espigas,
Dejando burladas así las fatigas
Y dulce esperanza de algún labrador;
Así pasó el ángel airado matando
Á cuantos varones nacieron primero:
Murió desde el hijo del pobre leñero,
Hasta el del monarca de Egipto señor.

Un grito de muerte se oyó á media noche
En todo el Imperio; llevaba la gente
Pavor en el alma, sudor en la frente;
De todos los ojos el llanto corrió.
El Rey se levanta del lecho de grana,
Los vastos salones recorre aturdido,

Sus lágrimas ruedan, y da un alarido
Que en todo el alcázar, en todo se oyó.

Lloraba la Reina, sus manos torcía,
Con ayes dolientes á su hijo llamando,
Y suelto el cabello, y el velo arrastrando,
Toda ella temblaba de espanto y dolor.
Gritaban las madres por calles y plazas,
Alzaban los ojos llorosos al cielo,
O bien de rodillas besaban el suelo,
Haciendo plegarias á Osiris y Amón.

Tremendo castigo de un pueblo orgulloso,
Idólatra ciego, que á un pueblo su hermano,
Oprime sin tregua con bárbara mano,
Y apenas le deja del sueño gozar.
Empero esa noche soñando en su viaje,
Las tribus dormían en rústicos lechos;
Terror no agitaba los cándidos pechos
De aquellos mortales, amor de Jehováh.

El ángel en tanto se para en la cumbre
De la alta pirámide, y da una mirada
Á todo el Egipto, y envaina la espada,
Y quédase un rato pensando entre sí.
De nuevo despliega sus rápidas alas,
Y parte, y resuena su espada en el vuelo;
Divide las nubes y encúmbrese al cielo,
Y dice, postrado: «Señor, ya cumplí.»

Así en ese tiempo y en esas regiones
Quebranta Adonai la fuerte cadena
Del pueblo escogido, y humilla y enfrena
Al bárbaro egipcio, y al gran Faraón.
Libró á los judíos con brazo robusto,
Y á tantos prodigios tembló el Filisteo,
El fuerte Moabita, y el fuerte Idumeo,
Y el rico Fenicio temblaba en Sidón.

Aun hay obeliscos y templos y tumbas
De Tebas y Menfis allá entre las ruinas,
Que vieron al ángel en densas neblinas
Cual águila negra volando cruzar;
Allí Bonaparte á orillas del Nilo,
Al dar á los turcos batalla tremenda,
Es fama que dijo, «aquí va la senda
Que ha visto de un ángel la sombra pasar.»

LA CENA DE BALTASAR.

Era de noche, y la redonda luna,
Desde la inmensa bóveda del cielo,
Alumbraba los sauces del Eufrates
Y á la gran Babilonia en sus festines,
Fortalezas, alcázares, jardines,
Y los templos magníficos de Belo.

El intrépido ejército de Ciro
Está sobre las armas impaciente
Por tomar la ciudad: la infantería
Se conmueve y agita sordamente,
Cual negra tempestad que allá á lo lejos
Brama y rebrama en la montaña umbría.
Ya se aprestan de Persia los jinetes,
Sus fuertes armaduras centellean,
Y encima de los cóncavos almetes
Altos plumajes con el aire ondean.
Ya se escucha el crujir de los broqueles,
De la trompeta el bélico sonido,
Y el bufar de los férvidos corceles,
Y la grito de jóvenes bizarros,
Y del sonante látigo el chasquido,
Y el rodar de las ruedas de los carros.
Ya los caballos con su blanca espuma
Humedecen sus pechos espaciosos;
Al ruido de las armas se recrean,

Y el duro suelo escarban y golpean,
Y están inquietos por salvar los fosos.
Sus cascos hollarán en Babilonia
Las estatuas de dioses incensados,
Hollarán á los nobles y soldados,
Y yelmos y viseras y corazas,
Y en gran tropel levantarán el polvo
De las soberbias y desiertas plazas.
Del palacio en los patios á cuchillo
Con su Rey morirán tantos vasallos,
Que en esta noche la caliente sangre
A los frenos dará de los caballos.

Mientras que Ciro con ardor se apresta
Á dar por fin el formidable asalto,
La ciudad, cual ramera deshonesto,
Entrégase al placer sin sobresalto,
Y á regocijos que el honor detesta
Se abriga el padre y á la par la esposa,
El libertino y el anciano triste,
El agorero y la doncella hermosa.
Entre bailes y cantos de alegría
Resuena la algazara de las gentes
Que por las calles van como dementes
Entre la confusión y gritería.
También de Baltasar el gran palacio
Se agita alegre con festín ruidoso:
El Rey, y sus mujeres y magnates,
Todos ocupan un salón fastoso
Que tiene vista al caudaloso Eufrates.
El soberbio salón es un portento:
Las paredes de estuco están doradas
Y forman el grandioso pavimento
Variadas losas de lucientes jaspes
Cubiertos con asiáticas alfombras
De los remotos climas del Hydaspes.
Cien columnas blanquísimas de mármol
Sostienen la magnífica techumbre;
Lámparas de oro de labores bellas

Aun hay obeliscos y templos y tumbas
De Tebas y Menfis allá entre las ruinas,
Que vieron al ángel en densas neblinas
Cual águila negra volando cruzar;
Allí Bonaparte á orillas del Nilo,
Al dar á los turcos batalla tremenda,
Es fama que dijo, «aquí va la senda
Que ha visto de un ángel la sombra pasar.»

LA CENA DE BALTASAR.

Era de noche, y la redonda luna,
Desde la inmensa bóveda del cielo,
Alumbraba los sauces del Eufrates
Y á la gran Babilonia en sus festines,
Fortalezas, alcázares, jardines,
Y los templos magníficos de Belo.

El intrépido ejército de Ciro
Está sobre las armas impaciente
Por tomar la ciudad: la infantería
Se conmueve y agita sordamente,
Cual negra tempestad que allá á lo lejos
Brama y rebrama en la montaña umbría.
Ya se aprestan de Persia los jinetes,
Sus fuertes armaduras centellean,
Y encima de los cóncavos almetes
Altos plumajes con el aire ondean.
Ya se escucha el crujir de los broqueles,
De la trompeta el bélico sonido,
Y el bufar de los férvidos corceles,
Y la grito de jóvenes bizarros,
Y del sonante látigo el chasquido,
Y el rodar de las ruedas de los carros.
Ya los caballos con su blanca espuma
Humedecen sus pechos espaciosos;
Al ruido de las armas se recrean,

Y el duro suelo escarban y golpean,
Y están inquietos por salvar los fosos.
Sus cascos hollarán en Babilonia
Las estatuas de dioses incensados,
Hollarán á los nobles y soldados,
Y yelmos y viseras y corazas,
Y en gran tropel levantarán el polvo
De las soberbias y desiertas plazas.
Del palacio en los patios á cuchillo
Con su Rey morirán tantos vasallos,
Que en esta noche la caliente sangre
A los frenos dará de los caballos.

Mientras que Ciro con ardor se apresta
Á dar por fin el formidable asalto,
La ciudad, cual ramera deshonesto,
Entrégase al placer sin sobresalto,
Y á regocijos que el honor detesta
Se abriga el padre y á la par la esposa,
El libertino y el anciano triste,
El agorero y la doncella hermosa.
Entre bailes y cantos de alegría
Resuena la algazara de las gentes
Que por las calles van como dementes
Entre la confusión y gritería.
También de Baltasar el gran palacio
Se agita alegre con festín ruidoso:
El Rey, y sus mujeres y magnates,
Todos ocupan un salón fastoso
Que tiene vista al caudaloso Eufrates.
El soberbio salón es un portento:
Las paredes de estuco están doradas
Y forman el grandioso pavimento
Variadas losas de lucientes jaspes
Cubiertos con asiáticas alfombras
De los remotos climas del Hydaspes.
Cien columnas blanquísimas de mármol
Sostienen la magnífica techumbre;
Lámparas de oro de labores bellas

Todo lo animan con su viva lumbre:
Ocupan las estatuas de los dioses
Hermosos y brillantes pedestales,
Y arden enfrente en braserillos ricos
Exquisitos aromas orientales.
Entre las nubes de flotante incienso
Que perfuma la sala reluciente,
Se ostenta el Rey entre el cortejo inmenso
Con regia pompa y con augusta calma,
Como entre humildes y modestas flores
Descuella al aire la soberbia palma.
Cenaban recostados en tapices
Tejidos por doncellas babilonias,
Tapices de las grandes ceremonias
En tiempos más tranquilos y felices.

La turba de los grandes insensata
Hace alarde de pérsicos brocados,
Túnicas blancas de sonante seda
Y magníficos mantos de escarlata:
En los cándidos pies llevan calzados
Con blancas perlas y luciente plata,
Y ciñen sus cabellos perfumados
Infulas que les bajan por los lados.
A la derecha están las concubinas
Y mujeres del Rey, blancas y bellas,
Con túnicas de seda, recamadas
De flores y de espléndidas estrellas.
Mantos de un bello azul como los cielos
Más brillantez les dan y más decoro:
Airosas llevan transparentes velos,
Ricos joyeles y sandalias de oro:
Para más cautivar á los donceles
Sin atender al femenil recato,
En las cáligas llevan por ornato
Diamantes y ruidosos cascabeles.
Adornaron, en fin, estas bellezas,
Sus blancas manos y sus blancos cuellos
Con esmeraldas y zafiros bellos,

Y con mitras asirias las cabezas.
El ropaje del Rey vale un tesoro;
Lleva en los hombros un soberbio manto
De púrpura sidonia, y de amaranto
Bordadas flores y granadas de oro.
Ajusta su cintura roja zona
Esmaltada de hermosa pedrería,
Y en la alba frente espléndida corona
Que por la última vez allí lucía.
Rica brillaba la purpúrea tinta
En sus coturnos altos y elegantes
Bordados con asiáticos diamantes,
Y ancho puñal obsérvase en la cinta.
¡Ay! que en medio de lágrimas y duelos,
Esta noche los bárbaros soldados
Hollarán con sus pies ensangrentados
Corona y mantos, infulas y velos!
Reina la calma en el salón hermoso,
Sirvense en el festín ricos manjares
Hechos venir de tierras muy lejanas,
Y de las islas y remotos mares.
Mas por instantes crece la alegría,
El vino hierve en copas anchurosas,
Beben los cortesanos á porfía,
Bebe el Monarca y beben sus esposas,
Y empieza la confusa vocería.
Los grandes vasos de licor ardiente
De concubina en concubina pasan:
Á veces ruedan sin pudor los ojos,
Ojos que en fuego criminal se abrasan;
Juegan las risas en los labios rojos,
Se tornan las mejillas más hermosas,
Hierve la sangre en las ardientes venas.
¡Ay de esas gentes frívolas y obscenas!

Entonces los escénicos cantores,
Al compás de la cítara sonora,
Entonaron con voz encantadora
Coros dignos de aquellos impostores.

CORO.

¿Quién volvió de la tumba temida
A decir lo que está más allá?
Disfrutemos por hoy de la vida;
¿Quién el sol de mañana verá?

ALERE FLAMMAM
VERITATIS CORO DE HOMBRES.

Gloria ¡oh Rey! á los dioses sublimes
Que te dieran el trono caldeo:
Tus cadenas arrastra el hebreo,
El asirio y el árabe audaz.

Cuando escuchan tu nombre glorioso,
Se estremecen las grandes naciones,
Y al moverse tus fuertes legiones,
Se conturba del mundo la faz.

CORO DE MUJERES.

Te prodiga el Oriente sus perlas,
El incienso y la seda y diamantes;
Embajadas de pueblos distantes
Te presentan el oro y marfil.

Las doncellas hermosas del Asia
Te perfuman con suaves olores,
Y á tus plantas esparcen las flores
Que en tu obsequio derrama el Abril.

CORO DE HOMBRES.

Sobre miles de muertos y heridos
Pase ¡oh Rey tu volante carroza,
Y con ella quebranta y destroza
Al que osare irritar tu furor.

Y seguido de bravos guerreros
Domarás con tus grandes falanges
Desde el mar de Occidente hasta el Ganges,
Desde el Persa el Escita feroz.

CORO DE MUJERES.

¡Qué veloces transcurren los años!
Pasan ¡ay! como nube en el viento,
Como el pájaro pasa violento,
Como pasan las olas del mar.

Goza, pues, de abundantes delicias;
Grato vino tus penas ahuyente:
Ciñe presto de rosas tu frente:
No se vayan primero á secar.

CORO.

¿Quién volvió de la tumba temida
A decir lo que está más allá?
Disfrutemos por hoy de la vida;
¿Quién el sol de mañana verá?

«Que traigan, dijo el Rey, los bellos vasos
De plata y oro, de valor inmenso,
Que en el templo sirvieron de Solima;
Aquí también recibirán incienso,
Y en nuestras manos superior estima.»
El sacrilego Rey los vasos toma
Llenos del vino hirviente de Judea,
Haciéndolos girar entre las gentes,
Y en los semblantes la impiedad se asoma
En medio de risadas insolentes.
Tocan los vasos manos desdeñosas,
Manos impuras, para el mal resueltas,
Bocas de concubinas desenvueltas,
Bocas falaces y á la par hermosas.
Alzóse Baltasar, y sus magnates

Alzáronse también y sus esposas,
Y elevando las copas venerandas,
Hicieron libaciones execrandas
Á los dioses asirios y á las diosas.

Densas nubes cubrieron entretanto
El espacioso cielo, y ya transpuesta
La luna en Occidente, negra noche
Cubrió la tierra con obscuro manto.
Tres veces el relámpago te alumbró,
Orgullosa ciudad de los impuros,
Y estalla el rayo fúlgido tres veces,
Y tres al estallido te estremeces
Con palacios, con torres y con muros.
A esta sazón los dedos de una mano
Escriben misteriosos caracteres
En la pared de aquel salón profano.
¡Ay del Rey, de los grandes y mujeres!
Como el viajero en bárbaro desierto
Cuando ya va á pisar una serpiente,
Al ver sus ojos como llama ardiente,
Grita, da un paso atrás y queda yerto:
El Rey así, con femenil quebranto
Al mirar la estupenda maravilla,
Temblaba todo atónito de espanto
Y se daba rodilla con rodilla.
Horrible palidez cubre su cara,
Cubre el sudor su delicado cuello,
El manto de los hombros abandona,
Con el terror se eriza su cabello,
Y rueda por el suelo su corona.
Los áulicos y grandes espantados
Van y vienen y vagan aturcidos;
En el vasto salón dan alaridos,
Y arrastran en la alfombra los brocados.
Cual las tímidas aves en bandadas
Huyen á refugiarse en la arboleda
Cuando del huracán van azotadas,
Así las concubinas angustiadas

Descuidando sus túnicas de seda,
Huyen despavoridas y llorosas,
Y abrazan á los dioses y á las diosas.
Ya alzan las manos lánguidas al cielo,
Ya trémulas se postran sollozando,
Ó bien estampan con afecto blando
Sus delicados labios en el suelo.

Al mandato del Rey entra en la sala
El anciano Daniel, grave profeta,
De blanca barba y de cabello blanco,
Y con un cinto su sayal sujeta.
«Tú que eres un varón prudente y sabio
Y el hondo abismo ves de lo futuro,
Por los dioses, explíqueme tu labio
Los caracteres que presenta el muro.
Saldrás de la humildad de tu retiro,
Y libre quedarás del cautiverio;
Yo te daré un collar de oro luciente,
Te vestiré de púrpura de Tiro
Y príncipe serás en el Imperio.»
Echando entonces fuego de sus ojos
El severo Daniel, de enojo lleno,
Responde á Baltasar con voz de trueno:
«Delante de tus dioses impotentes
Doblas ¡ay! la sacrilega rodilla:
La sangre de tus víctimas humea
En los altares donde el oro brilla
Y en los templos de Bel tu incienso ondea.
Y para colmo de impiedad y orgullo,
Con esta corte sin pudor y obscena
Has profanado los sagrados vasos
En esta horrible y execranda cena.
Mas oye ¡oh Baltasar! las profecías
Que oculta esa escritura formidable:
De tu reino Jehováh contó los días,
Y término le puso inevitable.
Pesó tu corazón en su balanza,
Y al encontrarlo de virtud vacío,

Tronó su indignación, como en estío
Truena la nube cuando el rayo lanza.
Babilonia y tu imperio floreciente
Serán presa de manos extranjeras,
Y mañana entre sangre y entre hogueras
Dando alaridos vagará tu gente:
¡Ay ciudad infeliz de las rameras!
Derrotados tus grandes batallones
En medio del furor de los combates,
Se llevarán las olas del Eufrates
Hombres, caballos, armas y morriones.
¡Espada contra el pueblo y los tiranos,
Espada contra magos y hechiceras,
Fuego voraz contra tus dioses vanos,
Contra templos y torres y trincheras!
¡Ay ciudad infeliz de las rameras!
Luto se vestirán tus concubinas,
Luto también tus sátrapas altivos,
Y llorarán tus príncipes cautivos
De Babilonia en las soberbias ruinas.
De esta sala y palacio tan brillantes
Quedarán los escombros y cimientos,
Y en sus despedazados pavimentos
Se arrastrarán las víboras errantes.
Aquí, entre espinas y entre musgos pardos,
Cantará triste el pájaro nocturno,
Y bramarán los tigres y leopardos;
Y crecerán los solitarios cardos
Donde apoyas tu espléndido coturno. »

Dijo Daniel y el príncipe altanero
Le cumplió la magnífica promesa:
Mas esa misma noche le atraviesa
El regio pecho vengador acero.
Acabaron del Rey las alegrías;
En sangre está su túnica empapada,
Túnica rica que su madre amada
Bordó contenta en más felices días.
Cayó el Monarca y levantarse quiere

Buscando ansioso al hijo más querido,
Y al verlo prisionero, da un gemido,
Se le saltan las lágrimas y muere.

HIMNO.

¿Quién es ésta que sube gloriosa
Del ardiente arenal del desierto
De esplendores su cuerpo cubierto,
Y la luna creciente á sus pies?

De gacela gentil son sus ojos,
Es su túnica rica y brillante,
Su faja es de zafir y diamante,
Y su manto es undoso y azul.

Son hermosas las zonas del iris
De oro y verde, violeta y de grana;
Pero tú eres más bella y galana,
Es más suave y serena tu luz.

Como lirio purpúreo del valle
Sobresale entre duras espinas,
Así tú descollando caminas
Entre todas las hijas de Abrán.

Eres más agraciada y más pura
Que el botón de amapola encarnada,
Y es más tierna tu amable mirada
Que el mirar de paloma torcaz.

Los espíritus grandes y fuertes
De la hermosa milicia del cielo
Besarán humillados el suelo
Donde pise la Madre de Dios.

Del Centauro las grandes estrellas
Y las grandes estrellas del Carro,

Comparadas contigo son barro,
Y son polvo la luna y el sol.

Bellas hijas de Sión, os conjuro
Por las cabras y ciervos campestres,
Por las blancas palomas silvestres,
No hagáis ruido: dejadla dormir.

Sosegada ella duerme á la sombra
De la verde y altísima palma;
Pero está muy despierta aquella alma:
No hagáis ruido, dejémosla así.

Como en fresca y alegre mañana
Á la orilla frondosa del río
Las adelfas empapa el rocío
En el campo feraz de Basán;

Así Dios te ha cubierto de gracias
Que embellecen esa alma inocente,
Y ha bañado esa cándida frente,
De recato y pudor virginal.

Bondadoso y humilde es tu pecho,
Cual de tórtola blanda y sencilla
Que se pone á gemir á la orilla
Del obscuro torrente Cedrón.

Muy amada serás en la tierra,
Desde el Sena al Hydaspes hirviente,
Del Tanáis hasta el Níger caliente,
Desde Arauco al helado Oregón.

Es tu fe tan robusta, que puede
De su asiento arrancar las montañas;
Tú no esperas en débiles cañas,
Sino sólo en el brazo de Dios.

Caridad poderosa y ardiente

Á ese pecho tiernísimo inflama,
Y en el mísero mundo derrama
Tus inmensos tesoros de amor.

Antes puede el Orontes soberbio
Arrojar en el Rhin sus raudales,
Antes puede en las tierras glaciales
Derramarse el revuelto Jordán,

Que tal vez los mortales se olviden
De tu gracia y modesta hermosura,
De ese pecho que es todo ternura
Y rebosa en amable bondad.

Llevarán á tus ricos altares
Canastillos colmados de flores,
Que darán mil fragantes olores,
Y á tus pies el incienso arderá.

De rodillas los cándidos niños
Hacia ti volverán sus miradas,
Y sus madres, las manos alzadas,
De ternura pondránse á llorar.

Entre el humo y clamor del combate,
Al brillar y crujir el acero,
Hacia ti volveráse el guerrero,
Implorando infeliz tu favor.

Al cruzar el relámpago inmenso,
Al bramar en el piélago el noto,
Hacia tí volveráse el piloto
Con humilde y ardiente oración.

Mas la Virgen ya tiende sus alas,
Y ya vuela en el ámbito inmenso
Hacia el monte feraz del incienso
Ó en la falda del Líbano azul.

¡Qué sereno es tu rápido vuelo!
De nosotros gloriosa te alejas,
Y en la playa arenosa nos dejas.
¿Quién nos puede encantar como tú?

Baja, hermosa, del Líbano excelso
Con guirnalda de lirios y nardos;
Ven del monte de fuertes leopardos,
Baja ya del florido Sannir.

El Esposo te aguarda impaciente
En un trono de inmensa riqueza,
Para allí coronar tu cabeza
Con diadema de oro de Ofir.

Mas primero que el orbe te rinda
De cariño y honor el tributo,
Cubriráse tu frente de luto,
Beberás el ajeno y la hiel.

¡Ay de ti! ¡Cuántas penas amargas
Sentirás en el pecho inocente!
¡Cuánta lágrima pura y ardiente
Correrá de tus ojos también!

Llorarás en la senda de Egipto,
Llorarás en el templo sagrado,
Y en presencia del crudo soldado,
Y en la casa del duro pretor.

Llorarás en las lóbregas calles
Que conducen al Gólgota umbrío,
Y entre oleadas de grande gentío
Gemirás con inmenso dolor.

Mojarán el sudor y la sangre
El augusto semblante del Verbo,
Y en tormento tan rudo y acerbo
Temblarás de la frente á los pies.

Has de oír resonar por el viento
Del Altísimo el hondo gemido,
Y la risa y terrible alarido
Del soldado romano después.

Mas pasada tan negra borrasca,
Subirás con un vuelo seguro
Más allá del magnífico Arturo,
Del magnífico Orión más allá.

Y en un solio muy próximo al trono
De tu Padre, tu Esposo y tu Hijo,
Con inmenso eternal regocijo
En la vasta creación reinarás.

LA ANUNCIACIÓN.

Está sentado sobre el cielo inmenso
Dios en su trono de oro y de diamantes;
Miles y miles de ángeles radiantes
Le adoran entre el humo del incienso.

Á los pies del Señor, de cuando en cuando,
El relámpago rojo culebrea,
El rayo reprimido centellea
Y el inquieto huracán se está agitando.

El príncipe Gabriel se halla presente,
Angel gallardo de gentil decoro,
Con alas blancas y reflejos de oro,
Rubios cabellos y apacible frente.

«Vuela, le dijo el Hacedor del mundo,
Y baja á Nazaret de Galilea,
Y á la Hija de Joaquín, Virgen hebrea,
Un arcano revélale profundo.

»Dile que dentro el corazón me duele
De ver al hombre en su angustiosa pena,
Que me duele el crujir de su cadena,
Y que sudando por romperla anhele.

»Dile que mi Hijo encarnará en su seno,
Que entrambos hollarán á la serpiente,
Que seré con los hombres indulgente,
Muy indulgente, porque soy muy bueno.»

Habló Jehováh, y el Príncipe sublime,
Al escuchar la voluntad suprema,
Se quita de las sienes la diadema
Y en el pie del Señor el labio imprime.

Se levanta, y bajando la cabeza
Ante el trono de Dios, las alas tiende,
Y el vasto espacio vagaroso hiende
Y á las águilas vence en ligereza.

Baja volando, y en su inmenso vuelo
Deja atrás mil altísimas estrellas,
Y otras alcanza, y sin pararse en ellas,
Va pasando de un cielo al otro cielo.

Al grande Orión á la derecha deja
Y por la izquierda á las boreales Osas;
Pasa junto á las Pléyades lluviosas,
Y del Empireo más y más se aleja.

Cuando pasa cercano á los luceros,
Desaparecen como sombra vaga,
Y al pasar junto al Sol, el Sol se apaga
De Gabriel á los grandes reverberos.

Desde la inmensa altura en que venía
La tierra triste apenas se miraba,
Y sus ojos en ella el Ángel clava,
Los negros ojos, llenos de alegría.

Entonces se apresura, y semejante
Al rayo del Señor, se precipita,
Las blancas alas más y más agita,
Y en Nazaret preséntase triunfante.

Allí una tierna y cándida doncella
Lejos del ruido mundanal vivía;
Era pobre, y llamábase María,
Joven modesta y á la par muy bella.

De rodillas hincada en su aposento,
Piensa á sus solas con mortal congoja
En la raza de Adán, y el suelo moja
Con lágrimas que vierte ciento y ciento.

Triste contempla desde aquel retiro
La suerte de los hombres sus hermanos,
Y tuerce en su dolor las blancas manos
Y exhala á ratos lánguidos suspiros.

Dos veces levantó su rostro al cielo,
Su bello rostro que inundaba el llanto,
Y otras dos veces con mortal quebranto
Enjugóse los ojos con el velo.

«Cumple ¡oh Dios!—exclamó con tono blando,—
Del Salvador la espléndida promesa»;
Y al exclamar así, la tierra besa,
Y en amargo pesar sigue llorando.

«¡ Ay, Señor! no te olvides de Solima—
Gritó más alto;—acuérdate del hombre;
Te lo suplico por tu santo nombre,
Por ese nombre de infinita estima.

»Anda el mortal sobre ásperos abrojos
Por desiertos sin agua y sin camino,
Rasgado el corazón, perdido el tino,
Y están hinchados de llorar sus ojos.

»Y no quiere aplacarse el Dios clemente
Cuando en las aras el incienso humea;
La sangre, en vano, del altar chorrea,
Y en vano empapa el suelo delincuente.

»Del mundo ingrato el crimen infinito
Con la sangre de toros no se expía,
Ni con humo tampoco: ¿qué valdría
El humo y sangre para tal delito?

»¡Ay, Señor! no te olvides de Solima,
Y compasivo acuérdate del hombre;
Te lo suplico por tu santo nombre,
Por ese nombre de infinita estima.»

Gabriel se acerca en tanto á la doncella
Y las alas cerrando reverente,
Baja hasta el suelo su gloriosa frente,
Suelo dichoso que la Virgen huella.

«Dios te guarde—la dijo—alta Criatura:
Eres más linda que la luna llena
Cuando se eleva de la mar serena
Después que huyó la tempestad oscura.

»La gracia del Señor en ti rebosa,
Y antes que el aquilón se desatara,
Y antes también que el piélagos bramara
Jehováh te destinó para su esposa.

»Te acompaña tu Dios; y cuando fueres
La blanda Madre del Ungido Eterno,
Han de llamarte con afecto tierno
La Bendita entre todas las mujeres.

»Tu Hijo el Criador ha de ocupar un solio,
Y regirá su cetro á las naciones,
Y flotarán triunfantes sus pendones
Encima del soberbio Capitolio.

»Pasarán esta tierra y estos mares,
Podrá venirse abajo el firmamento,
Pero ese rey en su inmutable asiento
Verá pasar los siglos á millares.

—¿Cómo ser madre—dijole María—
Si me conservo en virginal pureza?
Gabriel entonces con gentil viveza
Á la hermosa Israelita le decía:

—»Nada es difícil al Poder Divino;
Del Altísimo el brazo Omnipotente
Pone barreras á la mar hirviente,
Y lanza el rayo, y suelta el torbellino.

»Á una leve señal de su semblante
Naturaleza dócil obedece,
Desde la flor que en el desierto crece
Hasta ese sol magnífico y brillante.»

Los ojos baja á esta sazón la Hebrea,
Los grandes ojos que en el suelo clava,
Y «he aquí—exclamó—de mi Señor la esclava:
En mí cumplida tu palabra sea.»

Oyóla el Angel, y admirado ante ella
Quédase un rato, inmóvil como roca;
Después, con humildad pone la boca
En el polvo que pisa la Doncella.

Dejando el Verbo entonces junto al Padre
Su rayo, su relámpago y su trueno,
Baja y encarna en el modesto seno
De aquella Virgen que escogió por Madre.

Ángeles mil y mil pasmados se hallan
En el cielo con tantas maravillas,
Cierran las alas, doblan las rodillas,
Bajan los ojos y postrados callan.

DESPEDIDA DE HÉCTOR.

SONETO.

Allá de Troya en el inmenso foro
Héctor ostenta su luciente cota,
Lanza y morrión y cándida garzota,
Y altos coturnos recamados de oro.
Su esposa se le acerca, y blando lloro
Amargamente de sus ojos brota,
Y bajo el velo que en el aire flota
Le lleva el hijo, de los dcs tesoro.
Quiere cogerlo en brazos el troyano,
Y el niño desconócele y se espanta,
Grita y se esconde en el materno seno.
Héctor entonces con robusta mano
Se quita el casco, al niño se adelanta,
Lo besa, y parte de congoja lleno.

NAPOLEÓN EN EL MAR ROJO.

El sol estaba oculto detrás de las montañas
Que forman la cadena de Libia la arenosa ;
Debajo de su tienda el árabe reposa,
Reposa el dromedario y el rápido corcel.
Se pierden en la sombra de pavorosa noche
De Tebas y de Menfis las ruinas estupendas ;
Profundo es el silencio que reina allá en las sendas
Que van para las Palmas y Fuentes de Moisés.

En tanto Bonaparte camina silencioso
En un caballo blanco, por tristes soledades
Vecinas al Mar Rojo, pensando en las edades
Antiguas que pasaron, y nunca volverán.
Reposa en la memoria batallas y conquistas

De altivos Faraones, de griegos Tolomeos,
De bárbaros Califas, y piensa en los trofeos
Que bravos los cruzados lograron alcanzar.

Absorto en pensamientos gloriosos y sublimes
Camina por la playa del mar adormecido,
Del mar que en otro tiempo con hórrido bramido
Caballo y caballero y carros se tragó.
La noche se adelanta cubriendo de tinieblas
El bárbaro desierto y el piélagos callado ;
Apenas se distingue soldado de soldado,
Apenas se distingue camello de bridón.

Del mar en la ribera tan sólo se escuchaban
De pájaros marinos los gritos lamentables,
Pisadas de caballos y estrépito de sables,
De tropas que seguían al ínclito adalid.
En esta negra noche, en medio á tal escena
Que pasa en el desierto ; ¿quién ¡ay! pensado habría
Que Europa la orgullosa vencida en algún día
Delante de aquel joven rindiera la cerviz ?

En tanto sopla el viento y crece la marea,
Levántanse las olas y braman y rebraman,
Y en playas solitarias se estrellan y derraman,
Y alcanzan al caballo del bravo general.
La noche es espantosa y pálpanse las sombras,
Incógnita es la tierra, perdido está el camino ;
Y crece la tormenta, y crece el torbellino ;
Jinetes y corceles no saben donde están.

El férvido caballo del grande Bonaparte
En medio del peligro salir del agua emprende,
É indómito su pecho las anchas olas hiende,
Y abiertas las narices relucha con el mar.
En tanto el jefe altivo descansa en su fortuna ;
Egipto está en su mente, Albión y toda Europa
El trono de Capeto y la aguerrida tropa
Que lunas y turbantes impávida hollará.

Si alguna de las olas lo hubiera arrebatado
Al fondo peñascoso del piélago profundo,
¡Qué llantos y suspiros ahorráranse en el mundo!
¡Qué incendios y matanzas ahorráranse también!
Mas Dios, que allá á sus solas miraba los imperios
Y mil y mil designios altísimos tenía,
Sacó de entre las aguas al hombre que debía
Á pueblos y monarcas poner bajo su pie.

Sacólo de las ondas á fin de que su espada
De Europa castigase los crímenes sin cuento,
Los crímenes de un siglo soberbio y turbulento
Que á todas las naciones de escándalo llenó.
Á Francia lo condujo, y á Italia floreciente,
Á Iberia belicosa, á la ilustrada Prusia,
Al Austria formidable y á la potente Rusia;
Y luego á Santa Elena, y ¡adiós Emperador!

D. ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDÓN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDÓN.

I.

EN LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA.

Abre, oh Señor, mi labio: á mí descienda
Tu Espíritu, y encienda
Mi alma en tu amor. Agradecido suene,
No indigno de tu aliento,
En himno humilde á tu bondad mi acento;
Y cruce el mar y el universo llene.

Doquiera anuncie el regocijo puro,
De que el mortal seguro
Gozó por fin tras larga noche umbría;
Y la feliz aurora
Recuerde, en que tu mano bienhechora,
Amparo de Israel, nos dió á María.

¡Oh dulce instante y memorable y santo!
Calmó del orbe el llanto
Y el hondo afán de su natal la nueva;
De tu amor infinito
Diste, al formar su corazón bendito,
Al linaje de Adán excelsa prueba.

¡Ah! De la noche el estrellado velo,
El siempre rico suelo,

El sol brillando en la mitad del día,
Menos el pecho inflaman,
Menos la fuerza de ese amor proclaman
Que el alma santa de la Madre mía.

Escogida por ti, de gracia llena,
La bárbara cadena
Un punto no arrastró del enemigo:
Tú alzaste el brazo airado,
Y no llegó ni sombra de pecado
Al blando seno que iba á darte abrigo.

Te debías á ti tan alta gloria:
Por tu insigne victoria,
Necesaria, Señor, á tu grandeza,
Pudo modesta y pía
Sola á tus ojos ofrecer María,
No indigna de la tuya, su pureza.

El grande privilegio verdadero
Confiese el orbe entero:
En ningún corazón la duda habite.
¿Quién, Padre soberano,
Contó las maravillas de tu mano?
¿Quién hay, Señor, que tu poder limite?

¿Retroceder no hiciste la corriente
Del Jordán á su fuente?
¿Al pueblo de Israel no dió camino
Seco el mar á tu acento?
¿Y en la piedra de Oreb no halló sediento
Fresco raudal y puro y cristalino?

¿No cantan las angélicas legiones,
No cantan las naciones
En esa joya de inmortal valía
Inclinada la frente,
Un prodigio, Señor, más excelente?.....
¿No es Madre y virgen la feliz María?

¡Ah! que por siempre en soledad se vea,
Que negado le sea
El sol, y gima sin hallar consuelo,
El pecho descreído
Que tu gracia no admire agradecido
En la Reina hermosísima del cielo.

Yo te adoro, Señor: ferviente el labio
Te aclama bueno y sabio.
Al levantar tu mano sacrosanta
A esa Doncella pura,
También, Señor, á singular altura
A la mujer de que nací, levanta.

II.

INVOCACIÓN Á LA BONDAD DIVINA.

«Da quod jubes, et jube quod vis.»
(SAN AGUSTÍN.)

No amargo desconsuelo
Permitas que de mi alma se apodere,
Señor; ni el bien que el cielo
La ofrece, considere
Costoso, y de alcanzarle desespere.

Tu generosa mano
Mantenga sobre el agua mi barquilla,
Siquiera el Noto insano
La contrastada quilla
Bramando aleje de la dulce orilla.

Es yugo más süave
El de tu ley; es carga más ligera:
Con peso harto más grave
Y angustia verdadera
Affige el vicio, si en el mal impera

¿Á quién, Señor, la vía
No complace risueña y deleitosa,
Que á tu morada guía,
Si en ella siempre hermosa
Entre nardo y clavel crece la rosa?

¿Si cuanto amena es llana,
Y el pie seguro y sin dolor la huella?
¿Si de tu frente emana,
Consoladora y bella,
La luz que alumbra al caminante en ella?

Fuente, que eterna dura,
Pusiste al fin de la jornada breve;
Quién de su linfa pura
La copa al labio lleve,
Vivir sin sed y para siempre debe.

De su raudal amado,
Lo espero, ha de gustar el labio mío:
Que á tu querer sagrado
Sujeto mi albedrío,
Y en tu bondad inextinguible fío,

Y en la lucha me acojo,
Padre, á la sombra de tu diestra amiga;
Y no el escudo arrojo,
Rendido á vil fatiga,
Ni el yelmo, que me diste, y la loriga.

¡Ayl si injusto recelo
Perturba un día mi quietud serena,
Disipa tú mi duelo,
De gracia mi alma llena,
Y luego, ¡oh Dios! lo que te plegue ordena.

III.

Á MI PRIMO Y AMIGO D. JOSÉ JOAQUÍN PESADO.

«Domine, ut scuto bonæ voluntatis tue
coronasti nos.»

Señor, cuando me vieron
Los impíos seguir tu huella santa,
Mil lazos me tendieron;
Y con soberbia planta
Oprimir intentaron mi garganta.

Y porque no pendía
Alfanje de mis hombros pavoroso,
Ni el pecho defendía
Escudo poderoso,
Desarmado creyeron mi reposo.

Mas tú que del impío
Observas los caminos siempre atento,
Luego en auxilio mío
Viniste, y á tu aliento
Fueron ceniza derramada al viento.

Á mis hijos la historia
Conté del mal y el escarmiento duro;
Y encuentra en su memoria
Más que tras fuerte muro
Sabrosa paz su corazón seguro.

Sentada mi cabaña
Á la margen está de hirviente río:
De juncos es y caña:
Crecido en el estío,
Ni una flor arrancó del huerto mío.

Por tanto bien, si nace
El nuevo, nunca merecido día;
Y cuando envuelto yace
El mundo en niebla fría
En el silencio de la noche umbría;

Ya muestre en viva lumbré
Su faz bañada el sol puro y sereno,
Ya ruja en la alta cumbre
Del monte el ronco trueno,
Y rompa el rayo de la nube el seno;

Inclinada la frente,
Señor, tu fuerza y tu bondad adoro,
Y en himno reverente
Mi voz uno al sonoro
Himno incesante del celeste coro.

EPÍSTOLA AL DR. D. JOSÉ BERNARDO COUTO

CON MOTIVO DE SU «DISCURSO SOBRE LA CONSTITUCIÓN DE LA IGLESIA».

¿Será, Bernardo, que de angustia y duelo
Escenas sólo contemplar doquiera
Debamos ¡ay! al indignado cielo?

¿Será que el rostro la virtud severa
Por siempre vele, y de su voz augusta
Por siempre el eco entre nosotros muera?

Cuál gime ves; y la maldad robusta
Al son prosigue del aplauso impío
De infames turbas su carrera injusta.

De sangre corre caudaloso río:
Devora el fuego los paternos lares:
Falta en los buenos esperanza y brío.

Desolados están nuestros hogares,
Y el gemido de víctimas sin cuento
Los propios cruza y los extraños mares.

Y el morador de Londres opulento,
Y los que á orillas del Danubio habitan
Ó á la margen del Sena turbulento,

Llenos de horror, al escucharle, gritan:
«Amor, respeto el Universo niega
Á quienes ira y menosprecio excitan.»

Un pueblo en tanto á quien el odio ciega,
Y se dice ese pueblo nuestro hermano,
Con fácil triunfo á castigarnos llega.

Dulce patria infeliz, la excelsa mano
Te ampare del Señor Omnipotente,
Y aparte de tu cuello el yugo insano.

¿Lo ves, oh amigo? Con rubor, doliente
Los ojos baja, y con amargo lloro
Mira seco el laurel que ornó su frente.

¡Ay! que las gracias y el gentil decoro
Perdidos juzga, y la riqueza y gala
Y el antes respetado cetro de oro;

Y triste queja de su pecho exhala,
Al ver que roto sobre el roto muro
Da sombra escasa el pabellón de Iguala.

¿Y nadie calma su dolor? ¿Y el duro
Hierro siguen blandiendo nuestras manos,
Y el plazo abrevian de su fin seguro?

¡Oh incomprensible ceguedad! ¡Oh vanos
Consuelos, con que el alma quiso un día
La muerte ver y el deshonor lejano!

¡Ay! la terrible tempestad sombría
Las flores deshojó del huerto ameno
Del Señor y del huésped alegría.

¿Y habrá quien al rugir del ronco trueno,
Ponga, con esperanza de otras flores,
Nueva semilla en el preciado seno?

Augusta religión de mis mayores
Á quien mi patria mísera debiera
En edad más feliz hijos mejores,

Tan sólo en ti mi corazón espera:
Que dulce alivio en infortunio tanto
De otra mano esperar inútil fuera.

Y en estas horas de mortal quebranto
Las palmas vuelvo y el mirar doliente
Del Tepeyac al simulacro santo.

Centro y lazo de amor, ante él la gente
Se postra y quema incienso todavía
De California á Yucatán ardiente.

¿Y el noble pueblo, que adoptó María,
Cercado se verá de niebla obscura,
Mal guardada la fe, que al cielo guía?

Tú, mi Bernardo, que su antorcha pura,
Don excelso de Dios, sumiso adoras,
Cifrando en su custodia su ventura,

Tú de mi madre la clemencia imploras;
Y ¡ay! tú también con angustiosa pena
Por esta tierra, en que nacimos, lloras.

Mas tu ejemplo magnánimo condena
El bárbaro egoísmo, el desaliento,
El miedo vil, que de baldón nos llena.

Y ruge en vano el huracán violento;
Sí, que apagar con su feroz rugido
No puede, no, tu generoso acento.

Él se escucha doquier: el oprimido
Pueblo por él á respirar alcanza,
Y el bien divisa que estimó perdido.

¡Oh de ingenio y virtud noble alianza!
¡Oh empresa digna y sacrosanta y bella!
¡Oh fuente de dulcísima esperanza!

¡Ay! si se mueven á seguir tu huella
Otros, ¡oh amigo! de la patria el duelo
Tendrá fin y la trémula querella.

No es antigua la lid de nuestro suelo;
Ni alzaron sus primeros pabellones
En él los que hacen cruda guerra al cielo.

Blasfemaban monarcas y naciones,
Y al mundo en tanto México ofrecía
La cruz del Redentor en sus pendones.

Y no menos odió la tiranía
Que la impiedad sacrílega su hermana:
¡Oh glorias santas de la patria mía!

Si hoy el sacro depósito se afana
También por conservar ileso y puro
Cual de su vida en la feliz mañana;

Si hoy, cual entonces, el antiguo muro
Alzado en torno del altar, defiende
Con noble aliento y corazón seguro;

Paz logrará. Con nueva furia enciende
La discordia civil su horrible tea,
Y la llama voraz crece y se extiende.

Que el templo, empero, respetado sea;
Y que al Sumo Pastor el pueblo unido,
Un dogma y una ley tan sólo crea.

Y el Señor nos dará compadecido
La mano, y templará nuestros enojos;
Y á nuestro ruego inclinará su oído,
Y el llanto enjugará de nuestros ojos.

Á GERMÁNICO.

Infausti populi romani amores.

En vano de la antigua disciplina,
Porque impere el vigor en las legiones,
El hijo tierno á dura muerte expones
Dormido en el regazo de Agripina.

En vano al Rhin la majestad latina
Enseñas á acatar en tus pendones;
Y en vano, sojuzgadas cien naciones,
Tiberio sin rival por tí domina.

Ciñe verde laurel tu frente en vano;
Y de que ilustre la virtud primera
El solio, en vano la esperanza asoma.

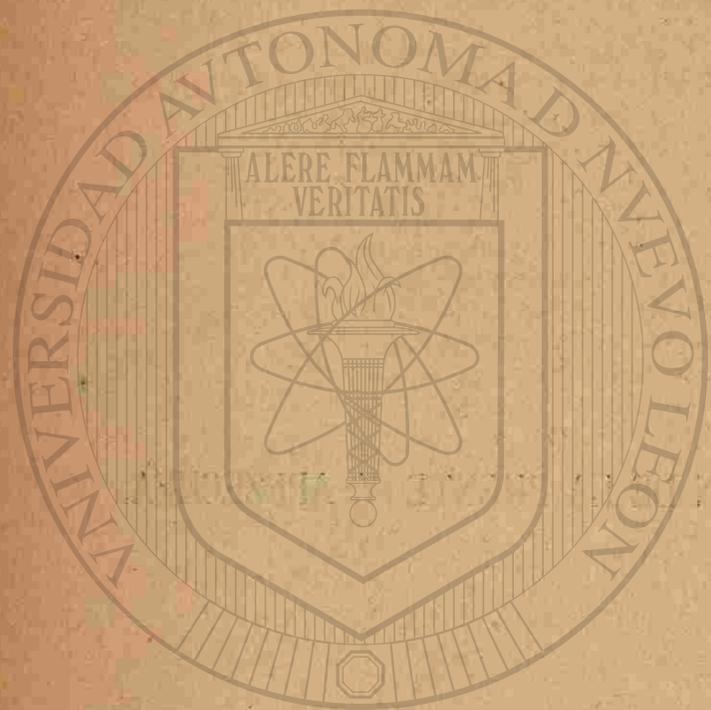
Tus glorias turban al feroz tirano;
Mas ¡ay! vivieras, si verdad no fuera
Que infausto amor es el amor de Roma.

D. FERMÍN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



D. FERMÍN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

LA MAGDALENA.

Llega la hermosa amante pecadora
Al convite del vano Fariseo,
Las plantas del divino Galileo
Á regar con las lágrimas que llora.

Sécalos con las trenzas que atesora
Una vez y otra vez.... ¡digno trofeo!
Y el frasco rompe con mejor empleo,
Del nardo delicado escanciadora.

Alabastro es también el pecho humano:
Rompase el mío de dolor.... y empieza
Por los pies á adorar al que he ofendido....

Llenó el olor la casa soberana;
Mi amor también, si entre dolores crece,
En este corazón pondrá su nido.

LA CORONA DE FLORA.

Hijas del sol, que en el regazo hermoso
Nacéis de la risueña primavera,
Y de Favonio al soplo cariñoso
El beso dais, amor de la pradera;
En cuyo cerco puro, luminoso,
La luz en mil colores reverbera:
Bellas, modestas, divinales flores,
En mi lira escuchad vuestros loores.

Otras el lauro de la gloria viste,
Que del tiempo voraz vence la ira;

Nada á la magia de su voz resiste,
Que á dar al héroe eternidad aspira;
Ó bien de funeral ébano triste
Se oyen gemir en humeante pira;
Y la verdad que devoró la llama
Vuelven eterna al eco de la fama.

No tan alto vigor llena la mía;
Vosotras la cenís, divinas flores;
La voz del corazón su acento guía,
Su numen la terneza y los amores.
Aura de celestial melancolía,
De juventud templando los ardores,
Dar del reino de Flora la corona
Á modesta beldad sólo ambiciona.

Ya vuela á ti mi indagadora vista,
Hija de Mayo, pompa de Citeres;
¿Qué corazón habrá que te resista,
Rosa gentil, oh flor de los placeres?
Adonde quiera que el amor exista,
Emblema dulce de sus triunfos eres;
Tiñe tu cerco sangre de una diosa,
Y del céfiro reinas dulce esposa.

Mas ¿qué á mí que el rubor tiña tu frente,
Si el soplo de las auras licencioso
Murmura entre tus hojas blandamente,
Y un beso al fin te arranca victorioso?
Punzante espina de amador ardiente
Defiende en vano el vástago precioso;
Ó con breve dolor, ó sin herida,
Cede al fin tu beldad envanecida.

Y tú también, ¡oh cándida azucena!
Tiendes de nieve las brillantes alas,
Y de fragancia y granos de oro llena
Desplegas noble tus altivas galas:
Yo la inocencia de tu faz serena

Amo, y el dulce bálsamo que exhalas;
Mas si el oro á tu seno se confía,
¿Qué fuego anima tu belleza fría?

Yo en tu cáliz purísimo le miro,
Clavel ardiente, que en el prado ameno
Vences la rica púrpura de Tiro,
La roja aurora en el azul sereno:
Ó ya la nieve con gracioso giro
Manche el color de tu rizado seno,
Alzas en el jardín tu frente hermosa,
Rival de la azucena y de la rosa.

Mas ya que no á tu flor, tu airosa rama
Ni balsámico olor tu gloria fies,
Sabes el noble fuego que te inflama,
Y de su gloria y tu poder te engríes.
Del genio ostentan la brillante llama
Tus encendidas hojas carmesíes;
Mas ¡ay! mintiendo adulación traidora,
La afrenta tu altivez aja y desdora.

Ni vosotras ¡oh lilas! que la frente
Ceñís al tronco maternal altivas,
Pomposo en hoja, en ramas floreciente,
Hoy vuestro triunfo aplaudiréis festivas:
Amo aspirar el perfumado ambiente,
Cuando bañáis sus alas fugitivas;
Mas sois en cuna altísima nacidas,
No sombra á recibir, á dar nacidas.

¿Qué á mí la varia flor con que tu cima,
Amor al uso (1), altiva se engalana,

(1) Con este nombre es conocido en Andalucía uno de los más hermosos árboles que engalanan sus deliciosos verjeles. Su flor blanca, al desprenderse del botón, se tiñe á pocos días con una mancha de color de rosa; y sucesivamente se dividen ambos colores la gloria de hermosearla con caprichosa variedad, hasta que predomina un rosa vivísimo, que conserva hasta su muerte.

Si la inconstancia tu color anima,
Rival ó de la nieve, ó de la grana?
Si hay quien vuestra beldad eterna estima,
Que la ley del amor resiste ufana,
¡Oh siempre vivas! Circundad su frente;
¡Nada pidáis á un corazón ardiente!

Tú le hablas ¡ay! admiración de Flora,
¡Oh milagrosa, oh dulce sensitiva!
Toma en ti la modestia encantadora
Virgíneo velo que el amor aviva:
Mas si á la noche, al aura silbadora,
Niegas prudente tu hermosura esquiva,
El beso, tan sabroso diferido,
¿Por qué no premia al amador rendido?

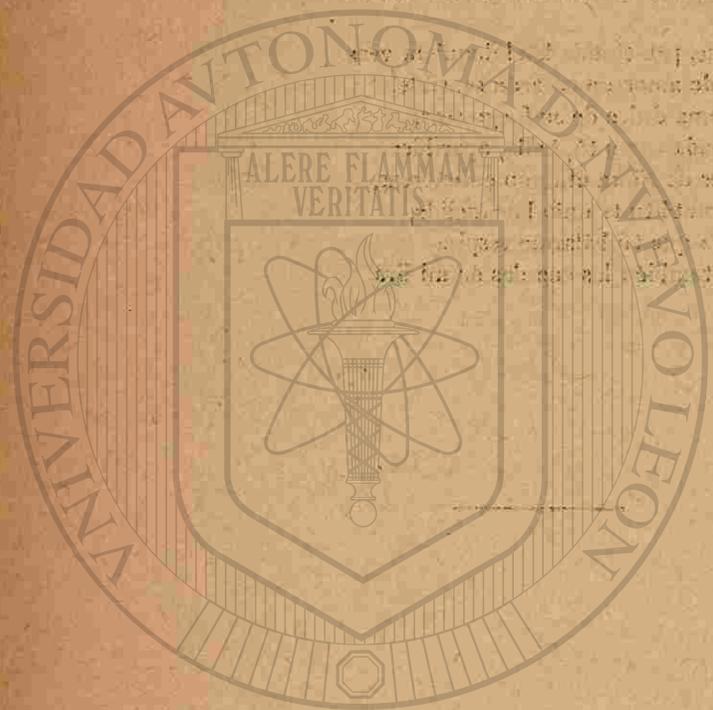
¿Eres, di, por ventura más modesta
Que la violeta pálida, amorosa,
Cuya beldad oculta en la floresta
Revela sólo el aura bulliciosa?
Salve ¡oh divina flor; tu encanto presta
Al arpa que decir tus glorias osa,
Y tu virtud y tu beldad proclama,
Y noble reina del jardín te llama.

Yo te miro nacer donde resbala
Sonante arroyo entre guijuelas de oro:
Brotas humilde entre la verde gala,
Creces oculta, espléndido tesoro.
El aroma dulcísimo que exhala
Tu cáliz, lleva el céfiro sonoro,
Y entre la rosa y el clavel ardiente
Hay quien tu aroma delicado siente.

Y si bajo las hojas maternas
Te hallan en sabia obscuridad envuelta,
Mira la luz tus gracias virginales,
De tu tallo sutil la gracia esbelta;
No á fascinar los corazones sales

Como la rosa altiva y desenvuelta:
Bella, débil, modesta, halagadora,
¿Quién es el que te mira y no te adora?

Crece, ¡oh tímida flor! doquiera veas
Latir de amor un corazón sensible,
Emblema dulce de su fuego seas;
Su amada como tú, bella, apacible;
Y, pues de Flora el reino enseñoas,
Y yo canté tu triunfo bonancible,
El aura que tu bálsamo respira
Hiera también las cuerdas de mi lira.



D. RAMÓN ISAAC ALCARÁZ.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. RAMÓN ISAAC ALCARAZ.

EL OTOÑO.

Tras las nocturnas lluvias
Risueña se levanta la mañana,
De mil espigas rubias
Coronando galana
Del otoño la frente soberana.

Los huertos deliciosos
Doblan sus verdes ramas bajo el peso
De frutos abundosos,
Y al regalado beso
Del aura, mueven su follaje espeso.

Y las gotas brillantes
Trémulas penden de hojas y de flores,
Cual límpidos diamantes,
Del sol á los fulgores
Reflejando del Iris los colores.

Veloz se precipita
De la alta sierra el bramador torrente,
Como corcel que irrita
La espuela; é impaciente
Arrastra cuanto estorba su corriente.

Las verdinegras cañas
Del crecido maíz cubren los prados

Y ocultan las cabañas,
Y sus frutos granados
Los labradores ven alborozados.

La hacendosa aldeana,
Que en su campestre hogar no envidia el oro,
Su vaca ordeña ufana,
Y suelta al buey y al toro,
Del pobre labrador rico tesoro;

Y al campo con presteza
Baja y teje, del lago á las orillas,
Corona á su cabeza
Y al cuello gargantillas
De alba ninfea y rojas maravillas....

Sentémonos, Teresa,
Bajo el dosel que forman los manzanos,
De la arameda fresa
Junto á los rojos granos,
Que codician los pájaros galanos.

Flores vimos primero
Olorosas y frescas en los prados,
Cuando, tras cierzo fiero,
Los céfiros alados
Vagaron por los bosques perfumados.

Al calor del Estío,
Y de las puras lluvias fecundantes
Al plácido rocío,
Cayeron las brillantes
Flores, dejando frutos abundantes:

Los frutos sazonados
Que orgullosa la tierra hoy nos presenta
Maduros y dorados,
Cual madre que contenta
El dulce fruto de su amor ostenta....

Así, Teresa mía,
Vemos huir primero los amores
Y viene luego el día
En que vemos sus flores
Caer de la pasión á los ardores.

Pero tras ellos vienen
Los dulces frutos, que de amor los lazos
Unidos siempre tienen,
Los hijos, que en los brazos
Estrechamos, del alma cual pedazos.

Esposa idolatrada,
Contempla á nuestros hijos inocentes:
¿La vida duplicada
En tu interior no sientes,
Al besar con amor sus puras frentes?

¿No palpita tu pecho
Al mirar su candor y su inocencia?
¿No te parece estrecho
El mundo á su existencia,
Al verlos sonreír en tu presencia?

Lámpara siempre viva
Son los hijos, que el fuego sacrosanto
Del casto amor aviva;
Del alma son encanto
Cuando la agobia matador quebranto....

Venid, hijos queridos;
De vuestra madre en el regazo amante
Que os vea reunidos:
Mirar vuestro semblante
Siempre risueño, es mi anhelar constante:

Que nunca adversa suerte
Hinque en el pecho vuestro el diente agudo;
Que en el combate fuerte

De la vida, sañudo
Nunca el destino os dé su golpe rudo:

Que la ignorada senda
Sigáis de la virtud; que cuantas veces
Alcéis, cual pura ofrenda,
Al cielo vuestras preces,
El buen Dios vuestro amor pague con creces.

Y tú, mi dulce esposa,
Tú que formas sus tiernos corazones
Y alumbras cuidadosa
Sus débiles razones,
Y diriges sus tiernas sensaciones,

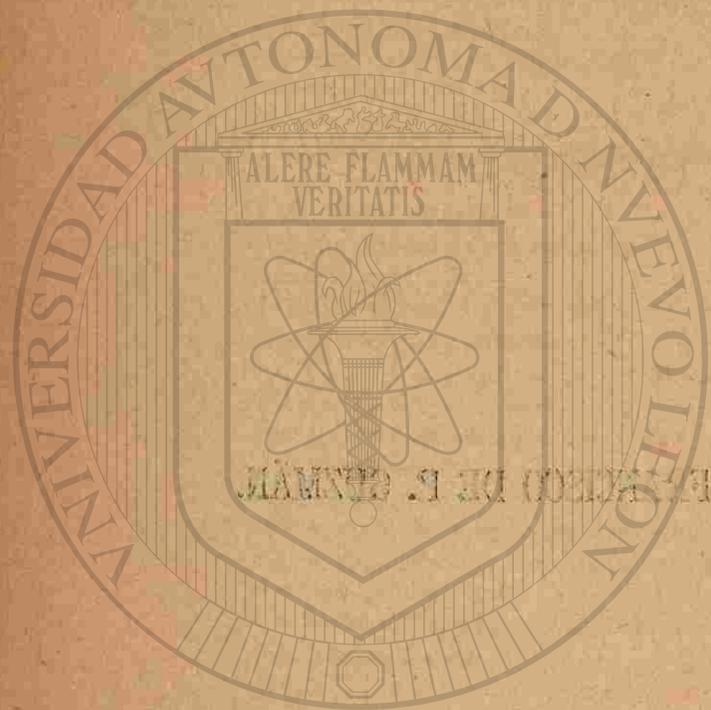
Muéstrales siempre el cielo,
Y diles que hay un Dios que galardona
De la virtud el celo,
Que la bondad corona,
Y en medio del dolor no la abandona.

Repíteles que hermanos
Somos los hombres, y que á todos amen;
Y diles que sus manos
El bien siempre derramen,
Y que su pecho en caridad inflamen.....

¡Oh si me fuera dado
Crecer mirarlos, como aqúeste tilo
Crecer hemos mirado!
Entonces ya tranquilo
Yo descansara en mi postrer asilo.....

Ven, mi esposa querida;
Venid, mis tiernos hijos, que no otros
Placeres en la vida
Tenemos ya nosotros:
La mies de nuestro otoño sois vosotros.

D. FRANCISCO DE P. GUZMÁN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. FRANCISCO DE P. GUZMAN.

AL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS.

ODA.

Rica fuente de amores,
Manantial de consuelo y esperanza,
De finos amadores
Cumplida bienandanza,
Del pecador aliento y confianza:

Tú de la sangre fuiste
Del Cordero de Dios urna sagrada,
Y bullir la sentiste
En tu seno inflamada
Por verse en mi rescate derramada.

De su piedad la alteza
El Padre puso en ti con larga mano,
Y toda la riqueza
De su amor soberano,
Gloria y delicia del linaje humano.

La caudalosa vena
De su virtud benéfica y fecunda
Desciende á ti serena,
Y tus senos inunda,
Y en mil prodigios de bondad redunda.

Sola una vez probaste
Para el castigo tu poder robusto,
Y severo arrojaste
Con el azote justo
Al torpe mercader del templo augusto.

Mas ¿quién, Señor, podría
Numerar los magníficos portentos
Con que tu amor solía
Encadenar los vientos
Y serenar turbados elementos;

Sustento generoso
Dar á miseras turbas condolido,
Al ciego y al leproso
Su remedio cumplido,
Y de Satán al triste poseído?

¡Qué de amargos dolores,
Qué de miserias á tu voz huyeron!
Torrentes de favores
En Israel corrieron,
Y al envidioso abismo entristecieron.

Marta doliente, dinos;
Refiérenos, María generosa,
Los suspiros divinos,
La angustia dolorosa
Del Señor de la vida ante esa fosa.

Lázaro descansaba,
Presa ya corrompida de la muerte;
Pero Jesús le amaba....
Y el Hijo del Dios Fuerte
Lágrimas tiernas por su amigo vierte;

Y con voz que la esfera
Un día enlutará del sol luciente,
«Lázaro, ven afuera»,

Grita el Omnipotente;
Y Lázaro á sus pies vuela obediente:

Pero ¡cuán extremada
Se ostenta la virtud irresistible
De tu alma enamorada
En curar la invisible,
Torpe gangrena del pecado horrible!

Por ella, de Zaqueo
El ruin afán de lucro miserable
Ya convertido veo
En codicia envidiable
De la sola riqueza inagotable.

Canta, Samaritana;
Celebra en himno eterno tu ventura:
Á su voz soberana
Rendida el alma impura,
Sed tuviste de amor que siempre dura:

De asquerosos amores
Vil morada tu pecho, Magdalena,
Á tus fieros señores
Atada en vil cadena,
Rodando vas á inacabable pena:

Mas no, que en tu camino
Jesús te encontrará. Sus castos ojos:
Con amor peregrino
Te miran, y de hinojos
Á sus plantas caiste, por despojos

Trayendo á su victoria:
Tu grande corazón, despedazado
Por la amarga memoria
De tu Dios ultrajado,
Y en ansias de ser suyo dilatado.

Del celestial rocío
Que baña tus entrañas abundoso,
Devuelves largo río,
Que refresca amoroso
Los pies del que aun se digna ser tu esposo.

Él tus lágrimas paga
Dándote que acompañes á María,
Cuando terrible daga,
Cantada en profecía,
Implacable taladre su alma pia;

Y logres en el huerto,
Cuando vayas solícita á buscarle
Junto al sepulcro abierto,
No cadáver honrarle,
Mas anegado en gloria contemplarle.

¿Y así, mi Dios, regalas
Á quien cifró su dicha en ofenderte?
¿Y de esposa en las galas,
Un gemido convierte
Del corazón, los paños de la muerte?

Yo también olvidado
Largos años de ti, y á tu enemigo
Con toda el alma dado,
Tus riquezas prodigo,
Y á tormentos sin término me obligo.

Y mientras yo, durmiendo
Sueño de muerte, á perdición rodaba,
Tu corazón gimiendo,
En mi guarda velaba,
Y por salvarme á mi pesar, luchaba.

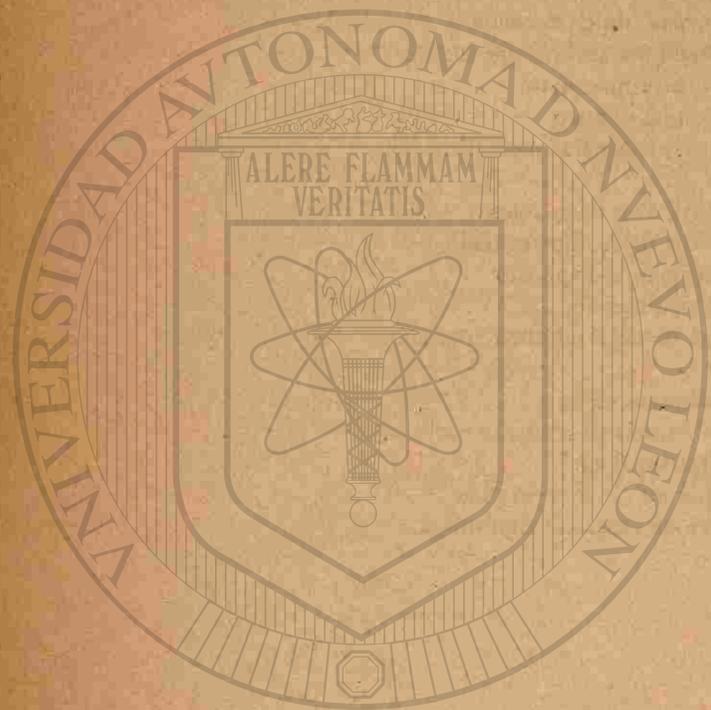
¿Qué te va á ti, Rey mío,
En que este desgraciado viva ó muera?
Tu inmenso poderío,

Tu gloria siempre entera,
Para brillar mi rendimiento espera?

Venciste, dulce hermano;
Del fondo del abismo me sacaste,
Y con tu propia mano
Mis heridas curaste,
Y de tus ricas galas me adornaste.

Luego, á tu mesa puesto,
Como tus fieles hijo regalado,
Por tus manos dispuesto
Gusté rico bocado,
En que te das á mi alma recatado.

Morada de sosiego,
Trono de santidad, fuente de vida,
En amoroso fuego
Haz que mi alma encendida
Respire sin cesar contigo unida.



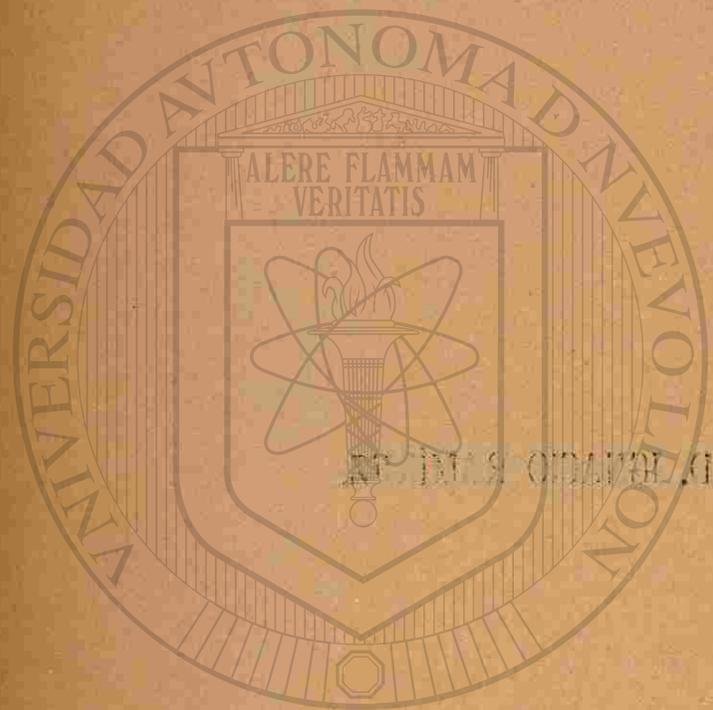
U A N L

D. IGNACIO RAMÍREZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. IGNACIO RAMÍREZ.

A.....

Cuando en brazos de Abril sale la aurora
El *ahuehué* canoso reverdece,
La hierbezuela tímida florece
Y su partida Lucifer demora.

Y al contemplarte joven, seductora,
La sonrisa en los labios aparece,
El amor en los ojos resplandece;
¿Qué corazón temblando no te adora?
Dichosa juventud, que puede osada
Sorprenderte, bajarte de tu altura,
Y con rosas llevarte encadenada.

Acepta esta efusión ardiente y pura;
Me detengo á las puertas de la nada
Por celebrar, amiga, tu hermosura.

AL AMOR.

¿Por qué, Amor, cuando expiro desarmado,
De mí te burlas? Llévate esa hermosa
Doncella, tan ardiente, tan graciosa,
Que por mi obscuro asilo has asomado.

En tiempo más feliz, yo supe osado
Extender mi palabra artificiosa
Como una red, y en ella, temblorosa,
Más de una de tus aves he cazado.

Hoy de mí mis rivales hacen juego,
Cobardes atacándome en gavilla;
Y libre yo, mi presa al aire entrego.
Al inerme león el asno humilla;
Vuélveme, Amor, mi juventud, y luego
Tú mismo á mis rivales acaudilla.

POR LOS DESGRACIADOS.

TERCER BANQUETE FRATERNAL DE LA SOCIEDAD GREGORIANA.—1868.

Indigno es de sufrir el navegante
Que tiembla cuando ruge la tormenta
Y se esconde del rayo resonante:

Indigno es de la lid quien se amedrenta
Cuando en el campo se desata el fuego
Que de los más audaces se alimenta.

Mi madre es la desgracia; pero niego
Mi parentesco con aquel cobarde
Que agota, si padece, lloro y ruego.

Tenemos de morir temprano ó tarde,
Y entretanto es placer, es una gloria,
De un alma desdeñosa hacer a'arde.

Por eso el pueblo es digno de la historia.
Yo lo he visto sangriento y derrotado
Entregarse al festín de la victoria.

En vano el invasor lo ha encadenado;
La muerte en vano por su frente gira;
No descubre un caudillo ni un soldado:

En obscura prisión tal vez se mira;
Se extingue de la tumba en el ambiente;
Y allí lo alumbran su esperanza y su ira.

¿Quién ha postrado su soberbia frente?
¿Ni quién resiste su mirada fiera?
El contrario estandarte, omnipotente

Allá en la Europa, para allá volviera;
Y desde el Golfo contempló en el cielo,
Manto del sol, brillar nuestra bandera.

¿Y seremos nosotros el modelo
De los humanos débiles? Un día
Nos dispersamos con incierto vuelo

Tras los caprichos de la suerte impía,
Desde aqueste edificio venerable
Que de nido amoroso nos servía.

Éste se abrió un camino con el sable;
Aquél halló en la musa eterna fama;
Otro se envuelve en manto miserable,

Y pide al hospital la última cama;
Alguno el oro busca por los mares;
Otro su herencia en el festín derrama;

Quién consagra su vida á los altares;
Y quién la ciencia que aprendió, cultiva
Sin alejarse de los patrios lares.

Y de todos nosotros, ¿quién, cautiva,
Ha logrado arrastrar á la fortuna?
¿Quién su existencia de dolores priva?

Si es un astro la dicha, es cual la luna;
Un momento no más entera luce,
Y á la sombra su luz sirve de cuna.

¡Á cuántos desengaños nos conduce
Cuando ebrio de placer se halla el deseo!
¡Cuánta ilusión costosa nos seduce!

¡Dichoso quien su loco devaneo
Alcanza á prolongar! Con sus dolores
Luchar eternamente á muchos veo.

Para ellos siempre espinas, nunca flores
Produce el mundo. ¿Van tras la hermosura?
¡En sierpes se convierten sus amores!

Con fatiga se acercan á una altura
Do su ambición pavonearse espera,
Y oyen crujir la escala mal segura.

Un tesoro su rica sementera
Les promete; y desátanse los ríos,
Y la cosecha al mar corre ligera.

¿Quién es estoico ante hados tan impíos?
Yo no me atrevo á contemplar sus males
Por temor de llorar también los míos.

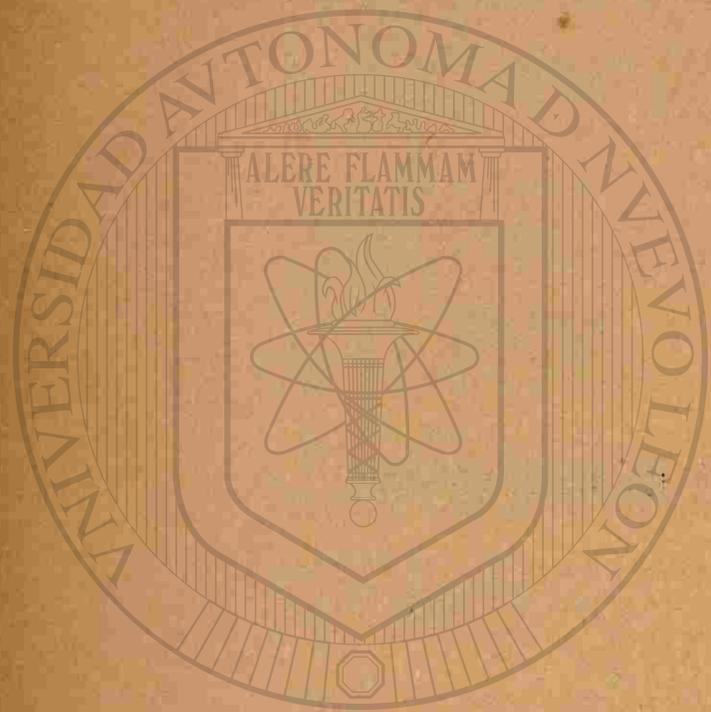
A destinos más nobles é inmortales
Nos puede conducir una atroz pena,
Á los héroes haciéndonos iguales.

Hijos del infortunio, la serena
Frente elevemos, como el risco osado
Cuando la tempestad se inflama y truena.

No es el hombre feliz; el desgraciado
Es quien eclipsa, al fin, la turba necia
Que en las garras del mal sólo ha llorado.

¡Fortuna y gloria al hombre que se precia
De respeto infundir hasta á la muerte!
Dios, por invulnerable, la desprecia;
Y, por su dignidad, el varón fuerte.

D. JUAN VALLE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JUAN VALLE.

LA GUERRA CIVIL.

Vuela del Septentrión al Mediodía,
Y vuela del Poniente hasta el Levante
El torvo genio de la guerra impía:

Lleva en su diestra espada centellante,
Sus víctimas escoge y, descargando
El golpe asolador, sigue adelante.

Van la peste y el hambre caminando
Tras él como sus dignas cortesanas,
Tumbas y tumbas tras de sí dejando.

Hecatombes de víctimas humanas
Los ojos ven, y el corazón se aterra
Al fúnebre clamor de las campanas.

Llega á faltar para sepulcros tierra;
Que ni á niños ni á vírgenes ni á ancianos
Perdona el torvo genio de la guerra.

Como á José sus bárbaros hermanos,
Á sus hermanos los guerreros tratan,
Y en sangre fraternal manchan sus manos.

Las furias del infierno se desatan
Y de todos murmuran al oído:
«Matad y venceréis»; y todos matan.

Gratitud y amistad dan al olvido
Los combatientes, y en delirio ciego
Hieren hasta al amigo ayer querido.

Arrasan con furor á sangre y fuego
Las pobladas y espléndidas ciudades,
Que en desiertos trocadas quedan luego.

Y todavía aquellas soledades
El vencedor, en su triunfal carroza,
Cruza cual las siniestras tempestades.

En su carrera sin piedad destroza,
Pasando sobre el surco, los sembrados,
Y al paso incendia del pastor la choza.

Saliendo de las llamas espantados,
Medio desnudos van los moradores
Entre las fieras turbas de soldados;

Los que olvidando un punto sus furores
Convierten á la esposa ante el esposo
En víctima de lúbricos amores.

Más y más crece el fuego pavoroso,
Y el soldado el doméstico santuario
Tras el botín asalta codicioso.

Las llamas despreciando, el temerario
Recorre audaz la habitación ardiendo,
Y devora el incendio al incendiario.

De los que van su patria destruyendo,
Es agradable música al oído
Del techo desplomándose el estruendo.

El vencedor de ayer es hoy vencido,
Y el que vencido es hoy vence mañana:
De la patria es la voz largo gemido.

En medio, á veces, de la lucha insana
Se encuentra con su padre algún guerrero,
Y su espada traspásale inhumana,

Lo reconoce tarde en su jay! postrero,
Y al ver que el crimen su castigo tiene,
Desgarra el propio pecho con su acero.

Cesad, cesad: sobre vosotros viene
Ávida ya la peste asoladora,
Y su marcha triunfal nada detiene.

Será la verdadera vencedora,
Y asistida del hambre, su aliada,
Será, por fin, de México señora.

Al más fuerte le hará soltar la espada,
Si no de caridad el sentimiento,
Sí del hambre la mano descarnada.

Cuando el recién nacido lllore hambriento,
El pecho exhausto le dará la madre,
Y sangre beberá por alimento.

Por mal que á la virtud proscrita cuadre,
Por quitarle su pan, fiero el hermano
Al hermano herirá, y el hijo al padre.

¿Los ejemplos de amor serán en vano
Que os da naturaleza en armonía,
Desde al águila audaz al ruin gusano?

¿Vuestros ojos de buitre todavía
No se cansan de ver sangre corriendo,
Ni vuestros brazos de la atroz porfia?

¡Ah! sí: ya estoy en mi alma presintiendo
Que mi patria por fin será dichosa,
Las fraticidas armas deponiendo.

La paz, como una madre cariñosa,
Sus benéficas alas con ternura
Sobre ella, al fin, extenderá amorosa.

Y movido por fin de su tristura,
AQUEL que convirtiera el agua en vino
Convertirá su acibar en dulzura.

Le dará bondadoso luz y tino
Quien la luz á los ciegos devolvía,
Y seguirá mi patria el buen camino;

La hará resucitar á la alegría
Quien de la tumba á Lázaro sacara
De nuevo al aire y á la luz del día.

AQUEL que, paternal, multiplicara
Los cinco panes, perdurables años
De paz y de abundancia le prepara.

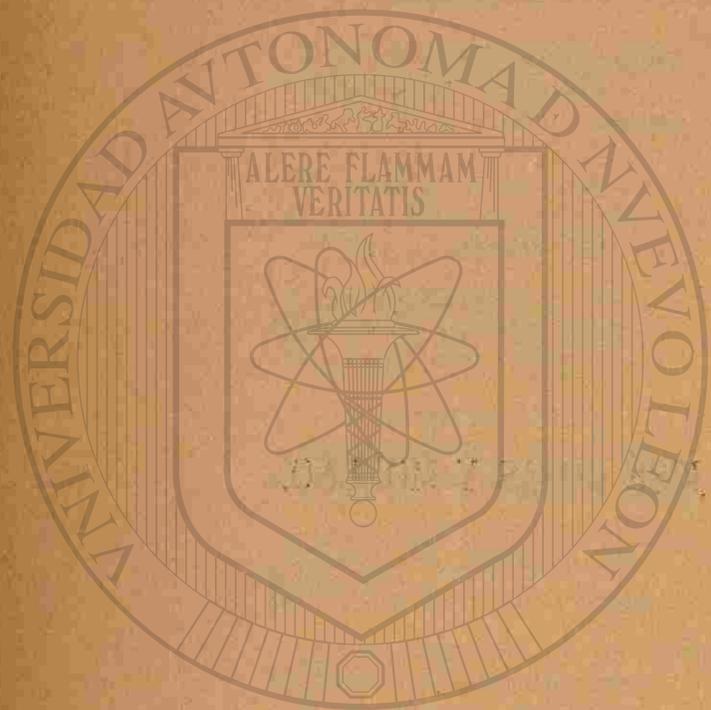
Tras tanta humillación y tantos daños,
Mi pueblo se verá grande y temido,
Envidiando su gloria los extraños.

Y el mismo que á su pueblo protegido
Por en medio del mar camino abriendo
En él deja al egipcio sumergido,

Potente los obstáculos venciendo,
Por la difícil senda interrumpida
Nos irá de la mano conduciendo.

Y cual llegó á la tierra prometida
El escogido pueblo tras la guerra,
Llegaremos tras lucha fraticida
De paz y unión á la anhelada tierra.

D. JOSÉ ROSAS Y MORENO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JOSÉ ROSAS Y MORENO.

EL ZENTZONTLE.

¡Cuán dulce es la armonía
De tus cantos de amor! ¡Cuánta ternura,
Cuánta melancolía,
Qué extraño sentimiento
Hay en tu triste acento,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos!

Cuando su luz brillante
Vierte la primavera en los jardines,
Tiendes al viento tú las pardas alas,
Cruzas el valle umbrío,
Y alegres himnos amoroso exhalas,
Entre los sauces del tranquilo río.

En el ardiente Estío,
Cuando el sol en el cielo apenas arde,
El himno de la tarde
Cantas en las praderas
Al rumor de las brisas lisonjeras.

Y en la noche callada,
Cuando la luna pálida fulgura,
Como virgen que vela enamorada,

Y la naturaleza desmayada
En grata, inmóvil languidez reposa,
Y la nocturna diosa
Vierte doquier su plácido beleño,
En el sereno ambiente
Suspiras tiernamente
La tímida canción de un dulce sueño.

En esas tristes horas
Tu cadenciosa voz llega al oído,
El silencio turbando,
Como el eco fugaz de un bien perdido;
Como el vago gemido
De un alma ardiente, que en ardiente anhelo
La tierra va cruzando,
Solitaria y doliente suspirando,
Sin cesar suspirando por el cielo.

Al levantarse un día
Entre las olas de la mar hirvientes
La adorada y hermosa patria mía,
Quiso amoroso Dios que independientes
Los *sinsontes* su atmósfera cruzaran
Á la luz de sus astros refulgentes;
Que allí su dulce amor tiernos buscaran,
Y, orgullosos volando en las alturas,
Su juventud espléndida cantaran
En la selva, en el monte, en las llanuras.

Tus hermanos, de entonces, en raudo vuelo
Cruzan su hermoso suelo,
Sus soberbias montañas, sus verjeles,
Sus floridos y extensos limonares,
Sus magníficos bosques de laureles;
Y suspiran dulcísimos cantares,
Impregnados de amor y sentimiento,
Y el ambiente respiran de sus mares,
Y orgullosos se mecen en el viento,
Que sacude sus anchos platanares.

Cuando altiva otro tiempo y vencedora
La reina de Occidente,
Ornada en jaspes de vistosas plumas
Alzaba al cielo la serena frente,
Y Axayacatl valiente,
Humillando á sus pies á las naciones,
Sus gloriosas conquistas extendía,
Y doquier la victoria sonreía
Á la sombra feliz de sus pendones,
En la risueña margen de los lagos,
Los *sinsontes* con notas celestiales
Del guerrero imitaban la querella,
El discordo vibrar de los tímboles,
La enamorada voz de la doncella
Y el clamor de los himnos nacionales.
Otras veces, volando en la espesura,
De la fuente imitaban los rumores;
El lamento del mirlo entre las flores;
La querelosa voz de la paloma,
De hondos suspiros llena;
Del tardo buey el trémulo bramido,
Y el hórrido silbido
Del reptil que se arrastra entre la arena.

Así cual del Anáhuac contemplando
La majestad divina,
Que un sol de fuego espléndido ilumina,
Mustia y triste la Europa nos parece,
Y su antigua hermosura palidece;
Así cuando el *sinsonte* enamorado
Feliz se oculta en el risueño prado
Y canta entre las palmas y las flores,
Deben enmudecer los ruseñores.

Tú, inimitable artista,
En mil revueltos giros
Volando caprichoso,
Imitas cadencioso
Ecos, cantos, murmullos y suspiros.

Siempre hallas una voz y una armonía
Para expresar tu duelo,
Y traduces en tierna melodía
Del amor el dulcísimo consuelo
Y el ardiente placer de la alegría.
Tienes siempre al mecerte por el viento
Para todos los goces un acento;
A todo prestas inefable encanto,
Y ora el dolor te agite, ora el contento,
No hay dicha, no hay afán, no hay sentimiento
Que tú no expreses con tu tierno canto.
¡Cuál conmueve tu voz el alma mía!
¡Bendita la armonía
De tu suspiro amante,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos!
¡Plegue al piadoso cielo
Que en estrecha prisión nunca suspires
Triste canción de duelo;
Que en orgulloso vuelo
Cruzando las inmensas cordilleras,
A nuestra patria mires
Bendita por la historia;
Y que repitas siempre en tus cantares
El himno de su gloria,
Al gemir de sus anchos platanares
Y al rumor de las olas de sus mares!

LA VUELTA Á LA ALDEA.

Ya el sol oculta su radiosa frente;
Melancólico brilla en Occidente
Su tímido esplendor;
Ya en las selvas la noche inquieta vaga,
Y entre las brisas, lánguido se apaga
El último cantar del ruisenior.

¡Cuánto gozo escuchando embelesado
Ese tímido acento apasionado
Que en mi niñez oí!
Al ver de lejos la arboleda umbrosa,
¡Cuál recuerdo, en la tarde silenciosa,
La dicha que perdí!

Aquí al son de las aguas bullidoras,
De mi dulce niñez las dulces horas
Dichoso vi pasar,
Y aquí mil veces, al morir el día,
Vine amante después en mi alegría
Dulces sueños de amor á recordar.

Ese sauce, esa fuente, esa enramada,
De una efímera gloria ya eclipsada
Mudos testigos son:
Cada árbol, cada flor, guarda una historia
De amores y placer, cuya memoria
Entristece y halaga el corazón.

Aquí está la montaña, allí está el río;
A mi vista se extiende el bosque umbrío
Donde mi dicha fué.
¡Cuántas veces aquí con mis pesares
Vine á exhalar de amor tristes cantares!
¡Cuánto de amor lloré!

Acá la calle solitaria; en ella
De mi paso en los céspedes la huella
El tiempo ya borró.
Allá la casa donde entrar solía
De mi padre en la dulce compañía.....
¡Y hoy entro en su recinto solo yo!

Desde esa fuente, por la vez primera,
Una hermosa mañana, la ribera.
A Laura vi cruzar,
Y de aquella arboleda la espesura.

Una tarde de Mayo, con ternura,
Una pálida flor me dió al pasar.

Todo era entonces para mí risueño;
Mas la dicha en la vida es sólo un sueño,
Y un sueño fué mi amor.
Cual eclipsa una nube al rey del día,
La desgracia eclipsó la dicha mía
En su primer fulgor.

Desatóse estruendoso el torbellino,
Y al fin airado me arrojó el destino
De mi natal ciudad.
Así cuando es feliz entre las flores,
¡Ay! del nido en que canta sus amores
Arroja al ruiñeñor la tempestad.

Errante y sin amor siempre he vivido;
Siempre errante en las sombras del olvido.....
¡Cuán desgraciado soy!
Mas la suerte conmigo es ya piadosa;
Ha escuchado mi queja, cariñosa,
Y aquí otra vez estoy.

Ni sé, ni espero, ni ambiciono nada;
Triste suspira el alma destrozada
Sus ilusiones ya;
Mañana alumbrará la selva umbría
La luz del nuevo sol, y la alegría
¡Jamás al corazón alumbrará!

Cual hoy, la tarde en que partí doliente,
Triste el sol derramaba en Occidente
Su moribunda luz:
Suspiraba la brisa en la laguna,
Y alumbraban los rayos de la luna
La solitaria cruz.

Tranquilo el río reflejaba el cielo,
Y una nube pasaba en blando vuelo,

Cual pasa la ilusión;
Cantaba el labrador en su cabaña,
Y el eco repetía en la montaña
La misteriosa voz de la oración.

Aquí está la montaña, allí está el río....
¿Mas dónde está mi fe? ¿Dónde, Dios mío,
Dónde mi amor está?
Volvieron al verjel brisas y flores,
Volvieron otra vez los ruiñeñores....
Mi amor no volverá.

¿De qué me sirven, en mi amargo duelo,
De los bosques los lirios, y del cielo
El mágico arrebol,
El rumor de los céfiros suaves
Y el armonioso canto de las aves,
Si ha muerto ya de mi esperanza el sol?

Del arroyo en las márgenes umbrías,
No miro ahora, como en otros días,
Á Laura sonreir.
¡Ay! En vano la busco, en vano lloro;
Ardiente en vano su piedad imploro;
¡Jamás ha de venir!...

EL VALLE DE MI INFANCIA.

Salud, ¡oh valle hermoso!
Albergue del placer, donde dichoso,
Entre sueños espléndidos de amores,
Vi deslizarse un día,
Cual se desliza el agua entre las flores,
Los dulces años de la infancia mía.
Valle umbroso, salud: hoy el viajero
Tu abrigo lisonjero

Busca ansioso con ávida mirada,
Bendice la quietud de tus verjeles,
Y reclina su frente ensangrentada
Á la sombra feliz de tus laureles.
Aquí está la montaña, allí está el río;
Allá del bosque umbrío
La silenciosa majestad se admira;
Allí el lago retrata el firmamento;
La fuente, más allá, lenta suspira,
Y agitando los sauces gime el viento.
Allí la cruz está donde inspirado,
El bien del desgraciado
Imploraba con místico cariño,
Elevando á los cielos mis plegarias,
Y estas agrestes rocas solitarias
Las mismas son que amé cuando era niño.
Pero es otro el rocío, otra la brisa
Que hoy el Abril te da con su sonrisa;
Otras las rosas son de encanto llenas
Que brillan entre el césped de tu alfombra,
Y otras, y otras también las azucenas
Que crecen á tu sombra.
Cual las olas que pasan suspirando
Los años van pasando;
Un instante con flores se embellecen,
Un punto brilla su fulgor mentido,
Y al fin se desvanecen
En las oscuras sombras del olvido.
¿Adónde están ahora aquellas rosas
Tan puras, tan hermosas?....
Están, ¡oh valle! donde está la calma
De aquellos bellos días tan risueños;
En donde está mi amor, gloria del alma,
Y en donde están también mis dulces sueños.
Yo era feliz aquí; yo me adormía
En plácida alegría,
Por la dulce inocencia acariciado,
Sin más amor que tú, sin otro anhelo
Que amar tus flores y cruzar tu prado,

Cantar tus fuentes y mirar tu cielo:
Una tarde las aves se alejaban,
Y al ver cómo volaban,
Sentí el alma agitarse en ansias locas,
Y quise, como el águila atrevida,
Cruzar las selvas, dominar las rocas,
Y aspirar otro ambiente y otra vida:
Y al huracán seguí; y al ver el mundo
Sentí en el corazón horror profundo;
Anhelé las tranquilas soledades
Donde feliz reía,
Y sentí que mi espíritu oprimía
La atmósfera letal de las ciudades.
Gozo y placer busqué, gloria y ventura;
Y sólo hallé amargura,
Inquietudes y afán, tedio y congojas;
Del viento del dolor al soplo ardiente,
Cual de tus bellos árboles las hojas,
Se secó la guirnalda de mi frente.
En vano allí busqué la dulce calma
Y el casto amor del alma:
Sólo en la multitud con mis pesares
Me confundí gimiendo,
Y apagóse perdido entre el estruendo
El tímido rumor de mis cantares.
Esquivando el furor de la tormenta,
Cual ave voy que el huracán ahuyenta,
Y ansioso busco ahora
En tu silencio plácido y tranquilo,
El apacible asilo
Donde al menos en paz el alma llora.
También, ¡oh valle! á marchitar tus galas
La airada tempestad tiende sus alas;
Tus flores huella y con furor se agita
Marchitando sus vívidos colores....
¡Dichosas esas flores
Que el huracán marchita!
Lejos contemplo ya la infancia mía,
Y muy lejos la tumba todavía;

Oculto afán me mata,
Mi destino en la tierra es muy incierto,
Y lúgubre á mi vista se dilata
Inmenso el porvenir como un desierto.

Sin oír una voz dulce y querida,
Solo estoy en el valle de la vida,
Cual el ciprés doliente

Que en eterno abandono se consume,
Sin guirnaldas de hiedras en su frente,
Sin que le dé una flor grato perfume.

Nadie piensa en mi amor, nadie me mira,
Nadie por mí suspira;
Tan sólo la tristeza
Con mis dolores gime,
Y entre sus brazos trémula me oprime
Y reclina en su seno mi cabeza.

El alma ardiente que en mi afán seguía,
Dulce hermana inmortal del alma mía,
Me niega su ternura,
Y sin oír mi queja,
Insensible á mi amarga desventura,
Sin enjugar mis lágrimas se aleja.
Ya que en vano la llamo cariñoso
Para cruzar con ella el bosque umbroso;
Para contarle amante mi querella
Y dividir con ella mi alegría;
Para soñar con ella

Esta sombra de amor que dura un día;

Á lo menos gozar el alma quiere
En el sueño ideal que nunca muere,
Del infinito anhelo

En que Dios le revela su destino,
La esperanza feliz del bien divino
Con que existen las almas en el cielo.

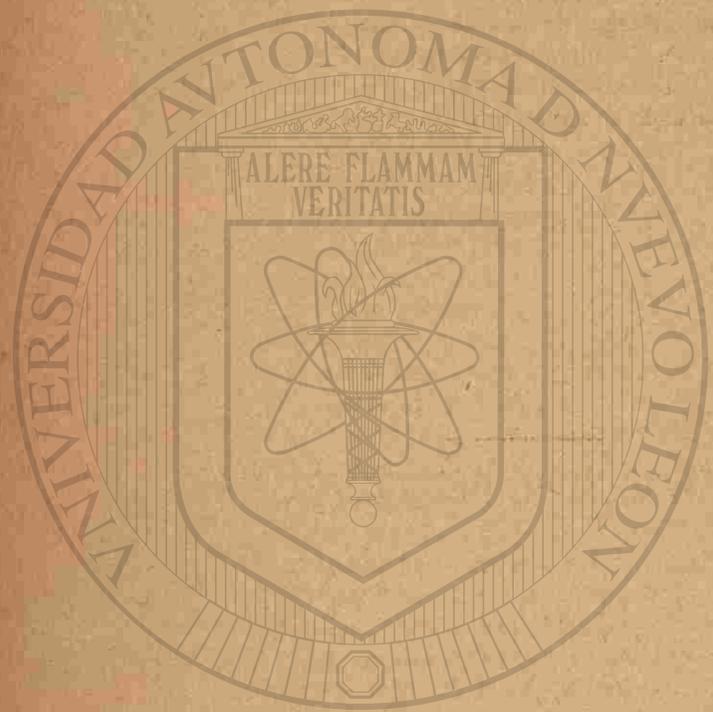
Aquí morir quisiera

Al rumor de tu brisa lisonjera;
Pero ¡ay! delirio, mi ansiedad es vana,
Y el soplo sigo del destino airado....

¡Quién sabe en dónde me hallaré mañana!

¡Quién sabe en donde moriré ignorado!

Queda en paz, dulce valle, umbroso asilo,
Donde existe tranquilo,
Plácido albergue de mi amor primero.
Ya va el sol ocultando sus fulgores,
Y adiós te dice el infeliz viajero
Empapando en sus lágrimas tus flores.



U A N L

D. MANUEL DE ACUÑA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. MANUEL DE ACUÑA.

ANTE UN CADÁVER.

¡Y bien! aquí estás ya..... sobre la plancha
Donde el gran horizonte de la ciencia
La extensión de sus límites ensancha.

Aquí donde la rígida experiencia
Viene á dictar las leyes superiores
Á que está sometida la existencia.

Aquí donde derrama sus fulgores
Ese astro á cuya luz desaparece
La distinción de esclavos y señores.

Aquí donde la fábula enmudece
Y la voz de los hechos se levanta
Y la superstición se desvanece.

Aquí donde la ciencia se adelanta
Á leer la solución de ese problema
Cuyo solo enunciado nos espanta:

Ella, que tiene la razón por lema,
Y que en tus labios escuchar ansía
La augusta voz de la verdad suprema.

Aquí estás ya..... tras de la lucha impía
En que romper al cabo conseguiste
La cárcel que al dolor te retenía.

La luz de tus pupilas ya no existe,
Tu máquina vital descansa inerte
Y á cumplir con su objeto se resiste.

¡Miseria y nada más! dirán al verte
Los que creen que el imperio de la vida
Acaba donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu misión cumplida,
Se acercarán á ti, y en su mirada
Te mandarán la eterna despedida.

Pero, ¡no!..... tu misión no está acabada;
Que ni es la nada el punto en que nacemos,
Ni el punto en que morimos es la nada.

Círculo es la existencia, y mal hacemos
Cuando al querer medirla le asignamos
La cuna y el sepulcro por extremos.

La madre es sólo el molde en que tomamos
Nuestra forma, la forma pasajera
Con que la ingrata vida atravesamos.

Pero ni es esa forma la primera
Que nuestro ser reviste, ni tampoco
Será su última forma cuando muera.

Tú, sin aliento ya, dentro de poco
Volverás á la tierra y á su seno,
Que es de la vida universal el foco.

Y allí, á la vida en apariencia ajeno,
El poder de la lluvia y del verano
Fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raíz al grano,
Irás del vegetal á ser testigo
En el laboratorio soberano.

Tal vez para volver cambiado en trigo
Al triste hogar donde la triste esposa
Sin encontrar un pan sueña contigo.

En tanto que las grietas de tu fosa
Verán alzarse de su fondo abierto
La larva convertida en mariposa,

Que en los ensayos de su vuelo incierto,
Irá al lecho infeliz de tus amores
Á llevarle tus ósculos de muerto.

Y en medio de esos cambios interiores
Tu cráneo, lleno de una nueva vida,
En vez de pensamientos dará flores:

En cuyo cáliz brillará escondida
La lágrima, tal vez, con que tu amada
Acompañó el adiós de tu partida.

La tumba es el final de la jornada,
Porque en la tumba es donde queda muerta
La llama en nuestro espíritu encerrada.

Pero en esa mansión, á cuya puerta
Se extingue nuestro aliento, hay otro aliento
Que de nuevo á la vida nos despierta.

Allí acaba la fuerza y el talento,
Allí acaban los goces y los males,
Allí acaban la fe y el sentimiento:

Allí acaban los lazos terrenales,
Y mezclados el sabio y el idiota,
Se hunden en la región de los iguales.

Pero allí donde el ánimo se agota
Y perece la máquina, allí mismo
El ser que muere es otro ser que brota.

El poderoso y fecundante abismo
Del antiguo organismo se apodera,
Y forma y hace de él otro organismo.

Abandona á la historia justiciera
Un nombre sin cuidarse, indiferente,
De que ese nombre se eternice ó muera.

Él recoge la masa únicamente,
Y cambiando las formas y el objeto,
Se encarga de que viva eternamente.

La tumba sólo guarda un esqueleto;
Mas la vida en su bóveda mortuoria
Prosigue alimentándose en secreto.

Que al fin de esta existencia transitoria,
A la que tanto nuestro afán se adhiere,
La materia, inmortal como la gloria,
Cambia de formas, pero nunca muere.

NOCTURNO.

Á ROSARIO.

I.

¡Pues bien! yo necesito
Decirte que te adoro,
Decirte que te quiero
Con todo el corazón;
Que es mucho lo que sufro,
Que es mucho lo que lloro,

Que ya no puedo tanto,
Y al grito que te imploro
Te imploro y te hablo en nombre
De mi última ilusión.

II.

Yo quiero que tú sepas
Que ya hace muchos días
Estoy enfermo y pálido
De tanto no dormir;
Que ya se han muerto todas
Las esperanzas mías;
Que están mis noches negras,
Tan negras y sombrías,
Que ya no sé ni dónde
Se alzaba el porvenir.

III.

De noche, cuando pongo
Mis sienes en la almohada
Y hacia otro mundo quiero
Mi espíritu volver,
Camino mucho, mucho,
Y al fin de la jornada
Las formas de mi madre
Se pierden en la nada,
Y tú de nuevo vuelves
En mi alma á aparecer,

IV.

Comprendo que tus besos
Jamás han de ser míos;
Comprendo que en tus ojos
No me he de ver jamás;
Y te amo, y en mis locos
Y ardientes desvarios

Bendigo tus desdenes,
Adoro tus desvíos,
Y en vez de amarte menos,
Te quiero mucho más.

V.

Á veces pienso en darte
Mi eterna despedida,
Borrarte en mis recuerdos
Y hundirte en mi pasión;
Mas si es en vano todo
Y el alma no te olvida,
¡Qué quieres tú que yo haga,
Pedazo de mi vida;
Qué quieres tú que yo haga
Con este corazón!

VI.

Y luego que ya estaba
Concluído tu santuario,
Tu lámpara encendida,
Tu velo en el altar,
El sol de la mañana
Detrás del campanario,
Chispeando las antorchas,
Humeando el incensario,
Y abierta allá á lo lejos
La puerta del hogar....

VII.

¡Qué hermoso hubiera sido
Vivir bajo aquel techo,
Los dos unidos siempre
Y amándonos los dos;
Tú siempre enamorada,
Yo siempre satisfecho,

Los dos una sola alma,
Los dos un solo pecho,
Y en medio de nosotros
Mi madre como un Dios!

VIII.

¡Figúrate qué hermosas
Las horas de esta vida!
¡Qué dulce y bello el viaje
Por una tierra así!
Y yo soñaba en eso,
Mi santa prometida.
Y al delirar en eso
Con la alma estremecida,
Pensaba yo en ser bueno
Por ti, no más por ti.

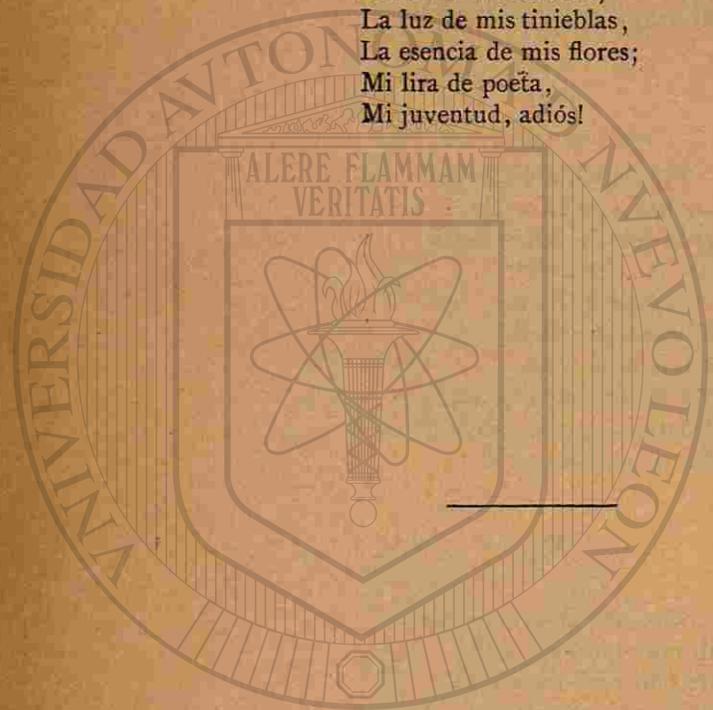
IX.

Bien sabe Dios que ese era
Mi más hermoso sueño,
Mi afán y mi esperanza,
Mi dicha y mi placer;
¡Bien sabe Dios que en nada
Cifraba yo mi empeño,
Sino en amarte mucho
Bajo el hogar risueño
Que me envolvió en sus besos
Cuando me vió nacer!

X.

Esa era mi esperanza.....
Mas ya que á sus fulgores
Se opone el hondo abismo

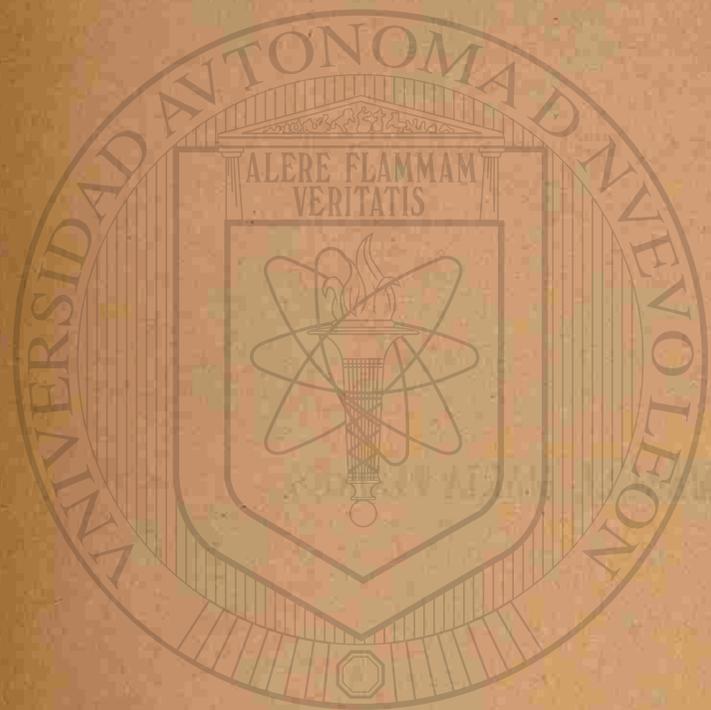
Que existe entre los dos,
¡Adiós por la vez última,
Amor de mis amores;
La luz de mis tinieblas,
La esencia de mis flores;
Mi lira de poeta,
Mi juventud, adiós!



D. MANUEL MARÍA FLORES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. MANUEL MARIA FLORES.

PASIÓN.

¡Háblame! Que tu voz, eco del cielo,
Sobre la tierra por doquier me siga.....
Con tal de oír tu voz nada me importa
Que el desdén de tu labio me maldiga.
¡Mirame! Tus miradas me quemaron,
Y tengo sed de ese mirar eterno.....
Por ver tus ojos, que se abraza mi alma
De esa mirada en el celeste infierno.
¡Ámame!..... Nada soy..... pero tu diestra
Sobre mi frente pálida un instante,
Puede hacer del esclavo arrodillado
El hombre rey de corazón gigante.

Tú pasas..... y la tierra voluptuosa
Se estremece de amor bajo tus huellas,
Se entibia el aire, se perfuma el prado
Y se inclinan á verte las estrellas.

Quisiera ser la sombra de la noche
Para verte dormir sola y tranquila,
Y luego ser la aurora..... y despertarte
Con un beso de luz en la pupila.

Soy tuyo, me posees..... un solo átomo
No hay en mi ser que para tí no sea:
Dentro mi corazón eres latido,
Y dentro mi cerebro eres idea.

¡Oh! por mirar tu frente pensativa
Y pálido de amores tu semblante;
Por sentir el aliento de tu boca
Mi labio acariciar un solo instante;
Por estrechar tus manos virginales
Sobre mi corazón, yo de rodillas,
Y devorar con mis tremendos besos
Lágrimas de pasión en tus mejillas;
Yo te diera..... no sé..... ¡no tengo nada!.....
—El poeta es mendigo de la tierra.—
¡Toda la sangre que en mis venas arde!
¡Todo lo grande que mi mente encierra!

Mas no soy para ti.... ¡Si entre tus brazos
La suerte loca me arrojara un día,
Al terrible contacto de tus labios
Tal vez mi corazón..... se rompería!
Nunca será.... Para mi negra vida
La inmensa dicha del amor no existe....
Sólo nací para llevar en mi alma
Todo lo que hay de tempestuoso y triste.
Y quisiera morir.... ¡pero en tus brazos,
Con la embriaguez de la pasión más loca,
Y que mi ardiente vida se apagara
Al soplo de los besos de tu boca!

AUSENCIA.

¡Quién me diera tomar tus manos blancas
Para apretarme el corazón con ellas,
Y besarlas..... besarlas, escuchando
De tu amor las dulcísimas querellas!

¡Quién me diera sentir sobre mi pecho
Reclinada tu lánguida cabeza,
Y escuchar, como enantes, tus suspiros,
Tus suspiros de amor y de tristeza!

¡Quién me diera posar casto y suave
Mi cariñoso labio en tus cabellos,
Y que sintieras sollozar mi alma
En cada beso que dejara en ellos!

¡Quién me diera robar un solo rayo
De aquella luz de tu mirar en calma,
Para tener al separarnos luego
Con que alumbrar la soledad del alma!

¡Oh, quién me diera ser tu misma sombra,
El mismo ambiente que tu rostro baña,
Y, por besar tus ojos celestiales,
La lágrima que tiembla en tu pestaña!

¡Y ser un corazón todo alegría,
Nido de luz y de divinas flores,
En que durmiese tu alma de paloma
El sueño virginal de tus amores!

Pero en su triste soledad el alma
Es sombra y nada más, sombra y enojos....
¿Cuándo esta noche de la negra ausencia
Disipará la aurora de tus ojos?

ADORACIÓN.

Como al ara de Dios llega el creyente
Trémulo el labio al exhalar el ruego,
Turbado el corazón, baja la frente,
Así, mujer, á tu presencia llego.

¡No de mí apartes tus divinos ojos!
Pálida está mi frente de dolores;
¿Para qué castigar con tus enojos
Al que es tan infeliz con tus amores?
Soy un esclavo que á tus pies se humilla
Y suplicante tu piedad reclama;
Que con las manos juntas se arrodilla
Para decir con miedo.... que ¡te ama!

¡Te ama! Y el alma que el amor bendice
Tiembla al sentirle, como débil hoja;
¡Te ama! y el corazón cuando lo dice
En yo no sé qué lágrimas se moja.

Perdóname este amor, llama sagrada,
Luz de los cielos que bebí en tus ojos,
Sonrisa de los ángeles bañada
En la dulzura de tus labios rojos.

¡Perdóname este amor! Á mí ha venido
Como la luz á la pupila abierta;
Como viene la música al oído:
Como la vida á la esperanza muerta.

Fué una chispa de tu alma, desprendida
En el beso de luz de tu mirada,
Que al abrasar mi corazón en vida
Dejó mi alma á la tuya desposada.

Y este amor es el aire que respiro,
Ilusión imposible que atesoro,
Inefable palabra que suspiro
Y dulcísima lágrima que lloro.

Es el ángel espléndido y risueño
Que con sus alas en mi frente toca;
Y que deja—perdóname..... ¡es un sueño!—
El beso de los cielos en mi boca.

¡Mujer, mujer!..... mi corazón de fuego
De amor no sabe la palabra santa,
Pero palpita en el supremo ruego
Que vengo á sollozar ante tu planta.

¿No sabes que por sólo las delicias
De oír el canto que tu voz encierra,
Cambiará yo, dichoso, las caricias
De todas las mujeres de la tierra?

¿Que por seguir tu sombra, mi María,
Sellando el labio á la importuna queja,
De lágrimas y besos cubriría
La leve huella que tu planta deja?

¿Que por oír en cariñoso acento
Mi pobre nombre entre tus labios rojos,
Para escucharte detendré mi aliento,

Para mirarte me pondré de hinojos?
¿Que por sentir en mi dichosa frente
Tu dulce labio con pasión impreso,
Te diera yo, con mi vivir presente,
Toda mi eternidad..... por sólo un beso?

.....
Pero si tanto amor, delirio tanto,
Tanta ternura ante tus pies traída,
Empapada con gotas de mi llanto,
Formada con la esencia de mi vida;
Si este grito de amor, íntimo, ardiente,
No llega á ti..... si mi pasión es loca,
Perdona los delirios de mi mente,
Perdona las palabras de mi boca.

Y ya no más mi ruego sollozante
Irá á turbar tu indiferente calma.....
Pero mi amor hasta el postrer instante
Te daré con las lágrimas del alma.

EVA.

Era la sexta aurora. Todavía
El ámbito profundo
Del éter, el *Fiat lux* estremecía;
Era el sereno despertar del mundo
Del tiempo en la niñez.

Amanecía,
Y del Criador la mano soberana
Ceñía con gasas de topacio y rosa,
Como la casta frente de una esposa,
La frente virginal de la mañana.
Rodaban en la atmósfera ligera
Las olas de oro de la luz primera,
Y, levantando púdica su velo,
Primavera gentil, rica de galas,
Iba en los campos vírgenes del suelo
Regando flores al batir sus alas.

El monte azul su cumbre de granito
Dejando acariciar por los celajes
Dispersos en el éter infinito,
En campos desplegaba de esmeralda
La exuberante falda
De sus bosques tranquilos y salvajes;
Y cortinas de móviles follajes,
Cascadas de verdura
Cayendo en los barrancos,
Daban sombra y frescura
Á grutas que fragantes tapizaban
Rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque presintiendo el día
Poblaba su arboleda de rumores;
El agua alegre y juguetona huía
Entre cañas y juncos tembladores;
El ángel de la niebla sacudía
Las gotas de sus alas en las flores,
Y flotaba la Aurora en el espacio
Envuelta en sus cendales de topacio.

¡Era la hora nupcial! Dormía la tierra
Como una virgen bajo el casto velo.
Y el regio sol al sorprenderla amante
Para besarla, iluminaba el cielo.

¡Era la hora nupcial! Todas las olas
De los ríos, las fuentes y los mares
En un coro inefable preludivan
Un ritmo del Cantar de los Cantares.
El incienso sagrado del perfume
Exhalado de todas las corolas,
Flotaba derramado en los cefiros (1)

(1) Este verso no consta si se lee como es debido; pero es evidente que el poeta pronunció *cefitro*, así como más adelante *caós*: licencias de acentuación poco recomendables.

Que al rumor de sus alas ensayaban
Un concierto de besos y suspiros;
Y cuantas aves de canoro acento
Se pierden en las diáfanas regiones,
Inundaban de músicas el viento
Desatando el raudal de sus canciones.

¡Era la hora nupcial! Naturaleza
De salir del caos aun deslumbrada,
Ebria de juventud y de belleza,
Virginal y sagrada,
Velándose en misterio y poesía,
Sobre el tálamo en rosas de la tierra
Al Hombre se ofrecía.

¡El Hombre!.... Allá en el fondo
Más secreto del bosque, do la sombra
Era más tibia del gentil palmero,
Y más mullida de musgosa alfombra
Y más rico y fragante el limonero;
Donde más lindas se tupían las flores
Y llevaba la brisa más aromas,
La fuente más rumores,
Y trinaban mejor losruiseñores,
Y lloraban más dulces las palomas;
Do más bellos tendía
Sus velos el crepúsculo indeciso,
Allí el Hombre dormía,
Aquel era su hogar, el Paraíso.

El mundo immaculado
Se mostraba al nacer grande y sereno;
Dios miraba lo criado
Y veía que era bueno.
Bañado en esplendor, lleno de aurora,
De aquel instante en la sagrada calma,
Á la sombra dormido de la palma,
Y del césped florido en el regazo
Estaba Adán, la varonil cabeza

En el robusto brazo;
Y esparcida á la brisa juguetona
La melena gentil; pero la altiva
Frente predestinada á la corona,
La noble faz augusta de belleza
En medio de su sueño, revelaban
Serena y melancólica tristeza.
El aura matinal en blando giro
Su frente acariciaba, y suavemente
Su pecho respiraba.
Pero algo como el soplo de un suspiro
Por su labio entreabierto resbalaba.
¿Sufría?..... En aquel retiro
Sólo el Criador con él dormido estaba.

Era el hombre primer, era el momento
Primero de su vida, y ya su labio
Bosquejaba la voz del sufrimiento.
La inmensa vida palpitaba en torno,
Pero él estaba solo. El aislamiento
Transformaba en proscrito al soberano.....
Entonces el Criador tendió su mano
Y el costado de Adán tocó un instante.
.....

Suave, indecisa, sideral, flotante,
Como el leve vapor de las espumas,
Cual blanco rayo de la luna, errante
En un jirón de tenebrosas brumas;
Emanación castísima y serena
Del cáliz virginal de la azucena;
Perla viviente de la aurora hermosa,
Ambo de luz del venidero día
Condensado en la forma voluptuosa
De un nuevo ser que vida recibía,
Una blanca figura luminosa
Alzóse junto á Adán..... Adán dormía.

¡La primera mujer! Fúlgido cielo,

Que bañó con su lumbre
La mañana primer de las mañanas,
¿Viste luego en la vasta muchedumbre
De las hijas humanas
Alguna más gentil, más hechicera,
Más ideal que la mujer primera?

La misma mano que vistió la tierra
De azules horizontes,
Los campos de esmeralda,
Y de nieve la cumbre de los montes
Y de verde obscurísimo su falda;
La que en las olas de la mar sombría
Alza penachos de brillante espuma,
Y corona de arco iris y de bruma
La catarata rápida y bravía;
La que tiñe con mágicos colores
Las plumas de las aves y las flores;
La que tan bellos pinta esos celajes
De oro y ópalo y púrpura, que forman
Del cielo de la tarde los paisajes;
La que cuelga en el éter cristalino
El globo opaco de la luna fría,
Y en el cenit espléndido levanta
La corona de sol que lanza el día;
La que al tender el transparente velo
Del ancho firmamento, como rastros
De sus dedos de luz dejó en el cielo
El polvo fulgoroso de los astros;
La mano que en la gran naturaleza
Pródiga vierte perennal hechizo,
La del Eterno Dios de la belleza,
¡Oh primera mujer..... esa te hizo!

La dulce palidez de la azucena
Que se abre con la aurora
Y el casto rayo de la luna llena,
Dejaron en su faz encantadora
La pureza y la luz. Los frescos labios,

Como la rosa purpurina, rojos,
Esa mirada en que fulgura el alma
En los rasgados y brillantes ojos,
Y por el albo cuello,
Voluptuoso crespón de sus hechizos,
La opulenta cascada del cabello
Cayendo en olas de flotantes rizos.

Su casta desnudez iluminaba,
Su labio sonreía,
Su aliento perfumaba,
Y el mirar de sus ojos encendía
Una inefable luz, que se mezclaba
Del albor al crepúsculo indeciso.....
Eva era el alma en flor del Paraíso.

Y de ella en derredor, rica la vida
Se agitaba dichosa;
Naturaleza toda palpitante,
Como á la virgen trémula el amante
La envolvía cariñosa.
Las brisas y las hojas le cantaban
La canción del susurro melodioso
Al compás de las fuentes que rodaban
Su raudal cristalino y sonoro;
En torno cefirillos voladores
Su cabello empapaban con aromas,
Suspiraban pasando los rumores,
Y trinaban mejor los ruiseñores,
Y lloraban más dulce las palomas;
En tanto que las rosas extasiadas,
Húmedas ya con el celeste riego,
Temblando de cariño á su presencia
Su pie bañaban de fragante esencia
Y se inclinaban á besarle luego.

Iba á salir el sol, amanecía,
Y á la plácida sombra del palmero
Tranquilo Adán dormía;

Su frente majestuosa acariciaba
El ala de la brisa que pasaba,
Y su labio entreabierto sonreía.

Eva le contemplaba
Sobre el inquieto corazón las manos,
Húmedos y cargados de ternura
Los ya lánguidos ojos soberanos;
Y poco á poco, trémula, agitada,
Sintiendo dentro el seno, comprimido
Del corazón el férvido latido,
Sintiendo que potente, irresistible,
Algo inefable que en su ser había,
Sobre los labios del gentil dormido
Los suyos atraía;
Inclinóse sobre él..... y de improviso
Se oyó el ruido de un beso palpitante;
Se estremeció de amor el Paraíso.....
¡Y alzó su frente el sol en ese instante!

BAJO LAS PALMAS.

Morena por el sol del Mediodía,
Que en llama de oro fúlgido la baña,
Es la agreste beldad del alma mía,
La rosa tropical de la montaña.

Dióle la selva su belleza ardiente;
Dióle la palma su gallardo talle;
En su pasión hay algo del torrente
Que se despeña desbordado al valle.

Sus miradas son luz, noche sus ojos;
La pasión en su rostro centellea,
Y late el beso entre sus labios rojos
Cuando desmaya su pupila hebrea.

Me tiembla el corazón cuando la nombro;
Cuando sueño con ella, me embeleso;

Y en cada flor con que su senda alfombró
Pusiera un alma como pongo un beso.

Allá en la soledad, entre las flores,
Nos amamos sin fin á cielo abierto,
Y tienen nuestros férvidos amores
La inmensidad soberbia del desierto.

Ella, la regia, la beldad altiva,
Soñadora de castos embelesos,
Se doblega cual tierna sensitiva
Al aura ardiente de mis locos besos.

Y tiene el bosque voluptuosa sombra,
Profundos y selvosos laberintos,
Y grutas perfumadas, con alfombra
De enclados y tapices de jacintos.

Y palmas de soberbios abanicos
Mecidos por los vientos sonorosos,
Aves salvajes de canoros picos
Y lejanos torrentes caudalosos.

Los naranjos en flor que nos guarecen
Perfuman el ambiente, y en su alfombra
Un tálamo los musgos nos ofrecen
De las gallardas palmas á la sombra.

Por pabellón tenemos la techumbre
Del azul de los cielos soberano,
Y por antorcha de himeneo la lumbre
Del espléndido sol americano.

Y se oyen tronadores los torrentes
Y las aves salvajes en concierto,
En tanto celebramos indolentes
Nuestros libres amores del desierto.

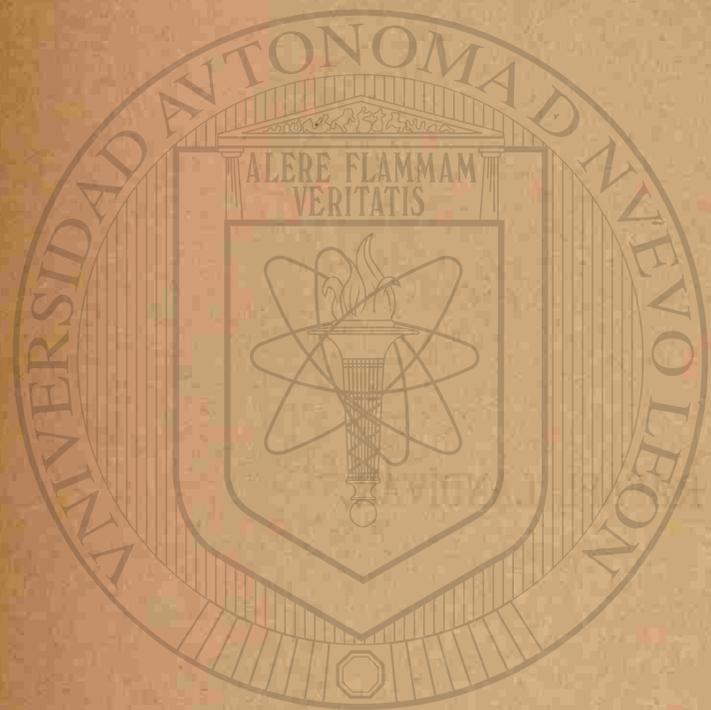
Los labios de los dos, con fuego impresos,
Se dicen el secreto de las almas;
Después..... desmayan lánguidos los besos.....
Y á la sombra quedamos de las palmas.

— 285 —
Y en cada flor con que su senda alfombró
Pusiera un alma como pongo un beso.
Allá en la soledad, entre las flores,
Nos amamos sin fin á cielo abierto,
Y tienen nuestros férvidos amores
La inmensidad soberbia del desierto.
Ella, la regia, la beldad altiva,
Soñadora de castos embelesos,
Se doblega cual tierna sensitiva
Al aura ardiente de mis locos besos.
Y tiene el bosque voluptuosa sombra,
Profundos y selvosos laberintos,
Y grutas perfumadas, con alfombra
De enclados y tapices de jacintos.
Y palmas de soberbios abanicos
Mecidos por los vientos sonorosos,
Aves salvajes de canoros picos
Y lejanos torrentes caudalosos.
Los naranjos en flor que nos guarecen
Perfuman el ambiente, y en su alfombra
Un tálamo los musgos nos ofrecen
De las gallardas palmas á la sombra.
Por pabellón tenemos la techumbre
Del azul de los cielos soberano,
Y por antorcha de himeneo la lumbre
Del espléndido sol americano.
Y se oyen tronadores los torrentes
Y las aves salvajes en concierto,
En tanto celebramos indolentes
Nuestros libres amores del desierto.
Los labios de los dos, con fuego impresos,
Se dicen el secreto de las almas;
Después..... desmayan lánguidos los besos.....
Y á la sombra quedamos de las palmas.

AMÉRICA CENTRAL.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

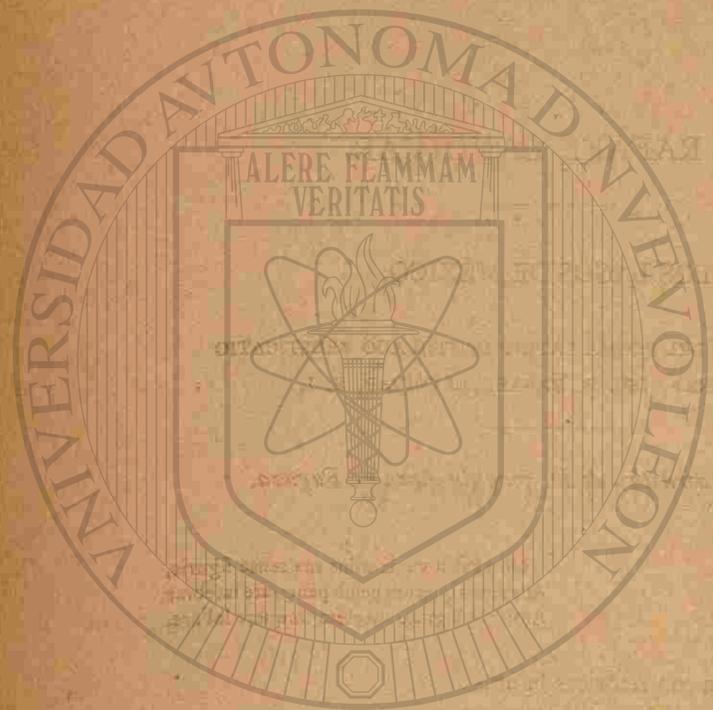


U A N L

P. RAFAEL LANDÍVAR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

P. RAFAEL LANDÍVAR.

LOS LAGOS DE MÉXICO.

LIBRO PRIMERO DEL POEMA LATINO INTITULADO «RUSTICATIO
MEXICANA», DEL P. RAFAEL LANDÍVAR, S. I.

Versión parafrástica de D. Joaquín Arcadio Pagaza.

Obtegat arcanis alius sua sensa figuris,
Abstrusas quarum nemo penetrare latebras
Ausit, et ingrato mentem torquere labore.

Disfrace con retóricas figuras
El otro su palabra y pensamiento;
Porque ninguno intente
Penetrar en latebras tan oscuras,
Y á su mente confusa dar tormento;
Ora conceda raciocinio al bruto,
Ora suave acento;
Ya de armas nos presente el campo hirsuto;
Ya debelada la extendida tierra
Por el furor de asoladora guerra.
Á mí me agrada, sólo, del nativo
Suelo ferace recorrer los prados
Al impulso de vivo
Patrio amor, y los lagos azulados
De México; y de Flora á los serenos

Huertecillos flotantes
De amapolas, y lirio y rosa llenos
Ir en canoas leves y sonantes.
Ya la cumbre negruzca del Jorullo,
En donde impera el sículo Vulcano;
Ya los arroyos, que con blando arrullo,
Del monte bajan á regar el llano,
He de cantar, y la preciosa grana,
Y el añil que reviste al campo ameno,
Del castor los palacios, y las minas
Que esconde Anáhuac en su virgen seno;
Y las cándidas mieles
Que del azúcar la jugosa caña
De México produce en los verjeles,
Y que ávido el colono
Se apresta diestro á condensar con maña
De rojo barro en quebradizo cono.
Y he de cantar los tímidos rebaños
Que en este suelo pastan esparcidos;
Y los murmurios de la clara fuente
Siguiendo su corriente;
Las costumbres de tiempos fenecidos;
Y las variadas aves,
Los sacrificios y los juegos graves.
Debía, lo confieso,
Antes vestirme con luctoso manto,
Verter amargo y silencioso llanto,
Y sucumbir de mi dolor al peso;
Que, mientras nazcan flores
De las colinas en las rampas bellas
Y emitan luz radiosa las estrellas,
He de llevar conmigo mis dolores.
Mas ¡ay! que aun me obliga
De la bárbara suerte la enemiga
Y cruda mano que sus rudos tiros
Á mí dirige, en el llagado pecho
Á reprimir el duelo y los suspiros.
¿Á qué fin exhalar tristes querellas?....
Antes mejor á la serena altura

Del Pindo subiré, y al rubio Apolo,
Caudillo de las Ninfas y ventura,
Invocaré tan sólo.
¡Alguna vez apártase del suelo
El alma herida por buscar consuelo!
¡Tú, docto Cintio, que con mano amiga
El plectro mueves y á las musas sacras
Enseñas á entonar dulce cantiga,
Tú, á mí, que narro cosas verdaderas,
Que alguien, por raras, juzgará quimeras,
Sé propicio; y llamado,
Tu acento dame suave y regalado!
Existe una ciudad al Occidente,
Lejos de aquí, del mundo conocida
Con el nombre de México; esplendente
Es su cielo, muy amplia y concurrida,
Famosa por sus ínclitas proezas,
Por sus hijos, su clima y sus riquezas.
En otro tiempo domeñó orgullosa
Sin sombra de litigio
Á la casta del indio recelosa,
De fe, entusiasmo y de valor prodigio.
El español ahora
Á las razas y pueblos subyugando
En guerra pertinaz y asoladora,
El cetro empuña del supremo mando.
Á esta ciudad limpiísimas rodean
De dos lagunas las cerúleas aguas,
Donde á impulso del remo culebrean
Las ligeras y gráciles piraguas.
No intento en mis cantares
Hablar de todos los pequeños mares
Que distan de la corte; pues no todos
Acogen en su seno tantos ríos;
Ni pueblan sus orillas y recodos
Peces sin cuento de lucente escama;
Ni flotan en su tersa superficie
Tantos jardines de lucente grama
Y de flores innúmeras vestidos;

Ni el aleteo escuchan y graznidos
De ánades mil que pazcan á su margen;
Sino de aquellos lagos que colora
De púrpura la Aurora,
Y el claro Febo al asomar la frente
Sobre los montes del risueño Oriente,
Con rayos de oro pródigo ilumina
Quando al venir el aterido Invierno
Al austral polo lánguido se inclina:
Y aquel canal que viene serpeando
Sin cesar, y al comercio favorece,
Sus márgenes de espuma salpicando
Y que resbala blando
Delicia de los dulces moradores
Ya que la orilla se corona en flores.
 Á ellos vecinas, cabe la ribera
Levántanse dos pueblos que renombre
Á estas lagunas dieron;
El uno es Chalco, llámase Tezcuco
El otro, porque entrambos recibieron
De la lengua vernácula su nombre.
De un lago, más que de otro, preferidas
Las aguas son, que miranse adormidas
Acoger á las cóncavas chalupas,
Y á la ciudad envuelta en gasa leve
Circunvalar en forma de muralla;
Porque aquellas de Chalco son más puras,
Más dulces, y á los mansos habitantes
De México ella nutre
Con las mieses y cármes flotantes
Que en sus riberas cría;
Y es primer gloria de inmortal valía
Y ornamento del campo cultivado.
 En su álveo extenso las amenas aguas
Encierra y dulces; porque allí atesora
La que le entra por cauces escondidos
Linfá tranquila ó turbia y bullidora.
Y otros sin nombre limpios arroyuelos;
Y cien undosos ríos

Que desconfianza infunden y recelos
Al valle con sus impetus bravíos.
Allí no imperan el sañudo Bóreas
Y el Austro nebuloso;
Ni el Céfito feliz y Euro rabioso
Se retan en aquellas soledades
Líquidas, á la lucha, desatando
Las sombrías y roncadas tempestades.
Sólo se escucha allí murmurio blando;
Los vientos de reinar sin esperanza,
Se encierran en sus antros; mientras impera
Sobre las linfas plácida bonanza.
 Y aun cuando el valle truécase de Chalco
En líquida llanura, dulce fuente
Brotó en el centro en medio de las olas
Callada y transparente;
Y á la cual no colora de la orilla
Aquella indócil y bermeja arcilla,
Ni de campos vecinos y lodosos
Le afean aluviones cenagosos;
Sino que es incolora, pura, clara,
Y tanto que las guijas de su seno
Puede mirar cualquiera, y ¡cosa rara!
Aun numerarlas. El arroyo ameno
Al brotar del abismo con gran fuerza
Gélida el agua arroja
Y las aguas del lago desaloja
En círculos que miranse menores
Y se alejan haciéndose mayores.
Como en tiempos remotos el Alfeo
Argivo, que en sus áridas riberas
Después de hundirse, por el antro obscuro
Con rápido y eterno culebreo
Resbala bien seguro
Y ansioso en medio de las sombras fieras,
Muy debajo del piélagó bravío,
Y de las olas vanas
Sin escuchar el rebramar impío,
Hasta no ver las tierras sicilianas

Y salir, ¡oh Aretusa! por tu boca
Y revestirte de argentada toca;
No de otro modo viene aquella fuente
Con lánguida corriente
Por debajo las tierras socavadas
Hasta aspirar las auras deseadas.

Pero, de donde fluya y tome origen
Aqueste manantial, por qué se elevan
Al nacer, y entre sí rabiosas bregan
En grato desconcierto
Las claras linfas, es del todo incierto.
¿Ni quién negar ó defender podría
Que el aire en las secretas cavidades
Se satura de aquellas humedades
Y en varias gotas, luego que se enfría,
Se condensa, y las frondas
Salpica de la grama; rueda al suelo;
Allí se embebe, y en cerúleas ondas
Abajo nace en forma de arroyuelo?
¿Ó que las linfas de la mar salobre
Se recalán tal vez en las cavernas
Tenebrosas internas,
Y luego suben su nivel buscando
Por angostas y fáciles rendijas,
El sabor amarguísimo dejando
Entre la arena, pedernal y guijas,
Hasta fluir encima la llanura

Haciendo rebosar lagos y fuentes,
Al heno humilde y árboles ingentes
Dando incremento, júbilo y verdura?
¿Ó que tal vez de los excelsos montes
Donde se apoya el cristalino cielo,
Vistiendo los azules horizontes
De húmidas nubes y albicante hielo,
Tomen origen las lagunas vastas,
El manantial y plácido arroyuelo?
Y aquesta es la sentencia
Que confirman acordes la experiencia
Y el razonado parecer de aquellos

Á quienes ocultó la recelosa
Madre Naturaleza
De sus arcanos la eternal grandeza,
De sus obras la serie portentosa;
Pues ni á nosotros reveló clemente
El origen excelso de esta fuente.
Porque, aunque el llano, de las crespas olas
Divide las montañas y collado,
Ninguno se levanta resguardado
Y de grama vestido y frescas violas.
No á muy larga distancia
Dos montes llevan la orgullosa frente
Hasta llegar al cielo refulgente
Y con denuedo é insólita arrogancia
Amenazarle. En la brumosa cumbre
Nieve y hielos entrambos atesoran,
Que en el espacio el aquilón coagula
Y en muchas millas pródigo acumula.
Estas nieves y hielos, á la lumbre
Del claro sol líquidanse, y del viento
Al raudo soplo, buscan el asiento
Del monte, y gota á gota en las cavernas
Se infiltran; abren brecha por un lado
De aquellas ígneas y trementes fraguas;
Y salen en ejército formado
Á debelar á las palustres aguas.

Hay otra maravilla
Insigne, insueta, de inclito renombre,
Y que entre todos los prodigios brilla:
Una alta cruz de níveo y duro mármol,
Del artista labrada por la diestra
Y que pulida y diáfana se muestra,
De aqueste manantial en lo más hondo,
Tan bien plantada en el cerúleo fondo,
Que no hay fuerza á arrancarla suficiente.
Mas, qué indiquen aquestos monumentos,
Y cuál sea su origen venerable,
Nada dicen, y en niebla impenetrable
Se envuelven los antiguos documentos.

Al ver este prodigio el cirreo Apolo
Deje en silencio á la Castalia fuente;
De Aretusa feliz las castas linfas
Que al pié resbalan de palustres frondas,
Y las líbicas ondas
Desdeñe altivo Júpiter potente;
Enmudezcan los númenes sombríos
De los espúmeos y sonoros ríos;
Y la fama en sus himnos inmortales
Celebre de continuo
De México los lípidos raudales
Y el claro nombre que le dió el destino.

Apresuraos ahora,
Ya que el cielo benigno nos concede
Mares que el Noto alborotar no puede
É invitan á la turba bullidora
De flotantes y angostos barquichuelos;
Yo, más osado, mi veloz barquilla
Quiero amarrar de la verdosa orilla,
Por ver de Flora los nadantes huertos
Á que los indios hábiles y expertos
Han llamado *Chinampas*. Tú, entretanto,
¡Oh de Favonio peregrina esposa,
Que ceñida de juncos, mirto y rosas,
Al desplegar la orla de tu manto,
Á la mustia pradera
Das con las flores júbilo y encanto!;
Dime, te ruego: ¿quién sobre las aguas,
En prados flotadores,
Sembró hortalizas, árboles y flores?
¿Quién ha trocado en fértiles praderas
Estos tranquilos y pequeños mares,
Cuando vistes de fruta los pomares?

Los antiguos primeros mexicanos,
En medio de la frígida laguna,
La gran ciudad establecer ufanos
Quisieron, con tan próspera fortuna,
Con tal habilidad, que, andando el tiempo,
Fué, por su bizarría,

El centro de esta grande monarquía.
Mas ¡ay! con tal empeño, con tal fausto
Los templos de sus dioses erigieron,
Y palacios y alcázares subieron,
Y alminares al éter zafrino;
Tanto, y en breve, la industriosa gente,
Sufrida, humilde, dócil y valiente,
Más que otras razas, á aumentarse vino,
Que al Rey de Azcapotzalco, á quien pagaban
El tributo, recelos inspiraban.

Este monarca bárbaro nutría
Un fuego que aumentaba por instantes
Al ver multiplicar los habitantes
De Tenochtitlan que á la par crecía;
Y por eso resuelve la manera
De aniquilarlos, y un nuevo tributo
Les impone, que era
Sobre sus fuerzas ¡hórrida quimera!
Les manda que le lleven sin demora
Sobre las linfas odorantes huertos,
Sembrados con los frutos que atesora
El Anáhuac, y de árboles cubiertos;
Y que, si rehusaban
Obedecerle, ¡situación horrible!
Porque tal vez creyeran imposible
Sus órdenes cumplir, arrasaría
Á la ciudad, llevando sus furores
Al grado de amagar con muerte impía
Á los inermes tristes moradores.
Á los cielos alzaron sus gemidos
Todos ellos confusos y afligidos,
É hicieron resonar con sus lamentos,
Mesando la erizada cabellera,
Los templos de sus númenes sangrientos.
Mas tantos males evitó prudente
La rara habilidad de aquella gente.
Fiados en su ingenio y en la fuerza
De sus robustos varoniles pechos,
Á la obra se dedican;

Dejan sus ondas y pajizos techos;
En los breñales hórridos se implican,
Buscando en los senderos tortuosos
Flexible esparto y árboles frondosos.
Á cada cual con admirable tino
Su labor le enseñaban, ofreciendo
Por recompensa premio no mezquino.
Unos desprenden las torcidas ramas
De tiernos mimbres; otros las barquillas
Llenan con ellas y con rubias gramas;
Y éstos, á remo, las crujientes quillas
Conducen á las plácidas orillas.
Hierva el gentío, se fatiga y suda;
Y el entusiasmo noble
Á ver concluída la labor ayuda.
Después que el pueblo con maduro examen
Formó el acervo de madera y mimbre,
Unidos todos con delgadas hojas,
Y con tenaz esparto en vez de urdimbre,
Á costa de fatigas y congojas,
Largas alfombras ávidos tejieron
Á oblonga estera en todo semejantes;
Muy cerca de los muros las abrieron;
Y aquí y allá dejando vastas sendas,
Sobre el lago salobre las tendieron.
Y porque no los vientos procelosos
Esparzan, y se lleven las turgentes
Bravas olas los cármenes nacientes,
Ponen debajo de nudosos robles
Vigas ingentes, y atan las esteras
Al grande peso que las tiene inmóviles.
Apenas los felices mexicanos
Vieron la obra terminar ufanos,
Encaminaron las agudas proras
Á la florida virginal ribera,
Y desprenden los céspedes gramosos,
Que podían trocarse en sementera.
Y no de otra manera
Discurren por los campos aromosos,

Encima de los frescos laudales,
Sin temer lluvias, vientos y calores,
Libando el néctar de las tiernas flores
Al henchir los enjambres sonorosos
Sus nuevos y dulcísimos panales.
Con el césped recargan las canoas,
Y ágiles vuelven las hundidas proas.
Y sobre las esteras sin tardanza
Las glebas tienden, que el fecundo arado
No sintieron y que eran su esperanza.
Y arrojan luego la húmeda semilla
Sobre la rica preparada arcilla;
Siembran acá sobre flotante prado
Blando maíz, que es dádiva de Ceres;
Allá hortalizas; ni por esto faltan
Hermosos y amenísimos jardines,
De juncos, lirios, trébol y jazmines,
Que Roma antigua consagró á Citeres;
Y el terso lago esmaltan,
Y son el reino donde Flora impera,
Y asilo de la dulce primavera.
Flotar apenas asombrosos vieron
En medio de las olas
Los campos de hortaliza y tenues violas,
De su labor ufanos más se unieron;
Y la rienda soltaron á porfía
Á la expansión, contento y alegría;
Y á remo, encima de las linfas claras,
Los jardines llevaron,
Y el difícil tributo al Rey pagaron;
Prudentes reservándose otros huertos
Que de Flora á las gemas añadieran
Los gratos dones de la madre Ceres,
Y de su industria monumentos ciertos,
Al guardar de aquel hecho la memoria,
Y de su ingenio, en las edades fueran.
Y si un ladrón el huertecillo daña,
Ó el cruel viento al madurado fruto
Derriba acaso con temible saña,

El indígena astuto
Sobre las aguas el flotante prado
Conduce á otro lugar más abrigado,
Y aquellos males precavido evita.
Guarda cada uno con tenaz empeño
Su pequeña heredad, que flota leve,
En aquel lago fértil y risueño.

La tierra firme de la verde orilla,
De estos campos flotantes la riqueza
Tan singular, conoce que le humilla
Y los ve con un aire de tristeza.
Mas yergue la cabeza,
En olmos y cerezos coronada,
En peros encorvados por el fruto,
En cedros y laurel y pino hirsuto,
En cajiga sombrasa y levantada,
Y en púnico manzano;
Y siempre, en competencia con los huertos,
Se viste con las galas del verano.

En ese bosque moran tantas aves
Á la sombra tenaz de la arboleda,
Que siempre el aura fugitiva y leda
Se complace en llevar los ecos suaves.
Allí la turba alada
Y de vivos colores matizada
El aire hiende con dorada pluma:
Ora se ciernen en el hondo espacio;
Ora en la orilla de brillante espuma
Bañada, sueltan el sabroso trino.
Allí el gorrión divino
De roja cresta embelesado canta,
Y al cual las plumas del erguido cuello
Por ser sanguíneas tórnanle más bello.
Allí revuela del excelso coro
De pájaros el rey, insigne y claro
Por las voces innúmeras que avaro
Encierra en la dulcísima garganta,
Pues que en verdad no hay otro más canoro;
El *cenxontle*, que fué desconocido

Del Viejo Mundo, y que la voz remeda
Del hombre, de las aves, y el ladrido
Del mastín y las blandas inflexiones
Del que entona motetes y canciones.
Tañendo el arpa con dorado plectro,
Ahora forma musical escala,
Ahora chilla cual rapaz milano,
Ya maya como gato y abre el ala
Y el son remeda de clarín insano,
Y ya ladra festivo, gime ó pía
Trémulo y débil cual implume cría.
Encerrado en la jaula se consuela
Y alegre en torno de la cárcel vuela
Dulcísimo cantando noche y día.
No tanto la llorosa Filomela
De Teseo los crímenes deplora
Bajo la sombra de álamo tardío,
Llenando el bosque con su voz sonora,
Como el *cenxontle* cabe fresco río
Regocija, cantando, la ribera
Y los arbustos de feraz plantío.
Al asomar la dulce Primavera,
Cuando los leves prados nadadores
Se coronan en flores
Y los campos se visten de esmeralda
Y frescas rosas de carmín y gualda,
Frecuentan estas plácidas orillas
Y estas ondas los nobles mexicanos
En pequeñas y frágiles barquillas.
Entran por grupos en los barcos leves,
Con doble remo, el ánimo espaciando
Con el acorde blando
De la ronca dulcisona guitarra,
Á la cual flébil Eco
De los antros oscuros do se esconde
Con voz débil y opaca le responde;
Y la ardua selva por el canto herida
De los amantes las palabras suaves
Resuena embebecida.

Y se retan ya entonces á la justa;
Á quien remó mejor, y más ligero
Conduzca las levisimas piraguas;
Al estruendo de aplauso lisonjero
Parten rizando las cerúleas aguas
Y se alejan, llevados de la gloria
Por el deseo, á sitios muy distantes,
Hasta que al fin de aquellos contrincantes
Alguno alcanza el lauro de victoria.
Y van en derredor de las chinampas
Ufano el vencedor y los vencidos
Siguiendo alegres las torcidas calles
Entre pequeños flotadores valles,
Ó en sus barcos resbalan embebidos
Cerca de las riberas sinuosas
Salpicadas de flores olorosas.
Como el cretense y prófugo Teseo
Logró dejar los senos horrorosos
Buscando los umbrales engañosos
Del laberinto con falaz rodeo,
Así las calles por hallar se afana,
Errante por los huertos nadadores,
La juventud de México galana.

No escasean algunos que se gozan
Bajo aquel limpio y refulgente cielo
En prender á los peces que allí nadan
Con el combado y formidable anzuelo,
Ya que dejan los huertos y la orilla
Y á donde más se explaya la laguna
Con grácil remo llevan su barquilla.
Muy cautamente prenden en el hamo
El fatal cebo; pende de una caña
El hilo que sumergen en un tramo
Entre ninfeas, juncos y espadaña;
Le arrojan á los peces, y en silencio
Esperan. Pronto los volubles peces
En derredor del cebo se aglomeran
Sin osar engullirle; se zabullen
Y ocultan en los líquidos dobleces

Del fondo obscuro; tornan y superan
La clara linfa donde alegres bullen;
Y van y vienen por igual camino,
Hasta que al fin se rinden á su sino
Y en el cebo engañoso y atrayente
Clavan ¡incautos! el pequeño diente.
Levanta el pescador á la aura pura
La caña sin demora,
Y le ciñe la turba bullidora
De socios que á aplaudirle se apresura.
Azota el pececillo moribundo
Con aletas y cola la barquilla,
Mientras con otras férulas delgadas,
Con el cebo mortífero aparadas,
Vaguean otros por la verde orilla;
Y vese á medio hundirse la canoa,
Bajo aquel peso; júzganse dichosos
Los pescadores; y llevando ufanos
La hermosa pesca, buscan sus hogares
(Cuando la estrella entre arbores arde)
Envueltos en las sombras de la tarde.

Mas, luego que se aplaca
Aquel tumulto y entra vocinglera
La turba en la ciudad, y con su opaca
Veste ruidosa el Ábrego acelera
La fuga de la virgen Primavera,
Agrada recorrer aqueste ameno
Campo abierto de espléndida hermosura
Á los que alienta el corazón sereno,
Á los que abate fúnebre amargura,
Y á los que inquietan del saber amantes
De Minerva las plácidas labores.
Estas risueñas y húmedas orillas
Sembradas de laurel y manzanillas
Acogen á menudo á los poetas,
Que al bastecer sus mágicas paletas
Dejan oír sus cantos seductores.
Aquí lloraba en versos armoniosos
De Cristo las heridas y afrentosos

Rudos tormentos y tremenda muerte,
Llevado del más noble y verdadero
Amor etéreo y fuerte,
El piadoso y melífluo Juan Carnero.
Aquí con estro sacro
El gran Abad mil himnos de alabanza
Cantó al Señor. Con voces de matanza
Asordaba estos campos y riberas
El docto Alegre, el hado de Peleo
Al lamentar y las batallas fieras,
De Apolo con el arte y el de Orfeo.
Por esta orilla de los pardos troncos
Carcomidos y broncos,
Zapata y Reina, y Alarcón, famoso
Por su coturno, los gloriosos nombres
Grabaron en la rígida corteza
Al menear el plectro delicado
Y desparcir su bárbara tristeza.
Mas al tañer la célica sor Juana
Su ebúrnea lira, el estruendoso río
Paró su curso, y en el bosque umbrío
De aves canoras la caterva ufana
Los trinos melodiosos suspendieron,
Y las rocas ingentes se movieron.
Y porque no á las Musas negra envidia
Atormentara, y por mayor decoro
Fué incorporada al aganípeo coro.
Jamás el cisne de plumón nevado
Embargó con tan blandas melodías
Al deleitoso y floreciente prado,
Ni, moribundo en los undosos giros
Del Caistro, tan blandas armonías
Supo unir con tan lánguidos suspiros.
Mas ya se encauza y fluye impetuoso,
Y en río ingente, el apacible lago
Encierra toda el agua que fecunda
Los dulces campos; y huye perezoso
Cortando la ciudad, y sinuoso
Su curso sigue, y la ribera inunda

De guijas y peñascos erizada,
Y en la laguna arrójase salada;
Semejante al Jordán, que su agua infunde
Dulce y pura en el seno del mar Muerto
Y en la asfáltica linfa se confunde.
Pues aunque en las llanuras de Tezcuco
Limpios arroyos brotan por doquiera,
Y se nutre la pérvida laguna
De aguas dulces, famélica aglomera
Tal cantidad de sales en su seno
Que las linfas corrompe, y las orillas
Torna infecundas su letal veneno.
Míranse allí las hierbas, amarillas
Y siempre enfermas; árboles y arbustos,
Nunca descuellan verdes y robustos;
Sus frutos no produce naturales
La tierra blanquecina; y los rebaños
No á la sombra de vides y castaños
Tronzan la flor de plácidos gramales.
Quema la sal los campos anchurosos
Y aleja el agua que se azota impura
Con su fetor, tibieza y amargura
Al cardumen de peces bulliciosos.
Sialguno de ellos atrevido y ciego
La laguna de Chalco tal vez deja
Y un solo instante placentero nada
En la linfa salada,
El mal olor fatigale y aqueja;
Quiere huir, exhala leve queja,
Sube y aspira el aura, y luego muere.
Y es cautelosa; engaña esta laguna
A las leves barquillas y canoas
Que se confían. Al mostrar la frente
El padre Febo sobre el mar de Oriente
Haciendo huir á la llorosa luna
Y á las estrellas, de color de lila
Sus ondas son y muéstrase tranquila;
Pero no bien envuelve en negra sombra
El sol la falda del occiduo monte

Y cansado se inclina al horizonte,
Cuando rabioso el Austro se alborota,
La agita, y sus espumas en la playa
Salobre y muda enfurecido azota.
Ya se abre abajo de la barca leve,
Ya se infla rauda y sube á las estrellas,
Y la piragua herida
Por la negra laguna embravecida
Se desata en gemidos y querellas,
Á la par con los nautas previsores
Que se esfuerzan y gritan asustados
Y fatigan á Dios con sus clamores.
Y si el timón, solícito el piloto
No dirigiera á la segura orilla,
Sumergirían los adversos hados
Nautas y barcos en sepulcro ignoto.
Aqueste lago encubre su falacia
Con cierto aire de gracia:
Él, de Chalco la límpida laguna
Se bebe á más beber, por el ameno
Ancho canal, y de incontables fuentes
Que fluyen á él, las línfas transparentes
Guarda ambicioso en el avaro seno,
Sin permitir jamás que gota alguna
Se derramé en los campos. No se llena
Con tantas aguas; nunca satisfecho
Se siente y ni se mira que rebose
Dejando un punto el cenagoso lecho;
Muy semejante al tímido Océano,
Que islas encierra y vastos continentes
Con sus olas, y llama de doquiera
Grandes ríos que laman su ribera
Y se los bebe gárrulo, insaciable,
Sin que amenacen las hinchadas línfas
Al continente, sin que sólo un río
Se escape de él arrebatado y frío,
Y sin que abra al comercio nuevos mares.
Nada admirable ofrece el Nuevo Mundo,
Más admirable que la astucia y maña

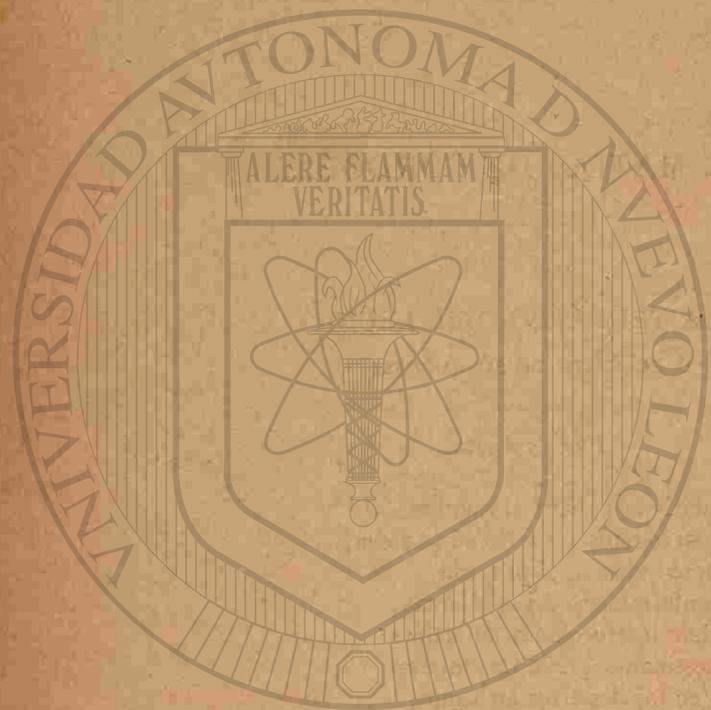
Con que los indios en lo más profundo
Del lago apresan entre junco y caña
Las falanges de patos graznadoras,
Que antes cruzaban la región etérea
Sin peligro, y las ondas bullidoras
De los lados de México; las armas
É insidias de los indios no temían,
Y lentamente, sin temor ni alarmas,
Por las verdes riberas discurrían,
Y algunas veces gárrulos y osados
Burlaban á los indios desarmados,
Hasta que al fin el natural talento
De aquella raza en la apariencia ruda,
Reprimió tan inicuo atrevimiento.
Crece en los bosques sin cultivo alguno,
Pendiente de las ramas y adherida
Á los troncos, ingente calabaza
Sin meollo en verdad; y que es muy útil
Para cruzar sin riesgo de la vida
Los anchos ríos, y al salir de caza
Para llevar el confortante vino
Y atenuar las fatigas del camino.
Suele escoger de entre éstas las mayores
Astuto el indio; luego las arroja
Encima de las ondas cristalinas,
Y donde más los patos nadadores
Exentos de congoja
Desparecen y quiebran las verdinas
Palustres hierbas. Treme, horrorizado,
El ánade infeliz; de aquellos monstruos,
Con graznido lloroso y prolongado,
Huye al punto, y la turba lastimera
Asorda con sus gritos la ribera.
Pero al mirar que flotan y vaguean
Sin causar ningún daño,
Deponen el pavor y se recrean
En el común y delitoso daño.
Van de los patos una y otra mole
En derredor, mas ellos no las temen,

Y en medio nadan de su tierna prole.
El indio astuto, entonces con presteza
Adapta á su cabeza
Alguna calabaza igual en todo
Á las que vense con impulso blando
Encima de las aguas ir nadando ;
Entra en el lago y húndese hasta el cuello,
Y envuelto con las olas se adelanta
Sin alejarse de la orilla amena,
Y hollando el suelo con aleve planta.
La falange de patos ve serena
Llegar aquel estorbo ; entonces el indio
Alarga allí la codiciosa mano,
Y de los pies afianzándolos ufano,
Los sumerge en el agua adormecida
Sin distinción ; sin que la obscura fraude
Adivinen, los priva de la vida.
¡ Tanta es la habilidad de aquella gente,
Que estúpida reputan é indolente !

FR. MATÍAS DE CÓRDOBA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FR. MATÍAS DE CÓRDOBA.

LA TENTATIVA DEL LEÓN

Ó EL ÉXITO DE SU EMPRESA.

Fábula moral.

La tentativa de abatir al hombre,
Que por su ingenio y su virtud se eleva,
Cantar deseo, Musa, si propicia,
De tal conformidad mi voz alientas,
Que sugiera instrucciones saludables
Al mismo tiempo que la risa mueva.

Había en los desiertos africanos,
Entre un grupo de rocas, una cueva,
Donde parió una leona su cachorro
Y le ocultó con suma diligencia.
Después que con su leche le ha nutrido,
De carnes elegidas le alimenta,
Y da, con excelentes instrucciones,
La última mano á su piedad materna.
Le refiere sus nobles ascendientes,
No para que sus glorias le envanezcan,
Sino para que imite sus virtudes,
Cuyos modelos tiene tan de cerca.

—¡Qué gloria tener—dice—un padre ilustre!
¡Qué confusión el no seguir sus huellas!
¿Hablarás del honor de una familia

Que en ti produzca su mayor afrenta?
Debes ser compasivo y generoso,
Por lo mismo que nadie tiene fuerza
Para dañarte, y exceptuando el hombre,
Todo á tu imperio fuerte se sujeta.—
El León orgulloso aquí se enoja,
Sus ojos encarnados centellean,
La piel movable de su frente agita,
Y sacude erizada la melena.
—¿Quién es—pregunta—quién ese viviente
Que resistir á mi pujanza pueda,
Cuya sola mención ha acibarado
Las palabras más dulces y halagüeñas?
Con sólo.....—En este instante da un bramido
Que estremece la gruta, el bosque atruena,
Y el eco que repiten las montañas
Por todo el horizonte se dispersa.
—El hombre—dice la prudente madre—
Es animal de una mediana fuerza,
Que la suele aumentar el ejercicio,
Sin que á la tuya compararse pueda;
Mas con sagacidad, industria y maña,
Todo lo rinde, todo lo sujeta:
Oprime el mar, se sirve de los vientos,
Arranca las entrañas de la tierra,
Y, lo que me horroriza al referirlo,
El rayo ardiente á voluntad maneja.
Y así evita encontrarlo; huye, hijo mío;
Acelerado corre á tu caverna:
Es el hombre feroz con sus hermanos,
¡Cómo no lo será con una fiera!
—¿Que yo me esconda?—dice.—He de buscarle,
Y en singular batalla aquel que venza
Tendrá la primacía, no fundada
En la opinión, fundada en la experiencia:
Sé que temeridad y cobardía
Son dos extremos que el valor detesta;
Mas se deben probar todos los medios
De conseguir una gloriosa empresa.

—La ardiente juventud te precipita—
Le replica la madre;—no es prudencia
Buscarse por sí mismo la desgracia,
Aunque es valor sufrirla cuando llega.
Entonces el león dice:—¿Haré alarde
;Pese á mí! de rendir la mansa oveja,
Que no pudiendo obscurecer mi gloria,
De mis garras es víctima indefensa?
Estoy determinado: no te canses
En oponer á mi pasión violenta
De la razón los débiles estorbos;
Ó me veas triunfante ó no me veas.—
Dice, y al punto presuroso parte
Cuando la noche á descender empieza
El manto oscuro que hace majestuoso
El pálido esplendor de las estrellas.
Sin rumbo fijo, sin torcer el paso,
Por el tupido bosque se abre senda,
Insensible á las puntas de las zarzas,
Que le hacen obstinada resistencia.
Sale, por fin, al anchuroso campo,
Y en él un animal se le presenta,
Que á los plateados visos de la luna
Con atención, mas sin temor observa.
—Robusta es la cerviz—dice—en la frente
Tiene con sus adornos la defensa.
¡Qué nerviosos los pies! ¡Qué forcejadas
Deben ser esas manos corpulentas!
¡Con cuánta impavidez, qué satisfecho
Yace, creyendo que ninguno pueda
Tener atrevimiento de inquietarle,
Disputando con él la preeminencia!—
Entretanto, distraído, tremolaba
La grande cola que en las hojas secas,
Arrojadas de árboles vecinos,
Formaba extraño ruido, que amedrenta
Al fatigado buey, que descansaba,
Para tomar de nuevo su tarea.
Perezoso se apoya en una mano;

La otra después, con lentitud asienta,
É impeliéndose al punto se levanta,
Dejando ver cuál es su corpulencia.
Retirarse el león es cobardía;
Hacerle frente, peligrosa empresa;
Cualquier extremo tiene precipicio;
Mas, después de un momento, delibera
Que es preferible una gloriosa muerte
Á una vida comprada con bajezas.
Así determinado se adelanta,
Excusando camino al que sospecha
Ser el hombre, á quien busca furibundo,
Y horrible y denodado se presenta.
—¿Tú eres—le dice—el hombre que presume
Ser solo soberano de la tierra,
Creyendo que su rango y primacía
Todo animal, temblando, reverencia?
—No—responde;—¡ay de mí! no soy el hombre:
Soy de los infelices que sujeta;
Á quien por los más útiles servicios
Da la más dura y vil correspondencia.
Al punto que nací, mandó á mi madre
Que mi alimento natural partiera
Entre él y yo, y sólo á ciertas horas
Tomaba hambriento la ordeñada teta.
Después impuso á mi cerviz el yugo,
Aun antes de cumplir tres primaveras,
Para hacerme arrastrar enorme carga;
Y si el peso y el sol me desalientan,
En lugar de apiadarse, enfurecido,
Con su aguijón me hiere sin clemencia.
Si en las sutiles cañas las espigas,
Agitadas del aura balancean,
Yo he preparado el delicioso cuadro,
Abriendo surcos en la dura tierra,
Que con tanta abundancia le produce
El grano cuyas pajas me presenta.
¡Ay, cuando me envejezco en su servicio,
De qué suerte corona mi carrera!

Después de maniatarme, á sangre fría
Me da el golpe fatal: no le penetran
Los gritos y clamores repetidos,
Que mis útiles obras le recuerdan:
Mira sin conmoción correr la sangre;
Y se sirven mis carnes en su mesa,
Sin horror, como vianda delicada.
Y pues esto del hombre te da idea,
Toma este rumbo y apresura el paso,
Que yo debo tomar la parte opuesta;
Por que si tú deseas encontrarlo,
Yo apetezco y procuro no me vea.—
La fiera rencorosa estas palabras
Escuchó con asombro, y no sospecha
Que acaso el buey será uno de los criados
Que hablan mal de sus amos, y exageran
Lo bien que sirven, y lo poco ó nada
Que por ser fieles y oficiosos medran.
Es su enemigo el hombre, y esto basta
Para creer las calumnias más groseras,
Pues así le parece justifica
El odio que en su pecho reconcentra;
Mas el taimado señaló aquel rumbo,
Deseoso de acabar la conferencia,
Y así le hizo vagar toda la noche
Sin hallar cosa que á hombre se parezca.
La aurora, en cuyos labios como rosas
Una sonrisa tímida se expresa,
Escucha las pintadas avecillas
Que con dulces gorjeos la celebran.
En tanto el león descubre otro viviente
Que el buey en la estatura se asemeja;
Á él dirige su marcha acelerada
Y con tono insultante así que llega,
—Eh ¿tú eres el vil hombre?—le pregunta.—
Pero aquel animal que airoso, muestra
Gallarda petulancia, noble orgullo,
No le da tan de pronto la respuesta.
Primero atentamente le examina:

En los pies se recarga; ambas orejas
Hacia él dirige, y luego le responde:
—Del hombre á quien se rinde mi soberbia
Un criado soy, que con placer le sirvo,
Tomando como mías sus empresas.
En sus largas jornadas lo conduzco
Puesto sobre mi lomo; con la espuela
Me bate los ijares, y yo entonces
Corriendo más veloz que una centella,
Alcanzo á los rebeldes fugitivos
Que no quieren estar á su obediencia.
Si es demasiado mi fogoso empeño,
Con el freno al instante lo modera,
Y con el mismo freno me prescribe,
El paso en que he de andar y por qué senda.
¡Qué peligros arrostró por servirle!
Cuando el clarín ó los timbales suenan,
Erizada la crín, hiriendo el suelo,
Como sensible á la gloriosa empresa,
Lejos de amedrentarme los horrores,
Á mi señor advierto la impaciencia
Con que deseo entrar con él en parte
De los riesgos y afanes de la guerra —
Suena entonces de lejos un relincho,
Y el caballo al oírlo:—Aunque quisiera—
Dijo—seguir hablando, me precisa
Ir adonde me llaman con urgencia.—
Luego, volviendo las torneadas ancas,
Con tal ímpetu emprende la carrera,
Que á la fiera en los ojos encendidos
Con las patas arroja las arenas.
Al león, no el dolor, sino el insulto
Le es insufrible: de la acción violenta
Jura vengarse, y para hacerlo pronto,
Frota los ojos con las manos vueltas;
Mas después que los abre, el veloz potro
Ya no parece en la llanura inmensa.
Sigue, no obstante, por el mismo rumbo,
Creyendo que se oculta en las hileras

De unos frondosos árboles que mira;
Mas pierde la esperanza cuando llega
Al sitio majestuoso consagrado
Al genio reflexivo. Las napeas,
Con el dedo en los labios, á los Faunos
Que avanzan por mirarlas más de cerca,
Silencio imponen, y las blandas alas
Céfiro con sorpresa mueve apenas.
Duerme la ninfa de una clara fuente
Que deja ver su reluciente arena:
Después copia los sauces de la orilla,
Y más en lo profundo representa
La perspectiva augusta de los cielos,
Por la parte oriental que Febo incendia.
¡Qué hermoso carmesí! ¡Qué franjas de oro!
La avenida de luz por allá deja
Sobre un hermoso fondo azul celeste
Un jaspeado color de madreperla.
—Al león este cuadro nada importa,
Siendo su celestial magnificencia
Para aquel corazón bueno y sensible
Que odio, envidia, venganza no envenena.
Trepa ligero al sauce más antiguo;
Mira por todas partes y no encuentra
Por ninguna el objeto de sus iras;
Pero siendo oportuno á sus ideas
Aquel sitio, en el brazo más robusto
Que hay en la rama principal, se sienta.
Ve desde allí venir hacia la fuente
Un animal de poca corpulencia
Aunque muy bien formado, que clamando
Con voz aguda su dolor expresa.
Cuando llegó á distancia que podía
El león escucharle.... ¡qué sorpresa!
¡Qué accesos de furor! Habla del hombre,
Á quien, como si oyéndole estuviera,
Con el dulce entusiasmo del cariño
Le dirige la voz de esta manera:
—¿Dónde, señor, estás que no me escuchas?

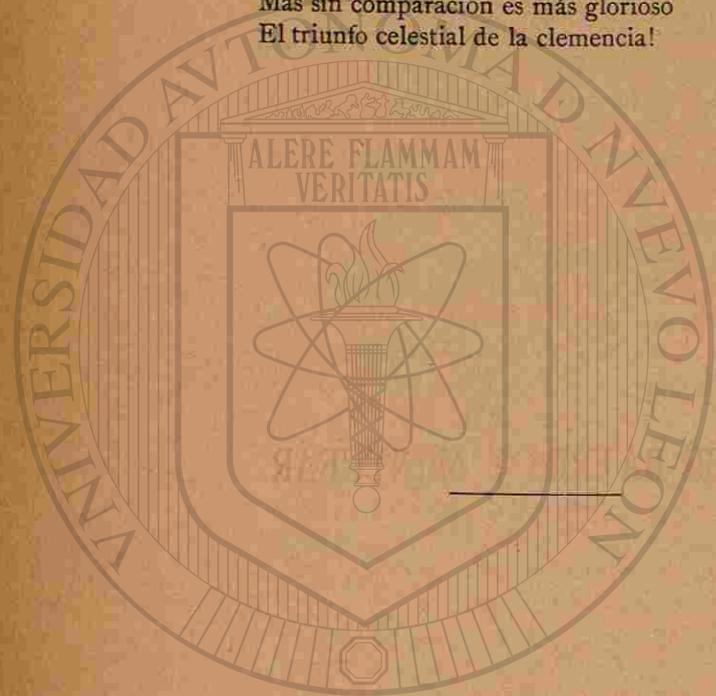
¿De mi lealtad acaso no te acuerdas?
¿Quién como yo te advierte los peligros
Ó se expone á morir en tu defensa?
Ningún criado te da más testimonios
De amor, de sumisión y de obediencia;
Pues si las leves faltas me castigas
No opongo á tu furor más que la queja.
Lamiéndote la mano que me hiere,
Y postrado á tus pies, pido me vuelvas
Á tu amistad, y una mirada tuya,
Golpes, desprecios, todo lo compensa.
Si me mandas seguir alguna caza,
¡Con qué empeño, qué celo, qué presteza
La persigo, la alcanzo, y de ella triunfo!
Mas sobrio, te la entrego, sin que pueda
Mi integridad faltar, aun en el caso
De que el hambre furiosa me acometa.
Cuando duermes, yo velo cuidadoso:
Rondo la casa porque no sorprenda
Algún extraño tan preciosa vida:
Muestro, además, mi celo en la defensa
De animales á quienes dañaría,
Si el placer que te causan no advirtiera.....
Mas por aquí el olfato..... ciertamente.....
Sí, por aquí pasó, según la huella.....—
—Decía el perro, oliendo las pisadas
Que vió estampadas en la blanda tierra.
Sigue el rastro, creyendo que ninguno
Nada de lo que dijo oír pudiera,
Y el enemigo lo escuchaba todo.
¡Esas facilidades de la lengua!
—El león confundido no percibe
Qué magia, qué virtud el hombre tenga,
Pues que los animales más valientes
De grado se le rinden ó por fuerza.
Baja, no obstante, y se encamina al sitio
En que el perro observó la humana huella:
Al llegar cuidadoso la examina,
Y viendo su tamaño, considera

Que excediendo á la suya en otro tanto
Tendría su rival doble grandeza.
En traje de prudencia disfrazado
El pálido temor, temblando llega,
Y á tomar la espesura le persuade
Con el semblante, la actitud y señas.
Mas luego la opinión inexorable
Que tiraniza el globo de la tierra,
Con ojos torvos ¡qué dirán! le grita.
No dice más, ni aguarda la respuesta.
—Venid acá, censores inflexibles,
No aguardéis á que el éxito se vea
Para fallar en tono decisivo:
El león vuestro sabio juicio espera,
Cuando ya no le sirva, si es vencido,
Será locura perseguir la empresa,
Como si vence, debe ser cordura
No abandonar una victoria cierta.
—El león fatigado, que no sabe
A dónde caminar, ó qué hacer deba,
Un matorral espeso le convida
Y en él dúdoso á descansar se interna,
Notando que allí puede, sin ser visto,
Observar cuanto pasa por de fuera.
El sueño le acomete; él se resiste
Y le rechaza, en fin, cuando ve cerca
Un animal bien hecho, cuya mole
Sólo sobre sus pies mantiene recta.
—No arman sus manos—dice—corvas uñas;
Es adorno su pelo, no cubierta;
Calma y bondad anuncia su semblante;
Todo es blandura, gracias, inocencia.
En tu favor previenes, ¡ser amable!
¿Serás, dulce viviente, serás presa,
Que esclavice y degrade el feroz hombre?
¡No hará tal, que yo salgo á tu defensa!
Se levanta, se estira, se sacude,
Y se dirige al que auxiliar intenta,
Mas como ve su turbación, le dice:

El hombre es á quien busco, nada temas.
—Pues bien, yo soy el hombre; ¿qué buscabas?
¿Qué se ofrece?—le dijo con confianza.
—¿Eres tú?—le pregunta;—¿eres el mismo?
—Sin duda, soy el mismo—le contesta.
—¡Cómo!—exclama el León—¡tantas maldades
Ocultas con tan bellas apariencias!
—Dejemos—dijo el hombre—los insultos
Que irritan, aunque propios de una bestia;
Y así para evitar contestaciones,
Puedes volver al bosque y yo á la aldea.
—¡No—responde el León—no nos iremos;
Hoy mismo quiero ver por experiencia,
Si acaso eres conmigo tan valiente
Como tirano con las otras bestias!—
Pone el hombre en tortura su discurso
Porque le suministre alguna treta;
Mas la presencia de ánimo no pierde,
Que es lo que en tales casos aprovecha.
—Mira—dijo al León—siempre la fama.....
Ya se ve, es imposible que uno pueda
Á todos contentar..... mas no me opongo:
Estoy conforme con lo que tú quieras;
Pero antes que riñamos, es preciso
Hacer para mi casa un haz de leña,
Porque si tú me vences, ya eso menos
Tendrá que hacer mi débil compañera;
Cuando no, quedaré debilitado,
Porque no hay enemigo que no ofenda.
El León no advertía que en un tronco
Cuyas profundas raíces lo sustentan,
Y que tenía cerca su enemigo,
Una hacha muy pesada estaba puesta.
Tomóla, pues, el hombre, y allí mismo
La clavó con tal ímpetu y violencia,
Que bien se percibió crujir el tronco,
Vibrar el aire, retemblar la tierra.
Después con tono impávido le dice:
—Si apetece cuanto antes la contienda,

Ven á ayudarme á dividir el tronco.—
El León, que reñir á punto lleva,
—¿Cómo quieres—pregunta—que te ayude?—
Y el hombre contestó:—De esta manera.
Y atrás doblando un pie, sobre sí tira
El extremo del mástil con gran fuerza:
El un lado de la hacha fué el apoyo,
Con el otro venció la resistencia
Del tronco, haciendo en él una abertura:
Y pujando le dice:—Con presteza,
Agarra la hendidura..... que me canso.....
Tira luego por esa parte opuesta.....
Con valor..... ahora..... fuerte.—Y el incauto
Mete las manos hasta las muñecas,
Para abrir más el tronco; pero el hombre,
Soltando la palanca, preso deja
Á su rival, que brama de coraje
Y de dolor que le hace ver estrellas.
Entonces con irónica risita
Le decía:—Verás por experiencia
Si acaso soy contigo tan valiente
Como tirano con las otras bestias.
¡Rebelde! á palos domaré tu orgullo,
Y amarrado después con fuerte cuerda,
Te llevaré arrastrando por las calles
Para que en la horca deshonorado mueras.—
Tanto el tormento de la mordedura
Como lo doloroso de la afrenta,
Angustian al León: pierde el sentido,
Se desmaya, inclinando la cabeza
Contra el pérfido tronco; mas volviendo
En sí, otra vez le dice:—¡Hombre! respeta
Los decretos del cielo en la desgracia,
Que hacer mayor pretendes con la afrenta.
Si acaso te es tan dulce la venganza,
Tienes tu mano armada, y yo cabeza:
Hiere al que ingenuamente reconoce
Que á todo es superior tu inteligencia,
—No—dijo el hombre entonces—vive honrado.

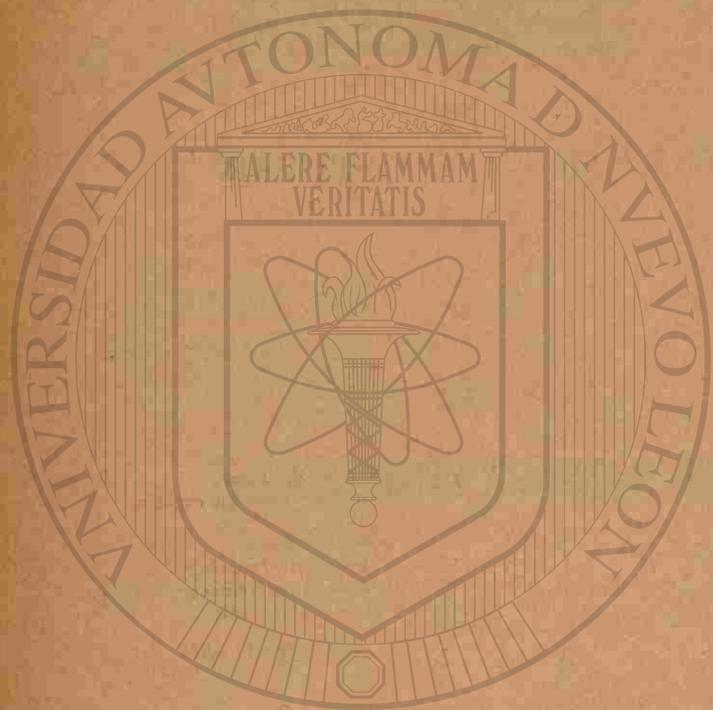
Y al mismo tiempo fácilmente suelta
Al vencido León, y sigue hablando:
— ¡Mucha gloria es vencerte, noble fiera;
Mas sin comparación es más glorioso
El triunfo celestial de la clemencia!



D. JOSÉ BATRES Y MONTUFAR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JOSÉ BATRES Y MONTUFAR.

EL RELOJ.

PRIMERA PARTE.

Toda mujer que mucho otea ó es risueña
Dil' sin miedo tus coitas, non te embargue vergüena,
.....
Si la primera onda de la mar airada
Espantase al marinero cuando viene turbada,
Nunca en la mar entraría con su nave ferrada,
Non te espante la dueña la primera vegada.

EL ARCIPRESTE JUAN RUIZ.

Aunque el aconsejar á las señoras
Lo juzgo necedad y es uso añejo,
Hace tiempo, bellísimas lectoras,
Que estoy pensando en daros un consejo,
Y es el de que robéis algunas horas
Á la ventana, al piano y al espejo,
Y os dediquéis un tanto á la lectura,
Por prevención para la edad madura.

Hermosas sois desde los pies al pelo,
Frescas, bellas, lozanas como rosas,
Vuestro color es el carmín del cielo,
Talles tenéis de ninfas y de diosas,
Etcétera: y bastante me recelo

Que, siendo tan modestas como hermosas,
Más me valiera el no deciros nada,
Pues sé que la lisonja os desagrada.

Sin embargo, cual íbamos diciendo,
Aunque tan bellas sois, vuestra hermosura
Nada puede perder, á lo que entiendo,
Por un poco de estudio y de lectura;
Mas cuando la lectura recomiendo,
No me limito á la literatura,
Pues novelas y dramas ya sospecho
Que bastantes leéis: y con provecho.

Es un gusto aprender en los autores
Que tratan de las ciencias naturales,
Por qué de las semillas nacen flores,
Cómo hacen para andar los animales,
Para qué fin hay rayos y temblores,
Ó de qué se componen los metales:
Cosas que cada día estoy leyendo,
Que siempre admiro y que jamás entiendo.

Y en los libros que tratan del Gobierno,
Del Código ateniense, del romano,
Del régimen antiguo, del moderno,
Monárquico, feudal, republicano:
Cuándo debe un Congreso ser eterno,
Cómo se erige en déspota un tirano,
Qué se entiende por *Ley de garantías*,
Y por qué se ha de hollar todos los días.

Mas aquellos que tratan de la historia
Á cualquiera lectura los prefiero,
Sólo por ir grabando en mi memoria
Tanto nombre de rey, tanto guerrero,
Tanta revolución, tanta victoria,
Tanto ministro en busca de dinero,
Tantas fechas, en fin, amontonadas
Por calendas, hegiras, olimpiadas.

A las crónicas soy aficionado,
Á las de Guatemala sobre todo,
Y he grande copia de ellas registrado
Del frontispicio al último recodo.
Ni sólo el Juarros leo con agrado:
Que también me deleitan á su modo
Ximénez, Vázquez, Remesal, Castillo,
Fuentes, y algunos más, cuando los pillo:

Yo quiero demostraros que no miento
Cuando digo que es una maravilla
Lo que estos libros cuentan, y al intento,
Os voy á hacer la narración sencilla
Del lance acontecido á un avariento
Por el primer reloj de campanilla
Que vino á Guatemala.—De contado
Fué reloj muy famoso, muy sonado.

Digo que fué *sonado*; pero ruego
Que no por la campana se presuma
Que yo de intento con las voces juego,
Sino que al paso se me fué la pluma.
Un juego de palabras desde luego
Se sufre en un Congreso; mas en suma,
Hace muy poco honor á cualesquiera
Que tenga alguna sal en la mollera.

Toda andaba la gente alborotada
Por ver aquella alhaja prodigiosa:
Unos decían «¡obra delicada!»
Decían otros «¡máquina curiosa!»
Otros en baja voz «no vale nada»,
Como sucede con cualquiera cosa:
Y su dueño con mucha cortesía,
«Está á la orden de ustedes», les decía.

Don Alejo Veraguas era el dueño,
Que aunque había nacido en Comayagua,
Se decía Asturiano ó Extremeño

Porque su tío don Martín Veragua,
Á Portugal se lo llevó pequeño,
Y después á Gijón—á lengua de agua—
Y allí se estuvo hasta que muerto el tío
Por la Habana se vino en un navío.

Por lo cual á pesar de ser *guanaco*,
En su modo de hablar era europeo,
Y además, tan galán, tan currutaco,
Que nadie le igualaba en un paseo:
Á la verdad, era un poquillo flaco,
Y visto de perfil era algo feo,
Y algo pecoso, y le faltaba un diente;
Mas era muy buen mozo: muy decente.

Tanto que en aquel tiempo las señoras,
Máxime las viudas y solteras,
Se morían por él, y á todas horas
Andábanse por verle á las carreras:
No harían otro tanto mis lectoras,
Que ni curiosas son ni noveleras;
Mas era entonces diferente todo
Y así las cosas iban de otro modo.

Cuál su garbo elogiaba y su despejo,
Cuál su buen gusto y su vestir prolijo,
Va Don Alejo y torna don Alejo,
Don Alejo hizo, don Alejo dijo:
¿Había algún convite, algún festejo?
Con él antes contaban; era fijo:
Y los hombres tomándolo á sonrojo
Comenzaron á verle de reojo.

Mas le hacían propuestas cada día
Por el reloj, ya en cambio, ya en dinero:
Este doscientos pesos le ofrecía,
Aquel diez onzas y un caballo overo,
Quien una rifa en tercio proponía,
Quien un catre, un tremol de cuerpo entero,

Una frasquera de cristal completa,
Un busto de Nerón y una escopeta.

Don Alejo inflexible se mostraba
Sin admitir contrato ni propuesta:
Al del caballo overo contestaba
«Tengo caballo». Al otro por respuesta
Decía «Tengo espejo», y acababa
Por decirles á todos, «más me cuesta:
Trescientos pesos me costó sin sellos
Y después un anillo dí por ellos.»

Pero después de tanto defenderlo
De cambios y de rifas, ¿quién dijera
De qué manera al fin vino á perderlo?
En igual caso yo, si mío fuera,
No queriendo trocarlo ni venderlo,
Con muchísimo gusto lo perdiera:
Por salvar el honor de mi querida,
No digo mi reloj: diera la vida.

Don Alejo era mozo muy amable,
De buena educación, de buenos modos,
Mas tenía un defecto bien notable
Que con razón le criticaban todos.
Por la menor cuestión sacaba el sable,
Y siempre se metía hasta los codos
En negocios de intrigas y de amores,
De los cuales contaban mil horrores.

Decíase que á un cierto Timoteo,
Marido de una linda tocoyana,
Halló medio de enviarle de correo
Por pasarse con ella la semana.
El lance ¡vive Dios! estuvo feo,
Y después de conducta tan villana
Siempre que se acordaba del asunto
En carcajadas prorrumplía al punto.

De cada nuevo amor, cada conquista,
Cada beldad que á su pasión rendía
Iba apuntando el nombre en una lista
Que debiera llamarse letanía.
Era muy socarrón, gran pirronista
Y á todas las mujeres las tenía
En concepto de falsas, caprichosas
Y de..... que sé yo cuántas otras cosas.

Se ve que era un insigne libertino
Que siempre del amor había hablado
Como de una botella de buen vino,
De un plato de perdiz ó de pescado.
Al cabo castigóle su destino;
Y aquel soberbio corazón osado,
Que jamás doblegaba la cabeza,
Cayó redondo al pie de una belleza.

Era por aquel tiempo alférez real
De la *Noble Ciudad de Goathemala*,
Don Cornelio Peleznez del Cabral,
Bajo cuyo apellido le señala
Un viejo cronicón municipal;
Mas él dejó el Peleznez por la mala
Pronunciación, que daba muchas veces
Ocasión á llamarle Pelanueces.

Por tanto conservó el apelativo
De Cabral, sin Peleznez, liso y llano:
Era chico de cuerpo, de ojo vivo,
De carácter tal cual: algo liviano,
Un poco tonto, un poco vengativo,
Un poco sinvergüenza, un poco vano,
Un poco falso, adulator completo,
Por lo demás, bellísimo sujeto,

Sólo sí le tachaban una cosa
Que era el ser muy judío, muy avaro,
Excepto, sin embargo, con su esposa

Que siendo una mujer de ingenio raro,
Joven, alegre, antojadiza, hermosa
Y con mil cualidades, era claro
Que hacía de Cabral cuanto quería,
Y hasta la bolsa, á su pesar, le abría.

Doña Clara, además de su hermosura
(Porque este era su nombre: doña Clara),
Que en verdad parecía una pintura,
Tenía un cierto no sé qué en la cara
Y una cierta expresión en la figura,
Que el más hábil pintor no la pintara,
Y un mirar, y un reír con un salero
Capaz de volver loco al mundo entero.

Sobre su pie brevisimo y pulido
Que apenas al andar dejaba huellas,
Al ondular las faldas del vestido
Podíanse entrever sus formas bellas:
La encarnadura, el torno, el colorido
Que adivinaba el pensamiento en ellas
Contrastaban lo fino, lo gracioso,
De su talle flexible y voluptuoso.

Además al tocar el forte piano
Si no igualaba á Adán en la destreza,
Le excedía en lo lindo de la mano
Y en llevar el compás con la cabeza;
Su voz era un dulcísimo soprano:
Ni diré que cantara con limpieza,
Mas si algún desentono cometía,
Su buena dentadura lo suplía.

Aunque de fierro, aunque de mármol fuera,
¿Dónde encontrar un corazón tan frío
Que á tantas cualidades resistiera?
Seguro está de que no sería el mío,
Y si tan arrogante alguno hubiera
Que quisiese aceptar el desafío,

En mirando bailar á doña Clara
Las orejas apuesto á que la amara.

Don Alejo la vió y un cierto fuego
De nueva calidad sintió en el alma,
Desazón, inquietud, desasosiego,
Que le robaban su primera calma:
Bien habría querido desde luego
Añadir á las otras esa palma,
Grabar en su blasón esa conquista,
Ese nombre agregar á aquella lista.

Mas no era fácil semejante empresa
Con mujer tan preciada y orgullosa,
Que se tenía en más que una princesa
Y tenía más humos que una diosa:
Mujer que su virtud guardaba ilesa
Por vanidad y no por otra cosa;
Ni este orgullo salíale á la cara;
Que antes era un almibar doña Clara.

Por eso don Alejo el atrevido,
El audaz don Alejo vacilaba,
Que nunca había cosa tal sentido
Como la que esta bella le inspiraba.
Por más planes que hubiese concebido,
Así que en su presencia se encontraba,
Todo el plan se cambiaba en un enredo,
En duda, amor, placer, valor y miedo.

Si doña Clara al punto echó de ver
Esta pasión, no lo sabré decir;
Pues nada sé de astucias de mujer,
Ni aventuro sobre ellas mi sentir.
Mucho menos alcanzo á comprender
En qué diablos podía consistir
Que se viesen á tarde y á mañana
El en su calle y ella en su ventana.

Pasaba don Alejo y revolvió
Y volvía á pasar y la miraba,
Y ella ni aun advertirlo parecía
Sino cuando al pasar la saludaba.
Entonces al saludo respondía;
Mas nada en sus maneras demostraba
Que le diese importancia á tal cortejo,
De que se daba al diablo don Alejo.

En esta situación, en este empeño
El tiempo se pasaba, y el amante
Iba perdiendo el apetito, el sueño
Y la antigua alegría del semblante.
Á la luz de los ojos de su dueño
Ardía el infeliz solicitante
Rondando en torno de la bella dama
Cual mariposa en torno de la llama.

¿De cuándo acá tan tímido y cobarde?
Se decía á sí mismo con despecho:
¿Por qué ocultar las llamas en que arde
Callado el corazón dentro del pecho?
Tengo de hablar, y si he de hacerlo tarde
Mejor será temprano: dicho y hecho:
Y la primera vez que la vió sola,
Acercóse á la reja y saludóla.

Don Alejo en sus mientes cavilando
Lindas frases había prevenido
Para decir su amor en tono blando,
Patético, elocuente y comedido
Cual convenía al caso; pero cuando
Vió faz á faz al dueño apeteído,
Sin poder proferir un solo acento
Perdió el color y le faltó el aliento.

Como aquel que al saltar un ancho foso
Midiendo la distancia se prepara,
Y toma espacio y lánzase animoso,

Y corre al borde, y súbito se para
Arredrado del salto peligroso:
Del mismo modo al ver á doña Clara
Arrugar el hermoso sobrecejo,
Se quedó como estatua don Alejo.

Y ella viendo pintado su desmayo
En la cara angustiada que tenía,
Que herido parecía estar del rayo,
Tomó un aire de trisca y de ironía,
Y su rostro inclinando de soslayo,
Le dijo con maligna cortesía
Y risa entre burlona y desdeñosa:
«¿Iba usted á decirme alguna cosa?»

«Mal la mujer conoce quien presume,
Á fuerza de suspiros obligarla;
En vano se desvive y se consume
En su necia pasión sin explicarla.
Valor, audacia: en esto se resume
La ciencia del amor y el resto es charla.»
Mas no penséis que esta sentencia es mía:
La digo porque Byron la decía.

Cuando alzó don Alejo la cabeza
Para reconvenir á la inhumana
Por su feo desdén y su crudeza,
Mano á mano se halló con la ventana.
Atónito, corrido, en su fiereza
Clamaba á Lucifer con furia insana,
Y al marcharse tirándose del pelo
Oyó una carcajada: ¡qué consuelo!

No bien llegó á su casa el desdichado,
De infanda saña el corazón henchido,
Que se echó en su sillón desesperado,
Descompuesto el cabello y el vestido:
Y luego levantóse endemoniado,
Y exhalando un sordísimo gemido,

Se puso á pasear como demente,
Pronunciando el monólogo siguiente:

«Lengua de Barrabás, que en los pasados
Tiempos, para mentir falsos amores,
Veloz, en gabinetes y en estrados,
Parecías redoble de tambores,
A manera de ciertos diputados
Que quisieran pasar por oradores:
¿Cómo diablos ¡oh lengua! enmudeciste
Hoy que decir una verdad quisiste?»

Hizo una breve pausa y levantando
La voz, como cantor en un *crescendo*
Que comienza en acento sordo y blando
Y progresivamente va subiendo,
Apostrofó á su ingrata, declamando
Versos de Shakespeare; mas traduciendo
Con la fidelidad con que interpreta
Cierta arenga de un belga la gaceta.

«*A woman sometimes scorns what best contents*»
Fué el texto que tomó: texto que quiere
Decir que algunas veces la mujer
Hace burla de aquello que prefiere:
Y que lo que más finge aborrecer
Es lo mismo tal vez por que se muere;
Ni de su burla hay que asustarse tanto,
Que lo que empieza en *risa* acaba en *llanto*.

Todo esto no lo dice sólo el texto,
Ni hay idioma en el mundo tan lacónico
Que pueda en un renglón decir todo esto,
Inclusos el romano y el teutónico.
Mas los últimos versos son del resto
De un discurso satírico y sardónico
Que dice, no me acuerdo qué persona
Del drama *Los Hidalgos de Verona*.

Y prosiguió: «¡Mujer, yo te aborrezco!
¡Mujer falaz, artificiosa, ingrata!
Al escuchar tu nombre me enfurezco
Porque es tu nombre tósigo que mata!
Yo no quiero tu amor: yo no apetezco
Tu corrompido corazón de plata
Que sólo vibra al retintín del oro!
Mujer..... ¡maldita seas!..... yo te adoro.....

»Yo te adoro..... es decir, á pesar mío:
Te aborrezco y te adoro juntamente,
Como se juntan el calor y el frío
En el sudor glacial que arde mi frente:
Yo perdonara tu desdén impío;
¡Mas antes me arrojara en un torrente
Que perdonarte tu sangrienta mofa!»
(Es algo metafísica esta estrofa.)

Dijo luégo entre dientes otras cosas
De manera que apenas se entendían
Sino algunas palabras injuriosas
Que acaso sin querer se le salían:
Como *necias..... coquetas..... veleidosas.....*
Y otras que bien presumo cuál serían;
Ya se ve, don Alejo estaba loco;
Pero se fué calmando poco á poco.

¡Oh amor..... (este episodio es excelente,
El verso es suelto, fácil, bien hilado
Y corre como el agua de una fuente).
¡Oh amor..... (y buen trabajo me ha costado)
¡Oh amor inconcebible, inconsecuente,
¿Qué nombre te daré (poned cuidado)
Si á veces, más que amor, pareces odio?
(Arrogante principio de episodio!)

¿Qué es el amor? Es un sublime arcano,
Símbolo del misterio de la vida.
¿Qué es el amor? Es un capricho vano,

Un simple antojo, una ilusión fingida.
¿Qué es el amor? Es un delirio insano
Que roe una existencia maldecida.
No hay del amor definición correcta
Y la da cada cual según su secta.

Preguntad á Platón: en su sistema
Es el amor un sentimiento puro,
Una llama invisible que no quema
Y qué sé yo.— La escuela de Epicuro
Niega la esencia de esta unión suprema
Y nos pinta el amor carnal, impuro;
Aunque no fué Epicuro tan sensual,
Mas Aristipo lo entendió muy mal.

De unos y otros siguiendo la doctrina,
Fundó Rousseau la suya en la pureza
Del amor de Platón, al cual se inclina,
Y cree que por exceso de flaqueza
Tenemos que ceder á la rutina
De nuestra material naturaleza;
Mas que, aplacado un tanto este incentivo,
Vuela el alma al amor contemplativo.

Entre tantas escuelas y secciones
Sobre esta gran cuestión de *Erolojía*
En que están divididos los campeones
De la moral y la filosofía,
Y entre este laberinto de opiniones,
La que prefiero á todas es la mía;
Y pues viene de perlas, os haré
Una sincera profesión de fe.

Yo creo en el *amor sentimental*,
Y creo en la *amistad del corazón*,
Y en el *gusto*, también, *condicional*
De Rousseau, de Voltaire, de Richardsón
(Con acento en la sílaba final):
Creo en la *simpatía*, en la *atracción*

De la filosofía de Rousel,
Y si otro amor hubiere, creo en él.

Creo también (lo digo con verdad)
En el desinterés de la mujer,
En su fina y constante lealtad,
En su modo sublime de querer:
La mujer es un ángel de bondad,
Incapaz de engañar ó de ofender:
Ni tiene gracia que lo diga yo,
Ellas mismas dirán si es cierto ó no.

Yo conozco sus prendas; pero al cabo
Vale más el callar, porque no gusto
De que puedan pensar que las alabo
Por mi propio interés: lo justo, justo:
Ni acostumbro adular con menoscabo
De la verdad, ni empleo el tono adusto
Ó el estilo dogmático de un viejo....
Entretanto ¿qué hacía don Alejo?

Lo que entretanto don Alejo hacía
Era estar recostado en un escaño,
Rendido á su dolor ¡quizá dormía!
¿Vosotras lo extrañáis? Yo no lo extraño.
Si una pena durase todo un día
Tan cruda como empieza, haría un año
Que no saliera un verso pareado
De mi cráneo vacío y horadado.

Dejémosle dormir enhorabuena,
Que el sueño, si no cura al desgraciado,
Alíviale, á lo menos, de su pena,
Á lo menos da tregua á su cuidado.
Duerme el cautivo atado á su cadena,
Duerme junto á sus armas el soldado,
Duerme el piloto al pie del gobernalle,
Y duermen los serenos en la calle.

Duerman en paz; en paz mi cuento sigo:
Apenas despertó de su letargo,
Un poco sosegado nuestro amigo
De su gran pesadumbre, sin embargo
De no estarlo del todo, como digo,
Viéndose en el escaño largo á largo,
Tendió los brazos y estiró el pescuezo,
Exhalando un suspiro.... y un bostezo.

También yo bostezara si tuviera
De seguirle en su historia paso á paso,
Sin omitir ninguna friolera:
No la habría emprendido en ese caso:
Un buen pintor que pinta una pradera,
Dibuja al sol cayendo en el ocaso
Y al ganado paciendo en la verdura;
Mas no llena su cuadro con basura.

Baste, pues, el decir «que recobrado
Y del primer terror convaldecido»,
Tornó á su galanteo acostumbrado,
Olvidando el desaire recibido.
(Esto se llama estar enamorado.)
Ni desistió jamás de este partido
Aunque vió ser su diligencia vana,
Pues siempre hallaba sola la ventana.

Por abreviar mi tarda narración
Voy á cortarla aquí: como el congreso
Que teniendo la ley en discusión,
Para darla más presto entra en receso.
Cumple así cada cual su obligación,
Al público aliviando de un gran peso:
El diputado el de su inútil dieta,
Y el de algunas estrofas el poeta.

Pero no puedo menos que copiar
Una carta que guardó para muestra
Del femenino estilo epistolar

En época tan varia de la nuestra.
Se hace en ella mención particular
Del lance acaecido en la *fenestra*;
(Fenestra significa la ventana),
Y dice: «Jueves, diez — Querida Juana:

»No puedes figurarte con la pena
»que me tiene tu viaje pues á cada
»rato estoy preguntando como un ena-
»morado cuando vuelves, pero nada
»importa lo demas como estes buena
»que es lo que yo deseo y muy hallada
»y engordes mucho con los baños en
»unión de don Gerónimo con quien

»estoy muy enojada, pero mucho,
»pues yo ninguna tulla he recibido,
»y dime si ha salido bueno tu cho-
»colate para enviarte, no me ha sido
»posible conseguir que el avechucho
»de don Blas mi cuñado haya querido
»llevarme á verte; es tanto lo que extraño
»tu falta que ya pienso que hace un año

»pues tengo mucho que contarte ya sa-
»brias el casamiento de la Coso
»con don Juan Catarino, y que se casa
»á disgusto de todos pero yo so-
»lamente por la pobre Nicolasa
»lo ciento porque dicen que es celoso
»... (un borrón hay aquí sobre lo escrito)...
»pues no me gusta el novio ni tantito.

»Y no me alargo mas por estar suma-
»mente indispuesta con dolor de cara
»y escribiendo muy mal de modo que huma-
»namente no podras leer mis gara-
»vatos, y por estar fatal la pluma.
»No dejés de escribir dos letras para

»tu amiga que desea *verctete*,
(Así el original) *Clara Roblete*

»de *Cabrales*. — P. D. Ya ves como
»don Alejo llegó por la ventana
»con ánimo de hablarme y empezó mo-
»liéndome con que soy una tirana,
»pues estaba mas pálido que el plomo
»y se puso á decir cuanto la gana
»le dió, que era muy linda como un cielo
»pero ni la mitad es esto de lo

»que me decía; qué dirá la gente
»de haberlo visto allí con su tontera
»por más que yo le dije que era un ente
»muy insignificante, y que se fuera:
»pues si vieras, es hombre muy corriente
»y que tiene la sangre muy ligera;
»mas á mi no me gusta por osado,
»pues amantes como él se encuentran á

»docenas. Pero al fin se fué llorando
»así que me quité, ve qué locura,
»y andaba por allí Cornelio cuando
»esto pasó, y cayó con calentura
»don Alejo, y ha estado delirando,
»mas ¡por mí! que se muera, ya me apura
»el portador. Jesús, qué priesa de hombre,
»saluda á don Jerónimo en mi nombre.»

Así escribian antes las señoras.

¡Cómo los tiempos mudan! hoy en día,
En que todo es progresos y mejoras,
Da gusto lo que escriben, á fe mía;
Y entre ellas sobresalen mis lectoras.
¡Qué estilo! ¡qué dición! ¡qué ortografía!
¡Qué delicada construcción de frases,
Sin mentiras, sin *pueses* y sin *mases*!

¿Podiera ser acaso de otro modo?
Sin que nos extendamos más sobre esto,
Con decir quiénes son, se dijo todo.
Alguno juzgará que me he propuesto
Ser su panegirista, y que acomodo
Una lisonja con cualquier pretexto:
No es mi carácter ese; si supiera
Alguna cosa en contra, lo dijera.

Pero vuelvo á mi historia, y os convido
Á dar conmigo un salto.... ¿qué, os espanta?
No es el salto de Léucades temido,
Ni el que con un dogal en la garganta
Dió Judas de su infamia arrepentido.
Ni el salto que Solís tanto decanta
De Alvarado con todos sus arneses:
Es simplemente un salto.... de dos meses.

El de Noviembre es clásico en la historia
Del reino de Utatlan (hoy Guatemala)
Por la recordación de una victoria
Que en unión de los indios de Tlaxcala
Aquel héroe ganó; y en su memoria
Se hacía en este mes con pompa y gala
Un militar paseo, en la vigilia
Del día veinte y dos — Santa Cecilia.

Llegado, pues, aquel famoso día
En el año que vamos refiriendo,
Comenzó la función como solía
Al son de las campanas y al estruendo
De dos piezas ó tres de artillería....
Ó fuese de arcabuces: no pretendo
Que se me preste fe sobre este punto,
Mas las salvas importan á mi asunto.

De gentes se cuajaron las esquinas,
De damas se adornaron los balcones,
Colgáronse los muros de cortinas,

Se alegraron las calles con festones,
Armáronse pendencias, tremolinas,
Corrillos, carcajadas, estrujones,
Pañuelos y sortijas se perdieron,
Y muchachas también..... pero volvieron.....

Al son de chirimías y atabales,
Los de Tlaxcala claros descendientes,
Llevando á cuestras arcos triunfales,
La marcha precedían diligentes;
Bellas plumas de pavos y quezales
Coronaban los arcos relucientes,
Y otros indios vestidos de soldados
Los custodiaban de arcabuz armados.

Á caballo seguía la nobleza
En unión del ilustre Ayuntamiento,
Ostentando su brillo y gentileza
En selecto y lucido regimiento.
Cada corcel llevaba en la cabeza
Un penacho ó florón: el paramento
Era de plata y oro, y enrizadas
La cola y crin con cintas enlazadas.

Cerraba la brillante cabalgata
La Audiencia y la real Chancillería,
También bordado el traje de oro y plata
Más vistoso que el sol á mediodía.
Vestido el Presidente de escarlata,
Con más ostentación que un rey venía,
Trayendo á la derecha en su bridón
Al Alférez real con el pendón.

Por último, venía paso á paso
El cuerpo provincial de los dragones,
De disciplina y de valor escaso,
En caballos muy flacos y trotones,
Al son de un mal tambor, sin hacer caso
De guardar formación, por pelotones,

Con mucha gravedad y muy despacio
Venía encaminándose á Palacio,

Cuyo balcón estaba rebosando
De damas y señores de gran cuenta,
El egregio paseo contemplando,
Junto con la señora Presidenta.
Al ir los caballeros desfilando
La excelsa multitud estaba atenta
(La llamo excelsa porque estaba en alto)
Viendo cada corveta y cada salto.

Pasó el primero don Martín Lamprea,
Muy estirado en una yegua baya;
Tras él don Juan Gonorreitigorrea,
Natural de Pasajes, en Vizcaya;
Seguíanles don Sancho Bocafea,
Don Luis Tenaza, don Andrés Malhaya,
Don Blas Cabral y don Manuel Cornada,
Hombre de una nariz desaforada.

Venía don Crisóstomo Zamporda
En un caballo negro salpicado:
Don Bruno Rueda en una yegua torda
Le seguía torciéndose de lado.
Cerca de él don Gregorio Panzagorda
Hundía el lomo de un rocín melado,
Y el de un overo don José Portilla,
Agarrado del pico de la silla.

En un zaino de trote furibundo
Don Tonino Lenguaza atrás venía:
El hombre más chismoso de este mundo
Y el más cobarde que en el reino había.
Don Julio Mier iba á su lado, oriundo
De Carmona, ciudad de Andalucía,
Y con ellos don Marcos Bahamonde,
Corregidor que fué de no sé dónde.

Á éstos seguía don Julián Moncada,
Teniente coronel, mayor de plaza;
Mayordomo mayor de la Cruzada
Y Tercero del Carmen, dando traza
De alcanzar á don Cosme de Valnada,
Que montaba un bridón de buena raza,
Y á don Justo Pastilla que en su potro
Con un estribo va más largo que otro.

No quiero fastidiar con los demás,
Como los Garrafuerte, los Gallín,
Los Peladas, los Moscas, los Reiyas,
Los Trampeas, en número sin fin:
Todos con sus lacayos por detrás,
Puesta la mano en la anca del rocín;
Mas ¿quién son esas damas que los miran
Desde el balcón, y viéndolos suspiran?

La Presidenta doña Petra Almonda
Era la principal, y su sobrina
Doña Lucía, natural de Ronda,
Muy salada gitana y muy ladina.
Doña Isabel Sinnóes, linda y blonda,
Doña Inés Tresamantes de Pesquina
Y doña Cruz Malpara del Pezado,
Les hacían la corte á cada lado.

Prendida la mantilla con hilvanes,
Muy mirlada en su silla le seguía
Doña Coronación de Cienfustanes;
Después doña Tomasa de Maldía,
Guiñando el ojo á todos los galanes;
Luego doña Joaquina Cararpía,
Con el rostro muy seco y afligido
Por la muerte del séptimo marido.

Estaba allí doña Rosita Alfaca,
Cuñada de un oidor de campanillas,
Y doña Dorotea Tomaidaca

Que cantaba muy bien las seguidillas.
También doña Ana Espín, señora flaca,
Empeñada en cubrir las pantorrillas
De doña Engracia Ordez, señora gorda
Que á la solicitud se hacía la sorda.

Doña Clara Roblete, por supuesto,
Á todas excedía en hermosura,
En tez, en cara, en talle y en el resto,
Y en el traje también, cuya pintura
Haría si pudiera; mas sobre esto
Nada sé, ni de frases de costura;
¿Qué entiendo yo de nesgas, lazos, golas,
Bebederos, jaretas ni escarolas?

Estas y otras bellezas sobrehumanas,
El mirador magnífico cubriendo,
Parecían huríes y sultanas
Que un bazar estuviesen presidiendo.
Gordas y flacas, jóvenes y ancianas
En silencio ¡oh prodigio! estaban viendo
Pasar los caballeros, como digo,
¡Cual si fuese el ejército enemigo!

De repente un clamor estrepitoso
Se oyó rodar entre las damas bellas,
Y un volver las cabezas, y un ansioso
Mirar al mismo lado todas ellas.
Así al ver algún cuerpo luminoso
El campo atravesar de las estrellas
Todos para mirarlo se voltean,
Y á la vez dicen todos «¡vean, vean!»

¡Allá viene! ¡allá viene! ¡Qué galán,
Don Alejo es aquel que se adelanta!
¡Allá viene montado en su alazán,
Qué planta de animal, qué hermosa planta!
Estas palabras circulando van
Y el eco del rumor que se levanta

Va á repetir en su último reflejo:
¡A... quel es..., allá viene... don Alejo!

En esto despuntaba por la plaza
Más que Orlando gallardo el caballero,
No cubierto de casco ni coraza,
Sino de una casaca y un sombrero.
Ni llevaba montante, lanza ó maza,
Ni pulido broquel de fino acero,
Mas un estoque armado en pedrería
Que del dorado cinturón pendía.

Eran de raso blanco los calzones
Llegándole no más que á las rodillas,
Cubiertas las costuras con galones
Y sujetos al cuerpo con hebillas.
No diré que alcanzase á los talones
La casaca, mas sí á las pantorrillas,
De seda de Milán color de perla
Y bordada, que daba gusto verla.

La larga chupa al muslo descendía
De igual color y de las mismas telas,
Y una y otra cartera guarnecía
Un hermoso alamar de lentejuelas.
Por su brillo tal vez se juzgaría
Que llevaba en los muslos escarcelas;
Era el ropaje, en fin, de los más ricos,
Así como el sombrero de tres picos.

Tenía el alazán la frente blanca,
Ancha nariz, cabeza breve y cuello,
Largo y delgado ijar, redonda el anca,
Robusto el pecho, liberal resuello,
Rasgado el ojo, la mirada franca,
El brazo negro, levantado, bello,
Que en tierra estampa el casco desdeñoso
Como quien pisa el cráneo de un chismoso.

En el aire flotando su copete
Iba el corcel erguido como un gallo;
Y su dueño estirado del jarrete
Parecía sultán en su serrallo.
Las mujeres miraban al jinete
Y los hombres miraban al caballo;
Al par iba el rocín que el dueño ufano,
Con fundamento igual para ser vano.

Al dar frente al balcón, con algazara
Saludóle aquel círculo festivo,
Y en medio del bullicio, doña Clara
Haciendo un ademán no poco esquivo,
Decirles parecía con la cara
«Ese sultán que veis es mi cautivo»;
Señal de que sentía allá en su pecho
Cierta placer de orgullo satisfecho.

El desdeñado amante, con deseos
De ostentar más y más su gallardía,
Caracoles haciendo y escarceos,
Delante de las damas se lucía.
Estando en estos saltos y paseos
Su salva disparó la artillería.....
(Por eso hablé de salvas; mas ahora,
Si queréis, suprimidlas en buen hora.)

Al estallido los caballos fieros
Parecían demonios desatados,
Arrojando de sí á los caballeros
Sobre los circunstantes apiñados;
Volaron espadines y sombreros
Y volaron también por todos lados
Unas cuantas polvíferas pelucas
Dando á luz los secretos de las nuca.

Aunque se hacía el alazán pedazos
Guardaba don Alejo los arzones,
Hasta que al repetir los cañonazos,

No pudiendo sufrir los empellones,
Soltó las riendas y alargó los brazos;
Y mostrando el revés de sus calzones
Cayó, haciendo á la noble concurrencia
Una inversa y profunda reverencia.

Muy lejos de burlar al caballero
Por aquella ridícula aventura,
Decían: ¡qué valiente, qué ligero!
¡Con qué gracia se cae, qué soltura!
El aura popular con un guerrero
Hace siempre lo mismo y transfigura
Cualquier ardid que le sugiere el miedo
En estrategia, en táctica, en denuedo.

¡Don Alejo cayó! De su caída
Alzóse con más gloria, máspreciado;
Las mujeres temblaron por su vida,
Su reloj á los hombres dió cuidado.
La misma doña Clara conmovida,
Juzgándole en las piedras estrellado,
Tan pálida se puso, que cualquiera,
Viéndola así, su novia la creyera.

De suerte que las damas lo notaron,
Y afectando interés y simpatía
La causa del pavor le preguntaron;
Mas ella ¡mi marido! les decía:
Hacia Cabral entonces se tornaron,
Y viendo que el caballo le cernía
Exclamó á carcajadas la asamblea:
¡Vean cuál Pelanueces bambolea!

Juzga así el mundo..... etcétera (con esta
Dos etcéteras van). La blanca lumbre
De la luna bañaba la alta cresta
Del monte, y la aureola de su cumbre
Se empezaba á teñir, cuando la fiesta
Dió fin con el refresco de costumbre

En casa del alférez, donde os ruego
Me permitáis llevaros desde luego.

Por no cansar no pasaré revista
Á los helados, vinos y licores.
Ni haré la larga y dilatada lista
De los variados dulces y las flores
Que el olfato halagaban y la vista
Con su grato perfume y sus colores;
Ni de cuanta invención el arte engendra
Como las ricas tártaras de almendra.

Cubiertas de brillantes perendengues,
Cien beldades (es número hiperbólico)
Digerían lisonjas y merengues
Con aire indiferente y melancólico.
No harían más melindres y más dengues
Al tomar el brebaje más diabólico
Que los que á vista del sorbete hacían;
Pero ¿cómo ha de ser? se lo bebían.

Cerca de doña Clara colocados,
Hartos de limonada y de rosquillas,
Dos señores estaban reclinados
Contra los espaldares de sus sillas:
Hablando de cosechas, de ganados,
Del precio del cacao en las Antillas,
De las noticias últimas de España
Y del conflicto con la Gran Bretaña.

El más mozo decía: «Estoy seguro,
Porque á mí me lo escriben de Valencia,
De que estalló la guerra.»—El más maduro
Preguntóle: «¿Y qué dice su Excelencia?
Es regular que en semejante apuro
Dictará alguna seria providencia.....
—¡Toma! dispuso ya las necesarias,
Como son rogativas y plegarias.»

Y de Asturias, ¿qué escriben? ¿será cierto
Que se va don Alejo en el verano?

—Dicen que sí: le llama don Roberto
Á recibir las minas del hermano.....
Oyendo doña Clara aquel aserto,
Dejó caer el vaso de la mano,
El cual, dando al más viejo en las rodillas,
Fué rodando á sus pies á hacerse astillas.

¡El vaso! el va..... clamó Cabral ansioso;
Mas viendo el ceño á su mujer al paso,
Concluyó con un gesto lastimoso,
Sin acabar de repetir «el vaso»;
Por enmendar el yerro de su esposo;
Y corrida la dama del fracaso,
Dijole, dominando su sorpresa:
«Conduce á estos señores á la mesa.»

No andaba don Alejo tan remoto
De la escena del cuádruplo congreso,
Que no viese muy bien el vaso roto,
Y el cómo y el por qué de aquel suceso:
Y vió la necedad y el alboroto
Que metió don Cornelio, y que por eso
Á refrescar, le dijo doña Clara,
Que á entrambos caballeros se llevara.

Acercósele entonces el amante,
Con el valor que le faltó primero,
Leyendo su ventura en el semblante,
Ora tan blando y antes tan severo.
Y en voz, le dijo tierna y suplicante:
«No sabe usted lo mucho que la quiero;
Por Dios, no esconda tan hermosa cara,
¡Clara! ¡mi dulce, mi querida Clara!»

Ella, más colorada que un celaje,
Encendidos y lánguidos los ojos,
Respondióle en suavísimo lenguaje

No sé qué de peligros y de arrojos,
Del susto del caballo y del viaje:
Todo entre mil sonrisas y sonrojos,
Con abandono tal y tal gracejo,
Que se quedaba absorto don Alejo.

Esta manera de decir su amor
Parecerá trivial, pero no importa:
Yo digo como César: la mejor
Es la menos pensada y la más corta:
Ni es posible otra cosa en el ardor
De una declaración que el alma aborta
En vértigo febril, que en su agonía
El corazón al corazón envía.

Por lo demás, es esta mi manera,
Y acaso dos ó tres de mis lectoras
Podrían recordarla si no fuera
Porque piensan en otras á estas horas.
El éxito (compruébelo el que quiera)
Excede al de las frases más sonoras,
Que anticipado el ánimo prepara:
Díganlo don Alejo y doña Clara.

Dulce, como resbala de la fuente
El cristal entre márgenes de flores,
El tiempo resbalaba su corriente
Sobre nuestros ternísimos actores.
No quiero ya decir que enteramente
Tuviesen ajustados sus amores:
¿Dónde está la mujer tan sin orgullo,
Que dé los brazos al primer arrullo?

En confuso rumor los caballeros
Andaban ya buscando por las sillas
Látigos, abanicos y sombreros,
Y las damas prendiendo sus mantillas,
Y los criados llamando á los cocheros,
Y don Cornelio dando zancadillas

Por hacer reverencias sempiternas
Con la espada enredada entre las piernas.

Las señoras en pie para marcharse,
Con abrazos sin fin se despedían
Todas hablando juntas, sin curarse
De lo que mutuamente se decían.
Grato rumor que puede compararse
Al que presumo yo que formarían,
Por sonoras, por fuertes y por largas
De Waterloo las últimas descargas.

Mas, en fin, una á una iban saliendo
Llevando cada cual su cucurucho
De los mejores dulces, y comiendo,
Y sobre todo, platicando mucho.
Los caballeros ibanles siguiendo
Como sigue á la garza el aguilucho;
Y en los jacos montaban los lacayos
Que partían veloces como rayos.

Fuerza fué, pues, á nuestros dos amantes
Dejar sus dulces diálogos pendientes,
Resueltos á seguirlos cuanto antes
Y diciendo ternezas entre dientes.
Por equivocación trocaron guantes
(Acaso no serían diferentes),
Y al protector estruendo de los coches,
Se dieron las postreras buenas noches.

¡Á dormir! ¡á dormir! que estoy cansado
Le dijo á doña Clara su marido
Cuando quedaron solos:—¿Qué hora ha dado?
—Las nueve.—¡Con razón! Tremenda ha sido
La jornada..... y el gasto..... demasiado,
Y mañana el almuerzo..... ¡estoy lucido!
¿No vienes á acostarte? ¿Qué horas son
Por el reloj?—Las nueve.—¡Con razón!

Diez minutos después Cabral dormía;
Y, al lado suyo, su mujer velaba;
Así dió fin la fiesta de aquel día,
Que tanto en la ciudad se celebraba;
El día veintidós se repetía
La misma operación, y se almorzaba
En casa del alférez, y acabado,
Volvió todo á su normal estado.

Cabral dormía, digo, sin cautela,
Á pierna suelta, de su esposa al lado:
Á su lado la esposa estaba en vela,
Y en la calle el amante desvelado,
Cantaba al blando son de su vihuela
Una canción en tono bemolado
De *do* menor: con el compás consueto
De seis por ocho, en aire de largueto.

«Duerme ¡oh bella! en paz y en calma
Sobre tu dorado lecho,
Sin pesares en el alma
Ni temores en el pecho.
Duerme tú, mientras yo canto
Lánguida trova,
Sin que te turbe en tu alcoba
Mi quebranto.

»Sueña mágicos jardines
Con fuentes, grutas y flores:
Sueña espléndidos festines
Con danzas y con amores.
Sueña tú, mientras yo velo,
¡Ídolo mío!
Y al aire el acento envío
De mi duelo.

»Duerme, hermosa, y en el sueño
Séate blando el ambiente.
Esté tu rostro risueño

Y placentera tu frente:
Ríe tú mientras yo muero
Ríete; ¡oh cara!
Por tu sonrisa trocara
El mundo entero.»

Esta canción cantaba don Alexo,
(Don Alejo con X se firmaba,
Pero no con acento circunflejo)
Y doña Clara en vela le escuchaba:
«Duerme tú, duerme tú, mientras me quejo»;
Esta canción, repito que cantaba:
«Duerme tú; duerme tú, mi dulce dueño.»
¡Bonito modo de llamar el sueño!

Velaba doña Clara, y su marido
Á cada copla del cantor nocturno
Con un trinado y áspero ronquido
Al compás respondíale por turno,
Ó profería frases sin sentido
Entre sueños mohíno y taciturno,
Como «Clara..... no saltes..... ¡ay!..... detente.....
Soy de cristal..... me rompes..... ¡cuánta gente!.....»

Así sueña el gobierno con la bula,
El obispo y el fuero: mientras tanto
Que canta el enemigo en Tapachula
Y en los Altos resuena el ronco canto,
¡Oh patria! ¡cara patria! Disimula
Si tus llagas no baño con mi llanto;
Mas ya mis ojos cóncavos y huecos
Á fuerza de llorar quedaron secos.

Yo quisiera saber en qué consiste
Que en el curso de un día está mi mente
Unas veces alegre y otras triste;
Como mujer fantástica y demente,
Que de luto y de púrpura se viste
Mudando de color continuamente.

No llego á conocer mi fantasía,
Y las ajenas..... menos que la mía.

Propongo este dilema: ¿es un entero
Nuestra imaginación? ¿Es un quebrado,
(Entiéndame quien pueda) ó es un cero?
Cero no puede ser por decontado:
Ni se vaya á pensar que me refiero
A la tesorería del Estado
Cuando de ceros hablo: ni se crea
Que aludo á lo que hizo la Asamblea.

Prosigamos.—Aquella serenata
Significaba «ven á la ventana»,
Y aunque no aquella noche, en la inmediata
La súplica del bardo no fué vana:
Envuelta doña Clara en una bata,
Hasta más de las dos de la mañana,
En gran coloquio estuvo con su amigo,
Al través de una reja y un postigo.

Y no obstante el estar enamorada
Hizo la resistencia más lucida,
Cual valerosa guarnición sitiada,
Antes de dar la plaza por vencida:
El «no puedo, el «no debo», el «soy casada»,
Á su tiempo vinieron: en seguida
Un silencio obstinado, un aire inquieto;
Por último el encargo del secreto.

Guardar secreto es condición forzosa
Que impone la mujer con el objeto
De mostrar que si cede es pesarosa:
«Te quiero, pero guárdame el secreto.»
Y el hombre, por jurar alguna cosa,
Le jura con mil cruces ser discreto:
¡Ambos juran callar! y á sus amigos
Del juramento ponen por testigos.

Habláronse en la reja muchas veces
El amante y la dama sin recelo,
En tanto que soñaba Pelanueces
Que se venía del caballo al suelo.
Oculto don Alejo en los dobleces
De la capa, calado su chapelo
Y bajo el brazo la ancha toledana,
Como un Cid asediaba la ventana.

Ya podéis suponer que pocos días
Pasaron sin que todas las vecinas
Comenzasen á armar habladurías
Acerca de estas citas clandestinas.
El que dice vecinas dice espías:
Lleve el diablo sus lenguas viperinas!
Odiosa, inútil y maldita raza
Que sólo sirve de espantar la caza.

Al soplo de la brisa más ligera
La llama débil ríndese y se apaga,
Mientras que al huracán la inmensa hoguera
Arde con más violencia y se propaga.
Muere un débil amor de igual manera
Al primer contratiempo que le amaga;
Mas á la par que el contratiempo crece,
El amor verdadero se enardece.

Así Clara y Alejo (los tuteo
Harto de tanto *don* y tanto *doña*)
No cedieron al necio cacareo
Que levantó la *vecinal* ponzoña.
Antes bien se encendieron en deseo
De quitarse á la vez aquella roña
Y de poderse ver con más franquicia
Siempre que fuese la ocasión propicia.

Cerca de la ciudad y al mediodía
Hay una fertilísima campaña
Que en su tortuosa y rauda travesía

El Guacalate con sus aguas baña,
En ella don Cornelio poseía
Una soberbia plantación de caña,
Cual consta del viejísimo expediente
De un litis que en la corte está pendiente.

Entiéndase la Corte de justicia,
Supremo tribunal por excelencia
In quo dolus non est: Corte propicia
Al jus, al suum cuique, á la inocencia:
Tribunal que no quema ni ajusticia,
Por no firmar con sangre una sentencia:
Tribunal el más claro; porque, en fin,
No se habla allí ni griego ni latín.

Y no por ignorancia: desde luego
En Guatemala hay más de un abogado
Que sepa traducir latín y griego
Y español, á pesar de ser letrado.
Bien que en estas materias soy un lego
Y acaso en lo que digo voy errado;
Siendo así, de lo dicho me desdigo
Y mi sencilla narración prosigo.

Peleznez con frecuencia á su plantío
Iba á ver el progreso de un trabajo
Cuyo objeto era hacer subir el río
Que del cañaveral corría abajo.
Á fin de establecer el regadío
Hizo de arena un dique y de cascajo.....
Pues aquí hasta las ciencias las estancan
Porque suban, y el paso les atrancan.

Ello es que á pocas noches doña Clara
Hallándose en la hacienda su marido,
Á solas en su alcoba y cara á cara
Tuvo ocasión de hablar con su querido.
Con aldaba tenían la mampara
Y cubierto el velón, aunque encendido,

Iluminando apenas el estrado
En que los dos se hallaban lado á lado.

El reclinado sobre el hombro de ella
Posaba el brazo en su redondo cuello,
Y ella, lánguida y tierna al par que bella,
Blandamente rizábale el cabello.
Era cada mirada una centella
Alternando en recíproco destello,
De esas miradas húmedas y ardientes
Que el corazón inundan á torrentes.

De esas miradas con que el alma quiere
En otra alma verterse y sepultarse,
Último acento de la voz que muere
Sintiendo el imposible de explicarse:
Dulce lenguaje que el amor prefiere
Al más dulce que puede imaginarse,
Que el amante locuaz al encontrarlo
Deja al punto de hablar por imitarlo.

Y nuestros dos actores no contentos
Con lanzarse miradas peregrinas,
Se decían primores y portentos,
Aunque entrambos sus voces con sordinas
Sonaban menos ya que sus alientos,
Que parecían fraguas damasquinas;
Y hacían repetidos calderones
En suspiros envueltas las razones.

Suspiros que el amante acompañaba
De un silbido levísimo y ligero
Que la falta del diente ocasionaba,
Semejante al trinado del jilguero.
Apenas otra voz se pronunciaba
Que «vete» — «no me quieres» — «sí te quiero»
«Nadie nos oye» — «cállate» — y el resto
Que bien sabéis vosotras por supuesto.

Mas ¡ay! que entre el silencio interrumpido
Por el trino larguísimo de un beso,
Entre el hondo y patético gemido
Del labio ardiente entre los labios preso,
La sorda voz y hueca del marido
Dejóse oír llamando en el ingreso,
Como la voz en la tragedia suena
De un espectro feral que entra en la escena.

¿Qué hacer? ¿Por dónde huir? ¿Por qué camino
Evitar el encuentro del tirano?
¿Cómo parar el golpe del destino?
Cualquier arbitrio les parece vano.
La dama por instinto femenino
Mostró al galán la cama con la mano,
Mas no para brindar la mitad de ella;
¡Ay, que no era tan próspera su estrella!

Mientras fué doña Clara á abrir la puerta,
Don Alejo más presto que una llama,
Alzando el rodapié de la cubierta,
A gatas se metió bajo la cama.
Quiero dejarle allí que se divierta
Oyendo los coloquios de madama
Con su marido, sin perder vocablo:
¡Imaginad qué posición del diablo!

¡YO PIENSO EN TI!

Yo pienso en ti, tú vives en mi mente:
Sola, fija, sin tregua, á toda hora;
Aunque tal vez el rostro indiferente
No déje reflejar sobre mi frente
La llama que en silencio me devora.
En mi lóbrega y yerta fantasía
Brilla tu imagen apacible y pura,

Como el rayo de luz que el sol envía
Al través de una bóveda sombría
Al roto mármol de una sepultura.

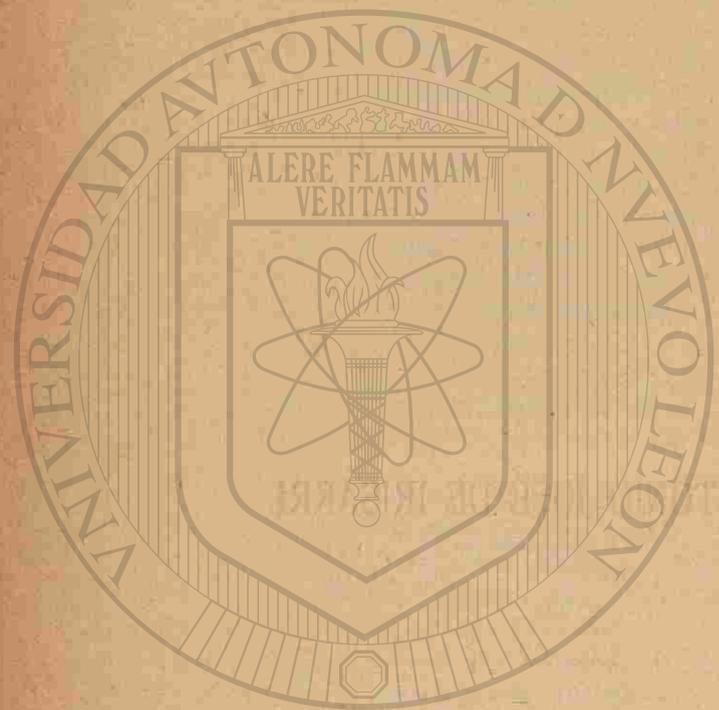
Callado, inerte, en estupor profundo,
Mi corazón se embarga y se enajena,
Y allá en su centro vibra moribundo
Cuando entre el vano estrépito del mundo
La melodía de tu nombre suena.

Sin lucha, sin afán y sin lamento,
Sin agitarme en ciego frenesí,
Sin proferir un solo, un leve acento,
Las largas horas de la noche cuento
¡Y pienso en ti!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

INSTITUTO GENERAL DE BIBLIOTECAS





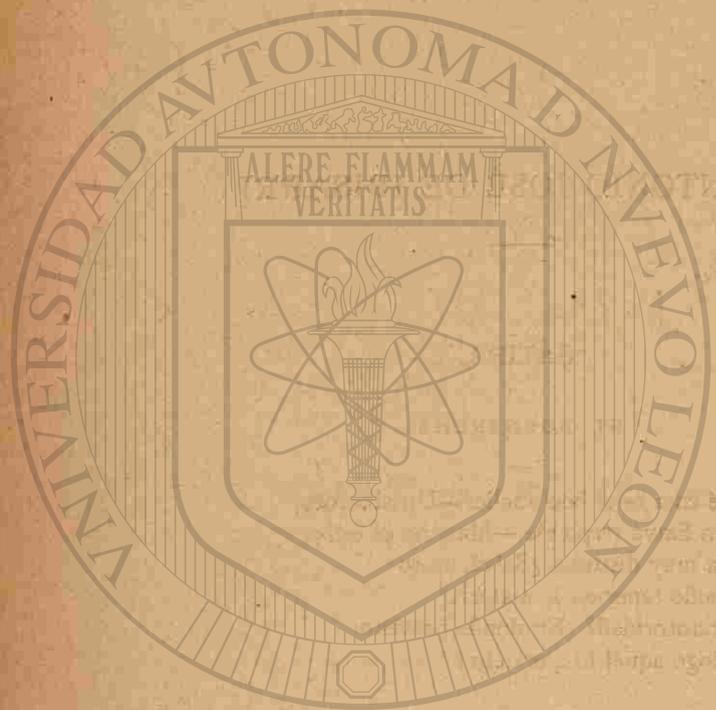
UANL

D. ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI.

SÁTIRA.

EL BOCHINCHE.

¿Qué cosa es el bochinche?—Un alboroto,
El buen Salvá responde.—Mas, no es esto;
Es cosa muy distinta. ¿Salvá, acaso
Voto pudo tener en la materia,
Sin ser autoridad? ¿En dónde ha visto
El filólogo aquél lo que define?

¡Alboroto! ¡asonada! ¡Qué locura!
El bochinche en tal caso no sería
Digno de nombre nuevo. ¿Qué motivo
Hubiera habido entonces para darnos
Una palabra más sin nueva idea?

Alboroto es tumulto pasajero;
Pasajera también es la asonada;
Mas el bochinche es cosa permanente;
Es el orden constante del desorden;
El estado normal en que se vive
En confusión y en inquietud eternas.
Es un cierto sistema de política;
Es una forma de gobierno raro,



Que mejor se llamara desgobierno,
Á pesar de que en él hay despotismo,
Y la fuerza á la ley se sobrepone.

Invención de Colombia es el bochinche,
Y el nombre es colombiano: estos son hechos.
Mas pasemos á ver cuál es su esencia
Y cómo se embochinchan los Estados,
Y cómo se hace bochinchero el hombre.

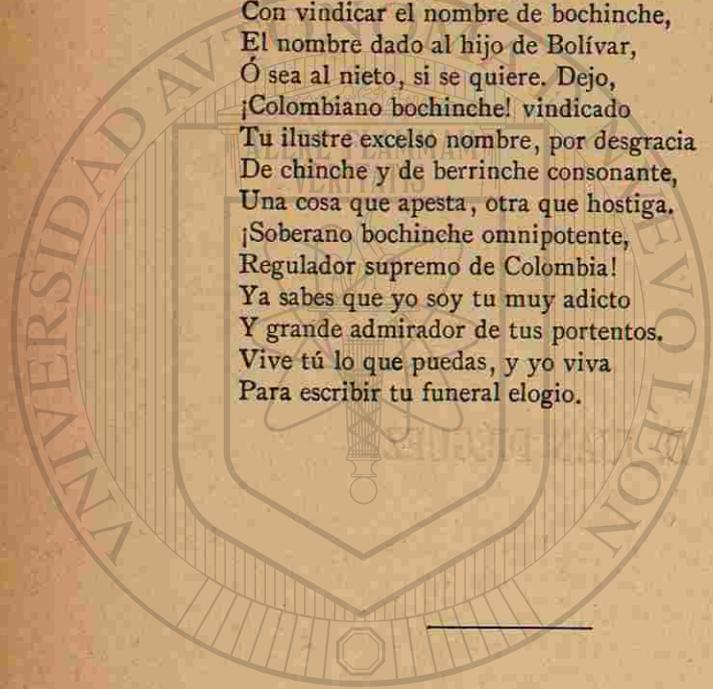
Nace el bochinche de la absurda idea
De haber dispuesto Dios que la ignorancia
Los negocios del mundo desarregle.
Enseñóse á los hombres que en cien necios
Debe haber más razón que en un sensato,
Y que habiendo más necios en el mundo
Deben aquestos ser los gobernantes.
Bastaba ya con esto para vernos
En perpetuo bochinche. Mas prosigo
Los principios sentando del sistema
Del eterno desorden. Enseñóse
Que cualquiera facción poder tenía
Para urdir la diablura más horrible,
Haciéndose llamar la soberana;
Y no hubo ya gobierno; no hubo jueces,
Ni congresos tampoco, que no fueran
Juguete y burla de facciosos pillos,
Sin política alguna los mandones
Jamás consultan la razón de Estado
Ni saben que en el mundo haya tal cosa;
Ni los jueces se arreglan á las leyes,
Porque las leyes nadie las respeta;
Ni en los Congresos reinan los principios,
Si no son los principios bochincheros.

Este bochinche, como bien se alcanza,
No sólo perjudica á los que moran
En el suelo que se haya embochinchado,
Sino á todos los pueblos y naciones

Que tienen con aqueste sus negocios;
Porque es preciso que el desorden dañe
Doquier que alcance su perverso influjo.
¿Qué alboroto, por Dios, ni qué asonada
Se puede equivocar con el bochinche?
Aquél y aquélla vienen de una parte
Del pueblo amotinado, que resiste
Al poder, á la ley ó al magistrado,
Y pasa cual chubasco: dura un día,
Ó más ó menos, pero pronto acaba.
En el bochinche, no; nadie está exento
De ser actor de un modo, ó de otro modo,
Y dura como el aire, una vez recio,
Otra vez moderado, y otras veces
En huracán terrible convertido.
Como el aire también, se extiende y lleva
El miasma pestilente á las regiones
Más apartadas del maligno foco.
¿No vemos cómo cruzan nuestros mares
Las gálicas escuadras y españolas,
Britanas y holandesas, atraídas
Por las mil injusticias que se han hecho
Á todas las naciones en el año
Del bochinche mayor que ha visto el mundo?
¿Y no vemos en esto que el bochinche,
No sólo es causa de interior desorden,
Sino de muchos exteriores males
Que los Estados extranjeros sienten?
Sirva, pues, á Salvá de norte y guía
Aqueste aviso para hacer la enmienda
Que tanto ha menester su diccionario;
Y dé al bochinche poderoso imperio:
El poder colosal y permanente
Que nunca tuvo efímero alboroto,
Ni ridícula y misera asonada.
Haga justicia el español al grande
Continental bochinche americano,
Que sólo un necio confundir pudiera
Con los tristes tumultos españoles,

Que la pena no valen de escribirse,
Y puras bagatelas me parecen.

Cese mi indignación, pues he cumplido
Con vindicar el nombre de bochinche,
El nombre dado al hijo de Bolívar,
Ó sea al nieto, si se quiere. Dejo,
¡Colombiano bochinche! vindicado
Tu ilustre excelso nombre, por desgracia
De chinche y de berrinche consonante,
Una cosa que apesta, otra que hostiga.
¡Soberano bochinche omnipotente,
Regulador supremo de Colombia!
Ya sabes que yo soy tu muy adicto
Y grande admirador de tus portentos.
Vive tú lo que puedas, y yo viva
Para escribir tu funeral elogio.



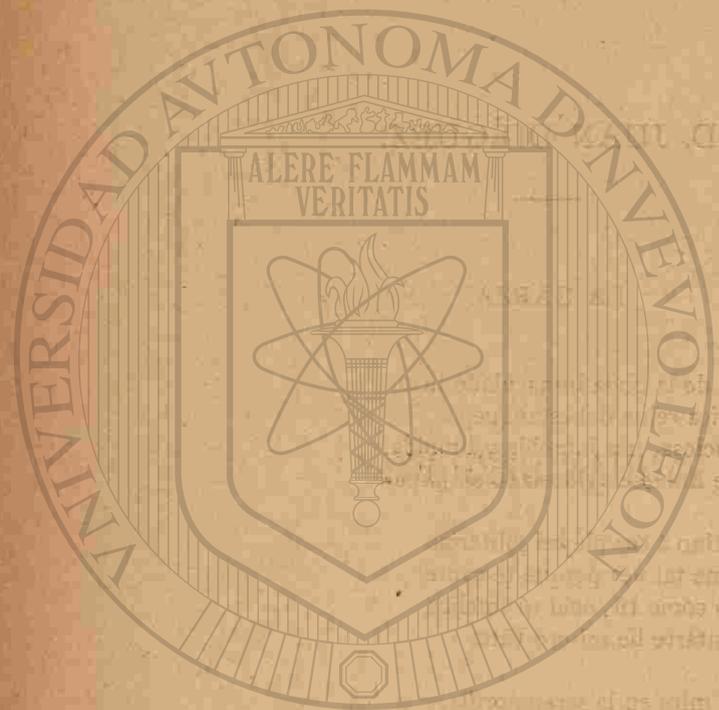
Que la pena no valen de escribirse,
Y puras bagatelas me parecen.
Cese mi indignación, pues he cumplido
Con vindicar el nombre de bochinche,
El nombre dado al hijo de Bolívar,
Ó sea al nieto, si se quiere. Dejo,
¡Colombiano bochinche! vindicado
Tu ilustre excelso nombre, por desgracia
De chinche y de berrinche consonante,
Una cosa que apesta, otra que hostiga.
¡Soberano bochinche omnipotente,
Regulador supremo de Colombia!
Ya sabes que yo soy tu muy adicto
Y grande admirador de tus portentos.
Vive tú lo que puedas, y yo viva
Para escribir tu funeral elogio.

D. JUAN DIÉGUEZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. JUAN DIÉGUEZ.

LA GARZA.

¡Oh tú de la onda immaculado lirio,
Melancólica reina del estanque,
Tan silenciosa, tan inmóvil y límpida,
Cual si te hubiesen cincelado en jaspel!

El destino á tus playas solitarias
Condújome tal vez porque te cante,
Y mustio como tú, cual tú infelice,
Yo de cantarte he misero vate:

Ora te mire en la serena orilla,
De mansedumbre y de dolor imagen,
Plegado al pecho el serpentino cuello,
Y el pico entre los límpidos cristales;

Ora remando en compasado vuelo,
Cual blanca navicilla de los aires,
Al céfiro agitando con tus alas,
Como á la onda los remos de la nave;

Ora en las ramas del ciprés obscuro
Á la Hada entre las sombras semejante,
Vengas á oír en soledad sombría
Los últimos murmullos de la tarde.

Sí: yo te canto, límpida garzota,
Espléndida azucena de las aves,
Más bella que la espuma del torrente
Que del peñasco borbollando cae;

Rival de la paloma sin mancilla,
Más pura que la nieve deslumbrante,
Émula silenciosa de los cisnes,
¡Salve garza gentil, mil veces salve!

Avara y caprichosa la armonía
Te cerró tus neotáreos manantiales,
Que sacian á sus tiernos ruseñores
Y cisnes canos de argentinas fauces;

Mas te infundió naturaleza artista
En tu propia mudez bello lenguaje:
De dolor te formó viviente estatua,
Como á esculpir la no alcanzara el arte.

El dolor te inspiró más dulce y manso
Su elegiaca expresión tan penetrante;
Tu actitud modeló *melancolía*,
Inocencia te dió tu albo ropaje.

¿Qué haces allí, oh nítida azucena,
Como sembrada en la anchurosa margen?
¿Nuevo Narciso en el cristal contemplas,
Por ventura, el albor de tu plumaje?

¿Ó en dolorosa soledad el duelo
Haces, tal vez, de tu perdido amante?
¿Ó de la tierna devorada prole
Que en el robado nido ya no hallaste?

¿Comprendes tú mis vivas simpatías,
Cuando enhiestas el cuello por mirarme?
¿Comprendiste mis votos y mis ansias,
Viéndote ayer en tan terrible trance?

Asesino traidor de sutil planta,
Oculto se te acerca entre los sauces.....
¡Ay de tí!..... ¡Ya te apunta..... ya la muerte!
Miro en tu pecho cándido cebarse!

Brilla entre el humo pálida la llama,
Las ondas salpicando el plomo cae,
Vuelas tú, yo respiro, y el estruendo
Aun se prolonga por el ancho valle.

La muerte apenas con sus alas roza
Tus blancas plumas que en el aura esparce,
Que un breve instante en el espacio giran
Y van cayendo y en el agua yacen.

Oyera el cielo con piedad mis votos:
Óigalos siempre así, siempre te guarde;
Pero ¡ay! mi dulce amiga, ¡quién dijera
Cuál de los dos primero de aquí falte!

Víctima del instinto carnicero
De feroz cazador, tal vez más tarde
Serás ¡ay Dios! y tu nevada pluma
Enrojecida en tu inocente sangre!

Y yo, leve juguete del destino
Cual la hoja de sañudos huracanes,
Yo, cuyo sueño la tormenta arrulla,
Yo, pobre alción en agitados mares,

Yo, de tu lago vagabundo huésped
He de faltar también, tal vez más antes;
La última sea acaso que mi planta
Huelle la florecilla de esas márgenes.

Tal vez mañana por lejanos climas
Huyendo vaya de la ley del sable,
Si estas montañas de la paz asilo,
También atruena la civil barbarie.

¿Y quién preguntará, lirio de la onda
Dónde la suerte nos echó inconstante?
¿Qué fué de la garzota inmaculada,
Qué de su errante y solitario vate,

Que por la orilla del risueño lago
Vagaba un tiempo al declinar la tarde;
Que en las someras raíces se asentaba
De este frondoso y corpulento amate;

Ó en lo más alto de las altas cumbres
Por la ancha brecha que los montes parte,
Allá en el horizonte delineados,
Gustaba contemplar sus patrios Andes?

¿Tú y él qué fueron sino arenas leves
Que la onda trajo y que los vientos barren?
Tú y él borrados de la leda estancia,
Ella por siempre quedará inmutable:

Con sus florestas de agradables sombras,
Sus auras puras, su fragancia suave,
Sus armonías, sus murmullos vagos,
Su dulce paz, su soledad amable:

Con su torrente que espumantes masas
Bramando arroja por los vagos aires,
Á la profunda y peñascosa sima,
Donde las aguas con fragor se parten:

Con sus inmensas calcinadas rocas,
Unas sobre otras, amagando al valle,
Hórridas, por allá, desnudas y áridas,
Del alma impía desolada imagen:

Aquí de vida y de verdor cubiertas,
Con bosquecillos que en sus grietas nacen,
Aprisionados en floridos lazos
Que hacia el abismo suspendidos caen:

Con su apacible y cristalino lago,
Donde se pinta encantador paisaje,
En bella confusión, el llano, el monte,
Las blancas nubes, y el rebaño errante.

Aquí el nenúfar de rollizos tallos
Su blanca flor sobre las ondas abre,
Allí las algas el cristal matizan,
Y allí rebullen los silvestres ánades.

En esta orilla la cañuela humilde,
Abovedando sus flexibles haces,
Risueñas grutas de verdor ameno
Labra en el aire al cefrillo amante.

De entre la selva, por amor de la onda,
Medrosos ciervos á la orilla salen,
Y en la frescura de las claras linfas
La sed apagan sus ardientes fauces.

Entre el follaje deliciosas pasan
La estiva siesta las charleras aves;
Y algún gemido solamente se oye
Que la paloma solitaria exhale.

Allá su barca el pescador desliza,
La faz rizando del sereno estanque,
Y al caer la tarde, á la ribera vuelve,
Donde la amarra con seguro cable,

Bajo el abrigo del sabino añoso,
Que con sus ramas los cristales barre,
Custodio eterno de las linfas puras,
En donde baña las desnudas raíces.

¿Por qué medrosa la barquilla pasa
Muy lejos siempre del peñón gigante,
Que las nubes del trueno y del granizo,
Con ambas frentes audacioso parte?

Allí una cruz, como á cincel grabada
Ve el viajador desde la opuesta margen,
Y aquellos mustios solitarios sitios
«Las playas de la cruz» oye nombrarles.

Allí verdosa y remansada la onda
Las negras peñas en silencio lame,
Bajo la triste sombra de una selva
De impenetrable y lóbrego follaje.

Es tradición en la comarca crédula
Que allí una joven infelice madre,
Soltó por caso á su adorado niño,
Y al hondo abismo se arrojó al instante.

Cuentan que allí la desastrada peña
Aun manchas guarda de indeleble sangre;
Que en el silencio de la noche se oyen
Herir el viento lastimeros ayes;

Que de la bella el gemebundo espíritu,
Cual blanca niebla sobre la onda errante,
Suele á la luz de las estrellas verse
Cruzar la faz del solitario estanque.

Yo en esas horas de silencio y calma,
Cuando á salir convida el aura suave,
En las cálidas noches del estío,
Allí á la luna contemplar me place;

Y oigo no más que las ardientes quejas
Que al astro envían las nocturnas aves;
El melancólico incansable grillo,
Que al bosque aduerme con rumor constante;

El manso viento que en las altas cumbres
Murmullo blando entre los pinos hace,
Como corrientes de lejanas aguas
Que se oyen ir por ignorado cauce;

La vaga olilla que al peñasco azota,
La mansa res cuando la hierba paze,
Ó el monótono golpe del torrente
Que alguna vez los céfiros me traen:

Vagos rumores de la triste noche,
Que en la dormida soledad se esparcen,
Encanto de las almas melancólicas,
De los misterios de la noche amantes:

Eso no más oí, ni apariciones
Jamás he visto por ninguna parte,
Si no eres tú, que cual benigno genio
Del lago, siempre te encontré en sus márgenes.

Allí, oh amiga, bondadoso el hado
Largo vivir sin inquietud te guarde
Y un fin tranquilo entre tu nido de algas,
Y á mí en los brazos de mi dulce madre.

Á MI GALLO.

¡Oh, canta! canta al fúlgido lucero,
Joya del alba y de la noche orgullo;
Tú, de mi humilde hogar canoro huésped,
De la mañana y del lucero nuncio!

¡Oh, canta, sí! que en mi febril desvelo
Escucho con placer tu acento agudo,
Yo, que cual triste y moribunda lámpara,
En mísera dolencia me consumo.

El mustio sueño, de la muerte imagen,
Reina entre sombras de espantoso luto,
Y apenas alentar la vida siéntese
Entre vagos y débiles murmullos;

Y son entonces tus sonoros ecos
Prenda de vida para el triste mundo;
Voz de consuelo, y de esperanza cántico
En el silencio pavoreso y mustio.

Tal vez á esta hora en la vecina sierra,
Bajo glacial escarcha, vagabundo,
Oyó el viajero tu lejano canto,
Y aliento cobra y esperanza y júbilo;

Que así te escucha, como vió el piloto
En borrascoso mar el faro lúcido,
Porque tu voz, albergue hospitalario,
Revélale del valle en lo profundo.

Antes que en los abismos de la noche
Perciba en lontananza un leve punto,
Que brilla y palidece por instantes,
Y es de la choza el fuego moribundo;

Muy antes que ladrando se despierte,
De sus pisadas al rumor confuso,
El mastín que, tendido en los umbrales,
Guárdales fiel de forzador injusto;

Tu acento en la alta noche redoblando,
Porfiado evocas de su caos profundo
Á la tardía perezosa estrella
Que duerme aún bajo el Oriente turbio.

¡Oh, yo en mi lecho desvelado enfermo,
Con qué placer tus cánticos escucho,
Cuando me anuncian á la amable aurora,
Viniendo en pos de su lucero fúlgido!

Y á la hora en que los astros desvanécense
Á la mitad de su brillante curso,
En que bullir la rumorosa vida
De nuevo empieza sobre la haz del mundo;

En que á la ruina pavorosa y lóbrega
Va á sepultarse el agorero buho,
Y en mi febril cerebro el sueño apaga
Este abrasante delirar nocturno:

¡Oh, ave del alba, mi canoro huésped;
Yo con flébiles versos te saludo!
¡Salve, oh cantor amigo, que diviertes
Mi eterna noche y mi dolor adusto!

Canta, y el aura tus acentos lleve
Del ancho valle á los confines últimos,
Y ella me traiga los lejanos cantos
Que á tu acento responden de uno en uno,

— Cual centinelas de sitiado campo
Que vigilando el reforzado muro,
Con ronca voz en el espacio enlazan
De trecho en trecho sus alertas rudos.

¡Oh, canta, canta! y de placeres llena,
Tu vida corra sin pavor ni susto,
Gentil, galante, enamorado y fino,
Señor de tus serrallos absoluto;

La frente de adalid erguiendo altivo,
Armada en guerra con crestón purpúreo;
Á placer desplegando la ancha gola,
De caballero paladín al uso;

Luciendo ufano, con marcial donaire,
El tornasol plumaje verde obscuro
De la profusa cauda en que campean
Las corbas plumas como alfanjes turcos;

Que por caso feliz hubiste dueño
En cuya alma jamás albergue tuvo
El bajo y vil y sanguinario instinto
Que abrigan de tu raza los verdugos;

No temas, no, que en duro cautiverio
Te encadene jamás á poste rudo,
Ni que infamante hierro te degrade
De soberbio sultán á vil eunuco;

Ni que armas preste á tu índole guerrera
Para sangrienta lid contra los tuyos;
Ni que el circo teñir tu sangre mire,
Entre algazara soez, villano vulgo.

¡Oh, canta, canta, entre la amiga copa
Del ancho *amate* ó del *pirú* vetusto,
Que en dulce unión sus ramas entrelazan,
Y sombra dan á nuestro albergue rústico!

Canta feliz la majestuosa noche
En su estrellado pabellón cerúleo;
Su lactea vía de menudo aljófár,
Del carro de Jehová celeste surco;

Su triste luna, descendiendo lánguida
Detrás del mundo silencioso y mustio,
Apagando entre sombras melancólicas
El macilento rayo moribundo;

Como en las sombras de la muerte apaga
De la belleza los reflejos últimos,
Virgen que en flor desfalleciendo inclina
La frente pálida y los ojos turbios.

¡Oh, canta, canta á la tardía estrella,
Joya del alba y de la noche orgullo,
Y en más sonoros y argentinos cánticos,
Saluda luego al matinal crepúsculo;

Y canta, en fin, á la jovial mañana,
Cuando renazca en el Oriente rubio,
Y el céfiro liviano al cielo eleve
El *hosanna* magnífico del mundo!

LAS TARDES DE ABRIL.

¡Oh, qué dicha es vagar por las campiñas,
Apagado el hirviente pensamiento,
En dulce libertad al fresco viento,
Cuando toda la tierra es un pensil;
Y alegre el inocente conejillo
Con los truenos y lluvias tempraneras,
Gusta salir del soto á las praderas
En las tardes bellísimas de Abril!

Tardes de encanto y de inefable dicha,
De verdor, de armonías y de flores,
En que velan del sol los resplandores
Las nubes con suntuoso pabellón;
En que retumba en lontananza el trueno,
Cual voz doliente que exhaló Natura,
Que se escucha con plácida tristura,
Que trae algún recuerdo al corazón;

Tardes en que, cual lágrimas de amores,
Ricas gotas despréndense del cielo,
Que refrigeran el sediento suelo,
Que al lozano verdor dan brillantez:
Tardes ricas de vida y de belleza,
De reclamos y trinos de las aves,
De frescas auras y de olores suaves,
Tardes de amor y muelle languidez;

Tardes de lluvia y sol, de luz y sombras,
De diáfanos vapores y nublados,
De negros nubarrones perfilados
De oro y azul y espléndido arrebol;
En que trasciende la regada tierra,
De las *rosas* el humo al cielo sube,
Y se ve sobre el fondo de la nube
Caer la lluvia dorada por el sol.

Cuájanse los cafetos de jazmines,
De escarlata el granado se salpica,
La pasionaria de verdor tan rica
Tiende á Flora fresquísimo dosel;
Y la columna del esbelto dátíl
Tapiza la *pitahaya* trepadora:
Con lujosos florones la decora,
Pendientes del crinado capitel.

Tiende el prado su alfombra de azucenas,
Las auras enriquecense de aromas,
De tierno césped la llanura y lomas,
La verde *chilca* de amarilla flor:
La madre tierra al fecundante arado
Sus campos cede ya, los más floridos,
Con sus lirios, de púrpura vestidos,
Que á Ceres sacrifica el labrador.

En las rociadas copas de los árboles
Soñolientas las auras se adormecen:
Á los pimpollos lánguidos remecen
De cuando en cuando y á compás igual:
Y si el nublado sol sus velos rasga,
Los campos dora, la arboleda brilla,
Y una luz temblorosa es cada hojilla,
Destilandó su gota de cristal.

Y el *plátano* sus lábaros tremola,
Sus anchos abanicos la palmera,
Y sacude la verde cabellera
El desmayado lánguido saúz:
Se ostentan las pomposas *floripundias*,
Que cual ebúrneas campanillas penden,
De albura ricas y de olor trascienden,
Y el *trébol* y las *flores de la cruz*.

Y en balsámicas ráfagas envía
Blanda esencia más suave que la rosa
Como la rubia miel blanca y sabrosa,

El meliflúo silvestre *suguinay*;
Y el colibrí de lindos tornasoles
De flor en flor revuela susurrando,
Y en torno de ellas con rumor más blando
Mil abejas vagarosas hay.

Apíñanse en las ramas los insectos
Que de la tierra humedecida brotan:
Caen, vagan, se agitan, se alborotan
En mil revuelos, con susurros mil;
Y con rudos conciertos los reptiles
Aturden incansables los pantanos,
La fresca lluvia saludando ufanos,
Festejando el regreso del Abril.

Seguido de su lúbrico serrallo,
Con marcial arrogancia y donosura,
Trota el joven sultán de la llanura,
El alazán de belicoso ardor:
La grey balando por la verde falda
Baja en tropel al son del caramillo,
Y el estropeado tierno corderillo,
Bala también en brazos del pastor.

El ganado matiza el verde césped,
Los montes atronando brama el toro:
Su voz los ecos, cual clarín sonoro,
De monte en monte repitiendo van;
Y enarbolando las pintadas colas
Saltan los becerillos por los prados,
Á otros balar se escuchan encerrados,
Y á las madres mugir con tierno afán.

Hincha el viento la orquesta de los *tordos*,
Silva la codorniz, canta el *triguero*,
Y á las nubes saluda el *clarinero*,
Esponjando el plumaje de turquí.
¡Con qué ternura los *cenzonilles* trinan!
¡Cuán blandos se querellan y se duelen!

Ya en la arboleda lamentarse suelen,
Ya brincan por el suelo aquí y allí.

Con no menor dulzura están cantando
Que esos tiernos alados trovadores,
Las silvestres palomas sus amores,
Repitiendo: *mi amor sólo eres tú;*
Y con inquieto afán y amable anhelo,
Perdidas en lejanas soledades,
Responden las ternísimas mitades:
Mi amor sólo eres tú, sólo eres tú.

Himno de amor, divino epitalamio
Del pomposo himeneo de Natura
Es el Abril, de rica galanura,
Fiesta nupcial de la inmortal Creación:
Lira de Dios, modelo de belleza,
Que admira el vate y remedar no sabe,
Porque en su lira no hay la voz del ave,
Ni es aura del verjel su inspiración.

¡Oh, qué dicha es vagar por las campiñas
En dulce libertad al fresco viento,
Y apagado el hirviente pensamiento,
Tanta fiesta gozar! ¡sólo gozar!
¡Oh cuán ledo á su choza el pastorcillo
Por lluvia del Abril vuelve bañado!
Pensando lo que piensa su ganado,
¡Oh qué dicha, qué dicha es no pensar!

POSTDATA.

La Real Academia Española se sirvió confiarme el encargo de formar esta colección y escribir las introducciones de ella, en la última sesión ordinaria celebrada antes de las vacaciones de Julio del año pasado de 1892. En Septiembre di por terminados los trabajos relativos á Méjico, Guatemala y Cuba (1), valiéndome exclusivamente de mis propios libros y de los de algún amigo, puesto que la circunstancia de haber tenido yo que trasladarme á Santander al día siguiente de haber suspendido sus tareas la Academia, me impidió examinar por entonces los materiales que ya habían comenzado á remitir á su Secretaría las Academias Correspondientes Americanas, y otras corporaciones y personas, á quienes oportunamente se había invitado para este objeto.

Formada ya mi colección y redactado el prólogo, volví á Madrid, y, con objeto de completar mi trabajo antes de la impresión, comencé á examinar la interesante colección de datos recibida de América. La Aca-

(1) Con los poetas de esta isla comenzará el tomo II.

Ya en la arboleda lamentarse suelen,
Ya brincan por el suelo aquí y allí.

Con no menor dulzura están cantando
Que esos tiernos alados trovadores,
Las silvestres palomas sus amores,
Repitiendo: *mi amor sólo eres tú;*

Y con inquieto afán y amable anhelo,
Perdidas en lejanas soledades,
Responden las ternísimas mitades:
Mi amor sólo eres tú, sólo eres tú.

Himno de amor, divino epitalamio
Del pomposo himeneo de Natura
Es el Abril, de rica galanura,
Fiesta nupcial de la inmortal Creación:

Lira de Dios, modelo de belleza,
Que admira el vate y remedar no sabe,
Porque en su lira no hay la voz del ave,
Ni es aura del verjel su inspiración.

¡Oh, qué dicha es vagar por las campiñas
En dulce libertad al fresco viento,
Y apagado el hirviente pensamiento,
Tanta fiesta gozar! ¡sólo gozar!

¡Oh cuán ledo á su choza el pastorcillo
Por lluvia del Abril vuelve bañado!
Pensando lo que piensa su ganado,
¡Oh qué dicha, qué dicha es no pensar!

POSTDATA.

La Real Academia Española se sirvió confiarme el encargo de formar esta colección y escribir las introducciones de ella, en la última sesión ordinaria celebrada antes de las vacaciones de Julio del año pasado de 1892. En Septiembre di por terminados los trabajos relativos á Méjico, Guatemala y Cuba (1), valiéndome exclusivamente de mis propios libros y de los de algún amigo, puesto que la circunstancia de haber tenido yo que trasladarme á Santander al día siguiente de haber suspendido sus tareas la Academia, me impidió examinar por entonces los materiales que ya habían comenzado á remitir á su Secretaría las Academias Correspondientes Americanas, y otras corporaciones y personas, á quienes oportunamente se había invitado para este objeto.

Formada ya mi colección y redactado el prólogo, volví á Madrid, y, con objeto de completar mi trabajo antes de la impresión, comencé á examinar la interesante colección de datos recibida de América. La Aca-

(1) Con los poetas de esta isla comenzará el tomo II.

demia Mexicana, Correspondiente de la Real Española, había llevado su exquisita cortesía hasta el punto de imprimir, para mayor comodidad de la nuestra, una *Antología* de poetas de aquella República, en tirada de solos seis ejemplares (según mis noticias). Y para que quede memoria de esta rareza bibliográfica, me parece oportuno dar aquí noticia del contenido de tan extraordinario libro, empezando por advertir que no tiene portada ni pie de imprenta (á lo menos por ahora), y que consta de 470 páginas, en 4.º, no foliadas, sino numeradas con lápiz. Ocupa las 52 primeras una discreta y elegante introducción histórica firmada por el egregio humanista D. José María Vigil, bien conocido entre nosotros por su magistral versión y comentario de las *Sátiras* de Persio.

La *Antología* se divide en dos grupos: uno de poetas muertos (hasta la pág. 199), y otro de poetas vivos, por este orden:

Muertos. Anónimo del siglo xvi (fragmentos de la pieza dramática *Triunfo de los Santos*, representada en 1578).—Francisco de Terrazas.—Fernán González de Eslava.—Sor Juana Inés de la Cruz.—Fr. Manuel Navarrete.—Francisco Manuel Sánchez de Tagle.—Andrés Quintana Roo.—Manuel Eduardo de Gorostiza.—Manuel Carpio.—Francisco Ortega.—José Gómez de la Cortina.—José Joaquín Pesado.—José María Heredia.—Wenceslao Alpuche.—Fernando Calderón.—José de Jesús Díaz.—Ignacio Rodríguez Galván.—Miguel Jerónimo Martínez.—José Sebastián Segura.—Ignacio Ramírez.—Ramón Isaac Alcaraz.—Alejandro Arango y Escandón.—Francisco de P. Guzmán.—Manuel Peredo.—Isabel Prieto de Landázuri.—Juan Va-

lle.—José Rosas Moreno.—Manuel M. Flores.—Manuel Acuña.—Agustín F. Cuenca.

Vivos. Ignacio M. Altamirano.—José M. Bustillos.—Antonio Cisneros Cámara.—José T. de Cuéllar.—Rafael Delgado.—Manuel Díaz Mirón.—Salvador Díaz Mirón.—Ricardo Domínguez.—Adalberto A. Esteva.—José M. Esteva.—Enrique Fernández Granados.—Rafael Gómez.—Ernesto González.—Justo P. González.—Manuel M. González.—Manuel Gutiérrez Nájera.—Juan B. Híjar y Haro.—*Ipandro Acaico* (Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de San Luis de Potosí).—Francisco López Carvajal.—José López Portillo y Rojas.—Vicente Daniel Llorente.—Laura Méndez de Cuenca.—Luis G. Ortiz.—Manuel José Othon.—Joaquín Arcadio Pagaza.—Porfirio Parra.—José Peón Contreras.—José Peón del Valle.—Josefina Pérez de García Torres.—Ignacio Pérez Salazar.—Isabel Pesado.—Juan de Dios Peza.—Guillermo Prieto.—Manuel Puga y Acal.—Ambrosio Ramírez.—Vicente Riva Palacio.—Justo Sierra.—Francisco Sosa.—Esther Tapia de Castellanos.—Luis G. Urbina.—Jesús E. Valenzuela.—Eduardo del Valle.—Ramón Valle.—Antonio Zaragoza.—Rafael de Zayas Enríquez.—Ovidio Zorrilla.

La necesidad de encerrar tantos poetas en el pequeño espacio de 400 páginas, ha obligado á los colectores mexicanos á no incluir generalmente más que una ó dos composiciones de cada uno de ellos, á no ser tratándose de sonetos ú otras piezas muy breves. Gran parte de la colección se la llevan, además, con estricta justicia, los poetas vivos, entre los cuales hay algunos excelentes. Como mi plan era diverso, he podido lograr mayor espacio para los muertos, dándolos á conocer en mayor

número de composiciones y géneros. Algunas veces he coincidido en la elección con la Academia Mexicana (y esta es señal casi infalible de acierto): otras no, por preferencias de gusto individual ó de doctrina literaria, á que no puede ni debe renunciar el crítico, si ha de ser sincero.

De la *Antología Mexicana* he tomado á última hora, para añadirlas á la mía, composiciones de dos poetas: D. Ramón Isaac Alcaraz, cuya muerte no había llegado á mi noticia, y D. Juan Valle, á quien yo conocía por su fama, pero no por sus obras. Una sola composición de cada cual de ellos no es dato bastante para juzgarlos. Alcaraz, correspondiente de nuestra Academia, falleció en 8 de Abril de 1886. Á juzgar por su pulcra y delicada oda *Al Estío*, era poeta de gusto clásico, cuyo puesto está naturalmente marcado en el grupo en que figuran Pesado, Arango y Guzmán. Valle, cuyos viriles tercetos á la *Guerra Civil* recuerdan en algún modo las bélicas elegías de Tirteo, nació en Guanajuato el 4 de Julio de 1838, y murió en Enero de 1865. De él dice el señor Vigil, que «fué el cantor más enérgico de la revolución reformista, siendo dignas de notarse la exactitud y originalidad de sus descripciones, no obstante haber perdido la vista desde los primeros años.»

De los demás poetas admitidos en la *Antología Mexicana*, no figuran en la nuestra Hernán González de Eslava ni Isabel Prieto de Landázuri, por haber nacido en España; Heredia, por cubano; Alpuche, Sánchez de Tagle y Fernando Calderón, por la inferioridad de su mérito lírico, de que ya se dice algo en el prólogo; José de Jesús Díaz, por no haber tenido á mano sus romances y leyendas, que son lo mejor que hizo.

Don José Gómez de la Cortina, Conde de la Cortina (1799-1860), hermano mayor del conocido bibliófilo Marqués de Morante, hizo versos humorísticos en sus ratos de ocio, pero no creemos que deba ser calificado de poeta. Fué principalmente erudito, gramático y filólogo, y su influencia literaria en México puede compararse en algún modo á la de D. Domingo del Monte en Cuba, ó á la de Baralt, dentro y fuera de Venezuela. Inexorable con los pecados contra la integridad y pureza de la lengua castellana, ejerció la crítica menuda con más desenfado que elevación y aticismo, y contribuyó á mantener la parte exterior de las tradiciones clásicas en pleno desbordamiento romántico. Sus trabajos de gramática y de historia fueron numerosísimos; muchos de ellos permanecen inéditos, y de todos se encuentra detallada y curiosísima noticia en las *Biografías* del Sr. Sosa, pero en España apenas se le conoce más que por la traducción muy ampliada de la *Literatura Española*, de Buterweck, que comenzó á publicar en sus años juveniles (1829), y por su *Diccionario de Sinónimos Castellanos* (1845), que es de los más completos que tenemos. Pero en México es todavía más célebre su periódico literario *El Zurriago* (1839). Fué Cortina hombre de carácter munífico y espléndido, y empleó gran parte de su inmenso caudal en el fomento y protección de las letras y de las artes. Aunque nació y residió y ocupó altos puestos en México, era al morir ciudadano español. Con su nombre va unido, por cierta comunidad de estudios y aficiones, no menos que por la copia de doctrina clásica y el temple cáustico del estilo (en que uno y otro recordaban la áspera manera de Puigblanch y de Gallardo), el nombre de otro humanista ya difunto,

el español D. José María Bassoco, Conde de Bassoco, que fué primer Presidente de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, y dejó, aunque pocos, excelentes ensayos sobre cuestiones gramaticales, que pueden leerse en las *Memorias* de aquella docta Corporación.

El médico D. Manuel Peredo (1830-1890), correspondiente también de nuestra Academia, ha dejado más fama como prosista y crítico de teatros que como poeta. Fué, sin embargo, «notable por la gracia y donaire de su musa juguetona»; según declara el Sr. Vigil, y no lo desmiente en sus versos de *Fin de año* que en la *Antología Mexicana* se insertan, aunque la versificación no sea intachable.

Finalmente, al cerrar nuestra *Antología*, ignorábamos que otro académico mexicano y fecundo poeta, D. José Sebastián Segura, cuñado y discípulo de Pesado, había desaparecido del mundo de los vivos desde 1889. Fué en su juventud Ingeniero de Minas, y en sus últimos días abrazó el estado eclesiástico, dando esta postrera expansión á los afectos místicos de su alma, que ya se manifestaban en el gran número de versos de devoción que hay en el tomo de sus *Poesías*, impreso en 1872. Segura sabía varias lenguas, y brillaba más como traductor que como poeta original. Puso en verso castellano algunos Salmos y trozos de las Profecías, los primeros cantos de la *Divina Comedia*, algunas odas de Horacio y églogas de Virgilio, los cantos de Tirteo y de Calino, y muchas poesías italianas, francesas, y especialmente alemanas (baladas de Schiller, parábolas de Krummacher, etc.). Su traducción de *El Canto de la Campana* es más literal y menos parafrástica

que la de Hartzenbusch, pero mucho menos poética.

En sus composiciones originales, y aun en la elección de muchos de los modelos que tradujo, domina la influencia de Pesado, que era su maestro, á la vez que su deudo. En su juventud compuso bastantes versos amorosos; los de su edad madura son casi todos de inspiración religiosa, y suelen versar sobre temas bíblicos. Segura es un versificador excesivamente fácil, pero algo incoloro, y á nuestro entender dista mucho del mérito de Arango, Martínez y Guzmán, insignes poetas místicos del Parnaso mexicano. Como muestra de su estilo, bastará el siguiente soneto, que tenemos por uno de los mejores que compuso:

CONFIANZA EN DIOS.

Cubierto está mi corazón de abrojos
Como terreno estéril y baldío;
Y desmayado está el ánimo mio
Como las cuerdas de los arcos flojos.
Si compasivo á mí vuelves los ojos,
Templado me veré de nuevo brío;
La cizaña arderá como en estío
Se abrasan de los campos los despojos.
Y en mi alma sembrarás semilla buena,
Como lo hacen los diestros labradores,
Que con tu gracia en frutos se alce llena.
Y admirados verán los pecadores,
Que poderoso la infecunda arena
Tornaste en huerto de fragantes flores.

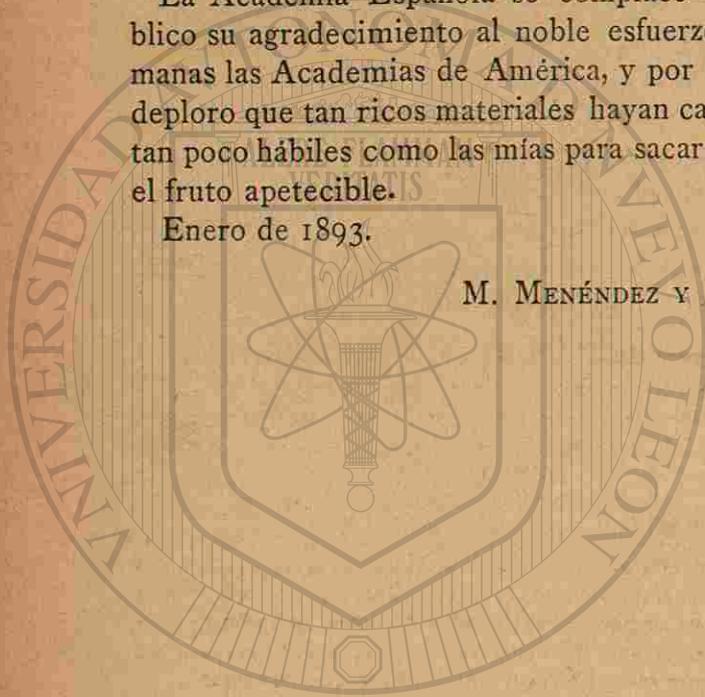
La Academia Correspondiente de Guatemala remitió manuscrita la *Antología* de sus poetas, muchos de los cuales viven, por lo cual apenas he podido utilizar esta colección más que para añadir una poesía de Diéguez á las que ya tenía recogidas. Antecede á las copias de los versos una *Reseña histórico-crítica de la literatura*

Guatemalteca, curioso y erudito trabajo del académico Secretario, D. Agustín Gómez Carrillo.

La Academia Española se complace en hacer público su agradecimiento al noble esfuerzo de sus hermanas las Academias de América, y por mi parte sólo deploro que tan ricos materiales hayan caído en manos tan poco hábiles como las mías para sacar de ellos todo el fruto apetecible.

Enero de 1893.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

INTRODUCCIÓN.

	Páginas.
I.—Advertencias generales.....	I
II.—México.....	XIV
III.—América Central.....	CLIX

MÉXICO.

Sor Juana Inés de la Cruz.

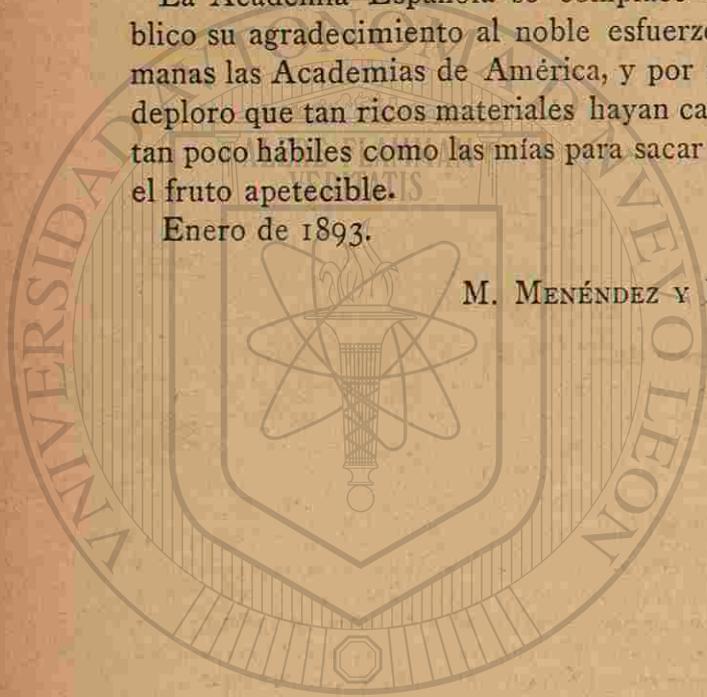
Soneto.—Á un retrato.....	5
Soneto.....	5
Soneto.—Enseña cómo un solo empleo en amar, es razón y conveniencia.....	6
Soneto.—Muestra se debe escoger antes el morir que exponerse á los ultrajes de la vejez.....	6
Soneto.—Engrandece el hecho de Lucrecia.....	7
Soneto.—Á Julia.....	7
Soneto.—Á Porcia.....	8
Soneto.—Pyramo y Tysbe.....	8
Soneto.—Efectos muy penosos de amor, y que no por grandes igualan con las prendas de quien le causa.....	9
Décimas.....	9
Romance.—No habiendo logrado una tarde ver al señor Virrey, Marqués de Laguna, que asistió en las visperas del convento, le escribió este romance.....	10
Liras.—Expresa el sentimiento que padece una mujer amante de su marido muerto.....	14
Romance.....	16
Redondillas.—Arguye de inconsecuente el gusto y la censura de los hombres, que en las mujeres acusan lo que causan.....	20

Guatemalteca, curioso y erudito trabajo del académico Secretario, D. Agustín Gómez Carrillo.

La Academia Española se complace en hacer público su agradecimiento al noble esfuerzo de sus hermanas las Academias de América, y por mi parte sólo deploro que tan ricos materiales hayan caído en manos tan poco hábiles como las mías para sacar de ellos todo el fruto apetecible.

Enero de 1893.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

INTRODUCCIÓN.

	Páginas.
I.—Advertencias generales.....	I
II.—México.....	XIV
III.—América Central.....	CLIX

MÉXICO.

Sor Juana Inés de la Cruz.

Soneto.—Á un retrato.....	5
Soneto.....	5
Soneto.—Enseña cómo un solo empleo en amar, es razón y conveniencia.....	6
Soneto.—Muestra se debe escoger antes el morir que exponerse á los ultrajes de la vejez.....	6
Soneto.—Engrandece el hecho de Lucrecia.....	7
Soneto.—Á Julia.....	7
Soneto.—Á Porcia.....	8
Soneto.—Pyramo y Tysbe.....	8
Soneto.—Efectos muy penosos de amor, y que no por grandes igualan con las prendas de quien le causa.....	9
Décimas.....	9
Romance.—No habiendo logrado una tarde ver al señor Virrey, Marqués de Laguna, que asistió en las visperas del convento, le escribió este romance.....	10
Liras.—Expresa el sentimiento que padece una mujer amante de su marido muerto.....	14
Romance.....	16
Redondillas.—Arguye de inconsecuente el gusto y la censura de los hombres, que en las mujeres acusan lo que causan.....	20

Endechas.—Prosigue en respecto amoroso, dando enhorabuenas de cumplir años la señora Virreina.....	22
Décimas.....	23
Villancico.....	26
Fragmentos del auto sacramental del divino Narciso.....	27
Soneto.—En que se da moral censura á una rosa y en ella á sus semejantes.....	35
Soneto.—En que se satisface un recelo con la retórica del llanto.....	36
Soneto.....	36
Liras que dan encarecida satisfacción á unos celos.....	39
En que se describen racionalmente los efectos irracionales del amor.....	40
Redondillas.....	43
Romance.....	45
Romance.....	49
Endechas, que prorrumpan en las voces del dolor al despedirse para una ausencia.....	52
Endechas que discurren fantasías tristes de un ausente.....	53
Romance, en que expresa los efectos del amor divino, y propone morir amante á pesar de todo riesgo.....	55
Romance al mismo intento.....	57
Romance.—Á Cristo sacramentado, día de Comunión.....	58

Fr. Manuel de Navarrete.

Soneto.—De la hermosura.....	63
Poema eucarístico.—La Divina Providencia.....	63

D. Andrés Quintana Roo.

Diez y seis de Septiembre.....	75
--------------------------------	----

D. Francisco Ortega.

Á Iturbide, en su coronación.....	83
-----------------------------------	----

D. Manuel Eduardo de Gorostiza.

Romance morisco.....	89
----------------------	----

D. Ignacio Rodríguez Galván.

Profecía de Guatimoc.....	93
---------------------------	----

D. José Joaquín de Pesado.

Mi amada en la misa de alba.....	109
Escenas del Campo y de la aldea en México.....	114
Sitios y escenas de Orizaba y Córdoba.....	123
Las Aztecas.—Respuesta de un Príncipe azteca á un Embajador.....	125
— Consejos de un padre á su hija.....	126
— Consejos de una madre á su hija al tiempo de casarla.....	129
— Invocación al Dios de la guerra.....	131
— Plegaria al Dios del agua.....	133
— Enhorabuena en la coronación de un Príncipe.....	136
— Cantos de Netzahualcoyotl.—Vanidad de la gloria humana..	140
Elegía.—Al Ángel de la Guarda de Elisa.....	147
Jerusalén (fragmentos).....	147
Salmo L.—El pecador arrepentido.....	151
Salmo LXVII.—Traslación solemne del arca y triunfos del pueblo de Israel.....	153
La revelación (fragmento).....	157

D. Manuel Carpio.

Castigo de Faraón.....	175
La cena de Baltasar.....	180
Himno.....	189
La Anunciación.....	193
Soneto.—Despedida de Héctor.....	198
Napoleón en el mar Rojo.....	198

D. Alejandro Arango y Escandón.

En la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora.....	203
Invocación á la Bondad Divina.....	205
Á mi primo y amigo D. José Joaquín Pesado.....	207
Epístola al Dr. D. José Bernardo Couto, con motivo de un «Discurso sobre la Constitución de la Iglesia».....	208
Á Germánico (soneto).....	212

D. Fermín de la Puente y Apecechea.

La Magdalena (soneto).....	215
La corona de Flora.....	215

D. Ramón Isaac Alcaraz.

El otoño..... 223

D. Francisco de P. Guzmán.

Oda.—Al sagrado corazón de Jesús..... 229

D. Ignacio Ramírez.

Á..... 237

Al amor..... 237

Por los desgraciados..... 238

D. Juan Valle.

La guerra civil..... 243

D. José Rosas y Moreno.

El Zentzontle..... 249

La vuelta á la aldea..... 252

El valle de mi infancia..... 255

D. Manuel Acuña.

Ante un cadáver..... 263

Nocturno.—Á Rosario..... 266

D. Manuel María Flores.

Pasión..... 273

Ausencia..... 274

Adoración..... 275

Eva..... 277

Bajo las palmas..... 283

P. Rafael Landívar.

Los lagos de México..... 289

Fr. Matías de Córdoba.

La tentativa del león y el éxito de su empresa..... 311

D. José Batres y Montúfar.

El reloj (primera parte)..... 325

¡Yo pienso en ti!..... 360

D. Antonio José de Irisarri.

El bochinche (sátira)..... 365

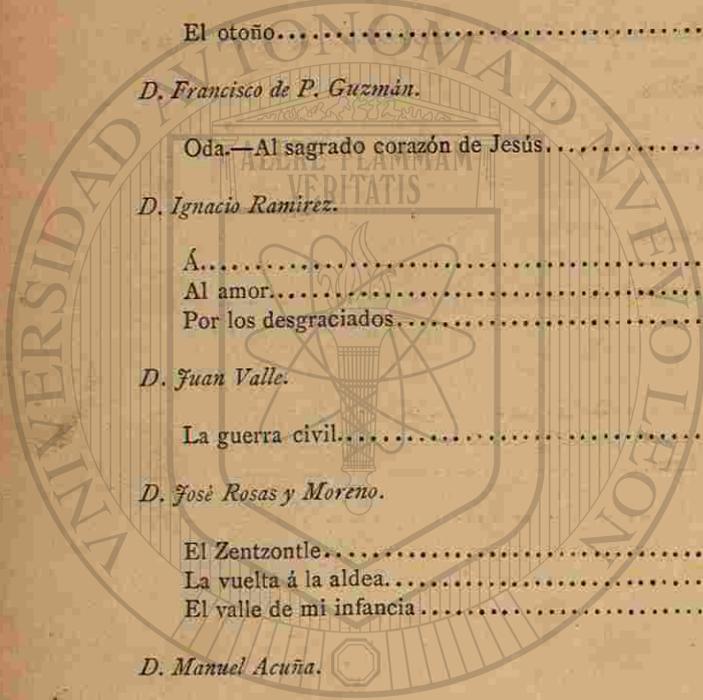
D. Juan Diéguez.

La garza..... 371

Á mi gallo..... 377

Las tardes de Abril..... 381

POSTDATA..... 385



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
AMÉRICA CENTRAL.



